

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA
BIBLIOTECÁ

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO I. — TOMO II

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1896

LA BIBLIOTECA



AÑO I. — TOMO II

HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA
BIBLIOTECÁ

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO I. — TOMO II

BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

—
1896

TREINTA AÑOS DESPUÉS

I

Descendía el vapor *San Martín*, en viaje de regreso de la Asunción, surcando las turbias aguas del río Paraguay, y alcanzaba el punto donde aquellas se encuentran con las verdosas y transparentes del Alto Paraná. Juntas siguen sin mezclarse largo camino, y, dentro del mismo lecho, una línea recta marca el diverso origen, hasta que la fuerza de las corrientes que se chocan en los bancos y en las islas, las confunden y reunen en un solo é inmenso río: el soberbio Paraná. Así, dos razas distintas se encuentran sobre un mismo suelo en una encrucijada de la historia: como grupos enemigos, avanzan juntas sin confundirse largo tiempo, hasta que las corrientes y los mismos contrastes de la vida las unen y refunden en un solo pueblo, en grande y poderosa nación.

Caía la tarde de uno de esos hermosos días del invierno paraguayo, y llegaba el momento en que la naturaleza se adormece en medio de los esplendores de una puesta de sol casi tropical. El bosque frondoso llega hasta las márgenes del río, cuya corriente iluminan los últimos rayos del sol, cubriéndola de escamas movédizas, plateadas, rojas, violetas, y en la orilla, donde se recogen á

dormir las cigüeñas y los güirapitás, se refleja en el agua la faja verde de variados matices. El claro tierno de los alisos se destaca sobre el oscuro del timbó, grupos de palmas levantan sus columnas esbeltas y agitan al viento su airoso penacho, trazando aquí y allá su curva caprichosa; los largos tallos de las cañas se mecen con murmullos candenciosos; entre los verdes y enormes helechos pone el ceibo su nota roja, y las lianas y enredaderas trepadoras, las orquídeas salvajes cubren de tiernas hojas y de flores brillantes y variadas las ramas y los troncos secos, como si quisieran ocultar la presencia de la muerte, en medio de tan desbordante cuadro de vida.

El paisaje se extiende á uno y otro lado en ondulaciones interminables, y ese manto verde, á medida que la noche se extiende, toma un tinte azulado, que se hace más intenso en la línea lejana del horizonte. Con resplandores de colosal incendio, el sol rojizo descende lentamente, rodeado de un cortejo de nubes que de todos los rumbos del cielo parecen acudir á la despedida, vistiendo trajes teñidos en todos los cambiantes del iris. Lo rodean celajes enrojecidos, ceñidos de anchas franjas, ya anaranjadas, ya verdosas, ya azules con reflejos violáceos. Á la distancia, como rezagadas ó curiosas, sueltas nubecitas opalinas, plumizas ó ligeramente sonrosadas, remedan bandada de hermosos *flamencos*; y, dominándolo todo, en el cielo, en el bosque, en el río, la imponente majestad de la naturaleza, que se calla y se absorbe en el inmenso silencio de la última luz crepuscular...

Cómodamente recostado en la cubierta, abandonado el cuerpo á la suave molicie que emanaba de la tranquila corriente, del paisaje, del aire puro, tibio y embalsamado por las emanaciones del cercano bosque; gozando de ese íntimo inefable placer de vivir la vida tranquila de la naturaleza, sin zozobras ni cuidados, sin luchas ni amarguras, sensación íntima que nos explica la concepción del paraíso terrenal: sentía que mis párpados se cerraban, la visión del paisaje inmediato desaparecía, y junto con él, los hombres, las cosas, los

sucesos cercanos, invadiéndome ese blando sopor, en el que los sentidos se adormecen, y sólo vive la eterna inquieta, la imaginación que se entretiene en desandar la larga senda, en retornar á sitios una vez recorridos, haciendo revivir escenas pasadas y casi olvidadas. Entre esos lejanos recuerdos, vi surgir un inmenso campamento, en cuyo extremo se alineaban negras piezas de artillería de bronce oxidado, y trás ella carpas y ramadas, y entre éstas, un pequeño rancho de juncos, inclinado y amenazando ruina, en parte por la acción de los vientos y mucho por la torpeza del artífice. Era el campamento de Ensenaditas con sus grandes lagunas de aguas verdosas, situado á algunas leguas de la ciudad de Corrientes; y estábamos en los primeros meses del año 1866. ¡Hace treinta años, — *grande mortalis aevi spatium!*

II

La vida se deslizaba estéril é inactiva en la monotonía de un largo campamento. Los espíritus más juveniles se sentían enervados por la inacción, bajo la opresión de un sol canicular, que fatigaba el cuerpo y engendraba en la tierra húmeda y caliente todas las alimañas inventadas para la mortificación del hombre. Nubes interminables de moscas hacían insoportable la vida en las horas del día, y, al caer la noche, mangas de mosquitos zancudos, de grillos, de vinchucas, hacían oír sus zumbidos y chirridos irritantes, con que parecían llamarse é invitarse al festín de sangre.

Tenían, sin embargo, esos días de inacción y de nostalgia, sus momentos de alegría y de íntimo placer, sólo comprendidos por el que los sintiera alguna vez. Un toque de corneta lanzado desde las carpas del Estado mayor, repetido por los trompas de división, de regimiento y de cada cuerpo, hacía circular por el ejército un estremecimiento de alegría. ¡Correspondencia! Cuántas emociones agi-

taban el alma del soldado, desde el general al recluta, al vibrar en los aires ese toque tan grato, que sonaba como un eco del lejano hogar.

En cada cuerpo, un ayudante abandonaba apresuradamente la carpa, y, ciñéndose la espada en el camino, recogía al pasar un par de voluntarios entre cien que se ofrecían, y se dirigía apresurado al Estado mayor, para regresar con la preciosa carga, que esperaba de pie y ansioso el regimiento entero.

En todo el campamento, el día de la llegada del correo era día de movimiento, de variadas emociones, de alegrías, de tristeza á veces, por la voz de afecciones lejanas que venía á despertar en nuestro seno fruiciones ó penas ocultas. Esa mal trazada carta de la madre, rebosante de cariño, mojada á veces con una lágrima, — gota de un mar de ternura, — incoherente por la abundancia de lo que se quiere decir de una vez, todo junto, como si el correo fuera á partir dejando algo sin expresar de ese cariño inagotable; con un posdata que anunciaba la encomienda cuidadosamente preparada y destinada á alegrar más de una hora, convirtiendo en suntuoso banquete el escaso y pobre rancho diario que se ofrecía entonces, sin intenciones lujosas, por una patria pobre, á quien con gusto se le daba todo, sin pedirle nada. Venía también la carta del padre, que se esforzaba por mostrar seriedad varonil, no pudiendo, sin embargo, disimular su ternura en los mismos severos consejos dados al niño-soldado, declarado hombre de improviso por la ley y por el deber.

Á ese ranchito de junco, habían llegado también la carta de una madre con su encomienda, y la carta del padre que ocultaba entre sus hojas, cuidadosamente doblado, uno de esos billetes del Banco de la Provincia, amigos de nuestra juventud, rosado, nuevo, hermoso, derramando promesas y alegrías.

¡ Gran día ! el contento rebosa en todos los cuerpos. Los oficiales se reúnen en grupos y se invitan al gran banquete de las encomiendas, que en su variedad llenan un menú pantagruélico y se devoran en un día con la feliz despreocupación de la juventud. — ¿ Y

mañana? — bah ! será otro día, y se contentarán con el pedazo de carne flaca, única ración que recibía entonces el soldado argentino, salvo los días en que no la recibía. Entonces nadie se quejaba; y hoy, en una campaña de 60 días, marchando en ferrocarril y durmiendo en colchonetas, hemos oído reclamar porque la carne no era siempre buena y abundante, ó porque alguna vez faltó el pan, el arroz, los fideos, el azúcar, el café y el dulce ! *Quantum mutatus ab illo !* y cómo, por imitar en todo á las grandes naciones, vamos perdiendo las ventajas de los hábitos, de las costumbres, de las aptitudes nativas de nuestras masas !

Aprovechando la pasajera fortuna que el correo había traído, los oficiales se invitan para ir á Corrientes, á derrochar el caudal, y obtenida la licencia, parte la alegre caravana.

Allá van, con las primeras vislumbres de la aurora, por esas cuchillas, atravesando isletas de monte, hermosos parques naturales, arroyos que parecen trazados por la mano de un paisajista ; y al ruido de la invasión, vuelan azoradas las palomas del monte, cesan en su canto las calandrias y zorzales, se alzan gritando bandadas de loros verdes y amarillos, y levantan el tardo vuelo los hermosos flamencos rojos que habían tendido su línea de batalla en la orilla de una inmensa laguna. Nada de ésto veía ni oía la caravana, que sólo ansiaba divisar la ciudad prometida, al volcar la última cuchilla.

Uno de esos oficiales, caballero en mulo artillero, era un largo alférez, lampiño, un poco desgonzado. Vestía, á pesar de la estación, una hermosa levita de paño colchado, de amplios faldones, último resto del lujoso traje, reservado desde el primer día para la entrada á la Asunción — ¡ á los tres meses ! — y destinado hoy por la necesidad al uso diario. Contrastaba con el resto del traje, compuesto de una bombacha de brin de tropa y unas botas burdas, fabricadas y claveteadas por un buen napolitano en la ciudad de Concordia. ¡ Feliz alférez ! quien nos diera volverle á ver !

Llegaron desgranados á Corrientes, la ciudad de sus ensueños. Unos ordenaban ya una comida inacabable al mozo azorado del Ho-

tel del Comercio, mientras otros, allá lejos, taloneaban á un « patrio » flaco, que con las moscas de día y la ronda de noche, había perdido casi el hábito de comer, y que no pudiendo prolongar más su heroico esfuerzo, amenazaba, por momentos, caer y terminar á la vez sus días y sus penas.

Corrientes era entonces una ciudad dormida á la sombra de sus naranjos, que reflejaba en las tranquilas aguas del gran río, sus copas soberbias, tachonadas de frutos dorados ó vestidas de blancos azahares. Situada en un extremo de la República, casi incomunicada, gozaba un reposo perenne, libre de las exigencias tiránicas de nuestro progreso rápido y febril.

Indolente y hermosa, como hija del trópico que ha colgado su hamaca, en la hora ardiente del mediodía, bajo la sombra amiga de árboles seculares, dejaba correr sus días acariciada por la naturaleza, que le brindaba sus mejores frutos, sus más hermosas flores, sus galas y sus adornos, haciendo fácil su vida y exenta del bíblico tributo. Un día, despertó alarmada: ruidos extraños se oían en los campos y en el bosque lejano, como el confuso rumor de muerte que avanza; y de las orillas del río, partía un grito desesperado, parecido al del pescador que despierta al sentir el zarpazo del felino, que deslizándose sigiloso entre los juncales de la orilla, lo sorprende traídoramente en la hora del reposo. Era el rumor de su suelo invadido, de sus buques apresados en plena paz. Los ecos llevaron rápidos, á todos los extremos de la provincia, la terrible noticia — Invasión! — y ese pueblo, al parecer indolente y enervado por las molicias de su vida, sintió hervir su sangre argentina, agolparse á su mente el recuerdo de pasados heroísmos, y, viril y entusiasta, acudió en masa, sin más armas que el hierro de sus cuchillos y las tacuaras de sus bosques; y los ejércitos enemigos tuvieron que detener su avance, pues lo encontraron audaz é indomable, para disputarles el paso en cada abra de sus montes, en cada vado de sus ríos.

Pero la caravana aquella, no iba en busca de Corrientes la he-

róica, sino de Corrientes la amable. Para los que vivían, hacía más de un año, en malas carpas ó en chozas de barro y de junco, durmiendo en lecho de paja y comiendo al aire libre la escasa ración, aquellas casas blanqueadas se presentaban á sus ensueños como palacios soberbios donde hallarían grandes camas con colchones, salones, comedores con manteles y cubiertos, manjares ideales! Eran jóvenes que hacía un año sólo veían á esa mujer de tropa, tan buena, tan útil, tan servicial y abnegada, verdadera providencia del soldado, pero que, como una Friné al revés, bastábase mostrarse para defenderse: figura apenas femenina, sólo matizada en esos campamentos, por la aparición fantástica de aquellas negras brasileras, que parecían harpías tropicales, cubiertas de cintas y plumas, y vestidas de cien colores chillones, marcando su paso con una estela perfumada, y dejando una sensación de chuchó ó de horrible pesadilla. Para esos jóvenes, una correntinita joven, entre amarilla y rosada, color de durazno maduro, fresca y limpia, con su cara de luna llena, ojos negros, una boquita roja que al sonreírse mostraba un puñado de mazamorra, sus largas trenzas cuidadosamente peinadas, sus senos duros, puntiagudos, insolentes, de donde colgaba como de una percha, la camisa blanca y limpia, único adorno de su busto rollizo y flexible, su pollerita sencilla y corta, que mostraba pies gorditos y chicos como sus manos: todo ésto era un ensueño, una visión que embriagaba, hacía olvidar palacios y banquetes; y esos soldados fascinados corrían á poner á los pies de la diosa todo lo que poseían: sus 19 años, un corazón entusiasta, una espada virgen y un mar de promesas é ilusiones! Cuántas veces, al amoroso entusiasmo sucedía amargo desencanto, cuando se recibía por toda respuesta, con aquella tonadita guaraní que las hacía más deliciosas, la terrible sentencia, remedo de la que Dante leyó sobre la obscura puerta: *Sin esperanzas, che, — andate!...*

III

¡Treinta años van corridos desde aquella terrible guerra! Cuántos de esos alegres compañeros no contestan ya al llamado, y cuyos nombres apenas se conservan en la memoria amiga. El tiempo ha borrado su recuerdo, los árboles han crecido cubriendo las tumbas abandonadas, y hasta las corrientes del río han alterado la escena, cambiando por completo la decoración dentro de la que se desarrolló la larga y sangrienta tragedia.

Allí está el promontorio donde se levantaba la fortaleza de Itaipurú, esa centinela avanzada de la tierra paraguaya, que sostuvo con admirable bravura el primer choque de las corazas brasileras. Los cañones adornan hoy los museos militares de Río de Janeiro; no queda ni el recuerdo de sus bravos artilleros; y un bosque de sauces y alisos, de verde tenue, alegre, casi sonriente, se agita á la brisa y besa la corriente en el mismo lugar donde antes se levantaban los sólidos bastiones.

Al frente está el « Paso de la Patria », donde los gauchos porteños, mandados por ese gallardo, ingenuo y bravo coronel Conesa, recibieron su bautismo de fuego. Allí embarcó el simpático Osorio, su división que debía ser la primera en pisar el territorio paraguayo, cruzando el río, en pleno día, frente al enemigo, en buques atestados de tropa hasta el punto de hacer imposible todo movimiento ofensivo ó defensivo: operación audaz, temeraria, cuya única explicación era que se tenía una fe completa en la ineptitud del contrario. Fué un éxito; y es el resultado, el que justifica ó condena las audacias de la guerra. Donde existía el fondeadero profundo, que permitió á la tropa embarcarse en simples planchadas, se mira un inmenso arenal ya invadido por el bosque, en cuyo blando y tibio lecho duermen los yacarés bajo los ardientes rayos del sol de mediodía.

Una mañana, el ejército argentino, acampado en ese punto, despierta al estruendo de un fuego de fusilería, tan nutrido y continuo que asombraba á los viejos soldados. Eran los brasileros que ocupaban la isla de Cabrita, y que, atacados al venir el día por fuerzas paraguayas, que pasaron en escuadrilla de canoas protegidas por Itaipirú, se batían desesperadamente, contra el violento y audaz avance, recibiendo y contestando un fuego no interrumpido durante cuatro horas; mientras la escuadra y la fortaleza agregaban al estruendo continuo del fusil, el estampido de sus gruesos cañones, cuyo eco se repercutía y prolongaba en los senos dilatados del bosque. El ejército entero ha bajado á la orilla del río, y espera impaciente la orden de atravesarlo en auxilio del aliado, ó conocer al menos el resultado de la lucha, que sólo advierte por el ruido de la fusilería y por el humo que brota en nubes de la copa de los árboles. De pronto, el fuego disminuye rápidamente, y grupos de canoas se alejan de la isla, en dirección á la costa enemiga. El ataque ha sido rechazado, y más de la mitad de los asaltantes no volverán á pisar el suelo paraguayo.

La isla que fué teatro de la sangrienta escena, y bajo cuyos altos árboles hallaran sepultura tantos centenares de valientes, no existe ya. Las corrientes del río han arrastrado en su curso las arenas movedizas, el monte soberbio y la tumba humilde; y los huesos de esos héroes, junto con su nombre y su recuerdo, han sido llevados por la onda tranquila, allá á los senos oscuros del olvido.

¡Tuyutí, Curuzú, Curupaití: cuánta sangre generosa bebió ese ángulo de tierra que forman el Paraná y el Paraguay! Allí el paraguayo, como león acosado, se defiende ciego y embravecido; é ignorando si quien lo manda es un demente ó un tirano, sólo ve á su tierra invadida por planta extraña. En las furiosas embestidas del Dos de Mayo y Tuyutí, los paraguayos se estrellan contra el número y la disciplina y mueren por millares bajo el fuego, sobre las bayonetas ó al pie de nuestros cañones; pero en Curupaití, toman sangrienta revancha, haciendo inútil el valor temerario de las columnas alia-

das que avanzan bajo el fuego mortífero, en busca de una victoria imposible.

Todo ha desaparecido. Los grandes esteros se han secado, el bosque ha invadido el campo donde se levantaban las carpas y las trincheras; y en esa tierra fecundizada por tanta sangre y tantos millares de cadáveres, la vegetación está más frondosa y exuberante, más profusamente adornada con todas las galas de la flora tropical. Esos parajes casi desiertos, conservan algo de misterioso y sagrado, que inspira respeto al viajero y se impone á la sencilla credulidad del indígena, que escucha la relación de extrañas leyendas.

Ha oído decir que, durante las noches tormentosas, cuando el horizonte se ilumina con los resplandores del relámpago, y una atmósfera pesada bajo un cielo obscuro lo oprime y obliga al recogimiento, esos rumores escuchados en el bosque, esos ecos lejanos, que remedan el trueno del cañón y el choque de las armas, son los muertos que se levantan de su tumba, y, no convencidos por la muerte misma, renuevan la lucha chocando sus huesos que se destrozán en horrible entrevero. Si alguna vez su tosco y primitivo arado, al rasgar el suelo, descubre un cráneo, el indígena lo recoge con religioso respeto, lo devuelve á la tierra bajo una cruz, y, más feliz que Hamlet, murmura el rezo del creyente, pidiendo paz para esos restos, que no despiertan en su alma la duda desgarradora del terrible problema!

Ahí está Humaitá: ¡cuántos recuerdos se agolpan á la memoria! Aquello fué el enorme y férreo candado con que se encerraba y aislaba un pueblo entero del contacto del mundo, para poder con mayor facilidad trabajar esa blanda pasta indígena, ya amasada por los misioneros, hasta amoldarla á la forma simple de un despotismo absoluto.

¿Qué queda de sus inmensas y formidables baterías erizadas de cañones, de sus casamatas, de sus cadenas tendidas al través del río? Nada. ¿Y de esa península famosa en el Chaco vecino, donde se libraron tantos combates extraños y terribles, en que los infantes se batían en canoas, en la obscuridad de la noche, y en el centro

de lagunas cuyas aguas amanecían enrojecidas ; donde los acorazados eran asaltados por soldados de caballería, que se lanzaban al río con el sable en los dientes y que llegaban hasta trepar á las cubiertas? Nada ! Las baterías han desaparecido, con sus cañones y sus cadenas, las lagunas se han agotado y la selva ha invadido la escena, borrando las huellas de la batalla y cubriendo con mantos de enredaderas, de lianas, de hojas y de flores el teatro de tanta hazaña y de tanto heroísmo. En sus senos oscuros y enmarañados, ya no resuenan el estruendo de la batalla, ni el grito de rabia del vencido, ni el clarín que lanza á los ecos las dianas del vencedor. En la inmensa soledad del monte, sólo se oye á intervalos el quejido de la torcaza ó el triste lamento del *urutaí* que, según el poeta, llora las desgracias de la patria.

Sobre la planicie donde existió la antigua villa de Humaitá, se eleva, romántica, hermosa y sugestiva, una ruína imponente, único testigo que con muda elocuencia parece contarnos todo lo que se vió y todo lo se sufrió, en aquellos días de homérica lucha.

Son los restos de un templo, que las balas de las naves brasileras derribaron durante aquel diario bombardeo, que arrasó la aldea que lo rodeaba. Quedan sólo los muros de una torre, una pequeña parte de otra, y los del peristilo. Las naves han desaparecido, y en los arcos y los muros, penetran los rayos del sol por los inmensos boquetes taladrados por las granadas. La silueta de esta ruína se destaca sobre el verde del horizonte y el azul zafiro del cielo, con líneas tan caprichosas, tan artísticas, tan bellas, que parece que la mano de algún artífice de gusto exquisito la hubiera modelado, poetizándola é impregnándola de cierta solemne tristeza, que despierta la admiración y concentra el pensamiento trayendo la fúnebre visión de lejanas escenas. Recuerda aquellos torreones arruinados, que destacándose en la cima de una colina, cuentan al viajero la historia de otras edades, é impregnan de romanticismo y poesía el risueño y hermoso valle del Rhin.

El día que esa ruina desaparezca, vendrán en vano los descen-

dientes de los que cayeron allí, defendiendo palmo á palmo el suelo patrio, á buscar la escena regada con tanta sangre generosa. Nada encontrarán, pues parece que la naturaleza conspirara con el tiempo por borrar el recuerdo de esa lucha casi fratricida, cual si en otros días la hubiera contemplado con asombro y horror.

Entrará sin duda en los sabios designios de la Providencia, destruir hasta el último vestigio de una lucha entre hermanos, para que los vínculos de la sangre y del común origen puedan recobrar todo su vigor é influencia, y consolidar la unión entre dos pueblos tan íntimamente vinculados por la naturaleza misma.

IV

No está aún escrita la historia de esa guerra. Ella vendrá algún día á excusar, ó justificar tal vez, faltas ú omisiones que nos llevaron á esos campos de batalla que nada grande ni fecundo produjeron. pues sólo nos han enajenado la amistad de un pueblo tan vinculado á nuestra vida, y que sufre aún de las heridas casi mortales que de nuestras manos recibió.

No es posible, sin profundo desconocimiento de la verdad histórica, juzgar los actos y procederes de los hombres públicos, bajo la influencia de otra época, de otras ideas, de otro medio; pues, por grande que sea la inteligencia de un estadista, difícil, si no imposible, le será sustraerse por completo á la influencia de las ideas ó pasiones predominantes y que han venido labrando la opinión. Sólo el genio puede anticipar las verdades del porvenir; y el genio mismo no siempre tiene el poder bastante para imponerse y obligar á las corrientes de los sucesos á desviarse y seguir el rumbo que les indica su clarovidencia.

Además, los hechos, cuando se producen, se atribuyen casi siempre á una acción personal inmediata, porque cedemos á la necesidad de personalizarlos para explicarlos más fácilmente, y nuestra

inteligencia no tiene el poder bastante para penetrar en el pasado, y seguir el misterioso desarrollo de las causas lejanas. Hay fuerzas superiores que combinan los sucesos, que mueven á los hombres y las cosas, según su varia índole, en el inmenso tablero de la vida y preparan para una hora dada las soluciones definitivas; y los hombres que se hallan en la escena en ese momento, son los que generalmente asumen la responsabilidad ó la gloria de acontecimientos, á cuyas causas superiores y anteriores, fueron ajenos. No es esto mero fatalismo que suprime la acción humana por inútil, sino un principio de justicia, que la hace solidaria al través del tiempo, y que nos enseña que nuestro esfuerzo actual sólo prepara la historia del día siguiente, pues la de hoy ya fué hecha por actos pasados.

Fácil tarea es criticarlos, cuando tenemos á la vista los antecedentes conocidos y desconocidos por los actores, las consecuencias previstas é imprevistas, y marcada la influencia del azar, de la fortuna, de esa fuerza misteriosa y desconocida que se mezcla invisible á todos nuestros actos, y que, caprichosa ó traviesa, adversa ó amiga, contribuye secretamente á preparar los sucesos, á introducir elementos que deciden del resultado final, que abate ó exalta á un hombre, con una desgracia inmerecida ó una gloria inconsciente! ¡Cuán fácil es sobre el plan de la batalla pasada, enmendar el error ó corregir al maestro! ¡Cuántos han ganado la de Waterloo, después de estar perdida por Napoleón!

No criticaremos, pues, la política exterior de nuestro país, en los tiempos que precedieron la guerra: reconocemos cuáles eran las exigencias de la *opinión pública*, que á veces es la suma de opinión de todas las ignorancias; conocemos cuál era la propaganda irreflexiva de la prensa, cuya funesta influencia, en muchos casos, ha dado ocasión á que un célebre académico francés, la defina, parodiando el juicio de Esopo sobre la lengua: « *Es lo mejor y lo peor que tiene la sociedad moderna* ».

Pero, si la política que condujo fatalmente á la guerra puede tener su excusa y aún su justificación, no nos explicamos la apatía

con que vimos formarse la tormenta, sin apercibirnos un instante á la lucha, hasta que la invasión nos sorprendió, sin recursos, sin armas, sin escuadra y con nuestro pequeño ejército diseminado en fronteras lejanas.

Ante el hecho brutal, ante el suelo profanado y la bandera ultrajada, el patriotismo y el entusiasmo fueron llamados á suplir lo que faltaba, y lo suplieron; pero una campaña que debía ser rápida, — por la precipitación con que fué preparada, por las imperfecciones de un tratado hecho con demasiada premura y sin estudio, por la falta de sinceridad y simpatía entre aliados que estuvieron á punto de volverse enemigos, — se prolongó sin término, en medio de sorpresas y combates aislados donde el heroísmo de los combatientes ha dejado páginas gloriosas, pero donde no se descubre una acción enérgica, con iniciativa y con brío: un plan general dentro del cual se movieran en acción concurrente todos los elementos de fuerza, y donde las batallas fueran las escenas finales que terminan el drama. Fué así cómo la guerra continuó hasta que el pueblo paraguayo hubo vertido por cien heridas la última gota de sangre, hasta caer desfallecido, sin fuerza ya, casi sin vida. Treinta años después, aún está débil y convaleciente, y aunque reconoce que lo libramos de cruel tiranía, no puede olvidar ni perdonar la sangre vertida ni las miserias que soportó.

.

V

Estábamos entregados á estos recuerdos, cuando nos despertó el silbato del vapor. Abriendo los ojos y desperezando el cuerpo adormecido, nos vemos en el medio de un mar tranquilo, de esa inmensa *cancha* donde se confunden los dos ríos, antes de llegar á la ciudad de Corrientes. Las costas distantes, apenas visibles, parecen vestir su nocturno traje de celajes y brumas para entregarse al

sueño, y la luna, alta ya sobre el horizonte, se refleja en la corriente é ilumina mil pecesillos de plata que juegan en la superficie de las aguas, se persiguen, aparecen y desaparecen, en rapidísimos movimientos; y allá á lo lejos, pequeñas luces en las barrancas en el río anuncian el puerto de Corrientes donde en breve fondearemos.

Una vez allí, contemplamos de nuevo el panorama de la ciudad que poco ha cambiado, fuera de los grandes muelles de hierro, que atestiguan que han llegado hasta ese extremo los beneficios del progreso nacional.

Á poca distancia, aguas abajo, se destaca una pequeña planicie, semicircular, cortada á pique sobre la corriente. Hay allí un proyecto de parque con plantas exóticas; y en el país de los grandes bosques de gigantescos y variados árboles, el hombre, siempre descontento de lo que posee, se esfuerza por arraigar penosamente algunos eucaliptus, casuarinas ó coníferas, llevados de Buenos Aires y destinados por la naturaleza á crecer bajo otros cielos y otros climas.

En ese parque que construye la municipalidad de Corrientes, en paraje consagrado por la primera victoria, se proyecta elevar un monumento á los que cayeron en la guerra. Desde su cumbre se verá á la derecha, en el río inmediato, el lugar donde fué asaltada y tomada la *25 de Mayo* y donde nuestra bandera sufrió el duro agravio; y al frente, el puente histórico, tomado á la bayoneta por un puñado de valientes que, el 25 de mayo de 1865, festejaron el glorioso aniversario con la primera victoria, y derramaron la primera sangre en desagravio de la ofensa.

Esa columna en que estarán grabados en bronce los nombres de los que sucumbieron, impedirá que el olvido lo envuelva todo con sus sombras, — como nos envolvió la obscuridad de la noche, al ocultarse la luna tras las brumas del horizonte...

SARMIENTO POLEMISTA

LA CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO GRANDE

I

De todas las obras de polemista de Sarmiento, tal vez ninguna es tan interesante, bajo ciertos aspectos, como este panfleto inflamado, en que ataca con empuje incontrastable la política del general Urquiza. Su publicación dió origen á la más famosa discusión que registran nuestros anales literarios, y las *Cartas sobre la Prensa*, de Alberdi, fueron una digna contestación á este escrito virulento en que la pluma desgarró el papel en su carrera desigual y desenfrenada. Repleto de anécdotas personales, de perfiles trazados de paso en cuatro rasgos incisivos, de digresiones políticas interesantes, de paisajes sorprendidos al vuelo y reflejados con toda la pujanza de la imaginación de su autor, la *Campaña en el Ejército Grande*, es un libro sugestivo, apasionado, palpitante de odio, en que el alma de Sarmiento se muestra desnuda, con sus generosos arranques de propagandista, con sus prevenciones de político despechado, con su ingenua vanidad y su indiscutible superioridad intelectual. Escrita á trozos, en diferentes momentos y en países diversos, publi-

cada del mismo modo, — la primera entrega en Río de Janeiro, las siguientes, en Santiago de Chile, — ella refleja las vicisitudes y las alternativas curiosas de la vida del periodista y del agitador, que podía en aquel tiempo haber tomado por divisa los viejos versos castellanos :

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear...

Hay un encanto indecible en la lectura de publicaciones de esta especie. El espíritu penetra, á través de ellas, todos los secretos de una época tumultuosa, mejor que en las páginas fieles del historiador que trata de reseñar sus accidentes y analizar sus pasiones. Sus páginas tienen el palpitante interés de las *Memorias* ó crónicas personales, la nota de actualidad que no borra el tiempo ni enfría la distancia. Su lectura nos introduce de golpe, con empuje violento, en el pasado lejano, y nos hace sentir los ardores de la lucha y los estallidos del furor guerrero. Nuestra literatura es escasa en obras de este orden y de este género. Es una nueva razón para encontrar en ésta un atractivo poderoso y una seducción viril.

En ese libro de pasión, se admira la resistencia y la pujanza del alma de Sarmiento. Aquel continuo batallar de tantos años, aquella terrible campaña emprendida en Chile contra Rosas, — parece suficiente para gastar las fuerzas del temperamento más rico, para agotar la savia de toda una vida. Después de quince años de polémica y de ataque, la pluma debe desfallecer en la mano más tenaz. El hastío de la crítica, la profunda repugnancia del descontento perpetuo, destemplan á menudo el espíritu del más terrible censor, hundiéndolo en las sombras inactivas de una desdeñosa misantropía. Sarmiento escapa á esta ley general y parece que, á medida que la contienda se prolonga y se complica, su vigor moral rejuvenece y aumenta. Connaturalizado con la proscripción y perseguido por el poder, su naturaleza siente una atracción imperiosa por las acres voluptuosidades del sufrimiento. Jamás se escapa una queja

de sus labios, siempre dispuestos á hacer vibrar el dardo del sarcasmo ó la flecha envenenada del insulto. Cuando más, se refiere á su situación, como á un accidente normal en la vida agitada del pedazo de tierra que le ha sido asignado por patria : « Emigrado otra vez ! Prófugo !... Proscrito !... ¿ Qué sabe el que nació argentino, dónde amanecerá mañana, ni ante qué nueva tarea ha de ver encanecer su cabeza, malgastados ya, derrochados los más claros y bellos días de la vida, tras de alguna manzana dorada, como aquellas que crecen alrededor del mar Muerto y llenan de cenizas la boca del viajero que al morderlas buscaba refrigerio ? » La dura sentencia de los tiempos pesa sobre él como una necesidad ineludible, sin herir demasiado su sensibilidad acerada por el espectáculo de los horrores que ha combatido y que ha presenciado en sus tristes años de apostolado. Se encuentra de nuevo en el extranjero y se refiere á los que han caído á su lado ó lejos de él, con melancolía viril y tranquila. Se diría que, al cruzar el caos sangriento y la barbarie que pesaron veinte años sobre nuestra patria, su alma se había revestido de una triple coraza contra el sufrimiento. Así su ironía adopta tonos lúgubres y juega con un *humour* semejante al de Swift en sus fúnebres burlas sobre la matanza de los niños de Irlanda. Escuchad esta etiología del asesinato, comparado con los estragos de la fiebre amarilla, y vereis resaltar la semejanza : « Reina en estos días la fiebre amarilla en Río Janeiro, y los sobrinos y hermanos de Rosas, con quienes venía yo comiendo en un plato á bordo del *Prince*, temían al desembarcar ver víctimas de sus estragos, echando de menos aquellas playas argentinas, donde ninguna dolencia peculiar al clima le sale al hombre en alguna encrucijada del camino de la vida y lo asesina, como el vómito negro de la Habana ó las tercianas de Lima. ¡ Ay ! que se olvidaban que en la Confederación reinaba, hasta ahora poco, enfermedad endémica más rápida en sus efectos, más devoradora en sus ataques, que el cólera morbus asiático. Llamóse aquella enfermedad : *degüello* ; y salvar de su diente era apenas el destierro, régimen que dura por años sin término.

Bastaba que el entrecejo de algún bárbaro se frunciese, para hacer rodar la cabeza del que piensa como no piensan los que no se tomaron nunca el trabajo de coordinar dos ideas. Á veces han caído quinientas cabezas en un día, y á veces una sola que valía por cientos de aquellas. No tiene el mal estación fija, y si amaina su fuerza, queda latente en la atmósfera, aconsejando la prudencia precaverse y no hacer desmanes. Cuando los síntomas de la enfermedad aparecían en el semblante ó en los actos de algún vecino, dábasele al apestado el nombre de *salvaje unitario*; y entonces se lo señalaban los unos á los otros con el dedo, evitando su contagio, pues que las leyes de la justicia y de la humanidad, y hasta las del decoro, cesaban de protegerlo. »

Lanzado en este camino, no temais que su vena se corte ó su verbosidad decaiga. Tiene en su estilo la frondosidad de los trópicos, y está resuelto á apurar la semejanza. Así, nos advierte, en seguida, que los naturales de la tierra, piensan « haber hallado antídoto seguro contra esta epidemia que creen inherente al suelo, y llevan un *trapito colorado* en el pecho, como los fetiches que usan los africanos contra mordeduras de víboras y culebras ». Más lejos, hace resaltar la inmunidad del *extranjero*, ante el mal de formas tan terribles, y nota que « ni la enfermedad del país les daña; ni el preservativo ejerce influencia ninguna sobre la conservación de sus cabezas, que permanecen donde Dios las colocó con ciencia infinita, y ninguna criatura terrena es osada de tocarlas ». Finalmente, anuncia su intención de pedir, cuando haya un Congreso (soberano) en su patria, « que así como el odiado, aunque respetado extranjero, puede pedir carta de ciudadanía argentina, el argentino pueda obtener carta de extranjería en su propio país. cuando quiera sustraerse al *trapo* y á la enfermedad que cura ».

II

La *Campaña en el Ejército Grande* está precedida, además del prólogo, de una interesante carta al general Mitre, de un *Ad memorandum*, que contiene todos « los documentos que trazan el camino de la narración, como antecedente necesario de los juicios esplayados más tarde en ella, verdadero laberinto de fragmentos », según la expresión del mismo autor; de una dedicatoria al doctor Alberdi, y una advertencia ofensiva en que se arroja el guante á la opinión y en que Sarmiento advierte, con su habitual desparpajo, que se ha estado mordiendo la lengua ocho meses, por no ir á interrumpir la marcha del carro triunfal con revelaciones indiscretas ». La carta á Mitre (de 13 de abril de 1852) anuncia la condecoración de la orden de la Rosa, acordada por el emperador del Brasil á Paunero, á Mitre y á Sarmiento, presentes en el combate del Tonelero, y citados en el parte del almirante Grenfell, jefe de la escuadra imperial en aquella acción; da cuenta de sus interesantes conferencias políticas y literarias con el joven monarca brasileiro; refiere una anécdota curiosa que he reproducido en otra publicación, y, finalmente, explica las razones que lo hicieron separarse del general Urquiza y convertirse de su colaborador en su adversario, así como su repugnancia en ponerse la famosa « cinta colorada », que es la causa ostensible y definitiva de un rompimiento inevitable entre dos organizaciones tan antagónicas, como eran la del general en jefe del Ejército Grande y la del redactor del *Boletín* de la campaña.

Lo he dicho en otra oportunidad; el desengaño experimentado por Sarmiento al conocer y tratar al general Urquiza, la decepción que sufrió en sus ideales ó sus aspiraciones, no fué compartida por muchos de sus compatriotas residentes en Chile, y entre ellos por

Alberdi, que acababa de sentar en obras magistrales, los cimientos de la regeneración argentina. Para estos espíritus, la caída de Rosas era por sí sola la iniciación de una época nueva. El agente providencial que había precipitado aquel acontecimiento, merecía el respeto y la consideración de la patria. Sin pretender operar en un día una revolución radical en los espíritus y en las almas, comprendían que no se arrancan de golpe las raíces de una tiranía de veinte años, y que es necesario dar tiempo á las evoluciones de las ideas liberales en pueblos corrompidos y deprimidos por el despotismo (1). La sublevación de Sarmiento, ante la necesidad de usar la « cinta colorada », se comprende y explica, porque aquel símbolo de barbarie y terror era la divisa sangrienta de una causa oprobiosa. Considerando la cuestión bajo este punto de vista, son justas las resistencias del periodista brillante y de talento cultivado, ante una exigencia que nada parecía justificar y que lo rebajaba á sus propios ojos. Sin embargo, esta exigencia por sí sola no produjo el alejamiento y la separación de Sarmiento y del general Urquiza. Fueron otras las causas de esta actitud : una serie infinita de pequeños choques, de mal entendidos é incompatibilidades morales, de antipatías irresistibles, rozamientos diarios de la vanidad del publicista puesta en frente de la férrea voluntad del soldado triunfador. En las *Cartas sobre la Prensa*, Alberdi explica con admirable sagacidad esas causas. Muestra por el análisis del mismo libro sobre la *Campaña en el Ejército Grande*, las prevenciones abrigadas por su autor contra el general Urquiza, y cómo, aun antes de su primer entrevista, ya la-

(1) Entre estos, estaba el doctor don Vicente Fidel López, según el mismo Sarmiento. « López, — dice en la página 79 de la *Campaña*, — creía necesario levantar, adoptar á este hombre con todas sus faltas, con todos sus hábitos de voluntariedad, encajonarlo, diré así, en medio de las instituciones que la reacción contra el despotismo iba á rehabilitar necesariamente, y dirigirlo los unos, resistirlo los otros, hasta que, levantándose la clase educada por las garantías dadas á la vida y á la propiedad, y élfacionándose á los goces del poder, se aquietase al fin y se contuviese en los límites de un despotismo racional ». Esto que Sarmiento llama el *sistema de López*, y que también podría llamarse el de Alberdi, tal vez hubiera evitado tan grandes sacrificios como los que vinieron al fin, por razones que no es del caso mencionar.

tían en él los gérmenes de su enemistad (1). De todos modos, es necesario decirlo con franqueza : tal vez la intransigencia de Sarmiento y de los que se unieron más tarde á él, no hizo sino retardar el momento histórico de la reorganización argentina, poniendo obstáculos, durante diez años más de separación y luchas intestinas, á la rehabilitación de la patria, unida é independiente. La pasión de Sarmiento velaba á sus ojos este peligro ; y, con su arrogancia impetuosa, dirigía á Alberdi, al escribir la dedicatoria de la *Campaña*, un cartel de desafío, enviado con altanera y provocativa violencia. En ella se le habla de su posición semi-oficial, se le reprocha su pretendido criterio de hombre práctico « que no se apoya en los hechos por no conocerlos » ; se insinúa, por fin, que fué el « primer desertor argentino de las murallas de Montevideo al acercarse Oribe ». Estas gratuitas acusaciones están calculadas para producir un rompimiento absoluto. El rompimiento llegó, y el relato de sus incidentes constituye uno de los episodios más interesantes de nuestra historia política y literaria.

Antes de penetrar en el examen de las consecuencias de este arranque de mal humor, debo señalar las peculiares bellezas de la

(1) Es tan exacto esto, que basta leer las primeras páginas de la *Campaña en el Ejército Grande* para apercibirse de las prevenciones indomables de que venía imbuido Sarmiento. Así, al llegar á Montevideo, procedente de Valparaíso, á bordo de la *Médicis*, habla de las personas que acudian al puerto en busca de los viajeros y añade : « Una persona, empero, no venía á verme. Por fin, encuentro en casa una tarjeta enviada por don Diógenes Urquiza. ¿ Está enfermo este sujeto ? No : ¿ será acaso porque es Encargado de Negocios del Entre-Ríos, y creará derogar á su dignidad visitando en persona á un individuo ? Don Diógenes es un hijo del general Urquiza, de edad de veinticuatro años, antes grande pagador de mis escritos, en Buenos-Aires, y hoy el hombre que se daba estos aires para conmigo, habituado, debo decirlo, al trato de personas por su edad, dignidad y rango en la sociedad muy superiores sin duda á aquel imberbe, que empezaba tan pronto á olvidar aquella jerarquía natural en que están colocados los hombres en la sociedad, y contra la cual nada pueden, sin faltar á los respetos debidos, esas elevaciones oficiales que producen las circunstancias del momento. Este Encargado de negocios, hijo de su padre el Gobernador á quien representaba, empezaba por otra parte á sublevarme el espíritu, viendo ya una especie de gobierno doméstico, de familia, del cual no había ejemplo anterior en nuestras prácticas, si no es el reciente del Paraguay ». ¡ Todo ésto. por el retardo de una tarjeta !...

Campaña en el Ejército Grande. La personalidad dominante de Sarmiento aparece en ella y desborda de sus páginas cálidas y vibrantes. Es imposible hacer un análisis de ese libro, compuesto de digresiones, de paréntesis admirables, de juicios y cuadros trazados à bâtons rompus. Sus detalles son hoy curiosos en extremo; entre ellos, el desembarque en Montevideo, en noviembre de 1851, las alarmas con que desde la *Médicis* contemplan la ciudad, ignorando si aún se halla sitiada por Oribe, y que encuentran feliz y rumorosa después del cerco de nueve años; las primeras emociones de la llegada, con el tropel de los amigos que se precipitan al paso de los recién venidos: veteranos de Paz ó de Lavalle, curiosos y polítqueros, ansiosos de mostrar su libertad y prodigar todos los tesoros de la hospitalidad de su raza. En esa primera impresión de la ciudad libertada, resaltan observaciones de una fineza admirable. « Montevideo, dice Sarmiento, estaba aún en la embriaguez de su dicha. Era el preso de nueve años que se sentía libre, que traspasaba el recinto de la muralla para ir á ver la vegetación, las quintas de los alrededores, las flores de los jardines, los cactus y los áloes de las cercas, porque todo esto habían conquistado en aquellos días. El asunto más grave de las conversaciones, el tópico inagotable, era montar á caballo, contar cómo habían galopado una legua, y las nuevas partidas que se preparaban. Comprar caballos, sillas, vestidos de amazona, era el negocio del día; tabartaleros, sastres y caballeros, los personajes de la época ». Como siempre, las dotes nativas de Sarmiento se revelan en las frases anteriores en toda su plenitud. Un temperamento más lírico hubiera entonado himnos á la libertad, mostrando sus dulzuras y beneficios, Sarmiento, realista por índole y por naturaleza, es más verdadero y más expresivo al referirse á esa fiebre del caballo, del aire libre, de la carrera á cielo abierto, que se propaga en la ciudad encerrada en sus trincheras, ahogada por el sitio durante una horrible década de asaltos y de amenazas.

Desgraciadamente, muy pronto la pasión política aparece y nu-

bla la serenidad del juicio de Sarmiento. Lo que primero le llama la atención es que, según informes que llegan á sus oídos, el general Urquiza « se había ocupado en hacer sentir á los emigrados argentinos la necesidad de ponerse la *cinta colorada* » (pág. 56). Luego se refiere al perro *Purvis* del general, famoso por sus ataques á las pantorrillas de los que llegaban á su tienda. Este guardián terrible lo preocupa demasiado « no obstante que desde niño tuvo por rasgo característico la impavidez para hacer frente á los perros, que nunca pudieron morderlo » (pág. 57). Detalles, si se quiere, estos detalles son altamente significativos. Lo es igualmente la crítica al general Urquiza por « haber permanecido cerca de un mes á las puertas de Montevideo, sin entrar una sola vez en la ciudad, sin aceptar ninguna de las reiteradas invitaciones con que la gratitud pública había querido mostrarse ». Esta conducta, justificable en aquel momento histórico, prudente si se tiene en cuenta el prestigio que dan el alejamiento y el misterio, natural, en fin, al principio de una campaña cuyo fin era incierto, le parecé « uno de esos recursos á que la insuficiencia apela para conservar la superioridad asumida ». La personalidad de Quiroga acude á su mente y recuerda, en medio de una comparación malévola, que aquel bandido siniestro « había hecho otro tanto en San Juan, acampando en medio de un prado de alfalfa, y forzando por la desnudez de todo amueblado, á sentarse en el suelo á los enviados del gobierno que venían á tratar con él » (pág. 56).

La campaña del Uruguay le da motivo para trazar un cuadro histórico altamente interesante. En ella muestra á Montevideo como el último baluarte contra el tirano, después de arrollados los ejércitos unitarios en Mendoza y Tucumán, de « esterilizada la victoria de Caaguazú, y más tarde vencida Corrientes en Vences ». El génesis de la alianza con el Brasil está explicado con sagacidad, y el retrato de don Andrés Lamas, su fino negociador, descuella por el vigor é intensidad de sus rasgos. La narración de la lucha sostenida por Lamas en la corte del Brasil, contra el ministro Guido y contra

el enviado de Oribe, es un curioso episodio de la historia de la diplomacia platina. El agente del Uruguay debía luchar contra obstáculos formidables, de los cuales no era el menor « las preocupaciones invencibles de los brasileros contra los españoles americanos, desconfiándose de ellos y de la duplicidad de carácter é inmoralidad de miras y de medios que les atribuían en general ». Su triunfo más brillante consiste en haber superado estos inconvenientes, levantando fondos para auxiliar á la plaza sitiada, rehabilitando el crédito del Uruguay, destruido por la propaganda de Rosas, y finalmente llevando al Gobierno Imperial á hacer suya la causa de Urquiza, á pesar de las vacilaciones é incidentes que relata Sarmiento, y cuya veracidad ó justicia es discutible, en vista de su invencible prevención contra el caudillo.

Los rápidos retratos de algunos amigos, encontrados por Sarmiento en Montevideo, están á la altura de los más hermosos que ha dejado trazados en sus escritos. Ante todo, el doctor don Pedro Ortiz, y sus antecedentes de médico elegante, rival de Irigoyen en Mendoza. Las anécdotas que refiere Sarmiento á su respecto, pintan un carácter y hacen la psicología de un sér moral, mejor y con más éxito que un largo análisis filosófico. Luego llegan el capitán don Federico del Carril y el coronel Castro, sanjuanino, « que por una singularidad de su carrera había servido la causa de los caudillos casi desde la infancia ». Sigue el mayor Recabarren, « pariente de Sarmiento y compañero de su niñez ». Todos ellos son caracterizados por el escritor con una ligereza de mano y una potencia de evocación que asombra, y constituye una de las más notables dotes shakesperianas del talento literario de Sarmiento. De su boca recoge datos sobre la composición y el personal de las tropas de Rosas, sojuzgadas por Urquiza después de la capitulación de Oribe, y cuyos soldados contempla allí, « tendidos de medio lado, vestidos de rojo, envueltos en sus largos ponchos de paño, — fisonomías graves como de árabes, caras llenas de cicatrices y arrugas, cabezas y barbas canosas como si hubiera nevado sobre ellas esta mañana ».

Aquel espectáculo imponente produce en su espíritu vivaces impresiones. La terrible sugestión de la tiranía se le revela de pronto, ese prestigio inexplicable que amansa al rebelde y dobla la altivez del bárbaro, deprimiéndolo, reformándolo, amoldándolo al capricho de la voluntad veleidosa y omnipotente del amo. El filósofo se abisma en la contemplación de « aquellos tercios, ligados á tan sangrientos recuerdos », y de cuyo seno salían los feroces sayones de la *mazhorca*. « ¡Qué misterios de la naturaleza humana! — dice entonces en una página elocuente — ¡qué terribles lecciones para los pueblos! He aquí los restos de diez mil seres humanos que han permanecido diez años, casi en la brecha, combatiendo y cayendo uno á uno todos los días. ¿Por qué causa, y sostenidos por qué sentimiento?... Los ascensos son un estímulo para sostener la voluntad del militar: aquí no había ascensos. Todos veían los cuerpos sin jefes ó sin oficiales; por todas partes había claros que llenar, y no se llenaban; y los mil postergados nunca trataron de sublevarse. Estos soldados y oficiales carecieron diez años del abrigo de un techo, y nunca murmuraron. Comieron sólo carne asada en escaso fuego, y nunca murmuraron... La pasión del amor, poderosa é indomable en el hombre, como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron. La pasión de adquirir, como la de elevarse, no fué satisfecha, en soldados ni oficiales subalternos, por el saqueo, ni entretenida por un salario que llenase las más reducidas necesidades, y nunca murmuraron. Las afecciones de familia fueron por la ausencia extinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron... Matar y morir, he aquí la única facultad despierta, en esta inmensa familia de bayonetas y de regimientos, y sus miembros, separados por causas que ignoraban, del hombre que los tenía condenados á este oficio mortífero y á esta abnegación sin premio, sin elevación, sin término, tenían por él, por Rosas, una afección profunda, una veneración que disimulaban apenas. ¿Qué era Rosas para estos

hombres? ó más bien, ¿qué seres había hecho de los que tomó en sus filas hombres, y había convertido en estatuas, en máquinas pasivas para el sol, la lluvia, las privaciones, la intemperie, los estímulos de la carne, el instinto de mejorar, de elevarse, de adquirir, y sólo activos para matar y recibir la muerte? Y aun en la administración de la sangre, había crueldades que no eran sólo para el enemigo. No había ni hospitales ni médicos. Poquísimos son los inválidos que han salvado de entre estos soldados. Con la pierna ó el brazo fracturado por las balas, iba al hoyo el cuerpo, atacado por la gangrena ó las inflamaciones. ¿Qué era Rosas, pues, para estos hombres? ¿ó son hombres estos seres? »

III

Después de las páginas del *Facundo*, ninguna de las de Sarmiento es tal vez tan sugestiva para penetrar el carácter y los resortes de nuestras tiranías y del poder y elementos del caudillaje, como la que acabo de transcribir. Ese mudo fatalismo, esa estóica resignación ante la muerte y el sufrimiento, esa pasividad de fiera disciplinada que se lanza á la matanza y que, con las fauces aún enrojecidas, vuelve á su cubil y se extiende, en una vaga soñolencia, sin una sublevación, sin un rugido; esa pasta especial de que está formada la masa nativa de nuestras llanuras, es la mejor explicación de la monotonía interminable, de la anarquía latente ó activa que constituye nuestra historia de medio siglo. Sí, sólo teniendo en cuenta esta modalidad impresa á la plebe, por la ignorancia, por la lucha contra la naturaleza, por la acción deletérea que ejercen el desierto y la soledad sobre el espíritu y el corazón. se concibe el fanatismo y el supersticioso terror de los soldados de *Facundo*, las correrías fantásticas del Chacho, el poder moral de un Ibarra ó de

un Cáceres, las monstruosas bacanales de sangre que apagaban la embriaguez del fraile Aldao (1).

La excursión de Sarmiento al Entre-Ríos es una sucesión de encantos y de gratas sorpresas. Con su horror al artificio, nos advierte, desde luego, que « los ríos argentinos han sido su sueño dorado, la alucinación de sus cavilaciones, la utopía de sus sistemas políticos y que « en el Rhin, en el Missisipi, en el Sena ó en el San Lorenzo », no veía, no buscaba, sino la imagen, los rivales del Uruguay ó del Paraná. « Tres veces he descripto, añade, en mis diversas publicaciones, el Entre-Ríos que bañan, y una de ellas en Alemania sin estímulo ni previsión política. » Esas descripciones son todas hermosas y brillantes, llenas de luz y colorido. Sin embargo, Sarmiento advierte que contemplaba por primera vez el paisaje que había reproducido, fiado solamente en su imaginación. La misma confesión nos hace algunas páginas más lejos, al bajar á tierra y montar á caballo cerca del Rosario, en las barrancas del Espinillo :

« Á caballo, en las orillas del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos, en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa que había descripto en el *Facundo*, sentida por intuición, pues la veía por la primera vez de mi vida. Pareme un tanto á contemplarla, me hubiera quitado el kepí para hacerle el saludo de respeto, si no fuera necesario primero conquistarla, some-

(1) Para tener una idea de la ignorancia que el despotismo había perpetuado en nuestra patria, es necesario oír una vez más á Sarmiento, al describir su viaje á Entre-Ríos en el vapor *Blanco*, que llevaba de pasaje á la división Granada: « En la mesa de á bordo conocí á todos sus jefes y oficiales. Recabarren me servía de guía para examinar aquel museo humano. Trabé relación con varios, el teniente coronel Aguilar, el teniente Senra, que había conocido al obispo Sarmiento en San Juan y á mi familia, el mayor Arámburu y varios otros cuyos nombres olvido, pero cuyas fisonomías me vienen á la imaginación. El coronel *no sabía leer*; un joven oficial de bella, simpática y distinguida figura *no sabía leer*; la generalidad, de fisonomías atesadas, torvas algunas, duras y selváticas muchas, se hallaban en igual caso; y cuando Aquino tomó el mando de la división, de una media filiación que practicó, quedó comprobado que *sólo siete* entre *cuatrocientos catorce* soldados, cabos y sargentos, sabían leer y escribir mal. » ¡Qué dato precioso para la historia de nuestras contiendas!...

terla á la punta de la espada, esta pampa rebelde que hace cuarenta años lanza ginetes á desmoronar, bajo el pie de sus caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades; y echeme á correr sobre ella, como quien toma posesión y dominio.»

Esta declaración de Sarmiento demuestra cuánto es su mérito literario y qué admirables facultades de adivinación poseía aquel hombre, para presentir así, con una vigorosa penetración de vidente, el alma de los personajes que estudiaba, asociada á un medio que no conocía y que, sin embargo, nadie entre nosotros, ha pintado y sentido mejor que él. Esta fabricación de « color local », hecha de tan eximia manera, recuerda la hermosa mistificación literaria que se llamó *La Guzla*, y en que el ingenio de Mérimée, con cinco ó seis palabras ilirias, dos libracos pedantes é insípidos, se asimiló las sensaciones violentas de una raza de primitivos, hasta engañar y envolver en sus redes á talentos de la talla de Pouchkine y Goethe (1).

Hablando de « color local », no es posible dejar de mencionar el pasaje del Paraná por el ejército de Urquiza. Ese episodio ha inspirado á Sarmiento uno de los más interesantes boletines de la campaña. ¡Qué cuadro genuinamente sud-americano, el de aquel ejército que atraviesa un río torrentoso y profundo, sin otro auxilio que el que encuentra en la decisión y pericia personal de sus soldados ! « En los países poco conocedores de nuestras costumbres, dice Sarmiento con razón — el juicio se resiste á concebir cómo cinco mil hombres, conduciendo diez mil caballos, atravesaron en un solo día el Uruguay, en una extensión de más de una milla de ancho, y sobre una profundidad que da paso á vapores y buques de calado... Embarcaciones menores pasaban de una á otra orilla los batallones de infantería, en grupos pintorescos que matizaban de vivísimo rojo la superficie brillante de las aguas. El vapor *Don Pedro*, de ligerísimas dimensiones, remolcaba las balsas cargadas de caballos ; pero

(1) AUGUSTIN FILON, *Mérimée et ses amis*. 1894.

aún no satisfecha la actividad del general en jefe con estos medios, centenares de nadadores dirigían el paso de tropas de caballos, cuyas cabezas se diseñaban apenas como pequeños puntos negros que interrumpían en líneas transversales la tersura del río. Por horas enteras, veíase algún nadador, luchando con un solo caballo, obstinado en volver atrás á la mitad del canal, mientras que el espectador se reposaba de la fatiga que causa el espectáculo de tan peligrosos esfuerzos, al divisar en la opuesta orilla los caballos que toman tierra, los batallones que desplegaban al sol sus tiendas, y allá en el horizonte, los rojos escuadrones de caballería, que desde temprano avanzaban perdiéndose de vista en la verde llanura de las islas. »

La reproducción de los incidentes catalogados minuciosamente por Sarmiento, en el curso de su relato y que se refieren á sus relaciones personales con el general Urquiza, no tiene objeto en estas páginas. Ellos pertenecen más bien á la historia anecdótica, y deben ser aprovechados por el que estudie el génesis y desenvolvimiento de los sucesos de aquella época interesante. Ese encontrará en la *Campaña*, como complemento de *Facundo*, elementos inapreciables de información personal, escenas trágicas de un poder extraordinario, explosiones de barbarie que revelan un estado social rudimentario y transportan la imaginación á otras épocas y otros países : episodios que parecen arrancados á las soberbias descripciones de la vida esclava de las novelas de Henry Sienkiewicz.

Recorred la siguiente descripción de la muerte de Aquino, y os hallaréis transportados á una de esas épocas primitivas en que reinan solamente la barbarie y el terror : « En la tarde del diez de enero, el teniente coronel Mitre y el capitán Forest se dirigían por la pampa hacia el occidente de los acantonamientos de varias divisiones de caballería, en busca de la división Aquino, acampada la última muy en el interior de la llanura. Sobrevino la noche, extraviáronse de su rumbo y vagaron largo tiempo por aquellas planicies pastosas, cuyo silencio sólo interrumpe el revolido de la perdiz que teme ser pisada por los caballos, y cuya monotonía alegran luciérnagas vaga-

rosas como almas en pena. Al fin divisaron la blanquecina tienda del jefe y allá se dirigieron. Era raro, sin embargo, aquel profundo silencio del campo; oíanse las pisadas de los caballos sin ecos, sin otros sonidos que las hiciesen menos distintas. Forest dió voces, y las voces se perdieron en la soledad. Vió al fin hombres durmiendo, hablóles, desmontóse, removióslos, tomó á uno en fin de un brazo y sintió humedecidas sus manos, que pasó por su camisa y quedaron en ella estampadas las señales. Era sangre. Forest montó á caballo, se reunió á sus compañeros y dijo al oído á Mitre: « Estamos perdidos. El campo ha sido sorprendido por el enemigo y esos que hemos visto están degollados. » Paráronse, miraron en las tinieblas á todos lados, escucharon; nada. Dirigiéronse á la tienda, entonces, en cuyos alrededores había cadáveres. Uno era el de Elgueta, sargento de granaderos á caballo, licenciado de Chile; el otro era el de Aquino. Es sin duda necesario tener nervios de hierro para resistir al terror supremo de estas impresiones, en que la soledad del desierto, el silencio de la obscuridad dan pavores nuevos á la muerte, Aquino y Mitre eran amigos y se habían convidado á pasar aquella noche juntos. Había sídolo yo también y negádome por mis ocupaciones. Al fin oyóse una voz firme que pedía auxilio. Era el mayor Terrada, que había escapado amarrado, y pudo una vez desembarazado de sus ligaduras, contar la horrible catástrofe. Aquino se ocupaba de arreglar sus malas, conversando con Terrada; oyóse tropel y dijo: — « Disparada de caballos », dirigiéndose á la puerta, donde una lanza lo atravesó de parte á parte, cayendo muerto en el acto. He aquí una historia bien corta. Otras heridas le habían hecho después, y una incisión en la garganta. El semblante del cadáver tenía una imponente serenidad: el ceño un poco fruncido y en los extremos de los labios, la contracción iniciada de la cólera, los ojos abiertos como si mirase, y los labios cerrados con naturalidad. »

Desde la muerte de Aquino hasta la batalla de Caseros, Sarmiento sigue, día por día, el itinerario de la campaña. Su espíritu cultivado se subleva contra la rudeza del caudillaje y la forma semisal-

vaje de aquellas turbas armadas, que marchan como tribus beduinas sin sujetar sus movimientos á las prescripciones de la táctica, y sin consultar siquiera la *Petite Guerre* de Becker, para la organización de las vanguardias (1). El espectáculo desolado de la Pampa desierta oprime el espíritu del estadista que presintiendo el futuro, piensa con entusiasmo en el día en que el rudo erial se transformará en un verjel, merced al esfuerzo y al trabajo del hombre. Aquella despoblación aterradora es el fruto de la barbarie y de las guerras civiles, que durante veinte años han asolado nuestras campañas y ensangrentado nuestras ciudades. Ese germen funesto debe ser extirpado de nuestra raza, para que brote en el suelo privilegiado la flor de la cultura y la civilización europea. He aquí la noble y fecunda enseñanza que se desprende de este libro apasionado, de este panfleto ardoroso en que el propagandista implacable hace el análisis y la pintura de una época, cuyo retrato nos parece hoy una pesadilla ó un cuento inverosímil. Cuando pensamos que de allí ha surgido nuestro sistema político y nuestra modalidad vivaz; de ese limo pútrido y sangriento, de ese lodazal de embrutecimiento y de ignorancia, cuyo humus fecundizó la raíz de nuestra libertad selvática y amparó el desarrollo de nuestra democracia anárquica: una ardiente simpatía nos hace buscar en las páginas de la *Campaña en el Ejército Grande*, el odio y el horror que palpitan en ellas por las personificaciones y los elementos del caudillaje. Entonces abrazamos la causa que defiende Sarmiento con un entusiasmo que parece ingenuo, por la distancia á que nos hallamos de las agitaciones

(1) « Quien crea que hay exageración en estos reproches debe saber que en el Ejército Grande no había jefe de día, ronda, rondin, patrullas ni avanzadas; que no había orden del día, ni Estado general del ejército, ni orden escrita, ni edecanes reconocidos, ni oficial ninguno de Estado Mayor. En las marchas, la vanguardia avanzaba sin exploradores, reservas, gran guardia, flanqueadores, ni vanguardia de la vanguardia; y el centro en tres columnas de infantería y dos exteriores de caballería no tenía ni vanguardia, ni avanzada de noche al frente... El general se jactaba, pues, de haber descendido más abajo de las prácticas guerreras de los Pampas; pues una vez Galán mostrándole yo la *Petite Guerre*, que es el Manual de avanzadas, me decía: Los indios toman todas esas precauciones. » (*Campaña en el Ejército Grande*, pág. 121).

de aquellos días. Comprendemos con él « la necesidad de seguir al sud, á abrir la puerta de par en par *acogotando al portero* ». Participamos de su fastidio al acordarse « de aquella nidada de caudillejos ladrones ». Sufrimos constatando la terrible anomalía de nuestra edad medieval, las garantías que amparan al extranjero, mientras el argentino se halla inerme ante las alevosías y arbitrariedades del poder (1). Así, la personalidad de Sarmiento crece á nuestros ojos y se depura ante el criterio de los que miden sin pasión todo el valor de su guerra de treinta años y toda la pureza de los ideales que lo animan. Se disculpan las violencias y exageraciones de su prédica, porque en el fondo de ella, late un sentimiento noble y un propósito patriótico. No es extraño que en el ardor del apostolado, su pluma ó su pensamiento vayan más lejos de donde él quisiera llegar. Su pasión de hoy, es « la de 1829 : llegar á los santos fines de organizar el país bajo la forma federal que ha explicado, ennoblecido y justificado; pero bajo esa forma ú otra cualquiera, rehabilitar los usos, las prácticas, y el personal inteligente de las sociedades civilizadas, y vencer el capricho indisciplinado y salvaje de esos monstruos de libertinaje, de petulancia, de grosería y de egoísmo que produjeron nuestras luchas civiles ». Bajo los pliegues de esa noble bandera, caben todas las fierezas y estallidos de una voluntad poderosa y decidida á triunfar. El guante está arrojado, y Sarmiento encara friamente el terrible dilema. Sabe lo que le espera si sus ideas son arrolladas, y mide la inmensa extensión de la posible derrota. ¡Qué importa! vuelve á la brecha sin una vacilación ni un desfallecimiento, encontrando en la magnitud

(1) « En la mañana habíamos pasado por una chacra donde ¡fenómeno raro! cuatro gauchos á pie estaban mirando impávidamente desfilan nuestros soldados. Acercámonos en busca de leche, y yo dirigí la palabra al primero. ¿Quién es Vd.? — Yo, señor, soy Inglés. — ¿Y Vd.? — Vasco, para servir á Vd. — ¿Y Vd., amigo? — Español. — ¿Y Vd.? — Francés. — Gauchos los cuatro, seguros de nosotros, como de Rosas, viendo pasar á los criollos en busca los unos de los otros para degollarse entre sí. ¡Ah! decía yo, si fueran cuarenta mil, cien mil, un millón, *estos testigos impasibles de nuestras canalladas!* » (*Campaña en el Ejército Grande*, pág. 148).

de los peligros que lo acechan, un nuevo motivo de persistencia, y repitiéndose á sí mismo estas generosas palabras que sintetizan su programa de quince años : « Si la libertad argentina sucumbe... habré sucumbido yo también con los míos, y el mismo polvo cubrirá á *Facundo*, *La Crónica*, *Sud-América*, *Argirópolis* y la *Campaña en el Ejército Grande*, que son sólo capítulos de un mismo libro ». No nos cansemos de escudriñar la páginas de ese libro voluminoso y pintoresco, que contiene los anales de la libertad y la civilización argentina, triunfantes al fin en nuestros días, de bárbaros y verdugos, de caudillos analfabetos y de tiranos plebeyos, de la anarquía sangrienta de la montonera de Facundo y el nivel aplastador de la dictadura de Rosas.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

Potrópolis, séptiembre de 1895.

SUPRESIÓN DE LAS ADUANAS

Cuando los atenienses establecieron, por primera vez, el derecho de dos por ciento sobre el valor de las mercaderías que se importaban ó exportaban por su *emporium* en el Pireo, no calcularon, por cierto, ni ello les habría dado gran cuidado tampoco, el mal que su peligrosa iniciativa, esparcida muy pronto por el universo entero, había de producir á la humanidad, y cuánto afectaría esa medida á los principios estrictos de la moral y de la justicia, dañando á la civilización y entorpeciendo el desenvolvimiento general de las industrias y del comercio.

El Estado creaba incentivos permanentes á la defraudación, con el establecimiento de las aduanas, y tenía que armar verdaderos ejércitos que libraban combates reñidos con sacrificio de vidas importantes, para impedir la importación de artículos determinados ó para prevenir la introducción de otros, sin el pago de las gabelas correspondientes, y castigaba cruelmente esas infracciones con prisiones severas y aun con la pena de muerte.

Las aduanas constituyen, desde su origen, un elemento de renta deprimente, atrasado é injustamente distribuido.

Los derechos de importación son, actualmente, el torniquete inquisitorial de que se sirven los gobiernos imperfectos ó complacien-

tes, para fomentar inconscientemente el desarrollo de industrias artificiales, que existen temporalmente al calor de una protección dolorosa que da vida precaria á un número determinado de intereses particulares, los cuales sucumben más tarde al amparo de esa misma protección.

Este procedimiento fomenta la molición y premia la incompetencia; la ruina del mayor número es una ganancia para todos los fabricantes improvisados, y ya los hemos visto conspirar contra la valorización del papel moneda. Tal tendencia ó pretensión importa desnaturalizar al signo representativo del trabajo acumulado y encarecer la existencia del jornalero, del artesano y de todo aquel que vive de un sueldo fijo, violando, por consiguiente, fundamentalmente las leyes económicas y dañando á la riqueza pública, en todas las manifestaciones más amplias del esfuerzo humano.

Ya algunos pueblos no se conforman con rechazar ó hacer imposible la introducción de determinadas mercaderías; van hasta cerrar sus puertos y fronteras á los extranjeros, que trabajan á menor precio que los residentes en el país; ó decretan la expulsión de los mismos residentes, por pretendidas divergencias religiosas,—cuando la verdad es que les perjudica la sobriedad con que viven, y el empeño con que se dedican á determinados trabajos y dañan así á la incompetencia, al derroche ó á la falta de contracción del mayor número.

El principio de que cada país se baste á sí mismo, con sus productos propios y con sus manufacturas nacionales, sostenido como tendencia universal, para impedir la libre circulación de los productos de cada nación, importa oponerse á la aspiración permanente de la expansión de la raza humana; renegar contra las conquistas de la civilización, que poblaron y engrandecieron el nuevo mundo; contener los progresos de la navegación, suprimir los telégrafos trasatlánticos y paralizar las manifestaciones del genio inventivo, que son tanto más grandiosas y sorprendentes, cuanto mayores son las dificultades en la lucha por la vida. La ociosidad y la facilidad

para llenar las necesidades de la existencia, no han hecho más que producir el retroceso de los pueblos; y la verdad del dicho: *de padre jornalero, hijo caballero y nieto pordiosero*, se comprueba permanentemente, tanto en la familia como en la comunidad entera.

Los eclécticos, como Poincard, quieren fundar principios económicos saludables sobre bases tan poco sólidas, como la de abogar por una *protección moderada*, lo que se parece á las tendencias de aquellos que desean, para la ciudad de Buenos-Aires, un Intendente *un poco arbitrario*; y como lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, lo bello y lo feo, necesitan siempre un punto de comparación, esta *moderación* puede tener tantas graduaciones como variaciones intelectuales tengan los que deben apreciar su aplicación.

Mucho se ha argumentado con la prosperidad alcanzada por los Estados-Unidos, á la sombra de la protección. La atracción de un número excesivo de inmigrantes, las huelgas frecuentes consiguientes, la preponderancia de los platistas y el encarecimiento de la vida, son demostraciones que dan la razón á los que sostienen que los Estados-Unidos han prosperado, *á pesar de la protección*; y cuando estadistas tan honorables y competentes como Cleveland, así lo aseguran, parece mejor estar de su lado que con los aficionados ó los que obedecen á intereses particulares.

Persistiendo en los principios falaces de la protección, nos pondremos en abierta contradicción con las leyes naturales, que, con los distintos climas y las configuraciones geológicas diversas, han dado á cada zona y á cada pedazo de tierra sus producciones diferentes: de tal modo que las que á unas regiones faltan, sobran á las otras y con el intercambio de ellas se obtienen ventajas recíprocas, para la existencia, para el bienestar y para la riqueza de todos.

La práctica ha demostrado plenamente que el enriquecimiento de las naciones no se consigue con lo que se deja de importar, sino con el *aumento* de las exportaciones. La política, entonces, de las naciones ricas en producciones naturales, — principalmente aquellas

que tienen en abundancia el pan y la carne, la lana y los cueros, — debe ser aquella que abra ilimitadamente los mercados del mundo entero al comercio, y sobre todo la que no provoque represalias. Ya la Francia se ha puesto en guardia contra estas extravagancias de algunos gobiernos, que buscan lo ancho para ellos y lo angosto para los demás. La ley de enero 11 de 1892 autoriza al gobierno á aplicar el recargo de impuestos ó el régimen de la prohibición á las mercaderías de países extranjeros, que aplicasen igual procedimiento con las mercaderías francesas.

Mientras mayor sea el empeño de los gobiernos en impedir, por medio de impuestos elevados, la introducción de ciertas mercaderías extranjeras, tanto mayor será también el esfuerzo de los contrabandistas, para burlar la vigilancia; pues cuanto más elevados son los derechos, tanto más fácil es el soborno, y con razón ha dicho Faucher: *cuando las Aduanas cierran herméticamente sus puertas, el contrabando las franquea.*

La Francia, no obstante sus 30.000 empleados aduaneros que vigilan sus fronteras, no ha podido impedir que los habitantes de los parajes próximos á aquéllas, se enriquezcan al amparo de la introducción clandestina de las mercaderías mayormente gravadas con derechos.

En España, el contrabandista contó siempre con la protección del público; ha sido un elemento simpático, y sus pintores más notables lo inmortalizaron en cuadros, cuyas copias son reproducidas en los abanicos, en los pañuelos y otros adornos del bello sexo. Gibraltar, como puerto franco, es el foco de contrabando para la España, y es bastante frecuente que los mismos carabineros conduzcan el tabaco y otras mercaderías contrabandeadas á la casa de los interesados.

Los Estados-Unidos y la Italia, donde se cargan derechos elevados á las mercaderías que se importan, son impotentes para contener los contrabandos que allí se realizan.

Pocas personas, por respetables que sean, habrán pasado la fron-

tera de su país, sin procurar eludir el impuesto de Aduana, en los tabacos, alcoholes, la ropa, etc.; y cuando no lo han hecho por su cuenta, han debido hacerlo para ayudar á algún amigo, que les ha llenado los bolsillos y las maletas con cigarros y otros objetos: todo esto, naturalmente, bajo la impresión de que no se comete acto vituperable alguno, lo que demuestra toda la antipatía que á este impuesto se tiene.

La República Argentina se ha excedido bastante al establecer sus tarifas proteccionistas, que son las más elevadas que existan en país alguno, no obstante esta tendencia poco reflexiva con la cual fomenta también las huelgas, gasta sumas enormes en la construcción y conservación de grandes puertos de ultramar. Se olvidan las reflexiones tan sensatas de J. B. Say, Bastiat y otros libre-cambistas, quienes observan, con razón, que cuando se quiere proscribir las mercaderías extranjeras, es mejor obstruir los puertos, en vez de mejorarlos, para no incurrir en la contradicción de gastar dinero en ellos para atraer á los buques, y de cerrarlos al mismo tiempo por derechos de Aduana prohibitivos.

Hace muchos años que conozco el movimiento aduanero, y me apercibo de que las defraudaciones continúan haciéndose, sin grandes variaciones en la forma, y eludiendo todas las precauciones que se toman; sobre este punto me he extendido ya en mi trabajo sobre *Finanzas y Administración*. Mientras no se apliquen medidas radicales y no se cambie el sistema administrativo, para hacer más directa la responsabilidad, mejorando la calidad y remuneración del personal, no se han de obtener perfeccionamientos apreciables.

Pero todos los filósofos, todos los moralistas y todos los hombres de pensamiento, cuyo espíritu está dominado por ideas de progreso y de equidad, que les permiten prever la grandeza futura de la humanidad, han demostrado que la abolición de las aduanas se impone con fuerza incontrastable.

Es necesario que los hombres de inteligencia superior abran nuevos rumbos al sistema de imponer contribuciones, y no permanezcan

estacionarios, aferrándose á tradiciones viciosas, y conservando, descuidadamente, el armazón vetusto que les legaron sus antecesores atrasados, no obstante sus injusticias, sus complicaciones y sus corrupciones sin límites.

Emilio de Girardin ha dicho, con sobrada razón, que *la libertad de consumo implica la supresión de las aduanas*; y Larcher, que estas últimas son *la primera tontería que la nvegación aérea hará desaparecer*.

Muchos países reaccionan sucesivamente contra el impuesto de las aduanas; la Inglaterra, por ejemplo, los circunscribe á cinco artículos: el tabaco, el vino, los alcoholes, el café y el té; es decir que ningún artículo de primera necesidad, propiamente hablando, está gravado. Colbert ya hizo declarar á Marsella puerto franco, con todo su territorio; también lo fueron Bayona, Dunkerque y Lorient.

Turgot fué un esforzado campeón de la reducción de esos impuestos; y las ciudades de la liga hanseática, antes de entrar en el « Zollverein », no cobraban más que el 1 % sobre el valor jurado de las mercaderías que se importaban, consiguiendo igual privilegio para las suyas en Inglaterra, durante algún tiempo.

Las aduanas, prescindiendo de las defraudaciones frecuentes, que tanto dañan al Tesoro como á los comerciantes que pagan sus derechos, hacen perder, sobre todo en los países sud-americanos, un tiempo incalculable en tramitaciones complicadas que, además de hacer más difícil el descubrimiento de los fraudes, reducen el tiempo útil de las operaciones; y como éstas generalmente se practican con excesiva lentitud, los buques tienen que demorar su salida ó valerse de otras embarcaciones para depositar su carga. Las formalidades exigidas para el recibo, el depósito, el despacho y la entrega de las mercaderías representan una pérdida de tiempo increíble; y en su aplicación demuestran los empleados el más profundo desdén por el principio de los ingleses, de *que el tiempo es dinero*.

Cuando los financistas se inspiren en principios más racionales y simplifiquen la percepción de los impuestos, no necesitarán ya de-

vanarse los sesos, buscando fórmulas para dar expansión á las definiciones de la ciencia económica, comparando los impuestos directos con los indirectos, y estudiando si la tierra, el capital y el trabajo son los elementos que han de contribuir á la formación de las rentas públicas y en qué proporción. Bastará que se circunscriban á un procedimiento más sencillo y que, en definitiva, concentren todas esas definiciones teóricas de la cátedra y del libro, estableciendo los impuestos únicamente sobre el *capital*, y aceptando una forma progresiva limitada, como lo practican ya los pueblos más adelantados. Así se ayudará á los que tienen menos, sin perjudicar á los acaudalados; y cada miembro de la sociedad devolverá á la comunidad una parte de lo que ésta le ha hecho ganar, para subvenir á los gastos públicos, no solamente de lo que ha podido atesorar, por sus propios esfuerzos ó por los ajenos, sino también teniendo en cuenta la mayor facilidad ó la mejor oportunidad en favor del contribuyente, para exigirle el abono de los impuestos.

El propósito de suprimir las aduanas, no obstante la propaganda de hombres de gran valer, parecía ya abandonado, cuando acaba de renacer la idea que, por iniciativa de la Cámara de Comercio de Amberes, discute hoy el gobierno belga, para que el puerto de esa ciudad sea declarado franco.

La Bélgica, ese pequeño país de una extensión no mayor de 29.500 kilómetros cuadrados; es decir la centésima parte de la República Argentina, proporciona existencia cómoda á 6.300.000 habitantes laboriosos, y la civilización la encuentra siempre en primera línea, cuando de las grandes iniciativas industriales y comerciales se trata.

Con la supresión de las aduanas, si el proyecto anhelado se convirtiese en una hermosa realidad, dará ese país un paso muy avanzado en el vasto campo de la libertad comercial, demostrando así que lo gobiernan hombres de Estado sensatos, que presienten la importancia extraordinaria que adquiriría esa ciudad comercial é

industriosa, que atrae al viajero tanto por su movimiento considerable, como por el culto que ha sabido rendir á las bellas artes.

Museos de arte notables, templos majestuosos, academias literarias y científicas bien dirigidas y escuelas técnicas importantes, dan testimonio de un grado de adelanto muy elevado, y permiten esperar que también allí se realicen las grandes reformas que, en materias económicas, reclama el bienestar de la humanidad.

Amberes, que inauguraba sus relaciones comerciales con las galeas venecianas y genovesas, á principios del siglo xiv, llegó ya, en la época de Carlos V, á ser la primera ciudad comercial del mundo, contando entonces con una población de 200.000 almas.

Las dominaciones extranjeras, lo mismo que las guerras religiosas, destruyeron aquel emporio de comercio, reduciendo su población á menos de 40.000 habitantes, á fines del siglo xvi. Después de haberle sido sustraídas hasta sus reliquias artísticas, consiguió expulsar á sus dominadores y reconquistar, en 1830, su perdida preponderancia comercial. Hoy, ya le disputa á Hamburgo, el lugar de la primera ciudad comercial de la Europa, puesto que pasan 12.000.000 de toneladas por las aguas del Escalda.

Pocos países, con relación á su población, pueden presentar, como la Bélgica, un comercio exterior de 3000 millones de francos al año, ni tampoco un territorio cuyo suelo esté mejor aprovechado, en la explotación de la agricultura y de sus valiosos minerales.

Cuando contesté al cuestionario presentado por el Congreso aduanero de Amberes de 1894, como delegado del gobierno argentino, á la pregunta: ¿ «Cuál es la base de una buena legislación aduanera?» decía yo: «Para mí la solución de esta cuestión es de las más simples, puesto que ella se encierra en estas pocas palabras: *supresión completa de las aduanas.*» No conozco un impuesto más vejatorio, más desigual y que se preste más al fraude, que los derechos de importación y exportación. Los países donde predominan las tendencias proteccionistas, no se sirven de este impuesto como elemento de renta, sino simplemente como un medio de defensa

contra las importaciones extranjeras. Cuanto menos produzca este impuesto, tanto mejor para los intereses que se propone beneficiar y obtienen en parte el objeto que tienen en vista, no solamente por la elevación del precio de los artículos, que hace disminuir el consumo, sino también por facilitar el contrabando, tan fácil en países que tienen miles de kilómetros de costas marítimas y fluviales des-pobladas.

Una comisión nombrada últimamente en Boston, llamada con justicia la Atenas de la América del norte, para estudiar los impuestos, ha dicho acertadamente: « No taseis jamás un artículo que deba venir del extranjero, ó que debais enviar fuera del país, porque no haceis más que gravar y dificultar el comercio internacional ! »

Este sistema sería el más racional para los intereses económicos de todos los países; facilitaría las transacciones generales con economía de tiempo y de dinero para el universo entero, suprimiendo una gran cantidad de empleados que cuestan caro y que concluyen por familiarizarse con el sistema de crear obstáculos, sugestionados por el espíritu fiscal. Se terminaría así con los procedimientos vejatorios, que no retroceden ni ante la inquisición más minuciosa, y llegan, en ciertos casos, hasta ser verdaderas ofensas al pudor individual.

Los derechos *ad-valorem* empiezan á ser reemplazados por los *específicos* en progresión alármante, y, para aumentar la comodidad en la percepción, se gravan las mercaderías ordinarias en una proporción extraordinariamente mayor que las finas, con relación á su valor; es decir que, en vez de colocarse dentro de las corrientes modernas que tienden á establecer el impuesto progresivo, pagan derechos proporcionalmente mayores los que consumen mercaderías inferiores. Para esto, en la República Argentina, se violan hasta los principios constitucionales, que están basados en que los derechos de importación deben establecerse sobre *avaluaciones* uniformes en toda la Nación. Ahora bien, según el sistema de este país, al que introduce 1000 pesos de tabaco paraguayo, le cobran 3300 pesos de derecho; el que trae 1000 pesos de tabaco habano paga solamente 600 pesos; y

esto es lo que no permite la Constitución, interpretada lealmente y sin las argucias que suelen emplearse por estas regiones australes.

Al hablar de los que pagan derechos por tabaco paraguayo, me he referido naturalmente al reducido número de los que quieren abonarlo, puesto que, en 1892, cuando el impuesto era tolerable, cobraron las aduanas argentinas 268.000 pesos oro; en 1893, fué aumentado enormemente y solamente se recolectaron 31.000 pesos, suma que en 1894 se redujo á 13.000 pesos.

Con razón pregunta el doctor Monin : « ¿Es una república la que impone á la sal y no impone á los diamantes, que grava con la misma estampilla el recibo de diez francos y el de diez mil francos ? Dígase más bien que es una *plutocracia* y que es indigna de vivir. »

La Bélgica que, con Frère-Orban, rompió las barreras del inicuo impuesto del *octroi*, reuniendo y simplificando la percepción de los impuestos nacionales, provinciales y comunales, nos dará tal vez el ejemplo de concluir con este sistema anticuado, injusto y corruptor de las aduanas, y así el objetivo razonable de *comprar en el mercado más barato y vender en el más caro*, sería muy pronto alcanzado.

Cuando Amberes sea declarado *puerto franco*, sus ya estrechos docks, que han costado 100 millones de francos, serán triplicados; y allí los cereales, el ganado y los productos argentinos, que desalojarán muy pronto el comercio de algunos otros países del mundo, ocuparán un lugar prominente. Volverá entonces aquella ciudad á la época en que diecisiete naciones distintas tenían allí sus importantes factorías.

Recuerdo que un inglés me preguntaba en Londres: « ¿Qué vamos á hacer con nuestros campos, el día que Vds. nos importen los ganados y los cereales, á precios aún más bajos que los actuales, que apenas alcanzan para abonar los gastos del cultivo y de la cosecha, no dejando un penique para el pago de los arrendamientos? » Á esto contesté : « Vds. engordarán los ganados que nosotros criamos en nuestros extensos campos, abaratarán considerablemente

los gastos de existencia á sus obreros, y podrán así manufacturar para nosotros y para el mundo entero á menor precio que el actual. Los astilleros ingleses construirán mayor número de naves, y sus marinos trasportarán nuestros productos de primera necesidad por todos los mares del mundo. Y cuando á cierto grupo de los habitantes les sea difícil la existencia en Inglaterra, envíenlos Vds. á nuestro país, y allí, en nuestras tierras dilatadas desde el Cabo de Hornos hasta el río Pilcomayo, como si dijéramos desde la Sicilia hasta el mar del Norte, encontrarán donde prosperar al lado de otros Ingleses, Escoceses é Irlandeses, todos en excelente estado de fortuna ».

Inglaterra, el país clásico del libre-cambio, si bien impone derechos á determinados artículos de importación, ha conseguido proporcionar al comercio las mayores facilidades, para la entrada, salida y depósito de mercaderías, entregando la construcción de los puertos y almacenes y su explotación á empresas particulares, de donde ha nacido una competencia favorable á las intereses generales. Allí parten del principio que necesitan del concurso de compañías, sociedades anónimas, grupos de sindicatos, es decir, de personalidades que se interpongan entre el Estado y el comercio, que contraigan empréstitos. adelanten fondos que tienen beneficios en perspectiva y puedan manejar activamente, tanto los trabajos de construcción, como de explotación de las obras. Así pregunta Yves Guyot, ex-ministro de Obras públicas en Francia : « En los países en que tienen mayor desenvolvimiento los trabajos públicos, ¿ es el Estado quien los ha ejecutado con su presupuesto ordinario? ¿ En Inglaterra, es el Estado quien ha construido los puertos, los ferrocarriles y los canales? ¿ En los Estados-Unidos, es el Estado quien ha encauzado los ríos y construido los ferrocarriles? No! todo es obra de la iniciativa particular. »

Si los principios que dominan en materia de impuestos de aduana, pueden encontrar su explicación en los gobiernos despóticos, desde que reyes arbitrarios hicieron patrimonio de ellos, en los tiempos

lejanos de su creación, no se justifican, por cierto, en los países republicanos, y mucho menos en aquellos que se forman por el concurso de distintas nacionalidades y por individuos que huyen, precisamente, de la tierra en que nacieron, porque los impuestos, desigualmente repartidos, les abruman hasta el extremo de concluir con los pequeños ahorros, que les proporcionaba su trabajo penoso.

Los países protegidos por sus gobiernos son generalmente, como aquellos para cuyo suelo la naturaleza ha sido muy pródiga, los más atrasados.

Repartir el impuesto equitativamente y encuadrarlo dentro de los límites de la justicia, para que no se menoscaben los intereses de los que menos tienen, y no se detengan las corrientes del progreso, no es tarea fácil, ni hay tampoco que esperar que esta reforma surja, espontáneamente, de los poderes públicos.

Por regla general, los que manejan la hacienda pública, después de cierto tiempo, sufren la influencia de un espíritu fiscal absorbente, que les impide mantenerse dentro de la esfera de la equidad, y pierden insensiblemente la noción de lo justo. No se atreven á lanzarse en el camino saludable de las innovaciones correctas, por temor de equivocarse, y casi siempre están dominados por las dificultades apremiantes que los rodean; poco se preocupan de establecer imposiciones armónicamente distribuidas y llevaderas para sus gobernados; necesitan dinero y recurren á lo más fácil, á lo que les proporciona más rápidamente mayor suma de recursos, siendo el éxito inmediato lo que más les halaga.

La experiencia ha comprobado que las grandes reformas políticas, religiosas, militares y económicas han tenido siempre su origen en el pueblo, fueran individuos particulares ó congregaciones comerciales, — como al presente lo demuestra la Cámara de Comercio de Amberes, — los que han hecho llegar hasta los poderes públicos las indicaciones de cambio favorables al interés general.

La libertad comercial es la más grande de las conquistas á que puede aspirar la solidaridad de la raza humana, porque, al fin, son

los intereses económicos los que mueven á los hombres en todas las direcciones, y, como lo demostró Sarmiento, que han servido de pretexto hasta para las guerras religiosas.

Saludemos, pues, á Amberes *puerto franco*, y hagamos votos porque su ejemplo sea imitado por todos los pueblos de la tierra.

FRANCISCO SEEBER.

ORÍGENES DE LA IMPRENTA ARGENTINA

Hace no mucho años, que los orígenes de la imprenta en el Río de la Plata era un oscuro problema histórico, que no había llamado la atención de los estudiosos, cuando había transcurrido siglo y medio de su fundación, no obstante circunstancias extraordinarias que le hacían memorable en los fastos de la tipografía universal. Creíase por tradición, que Córdoba había sido su cuna años antes de finalizar el siglo XVIII, pero si se conocía uno de sus productos, no se sabía cómo había nacido. No se tenía noticia de su existencia primitiva en el Paraguay al comenzar el siglo XVIII, ó por lo menos, apenas si se sospechaba como un hecho clandestino, sin que los monumentos tipográficos que la acreditaban hubiesen sido hasta entonces clasificados ni apreciados en su verdadero valor. Ignorábase hasta la fecha de su establecimiento en Buenos-Aires, á fines del mismo siglo, y su bibliografía no había sido ni siquiera intentada.

Nuevos documentos han venido en estos últimos tiempos á esparcir mayores luces sobre los orígenes de la imprenta argentina, que permiten determinar con precisión sus puntos de partida y su desarrollo sucesivo; aunque todavía su historia completa esté por escribirse, y queden algunos puntos oscuros por dilucidar.

La primera revelación sobre tan interesante punto histórico-bi-

bliográfico de la época colonial, fué un erudito estudio del doctor Juan María Gutiérrez, que apareció en 1865, con el título de *Orígenes del arte de imprimir en la América Española*, el cual servía de introducción á una Bibliografía de la primera imprenta en Buenos-Aires, conocida bajo la denominación de « Niños Expósitos », en que se catalogaban metódicamente sus primeros productos hasta la revolución por la independencia de 1810. Este trabajo, el más serio y completo que se hubiese hecho hasta entonces sobre la materia, algo deficiente por lo que respecta á la historia general de la imprenta en América, era incompleto en lo relativo á la particular del Río de la Plata, pues sólo comprendía incidentalmente la de Córdoba, y la de Buenos-Aires aparecía con su cronología errada, lo que, por otra parte, no lo hacía desmerecer.

Á fin de complementar el trabajo anterior y establecer el punto de partida de estas investigaciones en la época colonial, escribimos en 1873 un estudio histórico-bibliográfico sobre *El primer libro impreso en Sud-América*, demostrando que, después de México, á mediados del siglo XVI, el Perú fué el primero que poseyó este instrumento de civilización en la parte meridional del Nuevo Mundo, correspondiendo el tercer lugar al Río de la Plata en el orden cronológico.

Con motivo de cumplirse en 1880 el primer centenario del establecimiento de la imprenta en Buenos-Aires, — renovación de la de Córdoba, — publicamos una noticia sobre sus orígenes, con el objeto principalmente de fijar con certidumbre, en presencia de nuevos documentos, el día, mes y año de su primer producto, que hasta entonces estaba por averiguarse, dando á la vez algunas breves noticias sobre la primitiva tipografía de las Misiones jesuíticas del Paraguay. trabajo que en 1889 renovamos bajo otra forma.

Con el mismo motivo y simultáneamente apareció un noticioso artículo del doctor Ángel J. Carranza, coincidiendo con el nuestro en cuanto al año del establecimiento formal de la imprenta en Buenos-Aires, pero difiriendo en cuanto á la fecha precisa de su primera prueba.

En 1891, publicó el señor Manuel Ricardo Trelles una noticia bibliográfica sobre el primer monumento de la imprenta en el Río de la Plata, diciendo con este motivo: « Cosa extraña parecerá, que, de la edición de un libro hecho hace ciento ochenta y cinco años, apenas se conserve un ejemplar, cuya existencia sólo conoce corto número de personas en Buenos-Aires, permaneciendo desconocido para el mundo bibliográfico entero ».

Posteriormente, en 1892, pusimos á disposición del bibliógrafo americano señor José T. Medina, — como él mismo lo ha declarado, — los documentos originales que sobre este punto habíamos reunido en nuestro archivo, quien utilizándolos en parte, y completándolos con los que se encuentran en la biblioteca que fué del señor Andrés Lamas, ilustró la cuestión, produciendo su monumental libro titulado *Historia y Bibliografía de la Imprenta en el Virreinato del Río de la Plata*, que es hasta el presente lo más completo y correcto que sobre la materia se haya escrito.

Sobre estas bases y con estos elementos, ampliamos y metodizamos hoy nuestros estudios anteriores sobre los orígenes de la imprenta en el Río de la Plata, condensando todo lo conocido y comprobado sobre la materia.

I

LA IMPRENTA GUARANÍTICA

La aparición de la imprenta en el Río de la Plata, es un caso singular en la historia de la tipografía después del invento de Gutenberg. No fué importada: fué una creación original. Nació ó renació en medio de selvas vírgenes, como una Minerva indígena armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejados por indios salvajes recientemente reducidos á la vida civilizada, con

nuevos signos fonéticos de su invención, hablando una lengua desconocida en el viejo mundo, y un misterio envuelve su principio y su fin.

Es hoy un hecho comprobado, que en las Misiones jesuíticas del Alto Uruguay y del Alto Paraná, se iniciaron al finalizar el siglo xvii los primeros trabajos para plantear la imprenta, y que en los primeros años del siglo xviii se comenzó á imprimir allí, en una tosca prensa construída con maderas de sus selvas vírgenes, con caracteres fundidos en ellas y en planchas de cobre grabadas á buril por los indios neófitos, salvajes domesticados por los Padres de la Compañía de Jesús. Así lo atestiguan varios libros, profusamente ilustrados algunos de ellos, que tenemos á la vista, y que han permanecido por largo tiempo como geroglíficos mudos de la tipografía americana, — cuando no totalmente desconocidos, — para los bibliógrafos de ambos mundos.

En 1705 terminó y dió á luz la imprenta guaraníca su primer libro, que lleva el siguiente título, copiado á la letra de la edición original:

DE LA DIFERENCIA ENTRE LO | TEMPORAL Y ETERNO | CRISOL DE
DESENGAÑOS, CON LA ME | MORIA DE LA ETERNIDAD, POSTRIMERIAS HV |
MANAS, Y PRINCIPALES MISTERIOS DIVINOS, *por el* | P. Ivan Evsebio
Nieremberg | *de la Compañía de* JESUS | *y traducido en lengua*
guarani | *por el Padre* | Joseph Serrano | *de la misma Compañía* |
dedicado a la Magestad del Espiritu Sancto | *Con licencia del*
Ecelentissimo Señor | D. Melchor Lasso de la Ve | *ga Porto Ca-*
rrero | *Virey, Governador, y Capitan General del Peru* | *Im-*
presso en las Doctrinas. AÑO DE M. D. CC. V.

Es un grueso volumen in-folio, que revela una larga y laboriosa preparación. Compónese de 7 fojas preliminares sin registro, y de 472 páginas útiles bajo cinco foliaturas distintas, con 43 láminas sueltas del formato del libro y numerosas viñetas intercaladas en el texto, grabadas á buril en cobre al estilo de Alberto Dürer. Su descripción ha sido hecha por el Sr. M. R. Trelles en la *Revista*

patriótica del pasado Argentino, y por el Sr. J. T. Medina en su obra antes citada.

Por otra singularidad de la imprenta guaraníca, no se conoce de este curioso monumento, sino un solo y único ejemplar. Su existencia fué revelada por la primera vez al mundo bibliográfico por el Sr. Pedro de Angelis, en el « Apéndice » del Catálogo de su biblioteca, publicado en 1853 con el título de *Colección de obras impresas y manuscritas que tratan del Río de la Plata*. No la acompañó de ninguna anotación ni se indicaba la procedencia del ejemplar, que según informe verbal suyo había pertenecido á la librería de los Jesuitas del Paraguay. Al presente, existe en la biblioteca que fué del Sr. M. R. Trelles, quien lo había heredado de su hermano el Sr. Rafael Trelles, á cuyo poder pasó de manos del Sr. Angelis, por el precio de 700 pesos papel de la Provincia de Buenos-Aires (28 pesos oro).

En preséncia del libro, surgen tres cuestiones. ¿Quién fué el iniciador del establecimiento de la imprenta guaraníca? ¿Quién fué su fundador? ¿Cuándo empezó á funcionar? El libro mismo las ilustra en los preliminares que lo acompañan, de manera de poderlas resolver con certidumbre.

En la dedicatoria del libro, suscrita por su traductor, el P. Serrano, á 3 de enero de 1703, en las « Doctrinas del Paraguay », dice éste al P. Tirso González, Prepósito de la Compañía de Jesús en Roma: « Yo el más mínimo puedo ser pregonero, pues habiendo tornado el traductor el libro de la *Diferencia* (de lo temporal y eterno) y el *Flos Sanctorum* en idioma guaraní, dando cuenta á V. P. M. R. de este asunto, y el deseo que tenían éstos los PP. se diese á la estampa, V. P. M. R., en la de junio de 1694, apoya este intento, deseando se traiga imprenta para este efecto. Lo mismo repite V. P. M. R. en la de 31 de enero de 1696, añadiendo: *Estimo á V. R. el trabajo tan fructuoso que ha tomado de hacer esas traducciones*. Pero, donde se manifiesta con mucho realce el ardiente celo de V. P. M. R., es en la última de 14 de diciembre de 1699;

en ella me dice: *Yo escribo hoy al P. Alonso de Quirós, nuevo procurador de Indias, en Madrid, para que solicite la licencia del Consejo (de Indias) para que puedan imprimir esos libros, y le aviso que luego que la saque la remita al P. Provincial de esa Provincia* ».

De este testimonio resulta que, al finalizar el siglo xvii. el General de la Compañía gestionaba en España la introducción de la imprenta en las Misiones guaranícas, y se deduce, que al comienzo del siguiente, debió de llegar á América la licencia real para establecerla, documento que hasta el presente no se ha encontrado, pero que se presupone como un hecho incuestionable, pues sin ese requisito prescripto por las Leyes de Indias, no habría otorgado el virrey del Perú permiso para imprimir el libro en cuestión, como consta de su portada.

Pero la implantación de la imprenta en el Paraguay debía operarse de una manera muy distinta de como la había concebido su iniciador, es decir, que en vez de una importación, sería una creación original.

Las diligencias para imprimir el libro del P. Serrano empezaron á tramitarse en 1696 en el Río de la Plata, pero con sólo la intervención de las autoridades eclesiásticas. En este año, el Provincial de la Compañía, Simón de León, á la sazón residente en Buenos-Aires, otorgó « por particular comisión del General Tirso González, la licencia de la Religión al efecto ». En el siguiente año de 1697, el P. Francisco Castañeda, revisor de la obra, dió su parecer « pidiendo que saliere cuanto antes á luz ». El 18 de septiembre del año 1700, el Dean doctor José Bernardino Cerbín, gobernador del obispado del Paraguay, dió su aprobación en la Asunción á 6 de agosto de 1701, declarando que « podía darse licencia para imprimirlo ».

Por aquí se ve que todas las gestiones hechas antes de establecerse la primera imprenta en el Río de la Plata, eran en el concepto de que la impresión del libro se verificase en la provincia del Paraguay, [bien que en el supuesto de que debía ser importada de

Europa, como lo habían sido todas las demás fundadas en la América Española, que eran tres, á saber : una en Méjico y dos en el Perú.

En 1703, el libro del P. Serrano estaba en prensa. ¿Cómo? En una imprenta creada en las mismas Misiones guaránicas, con elementos propios, sin recibir de Europa más contingente que el papel. Esto consta del testimonio del mismo P. Serrano, quien dice en su precitada dedicatoria de 3 de enero de 1703. « Retorno al Divino Señor el haber logrado el deseo de V. P. M. R. de imprimir estas obras en las Doctrinas, sin gastos, así de ejecucion, como de los caracteres propios de esta lengua, peregrinos en la Europa; pues así la imprenta como las muchas láminas para su realce, han sido obra del dedo de Dios, tanto mas admirable, cuando los instrumentos son unos pobres indios, nuevos en la fe y sin la direccion de los maestros de Europa, para que conste que todo es favor del cielo, o que quiso por medio tan inopinado enseñar a estos las verdades de la fe. »

De todo esto resulta evidentemente : 1° Que desde 1694, los Misioneros del Paraguay trabajaban por tener una imprenta propia, y que ellos fueron los fundadores, ó más bien dicho, los creadores de la primera que se fundó en el Río de la Plata; 2° Que desde esa época el General de la Compañía de Jesús, secundaba ese propósito; 3° Que al finalizar el siglo xvii (año de 1699) se dieron los primeros pasos por el mismo General para obtener en España la licencia de establecer la imprenta en las Misiones jesuíticas del Paraguay; 4° Que la licencia debió llegar á América por el año 1701 á 1702; 5° Que en 1703 la imprenta estaba creada con elementos y artífices propios y se hallaba en plena actividad, funcionando sus talleres de tipografía y de grabado, en que trabajaban los indios neófitos « en caracteres peregrinos en Europa, y sin los maestros de la Europa », como lo dice enfáticamente el P. Serrano.

El pie de imprenta no señala el lugar, y sólo lleva la designación general de *Impreso en las Doctrinas*; pero no puede caber duda que

lo fué Santa María la Mayor, pueblo fundado en 1633 (según M. S. de Azara) á inmediaciones de la margen occidental del Uruguay, donde se imprimieron los libros subsiguientes que llevan su nombre, y donde se encontraron, al fin, los últimos restos de la primitiva imprenta, como luego se dirá.

II

¿EXISTIÓ LA IMPRENTA GUARANÍTICA?

Á pesar de los monumentos tipográficos que atestiguan la existencia de la imprenta en las Misiones jesuíticas del Paraná y del Uruguay, desde el comienzo del siglo xvii, ella era no solamente ignorada por el mundo bibliográfico, siglo y medio después de su establecimiento, sino que algunos la negaban ó la consideraban como un hecho aislado y clandestino; y hasta las mismas autoridades españolas, en 1784, diez y siete años después del extrañamiento de la Compañía de sus dominios, parecían ponerlo en duda, ó por lo menos, no tenían plena conciencia de él.

Faltaba la prueba material de la existencia de la imprenta misma, que sólo podía darla el hallazgo de sus primitivos materiales. Ésta la suministra, y acabada, una carta encontrada entre los papeles del Administrador temporal de las misiones después de la extinción de los Jesuitas, la que original existe en nuestro archivo, y dice así :

« Muy señor mio : A la de Vd. de 28 noviembre último, sobre el encargo que hace a Vd. Su Excelencia de que solicite en el pueblo de Santa María la Mayor, u otros, si existiese o no algunos caracteres, muebles o utensilios, que aquí hubo en tiempo de los expatriados, digo : que habiendome informado del Teniente Gobernador don Gonzalo de Doblás, me dize : que en el tiempo que permaneció

en dicho pueblo de Santa María, tuvo ocasion de examinar, con todo cuidado y prolixidad, cuando allí hay, y que efectivamente hubo imprenta en aquel Pueblo de la que solo existen los fragmentos de la prensa, que era de madera muy mal construida y al presente hecha pedazos, y que en el almazen havia una corta cantidad de caracteres de estaño que ocuparian como medio celemin y como cosa de ningun valor ni provecho los iban gastando en remendar fuentes y platos de estaño. Con esta noticia he dado orden para que si aun existen algunos de estos caracteres me los remitan, de lo que avisaré a Vd. para que lo comunique a Su Excelencia. — Nuestro Señor guarde a Vd. muchos años. Desta de Candelaria y Henero 16 de 1784. — B. V. M. de Vd. su atento y seguro servidor : *Francisco Piera.* — *Sr. don Juan Angel Lazcano.* »

Los restos de la imprenta guaranítica, encontrados en Santa María la Mayor, existen actualmente en el Museo Nacional.

III

INCUNÁBULOS GUARANÍTICOS

Para completar esta noticia, daremos el catálogo explicativo de los productos de la imprenta guaranítica, que pueden calificarse de incunábulos, empezando por el ya descrito, y tomaremos sus títulos de las ediciones originales que poseemos en nuestra biblioteca.

El segundo incunábulo en el orden cronológico, que algunos bibliógrafos europeos han señalado como el primer libro salido de la prensa de los Jesuitas del Paraguay, lleva en el pié de imprenta designación de lugar, y su título es como sigue :

MANUALE | *Adusum* | Patrum Societatis | IESU | Qui in Rec-
dutionibus PARAQUARIAE | versantur | *Ex Rituali Romano* | ac To-
letano | de cemptum | Anno Domini MDCCXXI | Superiorum
permissu | *Laureti typis* PP Societatis IESU.

Es un pequeño in-4° en latín y guaraní, con 266 páginas y signaturas. No trae licencias, aunque la portada las menciona. La designación de *Laureti typis* (imprenta de Loreto) pueblo fundado sobre la margen oriental del Paraná, á treinta leguas de distancia de Santa María la Mayor, parecería indicar que allí existió un taller especial. Es esta otra cuestión de que nos ocuparemos en su lugar.

El tercer incunábulo señala el pueblo de Santa María la Mayor como lugar de la impresión.

VOCABULARIO | DE | LA LENGVA GUARANI | COMPVESTO | POR el Padre Antonio Ruiz | de la Compañía de | Iesus. REVISTO, y augmentado | por otro Religioso de la misma. EN EL PUEBLO DE S. MARIA | LA MAYOR | EL AÑO De MDCCXXII.

Aparte de su gran valor como obra de lingüística, este libro, después del primitivo salido de la prensa de la imprenta guaranítica, representa su mayor esfuerzo aunque la impresión sea más descuidada. Es un grueso volumen en 4°, con 2 fojas sin foliar, incluso la portada, y 589 páginas de texto á dos columnas. Las licencias están expedidas por el Obispo de Buenos-Aires el 19 de abril de 1722, y por el Preósito Provincial residente en Córdoba del Tucumán el 15 de noviembre del mismo año.

Sigue en el orden cronológico:

ARTE | DE LA LENGUA GUARANI | POR EL P. ANTONIO RUIZ | DE MONTOYA | DE LA COMPAÑIA DE | JESUS | Con los Escolios Anotaciones | y Apendices DEL P. PAULO RESTIVO | de la misma Compañía | *Sacados de los papeles* | DEL P. SIMON BANDINI | y de otros. | En el Pueblo de S. MARIA La Mayor | El Año de el Señor MDCCXXIV.

Primera gramática de la lengua Guaraní en el Rio de la Plata. En 4° menor con 2 fojas sin foliar, incluso la portada, conteniendo como en el anterior las licencias del Obispo de Buenos-Aires y del Provincial de Córdoba de Tucumán, expedidos con la misma fecha, y á más, 132 y 256 páginas de texto, con signaturas de 8 páginas por pliego, á excepción del último que es de 4. Impresión descui-

dada en su ajuste como la del Vocabulario, pero con los mismos signos inventados por los Jesuitas para señalar los sonidos especiales de la lengua Guaraní.

El que sigue es doblemente interesante por su ejecución y por ser un indio su autor.

EXPLICACION | DE EL | CATHECISMO | EN LENGUA GUARANI |
 POR NICOLAS YAPUGUAY | CON DIRECCION | DEL P. PAULO RESTIVO |
 DE LA COMPAÑIA | DE | JESUS | (Plancha de cobre grabada) |
 EN el Pueblo de S. Maria La Mayor | Año de MDCCXXIV.

En 4°. Es el libro mejor impreso de la serie, aunque con los mismos tipos. Lleva una pequeña plancha grabada en cobre en la portada representado á la Virgen María con el Niño Jesús en brazos, que acusa una mano inesperta en el dibujo como obra de un neófito, una letra capital y dos viñetas grabadas en el texto. Comprende además de los preliminares, varios tratados bajo distintas foliaturas y uno de ellos sin foliatura que suman un total de 443 páginas. Las licencias son dadas par el Obispo de Buenos-Aires y por el Provincial de Córdoba, en los mismos términos y con la misma fecha de las dos anteriores. La *Prefacion al Lector* en que se dice que el traductor del Catecismo en Guaraní era un indio, Cacique y músico en Santa María, lleva el milésimo de 1724.

El sexto incunábulo guaraníco que conocemos, es el siguiente:

SERMONES | Y | EXEMPLOS | EN LENGVA GVARANI | Por Ni-
 colas Yapuguay | Con direccion | De VN RELIGIOSO DE LA COMPA
 ÑIA | DE | IESUS | (Viñeta) | En el Pueblo de San Francisco Xa-
 vier | Año de MDCCXXVII.

En 4° mayor. Con tres fojas preliminares sin foliar, incluso la portada, y 165 + 98 + 44 páginas de texto que forman un total de 313 páginas. Las licencias son las mismas de los números anteriores.

Con este libro termina la bibliografía de la imprenta guaraníca conocida en el Río de la Plata.

Bajo el N° 1869 de su *Biblioteca Americana*, Leclerc registra el siguiente título :

« CARTA que el Señor Don Joseph de Antequera y Castro, Cavallero del Orden de Alcántara Protector Genl. de Indias y Governador que fué de la Provincia de el Paraguay Escrivio al Illmo. y Revmo. Obispo de el Paraguay Doctor D. Fr. Joseph Palos ect. — (Colofon:) Typis Missionarium Paraquaria Superiorum permissu in Oppido S. Xavierj Anno 1727. » (En 4° con 27 fojas sin foliar, en que se comprende la contestación del Obispo.)

Leclerc señala este número con la siguiente anotación : « Por la suscripcion sabemos que los Jesuitas habían establecido prensas en los principales pueblos de sus Misiones », apuntando que « sin duda es un ejemplo único », y así parece, pues no se tiene noticia de otro.

IV

¿ HUBO VARIAS IMPRENTAS GUARANÍTICAS ?

.. Con la carta de Antequera de que se ha hecho mención, enmudece la imprenta guaraníca en 1727, sin que conozca ninguna producción posterior, á pesar de haber continuado los Jesuitas regenteando las Misiones por el espacio de treinta años. hasta 1767. ¿ Á qué debe atribuirse este hecho ? Acaso, como lo presume el señor Medina, la publicación de la carta de aquel famoso Comunero del Paraguay, que pereció en un cadalso en Lima, por haber difundido allí las ideas de libertad comunal proclamadas y sofocadas como en la metrópoli. Tal vez, como lo insinúan otros, fué á causa de no llenarse algunas de las formalidades legales para la publicación de los impresos. Inclinaria á aceptar esta última hipótesis la circunstancia de que, como habrá podido notarse, con excepción del primer libro, ninguno lleva la licencia real, que segun las leyes de In-

dias era requisito indispensable para imprimir y publicar en América. Es un problema que queda todavía por aclarar.

Otro problema que se liga con el anterior y que no ha sido aún bien dilucidado, es, si hubo ó no distintos talleres de tipografía en las Misiones jesuíticas del Paraguay. La existencia de varias ediciones con señalamiento de lugar, así lo haría presumir. En efecto, como se habrá notado, después del primer libro que lleva la designación general de « En las Doctrinas » (del Paraguay), se suceden otros con la designación expresa del lugar, en las Doctrinas de Loreto, Santa María la Mayor, y por último, en San Francisco Javier. Si coexistiese la circunstancia de dos ediciones simultáneas, el punto quedaría resuelto de hecho. Pero es que las ediciones se suceden con intervalos de años, lo que indicaría que la imprenta pudo ser ambulante. Por otra parte, la similitud de todos los tipos empleados en las diversas impresiones que marcan un origen común, muestran que sólo existió un taller único, al menos de fundición. Pero la carta de Piera antes inserta, suministra además de la prueba de la existencia de la imprenta misma, otra de inducción, y es, que habiéndose encontrado vestigios de la imprenta en las Misiones después de la expulsión de los Jesuitas, tan sólo en el pueblo de Santa María la Mayor, se sigue que tan sólo allí existió realmente, aun cuando pudo trasladarse por accidente de un punto á otro, como se trasladaban los pueblos Mismos de las misiones con todos sus habitantes, de lo que presenta un ejemplo el mismo pueblo de Santa María.

V

LA IMPRENTA CORDOBESA

La imprenta en Córdoba era un aereolito de plomo caído de un mundo ignoto, que como la famosa masa de fierro meteórico del

vecino Chaco, no se sabía cómo, de dónde ni cuándo había venido. Documentos inéditos que existían en la colección de manuscritos del señor Andrés Lamas donde aún se conservan, ayudaron al doctor Carranza, y especialmente al señor J. T. Medina, á despejar esta incógnita en su *Historia y Bibliografía de la Imprenta del Río de la Plata*.

Una idea de progreso literario fué el germen de la introducción de la imprenta en Córdoba. Existía en esta docta ciudad, que era el centro del gobierno de la Compañía de Jesús en los dominios del Río de la Plata, el Colegio Máximo de Monserrat, fundado por el doctor Ignacio Duarte y Quiros en 1685, en que se cursaban estudios mayores, y que fué más tarde el núcleo de su célebre Universidad. Acudían allí á instruirse los jóvenes de las provincias del virreinato y de Chile, adquiriendo con el tiempo tanto crédito, que en el tercer cuarto del siglo XVIII se había convertido en un foco de luces de la colonia. Los Jesuitas poseían por ese tiempo, en la pequeña ciudad de Ambato (de la Capitanía general de Quito), una imprenta que tenía por objeto la publicación de sus documentos. Los de Córdoba, estimulados por este ejemplo, se propusieron introducirla con el propósito de aprovecharla para dar á la estampa las tablas y conclusiones en los actos literarios, al mismo tiempo que las obras que no se daban á luz (las tesis) « con dispendio de la cultura de la república de las letras », según reza el tenor de la petición, en consecuencia de la cual fué otorgada la licencia para establecerla. Pero procedieron de distinta manera que en el Paraguay: fué una importación.

Antes de obtener el permiso real para establecer la imprenta, los directores del Colegio de Monserrat, trajeron sus materiales de España, y una vez en posesión de ellos, iniciaron sus gestiones para plantearla legalmente. No se tiene noticia exacta de la época en que este hecho tuvo lugar antes del año 1766 en que se inauguró, sabiéndose tan sólo que su costo fué de dos mil pesos fuertes, que fueron abonados en 1767, poco antes de clausurarse.

Para obtener la licencia, fué comisionado á Lima el P. Matías Boza, llevando muestras de los tipos traídos de España « á fin de que se reconociese su bondad ». El virrey del Perú, previa vista del fiscal, la concedió con fecha 3 de septiembre de 1765, con la condición de que « no se imprimiese libro alguno que tratase de materias de Indias sin especial licencia de Su Magestad y de su Consejo de Indias, ni papel alguno en derecho, sin permiso del tribunal correspondiente, ni menos arte ó vocabulario de la lengua de las Indias, si no estuviese primero examinado por el ordinario y visto por la audiencia del distrito, y sin que precediese la censura dispuesta por derecho », condiciones ajustadas á las leyes vigentes, cuyo cumplimiento se echa de menos en las ediciones de la imprenta guaraní-tica (salvo una), y que, como se ha apuntado, probablemente motivó su misteriosa interrupción.

El primer producto de esta imprenta fué un libro consagrado al fundador del Colegio Máximo, que hasta 1853 había permanecido casi desconocido, y de que el señor Angelis dió noticia en el catálogo de su Biblioteca, con esta breve anotación : « Primera producción de la imprenta de Córdoba del Tucumán ». Su título es como sigue :

CLARISSIMI VIRI | D. D. YGNATHI | DUARTII ET | QUIROSII,
 | COLLEGIJ MONSERRA | TENSIS CORDUBAE YN | AMERICA CONDITORIS,
 | LAUDATIONES | QUINQUE | QUAS | EIDEM COLLEGIO REGIO |
 BARNABAS ECHANIQUEIUS O. D. I. (una viñeta en cobre) |
 Cordobæ Tucumanarum Anno MDCCLVI | Typis Collegii R.
 Monserratensis. (Las cinco Laudatorias del esclarecidísimo varón doctor don Ignacio Duarte y Quirós, Fundador del Real Colegio de Monserrat en Córdoba de América, las que puestas en orden ofrece y dedica (o. d) al mismo).

En 4º con 6 fojas preliminares sin foliar, incluso la portada, y 87 páginas de texto, con letras capitales y viñetas grabadas en cobre. Es un elogio escrito en latín del fundador del Colegio, en el cual se da noticia de todos los Colegios hasta entonces establecidos

en América, y especialmente de los patrocinados por los Jesuitas.

Del libro mismo, consta que ésta fué en efecto la primera producción de la imprenta en Córdoba. En la dedicatoria de Bernabé Echanique que lo ofrece al Colegio Monserratense, al hacer el elogio de su abuelo que concurrió á su fundación, dice : « También es causa principal de que quiera editar estas oraciones, el que nuestro Director (Moderator), que es el que promueve únicamente los estudios de nuestro Colegio, ha puesto á disposición de nuestra casa elegantes tipos para estimular á dar á luz algo digno del público. Y, creo, que lo primero que pretendéis se dé á luz por medio de estos tipos, son las Laudatorias de Duarte, las cuales aunque indignas del público por su estilo, recibirán del mismo Duarte y de vuestro nombre la dignidad necesaria. »

Por algún tiempo se creyó que Echanique, que ofrecía y dedicaba el libro, era el autor de las Laudatorias; pero es cosa averiguada que pertenecen al P. José Manuel Peramas, autor de *Vita et moribus* de algunos misioneros del Paraguay, donde se hace mención de esta obra como suya, el que probablemente las escribió en Córdoba, donde residió hasta el tiempo de la expulsión de la orden Jesuítica á que pertenecía.

Es esta la primera y última producción auténtica que de la imprenta primitiva de Córdoba se conoce, pues aun cuando se citan vagamente dos opúsculos como salidos de sus prensas en el mismo año, y entre ellos una tesis del Dr. Duarte y Quirós, nadie los ha visto, y deben considerarse como imaginarios, mientras no se demuestre su existencia.

La imprenta Cordobesa tuvo corta vida y se clausuró por uno de los más ruidosos golpes de Estado de que hay memoria. Al año siguiente de dar á luz su primero y único libro, fué secuestrada en 1767 al tiempo de la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de España. Sus prensas y sus tipos quedaron abandonados y olvidados por algún tiempo en el local del mismo Colegio á cargo de los Padres Franciscanos, que no cuidaron de su conservación.

VI

LA IMPRENTA EN BUENOS-AIRES

Por el espacio de cerca de ochenta años, la Imprenta en el Río de la Plata había sido la luz bajo el celemín de la Escritura. Establecida en Buenos-Aires, sería la antorcha simbólica, que encendida por un sentimiento de caridad y alimentada por el amor á la instrucción pública, empezaría á derramar tenues resplandores en torno suyo hasta dilatar sus rayos en más vastos horizontes. Por medio de ella se imprimieron sus primeros libros elementales de educación popular; se publicaron sus primeros periódicos enciclopédicos y sódiales; se difundieron sus más importantes escritos originales, acabando por dar á luz el primer periódico político que propagó los principios de independencia y de libertad entre las colonias de la América meridional.

Fué el virrey del Río de la Plata, Don Juan José de Vértiz, el mandatario más progresista que han tenido las colonias hispano-americanas, el que tuvo la doble inspiración de fundar en Buenos-Aires simultáneamente, una casa de expósitos y una imprenta, instituciones cuyos nombres debían ser históricamente inseparables bajo la denominación de *Imprenta de los Niños Expósitos*. Acordándose que existía abandonada la imprenta que había sido introducida en Córdoba por los Jesuitas, y teniendo en vista proporcionar recursos al nuevo establecimiento de caridad, se dirigió al Rector del Colegio de Monserrat, á cargo de los Padres Franciscanos, el día 7 de agosto de 1779, diciéndole: « Estoy informado que en ese Colegio Convictorio se halla una imprenta de que no se hace uso alguno desde la expulsión de los ex-jesuitas: que este mismo abandono por tanto tiempo la ha deteriorado sobremanera, y, con-

siguientemente, que le es ya inútil, y porque puede aquí aplicarse á cierto objeto que cede en beneficio público, me dirá V. P. su actual estado : si mediante una prolija recomposición podrá ponerse corriente, y en qué precio la estima ese Colegio, con concepto á que no se sirve de ella, y al bien común para que se solicita. »

El Rector del Colegio contestó, « que después de buscarla, había hallado la imprenta arrojada en un sótano, donde existía deshecha y desarmada después del secuestro de la casa, sin que se hubiese hecho inventario de los pertrechos de una oficina que era la más principal y más útil alhaja del Colegio »; agregando que su costo había sido de dos mil pesos, que se habían abonado por ella el año de 1767, según constaba de la visita practicada en el mismo año poco antes de la extinción de la Compañía que la fundara.

En consecuencia, el virrey Vértiz dispuso su traslación á Buenos-Aires, con el compromiso de abonar su legítimo importe. Cargóse todo su material en una carreta de bueyes, que llegó á la margen del Río de la Plata, en los primeros días del mes de febrero de 1780, siguiendo el antiguo camino mediterráneo del comercio colonial, prescripto por sus leyes prohibitivas, que clausuraban el mar y los puertos del Río de la Plata, que la imprenta contribuiría á abrir para la comunicación universal. El flete de la carreta fué el de 40 pesos.

La imprenta se componía de ocho cajones de tipos, en su mayor parte empastelados y descabalados que pesaban 111 arrobas y 10 libras, y de una prensa de fierro. á la que faltaban sus piezas accesorias, y además una prensa de madera en mal estado. Estimóse su valor en mil pesos, que se mandaron pagar por intermedio del P. Pedro José Parras, autor de un estimado libro sobre el « Gobierno de los Regulares de América », que escribió en Córdoba.

Según lo declara Vértiz en su Memoria de Gobierno, los tipos y enseres estaban muy deteriorados, y fué costosa su recomposición, invirtiéndose para ponerla en estado de servicio la cantidad de 1812 pesos.

El 21 de noviembre de 1780 expidió el virrey su más memorable decreto instalando la imprenta con la denominación de « Real Imprenta de Niños Expósitos ». Al mismo tiempo nombró á Don José Silva y Aguiar, persona de alguna ilustración, — « librero del Rey y bibliotecario del Colegio de San Carlos », según él se titulaba, — impresor general del virreinato y administrador del establecimiento, con privilegio exclusivo para imprimir cartillas, catecismos y catones por el término de diez años, debiendo aplicarse sus utilidades á beneficio de la Casa de Expósitos, descontándose una cuarta parte á favor del administrador, quien se recibió de ella bajo inventario.

Desde este día empieza la existencia oficial de la primera imprenta en Buenos-Aires; pero antes de esa fecha había hecho sus primeros ensayos, como se comprobará más adelante.

Sus primeros tipógrafos, fueron los huérfanos, hijos de padres desconocidos arrojados en la cuna de la caridad pública, fundada por Vértiz al mismo tiempo que la imprenta destinada al sostén de los Niños Expósitos, con cuyo nombre ha pasado á la historia.

La imprenta se estableció en la esquina nordeste de la intersección de la calle de Moreno y Perú hoy, una de las cuales llevó por mucho tiempo el nombre de La Biblioteca, fundada por Mariano Moreno, que fué el que más la hizo trabajar después.

VII

ADMINISTRACIÓN DE LA IMPRENTA BONAERENSE

Como complemento á estas noticias históricas, daremos la cronología de los primeros administradores de la imprenta bonaerense, tomando los datos de los manuscritos de don Andrés Lamas, y de sus mismos impresos que hemos tenido á la vista.

Silva y Aguiar administró la imprenta desde 1780 hasta 1783, y publicó en este lapso de tiempo como veinte novenas, varios sermones y pastorales, opúsculos diversos y circulares oficiales, coincidiendo la última fecha con la de la aprobación del Rey para el establecimiento legal de la casa de Niños de Expósitos á que estaba adscripta, que es de 13 de febrero de 1783.

El 22 de julio de 1782, el virrey nombró á don Alfonso Sotoca, que era Ayudante Mayor de la plaza de Buenos-Aires, con el carácter de interventor para que fiscalizase sus cuentas. Sotoca formuló muchos cargos contra Silva y Aguiar, á consecuencia de lo cual éste fué suspendido en el ejercicio de la administración en 1783, quedando aquél encargado de ella hasta principios de 1785. Esta época se señala por algunas publicaciones de importancia, muy buscadas por los bibliógrafos americanos.

Silva y Aguiar, calificando de *imaginarios* los cargos que le hiciera Sotoca, promovió un pleito, á que puso término un contrato, por el cual recibió la imprenta en arrendamiento por diez años, á contar desde 1785. El nuevo arrendatario tenía por sócio y por fiador á don Antonio José Dantas, y administró el establecimiento hasta 1794, en que por transacción de desaveniencias con Dantas se separó transfiriéndole sus derechos.

Esta época marca el apogeo de la primitiva imprenta, con la aparición en 1791 del libro más voluminoso y más bien impreso que haya salido de sus prensas, otro con el título á dos tintas en 1790, y con un precioso y rarísimo volumen titulado los *Siete Sabios de Grecia*. Este último lleva á su frente una dedicatoria al virrey don Nicolás Antonio de Arredondo, firmada por Silva y Aguiar, en que le pide su protección para la imprenta, «siquiera —son sus palabras, — por consistir en ella el reparo y sustento de los desgraciados niños que abandona la piedad paternal».

La Junta de Caridad, á cuyo cargo estaba la Cuna y Casa de Niños Expósitos, así como la superintendencia de la imprenta, aprobó la transferencia, y admitido Dantas en sustitución de Silva y Aguiar, la

administró hasta vencer los diez años del arrendamiento estipulado.

El segundo arrendatario y administrador en 1799, fué don Agustín Garrigós, cabo y después sargento retirado de dragones, que también fué su primer prensista.

Por ella se publicaron en los primeros años de 1801 hasta 1809, los primeros periódicos literarios científicos y sociales, precursores de la libertad de pensar y de escribir, que fueron origen de la prensa argentina, y todas las hojas y folletos referentes á las invasiones inglesas de 1806 y 1807 antes de estallar la revolución por la independencia, señalándose entre estas publicaciones las Memorias del Consulado, escritas por el futuro general Belgrano, y la famosa « Representación de los Hacendados », escrita por el doctor Moreno, que abrió las puertas del comercio libre en el Rio de la Plata.

VIII

LOS PRIMEROS IMPRESOS BONAERENSES

No nos detendremos en hacer la bibliografía de la imprenta Bonaerense ni en historiar su desarrollo sucesivo, trabajos que han sido ejecutados cumplidamente por el literato argentino Dr. Juan María Gutiérrez, y por el bibliógrafo chileno el señor José T. Medina, contrayéndonos á ilustrar un problema histórico, que pudimos poner en claro en 1880 al tiempo de cumplirse su primer centenario, determinando con certidumbre el día, mes y año de su primera producción tipográfica, que hasta entonces se desconocía, adelantando de un año su cronología.

El señor Angelis, en su citado Catálogo, señala como la primera producción de la Imprenta en Buenos-Aires, un impreso en 4° que lleva por título: *Representacion del Cabildo y vecindario de Montevideo*: BUENOS AYRES, 1781.

El autor de la « Bibliografía de la Imprenta de Niños Expósi-

tos», siguiendo esta autoridad, establece la misma época, y con ese impreso abre su fundamental catálogo analítico y descriptivo, arreglado por orden cronológico.

El señor Antonio Zinny, en su *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, registra una *Letrilla* (sin fecha) impresa en hoja suelta en 8° (con caracteres de madera, según cree), y que á estar á la anotación manuscrita del curioso papalista don Bartolomé Muñoz, sería « la primera letra que se imprimió en Buenos Ayres el año de 1780, en que se puso la imprenta ». El D^r Carranza cree también que ésta fué la primera prueba de la Imprenta.

Ninguno de estos datos es rigurosamente exacto, aun cuando se acerquen mucho á la verdad, como va á verse.

El 6 de octubre de 1780,—esta fecha es fundamental, por cuanto es anterior de un mes al día de su apertura,—Silva Aguiar manifestó al virrey estar ya ordenada la letra empastelada, y solicitó en consecuencia declaración, « respecto de hallarse en estado de su actitud (*sic*) y de haber dado principio á su tarea, como es notorio á V. E., para que pueda continuarse é imprimirse lo que ocurra, etc. ».

De esta exposición resulta con certidumbre, que en octubre de 1780, un mes antes de abrirse la imprenta, ella estaba habilitada para imprimir todo lo que ocurriese, y más aún, que en esa fecha había dado principio á su tarea, « como era notorio ». Es posible que su primer ensayo fuese la *Letrilla* en hoja suelta (sin fecha) á la cual se refiere Zinny, y que según don Bartolomé Muñoz « se imprimió en el año en que se puso la imprenta »; pero entonces sus caracteres no serían de madera, como no lo son aunque lo crea Zinny sin afirmarlo, y es inverosímil que teniéndolos fundidos se hicieran letras móviles de aquel material.

Los impresos más antiguos de esa procedencia, que existen en nuestra colección, son tres documentos que llevan la fecha de 6 de mayo de 1780 y de 3 de noviembre del mismo año, que transcribiremos ó extractaremos por su orden.

1° DON JUAN JOSE DE VERTIZ | y SALCEDO, COMENDADOR

DE PUERTO | llano en la orden de Calatrava, Teniente General de los Rea- | les Exércitos, Virrey, Governador y Capitan General de las | Provincias del Río de la Plata, Buenos Aires, Paraguay, Tu- | cumán, Santa Cruz de la Sierra, Moros, Cuyo, y Charcas, | con todos los Corregimientos, Pueblos, y Territorios de que se | extiende su jurisdiccion; de las Islas Malvinas, y Superior Pre- | sidente de la Real Audiencia de la Plata, etc. | Por quanto conviene proveer una Compañia de Milicias | del Partido de los Arroyos, en quien concurren las buenas cir- | constancias que se requieren hallándose estas en dⁿ Laureano Taborda | Por tanto en virtud de las facultades que S. M. me tiene concedidas, en su Real | Nombre le digo, y nombro por Capitan de ella concediendole todas las gra | cias exenciones, y prerogativas, que por esta razon le corresponden, y mando al | Comandante de Frontera le ponga en posesion del mencionado empleo, y á los de | más Oficiales, Sargentos, Cabos y Soldados le reconozcan, hayan, y tengan | por tal Capitan obedeciendo los de inferior clase las ordenes, que les diere | del Real Servicio, para lo cual mando expedir este Despacho, firmado de mi ma- | no, sellado con el Sello de mis armas, y refrendado del Secretario de este Virreinato | por S. M.—Dado en Buenos Aires á diez y seis de Mayo de mil | setecientos y ochenta. | Juan Joseph de | Vertiz | (L. s) | El Marqués de Sobremonte | V. E. nombra por Capitan de una Compañia de Milicias del Partido de | los Arroyos á don Laureano Taborda.

Los tipos son los muy conocidos de la Imprenta de los Expósitos. Lo puesto con letra bastardilla después de las palabras « Por cuanto », está manuscrito, así como los blancos llenados en el cuerpo de lo impreso después de « Por tanto », del mismo modo que las firmas y los dos renglones del pie. El facsímile de este documento tomado del original, que existe en nuestra biblioteca, se encuentra en la *Historia y Bibliografía de la Imprenta del Río de la Plata*, del señor José T. Medina, quien lo señala, como lo es, como el primer impreso de los Niños Expósitos refiriéndose á él.

2° | Don Juan Jos Ver- | tiz y Salcedo (siguen los títulos). Por cuanto la hostilidad experi- | mentada últimamente en las Fronteras de Luxan ha | echo conocer no solo el grave | perjuicio, que resulta de hallarse varias familias pobladas | fuera del tiro de cañon de los Fuertes que reguardan la Campaña etc. (Sigue la providencia mandando recoger bajo el tiro de los Fuertes de frontera todas las familias de la campaña, y se termina así) : Y que se haga sa | ber, y publicar por Vando en esta Capital, y Partidos de la Frontera. fijándose en los sitios | acostumbrados, para que llegue á noticia de todos. | Buenos | Ayres | á 3 de Noviembre de 1780. — *Juan Josef de Vertiz.*

La fecha está también impresa con todas sus letras, y la firma es autógrafa. Un facsímile de este documento se encuentra en el periódico el *Sud-Americano*, tomado de nuestro original.

3° Es otro documento en pliego de papel español de oficio impreso por los dos lados, con la hoja correspondiente del pliego entero en blanco, que lleva como el anterior la fecha impresa con todas sus letras y la firma autógrafa del Virrey Vértiz, cuyo facsímile también se encuentra en el tomo II, página 124 del *Sud-Americano*, tomado de nuestro ejemplar.

Son estas las primeras producciones que de la imprenta primitiva de Buenos-Aires se conozcan, y sin duda las más antiguas, que llevan la fecha de cuatro meses después de la llegada de la carreta de bueyes que la trajo á las márgenes del Plata. Por ellas se ve que si en octubre de 1780 la imprenta estuvo habilitada para trabajar, pudo dar principio á sus tareas antes del mes de noviembre del mismo año, según se ha visto. Como los dos últimos documentos estaban destinados á circularse, — y en efecto se conocen de ellos varios ejemplares autorizados, — la imprenta llenaba en este caso el oficio del amanuense, respondiendo así á la declaración del administrador antes transcrita, de 6 de octubre de 1780, — un mes antes de su publicación, — que la imprenta estaba lista *para imprimir lo que ocurra como era notorio al Virrey*. Además, ellos

traen como comprobante, una prueba concluyente, y es la fecha misma impresa con todas sus letras, autenticada por la firma autógrafa del Virrey.

De todos estos comprobantes resulta evidentemente que, bajo cualquier faz que se considere la cuestión, el año de 1780 es el que corresponde al establecimiento y primeras producciones de la imprenta en Buenos-Aires, y no el de 1781 que le asignan Angelis y el doctor Gutiérrez.

IX

LA IMPRENTA EN MONTEVIDEO

La primera imprenta del Paraguay, fué una creación; la de Córdoba una importación; la de Buenos-Aires una renovación; la de Montevideo, fué una invasión, que penetró por la brecha abierta á fuego de cañón en su recinto amurallado, tomado por asalto. Esta fué la cuarta imprenta primitiva que se estableció en el Río de la Plata. Su historia se liga con la de Niños Expósitos, á la que vino á dar nueva vida.

Entre las armas con que los ingleses emprendieron la conquista del Río de la Plata en su segunda invasión de 1807, contábase una imprenta traída de su cuenta por un comerciante. Establecida en Montevideo, tomada por asalto por el general inglés Sir Samuel Auchmuty, por ella empezóse á publicar, en mayo de 1807, un periódico en español y en inglés titulado *La Estrella del Sur*, redactado por un inglés y varios sud-americanos, que sólo alcanzó á publicar seis números. En él se manifestaba á los colonos la decadencia de la España, presentándoles en perspectiva una prosperidad y una felicidad que prometían y que no habían conocido jamás.

La Audiencia de Buenos-Aires, alarmada por la nueva publicación periódica, expidió un bando en que se decía: «Desde que los enemigos de nuestra Santa Religión, del Rey y del bien del género

humano, emprendieron la conquista de la plaza de Montevideo trayendo tropas de los puertos de Inglaterra, escogieron entre todas sus armas, como la más fuerte para el logro de sus malvados desig-nios, la de una imprenta, por medio de los cuales les fuere fácil di-fundir entre los habitantes de esta América, especies las más perniciosas y seductivas;... y siendo cierto que habiendo establecido dicha imprenta, han empezado ya á dar al público papeles difusos, llenos de noticias falsas y comprensivos de ideas las más abomina-bles... que bajo las fingidas apariencias de felicidad, envuelven nues-tra ruína espiritual y temporal, se prohíbe á toda clase de personas, el que puedan introducir en esta Capital ni en otro pueblo del dis-trito de este virreynato, las gacetas inglesas de Montevideo, leerlas en público ó privadamente, ni retenerlas el más corto espacio de tiempo, debiendo entregarlas,... en la inteligencia que si alguno no lo ejecutare, será tratado como traidor al Rey. »

Rechazada la segunda invasión inglesa en Buenos-Aires y evacua-da la plaza de Montevideo por sus tropas, en virtud de la capitula-ción firmada por el general Whitelocke, la imprenta inglesa quedó en Montevideo. Su propietario ofreció venderla á la Imprenta de Niños Expósitos, y la Hermandad á cuyo cargo estaba, la adquirió por el precio de cinco mil pesos.

Con esta adquisición la imprenta de Buenos-Aires se enriqueció con una prensa más perfeccionada y un surtido variado de tipos, que al renovar su cansado material por el uso de veinte años de constante trabajo, la habilitaría para responder á las exigencias de publicidad y de propaganda, de los tiempos que venían.

Por esta imprenta, que era el afocamiento de tres imprentas, se fulminaron los primeros rayos de la revolución de Mayo de 1810, en la *Gazeta de Buenos Ayres*, redactada por Mariano More-no, que fué el primer periódico político publicado en la América Meridional, que inauguró en ella la libertad de imprenta.

EL ARTE EN BUENOS-AIRES ⁽¹⁾

(LA EVOLUCIÓN DEL GUSTO)

II

INICIACIÓN *(Continuación)*

VERAZZI. — NOBL. — JEAN LÉON PALLIÈRE. — EPAMINONDA CHIAMA. — JOSÉ AGUJARI. — ERNEST
CHARTON. — FRANCISCO ROMERO. — JUAN M. BLANES

1857-1861. *Verazzi* (2). — Este pintor italiano, era el antípoda de Manzoni, sino en lo convencional de las prácticas por lo menos en lo clásico del estilo. Solía pintar según recetas de colores establecidas de antemano.

Verazzi ejecutó el plafond del *Teatro Colón*, puede decirse que improvisadamente, pues no echó más de dos días en cada figura. Este hecho demuestra su facilidad.

(1) Véase : tomo I, páginas 88 y 356.

(2) Hace trece años ensayábamos en *El Diario*, bajo un pseudónimo, una serie de *Apuntes sobre el arte en Buenos-Aires*; la oportunidad de la publicación podía parecer tan discutible entonces como ahora, á causa de ésto probablemente, los datos recogidos en aquel tiempo no han sido mejorados aún, esto explicará el que, en ciertos casos, nos veamos obligados á repetirlos casi al pie de la letra á falta de otros. (*N. del A.*)

Hizo varios episodios de la batalla de Pavón, en los que se nota bastante corrección de dibujo, mal colorido y mucho amaneramiento.

Trató asuntos inspirados en la Historia Sagrada; pintó algunos buenos retratos, y otros que adolecen de la insignificancia de los que se hacen para comercio.

En 1861 dejó Verazzi nuestras playas.

1857-1862. *Noël*. — Artista francés; llegó á Buenos-Aires en 1857 y permaneció aquí próximamente cinco años. Pintor al óleo, su especialidad fueron las *marinas*, pero aun cuando descollaba en ellas no dejó de reproducir paisajes de nuestra campaña y algunas de sus pintorescas costumbres.

El doctor Alston posee dos cuadros de Noël; uno de ellos, el *Paraná de las Palmas*, tela próximamente de un metro de ancho, denota buena observación; la composición no puede ser más simple, y la verdad atmosférica es mucha. Á los lados, grupos de árboles; en el centro, el Paraná que se bifurca, abarcando entre sus brazos una arboleda espesa que surge de las aguas y se desvanece en lontananza; el cielo aparece cubierto de celajes crepusculares que se funden vaporosamente en el horizonte; el ambiente es excelente.

El segundo cuadro, de igual formato, representa el *Mercado Constitución en el año 1858*; una tropa de carretas ocupa la plaza, y en el fondo se ve una que otra casucha de pobre apariencia.

Una pequeña *marina* en poder del doctor Jardín y un par de paisajes que hemos visto recientemente en casa del doctor Pedro Palacios, es cuanto conocemos de este artista, de quien «se dice» que pintó entre nosotros grandes cuadros de costumbres.

1858-1870. *Jean-Léon Pallière*. — Este pintor francés (nacido en Río de Janeiro de padres franceses) contaba 35 años cuando vino á Buenos-Aires, en donde pasó doce dedicado á la pintura y litografía de costumbres.

Es posible que á su llegada no fuera aún el artista que llegó á ser durante su laboriosa estadía, en la que abordó con distinta suerte tantas y tan diversas composiciones.

Efectivamente, Pallière tenía el dón bastante escaso de la composición y amaba utilizarlo. Generalmente, los críticos se imaginan contar novedades á los autores hablándoles de sí mismos y de sus obras, y suelen llevar la ingenuidad hasta señalarles rumbo de acuerdo con sus facultades; sin embargo, diariamente vemos que cada artista — mejor dicho, cada hombre, siempre que la inteligencia lo ayude — sabe poner de relieve la facultad de que está más intensamente dotado, la cuida, la ejercita y la desarrolla; aquí la inteligencia procede exactamente como la coquetería femenina mostrando á menudo el principal encanto, hasta el punto de que si los lindos dientes ponen de buen humor constante á su dueña y la inducen á ser amable, una fea dentadura trae consigo aparejada la severidad del porte y la intransigencia del carácter. Pallière sabía, pues, que componía bien y se dedicó especialmente á la composición.

Hemos averiguado que pintó en Buenos-Aires numerosos cuadros de costumbres argentinas y americanas; los mismos probablemente que ha repetido en litografía, formando el *Album de Vistas y Costumbres* que lleva su nombre, editado por Pelvilain.

Con todo, tan sólo dos cuadros suyos de alguna importancia, habremos tenido ocasión de ver recientemente; el uno, representando la declaración de un paisano á su china, inspirado en unas décimas de Ricardo Gutiérrez, es francamente malo como factura; la composición, intencionada y verídica, desmaya bajo la pesadez torpe de la ejecución; cabe suponerlo una de sus primeras obras, pues el doctor Pedro Palacios posee otro también pintado al óleo: *La joven madre*, tan superior á éste que revela un enorme progreso. Empero, la grande obra de Pallière es el *Album de Vistas y costumbres argentinas*, litografiado en cuarenta planchas originales, que encierran probablemente — y las más de las veces apenas apuntados — todos los cuadros criollos que se considera característicos.

Esta publicación es sin duda la más importante en su género que haya visto la luz en Buenos-Aires, y ella nos servirá para estudiar al autor en la plena posesión de sus recursos.

La obra en cuestión, compuesta de unas cuarenta composiciones, es muy desigual; en sus páginas, el talento unido al sentimiento, codean la simpleza y el ridículo. Ello se debe á la razón eterna: la inferioridad artística del trabajo «de manera», comparado con el que fluye de la observación directa. Esta constatación no atañe al público pero es profundamente desagradable para ojos experimentados. Sin embargo seríamos injustos con Pallière si no dijéramos que se preocupa seriamente de la verdad siempre que tiene figuras ó detalles á la vista; ha dejado cabezas, manos, pies y accesorios dibujados con precisión y amorosamente.

Examinemos sus escenas más características, por ejemplo *La pisadora de maíz*; en esta plancha — que es á la vez una de las más populares, — el color local no brilla sino á medias; un gaucho á pie, alto y fornido, contempla ensimismado la gracia provocante de una joven «malagueña», que está pisando maíz para los espectadores futuros; el gaucho es bueno, bien plantado y su indumentaria está tan prolijamente detallada que podrá quedar como un modelo.

El *Interior de rancho*; composición ejecutada en campo redondo: podría llamarse con más propiedad *la Familia*. Sobre una antigua cuja, vista en escorzo por la cabecera, la china está recostada dando la espalda, en un movimiento feliz que hace ondular la curva de la cadera y acusa el ángulo del brazo que soporta la cabeza; el paisano, sentado á los pies, conversa; la gracia tranquila de este interior habitado por el amor, se acentúa en forma inesperada con la presencia aérea de una cuna: un cuerito tendido horizontalmente de una pared á otra, sustenta el niño dormido; la presión del cuerpo es tan leve sobre la hamaca, que ni siquiera altera su recta, semejante al trayecto alado de una flecha.

Esta obra es un cuadro completo, íntimamente sentido.

El nido en la Pampa es, á nuestro entender, la mejor obra del autor, y como representación de costumbres criollas la más feliz composición en el género. La unión del grupo, formado de dos figuras: el gaucho y la china, está tan armoniosamente ligado que resulta de unidad escultórica. Sobre la cama grosera que constituye el solo mueble visible del rancho — una tarima más bien — forrada en un cuero tenso como piel de tambor, un paisano joven está acostado de espaldas; su expresión es hondamente voluptuosa, con los ojos entornados y la pupila casi escondida, contempla extasiado á su joven compañera; lejos de desmerecer el grupo, ella lo complementa; sentada de lado contra su amante, que tiene asida una de sus manos, la chinita, de perfil, inclina graciosamente la cabeza entre sonriente y ruborosa de la pasión que inspira.

La composición de esta escena aparece irreprochable en todo sentido; la verdad de los tipos, de las actitudes y los accesorios no puede ser más completa. Pallière no ha incurrido en la puerilidad de hacer un gaucho hermoso, se ha contentado con hacerlo joven y característico; ella tampoco es linda, tiene exactamente toda la gracia efímera de una flor pampeana. El paisano está tan bien observado que se pueden contar las gotas de sangre negra que lleva de raza; la planta tenue y arqueada del bigote renegrido sobre la sonrisa de sus labios gruesos, acusa el africano aunque remoto origen. Las manos y los pies están prolija é inteligentemente estudiados; los accesorios, entre los cuales todo el apero de montar, son tan exactos que alcanzan á la extrema fidelidad del documento.

La porteña en el templo, es una andaluza que ya hemos visto en las panderetas, pero está acompañada de una «pardita» fastuosamente vestida, cuya presencia salva el interés de la escena.

El ejército del General Flores es un acopio de caricaturas, una colección de tipos burlescos, extravagantes, grotescos y truculentos de aventureros, cuya agrupación en forma de ejército de los milagros parece á todas luces satírica.

El gato es una composición poblada de figuras, que ostentan

entre sí y respecto del rancho en donde se encuentran, las más graves desproporciones; ello no obsta sin embargo para la exactitud de ciertos detalles, ni tampoco para la expresión de la escena; el movimiento lento y los gestos angulosos de la pareja que baila, tienen el sello de la gracia trabada, propia del paisano y la china.

La cazuela del Teatro Colón nos ofrece una reunión de mujeres de tipos archi-falsos, producto de un manierismo deplorable. *La mujer del preso*, obedece á un sentimentalismo cursi. En cambio *No te vayas...* — el dibujo de una pintura á la que antes hemos hecho referencia—es una imploración del gaucho enamorado á su chinita; ella se dispone á dejarlo para penetrar en el rancho de la familia, y aquel ruego la mantiene indecisa junto á la puerta, con una ingenua vacilación reveladora del encanto de que se halla poseída.

Una canoa (río Paraná) es un paisaje crepuscular, de un encanto penetrante; la familia aguarda en la canoa cargada de legumbres la preparación del asado, cuya presencia anuncia á lo lejos una columna de humo que sube entre los árboles; la china, contemplativa, sentada en la popa, destacando su silueta sobre el agua inmóvil, tiene una actitud tan sentida que resume la calma vespertina de las cosas en la tierra y en el cielo.

Pocas son aquellas litografías que carecen de interés; las que acabamos de describir demuestran suficientemente que Pallière era un artista muy bien dotado; componía fácilmente, veía justo, sabía traducir las formas con elegancia y expresar los sentimientos con elocuencia. En una palabra, tenía el dón de los dones, la vibración; con él disimulaba hasta donde era posible las lagunas de su educación artística, la pobreza de la técnica y la inferioridad del dibujante.

Es presumible que, á su regreso á París, haya podido armonizar rápidamente sus brillantes facultades con los conocimientos adquiridos; en efecto, sabemos que siguió produciendo allí hasta el momento de su muerte.

1859. *Epaminonda Chiama*. — Pintor italiano, especialista en cuadros de naturaleza muerta; vino muy joven á Buenos-Aires; entró en el taller de Novarese en donde adquirió sus primeros conocimientos artísticos; continuó después estudiando solo y puede decirse que solo se ha formado.

Al exhibir en público sus primeras naturalezas muertas, tuvo que luchar con Manzoni, que entonces trataba este género de pintura con el brío y la energía del relieve que lo distingue. Manzoni era un rival peligroso, sobre todo para un debutante; sin embargo, Chiama, á fuerza de empeñoso estudio, consiguió imponerse. Las frutas, las aves y legumbres, le dieron tema para ejecutar numerosas telas. y durante varios años los « bodegones » de Epaminonda Chiama decoraron todos los comedores de Buenos-Aires. Después, el reflujó de « la moda » se los llevó; fué una injusticia; sabemos de alguno que creyó reemplazarlos con oleografías, sobre las que la moda no se había pronunciado aún!

1871 - † 1885. *José Agujari*. — Es probable que á la hora presente ninguno de los artistas que han sido nuestros huéspedes pudiera vanagloriarse, tan legítimamente como Agujari, de la influencia ejercida en esta sociedad, dado el número y la clase de sus discípulos, los años dedicados á la enseñanza, y una nobleza de carácter tan evidente, que habrá servido para dignificar una profesión asaz vulgarizada en aquellos tiempos en apariencia inmediatos, pero á la verdad, hoy poco menos que legendarios!

Por nuestra parte, la circunstancia feliz de haber sido su amigo personal y su discípulo asiduo, no nos inhibe para hablar del caballero y del artista.

Agujari nació en Venecia; muchacho aún, ya estaba bien relacionado social y artísticamente; sus primeras tentativas de exposición en la Royal Academy de Londres se vieron coronadas de éxito; sus acuarelas venecianas, honorablemente colocadas, eran adquiridas por Goupil; en tal momento, un incidente casual lo trajo á Bue-

nos-Aires. El incauto joven abandonaba una posición segura y todos los halagos que podía brindarle la vida artística europea, por el más desamparado de los desiertos.

Pocos días después de su llegada, su desaliento era tan completo que había resuelto volver á embarcarse, sin dilación; su regreso hubiera sido una fuga en toda regla. Á duras penas y á título de curiosidad, aceptó una invitación de don Emilio Martínez de Hoz, para pasar una semana en su estancia de Ramallo, sobre la margen del Paraná.

Agujari amaba recordar este incidente que decidió de su suerte; el paseo de ocho días se prolongó por espacio de seis meses. Una naturaleza más graciosa que la que nos rodea en la capital, y un calor como de hogar, hallado tan impensadamente, sedujeron al paisajista y al viajero. Este lapso de tiempo fué aprovechado por el artista para ejecutar una serie de acuarelas, y esta circunstancia, influyó para que Agujari — que siguió frecuentando siempre los mismos sitios, — llegara á hacerse algo así como el pintor del Paraná.

Con Agujari sucedió lo que pasa frecuentemente con los artistas que no ultrapasan un cierto nivel, sus estudios superaron en mucho á todas sus demás obras. Hay que decir también que los tenía admirables, como *Un viejo pozo* de gastadas piedras, pintado al acuarela con tal conciencia, tanto amor y maestría que era un esquisito é inolvidable trozo de pintura.

Agujari poseía á fondo los secretos de la acuarela italiana, tan complicada; su factura era sorprendente; en cambio, adolecía de sequedad en el dibujo, carecía de imaginación y de naturalidad en la composición; inapto para la síntesis, se dejaba seducir por el detalle, tras de cuya persecución llegaba hasta el preciocismo y la miniatura.

Sus defectos eran en gran parte defectos de escuela.

Ya desde luengos años la amplia vida veneciana se extinguía, languideciendo; los sonoros triunfos habían enmudecido; la ceniza del tiempo llovía impalpable, persistente y densa sobre las cosas;

las envolvía como en sudarios grises, y el agua inmóvil de los canales no reflejaba sino tristezas; los rudos palacios, siniestros, adustos como prisiones, y la filigrana de piedra de algunas fachadas, seguían custodiando celosamente las obras maestras de los gloriosos días; Tiziano, Veronese, Giorgione, brillaban siempre en los artesonados de oro con su fulgor astral de constelación perdurable, pero la humanidad envejecida y macilenta parpadeaba ante el esplendor de la carne desnuda, amasada por ellos con lumbre de apotheosis.

Los modernos pintores venecianos habían roto con la tradición, vagaban en los senderos del arte, divorciados de la forma, olvidados de que el dibujo es un instrumento que no se forja sino en el yunque del desnudo.

Una vez en Buenos-Aires, las exigencias del medio y sus condiciones especialísimas indujeron á Agujari á dedicarse á la enseñanza; su contracción fué utilísima y le dió al mismo tiempo algún provecho material. La mayor parte de sus discípulos figuraban entre las señoritas más distinguidas de esta sociedad, las que estudiaban por vía de adorno intelectual y de pasatiempo; y si esta circunstancia influía para que no se dedicaran á profundizar mayormente estos estudios, era causa directa de importantes beneficios con la difusión de conocimientos especiales, la eclosión del gusto y el desarrollo del sentido estético en las futuras madres de familia.

En la vida sin tacha de José Agujari no hemos hallado sino un error, que no debemos silenciar porque en el profesorado importa una claudicación; él mismo se quejaba amargamente y nos enseñaba á desacreditarlo; pero su extrema bondad por una parte, y por la otra, las sollicitaciones del medio, hacían que incurriera en él diariamente, incorporando una práctica viciosa á la enseñanza de casi todos los discípulos. Nos referimos á la complaciente ayuda material del profesor en el trabajo del estudiante; además del sedimento de inmoralidad que deja en su espíritu esta complicidad para una mistificación más ó menos pueril, hace imposible toda comproba-

ción en los progresos. Á este respecto, las Exposiciones anuales del Ateneo han evidenciado otros inconvenientes, que, á fuerza de ser perjudiciales para todos, acabarán por traer de común acuerdo el descrédito de tan ridículos expedientes.

Agujari ha pintado entre nosotros numerosos retratos, generalmente al acuarela; no amaba el óleo, carecía de vigor y trataba de reemplazar la observación personal con la enumeración paciente de los detalles.

El Presidente Sarmiento, con aquella previsión genial que lo caracterizaba, quiso utilizar sus servicios para la fundación de una Escuela oficial donde se enseñaran las artes del dibujo. Con tal motivo hizo que su administración le costeara un viaje de estudio á las Academias de Italia, del cual Agujari debía traer las bases para la organización proyectada; el viaje se realizó á fines de 1873 bajo los auspicios de la presidencia Sarmiento, y José Agujari cumplió su cometido, pero desgraciadamente su regreso coincidió con la revolución de 1874 y aquel hermoso pensamiento cayó en el olvido.

En octubre de 1885, Agujari murió en Buenos-Aires, rodeado del afecto de todos sus amigos y de la estimación de sus numerosos discípulos.

1871-† 1876. *Ernest Chartón*.—Pintor francés, que fué profesor de dibujo en el Colegio Nacional, pertenecía á una distinguida familia; era hermano de Édouard Chartón, el eminente literato y hombre político francés.

Ernesto tenía un carácter original y aventurero, que lo puso en situaciones peligrosas aunque pintorescas. En 1848, con el producto de sus pinturas, formó parte de una expedición que debía dirigirse á las minas de California, pero que lo llevó á una isla habitada por deportados, á causa de un acto de piratería cometido por la tripulación del buque. Nuestro artista pasó las mayores miserias entre aquel hato de criminales abandonados en medio del océano. Se- mejante aventura le dió ocasión para escribir un folleto: *Vol d'un*

navire dans l'océan Pacifique, en el que relata sus amarguras.

En Chile, Charton pintó varios cuadros de costumbres que tienen su importancia; por ejemplo: *el Velorio* (actualmente en el Museo Nacional de Bellas Artes) revela sus condiciones de composición y de ejecución; la escena tiene lugar bajo el techo de paja de un amplio galpón en forma de rancho; á la izquierda, un altar coronado por un dosel cargado de baratijas; sobre el altar, el cadáver del niño— objeto del velorio— mantenido de pie, salvajemente, con ligaduras que le cruzan el pecho: viste de blanco, y su cabeza de muerto se inclina bajo la irrisión de una corona de lata; á ambos lados hay velas encendidas, guirnaldas de flores de papel y rosarios suspendidos; una imagen del Crucificado se transparenta tras de un tul negro. En la media luz que arroja la llama vacilante de las velas, se mueve la barahunda de los invitados que bailan, beben ó cantan canciones en la guitarra.

Esta obra no está concluida sino en parte; el resto es un boceto lleno de animación y de brío; algunos accesorios tratados con el toque espiritual de un Goya, hacen sentir que este cuadro no haya sido suficientemente estudiado.

Charton pintó algunos paisajes al óleo, y buenos retratos al pastel. — Falleció en Buenos-Aires, y su última frase revela la extraordinaria entereza de su carácter; habiéndole preguntado cómo deseaba que lo enterraran, Charton contestó: *Sans tambours ni trompettes!*

1871. *Francisco Romero*.—Pintor italiano; ha pasado una docena de años en Buenos-Aires, con intervalos durante los cuales hizo repetidos viajes á Italia.

Entre nosotros se concretó exclusivamente á la pintura de retratos al óleo; muchos de ellos ostentan excelentes condiciones de ejecución.

El pintor Romero, al volver por tercera vez á Buenos-Aires, hizo-se cargo de las clases de dibujo de la «Sociedad Estímulo de Bellas

Artes», dirigiéndolas con acierto y competencia por espacio de varios años. Durante el curso de su profesorado, hizo venir de Europa algunos bustos y estatuas de yeso para la enseñanza del dibujo, que fueron costeados con una modesta subvención del Gobierno Nacional, unida á las cuotas de los socios. Sin recursos suficientes para poder elevar entonces aquella Escuela al rango de Academia, supo aprovechar los escasos elementos de que se disponía, consiguiendo dar un impulso al cultivo naciente del arte.

Pintó las figuras alegóricas de *la Ley* y de *la Justicia* en el plafond de la Facultad de Derecho.

1871. *Juan M. Blanes*.—Pintor uruguayo, nacido en Montevideo en 1830.

El interesante « caso » de este artista muestra gráficamente el estado del gusto público, en la época adoptada por nosotros como límite de la *iniciación* extranjera, encarnada en aquellos artistas incorporados personalmente, hasta entonces, á nuestro organismo social.

Hacia el mes de diciembre de 1871, la nación Argentina estaba de luto; Buenos-Aires acababa de ser asolado por una epidemia voraz; el fantasma del vómito negro aún proyectaba su sombra fatídica sobre la tierra recién removida, abierta en girones, para recibir en su seno la más doliente y copiosa cosecha mortuoria.

En tal momento el pintor uruguayo, hasta entonces desconocido, con la oportunidad de un dramaturgo de la escuela de Sardou, congrega al público alrededor de su tela, *la Fiebre amarilla*.

Si no era precisamente la primera vez que se exhibía en Buenos-Aires un lienzo de ciertas dimensiones, era la primera, ciertamente, en que ésto se hacía con un episodio que nos tocaba, ¡ y cuán de cerca !

Además, el artista procede hábilmente, con verdadera perspicacia; la composición y ejecución de su cuadro revelan que ha penetrado la psicología del público.

En pocos metros cuadrados de lienzo, Blanes hace la síntesis de aquella tragedia: una habitación miserable, de la que la muerte se ha enseñoreado; el hombre, el marido, está muerto sobre la única cama; la mujer, joven y bien parecida, también segada por el flajelo, mientras cumplía sus deberes de esposa, yace sobre el duro suelo; el único hijo de aquel matrimonio, un niño de pocos meses, tierna representación de la infancia desamparada, busca con hambre el pecho materno. El drama es ya pavoroso, pero el autor no se satisface; quiere que sobre la tragedia simbólica de una familia sacrificada se acumule todo un drama social; otras dos víctimas intervienen, las más generosas y las más simpáticas; encuadrada por el marco de la puerta aparece la imagen resurrecta de dos víctimas que perecieron sobre el campo, luchando contra la peste: Roque Pérez, ya ilustre y venerable, y el médico Argerich en la flor de su juventud; las demás figuras son accesorias.

El público de Buenos-Aires se halló delante de este cuadro en condiciones análogas á las del público de Florencia en el siglo xiii, cuando Cimabue, emancipado del canon bizantino, dió á luz la célebre *Madona*, llevada procesionalmente en triunfo por sus admiradores, desde el taller del maestro hasta la iglesia de Santa María Novella.

Entre nosotros, el cuadro de Blanes no fué conducido en andas; pero el pueblo entero, hombres, mujeres y niños, marchó en procesión á admirar la peregrina obra. Durante algunos días, la población desbordada rodeó el cuadro como una marea hirviente y rumorosa. Después de Cimabue, no se había vuelto á presentar un caso de admiración tan intensa y unánime en país alguno de la tierra, y es problemático que la escéptica Buenos-Aires vuelva á sentirse removida hasta las entrañas por el espectáculo de una obra de arte.

La prensa de la época se convierte en un incensario; la crítica esparce perfumes de mirra y de cinamomo que no pueden aspirarse sin desvanecimientos; el doctor Eduardo Wilde aprovecha

la ocasión para darnos una muestra de la intensidad de sus entusiasmos de entonces. El doctor Andrés Lamas escribe un folleto al respecto; hace una hermosa y meticulosa descripción del asunto y dice entre otras cosas: « Dominado por el efecto del cuadro, ayer nos repetían — esto no se repite, — Blanes no volverá á hacer cosa semejante » y después: « la tela de Blanes es tan durable como el bronce y transmitirá su nombre (el de Roque Pérez) de generación en generación. El cuadro del sacrificio de Florencio (Varela) lo transmitirá igualmente á la más remota posteridad, porque es también uno de esos lienzos que se hacen impecaderos por la inspiración y por el pincel del artista ». Estudiando el cuadro de *la Fiebre amarilla*, escribe: « Este resultado es el triunfo del arte. Las obras del arte, como todas las obras del hombre, deben juzgarse sintéticamente. El que para mostrarse superior á la maravilla del conjunto, escudriñe los detalles y busque de propósito deliberadamente, las deficiencias, ese nos dará una nueva prueba de una verdad trivial. Ya sabemos que el hombre no alcanza, en nada, la perfección absoluta. Pero aun ese género de crítica, esta crítica de detalle, de minucia, raros resquicios encontrará por donde penetrar en el cuadro de Blanes ».

Citemos también al doctor Wilde; á fuer de médico y de artista ha sentido— sino en qué consiste toda la bondad de la obra— por lo menos, en dónde reside la condición principal: « Cuando ví el cuadro me pareció mirar un espejo en el cual se reflejaba un grupo de personas y de objetos.

« En este momento, la idea del *relieve* me invadió y en todo el tiempo que estuve mirando la escena, no pude deshacer la ilusión en mi cerebro, por más que me restregaba los ojos.

« En tal emergencia miré á los espectadores que como yo, contemplaban el cuadro y por más hiperbólico que ello sea, los dichos espectadores me parecieron pintados; á tal punto, que tuve que tomar del brazo á mi compañero para convencerme de que era sólido. »

« Su *relieve* es admirable, es una tan notable falsificación de la naturaleza, es una sofisticación de los sólidos tan diestramente verificada, que no deja la menor duda de que el pintor y la luz han querido burlarse de los ojos humanos. »

« En el cuadro de Blanes la invasión de la impresión de *relieve* es repentina é imborrable; no tiene uno que hacer fuerza para que la ilusión se verifique. »

« Blanes ha tenido una feliz inspiración al colocar la luz detrás de los personajes de su cuadro. Esta disposición favorece admirablemente el *relieve*, que es la cualidad predominante en esa composición, verdadera obra maestra BAJO (sic) ese punto de vista. »

Y todavía agrega :

« No quisiera salir de los *relieves*. »

. . . Y termina diciendo :

« En definitiva el cuadro de Blanes es todo cuanto los ojos pueden exigir á la naturaleza en materia de *relieves*; es una mentira admirable, una verificación irrealizable.

« Blanes debe haber hecho su cuadro por casualidad.

« Si lo hubiese hecho de intento, ya se habría cortado las manos para no volver á chancearse tan groseramente con los ojos de la gente. »

Basta; estas dos opiniones, la de don Andrés Lamas y la del doctor Wilde — espíritu travieso que no ha reincidido en sus admiraciones juveniles — nos enseñan hasta qué punto estaba caldeada la atmósfera de entonces.

En resumen, este lienzo y los otros del señor Blanes, *los Ultimos momentos del General Carreras, el Desembarco de los Treinta y Tres, La Revista de Rancagua* (en el Museo Nacional de Bellas Artes), *La Cautiva*, etc., son un reflejo de la pintura de transición

entre la época romántica y la evolución moderna; Blanes mismo, — según nos lo afirma quien puede saberlo — ha evolucionado, produciendo al final de su carrera su mejor obra, una vasta tela, inspirada en la Conquista del desierto.

Á Juan M. Blanes corresponde la honra de haber sido el precursor de los pintores de historia en las márgenes del Plata; y sobre todo, habrá tenido este gran mérito: el de ser el primer artista *case-ro* que haya realizado una hazaña inaudita y portentosa: la de infundir confianza á nuestros Gobiernos, quienes le encomendaron en diversas ocasiones la ejecución de obras importantes.

Aquí termina esta faz de nuestra tarea; el grupo de pintores extranjeros que ha desfilado ante nuestros ojos, ha hecho en esta tierra virgen el noble oficio del misionero; algunos le han dado lo mejor de su inteligencia, sus afanes poco menos que ignorados, una existencia dedicada á la enseñanza y el último aliento de una vida laboriosa.

Á sus discípulos les toca demostrar con los hechos que aquella simiente ha caído en una tierra fecunda.

EDUARDO SCHIAFFINO.

TRATADOS DE COMERCIO

De tres maneras diferenciamos los tratados de comercio: tratados arancelarios, con clasificación de mercaderías ó productos y derecho aduanero; tratados de reglas generales comerciales; y, por último, aquellos que á la par de estas reglas, contienen declaraciones de derechos y garantías individuales para los súbditos de cada una de las naciones contratantes. Felizmente la Argentina no tiene tratado alguno de la primer clase.

Con relación á la época, dividimos nuestros tratados de comercio en tres grupos :

1° 1825, tratado con Inglaterra; 1826, con Chile.

2° Tratados cangeados desde 1852 hasta 1860, con los siguientes países : Portugal, Estados-Unidos, Chile, Cerdeña, Paraguay, Brasil, Prusia, Bolivia y Bélgica.

3° Tratados de la nueva y última época, desde 1870 hasta nuestros días, con Austria, Suecia y Noruega, Perú, Paraguay, Portugal, Italia.

El tratado con Inglaterra, de 1825, tiene para nosotros capital importancia. Fué el primero de comercio después del reconocimiento de la independencia, y fué el primer compromiso serio que la nueva nación contrajo con el mundo civilizado, por intermedio de la Gran

Bretaña. Compromiso que comprendía, no sólo ciertos principios referentes al intercambio internacional, sino amplia declaración de derechos y de garantías que las Provincias Unidas del Río de la Plata ofrecían á todos los hombres del mundo que quisieran habitar el suelo argentino.

Recién surgidos á la vida independiente, después de larga y penosa guerra con España, desconocidos para los pueblos de la Europa, calumniados en parte por la propaganda incesante de nuestros enemigos, desacreditados á causa de los empréstitos forzosos, las requisiciones, los embargos, las confiscaciones y la discordia intestina : era de todo punto indispensable que la joven nación apareciera ante el mundo, ofreciendo todos los derechos y seguridades de un país civilizado y regularmente organizado, y que ese ofrecimiento fuera garantido por una nación como la Inglaterra.

¿De qué hubieran valido nuestras propias y espontáneas declaraciones, formuladas por intermedio de nuestros agentes diplomáticos, nuestras generosas promesas estampadas en documentos unilaterales? De poco ante la opinión de la Europa, que escaso crédito podía ofrecer á la palabra de gobiernos que desaparecían en horas, y de pueblos que vivían en guerra, con civilización embrionaria, pueblos manejados en parte por la voluntad omnipotente de simples caudillos.

Convenía un fiador, y con la firma del gobierno inglés y por medio de un tratado de comercio, nos presentamos ante el mundo europeo, diciendo : nos rigen en nuestra vida social y política, los mismos principios que á vosotros, y los habitantes de nuestros vastos y desiertos territorios encuentran, en nuestro país, las mismas garantías que en los vuestros, sin distinción de nacionalidades.

En un escrito de propaganda, enviado en ese entonces, desde Buenos Aires á Londres, el autor se esfuerza en probar, y con insistencia tal vez poco hábil, que las declaraciones, garantías y principios consignados en el tratado de 1825, no eran creación del mismo tratado, ni sugestión de Mr. Parish; que habían sido pro-

clamados mucho antes, consignados en leyes y decretos, que esos principios y garantías se practicaban y respetaban porque habíanse incorporado á nuestros hábitos: que el tratado de 1825 se limitaba á copiarlos de nuestros documentos ó á recogerlos de nuestra vida urbana ó rural... Un poco más, y el propagandista de 1824 hubiera concluido que la Inglaterra copiaba de nosotros esos principios y que tocábale á las Provincias Unidas favorecer á la vieja Albión con tratado semejante.

El autor, que revela ser persona entendida, no podía sostener de buena fe que parte de las garantías consignadas en el tratado se hicieran efectivas en la vida práctica; y su insistencia en probarlo, nos indica que otro era su pensamiento, porque si bien esos principios y garantías eran conocidos por estar escritos en el papel, los hábitos y las prácticas eran otros; ó por lo menos que había motivos más que sobrados para dudar del fiel cumplimiento de muchas de esas promesas, ó que el cumplimiento no fuera posible más allá del radio de la ciudad de Buenos-Aires.

Algo se ha dicho de los señalados merecimientos del señor Parish, por haber inclinado á su gobierno á firmar un tratado semejante con el de las Provincias Unidas, merecimientos que reconocemos en parte. y que, según nuestro juicio, sólo darían mérito á modesto agradecimiento; porque si bien aquel señor fué amigo entusiasta del argentino y autor de una Memoria, tal vez exagerada, de nuestros medios y condiciones, que según la opinión de la época fué la precursora del tratado, tampoco debemos olvidar el espíritu emprendedor y comercial de los ingleses, su acción en otras partes del mundo más pobres y menos civilizadas que la nuestra. Cálculase que la ciudad de Buenos-Aires, en ese entonces, contaba con ochenta mil habitantes y con otros tantos la campaña; que nuestra importación á la Inglaterra, en 1823, había ascendido á 388.338 libras esterlinas y que la importación inglesa á Buenos-Aires en el mismo año había sido de 803.237 libras esterlinas, cifras ambas que representan un intercambio no despreciable...

El tratado se hizo, y como fué el primero, y como ha servido á la manera de molde para todos los subsiguientes hasta nuestros días, merecé que de nuestra parte le dediquemos algunos párrafos.

El tratado con Inglaterra reposa sobre estas dos cláusulas fundamentales : reciprocidad y nación más favorecida, principios ambos muy en voga en ese entonces ; no es posible decir que el tratado de 1825 sea nuevo en su género. En el siglo XVIII la diplomacia Europea había adelantado mucho en materia de tratados de paz y de comercio, y había creado un clisé especial para estos y otros géneros de tratados, que quien lee uno lee todos, conteniendo siempre las dos cláusulas : reciprocidad y nación más favorecida ; y algunos con esta otra : al igual del ciudadano ó de la bandera nacional. Nuevas necesidades modificaron con posterioridad este formulario consabido, y al lado de las cláusulas anteriores, se estableció la tarifa convencional con designación de artículos y del derecho á pagar. Eran y son tratados arancelarios, que felizmente no se encuentran en la colección de los tratados argentinos.

Volviendo al de 1825, la reciprocidad se establece en la libertad de los respectivos comercios, en las condiciones de los Ingleses en la Argentina y de los Argentinos en Inglaterra, en los gravámenes y privilegios que pudieran sufrir ó gozar en cada país, en los derechos civiles y hasta religiosos. La cláusula de la nación la más favorecida se aplica más especialmente á diversas manifestaciones del comercio : los buques ó cargas llegarán á los puertos á donde sea ó pueda ser permitido á otros extranjeros llegar ; la libertad de comercio será con toda la extensión que en el día se permita ó en adelante se permitiere á cualquiera otra nación ; los derechos á la importación y exportación de los productos ingleses ó argentinos recíprocamente, serán iguales á los derechos que pagasen mercaderías de otros naciones ; — y en todos lo relativo á carga y descarga de buques, seguridad de mercaderías, pertenencias y efectos, disposición de propiedades, como también á la administración de justicia, los súbditos de ambas naciones contratantes gozarán recíproca-

mente, de los mismos privilegios, franquicias y derechos que la nación más favorecida y los súbditos nacionales; — y en cuanto á los derechos de tonelaje, fano, puerto, pilotaje, salvamento, el buque de bandera inglesa de más de 120 toneladas estará gravado á igual del buque de bandera nacional y vice versa.

Como tratado de garantías por los ciudadanos de uno y otro país, nada más amplio. Los Ingleses en la Argentina (y vice-versa) podrán llegar donde lleguen otros extranjeros, entrar, permanecer, residir aun cuando hubiere guerra; alquilar y ocupar casas y almacenes; gozarán de la misma libertad que los Argentinos para comerciar, manejar sus propios asuntos, por sí ó por apoderado; podrán contratar, fijar el precio de toda mercadería, vender y adquirir propiedades, estar en juicio; estarán exentos de todo servicio militar, de todo empréstito forzoso, exacciones, requisiciones; gozarán de la libertad de conciencia y podrán ejercer su culto en iglesias propias y ser enterrados en propio cementerio, y por último, podrán disponer de sus bienes y propiedades por contratos entre vivos ó por testamento, debiendo intervenir el cónsul en el juicio correspondiente.

El de 1826, con la República de Chile, es también de amistad y de alianza. Como tratado de comercio, establece los mismos principios consignados en el de Inglaterra, con la sola diferencia que distingue el comercio según sea marítimo ó terrestre. Para el primero, adopta la cláusula de la nación más favorecida en el presente y el futuro, y para el segundo, la libertad de derechos, siempre que se trate de productos nacionales, que si fueran extranjeros pagarán el 10 % sobre el avalúo de la aduana. Hay otra diferencia digna de señalarse, y es que para los derechos de puerto, fano, tonelaje, etc., no se establece la limitación de las 120 toneladas en cuanto al buque, limitación que también ha desaparecido en los tratados posteriores.

Rosas no hizo tratados de comercio, no por razones de intereses

óde conveniencias comerciales, ni por especulaciones científicas, sino porque su política internacional siempre tendió al aislamiento, como manera eficaz de conservación de su persona y de su sistema tiránico. Con el intercambio comercial y con la inmigración, se produce el progreso material y moral, y el progreso mal podía avenirse con el despotismo y con sus prácticas de gobierno. Rosas fué enemigo del extranjero.

En cambio, el Gobierno de la Confederación fué fecundo en tratados de comercio. Alberdi decía, y con razón, que el gobierno del Paraná, en poco años, había realizado más tratados que las naciones de Sud-América todas juntas, desde su emancipación.

No era extraño. El Gobierno de la Confederación fué transitorio, de misión especialísima, al mismo tiempo que de lucha. Sus tratados de comercio respondieron á distintas necesidades. Con la nueva época de reorganización y de libertad, hacíase indispensable generalizar el tratado de 1825, colocando á los demás países del mundo que mantenían relaciones comerciales con nosotros, en las mismas condiciones que á la Inglaterra. No era posible desconocerles ese derecho, ni la cancillería del Paraná hubiera podido oponer razón atendible alguna. Gobierno nuevo, después de veinte años de desgobierno, tuvo por misión inmediata organizar, levantar el edificio social, económico y político sobre las ruinas y el caos del pasado, y así fué gobierno de múltiples iniciativas, tanto en el orden interno como en el externo. Hubo también otra razón: necesitaba manifestarse ante el exterior como en la plenitud de los poderes que constituyen un gobierno, á pesar y en contra del estado de Buenos-Aires, y al mismo tiempo obligar á esta provincia argentina, por todos los medios á su alcance, á incorporarse, día más día menos, al grupo de sus hermanas que habíanse organizado.

Los hombres de la Confederación, como Alberdi, Gorostiaga, del Carril y tantos otros, comprendían que la nacionalidad argen-

tina sin Buenos-Aires, era punto menos que imposible; pero si así lo pensaban no les era dado confesarlo públicamente, porque hubiera sido una declaración de impotencia en los comienzos de la lucha. Canjear tratados sin pérdida de tiempo, era dar personería de nación al grupo de las trece provincias, era oponer una nación con vida internacional á la provincia que hasta entonces había monopolizado la representación externa de sus hermanas.

Es necesario buscar la integridad territorial por medio de tratados comerciales, decía Alberdi : es necesario que vinculemos á nuestra causa todas las naciones del mundo, y así triunfaremos sin obstáculos, y la provincia de Buenos-Aires concluirá por aceptar nuestra Constitución y nuestro Gobierno.

He aquí por qué en sólo el año de 1853, se canjearon tratados con Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, declarándose la libertad de los ríos : precursores esos de la ley de octubre de ese mismo año, dictada por la Legislatura de Buenos-Aires; y por qué, en ocho años, aquel Gobierno hizo nueve tratados de comercio con distintas naciones.

Largo sería desarrollar un tema tan rico en enseñanzas y tan digno de estudio. Alguna vez se escribirá, con el criterio imparcial del hombre de ciencia, la historia de aquella época, época de lucha pero de generosas inspiraciones y de grandes iniciativas por ambas partes. La justicia distributiva señalará los errores y las responsabilidades de unos y otros; pero ante los acontecimientos que se sucedieron desde 1853 hasta Pavón, ante las manifestaciones de ambos gobiernos, ante los males producidos y el resultado final, la historia proclamará, una vez más, esta gran verdad : que la familia argentina es y será una é indivisible á pesar de los errores de todos.

Los tratados canjeados por el gobierno de la Confederación, como los posteriores ó de esta última época, no ofrecen ni novedad ni materia de estudio. Todos ellos ó la mayor parte, son fundidos en el mismo molde que sirvió para el tratado de 1825, con pequeñas variantes, especiales de los países contratantes. Los mismos princi-

pios de la reciprocidad, de la nación más favorecida, de la igualdad al ciudadano ó á la bandera nacional, sirven de base á estos tratados, que son generales en la parte comercial, sin determinar artículos y derechos y sin reglas especiales dignas de mención. En los tratados con Chile y Bolivia, se establece la exoneración de derechos para los productos de uno ú otro país que pasen por la frontera terrestre, así como para el comercio de tránsito.

El último canjeado con el gobierno de Italia (1894) contiene solamente la cláusula de la nación más favorecida para ciudadanos, productos y buques; y si hemos de deducir algo de este tratado como del que se tramita con Suiza, que ha dado mérito á la minuta proyectada por el senador Figueroa, concluiremos que nuestra cancillería adopta, como regla invariable y como principio único de su política, la cláusula de la nación más favorecida, de manera que nada hemos cambiado de 1825 á la fecha.

Considerados económicamente los tratados que acabamos de reseñar, convenimos que son dignos de aplauso los del primero y segundo grupo, porque si con la declaración de garantías y derechos, abriéndose de par en par las puertas de la República á todo extranjero que quisiera compartir nuestra vida, con la cláusula de la nación más favorecida se reconocía y proclamaba la política aduanera, que en ese entonces era la única posible, dadas las condiciones y el estado de nuestro país, y la única de resultados prácticos más eficaces en orden al progreso.

Económicamente hablando, las naciones tienen su marcha invariable, en el camino del progreso. Nacen pobres, su producción es natural, nada fabrican, y por ende necesitan consumir el producto manufacturado extranjero, dando en cambio (nosotros al menos) cueros, lanas, crin, maderas. En esta situación el libre-cambio se impone, porque nada hay que proteger, y nuestros tratados comerciales hasta 1880 manifestaron exteriormente ese estado primitivo de nuestro país. Son tratados libre-cambistas, como es libre-

cambista ó tiende á ello, la cláusula de la nación más favorecida.

En varias ocasiones, hemos sostenido que el libre-cambio como el proteccionismo, no son principios teóricos que deban fundarse con raciocinios y combinaciones especulativas, á la manera de ciertos problemas filosóficos, buenos para temas académicos. El libre-cambio como el proteccionismo son simples *síntomas* de un estado en la vida ó en el desenvolvimiento de las naciones: con la niñez, la pobreza y libre-cambio; con la pubertad, con el desarrollo de las fuerzas productoras por medio de la naciente industria, se produce el proteccionismo, como necesidad ineludible, so pena de detenerse en el camino del progreso; y por último, con la plenitud de la vida productora y manufacturera vuelve á necesitarse del libre-cambio. Esta ha sido, es y será la marcha del libre-cambio y del proteccionismo vinculados á todo país.

Los hechos, tal vez los errores de las personas dirigentes, — porque es difícil averiguar si hemos imitado al niño que quiere ser hombre antes de tiempo, — han colocado á la Argentina en la segunda edad. Se ha creado, ó hemos creado artificialmente, una industria que es necesario proteger, y por ende se impone el sistema proteccionista, más ó menos suave ó estricto, y en consecuencia los tratados de comercio existentes deben ser modificados para que concuerden con nuestra política comercial.

Se comprende que el régimen de los tratados de comercio se iniciara con aplauso en la vieja Europa, dada la guerra desastrosa de tarifas que reinaba en el pasado siglo. En estado semejante, el tratado de comercio suponía una concesión recíproca y, en consecuencia, una ventaja inmediata y apreciable. Pero con la modificación del sistema prohibitivo y mercantil, y con la generalización de las tarifas convencionales por medio de la cláusula de la nación más favorecida, se principió á sentir los serios inconvenientes del sistema, inconvenientes que afectan importantes intereses económicos de cada país.

Es así que se ha formado ya una opinión en contra de los tratados de comercio, opinión que se manifiesta hasta en los parlamentos y en los Gobiernos, y que sin duda concluirá por dominar, marcando en lo venidero nuevos rumbos á la política comercial internacional.

Lástima es que los estrechos límites de una revista no nos permita detenernos, como fuera de desearse, en materia de tanta importancia, en orden á lo que ha pasado desde principios de este siglo, debido á los tratados de comercio, mostrando los perjuicios sufridos á causa de las tarifas convencionales, las denuncias contra derecho de tratados que en la práctica resultaron perjudiciales, los atentados y abusos cometidos por las naciones más fuertes en perjuicio de las más débiles, y la lucha ruinosa de gremios y de productores, alrededor de cada tratado por hacerse y de cada tarifa convencional : que si se reseñaran todos éstos y muchos otros hechos tomados de la historia comercial de la Europa, concluiríamos por sentar que el sistema de los tratados de comercio, si bien tuvo su época, porque sirvió para independizar las naciones de la política prohibitiva y mercantil, en cambio hoy no es aceptable, y que tratados arancelarios ó con la cláusula de la nación más favorecida, no deben hacerse sino en casos muy especiales, muy claros y muy justificados.

Pero dejaríamos trunco este nuestro trabajo si silenciáramos los argumentos que se formulan en contra de los tratados de comercio en general, y especialmente de los arancelarios, argumentos que damos someramente.

El tratado de comercio, y con especialidad el arancelario, afecta directa ó indirectamente los intereses económicos del presente y del porvenir del país. Quien lo haga, necesita conocer las condiciones productoras de ambos países contratantes, sus recursos, su legislación interna, los hábitos de cada pueblo, sus tendencias, las condiciones de las demás naciones concurrentes, pesando con detenimiento las ventajas y desventajas que se ven y que no se ven. Un tratado de comercio arancelario es obra magna, y está probado que de

ciento, noventa y ocho han sido perjudiciales para ambas partes.

El tratado de comercio es un contrato en que cada parte procura obtener las mayores ventajas con los menores sacrificios. No hay diplomacia más maliciosa ni más dañina. « En circunstancias determinadas, decía Bismarck en el Reichstag, sin duda que los tratados de comercio resultan muy ventajosos, pero cada vez que queda concluído uno de estos convenios, lo primero que acostumbro preguntar es : ¿A quién se engaña aquí? Uno de los dos debe ser. Así resulta generalmente, pero no se descubre sino al cabo de cierto número de años ». En lo general, son ambos países los que salen engañados, porque las ventajas obtenidas son más aparentes que reales.

Puede afirmarse que la nación más débil y más pobre es víctima de la más fuerte y rica. Los intereses industriales y comerciales son tan poderosos, que ó bien obligan á los Gobiernos á ejecutar actos contra derecho, ó á eludir obligaciones por medios indirectos.

Un tratado de comercio incómodo puede ser modificado por la legislación interna fiscal.

Los derechos de aduana son impuestos que deben ser fijados, libre y anualmente, por el Poder legislativo, sin la dependencia extranjera que establece el tratado (Thiers). Todo Congreso debe contar con la más amplia libertad para decidir de la suerte económica del país.

La tasa de los derechos debe determinarse según la necesidad financiera y el estado de la industria. Un tratado puede poner en peligro el equilibrio del presupuesto y perjudicar la producción.

Las tarifas convencionales no pueden seguir las rápidas transformaciones de la industria.

Son inútiles donde impera el sistema del libre-cambio, y constituyen elemento de confusión y de peligros no previstos para el país proteccionista.

Si son de corto plazo, sobrecitan las producciones que favorecen, y auxilian por el momento ciertos ramos del comercio con perjuicio

de otros. Si son de largo plazo, producen la estabilidad en un medio de transformaciones continuas. Al aproximarse el término del tratado, surgen la duda y el temor para la producción favorecida, y se ponen en juego toda clase de intereses y de influencias, que por lo general dominan al gobierno y le impiden consultar los legítimos intereses del país.

Según Smith, cuando se concede una ventaja para ciertos productos se establece un monopolio á favor de esa nación, con perjuicio del consumidor nacional. El producto que se cambia con el producto monopolizado, disminuye de valor porque aumenta de valor este último.

Con la doble tarifa, mínima y máxima, puede defenderse toda nación, sin necesidad de tratados comerciales.

Pero si el sistema de tratados arancelarios ofrece serias dificultades y peligros, motivos aun más justificados hay para condenar el nuestro, ó más bien dicho la cláusula de la nación más favorecida, con ó sin tarifas convencionales.

La cláusula de la nación más favorecida ha sido la *botte à surprises*, para los gobiernos y para los negociadores. Hoy es cláusula desacreditada, y difícil será encontrar un publicista moderno que la sostenga, ni que aconseje su adopción como base de política comercial, á no ser para países mucho más atrasados que el nuestro.

Su objeto, según Pradier-Fodéré, — obtener por medio de tratados las condiciones más ventajosas, y no ser colocados en situación de inferioridad en comparación de otros Estados, — aparece inocente y hasta justificado ante el sentimiento innato de la igualdad; pero si se medita un momento, se descubre que mal puede ser conveniente una cláusula que tiene semejante objeto, cuando ella se aplica en negociaciones de elementos distintos y de desigualdades sin fin. Buscar la igualdad económica entre naciones geográfica, social y climáticamente distintas, es buscar una utopía, es proceder contra natura y es arribar al absurdo.

Mientras la humanidad se rija por leyes naturales, que conocemos ó no conocemos, pero que existen; mientras haya pueblos pobres y débiles, ricos y fuertes; mientras el proteccionismo y el libre-cambio imperen como hechos distintos pero necesarios, las desigualdades y transformaciones serán condiciones inherentes á nuestro mundo comercial, y toda teoría que se levante sobre la base de una igualdad imposible ó que tienda á ella, será falsa y perjudicial. Concebimos la igualdad evangélica para todas las manifestaciones humanas, como el católico concibe el cielo prometido; pero, mientras tanto, no apliquemos reglas beatíficas de un mundo celestial en este infierno en que bullen desordenadamente intereses, pasiones, aspiraciones, diferencias y desigualdades sin cuento.

Para apreciar como se debe la tal cláusula, conviene que la estudiemos vinculada á dos medios distintos: ya en país con tratados arancelarios, ya en país sin tarifas convencionales, que es nuestro caso.

Con tarifas convencionales, esta cláusula es absurda y perjudicial. Es absurda porque es contradictoria con el tratado mismo de que forma parte; porque es contraria al objeto, al carácter y naturaleza de todo tratado; y es perjudicial por sus efectos imprevistos, casi siempre dañinos, directa ó indirectamente.

¿Qué carácter y qué objeto tiene el tratado de comercio arancelario? Obtener particulares ventajas, mediante especiales y determinadas concesiones ó sacrificios. Es un contrato particularísimo. Se comprende, pues, fácilmente, que generalizar un contrato de esta clase á favor de todas las naciones del mundo que tengan de su parte la misma cláusula de la nación más favorecida, es algo que pasa de lo absurdo. Un tratado argentino-brasilero con ciertas ventajas para este último país, como ser: introducción libre de sus tabacos, café y hasta de sus azúcares ó melazas, — generalizado á favor de la Francia, España y Alemania; ó un tratado con Chile aceptando sus vinos por vía marítima con el 5 % de derechos, generalizado á favor de los mismos países europeos citados, debido á la cláusula de la

nación más favorecida, son ejemplos que muestran una sola faz de los inconvenientes de semejante principio.

Por otra parte, la tal cláusula prodigada en los tratados, produce la confusión y el desorden en la legislación aduanera, y así ataca la base principal de todo comercio, que es la estabilidad y la seguridad. Con esta cláusula, para conocer la legislación aduanera de un país, se requiere recorrer todas sus tarifas convencionales, y estar al día en cuanto á tratados se refiere, porque el último puede modificar las tarifas anteriores. Con razón se ha dicho que es cláusula hostil al fabricante honrado que inicia y sigue su trabajo, calculando por la tarifa única ó por tarifas convencionales ya conocidas.

Y que es cláusula tiránica, nadie lo pone en duda, con sólo recordar que con ella un país no puede hacer favor á país amigo, más pobre y más débil. La Francia denunció en 1892 todos sus tratados con tarifas convencionales, y se ha visto impedida de conceder favores y en cambio recibirlos en nuevos convenios, debido al tratado con Alemania de 1872 que contiene la cláusula de la nación más favorecida y que es á perpetuidad.

En naciones como la Argentina, que tiene tratados generales y no arancelarios, la cláusula que denunciarnos es perjudicial. Inútil sería siguiendo con el mismo sistema actual, desde que ni concedemos favores especiales, ni aceptamos tarifas convencionales. Nuestro sistema aduanero consiste en la tarifa única, con máxima y mínima, votada anualmente y en forma de ley; y esta tarifa es aplicada con igualdad á toda mercadería, cualesquiera que sean su puerto de procedencia y su origen. En estas condiciones, la cláusula de la nación más favorecida, aplicada al comercio, no produce efecto alguno, y menos si la aplicamos á las personas, porque los principios y garantías consignados en nuestra Constitución y en nuestras leyes, no admiten excepciones por razón de nacionalidad.

En cambio, esta cláusula nos presenta indefensos ante las naciones concurrentes en nuestro intercambio, por cuanto con ella no nos es posible conceder, cuando nos convenga, ventaja ó privilegio

alguno, sin que en el acto quede generalizado, y entren á participar todas las naciones que tienen tratados con nosotros. Y es este punto que debiera merecer seria atención de parte de nuestros poderes públicos, dada nuestra política proteccionista, las condiciones de nuestros productos que no constituyen monopolio á nuestro favor, y la política también proteccionista de la mayor parte de las naciones consumidoras.

Los principales productos que forman nuestra riqueza son pasibles de fuerte concurrencia en el mercado universal. Nuestras lanas, trigos, maíz, cueros y carnes, artículos todos nobles de nuestra exportación, luchan con iguales productos de la Europa, del Asia, de la América y de la Australia; y á la política proteccionista de nuestra naciente industria, se nos contesta con medidas no ya proteccionistas sino prohibitivas, adoptadas en defensa de serios intereses.

Ciego sería nuestro gobierno si no se diera cuenta de que la lucha comercial internacional se aproxima, y crimen sería no colocar, desde ahora, á la República en condiciones de defensa en resguardo de sus más caros intereses. La Rusia adopta una serie de medidas internacionales para poder dar salida á sus cereales con el desalojo consiguiente de los nuestros; la Francia, por su lado, defiende sus trigos y sus carnes hasta por medidas de higiene, y proyecta leyes como la del Candado, que coloca en manos de un ministro el inmenso poder de cerrar los puertos á voluntad, para los cereales de procedencia extranjera; España aumenta sus pretensiones en cuanto á sus vinos y su graduación y nos amenaza ya con las represalias, y también la libre Inglaterra demuestra, por medio de medidas internas, su mala voluntad para nuestra importación de ganados y de carne.

En esta lucha de intereses varios y encontrados, es indudable que se mira á la República con desconfianza, á causa del desenvolvimiento progresivo de sus producciones: se la tiene por rival temible. Los economistas europeos se ocupan con detenimiento de nuestra existencia y de la evolución que vamos operando, y en revistas y

libros, han dado ya la voz de alarma, con pretexto de nuestra moneda de papel depreciada, en sus relaciones con el oro que es moneda universal. Afirman que es desastrosa la competencia con países de moneda inconvertible y depreciada, porque la producción en éstos es más barata, y muchos aconsejan que se adopte desde ahora una política hostil, que coloque al productor europeo, de país con moneda convertible, en condiciones de igualdad sino superiores para la lucha.

Pero se dirá por los partidarios de la inacción, que la misma cláusula de la nación más favorecida nos ampara, desde que es cláusula recíproca que si nos obliga, obliga también á los demás gobiernos contratantes; y que si alguno de éstos adopta medidas restrictivas contra nuestros productos, otro tanto tendrá que hacer con los de otros países, so pena de que la medida quede neutralizada por la misma cláusula. Pero los que así piensan cometen error, porque en estos casos el país más débil y más pobre siempre fué y será la víctima, y porque nunca asumirá el carácter de medida diferencial, sino de protección á la propia industria, y en consecuencia, de medida general para todos los países concurrentes.

Nada justifica la política comercial seguida en estos últimos años; ni la teoría, ni los resultados prácticos, ni la reacción iniciada en otros países, es parte á que mantengamos en nuestras relaciones externas, cláusulas y formularios del tiempo de nuestro abuelos y de los comienzos de nuestra vida. La historia de los deplorables resultados cosechados en países proteccionistas, ahí está escrita en veinte publicaciones distintas; y en cuanto á ideas nuevas y á reacción, ahí tenemos comisiones parlamentarias de la Francia, de la Italia, de la Alemania y comisiones de Cámaras Comerciales, exigiendo, después de investigaciones minuciosas, la denuncia de todo tratado con la cláusula que hasta hoy es la característica de nuestro sistema. Pero no es menester acudir á semejantes fuentes para demostrar lo que buscamos, que basta para ello el simple sentido común, puesto al servicio de la causa.

Baste recordar que la República Argentina no podrá formalizar con el Brasil un tratado especial de recíprocas ventajas (el intercambio entre estos dos países se acerca á 20 millones de pesos oro por año), porque en el acto aparecerán las demás naciones de la Europa exigiendo los mismos provechos; ni sería posible arribar á un convenio ventajoso con nuestros vecinos para la marina mercante, sin que inmediatamente toda la Europa, ó poco menos, tomara su parte, en virtud de la cláusula absurda de que los buques con bandera inglesa, francesa ó italiana pagan en la República iguales derechos de puerto, faros, tonelaje que los buques con bandera argentina: cláusula ésta que impide el desarrollo de la marina mercante nacional, que es la base y la vida de la marina de guerra, y que constituye una de las principales riquezas de todo pueblo bien organizado.

Y al poner punto final á este estudio, séanos permitido felicitar al señor senador por Salta por su iniciativa tan oportuna y tan justificada, que sin duda merecerá la aprobación del alto cuerpo á que pertenece,—á no ser que cuestiones de política interna de poca monta ó simplemente académicas (la de la enseñanza del idioma nacional, por ejemplo) lo preocupen de preferencia: que es hábito entre nosotros relegar al olvido, ó para el día de mañana, todo aquello que pueda afectar los principales y más caros intereses del país.

J. A. TERRY.

ESTÉTICA MUSICAL

Y CONCIERTOS SINFÓNICOS

I

LA MÚSICA Y LA PSICOLOGÍA

Son tantos y tan intensos los goces que la música procura á los hombres que la cultivan, que si éstos dejaran, por egoísmo ó por incuria, de difundirla, se harían acreedores á la amarga reprimenda de las generaciones más sabias y felices que nos sucederán.

Y á fe que si tal fuera el proceder de los iniciados en la música, merecerían ser, por los pensadores y los artistas, expulsados del reino de la idea.

En medio de la incertidumbre de nuestro destino, entre las sombras que envuelven el por qué de la vida, vese surgir, primero como vislumbre incierta, y luego que el saber se extiende y se ahonda el pensamiento, como claridad del mediodía, la noción de un mejoramiento incesante que encamina la humana especie á conquistar mayores verdades, mayores bellezas y mayores bienes.

Hoy todos reconocemos que la ciencia es un bien, por lo que tiene de grande en sí misma, como por la utilidad de sus aplicaciones prácticas, que suprimen distancias, disminuyen tiempo y economi-

zan fuerzas. Hoy todos reconocemos que la belleza, en cualesquiera de sus manifestaciones, es un bien, no tan sólo á causa de los placeres que por sí misma engendra, sino también por esas tendencias moralizadoras que hacen decir á Schiller : « Es una de las bases de la cultura someter el hombre á la forma, aún en la vida puramente física, porque sólo en el estado estético, y no en el estado físico, puede desarrollarse el estado moral ». También repetimos con Guyau, que « la emoción estética es esencialmente social, y su resultado consiste en ensanchar la vida individual, mezclándola con otra vida más vasta y universal ». Aceptamos como axioma que, buscando la verdad y amando la belleza, disminuimos el dolor y destruimos las sombrías aspiraciones al suicidio que sintieran los antiguos indus. y que resurgen con tan extraña influencia en las obras del moderno Schopenhauer. Por eso, nos figuramos la humanidad, como una cadena continuada, cuyos eslabones fueron en un principio de lodo, luego de tosco pedernal, después de hierro, de bronce, de pentélico mármol, para llegar á ser más tarde de plata, de oro, de diamante, y por fin, de luz. Todos proclamamos, pues, que el hombre-bestia tiende á transformarse en hombre-dios.

Pensad, entonces, en nuestras responsabilidades para con los hombres de mañana, si en vez de propender al mayor bien, nos cruzáramos de brazos en actitud indiferente. Pensad en sus reproches; pensad en sus lamentos, á éstos parecidos : ¿ Por qué privasteis á nuestros coetáneos de goces tan puros y profundos, cuales son los de la música ? ¿ Por qué retardasteis, la difusión de bienes á todos accesibles, á todos debidos ? ¿ Por qué no enseñasteis á amar un placer que jamás reclama, ni al hastío, ni á la lasitud, ni á la enfermedad, ni á la muerte, la deuda fatal de los placeres físicos ?

Apresurémonos, pues, á propagar la cultura estética, si queremos salvar nuestra memoria de tan duros cuan merecidos reproches.

« Vivir una vida llena y fuerte es ya estético : vivir vida intelectual y moral será el máximo de la belleza, y al mismo tiempo el goce supremo », dice Guyau.

No es ésta, afirmación gratuita, ni lucubración paradójal, es un hecho psicológico que pueden atestiguar todos aquellos que se dedican á especulaciones intelectuales. Quien posee cultura estética, posee un mayor bien, posee fuente purísima de goces, donde puede bañarse el alma en la frescura inmortal de la belleza, donde puede poner bálsamo á sus alas cuando fueran quemadas por el incendio de las pasiones ó heridas en la refriega cotidiana.

La cultura estética trae aparejados á los beneficios que directamente produce, otros beneficios indirectos, que son la consecuencia lógica de aquellos, y cuyas proyecciones en el dominio de la moral y de la sociología son transcendentales, puesto que tocan al problema mayor de nuestras cavilaciones, al problema de la dicha humana.

Esos beneficios, que son inherentes á todas las manifestaciones estéticas, al libro, al teatro, al cuadro, á la estatua, al edificio, aparecen más visibles y palpables en el arte de los sonidos.

La razón fundamental del desarrollo asombroso que ha alcanzado la música en las modernas sociedades, estriba, sin duda alguna, en el mágico poder que tiene de causar emociones estéticas de mayor intensidad que otra cualquiera de las demás artes. Pero también ha contribuido á difundirla en el templo, en la escuela, en el hogar, en los centros obreros, en todas partes, la acción de los sociólogos y legisladores profundos que se han penetrado de su fuerza moral y social, hasta el punto de que algunos de ellos propongan hoy la música como remedio al alcoholismo.

La música aplaca la brutalidad de las pasiones, destruye esos impulsos de fiera salvaje que el atavismo hace reaparecer en el hombre, convida á la mansedumbre, á la bondad; despierta la ternura, engendra el entusiasmo, predispone al amor.

El entusiasmo nace de la emoción estética, y ese entusiasmo suele ser tan vivo en la audición musical, que para traducirlo no nos basta la palabra « entusiasmo » y lá sustituimos con frecuencia por las de *furor*, *delirio*, *fanatismo*: y así decimos refiriéndonos á un suceso musical: *hizo furor. fué un delirio, causó fanatismo!*

Madame de Staël consideraba el entusiasmo como la cualidad distintiva de la Alemania, y á dicha cualidad atribuía las luces y los progresos que el espíritu humano había realizado en aquella nación. El entusiasmo ha provocado grandes hazañas, grandes movimientos sociales; el entusiasmo ha originado las revoluciones religiosas y políticas, ha producido el cristianismo, las cruzadas, la conquista de América, el Renacimiento, la revolución francesa, y está llamado á producir grandes bienes aún. Ha pasado ya la hora de los grandes entusiasmos del espíritu místico y caballeresco. Conservamos algún entusiasmo por ciertos espectáculos que son en parte herencia de la antigüedad.

Hay entusiasmo por la destreza del gimnasta, que parece burlarse de la ley de gravedad, y del atleta que hace alarde de hercúlea fortaleza, por la carrera á pie, á caballo, en canoa, en velocípedo: espectáculos que también tienen su estética. Pero los grandes entusiasmos nos vienen hoy de las manifestaciones puras de la inteligencia, y, con marcado predominio, del arte musical. La música nos reserva grandes bienes para el porvenir, á causa de esa virtud que tiene de exaltar el entusiasmo. Habreis notado, á buen seguro, que cuando pasa un batallón por las calles, lo que despierta el entusiasmo de las gentes, lo que arrastra á los chicuelos á enarbolar al frente de los soldados un palillo á guisa de sable; lo que hace abrir las ventanas y poblarse de muchachas los balcones y revivir la mirada de los viejos, no es tanto el color vivo de los trajes, ni el flamear de la bandera, ni el brillo de las armas, ni la idea moral de que los que pasan son los defensores del honor y de la patria: sino, más bien, lo que tiene de rítmico y musical aquella masa que se mueve al són de tambores y clarines, á compás de la banda militar.

La música es gimnasia que aguza la sensibilidad, y prepara el espíritu para recibir la simiente de las acciones nobles, de las ideas luminosas; la música es, como en otra ocasión dijimos, una puerta de oro que nos abre el templo de lo ideal. La música expulsa del ánimo agriado por los sinsabores de la vida, la indiferencia por los

demás, hasta la hiel de la cólera ó de la venganza; desarma al egoísta, hace mejores á los buenos y contribuye á que los hombres no se miren cual enemigos, sino como compañeros de armas, que juntos van á compartir en la lucha por la vida, las alegrías del triunfo ó el dolor de la derrota.

Diremos, pues, para resumir las ideas anteriormente expuestas y cerrar este párrafo, que la música, ya sea considerada como fuente de goces estéticos, ya por su influencia en las relaciones sociales y en el mundo moral, puede hacer más felices á los hombres.

II

LA MÚSICA SINFÓNICA Y LA MÚSICA DRAMÁTICA

Hay que distinguir dos modalidades en la emoción estética producida por la música: la que deriva del sonido absoluto y la que proviene de la unión de la palabra y el sonido. De la reunión de los instrumentos musicales de diversos timbres ha surgido la sinfonía; del maridaje de la poesía y la música ha nacido la ópera. La música ha idealizado la palabra, y la emoción de la obra dramática, tan parecida á la emoción de la obra musical, por lo intensa, ha sido modificada profundamente; el drama cantado ha amortiguado la brutalidad de las emociones de la realidad dolorosa, que en el drama hablado penetran á las veces en el alma como agujas ó puñales; las ha pulimentado, redondeado, suavizado, envolviéndolas, por así decirlo, en la gasa etérea de la melodía.

Sin embargo, esta idealización operada por la música en el drama, no ha llegado á destruir el sentimiento de lo real. La ópera está calcada en el drama humano, juega con el resorte de las pasiones, conmueve por la piedad ó el terror, provoca la catástrofe; y aún cuando la representación del sufrimiento esté idealizada por la ma-

gia de los sonidos, arrastra, sin embargo, al espectador á compartir los movimientos del ánimo que el cantante y actor traduce y manifiesta, á condolerse de sus quebrantos, á llorar cuando aquél llora. La representación del dolor en la ópera deja, á pesar de todo, en el espíritu del espectador, una huella dolorosa, y esas lágrimas que arranca la ficción, son las mismas lágrimas que vertemos en la vida real, bajo el peso de la desgracia.

No sucede así con la música sinfónica : sigue el oyente el raudal de sus armonías en pura é íntima contemplación, en una suerte de éxtasis, donde no llega á inmiscuirse ninguna amargura, ningún dolor que haga derramar lágrimas, ninguna catástrofe que estremezca de espanto. Se deduce, pues, de estas consideraciones, que la música sinfónica produce un goce estético más puro que la música dramática.

La influencia moral de la música sinfónica es asimismo de orden más elevado que la de la música dramática. El teatro, á igual de la pintura y la escultura, reproduce la vida humana, y no se contenta con mostrarnos su faz moral, sino que á menudo fotografía el reverso de la medalla y nos arroja la palada de lodo, mostrándonos su lado inmoral, considerado fuera del arte, por supuesto. Decimos fuera del arte, porque dentro del arte mismo lo inmoral no existe, puesto que aquél no tiene más objeto que la manifestación de la belleza, y hay belleza en lo inmoral considerado como arte. La utilidad es consecuencia y no causa de la obra de arte. El carácter de Iago es inmoral: es ejemplo que debemos rehuir y condenar; con todo ¿ quién negará que como obra de arte sea una de las más bellas creaciones de Shakspeare? Pero sea ésto como fuere, lo cierto es que la música sinfónica escapa á la acción de lo inmoral, manteniéndose en las regiones puras del idealismo.

Podría compararse la música con un majestuoso río, cuyos dos grandes afluentes se llaman sinfonía y ópera, y cuyos manantiales, perdidos allá en la obscuridad de los tiempos, son la danza y la canción. Desde Haydn y Gluck hasta Schumann y Meyerbeer, las dos

grandes corrientes, la sinfónica y la dramática, han seguido su curso sin que sus aguas se mezclaran, aunque mucho se aproximaron un día que fué de creciente en el cerebro de Beethoven : entonces surgió la novena Sinfonía. Luego vino Wagner, el águila de Bayreuth, en cuya obra se realiza la confluencia de las dos corrientes, se unen la sinfonía y el drama y engendran el drama lírico donde todas las artes se hermanan, constituyendo una de las manifestaciones estéticas de mayor vuelo y más alta expresión que haya producido el teatro.

Veamos ahora en qué difieren la sinfonía y la ópera, consideradas del punto de vista de la forma musical. La forma es el vaso del espíritu, ha dicho Schumann ; y si ésto es cierto con relación á las letras, lo es mucho más aún, cuando se trata de la música. La música dramática es simbólicamente imitativa, es algo á modo de un prisma de aumento, al través del cual se vieran las cosas y los seres, coloreados con infinitos matices y ampliados en sus proporciones. Su objeto consiste en realzar la expresión de la palabra con el canto, en elevar la manifestación de los sentimientos é ideas que cunden en el drama ; de donde se desprende que debe reinar entre la poesía y la música la más íntima unión, la más perfecta concordancia. Su forma, siempre sujeta al yugo del drama, es esclava de la palabra, y se ha reducido desde Gluck hasta nuestros días, al aria, al recitativo y á la danza.

La música sinfónica es la libertad ; la imaginación despliega en ella sus potentes alas, y vuela como el pájaro en el aire azul, sin encontrar trabas que la detengan. Se propone realizar la belleza en el dominio absoluto de las combinaciones sonoras. Su forma, esbozada por Emanuel Bach, perfeccionada por Haydn y llevada por Beethoven á su más alto grado de esplendor, es la forma más hermosa que concibiera el genio musical. La sinfonía es la manifestación más genuina y elevada de la música ; los grandes ingenios musicales, los que marcan con imperecedera huella su paso en los anales del arte, son compositores sinfónicos. La evolución de la música

sinfónica en el siglo XVIII y en el transcurso de éste, corre parejas con la evolución general del espíritu humano. En Haydn y en Mozart, la melodía es simple, ingenua, transparente; el ritmo de los allegros cercano á la danza; la armonía es poco variada y sobria de disonancias. Con Beethoven, la melodía adquiere expresión más honda, más patética, más atormentada: el ritmo del minueto se convierte en scherzo, cuyo movimiento más vivo deja de ser bailable; la armonía es más rica y las disonancias más frecuentes. En Mendelssohn y en Schumann, los rasgos característicos de Beethoven se acentúan, para llegar con Wagner al más alto grado de expresión. La melodía wagneriana alcanza á la grandeza épica, á la sublimidad supraterrrestre; la armonía es tan nueva, lujosa, potente y genial, que parece haber agotado todos sus recursos: es la polifonía de un Bach encarnado en un Beethoven.

La evolución de la música dramática, en la época á que nos referimos, no ha seguido la misma marcha ascendente y progresiva que la música sinfónica. Con Gluck y sus continuadores, Cherubini, Méhul y Spontini, se desprende de la tiranía de la virtuosidad de los cantores, y se eleva á una concepción más estética en la interpretación musical de la palabra; con Rossini y su melodía frívola, banal, inexpresiva, que fué vil lisonjera del tímpano del vulgo y nada más, decae y se rebaja; con Weber y su melodía popular ennoblecida, se levanta de nuevo; con Meyerbeer, la antigua concepción de la ópera, ha dicho su última palabra: con Wagner, por fin, se desploman los antiguos dioses, y surge la creación grandiosa del drama musical.

Mostrar cuál ha sido la marcha, aquí, en Buenos Aires, de esas dos corrientes, la del género sinfónico y la del género dramático, que á grandes brochazos acabamos de trazar, será el objeto del capítulo siguiente.

ALBERTO WILLIAMS.

(Continuará).

PROCESO HISTÓRICO DE LA MORAL

Sería en extremo aventurado sostener que la noción del respeto á sus semejantes ha podido ser inculcada al hombre sin el auxilio de los cultos religiosos; pero es indudable que la idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, no es inspiración de un legislador, sino resultado de la experiencia de las agrupaciones humanas, y que, por consiguiente, lo que llamamos moral, y que no es otra cosa que un conjunto de preceptos que enseñan á practicar las virtudes sociales, se ha formado paulatinamente y en el transcurso de un número considerable de siglos. Existía en las costumbres antes de ser adoptada por los sacerdotes, porque empezando por ser un grito del egoísmo de los más fuertes, se arraigó primeramente en la conciencia individual y fué luego establecida como principio de defensa por las tribus y por las naciones. No puede definirse la moral con un criterio absoluto, porque si bien es verdad que ella constituye el fundamento de la justicia, que no es sino una deducción de sus máximas, y que todos los pueblos de la tierra han practicado la equidad, condenando las acciones injustas como crímenes de lesa humanidad, no es menos cierto que hubo siempre entre unos y otros diferencias notables en la manera de comprenderla, y que no eran los hindus, ni los persas, justos á la manera de los griegos, ni

la justicia de éstos, ejercida hoy en toda su amplitud, dejaría de parecer un cúmulo de violaciones odiosas de las reglas de la civilización y del sentimiento. La moral consistió primitivamente en dos preceptos: no robar y no matar. Era la ley del propietario para resguardar su vida y su bien de la codicia de los menesterosos, y en realidad quien hizo al hombre relativamente virtuoso fueron las conveniencias de la comunidad, que encerrándolo en un círculo que no podía franquear sin ser castigado, le forzaron á reprimir sus instintos. Pero sucedió, sin embargo, que á medida que los pueblos avanzaban en las manifestaciones del progreso y perdían sus hábitos vagabundos y brutales con la vida tranquila que dulcificaba su carácter, el auxilio á sus coexistentes pareció á cada cual una obligación imprescindible impuesta por la naturaleza misma, y así, elevada por las concepciones de la inteligencia, llegó un día en que la moral estuvo á mucha mayor altura que las instituciones, pues que los dominadores de las sociedades dictaron leyes según su capricho y para garantía de sus tendencias absolutistas y de sus intereses personales.

Yo creo innegable que todo conocimiento ha sido adquirido por el hombre merced á la experiencia. El lenguaje humano se ha formado lentamente y estaba reducido, en su principio, á un número en extremo pequeño de palabras. Las locuciones han sido inventadas paulatinamente y consistían en su origen en sonidos que imitaron, ya el ruido que producían las cosas, cuando se trataba, por ejemplo, de fuentes, ríos ó cascadas, ya el canto ó el grito característico de cada uno de ellos, al referirse á los animales. El hombre en el estado de naturaleza, habitante de las selvas no necesitaba sino pocos vocablos para expresarse con los que le rodeaban. La manifestación de sus sentimientos no había menester discursos, pues que la existencia era puramente vegetativa. Se dirá que los indios americanos tienen sus idiomas y sus tradiciones, y que se entretienen en referir hazañas de sus antepasados en torno de la lumbre del hogar; pero el indio no puede ser considerado como hombre abso-

lutamente primitivo, por cuanto esas tribus esparcidas en el nuevo mundo son, según toda probabilidad, descendientes de pueblos civilizados vueltos al relativo salvajismo por accidentes y causas que ignoramos. Y no obstante, si no han cesado de poseer un lenguaje, lo abreviaron tanto, que carecen de nombre para todo aquello que no existe en las regiones que habitan. Los guaraníes del Paraguay designan con voces españolas todo lo que no conocían antes de la conquista (1). Sabido es, por otra parte, que la mayoría de los salvajes no cuenta más que hasta cinco, los dedos de la mano. El lenguaje humano ha ido, por consecuencia, creciendo en palabras conjuntamente con el progreso de las sociedades. Las ideas, obscuras y confusas, no han podido desarrollarse en la inteligencia sin la ayuda de expresiones para clasificarlas. El hombre que no habla ni oye, es un sér instintivo, que no reflexiona: las palabras traen asociación de pensamientos, y de esta asociación nace el criterio. El sordomudo es casi idiota y es indispensable educar sus facultades intelectuales por medio de signos que forman una escritura especial, para llevar á su cerebro una noción aproximada de lo que se desea enseñarle. ¿Cómo sería posible hacer comprender la moral de un pueblo culto á un caribe, aún hablándole en su propio idioma, desde el momento que éste no tiene voces que traduzcan una idea determinada?

Entre las muchas paradojas de Juan Jacobo Rousseau, lanzadas á la publicidad en vísperas de la Revolución, se encuentra la muy curiosa de que la naturaleza crió al hombre bueno y dichoso, y que la sociedad lo deprava y lo hace desgraciado. El filósofo ginebrino no conocía bien más que París y sus alrededores y el cantón suizo en que había nacido: esto explica su extraña tesis. Por lo demás, quizá cedió al deseo de singularizarse haciendo el elogio de la existencia feliz de los pueblos salvajes, cómodamente instalado en Eu-

(1) En algunos casos, para designar animales importados por los españoles, se sirven de una palabra onomatopéyica que recuerda el grito peculiar de cada uno de ellos.

ropa. Si hubiese descrito las costumbres imaginarias de los hombres incultos, procediera, seguramente, como Virgilio, que ha pintado pastores que, por su manera de expresarse, se habrían podido sentar, sin hacer figura desairada, á la mesa de Mecenas y de Augusto. Podría decirse que el salvaje es un sér torpe y feroz; pero considere más exacto, y sobre todo, más de acuerdo con la razón, sostener que no es en absoluto ni bueno ni malo. Es, ciertamente, un malvado si se le juzga según nuestra moral, la moral de convención, que es también la de Rousseau como la de todos los filósofos antiguos y modernos; pero si el hombre en el estado de naturaleza roba los bienes de su semejante, si se arroja sobre éste y lo mata, no es más lógico llamarle perverso que á cualquier otro sér de la creación que arranca el alimento á su congénere ó le maltrata. ¿Es criminal el tigre porque acecha al antilope, lo desgarrá con sus zarpas y lo devora? ¿lo es el águila porque arrebatá el cordero? ¿el ruiseñor porque se alimenta con los insectos? Las aves se abaten sobre los campos, escarban el suelo y comen los granos que el labrador acaba de sembrar en los surcos que trazó el arado. Cuando llegue la época de las cosechas, esos mismos pájaros volverán para picotear las espigas apenas maduras por el sol de primavera. ¿Son malvados todos ellos, carniceros que deben alimentarse forzosamente de carne, y frugívoros que tienen necesidad para vivir de los frutos de la tierra? Las fieras atacan al hombre, como atacan á la gacela; los hombres á todos los irracionales y al hombre mismo. Y esta guerra de las especies, que se revuelven con frecuencia contra sus propios individuos, es obra de la naturaleza que, al formar seres con tales necesidades, los obligó á devorarse los unos á los otros en su lucha instintiva por la vida.

La civilización sofrena algunos instintos humanos, forzando á cada cual á no ir más allá de un cierto límite prefijo, y ha prescripto que son delinquentes sujetos á pena los que no se someten á sus mandamientos. Ha habido, y hay todavía sociedades organizadas por instituciones llenas de injusticias, pero estas injusticias son siem-

pre relativas; porque aunque las leyes de una autocracia sean tiránicas y priven á los hombres de derechos políticos, no se puede sostener que el estado de barbarie sea preferible á la vida dentro de esa misma sociedad que, aun teniendo una moral inferior á la de otra nación más libre estará siempre por encima de las hordas incultas. Para creer lo contrario es indispensable aceptar la idea de una moral innata en el hombre, lo que es contrario al conocimiento más elemental de la naturaleza humana y á lo que enseña el estudio del carácter y las prácticas de pueblos á los cuales no han llegado todavía todos los beneficios del progreso social. Los salvajes del Africa comen, cuando pueden, los viajeros y los exploradores que se internan en los territorios que ellos habitan, y los de América meridional devoraban á los navegantes españoles y portugueses que caían en sus manos. Hace veinticinco siglos los masagetas no eran civilizados como los persas y los egipcios, con quienes estaban en guerra, y Heródoto refiere que era costumbre entre ellos que cuando un hombre llegaba á una edad avanzada, sus hijos lo mataban y se lo comían asado, probablemente porque los viejos eran un estorbo para un pueblo pastor, nómada y guerrero. La antropofagia no fué inventada por las sociedades cultas: es propia de los hombres primitivos. El canibal apetece un semejante porque le agrada la carne humana ó porque no tiene mejor alimento. La gallina come sus huevos, los carniceros y aun los herbívoros devoran sus crías, y el antropófago es, en suma, un ser odioso juzgado según la moral de nuestros días y la moral aprendida por Rousseau; pero si prescindimos de las ideas adquiridas como fruto de la civilización, no aparece monstruoso, porque no es más que el resultado de un instinto que la naturaleza ha dado al hombre.

La moral es la base de la justicia, y es la regla de la virtud, que está por encima de la justicia, pues que el justo cumple un deber y el virtuoso practica el bien espontáneamente, por el anhelo de contribuir al alivio de males ajenos. Entregar á un hombre lo que le pertenece por un derecho cualquiera, es justicia; dar sin retribu-

ción y sin que á ello se vea uno obligado por razones de equidad, es ser caritativo. Lo primero se explica por la necesidad de mantenerse las sociedades en la observancia estricta de leyes que, en resumen, á todos benefician, puesto que hay constante reciprocidad; pero ¿en qué se fundó la caridad? En el sentimiento de la solidaridad humana: todos estamos interesados en socorrer al menesteroso, porque conviene á la organización de las sociedades que se realicen obras generosas que sirvan de ejemplo á los pueblos y contribuyan á que la indiferencia por el infortunio del prójimo no sea causa de un egoísmo que, á tomar grandes proporciones, podría afectar la constitución del propio estado. ¿Se dirá que esto es la moral del interés? En todo caso no hay otra, y si los hombres no se explican siempre el móvil que les guía en todas sus acciones, es únicamente porque ellos no han formado personalmente la moral, porque ésta se ha ido elaborando con tanta lentitud, que las generaciones han aceptado como una herencia, susceptible de mejoramiento, las máximas que el tiempo ha seguido recogiendo entre todas las naciones de la tierra, y porque si se elimina continuamente lo que infiere daño á alguien, se fomenta, en cambio, lo que trae aparejado un beneficio para el conjunto social. Y no quiero decir con ésto que la compasión sea puramente convencional y que el hombre salvaje no sienta alguna vez, vagamente, lástima por las desgracias de sus semejantes; pero pienso que los pueblos civilizados se esforzaron por cultivar la beneficencia, haciendo de una sensación una virtud, que es, sin duda alguna, la mayor de cuantas se ejercen en el mundo, y que el hombre ignorante pudo pensar que dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y cuidar al enfermo fueron inspiraciones de un Dios que amparaba por intermedio de las almas piadosas, á las criaturas que él mismo dejara en la orfandad y en la pobreza y afligiera con las dolencias propias de la misérrima flaqueza del cuerpo humano.

Los legisladores religiosos y los profetas de la India, de la Persia y de la Judea, y los filósofos chinos y griegos no concibieron

ellos mismos los preceptos morales que propagaron. Los reformadores que se decían enviados de Dios, como Manú, Zoroastro, Moisés, Budha y Cristo, y los metafísicos como Confucio (1), Sócrates y Platón, divulgaron doctrinas que eran ya conocidas por los espíritus selectos de sus respectivas épocas. Á veces agregaron algo debido á las concepciones de su propia inteligencia; pero su principal mérito consiste en haber interpretado el sentimiento más elevado de su pueblo, definiendo con claridad ideas mal expresadas y fijando, con términos precisos, hermosos pensamientos que resultaban oscuros y demasiado abstractos en la forma en que eran enseñados. El culto á las divinidades coexistió en la antigüedad con la moral, pero no tuvo sino escasa conexión con ella: la moral era siempre superior á los dioses. Los sacerdotes hindus predicaban la sumisión á los supuestos mandatos de los ídolos, pero no en nombre de un principio de justicia, sino como imposición irresistible, aunque insensata, injusta y cruel, de su voluntad omnipotente; y, sin embargo, las doctrinas humanitarias contenidas en el mismo Manava-Dharma-Sastra, prueban la admirable profundidad de los pensadores de aquellas extrañas sociedades, sometidas á la dominación de la autoridad sacerdotal que desnaturaliza los puros principios de la enseñanza filosófica, mezclándolos con los absurdos de una legislación teocrática, para subordinarlo todo al interés de su causa. Y así, cuando aquel código dice que la caridad es una virtud que procura recompensas eternas, exhorta á los ricos á ser generosos (2) y afirma que la injusticia es censurable y que el rey que castiga á un

(1) El filósofo (Confucio) dijo: Yo comento, aclaro (los libros antiguos), pero no compongo nada nuevo. Tengo fe en los antiguos y los venero.—El filósofo dijo: Yo no he nacido dotado de ciencia: soy un hombre que ha venerado los antiguos y ha hecho esfuerzos para adquirir sus conocimientos. (Confucio: *El Lun-Ju*, tercer libro clásico de la China).

(2) Que un hombre rico haga siempre, sin tregua y con fe, sacrificios y obras caritativas. Que cumpla el deber de la liberalidad. El hombre exento de envidia, cuya caridad se implora, debe siempre dar algo. (*Manava-Dharma Sastra*).

inocente será condenado por Brahma á arder en los infiernos (1) habla en nombre de la razón; pero cuando por la división de castas establecida por orden de Dios, permite que al sudra, considerado como un sér vil, se le pueda despojar de sus bienes, mantener en la esclavitud y quitar la vida á la menor desobediencia á sus señores, no tiene ya entonces en vista más que los intereses absorbentes de la religión que representa. Allí donde no puede rozarse la conveniencia de los brahmanes, la moral hindu se eleva por encima de todas las concepciones de los pueblos antiguos, con excepción quizá de la China. Los sacerdotes nos presentan divinidades caprichosas y malévolas; la poesía las reviste con cualidades que dulcifican el rigor de las instituciones. Uno de los episodios del Mahabharata nos muestra al rey Judhithira negándose á entrar en el cielo porque los Dioses rechazan al perro que le acompaña y el monarca no quiere abandonar á su fiel servidor (2). Estudiando las leyes de Manú evocamos la visión de Brahma, protegiendo á sus favoritos, los déspotas de los pueblos; leyendo el Ramayana creemos escuchar la voz de un sabio que hablando en nombre de las vagas aspiraciones de la humanidad, sueña con la dicha ideal, en la serenidad de una existencia que el cumplimiento del deber hiciera inalterable y que ve, con el pensamiento, á las generaciones pasar sobre la tierra sin producir cambios que serían perjudiciales para el reposo de esas socie-

(1) Un rey que castiga á los inocentes y que no inflige ninguna pena á los que merecen ser castigados, se cubre de ignominia y va al infierno después de su muerte. (*Id.*).

(2) Judhithira y sus cuatro hermanos, hijos de Pandu, y por eso llamados los Pandavas, han derrotado á sus primos los Kurus, que son cien y están mandados por uno de ellos, el más terrible, Duryodhana. Los Pandavas triunfan de sus enemigos, y Judhithira recobra el trono de sus antepasados. Ha vencido, pero vive pesaroso por la sangre que ha vertido para conseguir la victoria. Abdica y se retira á los bosques, seguido de sus hermanos y de la bella Draupadi—mujer de los cinco. Sus compañeros mueren en el camino y Judhithira llega vivo al cielo seguido de su perro. Los dioses niegan la entrada á éste, pero Judhithira no quiere entrar al cielo sin su último compañero. ¿Por qué ha abandonado á su esposa y á sus cuatro hermanos y se niega á abandonar el perro? pregunta Indra. Él contesta: aquéllos habían muerto; el perro está vivo.

dades somnolientas y que, semejantes á las caravanas que cruzan el desierto, van marchando las unas tras las otras, hacia las regiones afortunadas en que habitan los genios de la luz y donde hallarán los bienaventurados la paz del alma que les niega el mundo.

No se busque tampoco la moral griega en los dioses del paganismo. Los inmortales de Homero no pueden enseñar la virtud á los hombres: entre ellos sólo Minerva conserva su dignidad divina en medio de los devaneos y las liviandades de los moradores del Olimpo. Los poetas helenos dan mayor grandeza de espíritu á los héroes que á las deidades. Ulises provoca, hasta cierto punto, la admiración por sus proezas y su fortaleza de ánimo, en tanto que Zeus no es más que una creación grotesca cuando aparece en medio de su corte riendo ruidosamente ante el espectáculo de Marte cogido en la red por Vulcano, el consorte engañado de Venus. Y esos dioses desprovistos de toda grandeza y con pasiones y vicios son tan mezquinos y tan brutales, y esas diosas que se vengan de los mortales ó que son infieles á sus maridos en el mismo cielo, resultan tan malévolas ó tan impúdicas, que se creería que Homero ha querido únicamente hacer una sátira contra los cultos religiosos de su pueblo. Pero es que la religión era en Grecia independiente de la filosofía, que se desarrollaba y se elevaba constantemente coexistiendo con el politeísmo, pero sin confundirse nunca con él. Y fué hermosa esta moral enseñada por Sócrates y por Platón; inferior, desde el punto de vista humanitario, á la de los hindus y de los chinos, pero superior en mucho á ellas bajo el concepto político. El oriental estudiaba sus pecados, y el heleno las aspiraciones siempre crecientes del hombre considerado como ciudadano. Aquél era ciertamente más virtuoso; éste, sin duda alguna, más digno. El hindu buscaba la paz en la vida contemplativa, el chino en el estudio y el respeto á los superiores, y el griego la libertad en la lucha. La filosofía de la India y de la China hizo esclavos resignados, mientras que la de Atenas formando batalladores y rebeldes, echó los fundamentos del derecho de los pueblos; y si su moral política fué imperfecta

porque las sociedades han seguido progresando, porque el espíritu moderno busca ideales más elevados, porque la humanidad, á pesar de sus sueños, de sus quimeras y de sus frecuentes caídas, ha derribado alguno de los altares en que adoraba el pasado, era, no obstante, bella y asombrosa por haber sido obra exclusiva de un pequeño pueblo que, para buscar la libertad, no tuvo modelo, y que vivió combatiendo contra la invasión del Oriente sacerdotal y autocrático.

Confucio es, como moralista, superior en mucho á Platón. preconiza la caridad, el amor al prójimo (1) y aconseja á los gobernantes que sean justos. Puede decirse que su filosofía es más humana que la de los griegos, porque no sacrifica el hombre al fantasma de la grandeza del estado; y aunque esto depende en mucha parte de la paz de que gozaba la China, casi aislada del resto del mundo, fuerza es confesar que hay en sus doctrinas una elevación de vistas y una profundidad de sentimientos que solamente pueden ser comparadas con lo más levantado que se encuentra en los poemas de la India. Para él la regla de la razón es la justicia. y ésta consiste en no hacer lo que se reprueba en los otros (2). Su doctrina reposa principalmente en la obediencia que el súbdito debe al rey, el hijo á los padres, el hermano menor al primogénito.

Pero el príncipe que recibe la soberanía del cielo, la pierde si es arbitrario. El monarca que dicta ordenanzas contrarias á la justicia, hallará una resistencia violenta también contraria á la justicia.

(1) El filósofo dijo: *San* (nombre de su discípulo *Thsêng-tseu*), mi doctrina es sencilla y fácil de comprender. — *Thsêng-tseu* contestó: Ciertamente. — Habiendo salido el filósofo, sus discípulos preguntaron lo que su maestro había querido decir. *Thsêng-tseu* repuso: La doctrina de nuestro maestro consiste únicamente en tener rectitud de corazón y en amar á su prójimo como á sí mismo (*Confucio: El Lun-Ju*). Creo conveniente recordar aquí que Confucio vivió seiscientos años antes de la era cristiana. Esta última máxima fué, por consiguiente tomada de la filosofía oriental por Jesucristo.

(2) *Tseu-Kung* hizo una pregunta en estos términos: ¿Hay una palabra en el idioma que se pueda uno limitar á practicar sola hasta el fin de la existencia? El filósofo dijo: Hay la palabra *Chu*, cuyo sentido es: «Lo que no deseamos que se nos haga, es preciso no hacerlo á los demás.» (*Confucio: El Lun-Ju*).

Si el filósofo no aprueba la rebelión, constata, empero, que debe venir, porque es una consecuencia natural y lógica de la injusticia (1). Pero de sus máximas se desprende una enseñanza perniciosa para el pueblo: la invariabilidad en el medio, el respeto á las jerarquías y á las edades, aconsejado como un mandamiento del cielo. El hombre rico se conducirá como tal, el pobre despreciado ajustará sus actos á la triste condición que la suerte le señala y el sér humano deberá por lo tanto conformarse siempre con su situación, esperando que se cumpla su destino.

Confucio censura con notable energía á los tiranos; pero, sin quererlo, aconsejando el respeto inalterable al soberano y á los mayores, prescribe la inercia de las sociedades. Su filosofía tiende á la inmovilidad, porque enseña que el deber del hombre está de antemano trazado por la divinidad, y que nadie, sin faltar á la virtud, puede separarse del camino recorrido por las generaciones pasadas. La esclavitud y la división de castas no son, naturalmente, injusticias, porque es la voluntad celeste quien preside al reparto de los goces y de los bienes de la tierra. En los pensadores griegos domina la razón de estado; en los chinos, como en todos los orientales, la autoridad de los dioses. El despotismo es condenable, según Confucio. Para él, opresión es injusticia y la justicia es la equidad; pero ¿qué se entiende por equidad? Nos dice que es dar á cada cual lo que le conviene. Falta entonces saber en qué consiste y cómo se mide la conveniencia, y ahí viene, como consecuencia forzosa, la apreciación individual de los príncipes ó de los sacerdotes. El primer deber del rey es venerar á los sabios, que son aquellos que coordinan y propagan la cultura moral. El pueblo será tratado como un hijo, lo que significa que debe sumisión y

(1) Es así que si un soberano ó algunos magistrados publican decretos y ordenanzas contrarias á la justicia, sufrirán una resistencia obstinada á su ejecución y también por medios contrarios á la justicia: si adquieren riquezas por medios violentos y contrarios á la justicia, las perderán también por medios violentos y contrarios á la justicia. (Confucio: *El Ta-Hio ó El grande estudio*).

acatamiento constante al que gobierna. Derechos no puede reclamar ninguno: no tiene más que esperar, si la merece, la benevolencia del monarca. Está, por consiguiente, trazado el derrotero de las sociedades: los hijos marcharán por las huellas de sus padres. He ahí la causa de la inmovilidad del Oriente: el dogmatismo fatal de su filosofía que lo ha inmovilizado porque, excluyendo el espíritu de rebelión como contrario á la virtud y la justicia, ha formado con ayuda de la religión, pueblos completamente sometidos al despotismo patriarcal de los príncipes absolutos.

El mérito de los griegos y la causa de la influencia de sus filósofos sobre el porvenir de las naciones, consistió en haber separado la moral política de la religión. Desde el momento en que las instituciones no fueron consideradas sino como obra de los hombres y que no se las defendió sino con razones basadas en el criterio individual, pudieron ser analizadas y discutidas: era ya la emancipación del pensamiento, subordinado en Oriente á las reglas de una moral révelada por las divinidades. Pero para juzgar á los filósofos es, ante todo, indispensable considerarlos con relación á la época en que han existido, pues que cuando hablan de justicia, como cuando se refieren á otras virtudes, se apoyan en la moral de sus tiempos, que aceptaba la esclavitud, el exclusivismo de ciertas clases, y hasta determinados vicios que no aparecían como tales en aquellas sociedades. Sócrates elevó la concepción de la equidad en los detalles á su mayor expresión, teniendo en cuenta las instituciones, las costumbres y las preocupaciones del siglo en que vivió; y si en lo fundamental, en lo referente á la facultad de esclavizar á los seres humanos no pudo, naturalmente, separarse del espíritu predominante en Grecia, fué tan justo como Jesucristo, que tampoco creyó, cuatrocientos años más tarde, que la esclavitud fuese una injusticia. La Europa entera ha permitido durante varios siglos la trata de negros, y hombres de talento y prelados eminentes la han defendido hasta hace pocas décadas como un bien para los mismos desgraciados que sangraban y morían bajo el látigo de los

encargados de hacerles trabajar. Y sin embargo, que alguien levantara la voz para sostener una opinión semejante, parecería hoy un anacronismo y una monstruosidad á todos los pueblos civilizados de la tierra; y es que á medida que los pueblos van adquiriendo una noción más amplia de la legitimidad de sus aspiraciones, fundadas en el derecho racional, la moral ensancha sus dominios y se depura, la idea de la justicia se agranda y el sentimiento humano protesta contra las crueldades de ese egoísmo de los utilitarios inexorables, que sostienen la explotación del hombre por el hombre como una necesidad para los organismos sociales.

El genio del hombre en la filosofía moral consiste, pues, en elegir las mejores concepciones del sentimiento é interpretar las tendencias más generosas de su edad. Enseñar la moral no significa, por consiguiente, seguir las inclinaciones y los impulsos del egoísmo de una sociedad cualquiera, sino al contrario, inspirarse en sus más virtuosas ideas; y así Maquiavelo, por ejemplo, es grande para sus admiradores, pero únicamente porque tuvo talento como escritor. Viviendo en medio de intrigantes políticos que no se detenían ante ninguna consideración para obtener el triunfo, conoció los hombres y las costumbres de su país; pero en vez de alzarse por encima de las corrupciones de su época, ha querido servirse de ellas para alcanzar un fin patriótico, sin que su patria ni la humanidad hayan ganado algo con la lectura de sus libros: ha vivido en la podredumbre, y si algo hizo fué contribuir á acrecerla. No solamente no se sublevó su inteligencia contra un hombre que, como César Borgia, tenía las manos manchadas del lodo y sangre, sino que admirándole, le ensalzó, presentándole como el modelo de los príncipes. Había virtudes en el mundo, las había también en Florencia; pero él no se dió cuenta de ellas. No vió, siquiera, como los griegos y como los romanos, la libertad del ciudadano en la fuerza de estado. Quiso la tiranía de los malvados para llegar al poder de la nación, y sin preocuparse de la dicha, ni de la dignidad de los hombres, que eran para él falsos, ingratos, cobardes y codiciosos, hala-

gó á los poderosos, se convirtió en apologista del despotismo y aconsejó á los soberanos que se impusiesen por el temor (1). Se le puede defender por su vasto talento, pero su memoria no merece ningún respeto, porque solamente aquellos que contribuyen á mo- rigerar las sociedades tienen derecho á la gratitud de la posteridad. Montesquieu, que no es intelectualmente corruptor como él, queda, sin embargo, y á pesar de sus indiscutibles méritos, muy por debajo de la moral de su siglo. Ha creído, como más de dos mil años antes los filósofos griegos, que la esclavitud era justa. Para Aristóteles fueron los bárbaros, es decir, los extranjeros, quienes debían ser esclavos, y sostuvo (2), pero sin demostrarlo con el más ligero raciocinio, que había razas inferiores. Para Montesquieu era lógico imponer la servidumbre á los negros, y pensó sin duda alguna que daba pruebas de un gran liberalismo, diciendo que esa iniquidad debía ser limitada á ciertos países (3). Y sostenía esas ideas como expresión de un espíritu superior que viene á combatir las injusticias de la humanidad, casi al mismo tiempo que Rousseau escribía sus disertaciones sobre la desigualdad entre los hombres, y un tercio de siglo antes de la Revolución francesa, que debía proclamar que todos los seres humanos eran iguales ante la ley. Sufriendo la influencia de las preocupaciones de la clase conservadora á que per-

(1) Juan Jacobo Rousseau sostiene que «El Príncipe» es el libro de los republicanos. Según el filósofo ginebrino (*Contrato Social*), Maquiavelo no había tenido hasta su tiempo sino lectores ignorantes ó corrompidos. La extraña tesis de Rousseau se funda en lo siguiente: Maquiavelo no pensaba lo que escribió, ó por mejor decir, escribió con la intención de combatir las doctrinas perniciosas que expuso en esa obra. Hay que leerlo por lo tanto, al revés. ¿Las razones? La diferencia entre «El Príncipe» y los discursos sobre Tito Livio y su historia de Florencia. — Hay que confesar que la paradoja de Rousseau es curiosa, ya que no deja de ser absurda. Si lo juzgásemos á él con arreglo á ese criterio, ¿no podríamos afirmar que tampoco pensaba lo que decía?

(2) ARISTÓTELES, *Política*.

(3) Es necesario, pues, limitar la servidumbre natural á ciertos países particulares de la tierra. En todos los otros, me parece que, por más penosos que sean los trabajos que en ellos exige la sociedad, se puede hacer todo con hombres libres. (MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*).

tenecía, no pudo ó no supo elevarse á la altura de criterio de los grandes pensadores de su tiempo, y fué bajo este concepto un verdadero retardatario.

Teorías como esas debían forzosamente dañar al espíritu de equidad en Italia, en Francia y en la Europa entera, por la resonancia que las daba la celebridad y el innegable talento de sus autores. Pero no obstante, había, felizmente, fuerzas inteligentes demasiado poderosas para que tales obstáculos lograsen dificultar seriamente el progreso intelectual de las sociedades, que encontraron su mayor enemigo en el pontificado romano, que, apoderándose de la moral independiente para adaptarla á las conveniencias de su causa, desnaturalizó la justicia distributiva, encerrándola dentro del círculo infranqueable de las tendencias que servía, como había desnaturalizado el Cristianismo, convirtiéndolo en instrumento de ambiciones personales. No llegó, sin embargo, á inmovilizarla, porque lo mismo que los cultos idólatras habían coexistido con la moral sin absorberla durante millares de años, pudo el espíritu de la equidad desarrollarse con la propaganda de los hombres de genio, al lado del exclusivismo religioso y político de las naciones europeas, y si no consiguió introducirse de lleno en las instituciones autocráticas de los estados católicos, continuó, á pesar de todo, socavando lentamente el régimen tiránico, hasta el momento en que fué bastante vigoroso para derribar de un formidable empuje las barreras levantadas á su expansión por la sombría intransigencia del pasado.

ENRIQUE KUBLY.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

UN LINIERS DESCONOCIDO

Al ocuparnos de algunas investigaciones relativas al virrey Liniers, cuya figura y papel histórico serán objeto de un estudio inédito, que se publicará próximamente en esta revista, hemos encontrado, en el fondo manuscrito de la Biblioteca Nacional, los documentos que á continuación insertamos, escritos de puño y letra del conde de Liniers, hermano del héroe de la Reconquista y, como se verá, mezclado (si bien entre bastidores) en el *teje maneje* de la política brasilera en el Plata, á raíz del movimiento de independencia. Como dato preparatorio y para no complicar la materia, hemos creído que fuera preferible dar á luz en este número lo que atañe á este personaje poco conocido, reservando para otro próximo los documentos referentes al virrey con su comentario ilustrativo (1).

Creemos que el general Mitre sea el único historiador argentino que ha hecho mención expresa de la «negociación», real ó fingida, en que intervino el conde de Liniers, si bien no parece que haya tenido noticia de las circunstancias singulares en que se produjo dicha intervención. Se dice, en el tomo II, capítulo XXXIV, de la *Histo-*

(1) Parte de estos documentos se publicaron en la *Revista de Buenos-Aires*, en 1864, pero tan desfigurado su texto, que podría dudarse fuera copia del mismo original. El nuestro es transcripción literal del manuscrito

ria de Belgrano, que « aprovechando la *permanencia* en Rio Janeiro, del conde Liniers, hermano del virrey, se le indicó que el objeto (de la misión) era arreglar un tratado de comercio, etc. » Se verá que la « *permanencia* » era una verdadera detención, y que, además de la intriga urdida por la princesa Carlota, tratábase aparte, por el príncipe regente y su ministro Souza Coutinho, de otra negociación con fin análogo. Puede seguirse el *reverso* de esta intriga en la *Historia da fundação do Imperio Brasileiro*, por Pereira da Silva : obra muy poco original, por otra parte, y cuya documentación se extrae á menudo de la de Mitre.

El conde Luis Enrique de Liniers, nacido en Niort el 28 de abril de 1749, era el mayor de la familia : el único, por lo tanto, que llevase el título nobiliario de la casa, aunque el general Mitre (*Historia de Belgrano*, I, página 215, 4ª edición) parezca creer que el virrey llevaba dicho título y hasta pudiera transmitirlo á su yerno. Según un memorial autógrafo, que obra también en esta Biblioteca, elevado al virrey Melo de Portugal, resulta que dicho conde de Liniers, coronel de infantería y caballero de San Luis (1783), vino á América en las circunstancias que el mismo refiere de este modo :

« Yo había formado en París la más estrecha amistad con el conde de Fernán-Núñez, entonces embajador de S. M. Católica á la corte de Francia : este caballero era amigo de la mayor parte de mis parientes y particularmente de la mariscal de Noailles-Mouchy y del duque de La Rochefoucault... Varias veces me insinuó solicitase destino en España ; pero entonces mi corte tenía otros pensamientos sobre mí, y el conde supo que se me destinaba á conducir un establecimiento á Madagascar...

« La revolución destruyó este plano y el conde me ofreció su recomendación cerca del conde de Florida Blanca y Baylio de Valdez, que me mostraron bastante confianza para mandarme correspondiera con ellos y le participase mis observaciones sobre el estado del virreinato de Buenos-Aires... »

La *Biografía* de Jacques de Liniers (Niort), dice sencillamente

que el conde de Liniers « se refugió cerca de su hermano, gobernador de Buenos-Aires, donde murió. »

RELACIÓN DE LO ACABIDO EN RIO JANEIRO

Después de haver salido de Lisboa como de milagro y haver echo mi travesía en un buque mercante, bajo el nombre portugués de Enrique José de Govera y en calidad de Escrivano de dicho buque; conservé aquí el mismo incógnito y logré un Pasaporte bajo el propio nombre p^a. Buenos Ayres. El retiro en que vivía me había echo desconocido hasta el 18 de Marzo último. Haviéndome conocido algunos Españoles á esta época, se divulgó mi secreto y llegó á noticia de S. A. R.; este Príncipe habló de ello al señor D. Rodrigo de Sousa Coutiño, su Ministro de guerra y de negocios Extrangeros.

Este Ministro, que me conoce 10 años há, y que me había manifestado siempre mucha amistad en Lisboa; aseguró á su soberano que yo podía servirle eficazmente en las miras políticas que pudiese tener relativas á las Colonias Españolas del Río de la Plata. En consecuencia fué citado por un Juez del Crimen, y conducido por este magistrado á casa del ministro. Todo pasó allí con los mayores miramientos, y recibí la mejor acogida.

Empezó la conferencia por protestas Generales del deseo de vivir en paz con nosotros, á lo que contesté que el nuestro era ciertamente el mismo... Entonces se me dijo, que se esperaban pruebas y que S. A. R. había resuelto encargarme de negociaciones relativas aeste asunto.

El Conde. — Mucho me honrra la confianza que S. A. R. se sirve hacer de mí; que se digne darme sus órdenes y yo las trasmitiré fielmente al Gobierno de Buenos Ayres á mi llegada.

D. Rodrigo. — Oh! No lo entendemos así, y V. S. se quedará con nosotros hasta la respuesta de su hermano,

El Conde. — Yo puedo anticipar esta respuesta, mi Hermano desea la paz y hara quanto pueda para conservarla sin faltar á su dever, comprometer la Dignidad y los derechos de su Soverano, ni los intereses y el honor de la Nación Española.

D. Rod. — Su Proclama del 13 de febrero no anuncia intenciones pacíficas, y ha causado aquí ynquietud. Es preciso que V. S. le escriba sobre él particular.

El Conde. — Esa Proclama ha sido mal ynterpretada, y no se debía ver en ella (al contrario) sino el deseo de tranquilizar el espíritu del Pueblo, é ympedir alguna agresión contra los Portugueses: pero yo le escribiré según los deseos de V. E. á quien entregaré mi carta (1). « Aquí ya no fué un diálogo, pero si un discurso vehemente de D. Rodrigo durante el qual me fué ynposible colocar una palabra. Este discurso fué una mezcla de amenazas, y de ensayos de Seduc-

(1) Escribí en efecto, y se encargaron de hacer pasar mi carta, y no sé si habrá llegado á tus manos.

ción para tí y para mí. El Ministro no se explicava claramente pero comprendí mui bien que con la esperanza de vencerme ó yntimidarme tenía también la de que el temor de una doble Guerra contra Ingleses y Portugueses reunidos, llevasen tal vez nuestras Colonias á entregarse al Dominio de Portugal». — Buelve á empezar el Diálogo.

D. Rod. — Mi Querido Conde, V. S. no puede negarse á encargarse de esta negociacion, porque en fin V. S. no ygnora que habiendo llegado aqui sin Pasaporte, y bajo un nombre supuesto, ha cometido V. S. un delito contra nuestras Leyes, que éstas castigan mui severamente.

El Conde. — No puedo negar que he cometido este delito. Mi caveza está adispocicion de S. A. R., y pienso que mi Hermano me estima bastante, para creer que primero la llevaré aun cadalso que hacer traicion ami dever como Oficial Español, y aun antes que hacerle proposiciones de que tuviere que avergonzarse.

D. Rod. — No se trata de eso. Aqui está V. S. con gente honrrada y no se solicita de V. S. sino que quiera concurrir á proporcionar la Ventaja de dos Naciones.

El Conde. — Antes de responder á esto, necesito reflexionar y discutir varios puntos del discurso de V. E., del que no he perdido una sola palabra. Pero sobre todo que V. E. siente por base de toda negociacion que ni mi Hermano ni yo somos gente que se deja ganar por la Seduccion ni yntimidar por las amenazas (1).

MEMORIA DEL CONDE LINIERS A S. E. DON RODRIGO DE SOUSA COUTIÑO

EL 20 DE MARZO DE 1808 (2)

Honrrado y lisongeadó por la confianza que S. A. R. quiere tener en mis deviles talentos para la negociacion de que se ha servido encargarme; pienso que el unico medio de hacerme digno de ella es el hablar con la maior franqueza sobre todos los obgetos de que tenemós de tratar; franqueza, que conviene igualmente ami papel y ami caracter, y que considero el solo para merecer la benebolencia del Soverano y la estimacion de su Ministro.

Se me pregunta: *Si mi Hermano tiene miras pacificas respecto á Portugal, y que pruebas dará de ello?*... Respondo que mi Hermano tiene realmente las mas pacificas miras. Que las pruebas que dara de ello serán proteger y facilitar el Comercio de los Portugueses en el Río de la Plata, Proteger ygualmente las personas y propiedades Portuguesas en todas las Provincias sugetas a su mando; prohibir severamente toda agresion contra los vasallos de S. A. R. y castigarla si la tuviese.

(1) Se abrió la puerta de par en par, entró el 1.^o Ministro y se me despido. A los dos dias recibí de mí D. Rodrigo la memoria que sigue.

(2) Todo lo que esta subrayado en esta, son las expresiones de que usó D. Rodrigo en su discurso de 18 de marzo.

No dar recelo al Portugal por una anticipada reunion de tropas en las Fronteras de los dos Estados, etc., etc.

Pero si se entendiese por *dar pruebas alguna cesion, ó abandono de Territorio ; ó una mudanza de Dominio ?* V. E. deve sentir que ésto estaria fuera de sus poderes, y aún más allá de sus principios... y en este caso me atrevo á responder energicamente en su nombre por una negativa formal.

Ahora yo me entrego ala decision del mas leal de los hombres, ala de *D. Rodrigo de Souza Coutinho*. Si sú Soverano le hubiese confiado el Gobierno de una de sus Colonias, ¿ qual seria su conducta en semejante caso ?

Pero se dice : *la España ya no existe* . V. E. comprende mui bien que esto es una Metaphora politica : la España existe realmente y el honor nos ympone una ley sagrada de sostener y defender sus derechos por todos medios.

La España sera dividida y V. S. vera que esto lo mudará todo en las Colonias... No nos toca anticiparnos a los acontecimientos posibles.

V. S. debe tener apego á los restos de la casa de Borbon. Esa pregunta es superflua hecha aun Emigrado Frances, pero á lo que pienso, el Rey de España también es de la Casa de Borbon.

Si nos precisasen Vms. á hacerles la Guerra ved que fuerzas podriamos dirigir contra Vms., nosotros unidos a los Ingleses : y si por aumento yo sollare á Vms. nuestros Paulistas ?... No he calculado vuestras fuerzas, pero puedo dar á conocer a V. E. las que podriamos oponerles.

El Exército bien disciplinado, victoriosamente aguerrido, magnificamente pagado que manda mi Hermano, consta de 20,000 hombres efectivos y puede ser doble en caso necesario. Este Exército tiene una excelente y numerosa Artillería ; tiene á más Artillería á Cavallo formada desde el año 1796 y una Cavallería ligera conocida vajo el nombre de Blandengues que siempre ha existido. Se me ha dicho que los Paulistas son diestros tiradores... pero los Españoles Cazadores de Tigres y también los Contravandistas tirán muy bien. Estos últimos sostenidos por la Cavallería ligera y por la Artillería de á Cavallo podrían yncomodar mucho á los valientes Paulistas en su marcha. En quanto á los Ingleses no tiene mucho que aplaudirse su Orgullo de las tentativas que han echo en esas comarcas ; y en calidad de Aliados han podido hacer á los Portugueses la confianza de relatarlos el modo con que los Españoles saven defenderse.

También hay una anecdota que tal vez ygnore V. E., pero que hace su peso en la balanza ; sino como un gran medio militar, al menos como un terrible ynstrumento de destruccion. Despues de la Reconquista de Buenos Ayres, varios Caciques Pampas y otros Gefes Indios, vinieron á ofrecer sus servicios á mi Hermano. Se ofrecieron á conducir multitud de Ginetes de sus diferentes Naciones. Estos Esquadrones no son mui temibles como ya lo dige para un Exército, pero el Exército no los vé, esta rodeado, observado y hambriento por su causa sin saverlo. La vista penetrante de estos Indios, la velocidad de sus Cavallos los pone al abrigo de todo alcance. Desgraciado el País en que se exparcan, es una irrupcion de Numidas ó de

Tartaros. Ningun Animal queda avida. Ninguna havitacion en pie, ninguna cosecha se puede esperar en el territorio por donde ellos pasan. Son, en una palabra, una nube desbastadora de Centauros cuios estragos se resienten por todas partes y que en ninguna otra se encuentra.

Pongo aquí el honor por testigo que nada he dicho á V. E. en el quadro que acabo de pintarle, que no sea lo que creo cierto ; esto sentado, puedo repolir con confianza que no provocaremos la Guerra, pero que es evidente que podemos sostenerla con ventaja.

Permítame V. E. algunas reflexiões. Soy Militar y lo soy desde mi tierna Infancia, á pesar de esto mi opinión sobre la Guerra es : *Que una Guerra justa es siempre la maior desgracia de los Pueblos: y que una guerra injusta es el maior crimen de los Gobiernos.* Pues qué Guerra más injusta que la que se hiciera aunos Governantos porque defenderían con lealtad, valor y grandes sacrificios la propiedad de su Soverano ? ¿No deve un Depositario estorvar con todo esfuerzo la espoliación del depósito que se ha puesto asu cuidado ? Ah ! Si este principio de justicia y moral pudiese borrarse un momento del entendimiento humano, apelearía al honroso y reciente exemplo dado por el Príncipe Regente de Portugal, en su proceder respecto á las propiedades inglesas.

Pero si tuviésemos la desgracia de hacernos la Guerra, y suponiendo lograda por Vms. la mayor ventaja que sería llevar su conquista hasta la orilla yzquierda del Río de la Plata, ¿qué resultaría de ésto para Vms. El hallar sus antiguas posesiones y tierras conquistadas assoladas enteramente ; Vastos desiertos añadidos á los que ya Vms. poseen. Desiertos que no podrían ni poblar, ni cultivar, ni conservar... Un comercio ventajoso perdido para siempre, ygualmente que adquirida la exécración de sus vecinos, etc., etc. Dónde estaría pues la yndemnización de millares de hombres perdidos y de millones sacrificados ? Después de lo que he dicho más arriba, V. E. deve ver que este quadro no está sombreado por el terror. Deseamos sinceramente la Paz, pero no tememos la Guerra ; y lo que acavo de tener el honor de exponer á V. E. es tan evidente que deve herir todo buen entendimiento.

Si al contrario y como lo espero, no se trata sino de Paz y de Comercio me entregaré con todo placer y zelo al logro de esta negociación ; pero declaro á V. E. que esto no será una correspondencia secreta entre mi Hermano y yo ; y que ella se comunicará á todo el Gobierno de Buenos Ayres. Voy á explicar á V. E. la naturaleza de este Gobierno.

Un Virrey en las Colonias Españolas no es un Déspota ; su autoridad en ciertos puntos está enteramente limitada, y en todo lo que toca á política y Real Hacienda no puede operar sin el concurso de los Tribunales. La Ley es positiva en este punto. Mi Hermano no tiene á más con dos de estos Tribunales, lazos más estrechos que los que determinan las Leyes, son una sociedad de gloria y de Patriotismo, de la qual el Mundo entero no puede aflojar el nudo. Mi Hermano (me atrevo á decirlo) es un Gefe apto á conducir su Exercito á la Victoria, pero, sin

los socorros y el apoyo del Cavildo y Consulado de Buenos Ayres este Ejército no hubiera podido existir.

Estos generosos Ciudadanos han suplido las escaseses de las Cajas Reales con una magnificencia y obsequio tal que ninguna otra Nación dá exemplo de ello. Otra consideración digna de notarse es que los Españoles han recogido el fruto de la humanidad con que tratan á sus negros. Cada Año ha hallado en sus Esclavos ynrépidos defensores. Juzgue V. E. á vista de estos echos, si semejante Nación es fácil de vencer! y si unos Gobernadores como los que tiene son gentes susceptibles de Seducción?

Deseo que estas consideraciones puestas á los ojos de S. A. R. dirijan el espíritu vajo el qual deve seguirse la negociación en adelante.

Tengo el honor etc. etc.

NOTA — Quando te escribí el Original de todo esto estava tan alcanzado de tiempo, y mis papeles en tal desorden en el maldito alojamiento que ocupaba, que me fué imposible por entonces encontrar el borrador de esta memoria y no lo he habido en las manos sino en el momento de mudar de casa. Me ví obligado á transcribirlo de memoria rodeado de un ruido infernal, y devo haver olvidado varios artículos. Esta es la còpia exacta de la memoria dirigida á D. Rodrigo el 20 de marzo y éste el que se había de traducir si envían esta relación á la Corte. Pone (así como el que sigue) en la mayor evidencia, que la Corte del Río Janeyro, pensava, tras la opinión General esparcida aquí, que las Provincias del Río de la Plata, no esperavan mas que la llegada del Príncipe para someterse ael... El efecto de esta memoria y de las subseqüentes conferencias, ha sido el destruir esta ylusión de un modo perentorio.

SIGUEN MIS CONFERENCIAS CON DON RODRIGO DESDE EL 23 AL 26 DE MARZO

D. Rod. — S. A. R. ha quedado mui satisfecho del tono y franqueza que usa V. S. en la memoria que me remitió. El Príncipe reconoce que V. S. no trata de engañarlo.

El Conde. — Soy yncapaz de ello y D. Rodrigo que me conoce 10 años ha y me hace el honor de estimarme devía estar cierto de ello.

D. Rod. — Las ydeas de V. S. sobre la Guerra y sus consecuencias son mui arregladas, y concuerdan perfectamente con los sentimientos de S. A. R., quien lejos de querer fomentar odios entre las dos Naciones, desea borrar hasta los rastros de los que pueden existir: No tratemos pues ya sino de relaciones amigables.

El Conde. — Eso es lo que deseo y que V. E. me explique claramente lo que ya devo escribir; porque aquí yo no soy un Ministro sino un mero corresponsal.

D. Rod. — Todas nuestras proposiciones se reducen a asegurar de un modo subsistente las relaciones comerciales, á estenderlas cuanto se pueda, á estable-

cer la seguridad, la tranquilidad, la yntegridad de las posesiones y de los yndividuos Portugueses en los dominios Españoles; á que no se manifieste entre nosotros ningún signo de hostilidad, á asegurar el todo por un convenio escrito; en fin á que vivan Vms. con nosotros como unos buenos vecinos y aliados; y por su parte el Príncipe ynterpondrá su ynfuencia para ostorvar sean Vms, ynterquietados por los yngleses, porque sus ataques podrían ser nocivos á nuestro Comercio con Vms.

El Conde. — Este Artículo último es satisfactorio y puede allanar muchas dificultades.

D. Rod. — Sin duda. Pero en retorno ¿no se nos concedería el recibir guarnición Portuguesa en algunas Plazas?

El Conde. — Ya he tenido el honor de observar á V. E. que yo no soy aquí un Ministro acreditado, y mucho menos un Plenipotenciario. En quanto á dejar poner guarnición Portuguesa en nuestras Plazas, creo poder afirmar que jamás se concederá esto punto.

D. Rod. — Sea enhorabuena. Escriba V. S. á lo menos sobre las bases que le acavo de explicar.

El Conde. — Escribiré y enseñaré á V. E. la copia de mi carta. Sírvase V. E. acordarse le he dicho que quanto escriba y hemos hablado se comunicará al Gobierno de Buenos Ayres.

D. Rod. — Si, si.

El Conde. — Á decir verdad temo mucho que el Comisionado que se ha enviado al Sur (el Señor Curado) no perjudique mucho allá el trabajo pacífico que aquí hacemos.

D. Rod. — No lo hemos enviado como negociador formal. Con V. S. sólo es con quien tratamos con confianza.

El Conde. — Haré todo esfuerzo para hacerme digno de ella.

D. Rod. — El Príncipe ha mandado se entregue á V. S. el dinero que necesite.

El Conde. — Nada precisaría si gozase del prest de que me privan las ordenes de S. A. R.; este en Buenos Ayres es de 160 mil reis (200 pesos) al mes. Esta es la prueba (y manifesté mi despacho) pero como este sería aquí el de un Teniente General, me basta con la mitad hasta nueva orden.

CARTA DE OFICIO

Mi Querido Hermano: Confirмо á V. con satisfacción, el seguro de las disposiciones pacíficas de S. A. R. el Príncipe Regente de Portugal y voy á comunicar á Vd. de orden de este Soverano sus intenciones tales quales me han sido transmitidas por su Ministro de la Guerra y de los Negocios Extranjeros D. Rodrigo de Souza Coutiño.

1º Desea S. A. R. que se establezca entre sus Vasallos y las Colonias Españolas

del Río de la Plata, un Comercio libre, franco, estendido y desembarazado de todas las travas que puedan retardar su marcha en las respectivas especulaciones.

2º Que todos los Vasallos de S. A. R. que vendan ó comercien en dichas Colonias estén al abrigo en lo futuro de las espulsiones ó secuestros arbitrarios, y que sus personas y propiedades sean tratadas, protegidas y socorridas al ygual de las personas y propiedades Nacionales; siempre que dichos Vasallos Portugueses en nada contravengan alas Leyes del País.

3º Que el Gobierno de Buenos Ayres evitará toda ocasión de causar ninguna inquietud á las posesiones Portuguesas por demostraciones ostiles ó reunión de tropas en las fronteras de los dos Estados.

4º Que para la seguridad de la execución de las condiciones arriba expresadas se firmará por los Ministros de S. A. R. y el encargado de negocios del Gobierno de Buenos Ayres (bastantemente autorizado al efecto) un convenio que subsistirá en toda su fuerza hasta el restablecimiento de la Paz General, á cuiu época tratarán los Soberanos de las dos Naciones por sí mismos y de Corona á corona sus derechos é intereses respectivos.

Por su parte y en virtud de dicho Convenio, promete S. A. R. no sólo el abstenerse por sí de toda ostilidad, pero también de ynterponer su poderoso ynflijo para estorvar que los ingleses yntenten ningún ataque contra las Colonias Españolas del Río de la Plata, considerándolas en adelante como sus Aliadas y su tranquilidad ymportante á la prosperidad y al bien estar de sus Vasallos.

Deseo que estas proposiciones sean admitidas por el Gobierno de Buenos Ayres, y que puedan asegurar la felicidad y tranquilidad de las dos Naciones.—(Firmado) *El Conde de Liniers*.—Río Janeyro, 26 de marzo de 1808.

Ahora mis reflexiones particulares sobre todo lo que antecede.

Estoy firmemente convencido que el Gobierno de Buenos Ayres no puede obrar mejor que adhiriéndose á las proposiciones de S. A. R. tales quales se expresan en mi carta de oficio: y tres consideraciones principales motivan mi opinión en este punto.

1ª El Comercio recíproco de los Portugueses y Españoles es el solo posible en las actuales circunstancias; este Comercio no puede perjudicar al Comercio Nacional, pues este último está absolutamente ynterrumpido. En fin este otro da el sólo medio que exista para hacer entrar algunos fondos sea en la Aduana, en el Almirantazgo y en las Casax del Cabildo y del Consulado; el ynterés del rey se reune pues aquí al de la Colonia.

2ª El Convenio temporal que debe hacerse entre las dos Naciones, es una medida ya adoptada por varias Colonias para sólo su abastecimiento y seguridad. Ciertamente estamos en el caso el más urgente, porque en fin ya no es una colonia la que tenemos encima y en nuestra vecindad; es un Reyno y un Reyno estrechamente aliado con la Inglaterra que le ha prometido solemnemente recursos, y que se los deve por todas razones.

3ª Este convenio no sólo es un medio de tranquilidad, pero lo es también con-

servador y que deja á Buenos Ayres en plena posesión de gozar de su lealtad del precio de sus Victorias y de la Gloria ynmortal que supo adquirir...

Entre nosotros no se devía esperar hallar semejante moderación en un Príncipe que no ha perdido sus estados de Europa, sino por la convivencia de la España con la Francia, y que no ignora que en este momento hay dos cuerpos del Exército Español en sus antiguos Dominios. Pienso en quanto al modo que hé negociado que no se me acusará de haber comprometido el honor de la Nación Española. Ello es cierto que yo he mudado absolutamente la naturaleza de las ydeas del Príncipe y su Consejo, porque cuando he sido llamado, todos por la opinión-pública crehían que las Colonias Españolas desesperanzadas de lograr socorros de su Metrópoli no esperarían ser forzadas para entregarse al Portugal, y que bastaría la menor amenaza para operar esta reboolución.

Sea que el Gobierno de Buenos Ayres me nombre para terminar esta negociación, sea que escoja otro, es esencial que este Negociador esté revestido quanto antes de los poderes bastantes para acabar aquí este grande Negocio.

Algunos Buques venidos del Río de la Plata, han esparcido aquí la voz que enbiavas á tu hijo Luis para cumplimentar al Príncipe. Esta noticia pareció haver causado un sumo placer. Este paso me parecería á mi mui conveniente.

Existe un medio político para dar una dirección mui lejana de nosotros tanto á las fuerzas Portuguesas como á los socorros Yngleses é indico esta ydea con suavidad y como es verdaderamente fundada, percibo con gusto que toma favor. Es mui regular que en señal de perfecta neutralidad se pida al Gobierno de Buenos Ayres el que no permita la venta en los Puertos del Río de la Plata de las presas Portuguesas echas por los Franceses: esto quasi no se puede negar teniendo la precaución de hacer lo mismo en quanto á las presas Francesas que puedan hacer los Portugueses. Eso también deberá ser un artículo de ynstrucción para el negociador.

Hasta aora no se ha llevado al Río de la Plata desde aquí sino Café, Azúcar y Aguardiente; no se podría permitir durante la guerra que se llevasen también ynstrumentos de yerro, papel, lienzos de ylo y Algodón, paños, etc., etc. Todos estos renglones deven escasear y estar caros en Buenos Ayres y so ban á hallar aquí en la mayor abundancia.

Si este gran negocio se termina como lo deseo y espero, tendré al menos la satisfacción (ya que no pude lograr de tu gloria) de haber trabajado útilmente para hacerte gozar en paz del fruto de la Victoria, así como á tus leales cooperadores y valientes compañeros de Armas, para con quienes te ruego no me olvides. Adiós mi querido Amigo, te abrazo mui tiernamente así como amis queridos sobrinos y sobrinas. Todo tuyo. —(Firmado) *El Conde de Liniers*. —Río Janº. 12 de Abril de 1808.

P. D.—Desde que la Corte me ha encargado de esta misión, todos los Españoles son tratados aquí con los mayores miramientos por el Ministerio público.

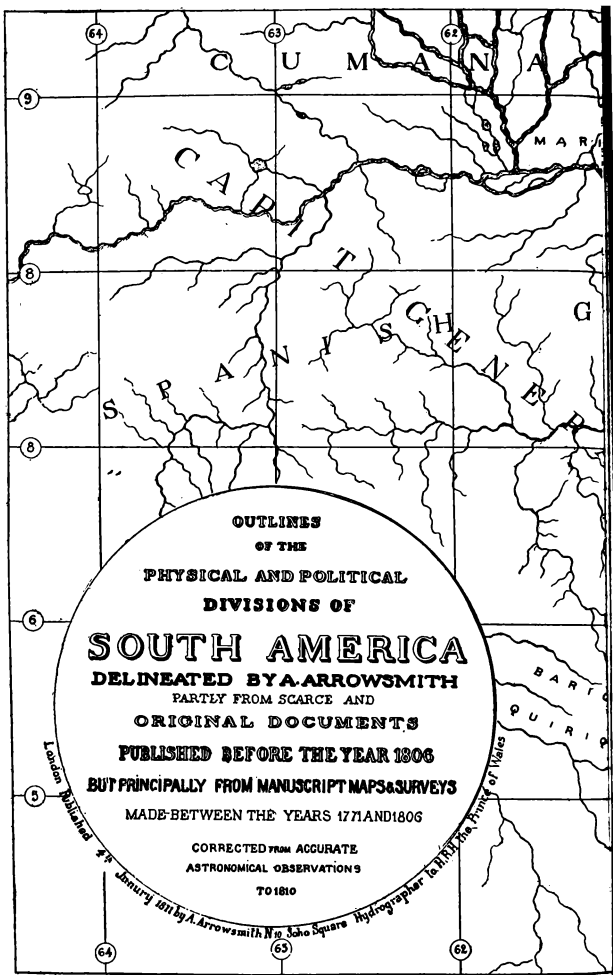
EL LITIGIO ANGLO-VENEZOLANO ⁽¹⁾

§ II

LOS HECHOS GEOGRÁFICOS

Legitimadas las ocupaciones de los holandeses en «Esequibo, Demerara y Berbice» por los tratados posteriores al de Múnster, que confirmaban *ipso facto* el dominio español sobre el resto de la Guayana, asistiéndose durante el siglo XVIII á los esfuerzos de ambos pueblos para apropiarse definitivamente los territorios limítrofes que, más tarde, habían de ser materia del largo litigio entre sus herederos. Siendo desde el principio el Orinoco y el Esequibo la respectiva base de operaciones ó punto de partida de unos y otros ocupantes, no es dudoso que deba trazarse en ese vasto «entre-ríos» la línea divisoria. Puede afirmarse, con efecto, según el proceso histórico ya bosquejado en páginas anteriores, que cualquier pretensión extrema, tendente á atribuirse todo el litoral entre las embocaduras de dichos ríos, peca de excesiva y arbitraria. Ni pueden los españoles reivindicar la margen izquierda del bajo Esequibo,

(1) Véase el tomo I, página 452.



**OUTLINES
OF THE
PHYSICAL AND POLITICAL
DIVISIONS OF**

SOUTH AMERICA

DELINEATED BY A. ARROWSMITH

PARTLY FROM SCARCE AND

ORIGINAL DOCUMENTS

PUBLISHED BEFORE THE YEAR 1806

BUT PRINCIPALLY FROM MANUSCRIPT MAPS & SURVEYS

MADE BETWEEN THE YEARS 1771 AND 1806

CORRECTED FROM ACCURATE
ASTRONOMICAL OBSERVATIONS

TO 1810

London: Published by A. Arrowsmith, N. 10, John Square, Hydrographer to H. R. H. the Prince of Wales

ya conquistada y poblada por los holandeses, ni, mucho menos, lograrán éstos producir un título serio y sólido á su pretendida ocupación de una boca del Orinoco, hacia la punta Barima : la frontera racional y real tiene que ser intermedia, pero mucho más vecina del primer río que del segundo, puesto que, como ya queda demostrado, los dueños adventicios nada pueden reclamar legítimamente más allá de la zona territorial ocupada por sus « establecimientos ». Vamos á demostrar, apoyándonos en datos y autoridades irrefragables, que los hechos geográficos comprueban la exactitud de las conclusiones históricas ; y que la justa delimitación del territorio en litigio es la que, bajando por el thalweg del Esequibo hasta muy cerca de la confluencia del Cuyuní, sigue luego una inflexión accentuada hacia el nordeste, hasta alcanzar el cabo Nasau (1).

I

Al reclamar, como límite de Venezuela, la línea del Esequibo hasta su embocadura, Fortique y otros abogados de dicho país cometen un error de discusión mucho más grave que la inexactitud material. Confundiendo los derechos históricos, que no tienen en este caso aplicación, con los hechos geográficos indiscutibles, incurren en la falta de esgrimir las mismas armas que el adversario, cuando su posición es del todo diferente. Ante pretensiones formuladas por ambas partes con evidente exageración, la presunción del juez arbitral sería que los derechos de una y otra son igualmente sospechosos, y se sentiría inclinado, una vez más, á dirimir el litigio por la vía de la transacción : verdadera sentencia de Salomón, harto frecuente em materia de arbitramentos, y que presenta el vicio enorme de enriquecer al que no tiene razón con los despojos del que la

(1) Véase la adjunta reproducción del mapa de Arrowsmith.

tiene. La transacción; entre los límites extremos de los dos países, conduciría á la famosa línea de Schomburgk! Tal es el inconveniente de querer probar demasiado. . .

Ahora bien, es un hecho plenamente reconocido y superior á toda discusión, que durante el siglo pasado y hasta principios del actual, los holandeses navegaron libremente por el río Esequibo, tuvieron á partir de la confluencia del Cuyuní, algunas plantaciones y fuertes en sus dos orillas. y, finalmente, ocuparon en forma estable la margen derecha del Pomarón. Esto, que ha sido reconocido por los principales autores españoles y venezolanos, fuera inútil y, lo repetimos, peligroso, ponerlo ahora en discusión. Desde el siglo xvii, los holandeses han ocupado militarmente los extremos de la cuerda que subtiende el arco del bajo Esequibo (un poco al sud de Cuyuní) y sigue el contorno de la costa hasta el cabo Nasau: en este extremo norte tenían edificado el fuerte de Nuevo Middleburgo, más tarde destruido por los ingleses; hacia el extremo sud, en una isla cercana á la confluencia del Cuyuní y el Esequibo, habían reconstruido el fuerte de Kickoveral (1); por fin, los mismos autores españoles confirman la existencia de algunos establecimientos á orillas ó en las islas del último río (2).

No puede, pues, ponerse en cuestión la ocupación por los holandeses del segmento comprendido entre el Cuyuní, el Esequibo y el

(1) El fuerte Kickoveral estaba ya en ruinas á principios del siglo (*Revue Britannique*, 1838, I, pág. 300 y sig.). Según Richard Schomburgk (hermano de sir Robert) dicho fuerte fué fundado por los portugueses hacia 1596: pero entonces Portugal pertenecía á ESPAÑA! Vide R. SCHOMBURGK. *Reisen in Britisch-Guian*, I, 258.

(2) GARCÍA Y GARCÍA, *Relaciones de los Virreyes de Nueva Granada*, pág. 20 (Relacion del virrey de la Zerda, 1772): «Se extiende (el virreinato) por las extensas é incultas tierras de Parima y establecimientos de los holandeses hacia Esequibo, volviendo por este lado al mar y costa del Norte, antes de la embocadura del río Orinoco, y siguiendo toda ella con inclusión de Trinidad y Margarita... Siendo de advertir que todas las tierras comprendidas desde el Orinoco al océano hasta la de Marañon pertenecen al virreinato, pero el establecimiento de los holandeses en la colonia de Esequibo y el de los franceses en Cayona por la misma costa, obligan á delinear bajo del concepto expuesto la situación del virreinato». Conf. GUMILLA, GAULIN, ALCRDO, *obras citadas*.—RESTREPO, *Historia de la Revolución de Colombia*, I, pág. 17.

cabo Nasau. Hay más aún : habría de demostrarse, si fuera útil, que dicho segmento constituía propiamente la colonia de Esequibo á que aluden los tratados, abarcando la colonia de Demerara todo el territorio comprendido entre la margen derecha del río Esequibo y la izquierda del río Demerara. Afirma Alcedo — y confirma su traductor y continuador Thomson (1) — que «en dos de sus islas (del Esequibo) hay dos plantaciones de los holandeses con algunas casas para habitación de los negros é indios, y son parte de la colonia que tienen aquellos á orillas del río, que se reducen á haciendas de caña dulce para hacer azúcar, y ocupan más de treinta leguas de extensión...» (2). Efectivamente, tomando la palabra *extensión* en su sentido entonces habitual, el desarrollo de la faja colonizada entre el cabo Nasau y el extremo opuesto, al sud del Mazaruni, es de unas treinta leguas españolas.

Tenemos aquí, una primera delimitación aproximativa de la colonia holandesa en Esequibo, la cual, por una coincidencia notable; viene á ser confirmada por los viajeros y geógrafos más notables de España, Holanda, Inglaterra y Francia que de esta región hayan escrito. Más que extraño sería que este *consensus* general respondiera á una mera casualidad; más sorprendente todavía que sólo descansara en un error común. Ni lo uno ni lo otro, como luego lo probaremos: la línea del alto Esequibo, con su desviación hacia el norte, desde abajo del Cuyuni hasta el Pomerón y el cabo Nasau, es la expresión de la realidad histórica y geográfica, desde el tratado de Breda hasta el de Londres, en 1814, por el cual la Gran-Bretaña adquirió de los Países-Bajos sus derechos actuales sobre parte del antiguo Surinam.

(1) THOMSON, *Dictionary of America and the West Indies*, II, 82.

(2) *Op. cit.*, II, pág. 101.

II

En su *Libro azul* y Correspondencia diplomática, lo mismo que el *Mémoire préliminaire* en francés que acaba de dar á luz, la cancillería inglesa no ha encontrado, fuera de ocho mapas que prueban muy poco, cuando no deponen contra sus pretensiones, *una sola* autoridad conocida que apoye su reivindicación territorial. Este rasgo merece tenerse en cuenta, y no deberá atribuirse á desdén de toda « literatura » geográfica, puesto que se traen por ella á colación referencias vagas á documentos y descripciones, destituidos de todo peso y alcance. Entre sus « autores », algunos producen un efecto de mistificación: así, por ejemplo, la « *description d'un auteur resté inconnu* » (1) que, en una época desconocida, recorre el litoral de la Guayana, del Amazonas al Orinoco, no encontrando sino lugares y poblaciones que los mismos interesados no pueden identificar, y cuyos nombres vienen invariablemente flanqueados de un signo interrogativo [?]. Entretanto, el gobierno inglés se abstiene de mencionar á los autores que podemos llamar « clásicos » en la materia, desde La Condamine hasta Humboldt, fuera de los cartógrafos de que luego nos ocuparemos. Admitamos que los españoles, con motivo plausible, le parezcan sospechosos: pero los franceses, que nada tenían que ganar ó perder en la frontera del Esequibo; sobre todo los mismos ingleses, cuyo testimonio no puede ser tachado de parcial contra Inglaterra, ¿cómo es que quedan cuidadosamente excluidos de la argumentación? El lector encontrará la respuesta en los extractos siguientes, por cuya aridez y monotonía le pedimos disculpa, pero de cuyas citas literales no podemos prescindir,— pues nuestras frases no equivaldrían á la fuerza y elocuencia de estos

(1) *Mémoire préliminaire*, pág. 6.

simple statements of facts.— Como advertencia preliminar, haremos notar que, entre cien autoridades que pudiéramos citar, hemos elegido como particularmente probantes, las que proceden de obras escritas y publicadas á fines del siglo pasado ó principios del presente: las que, por consiguiente, describen la región en su situación moderna, en vísperas, puede decirse, de pasar sin variación á poder de la Gran-Bretaña.

Robertson, que escribió su *Historia de América* hacia 1770, no hacía sino resumir la opinión generalmente aceptada en Europa cuando apuntaba, como dato corriente y de innecesaria demostración que « el reino de Nueva Granada comunica con el Atlántico por el Orinoco, siendo poco explorada la región litoral, todavía imperfectamente ocupada por los españoles » (1). Tal es, en efecto, el dato consignado sin discrepancia en todos los tratados de geografía más autorizados, desde el inglés de Pinkerton hasta el francés de Malte-Brun, que presentan fielmente el estado de la ciencia contemporánea (2). En cuanto á los viajeros y exploradores, sus innumerables testimonios son casi todos concordes en este particular; en la imposibilidad de citarlos todos, haremos referencia á unos pocos que, en razón de su nacionalidad, situación personal y competencia, merecen especial atención. Así, por ejemplo, Walton, ministro residente inglés en Santo-Domingo, y cuyo informe tiene el valor de un documento oficial; este funcionario fija netamente el río Esequibo como límite de las posesiones holandesas *antes de 1810*, aunque, agrega, se extiendan en realidad hasta el cabo Nasau (3). Confirman el dato en términos análogos: Thomson (obra citada, 11, 216), Carey y

(1) ROBERTSON, *The History of America*, II: « *but the country which stretches along its banks, towards the coast is little known, and imperfectly occupied by the Spaniards* ».

(2) PINKERTON, *Modern Geography*, London, 1802. — MALTE-BRUN, *Géographie*, Paris, 1812. — Pinkerton coloca New-Middleburg near the N.W. extremity of the Dutch colony.

(3) WILLIAM WALTON, *Presente state of the Spanish Colonies* (London, 1810), I, 273 « *Dutch possessions bounded on the east by the sea, on the south, by the river Maroni, on the north, by the river Essequibo, (though the extent as far as cape Nassau)...* »

Lea, Stedman, Prudhomme, etc. (1). La dirección de los trabajos hidrográficos (Madrid, 1810), cuyo *Derrotero* no puede obedecer sino á fines científicos é intereses de la navegación, señala oficialmente los límites de la Guayana holandesa en estos términos : « Á quince ó diez y seis leguas del río Esequibo, está el desembocadero del río Poumaron, que es el límite occidental de la Guayana holandesa... la parte oriental de la boca se llama cabo Nasau ; á seis leguas y sobre la misma orilla está el puerto llamado de la Nueva Zelandia ; la población llamada Midelburgo está al pie de la fortaleza... » (2).

Compréndese por qué motivo nos abstenemos de abundar en pruebas de origen español, y de citar, entre los modernos, á los autores venezolanos ó los mismos brasileros (3). Pero hay una obra francesa importantísima, cuya autoridad primordial proclaman unánimemente sabios y viajeros de cualquier nacionalidad : nos referimos al *Viaje* de Depons, agente del gobierno francés en Caracas, hasta 1804, y que es el resultado de un estudio minucioso y una larga permanencia en el país. Su obra ha sido muy estudiada en Inglaterra y analizada con gran encomio por sus revistas (especialmente en la *Edinburgh Review*, July 1806). El mapa que acompaña la obra es uno de los ocho presentados por la cancillería inglesa en apoyo de sus pretensiones (4), no vacilando con su intrepidez acostumbrada, en exhibir á tan grave autoridad como favorable á su causa. Ahora bien (sin perjuicio de señalar oportunamente otros

(1) CAREY AND LEA, *The Geography, History and Statistics of America and the West Indies* (London, 1823). — STEDMAN, *Voyage à Surinam* (1799). — [PRUDHOMME], *Voyage à la Guyane* (1889).

(2) *Derrotero*, reimpresso oficialmente en Bogotá, 1826

(3) Por ejemplo : LISBÔA, *Relação de uma viagem á Venezuela*, 1866.

(4) *Maps to accompany documents relating to the question of boundary between British Guiana and Venezuela*, London, 1896. — El mapa de Depons señala como limite una curva que parte del cabo Nasau para rematar cerca de la confluencia del Esequibo y del Cuyuni : es poco más ó menos la línea que defendemos. Fortique (*Blue Book*, 250) refuta excelentemente este singular argumento inglés.

pasajes interesantes de dicha obra), he aquí en qué términos precisos determina Depons los límites de las colonias: « Surinam, Esequibo y Demerari son posesiones holandesas, limitadas al este por el mar; al sud por el río Maroni; al norte por *el río Esequibo*, según los tratados, aunque han llevado *furtivamente* estos límites hasta el cabo Nasau » (1). Á faltar cualquier otro testimonio, creemos que bastaría este último, invocado por el mismo gobierno inglés, para fijar la opinión, á par que caracterizar la buena fe con que dicho gobierno se conduce en éste litigio. Si fuera tolerable repetir una vez más el estribillo virgiliano, el *ab uno disce omnes* podría tener aquí colocación, precedido del primer hemistiquio, aún más oportuno (2).

III

Á guisa de puntales que afirmen su frágil edificio dialéctico, el *Blue Book* inglés trae en apéndice una colección de ocho mapas que deben, según su parecer, dejar definitivamente resuelto el secular litigio. Conviene, pues, analizar esta faz de la prueba británica, no sin deplorar que los más recientes alegatos venezolanos dejen subsistir y circular esa fantasmagoría geográfica, sin haber demostrado al punto su completa inanidad (3).

El primer mapa producido por la cancillería inglesa es un « Extracto de la Carta Oficial de la Compañía de las Indias Occidentales ». No trae fecha, pero se le atribuye la de 1635. Es un simple

(1) DEPONS, *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme, pendant les années 1801-1804*. Tomo III, página 249.

(2) VIRGILIO, *Eneid.*, II: *Accipe nunc Danaum insidias...*

(3) El *Libro amarillo* de Venezuela (1894) menciona una lista de 11 mapas *recientemente adquiridos!* entre los cuales figuran los de Depons (Poirson), Pinkerton y Carey, á que nos hemos referido. La mayor parte de los otros, atlas escolares y modernos, carecen de importancia. Faltan, entretanto, los cuatro ó cinco fundamentales que producidos aquí y cuya autoridad es irrefragable.

perfil de la costa, sin precisión ni exactitud, de cuyas delimitaciones con colores (modernos) se deduce cuanto se quiera: v. gr., que la isla de Trinidad y el delta del Amazonas eran entonces *independientes*, y que las posesiones holandesas se alargaban sin discontinuidad desde Paria hasta el Marañón (inclusive); lo que no obsta á que la « Nueva Andalucía » aparezca ocupando el territorio de Surinam.

Con autenticidad ó sin ella, este prospecto comercial, sin nombre ni fecha, carece de valor. Lo propio debe decirse del segundo mapa, datado en Amsterdam, 1640?, y atribuido á Blaeuw. De éste resultaría que, en dicha fecha, no tan sólo los territorios del Marañón y de Cayena fueron holandeses, sino también el alto Orinoco y Santo Tomé de Guayana. Todo ello es tan fantástico como el contorno del *Dorado*, que se figura allí límite del vasto imperio neerlandés.

La carta número 3, que se titula *Map of Surinam* y se dice aprobada por el astrónomo Halley (1733), se presenta como un « Extracto del imperio británico en América ». Según este documento, en dicha fecha los holandeses poseían, como dos siglos antes, toda la costa atlántica desde el Orinoco y su delta hasta el Amazonas; no hay sospecha de existir Guayana francesa, portuguesa ni venezolana; y esto ocurría veinte años después del tratado de Utrecht (entre Francia y Portugal), cuyos artículos VIII á XII estipulan los límites respectivos de dichas Guayanas!

El documento número 4 es un mapa de *l'Amérique méridionale* por D'Anville (1748). Según esta carta, el límite de las posesiones españolas y holandesas sería una *línea recta* trazada entre la boca del Orinoco (Boca de Navíos) y un punto del interior donde existía la célebre « mina de cristal », cuya realidad corre parejas con el *Dorado*. Este mapa figura en un atlas inglés de principios del siglo (1), y es probable que d'Anville sea tan inocente de esta frontera en línea

(1) KITCHIN'S, *General Atlas describing the whole Universe*. London, 1801.

recta, determinada por una « boca grande » y una « mina de cristal » imaginaria, como de la Geografía que lleva su nombre y es decididamente apócrifa (1).

El mapa número 5 de la memoria inglesa es un simple croquis, (*sketch map*), atribuido al gobernador holandés Gravezande (1749), y que no presenta condición alguna de exactitud, ni siquiera de seriedad: baste decir que allí los ríos Mazaruní y Cuyuní, trazados perpendicularmente á la costa, nacen en el lago de Parima, que se sitúa al norte del Esequibo, etc., etc. ! La inclusión de tal adesio geográfico, en un litigio internacional, contribuye á caracterizar la extraña actitud y singulares procedimientos de quien lo emplea de liberadamente.

Análogas reflexiones inspiran los tres documentos cartográficos restantes: aunque ciertamente por su importancia intrínseca no deban compararse con el despropósito anterior. El mapa número 6, sobre todo, es altamente sugestivo. Es un perfil de la costa, dibujado por el geógrafo La Rochette, sobre indicación del capitán Thomson, que acababa de conquistar (1783) las posesiones holandesas y las mandaba en nombre del gobierno británico. Apenas instalado, y aun cuando su mapa hidrográfico sea ante todo un instrumento de navegación, el oficial inglés aplica el método tradicional de su país, haciendo suyas las pretensiones menos sostenibles del vencido; traza una faja roja en la costa hasta el mismo Orinoco, que llama *western boundary of the Dutch according to their claim*. Ahora bien, tenemós á la vista otras dos ediciones inglesas del mapa de La Rochette; la una, de 1811 (2), traza el límite de las posesiones todavía holandesas según la línea del Esequibo y del cabo Nasau. La otra, es de 1881; aunque sea una reproducción de la otra — *from the large map in eight sheets*—y comprenda también ocho hojas, fija

(1) D'Anville (1697-1782) fué un gran geógrafo, pero su autoridad, considerable en geografía antigua é histórica, es nula en geografía moderna, y sobre todo americana. *Il n'était jamais sorti de son cabinet*, dice uno de sus biógrafos.

(2) *Colombia Prima... by L. S. de La Rochette, published by Faden, geographer to H. M.*

la delimitación de la Guayana inglesa según la *línea de Schomburgk*! (1). — Semejante procedimiento revela un propósito meditado y persistente de usurpación que no retrocede ante la falsificación de documentos históricos y no requiere más comentario.

El mapa número 7 es un fragmento de la costa, de un mayor holandés Bouchenroeder (1798), cuyos detalles, para Surinam y el Esequibo, son bastante exactos, al par que la orientación del Orinoco y territorio adyacente es tan fantástica como la de Gravezande. — Por fin, el documento número 8 es el mapa de Depons, ya citado; es sin duda alguna el más importante de la colección; pero ya hemos visto que, lejos de favorecer las modernas pretensiones inglesas, viene á confirmar la legitimidad de la línea que estamos defendiendo, en concordancia con los hechos históricos y los mapas *clásicos* que luego describiremos.

Del breve y exacto resumen anterior, se deduce que los esfuerzos de la cancillería inglesa, en materia cartográfica, no han logrado producir sino ocho mapas aparentemente favorables á sus pretensiones, entre los cuales hay cinco (números 1, 2, 3, 5 y 7) que carecen por completo de condiciones científicas, y parecen croquis dibujados á capricho por empleados de la Compañía. El número 4, de d'Anville, probablemente mal atribuido, finge una frontera geométrica que no pudo jamás responder á una realidad; el número 6, de La Rochette, queda anulado por las *ediciones inglesas* del mismo, que ponen en claro el *modus operandi* y la ausencia de escrúpulo de los editores. Queda el mapa adjunto á la obra de Depons, cuya delimitación aceptamos y creemos buena, lo mismo que las conclusiones del libro á que pertenece, como que coincide muy aproximadamente con la de los grandes mapas de Olmedilla y Arrowsmith que, en esta materia, gozan de crédito universal é incomparable autoridad.

(1) *Colombia Prima etc.*, by L. S. de La Rochette, published by Wyld, Geographer to the Queen. London, 1881.

IV

Si, á imitación de los abogados ingleses, procurásemos argumentos *ad ostentationem* y estuviéramos resueltos á hacer *flèche de tout bois*, podríamos remontarnos á fechas aún más remotas que las asignadas á sus esbozos geográficos holandeses, produciendo en este orden documentos más respetables que los de su colección. Empezaríamos nada menos que con el famoso *Theatrum orbis terrarum* de 1570, del flamenco Abraham Ortelius: venerable y magnífica obra que, por ser el primer Atlas conocido, significa en grabado geográfico lo que la *Biblia* de Maguncia en tipografía (1), y en cuyo plano 5, dedicado á América, la Guayana española confina con el río Marañón y la *Bresilia a Lusitanis inventa*. Pero este atlas y otros posteriores hasta el siglo XVIII (2), construidos para estas regiones, sin sólida base científica, sólo merecen ser tenidos por curiosidades históricas ó, cuando más, meras presunciones de la opinión contemporánea. No habría seriedad en hacer depender derechos tan modernos como los que se discuten en este litigio, del rasgo antojadizo que trazara hace tres siglos un artista más ó menos inconsciente.

Mayor crédito nos merece el *Atlas* de Hermann Moll, ya por su fecha relativamente reciente (1717), ya por fundarse el texto de la obra en opiniones autorizadas que el autor compara y discute (3). Allí aparece ya netamente limitado el Surinam (cap. XII, *Terra-*

(1) ORTELIUS, *Theatrum orbis terrarum*. Antwerpiae, 1595, in-folio. — El ejemplar de la Biblioteca Nacional, maravilla de dibujo y colorido, no tiene portada, faltándole además algunos mapas; pero, como contiene el plano número 114, se deduce que pertenece á la edición de 1595 (la 4ª) que contenía 115 cartas, en lugar de las 53 de la príncipe.

(2) Por ejemplo, el de Hendrik Doncker (Amsterdam) que es también favorable á España.

(3) *Atlas Geographus, or a compleat system of Geography for America*, 1717.

Firma) por el río « Esquebe », si bien se sitúa en su margen izquierda el fuerte « Lookabout » (Kickoveral). Pero, descuidando cualesquiera otros documentos cartográficos secundarios, nos urge llegar al mapa fundamental de que todos los modernos proceden, — desde el de Depons, ya citado, y el de Arrowsmith que hemos reproducido en razón de su origen inglés y su carácter oficial, — hasta los de Malte-Brun, Humboldt, Bauzá y diez más (citados algunos en el *Libro amarillo* de Venezuela) y que coinciden todos en la misma delimitación.

El mapa monumental de Olmedilla (1) completa y rectifica todos los anteriores (inclusive el llamado « de las cortes » que, por otra parte, fija los límites de la Guayana española muy al sud del Orinoco), y es muy sabido que hace autoridad en todas las cuestiones de límites, desde la primordial del siglo pasado entre España y Portugal, hasta la reciente entre el Brasil y la República Argentina. No tenemos que reproducir los elocuentes testimonios que acerca de esta carta han formulado los mayores geógrafos y naturalistas modernos: Azara, Cabrer, Oyárvide, Humboldt, que prácticamente pudieron confirmar la general exactitud de Olmedilla (2). D'Arzac dice de ella que es la « más estimada »; y en cuanto á Humboldt, tiene expresado este magnífico elogio: « casi todas las cartas de la América del Sud que han sido publicadas desde el año 1775, son, en lo que respecta á Venezuela y el Amazonas, una simple copia de la gran carta española de Cruz Olmedilla » (3).

(1) Mapa geográfico de América Meridional, dispuesto y grabado por don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, geógrafo pensionado de S. M. — 1775.

(2) AZARA, *Voyages*, I, 12: « *J'ai copié toutes ces rivières et les côtes qui en dépendent de la carte de D. Juan de la Cruz, gravée en 1775. Cette carte est réputée la meilleure de l'Amérique méridionale* ».

(3) HUMBOLDT, *Personal Narrative*, etc., 111, 28. El ejemplar del mapa de Olmedilla que Humboldt empleó durante sus viajes en América, se encuentra en el gran salón de la *Geographical Society* de Nueva-York. Véase en la bella publicación brasilera presentada al árbitro de la cuestión Misiones, los testimonios que acreditan la importancia excepcional de dicho mapa. Nuestro ejemplar de la Biblioteca proviene del gobierno de Buenos-Aires.

Este documento primordial para las cuestiones americanas de su época, que fué entregado á la Junta Consultiva de límites, y sirvió de *vade-meam* á Floridablanca para el tratado de 1777 y á los comisarios encargados de ejecutarlo, — no se menciona naturalmente por el gobierno inglés, como que, sin exageración ni complacencia, traza la línea de demarcación de las Guayanas, por el Esequibo y el Pomerón, según la curva que Depons ha copiado fielmente; ella penetra bastante más en el territorio venezolano que la del inglés Arrowsmith, representando el arco-subtendido por la cuerda trazada en el mapa adjunto: de suerte que la línea legítimamente española es algo menos favorable que la inglesa (anterior á Schomburgk), para las reivindicaciones de Venezuela.

En cuanto al gran mapa de Arrowsmith (1), lo hemos reproducido en razón de ser menos conocido que el de Olmedilla, y también, como ya dijimos, por representar en esa fecha climatérica de 1810, la opinión oficial del gobierno británico, manifestada en la obra notable del geógrafo de la corona, con referencia explícita á los años 1771-1806, es decir, á la época en que se trataba de la Guayana holandesa y no todavía inglesa.

En la fiel reproducción adjunta, puede el lector seguir la línea que, hasta muy poco antes de pasar la colonia de Esequibo á poder de Inglaterra, fué tenida y aceptada como frontera de Venezuela y Holanda: es la misma que la opinión sensata é ilustrada de la república americana no ha dejado de reclamar, abandonando toda pretensión sobre la embocadura del Esequibo; es la misma que, después de un estudio concienzudo é imparcial, consideramos ajustada á los antecedentes históricos y á los hechos geográficos más sólidamente establecidos.

(1) El ejemplar de la Biblioteca es el del general San Martín: también este otro Cid gana batallas después de muerto.

V

Sin duda que la mejor contraprueba. ó, para emplear el estilo de Bacon, el *experimentum crucis* decisivo en apoyo de nuestra tesis, consistiría en demostrar, con hechos positivos y precisos, que, mientras los holandeses nunca lograron — y apenas intentaron — extenderse más allá del Esequibo y el Pomerón, la zona en disputa fué ocupada en su totalidad por los españoles. Debemos confesar que tal demostración no es posible, repitiendo que de serlo, el litigio se hubiera resuelto al día siguiente de promoverse. Se trata, lo hemos dicho ya, de un territorio en su mayor parte desierto ó vagamente ocupado por tribus salvajes. Pero, lo que sin gran esfuerzo vamos á demostrar irrefutablemente, es que la zona que en realidad puede llamarse litigiosa, dista mucho de abarcar la extensión reclamada por los ingleses, y que esta misma ha sido objeto de continuas acometidas civilizadoras por parte de los españoles, debiéndose su fracaso parcial, más que á la resistencia de los caribes, á los ataques de los holandeses del Esequibo, protectores de los filibusteros y mercaderes de esclavos (1).

En 1734, hallándose en Santo Tomé el gobernador de Cumaná, don Carlos de Sucre, se resolvió dividir en tres partes el territorio de la Guayana al sud del Orinoco, confiando la ocupación y reducción de cada una de ellas, respectivamente, á los misioneros observantes, capuchinos y jesuitas. Los capuchinos catalanès, que poseían de antiguo numerosas poblaciones en la margen izquierda del gran río, ocuparon « el terreno que se comprehende desde la costa del mar (que corre desde la Boca grande del Orinoco) hasta las colonias de Esequibo... » (2).

(1) CAULIN, obra citada, pagina 371 y siguientes. — *Lettres édifiantes*, XVI. — DEPOSS, obra citada, III, página 333 y siguientes. — LA CONDAMINE, *Relation abrégée*, página 115. — La cancillería inglesa reconoce la autoridad de los dos últimos : tómesese nota de ello.

(2) CAULIN, *op. cit.*, página 10.

Los misioneros, débilmente auxiliados por un gobierno vacilante, emprendieron la obra con su reconocida energía y abnegación : en poco más de cuarenta años, siendo gobernador Don Manuel Centurión, tenían fundados en dicha zona treinta pueblos de indios y algunos de españoles, — entre éstos la « ciudad » de Guirior, al este del río Paragua y muy al sud del Cuyuní. La ubicación de algunos de dichos pueblos de indios, según el mapa bastante exacto que acompaña la obra del P. Caulin (1), establece irrefutablemente que la región colonizada comprendía la margen izquierda del Cuyuní hacia el sud, hasta pocas leguas de su confluencia, remontaba el río Yuruari (misiones de San Josef y Upata), extendiéndose por la serranía de Imataca hasta la Guayana vieja, y llegaba, por fin, hasta los ríos Barima, Guaine y Moroco (poblaciones del *Caño de María* y *La Perla*). En suma, y á pesar de enérgicas tentativas, quedó impenetrable una faja litoral de unas veinte leguas de ancho, desde punta Barima hasta el cabo Nasau, fuera de las márgenes del bajo Cuyuní.

Empero, ¿habrá de admitirse por esto que dicha zona limítrofe, no ocupada por los españoles, lo haya sido por sus vecinos y seculares enemigos? Nada menos sostenible. Dejando aparte los derechos históricos ya explicados, la forma invariable con que se caracteriza siempre la ocupación holandesa en la Guayana, destruye toda pretensión fundada sobre *territorium nullius*. Lo que han tenido y cedido á Inglaterra los holandeses, son « establecimientos »: es decir, plantaciones delimitadas y apropiadas por particulares; nunca soberanía y dominio eminente del Estado sobre regiones desiertas. Los dos puntos ó puestos «fortificados», hacia punta Barima y ribera del alto Cuyuní, á que repetidamente se refiere la cancillería inglesa, eran simples apostaderos de mercaderes de esclavos, en connivencia con sus proveedores habituales, los caribes. « Esos

(1) El mapa « ha sido construido por D. Luis de Surville », en 1778 : posterior al de Olmedilla, ha podido aprovecharse de él en sus líneas generales.

campos volantes, para el comercio de esclavos, dice La Coudamine (obra y lugar citados), que se llamaban tropa de rescate, penetraban cada año en las tierras». Caulin, Davin y Depons confirman el carácter depredatorio de esos *puestos de rescate*, de ningún modo asimilables á los *puestos militares* estables que han sido invocados en la decisión arbitral del Tsar, en el litigio franco-holandés (1). «Nada más fácil, decía Depons hacia el año 1800, que reducir los caribes: basta privarles de la protección de los holandeses, por medio de un tratado leal, según el cual éstos reconozcan sus verdaderos límites, que son en la Guayana, el cabo Nasau en la costa y el río Esequibo en el interior (2)».

Restaría hacer el resumen de todos los hechos citados en este estudio. Nos falta ahora espacio para emprenderlo. Pero es tarea tan fácil que, acaso, nos limitemos á haberla indicado. Agrupados y ordenados nuestros argumentos y datos positivos, bastan á destruir párrafo por párrafo la Memoria inglesa, señalando á la sentencia arbitral la única conclusión que se ajuste á la doble realidad histórica y geográfica — es decir, á la equidad.

P. GROUSSAC.

(1) МЕРЮЯНАС, *L'Arbitrage international*, 109.

(2) ДЕПОНС, obra citada, III, 333-334.

MENDOZA EN 1829

(FRAGMENTO DE MEMORIAS PÓSTUMAS DE SARMIENTO)

.
Llegamos á Mendoza en medio de la excitación de los espíritus.

Recuérdese que el doctor Vélez y el Deán Zavaleta habían sido enviados por el presidente Rivadavia á someter la Constitución á los pueblos, como si, donde reinaban López, Bustos, los Aldao, hubiese pueblo.

Reunióse lo más selecto de la Bolsa, pues ya había bolsa comercial con todos los usos y prácticas de las ciudades industriales. Habló largamente el ilustre Deán, exponiendo las ventajas que ofrecía un país constituido para preservar la paz... Y á qué repetir lo que se dijo entonces! Corriánsele las lágrimas al auditorio, no sabiendo que era predicar en desierto, pues los tres hermanos se apoyaban recíprocamente y contaban con Quiroga y Bustos. Pero se creía roto el ensalmo y se imaginaban estar seguros, ahora, de constituir la República, con el general Paz en Córbova, Quiroga derrotado y Mendoza libre.

Cuando llegamos, estaba ya organizado el gobierno y nombrado general en jefe don Rudecindo Alvarado, espectable general de la guerra de la Independencia, haciéndolo, empero, tristemente célebre las derrotas de Torata y Moquegua.

Ningunas conexiones tenía yo en Mendoza, si no es haber estado seis días por intereses mercantiles, salvo un joven sanjuanino allí establecido, don José Ignacio Flores, mi compañero de infancia, pariente además y una de las dos ó tres personas con quienes en mi vida me haya dado de tú.

Tenía Mendoza, como he dicho, Bolsa de comercio, muy frecuentada, en la que se hacían cambios valiosos y ocupaba, además, el lugar que hoy los clubs políticos. La población era numerosa y distinguida, y ciertos días llenaba la alameda famosa plantada por San Martín.

Era, con estas formas exteriores, la segunda ciudad de la República; con una buena biblioteca, gran movimiento comercial, sus tradiciones militares, y con frecuente tránsito de hombres notables de un océano á otro, á través del continente, pues no eran muy frecuentados ni el estrecho de Magallanes, abandonado desde que el adelantado Sarmiento no pudo socorrer á la colonia del Puerto Hambre y Cabrera perdió todas sus anclas; ni el cabo de Hornos, que no fué habilitado derrotero para el comercio, sino después de reconquistado Chile y tomar creces el puerto de Valparaíso.

Ya en 1826, me había llamado la atención su actividad comercial, el movimiento de carretas que llegaban de Buenos-Aires, de carretillas, que cruzaban en todas direcciones las calles, cambiando de lugar las mercaderías, mientras que en San Juan todavía no había carros ni carretillas.

Esta vez, se me presentaba Mendoza, como iluminada por fuegos de bengala, bajo el prisma de las excitaciones de la vida pública y de la guerra, que animan los semblantes, dan tópicos á las conversaciones y lanzan al vecindario en las plazas y las calles, como en Roma, ó más bien como en Mendoza mismo en los tiempos no lejanos de la formación del ejército de los Andes, pronto á lanzarse hacia las costas del Pacífico.

Oíase el martilleo de los artifices en la antigua y bien dotada maestranza, en la que el ex-sacerdote Beltrán ensayó sus misiles y

donde se construían fusiles y, lo que parecería imposible, bayonetas. Divisábase el humo de sus hornos de fundición de balas huecas de cañón. Por todas partes, se encontraban jefes, oficiales y soldados con uniformes (la infantería llevaba morriones con mango), músicos y tambores, caprichosamente ataviados, acaso por los mismos maestros sastres que idearon los uniformes del 1.º, del 7.º y del 8.º de infantería.

En Mendoza habían grandes sabios. Actores y acróbatas daban á su paso funciones, para costear la jornada. En aquella época memorable, vivían los ricos homes que debían perecer más tarde con el general don José Aldao, á manos de los indios.

El general de los ejércitos de Chile y del Perú, don Rudecindo Alvarado, mandaba las fuerzas de la plaza. mientras que los generales José y Francisco Aldao y su hermano, el ex-capellán de granaderos á caballo, tenían la campaña.

En las regiones de la política, descollaban como monumentos, el doctor don Narciso Laprida, presidente del Congreso de Tucumán, objeto de la veneración universal; el doctor Salmas, secretario de Bolívar, y Godoy Cruz, amigo y corresponsal de San Martín. En las letras, don José Calle, que historió aquellos sucesos y redactó conmigo el *Mercurio*, en Chile. Don Juan Gualberto Godoy, el Tirteo de la política de partido, escribiendo el *Coracero*, periódico burlesco y satírico, todo en verso, del género del *Diablo Predicador* de Buenos-Aires, que hizo escuela.

Constituían el núcleo del partido federal, muchas gentes decentes; y, con ideas proteccionistas en favor de sus vinos y cereales, se oponían á la política de bajas tarifas, consideraban á Mendoza la rival de Buenos-Aires y aun hablaban de crearse un puerto al sur oeste, navegando y canalizando el Colorado, que sería el de Bahía Blanca hoy, para exportar y recibir directamente sus mercaderías: tal era la idea de la propia suficiencia que les había dejado el espectáculo de grandes cosas!

El partido liberal era en cambio, numeroso y lleno de actividad:

don Agustín Delgado, ministro de Rivadavia, los Videla de diversas familias, Godoy Cruz, Villanueva, Blanco, Calle, Zapata, Chenaut y centenares más.

En 1829, cuando me incorporé al ejército del general Alvarado, Mendoza alcanzaba su apogeo. Un mes después, el rayo se descargaba sobre su cabeza, y todos aquellos esplendores se disipaban entre ruínas y regueros de sangre! (Batalla del Pilar).

En 1830, perecieron los más ricos en los campos del sur, asilados entre los indios.

En 1831, el coronel Videla Castillo, con dos mil hombres, casi todos veteranos, mandados por jefes de línea, y un regimiento de granaderos de San Juan, de quinientas plazas (que yo había disciplinado bajo las órdenes del coronel Chenaut, á quien hice después general). — se dejó derrotar á campo abierto por Quiroga con doscientos hombres y los presos de las cárceles de Buenos-Aires, estando el caudillo enfermo dentro de una carreta.

La parte culta y liberal de Mendoza, con sus glorias militares, se dispersó entonces para siempre, emigrando á Chile lo más florido de la población. Allí los Zapata fundaron colegios, los Calle redactaron diarios, los Villanueva ejercieron la medicina ó plantaron viñas en Rancagua; como los Viale acabaron por ser banqueros, y los Cobo, cuyo padre introdujo el álamo, fueron dueños del Chañarcillo en que se cortaba la plata á cincel. Dió á Chile, con los coroneles de la Plaza, padre é hijo, soldados aguerridos; secretarios de intendencia con los Delgado y Godoy, calígrafos con Bergmans; y hasta los primeros boteros de Santiago fueron los Sosa, de Mendoza, los que gracias á su talento de verdaderos artistas, pudieron educar sus hijos en París.

¿Qué quedaba de aquella soberbia Mendoza, que aun en su parte federal era culta, y en la que ni la montonera, que era la expresión popular de la federación, tenía asidero, pues la tradición militar de San Martín se perpetuaba por los Aldao, los Recuero y los auxiliares que tan bien representaron á los granaderos á caballo en la Tablada?

Tras el triunfo de los federales, decapitados en la lucha de sus cabos; tras la emigración, que con su triunfo venía ordenada, vino la decadencia; y la crápula, el juego erigidos en sistema de gobierno, con un apóstata, ébrio casi siempre, para ocultarse á sí mismo las manchas cancerosas de su oprobio.

Hasta que un día, á la víspera ya de recibir Mendoza el bautismo de la regeneración, sin anuncios, sin aquellos ruidos subterráneos que corren como multitud de carros rodando por el empedrado, sin los sacudimientos que precedieron á la desaparición de Herculanium y Pompeya bajo las cenizas del Vesuvio: la tierra se estremeció, bamboleó como si le faltaran sus cimientos, y la ciudad se tendió sobre la superficie, cayendo muerta de un golpe y apretando bajo las ruínas de templos, palacios y habitaciones, á los cuatro quintos de sus moradores!

Las ciudades coloniales son la morada exclusiva de la población europea, y á no sobrevenir el terremoto en la época de la vendimia, cuanto había de propietario y de culto habría perecido aquel infausto día.

Llegué antes de cumplirse un año de la catástrofe, á devolver con las armas de Buenos-Aires, el puesto que á los supervivientes, reservaba el triunfo definitivo de las instituciones libres.

Ay! sólo permanecía inmutable, excelso, majestuoso, el Tupungato, cuya nevada cabeza se divisa desde los confines de San Luis, y parece un centinela de la eternidad para contar los días de las obras de los hombres!

Un antiguo pino de parasol, como los que decoran el paisaje de Nápoles ó de la campaña de Roma, se conservaba, si no tan inmóvil, impasible en medio de las ruínas, marcando el lugar que fué el claustro de San Francisco. Y hacia el oeste, siguiendo la dirección de las montañas vecinas que cierran el horizonte ocultando las cordilleras nevadas, la negra y espesa línea de los álamos semi-seculares que dejó San Martín, y á cuya sombra, como lo único duradero— que es lo que crea el genio,— se acogieron por largo tiempo las fami-

lias medio desnudas, esperando que se levantara una techumbre hospitalaria.

Acudían ese 1° de enero de 1862, á saludar al antiguo compañero de armas, los unos: al emigrado animoso que había en Chile enseñado á esperar contra la esperanza, al enviado de Buenos-Aires con la verdad de las instituciones; salían á saludarlo los que habían salvado de la catástrofe, envueltos en ponchos de toscó tejido, que no disimulaban camisas reñidas con todo decoro; — porque en las grandes desgracias públicas, se hace gala del mal común, la pobreza y el desaliño. Hasta de la enfermedad reinante se envanece el hombre; y, en los tiempos calamitosos, surgen como productos naturales, las figuras de tercer orden en la política y los sargentones en la milicia.

El gobierno del coronel Nazar y el del comandante Videla, ambos forasteros, fué lo que quedó en pie tras del terrible sacudimiento; y como en las ruinas se albergan las fieras, de allí salió la invasión á San Juan, sin motivo, y la mortandad á LANZA SECA: todo el fruto del triunfo de los Aldao en 1829.

No debo dejar subsistente este cuadro de la abominación de la desolación, sin correr el *diorama* que principia con la entrada del teniente coronel Sarmiento en Mendoza; pasan muchos años, cuando en el que escribo estas reminiscencias, me hace el señor Balmaceda, ministro plenipotenciario de Chile, una descripción de Mendoza que acaba de atravesar y resumiré en breves pinceladas.

De una calle central de cuarenta varas de ancho, como los *Broadways* de las grandes ciudades modernas, pero sombreadas las amplias aceras por hileras de álamos de la Carolina, gloria de Mendoza, parten en ángulos rectos, calles de veinte varas que dan entrada á la ciudad moderna. Si los antiguos conventos no lanzan aquí y allí sus torres, como si quisieran disputarles en audacia á las cúspides de las frondosas masas de árboles que en la perspectiva semejan bosques, la Escuela Sarmiento se alza como nuevo templo; y en lugar de monjas Catalinas, está la Escuela Normal de niñas en edificio

todavía más espléndido; San Nicolás se ha convertido en Quinta Agronómica y á los Aldao se suceden los profesores.

Aún quedan resabios de fuerza, y ambiciones que cuentan abrirse paso con el sable. El ladrón con escalamiento y fractura no desaparecerá por cierto; pero dando mayor consistencia á las murallas y reforzando y perfeccionando las cerraduras, los casos vendrán á ser más raros.

Cuando el jurisconsulto Vélez oía hablar de casas y murallas de mimbres y barro, tras del temblor en Mendoza, objetaba que tales construcciones hacían inoficiosa la sabiduría de las leyes, inútil la distinción de los delitos é imposible la aplicación de las penas. El dinero debe cerrarse en caja de fierro, bajo cerradura; si lo ponemos en la calle, casi no hay delito en apropiárselo.

Las instituciones son las cerraduras.

D. F. SARMIENTO.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

I

De todas las literaturas sud-americanas, ninguna es tan poco conocida entre nosotros como la del Brasil. De tarde en tarde, con mayor ó menor dificultad, jadeante y fatigado por la larga travesía, recibimos uno que otro libro de nuestros hermanos del Perú, de Méjico, de Venezuela ó Colombia. Sin ser un caso común, á veces un nombre dotado de mayor resonancia, rompe la indiferencia reinante y vence la incomunicación intelectual que separa las secciones de nuestro continente. Sólo por una rara excepción, una obra nacida bajo una estrella propicia, adquiere entre nosotros carta de ciudadanía, como acontece con ese tierno idilio que Estrada tuvo el mal gusto de comparar con *Graziela*; y la *María* de Jorge Isaacs, se convierte en el breviario amoroso de las cándidas imaginaciones de quince años. El grueso de la producción científica ó literaria, la historia, la crítica, los estudios jurídicos, están destinados á reposar, como en una muda necrópolis, en las bibliotecas públicas ó en medio de las colecciones valiosas de los eruditos de raza, que sólo muy raras veces hojean sus páginas polvorosas. Este triste des-

tino, es el lote general de toda la labor intelectual del nuevo mundo. En cuanto respecta á nosotros, los únicos nombres literarios que han salvado las fronteras de la patria son los de Guido Spano y Andrade, para no referirme al de Mármol, algo envejecido, pero cuyas imprecaciones contra Rosas despiertan todavía el entusiasmo de una parte de la juventud sud-americana. Las huellas de Sarmiento y Alberdi quedan grabadas en Chile, aunque menos vivientes que las de don Andrés Bello; pero sería excusado buscar fuera de aquel país y del escaso número de iniciados á que acabo de referirme, quienes conozcan los *Recuerdos de Provincia* ó la *Peregrinación de Luz del Día*. Del mismo modo ¿á cuántos de nuestros jóvenes escritores son familiares las producciones de Ruy Barbosa, de Joaquín Nabuco ó de José Carlos Rodríguez; las novelas de José de Alencar ó de Machado de Assis; los ensayos críticos de Silvio Romero, de José Verissimo, de Carlos de Laët, de Araripe Junior? ¿Cuántos de los apasionados de *María*, sospechan que existe en el Brasil una dulce hermana de la heroína de Isaacs, aquella hermosa *Inocencia*, cuya historia ha referido en una obra encantadora el vizconde de Taunay?... Y para venir á los hombres de la nueva generación, ¿quién sospecha la existencia de artistas distinguidos, de poetas refinados y pensadores eminentes, como Eduardo Prado, Coelho Netto, Raul Pompeia, Alfonso Celso, Lucio de Mendonça, Raimundo Correa, Olavo Bilac, Aluizio Acevedo, Medeiros y Albuquerque, Rodrigo Octavio, João Ribeiro, Fontoura Xavier y tantos otros que sería largo enumerar?

Por mi parte, no vacilo en confesar que, sorprendido de la variedad y valor real de la producción literaria brasilera, me he preguntado más de una vez, cómo es que ella puede pasarnos hasta hoy casi inapercibida. El Brasil está ligado á nuestro país por vínculos estrechos. Nuestra historia política está en contacto con la suya, desde la época colonial. Hemos cruzado nuestras armas en guerras gloriosas, hemos favorecido juntos el nacimiento de otras nacionalidades, hemos luchado después en las mismas filas, en una campa-

ña brillante pero deplorable; nuestros intereses comerciales son solidarios y los productos de nuestro suelo se complementan; la extensa línea de nuestras fronteras facilita la amistad de pueblo á pueblo; nuestras grandes capitales, los centros pensantes y dirigentes de ambos países, están á penas á tres días de navegación; finalmente, hemos vaciado en el mismo molde nuestras instituciones políticas y hemos chocado con los mismos obstáculos al llevar á la práctica sus principios liberales. ¿Cómo comprender, con estos antecedentes, el alejamiento respectivo en que vivimos? ¿cómo disculpar la mutua ignorancia en que nos hallamos de nuestras modalidades nacionales, de nuestras virtudes nativas, de nuestro estado de civilización y de cultura, de la forma é importancia de nuestra producción intelectual?

El examen de estas cuestiones, exigiría largos desenvolvimientos y acabaría por llevarme lejos de la materia de estas páginas. Ante todo sería necesario dilucidar este punto: ¿tenemos realmente una cultura artística propia, algo que pueda llamarse una literatura nacional, y estamos en condiciones de tenerla? ... ¿Podemos abrigar la pretensión de haber conseguido lo que es todavía un *desideratum* para naciones que han llegado al grado de desarrollo de los Estados Unidos?... Parece suficiente plantear el problema para resolverlo. Allí como acá, la acción de las mismas causas ha producido resultados análogos, sin contar con resistencias peculiares á nuestro medio y que actúan en él con intensidad perniciosa. Los primitivos colonizadores sud-americanos y sus descendientes, á par de los del norte, no han tenido tiempo que consagrar todavía al cultivo del espíritu. Necesitaban conquistar la naturaleza, antes de admirarla; debían alimentarse y vestirse antes que analizarse á sí mismos. Refiriéndose á los segundos, dice un crítico inglés: «Mientras Dryden, Pope y Addison, pulían estancias y añadían nuevas gracias á la prosa inglesa, ellos descuajaban árboles, navegaban ríos y fertilizaban valles... La lucha de la independencia, absorbiendo todas las energías de la nación, desarrolló genios militares, estadistas y ora-

dores, pero fué hostil á lo que puede llamarse bella literatura. En suma, el pueblo de los Estados Unidos tuvo tiempo para ejecutar su *Iliada*, pero no tuvo para cantarla. » (1) También nos ha faltado á nosotros ese tiempo, y esperamos todavía al artista inspirado que perpetúe en el verso, los cortos accidentes de nuestra ingénua epepeya.

Esta similitud de desenvolvimiento, en diferentes proporciones, hace que sea fácil aplicar al estado intelectual de las naciones del sud, si bien en una escala mucho más limitada, algunas de las observaciones generales que la crítica moderna formula respecto á los americanos del Norte. Así, en lo que respecta al Brasil, su literatura colonial no es sino un vivo retoño del tronco portugués, como las manifestaciones espirituales de los Estados Unidos, se pierden en el vasto tesoro de la Inglaterra. Á pesar de una que otra nota personal, es exacto el juicio de Fernández Pinheiro (2); y en esos gloriosos precursores que se llaman Durão, Basilio da Gama, Caldas, los Alvarengas, Claudio Manuel da Costa, se observa el reflejo del pensamiento de los poetas de ultramar y algo como un éco lejano del oráculo de Coimbra (3). Los brasileros podrían encabezar la lista de sus vates con el nombre de Camoens, con igual derecho al de aquella dama americana que, á una pregunta respecto á los poetas de su nación, que le dirigió un crítico inglés : « Entre otros, — respondió — contamos con Chaucer, Shakespeare y Milton ». Pero no se detiene en esto sólo la semejanza señalada. Aquí como allí, la influencia del medio modificó profundamente el alma de la raza colonizadora. Las condiciones físicas y las circunstancias morales de los estados del Norte amoldaron al anglo-sajón « aproximando sus hechos á los del hombre rojo y estampando en él un nuevo carácter ».

(1) JOHN NICHOL, *American Literature*.

(2) FERNÁNDEZ PINHEIRO, *Curso elemental de literatura nacional*.

(3) La misma observación hace Fernando Wolf, en su *Histoire de la littérature brésilienne*, al ocuparse de los diversos periodos en que se divide esta literatura.

Mientras en Europa los poetas no miraban á la naturaleza sino para señalar el contraste de su permanencia con la inestabilidad de la vida humana, en América es la extensión inmensa de la naturaleza lo que asalta á la mente, es la infinidad del espacio, más que la infinidad del tiempo, lo que se pone frente á frente con la transitoria existencia del hombre (1). Refiriéndose á esa influencia, un crítico brasilero explica la originalidad de algunos productos de la literatura de su patria, por lo menos en los primeros siglos de su existencia, analizando el fenómeno que denomina de « obnulación ». Consiste este fenómeno en la transformación porque pasaban los colonos atravesando el océano Atlántico, y en su posterior adaptación al medio físico y al ambiente primitivo... « Dominados por la rudeza del medio, embriagados por la naturaleza tropical, abrazados con la tierra, todos ellos se transformaban casi en salvajes ; y si un núcleo fuerte de colonos renovado por continuos viajes, no los sostenía en la lucha, raro era que no acabasen pintándose el cuerpo de jenipapo y urucú, y adoptando las ideas, las costumbres y hasta las brutalidades de los indígenas » (2).

La influencia de nuevas gentes, la facilidad del contacto con los pueblos del viejo mundo, las corrientes inmigratorias, que se difunden en todos los ámbitos del país, y que luchan sin tregua por el sometimiento de la naturaleza, son otras tantas causas que en el Brasil concurren para que la acción del medio se debilite, en detrimento de la originalidad individual. Consecuencia de estos hechos, es el espíritu de imitación que estraga la cultura intelectual de aquella nación, como estraga la república del Norte. « En gran parte, escribe un crítico á este respecto, la literatura de la última no es sino una prolongación ó continuación de la de Europa. Artistas nativos han perseguido su ilustración en el exterior, buscando las fuentes, las reglas y las sanciones de su arte en el viejo mundo. Sus temas

(1) NICUOL, obra citada.

(2) ARARIPE JUNIOR, *Literatura Brasileira*. Gregorio de Mattos.

frecuentemente son europeos, el modo de tratarlos todavía más ; y su más alta ambición, como la de todos los colonos, ha sido la de recibir un fallo favorable, no de la tierra de su nacimiento, sino de la de sus antepasados. Entre sus primeros escritores de nota, Franklin fué un discípulo práctico de Locke ; Jefferson, de la revolución francesa. Más tarde los americanos han seguido á los franceses en el traje, en el paseo, en la cocina y la arquitectura, y á los ingleses y alemanes en el pensamiento : *Their bonnets are Gallican, but their books are Teutonic.* También en el Brasil, la inmensa mayoría de los libros, delatan como una especie de infiltración del espíritu de los maestros extranjeros. Los que aspiran á poseer una literatura aborígen y un arte indígena, se sublevan contra este sometimiento del espíritu y claman por « una independencia moral », como complemento de la independencia política. ¿ Pueden aspirar á ella nuestros vecinos y jactarse de poseer un « espíritu brasilero », cuando no tienen todavía una nacionalidad formada y homogénea, y una verdadera etnografía moral ? ...

Un escritor distinguido, en un libro reciente sobre los orígenes del cosmopolitismo literario francés, da una respuesta que me parece decisiva: « Como las especies animales—dice Joseph Texte—las razas no son inmutables é impenetrables, sino por el contrario, como esas especies mismas ellas se cruzan y se transforman por medio de cruzamientos. Hace ocho ó diez siglos que se efectúa, de un extremo de Europa á otro, un comercio y un cambio de ideas, y que la Alemania vive del pensamiento francés, la Inglaterra del pensamiento alemán, la España del pensamiento italiano, y cada una de esas naciones sucesivamente del pensamiento de todas las otras. El estudio de un sér viviente se compone, en gran parte, del estudio de las relaciones que lo unen á los seres vecinos. Del mismo modo, no hay literatura cuya historia se encierre en los límites de su país de origen. »

II

Todos estos problemas merecen, sin duda alguna, el estudio de nuestros escritores y exigen que se les preste una atención detenida. Ellos serán dilucidados un día, cuando nuestra mirada domine los horizontes intelectuales de nuestro vasto continente. El análisis de la producción literaria del Brasil ofrecerá entonces un amplio campo á las observaciones del crítico y del filósofo. Por el momento, no conozco nada escrito entre nosotros respecto á ese gran país, á no ser un interesante análisis de la *Confederação dos Tamoyos*, el poema de Magalhaes, escrito por Juan María Gutiérrez; algunos juicios literarios de Ernesto Quesada; la soberbia descripción de un trozo de naturaleza fluminense, que encuadra una de las bellas escenas del *Fruto Vedado* de Groussac, y las páginas ligeras que le dedicó Sarmiento, en sus hermosos *Viajes*, — ampliadas y rectificadas en parte algunos años más tarde, después de sus largas pláticas con el joven Emperador y sepultadas en un viejo libro difícil de encontrar hoy. En ellas, está impresa la garra pujante de nuestro gran escritor y, á pesar de sus descuidos de forma, merecen sacarse de la obscuridad del olvido en que reposan, y donde escasos neófitos tienen el valor de buscarlas.

Sarmiento visitó «este cráter abierto en cuyo interior está fundado Rio de Janeiro», en febrero de 1846. Desde luego, sintió el deslumbramiento tropical, notando cómo á su influjo «la vida bulle por todas partes, menos en el hombre, que se apoca y anonada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de la producción». Á esta primera sensación física, sucede luego una penosa impresión moral y el cuadro de la esclavitud se le presenta en toda su deformidad: «Larga récua de negros encorvados bajo el peso de la carga, seguían al trote, al mandrin que en la delantera

agitaba sonajas de cascabeles y campanillas. Negros arrieros cerraban la procesión, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas humanas, y aquella bestia en dos pies, lejos de gemir bajo el peso, canta para animarse con el compás de su voz; al oirla, en coro con la de los que la preceden y la siguen, se siente hombre todavía, y prevé que hay un término próximo á su fatiga: el muelle donde las naves cargan, y un fin lejano, la muerte, que cura todos los dolores». Esta vibrante pintura es digna de compararse con las expresiones de Ruy Barbosa en una de sus más elocuentes conferencias abolicionistas. Como este distinguido escritor, Sarmiento muestra los estragos del cáncer de la esclavitud y la relajación que á su amparo se produce en todos los vínculos sociales. El crimen cometido contra una raza y consentido por la moral pública, dice, va deponiendo lentamente sus gérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar á la larga una de aquellas grandes é infalibles compensaciones, con que el mal se equilibra en el mundo moral, tornándose siempre en desagravio de los oprimidos». No obstante, sobre todas estas impresiones, domina la admiración entusiasta, el delirio de la imaginación, excitada por los esplendores de una naturaleza exuberante... « Los mismos insectos son carbunclos ó rubíes; las mariposas, plumillas de oro flotantes; pintadas, las aves que engalanan penachos y decoraciones fantásticas; verde esmeralda la vegetación, embalsamadas y purpúreas las flores; tangible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas á fuego las nubes, roja la tierra, y las arenas entremezcladas de diamantes y topacios. Paséome atónito por los alrededores de Rio de Janeiro y, á cada detalle del espectáculo, comprendo que mis facultades de sentir no alcanzan á abarcar tantas maravillas. Desde el mar, llégase á un estrecho pasaje que custodian de pie el gigantesco Pan de Azúcar, y una extraña figura de cadáver humano que parece un rey Borbón tendido sobre su tumba... Botafogo tiene una bahía aparte, que semeja un lago tranquilo, casi encerrado por promontorios coronados de palmeras, y á su espalda se levanta el Corcovado, in-

menso fragmento de granito que se avanza de una manera amenazante sobre la línea perpendicular, como si el núcleo de la montaña hubiera querido sacar la cabeza, en medio de las convulsiones de la agonía, á respirar el aire libre, sofocado por las masas de vegetación: yerbas, arbustos, árboles, enredaderas, amontonadas, superpuestas, intrincadas é impenetrables que la cubren, desde la base hasta los cuatro quintos de su elevación total». Al lado de estas pinturas, llenas de color y de fuerza, resalta la observación política, el ataque á las preocupaciones nativistas de la política imperial, la crítica de la administración pública, y finalmente una alusión pasablemente impertinente al Emperador, á quien, por felicidad, después de haberlo juzgado con notable desparpajo, Sarmiento «según el testimonio de un personaje distinguido», presenta como un «excelente joven que no carece de inteligencia, aunque su juicio está retardado por la falta de espectáculo y las malas ideas de una educación desordenada».

Conviene leer estas páginas, en medio del Brasil actual, transformado por el progreso, renovado hasta los cimientos por el cambio radical de sus instituciones, purificado por la extinción de la esclavitud, y entonces se encuentra en ellas un gran encanto retrospectivo. Por otra parte, son altamente sugestivas, y en la franqueza ruda y varonil de sus rasgos, demuestran que, como más tarde lo reconoció su autor, muchos de sus juicios, hechos á la ligera «con la precipitación del viajero que por ver una sirvienta tuerta cree que todos los habitantes del país que atraviesa son tuertos», obedecen á «esas preocupaciones que nos han trasmitido los españoles sobre los portugueses, y que hacen que, antes de llegar al Brasil, estemos ya dispuestos á juzgarlo por el lado desfavorable». El mismo Sarmiento, en efecto, en su segunda visita á Rio de Janeiro, en 1852, cambia el tono de su estilo y contempla el Imperio y su joven soberano con ojos más simpáticos y mayor sagacidad y criterio.

« He sido recibido por el Emperador — escribía á Mitre — con

una indulgencia y atención que á veces lo hacía derogar de las formalidades de la etiqueta. La cuestión del Río de la Plata ha llamado la atención de este gobierno sobre la historia, las costumbres, los hombres y las cosas de nuestro país... El Emperador, joven de veinte y seis años, estudioso y dotado de cualidades de espíritu y de corazón que lo harían un hombre distinguido en cualquiera posición de la vida, se ha entregado con pasión al estudio de nuestros poetas, publicistas y escritores sobre costumbres y caracteres nacionales. Echeverría, Mármol, Alberdi, Gutiérrez, Alsina, etc., son nombres familiares á su oído, y por lo que á mí respecta, hábiame introducido favorablemente *Civilización y Barbarie*, hace tiempo, con la primera edición, habiéndose procurado después *Sud-América*, *Argirópolis* y *Educación Popular*... »

Los caracteres duros, enérgicos de los caudillos retratados por Sarmiento, las figuras sanguinarias de Facundo, del Fraile Aldao, la sagacidad de Calibar, y el espíritu caballeresco de aquel soldado, negro como Oteló y noble como un paladín medieval, que se llamó Barcala, interesaban particularmente al Emperador, que insinuó á su autor lo interesante que sería un libro exclusivamente consagrado á la pintura de esos tipos.

« Para explicarle la causa de esas originalidades que lo sorprendían, — continúa Sarmiento — tuve ocasión de detenerme sobre muchos otros que aún no están trazados, y que todos participan del carácter anormal que hace nacer nuestra vida incierta y precaria, como aquellos pinos de la Noruega, cuyos troncos asumen la forma particular que ha servido de modelo para la construcción de los faros, y cuyas raíces se prolongan desmesuradamente hacia el norte, á fin de resistir á las tempestades de los climas glaciales que á cada momento amenazan echarlos por tierra. » Un día, en el cielo diáfano de la amistad entre el Emperador y el escritor argentino, surgió una nube amenazante. Fué inútil que Sarmiento olvidara mencionar « ciertos *Viajes por Europa, África y América*, en cuyo primer tomo se registra una malhadada carta sobre el Brasil ». El

monarca era un lector insaciable, y conocía aquella obra, donde se le retrata bajo una faz poco favorable. Algunas palabras pronunciadas por él en el curso de la conversación, pusieron sobre aviso al autor de los *Viajes*, y provocaron una franca explicación de su parte, que satisfizo por completo á aquel corazón magnánimo, que se llamó Don Pedro II.

« El Emperador, — dice Sarmiento — seguía con interés el hilo de mis ideas, apoyando cada frase con un movimiento de cabeza en señal de afable asentimiento, y, dirigiendo de vez en cuando sus miradas hacia los individuos de su séquito, que escuchaban nuestra conversación, parecía decirles : ¿ No oyen ustedes, como es lo que yo les decía ? Felizmente este lenguaje de mi parte, ni aires de lisonja tenía, ni era nuevo para el Emperador. En el momento del asalto de Monte Caseros, el mariscal Marques por un lado y yo por otro, nos encontramos sobre el terreno circunscrito del combate, y como ya hubiésemos hablado largamente sobre la poca estimación en que teníamos al soldado brasilero, me dijo, al estrecharnos con entusiasmo las manos en felicitación de nuestro triunfo : « V. S. es testigo de la conducta de nuestras tropas en el campo de batalla. » — « Si, señor Brigadier: las he visto pelear, y les ha cabido la fortuna de ganar hoy dos batallas, una contra Rosas, y otra contra las preocupaciones vulgares que las desfavorecían. » Estos conceptos, que después se me pidieron por escrito, le habían sido transmitidos al Emperador, y él mismo me lo había recordado. Sobre el Brasil, hablaré otra vez, y acaso ahorre desaciertos á nuestra política el apreciarlo en su verdadero valor... »

Por desgracia, esta promesa nunca fué cumplida, y solamente ahora puede decirse que ha desaparecido la falsa leyenda que, durante tanto tiempo, ha desfigurado ante cada una de ellas, el carácter de nuestras dos naciones, retardando su completo acuerdo y la hora no lejana en que se estrecharán indisolublemente sus vínculos políticos, haciéndolas cooperar unidas al progreso y la civilización de la América latina.

He creído que tal vez no estaría de más, para ayudar á este fin, estudiar de una manera general y sintética el movimiento actual de las letras en el Brasil. La actividad intelectual de aquella nación es superior, sin duda alguna, á la que presentan sus hermanas del continente. Ella puede mostrar con orgullo, en el pasado y en el presente, un núcleo compacto de sabios, de escritores y de estadistas dignos de figurar en cualquiera de los centros más avanzados del viejo mundo. Una instrucción metódica y seria, en que han predominado los estudios clásicos, un género de vida más reducido que el nuestro, menos subordinado á los atractivos del placer y á los esplendores y el refinamiento de un sibaritismo elegante, una larga época de tranquilidad y de desarrollo pacífico, bajo una administración tranquila y de móviles elevados, — todas estas causas aunadas á la inteligencia natural de sus hombres, á las tendencias artísticas de la raza y á las ventajas de un medio más igual, más interesado en las cosas del espíritu, — han propendido á dar al Brasil una cultura literaria más sólida y original que la de las otras naciones sud-americanas. En cuanto respecta á nosotros, es bien sabido que todos los impulsos progresistas de nuestra historia, han sido marcados por largos y profundos retrocesos. La lucha por la independencia interrumpió, cuando apenas se iniciaban, las tentativas de toda una generación para conquistar los ásperos frutos de la ciencia y las dulces adquisiciones del arte. Los primeros graduados del *Colegio de Ciencias Morales*, fundado por Rivadavia, estaban condenados á tener una madurez ficticia y prematura, en esas *serres chaudes* de la proscripción á que los sometió la tiranía. Cuando se piensa en los medios de educación con que, en su época, contaron un Sarmiento ó un Mitre, la simpatía y el respeto que inspiran estos hombres excepcionales, se une á un sentimiento de asombro por la fuerza nativa con que se sobrepusieron á todos los obstáculos opuestos á su desarrollo natural. Un solo detalle histórico basta para señalar la diferencia que existe, á este respecto, entre el Brasil y la República Argentina. En 1838, se fundaba en Río de Janeiro el *Instituto Histórico y Geográ-*

fico Brasileiro, asociación que subsiste hoy y á la cual han pertenecido todos los hombres eminentes de aquella nación. El cultor de las letras, el investigador tranquilo y asiduo de la historia patria, encontraban un centro propicio y silencioso, en que unir sus esfuerzos y colaborar en la obra benéfica de su civilización y su progreso moral. Ay ! en aquel mismo año, las sombras de la dictadura trataban de apagar todos los destellos de la inteligencia argentina ! Alberdi se alejaba de la tierra de su cuna, para no deprimir su alma jurando fidelidad al déspota, é iba á encontrar en playas extrañas á Sarmiento, á Mitre, á Mármol, á Gutiérrez, dispersos por la ola de la barbarie. ¿ Quién puede calcular cuál sería el grado de nuestro desarrollo, si elimináramos de nuestra historia medio siglo de anarquía y de guerras intestinas ? No nos sintamos, pues, empequeñecidos al ver que otros pueblos más felices, pueden mostrar un catálogo más extenso de tesoros intelectuales. Constatemos el hecho simplemente, tratando de eliminar las causas que en el futuro pueden poner nuevas trabas á la expansión de nuestra genialidad nativa.

III

La historia de la literatura brasilera ha sido estudiada especialmente por Ferdinand Wolf y por Silvio Romero (1). La obra del primero, anticuada y difícil de encontrar hoy, abarca un período relativamente extenso de la vida intelectual, pero se detiene precisamente en el umbral de la época contemporánea, en que el movimiento de las letras en aquel país ha sido más activo y presenta aspectos más variados. La tentativa de Silvio Romero es más audaz y más

(1) Especialmente en la *Introdução a historia da litteratura Brasileira* (1882), y en la *Historia da litteratura Brasileira* (dos gruesos tomos publicados en 1886). Además de estas obras, el señor Romero ha escrito varias sobre *A Philosophia no Brasil*; *Etnographia Brasileira*; *Estudos sobre a Poesia Popular*; *Litteratura Contemporânea*; *A Litteratura Brasileira e a critica moderna*, etc.

trascendental. Ella se inicia con un estudio del Brasil, de sus elementos etnográficos, de la constitución de su pueblo, del medio y las modificaciones operadas á su influjo, y extrae de todos estos datos lo que llama la psicología nacional, siguiendo las huellas abiertas por Buckle y Gervinus, por Taine y por Renan, y mostrando las relaciones de la vida intelectual con la historia política, social y económica de la nación. Las primeras páginas de esta obra meritoria explican el método seguido por su autor, y la división de sus estudios en cuatro grandes fases que enumera del siguiente modo : *Período de formación* (1500-1750); *período de desenvolvimiento autonómico* (1750-1830); *período de transformación romántica* (1830-1870); y *período de reacción crítica* (1870 hasta nuestros días). Esbozadas las tres primeras partes de este vasto trabajo, la última no ha sido estudiada por el autor de una manera sistemática, si bien, en sus publicaciones dispersas, tiene sobrados elementos para terminar el amplio cuadro que ha sido el primero en diseñar y cuyas líneas generales presentan un interés real.

Es difícil dar una idea concisa de la *Historia de la Litteratura*, por el carácter especial de esa producción y por el variado material aglomerado en sus páginas. Desde luego, se nota una diferencia sensible en el tono y en el estilo, entre la introducción filosófica á que antes me he referido, y la parte crítica é informativa que constituye el núcleo principal del extenso libro. Publicada esa introducción en 1881, en las páginas de la *Revista Brasileira*, contenida ya en germen en un opúsculo brillante que salió á luz dos años antes (*La Litteratura Brasileira y la crítica moderna*), se advierte que ella ha sido pensada, refundida y revisada muchas veces, hasta tomar la forma definitiva con que aparece en la *Historia de la Litteratura*, quedando lo más científico y fundamental que se ha escrito en el Brasil sobre la materia que analiza. Sus conclusiones son citadas frecuentemente por los escritores del día, que consideran con justicia al señor Romero como un valeroso precursor. Sin duda, otros nombres figuran al lado suyo en el terreno de la crítica, otros

autores dotados de modalidades propias y de personalidad perfectamente definida. Los sagaces y eruditos artículos de Tristan de Alencar Araripe, sobre *Gregorio de Mattos* y la escuela bahiana del siglo XVI, tanto como sobre José de Alencar y la novela contemporánea; los distinguidos *Estudios Brasileiros*, de José Verissimo, en que la nitidez de la forma se une á un buen gusto que nunca flaquea, figuran al par suyo. La obra de Romero, sin embargo, es original y digna de estudiarse, bajo más de un concepto. Ella abarca un conjunto mayor, domina un horizonte más dilatado, y, á pesar de una que otra digresión en que el tono agrio de la polémica parece alterar la serena equidad de su criterio, es generalmente imparcial y hace oír en todos sus juicios el acento honrado de la convicción y la sinceridad.

Para el señor Romero, la historia del Brasil es « la historia de la formación de un tipo nuevo por la acción de cinco factores, formación sextiaria en que predomina el mestizaje. Todo brasilero es un mestizo, cuando no en la sangre, en las ideas. Los óperarios de ese hecho inicial han sido: el portugués, el negro, el indio, el medio físico y la imitación extranjera ». La literatura del Brasil, en consecuencia, se reduce á un proceso de adaptación de las ideas europeas á la sociedad americana. Inconsciente en los tiempos coloniales, hoy ella trata de ser comprensiva; de la imitación servil de los primeros tiempos, ha pasado á la selección científica y literaria. El señor Romero encuentra que el botánico bávaro de Martius, conocido por sus trabajos apreciables sobre el Brasil, ha resuelto el problema de cómo se debía escribir la historia de aquella nación, acogiéndose al gran principio moderno de las nacionalidades, y situándose en un punto de vista etnográfico, desde el cual se puede dominar los demás elementos del pueblo brasilero. Los juicios de Buckle, á propósito de la tierra de su nacimiento, le parecen injustos é incompletos (1). Es indudable, para

(1) « Las civilizaciones antiguas desenvolvieron en los países donde las condiciones de la vida eran fáciles, en las penínsulas, á la margen de los grandes ríos, donde eran

él, que el clima ejerce una influencia marcada sobre el hombre; y á este respecto cita las admirables páginas de Michel Lévy, en su *Traité d'hygiène*, sobre el efecto de los climas ecuatoriales en el hombre. Ese cuadro elocuente de fenómenos mórbidos le parece exacto, y no vacila en afirmar que él explica « la precocidad de los talentos de su raza, su extenuación pronta, la facilidad que ella tiene en aprender y la superficialidad de sus facultades inventivas ». Se trata, lo he dicho ya, de un espíritu independiente y varonil, de un hombre de convicciones y de principios firmes. Debemos escucharlo, en el desarrollo de sus ideas, en el juicio sintético que hace de la vida intelectual del Brasil, aunque no creamos del todo fiel la pintura que nos traza en estos párrafos vibrantes :

« El trabajo intelectual es en el Brasil un martirio; por eso producimos poco; nos cansamos pronto; envejecemos y morimos de prisa. La nación necesita más de un régimen dietético acertado, que de un régimen político. El brasilero es un sér desequilibrado, herido en las fuentes de la vida; más apto para quejarse que para inventar, más contemplativo que pensador; más lírico, más amigo de sueños y de palabras retumbantes que de ideas científicas y demostradas. No tenemos filosofía, ni ciencia, ni la gran poesía impersonal de un Shakspeare ó de un Goethe; tenemos el palabrerío gárrulo, el misticismo del beaterio enfermo y fanático de un lado, y de otro, los devaneos fútiles de la impiedad impertinente y fácil; en la poesía, el lirismo subjetivista, mórbido, inconsistente, vaporoso, nulo. La nación no ama de frente á la naturaleza, ni se une á ella por la ciencia ó por el arte. Los jóvenes casi nunca tienen una inspiración suya, nacional, brasilera; no neutralizan la debilidad ingénita de nuestro espíritu por el régimen saludable de la ciencia,

abundantes el calor y la humedad. Sólo el Brasil, para el filósofo inglés, abre una excepción á la regla; por causa de los vientos alisios, de las lluvias torrenciales, de las miasmas... que hacen aquí á la naturaleza superior al hombre... Esa doctrina, además de ser falsa, en la descripción general del clima brasilero, es en demasia exterior, es cosmológica por demás.. » (SILVIO ROMERO, *Historia da Litteratura*, pág. 18).

por el estudio sereno y por la higiene del cuerpo. No conocen los secretos del pensamiento personal y autonómico, ni procuran armonizar sus ideas con los arrobos de nuestra naturaleza... Es la razón de toda esa galería patria, melancólica y sombría, de tísicos é histéricos, muertos antes de llegar á los treinta años, donde están Álvarez de Acevedo, Casimiro de Abreu, Bernardino Ribeiro, Castro Alves, Junqueira Freire, Macedo Junior, Dutra y Mello, Franco de Sá y muchos otros, extenuados al sol de la patria, es cierto; pero también desorientados por las quimeras de una educación misantrópica y perjudicial... Todos esos jóvenes son un mal ejemplo para los jóvenes del día; necesitamos tipos más varoniles, luchadores más valientes. El gran prestigio de la ciencia y de la industria modernas está en el poder de neutralizar las influencias deprimentes del mundo exterior... La acción del medio físico en sociología y en literatura puede determinarse por el clima, por el aspecto geológico y topográfico del país, por la alimentación del pueblo. En cuanto á ésta, consistente entre nosotros, por la mayor parte, en féculas y legumbres, es poco nutritiva é incapaz de vigorizar un pueblo sano. Exceptúanse los habitantes de las zonas pastoriles del Norte y de Río Grande del Sud, que, en regla general, son vigorosos. Los habitantes de las selvas y de las playas son de ordinario anémicos y enflaquecidos. El clima está casi en las condiciones descritas por Michel Lévy. Queda el aspecto general de la naturaleza. Si la acción de las dos otras fuerzas es más poderosa, como agente estático, la de la última es una ley de evolución, de renovación, de adaptación cenogénica. Por este lado, la fisonomía general del Brasil puede influir mucho sobre la formación de nuestro genio particular de nación. »

Haciendo las debidas restricciones, hay sin embargo, en las líneas anteriores, algunas observaciones felices y exactas. Si la palabrería gárrula es un mal común á la generalidad de los países de nuestra raza y de los temperamentos meridionales, no es menos cierto que en toda Sud-América y en el Brasil, ella forma una especie de funesta escuela literaria. Si la falta de un Goethe ó un Shak-

spare, se hace sentir casi universalmente, y en naciones de otra cultura que la que puede aspirar á poseer el Brasil, es desgraciadamente verídico que la facilidad funesta de la rima arrastra á demasiados espíritus débiles, á violar la forma poética encerrando en ella pálidas y viles rapsodias. En cuanto al carácter mórbido de la intelectualidad brasilera, al nervosismo de la raza, todo lo que dice el señor Silvio Romero es justo y perfectamente observado. Tal vez le ha faltado añadir, desde luego, lo que insinuará más tarde, y es que esa impresionabilidad enfermiza del mestizo es quizá una de las más grandes seducciones de su espíritu, y da nacimiento á organizaciones vibrantes y aptas para comprender los más finos matices del pensamiento.

Refiriéndose especialmente al carácter del pueblo de su patria, el señor Romero es de opinión que él no puede considerarse como un grupo étnico definitivo, y menos que posea una modalidad característica y original. Hoy por hoy, se compone de una mezcla de blancos arianos, de indios guaraní, de negros del grupo bantú y mestizos de estas tres razas. Una ley sociológica inútil de demostrar hace que el número de mestizos tienda á aumentar, mientras los otros disminuyen y desaparecen consumidos en la lucha ó transformados por el cruzamiento. En el estudio de estos elementos, desde luego, el primer lugar corresponde al portugués, que ha sido el principal agente de la cultura brasilera. El Portugal de la conquista era, sin duda alguna, una nación floreciente, con tradiciones nobles y con una civilización opulenta que estaba en aquellos tiempos en el periodo del apogeo. Si la colonización de ese pueblo no fué más fructífera, débese, según el señor Romero, á la índole del indígena, naturalmente refractaria á la cultura; á la impericia del Gobierno de la metrópoli y al número reducido de núcleos que se formaron aisladamente en medio de un territorio inmenso, luchando con una naturaleza devoradora, y sin mantener contacto continuo entre sí por la dificultad insuperable de los medios de comunicación. El elemento indígena, que entra en segundo lugar en la

formación del pueblo brasileiro, es estudiado luego por el señor Romero, apoyándose en la autoridad de sabios y escritores de renombre. Ante todo, nos advierte que cree en el origen poligenista del hombre; en consecuencia, las razas americanas son para él un producto del medio americano. Los salvajes del Brasil eran nómades, cazadores; estaban en el grado de atraso del hombre geológico. Cultivaban apenas, y en corta escala, la planta de la mandioca. Poseían un arte cerámica completamente infantil. Sus creencias religiosas no eran menos rudimentarias, á pesar de las fantasías teológicas del padre Ivo d'Ivreux, pudiendo afirmarse que no habían salido de la edad de la Astrolatría, de que habla Augusto Comte. Finalmente, el señor Romero estudia la acción del negro, á quien conceptúa superior al indio, aunque aún estaba en el período del fetiquismo. «El negro—dice—es adaptable al medio americano; es susceptible de aprender; no tiene las desconfianzas del indio; puede vivir al lado del blanco y aliarse á él. Tenemos hoy muchos negros que saben leer y escribir; algunos formados en derecho, medicina ó ingeniería; algunos comerciantes y ricos; otros oradores y periodistas. Al negro debemos mucho más que al indio; él entra en gran parte en todas las manifestaciones de nuestra actividad; su cruzamiento con el blanco fué mucho mayor». La conclusión que de este largo análisis saca el señor Romero, como antes lo he indicado, es que «el mestizo es el producto fisiológico, étnico é histórico del Brasil, y la forma nueva de la diferenciación nacional». Al decir mestizo, el distinguido escritor nos advierte que no pretende indicar que su patria constituye una *nación de mulatos*, pues la forma blanca domina, y prevalecerá al fin; sino que la unión del europeo con las otras razas dió origen á este nuevo producto, dotado de caracteres propios.

IV

El análisis detallado de la historia literaria de la colonia, escrita por el señor Romero, no cabe en el tono y en la índole de estas páginas. No me propongo hacer aquí un estudio metódico y minucioso del desenvolvimiento intelectual del Brasil, y menos penetrar en ese dédalo de cronistas y de poetas, más ó menos mediocres, que van del Padre Anchieta á los Alvarengas, pasando por los portugueses Gandavo, Cardim, Gabriel Soarez; por Teixeira Pinto, Manoel de Moraes y otros escritores de todos los matices, sin contar con un número no pequeño de teólogos abstrusos y de abundantes predicadores. Toda esta vasta producción no se distingue mayormente de la de los cronistas de Indias, que nos han dejado tan sesudos y largos mamotretos, repletos de indicaciones desiguales, de detalles útiles y fantásticos, de descripciones verdaderas é imaginativas; y está á la altura de sus congéneres europeos, tanto lusitanos como españoles, por la ampulosidad del estilo, la grandeza de las amplificaciones réticas, y la deformación del pensamiento torturado en el borceguí chinesco del cultismo gongórico. Salvo una que otra honrosa excepción, en la cual deben figurar Gregorio de Mattos, Basilio da Gama y Santa Rita Durão, por el carácter americano impreso en sus producciones, lo mismo debe decirse de la poesía de ese largo período. Los que están familiarizados con los productos similares de la musa española, encontrarán en los sonetos, madrigales y epístolas brasileiros, el mismo sabor insulso y artificial, la misma vaciedad general, aunque tal vez un poco más discreta, que ha dado fama á Meléndez, la eterna oda á *Lisis* y no menos eterna anacreónica á *Filís* ó á *Cloris*. El señor Romero demuestra cuánto es su amor por las letras nacionales, al seguir paso á paso, llenando concienzudamente la tarea que se ha impuesto, todas estas ingenuas manifesta-

ciones de la musa brasilera en el período que él llama deformación. Verdad es que, en general, sus indicaciones biográficas y críticas son rápidas y concisas, consagrando apenas cuatro rasgos incisivos para señalar la personalidad de un autor. Es un detalle que revela su buen gusto y que facilita grandemente la lectura de su interesante trabajo.

O Uruguay de Basilio da Gama (árcade de Roma, *cela va sans dire*, bajo el melífluo nombre de *Termino Silipio*), merece detener un momento nuestra atención. Su autor nació en Minas y estudió humanidades en Río de Janeiro en la orden de los Jesuitas, donde estuvo como novicio. Su obra principal es aquella de que voy á ocuparme, escrita con el fin de atacar á los Jesuitas, á quienes hiere sin temor, especialmente en las notas que acompañan los cinco cantos del poema. En él aparece por primera vez el indígena en la poesía colonial, destacándose sobre un fondo americano y apegado al suelo de su nacimiento. Sin duda, ese salvaje es demasiado orador, y llama á su ayuda todos los tropos de la retórica clásica ó lanza al viento imprecaciones é invocaciones, como los demonios de Milton. Pero, eliminando esas pequeñas contribuciones pagadas al gusto de la época, debemos aplaudir sin reserva la entrada á los palacios de la Musa clásica, de esos *va-nu-pieds* que se llaman Tatu-Guazú y Cacambo. Es lástima que la seriedad trágica de éste sufra por el recuerdo del inmortal *valet* que acompaña en sus peregrinaciones al Cándido de Voltaire, — y desde luego me asombra que algún comentador sagaz no haya encontrado en el poema de Basilio Gama el origen de aquel impagable mestizo del Tucumán, testigo de las desdichas de Cuneunda. Volviendo al *Uruguay*, confesamos desde luego que, á pesar de la sonoridad de muchos de sus endecasílabos, su estilo se resiente á menudo de descuidos lamentables y de debilidad en la expresión. Sin embargo, tiene fragmentos dignos de ser apreciados, y merece vivir aunque no sea sino por un verso magistral que corona la descripción de la muerte de Lindoya. Por lo demás, desde el comienzo de esta obra, se ve otra animación, otro

vigor, algo más humano, que lo que se admira en la mayoría de las producciones de su época. Escuchad este principio, que traduzco casi al pié de la letra por la semejanza del idioma, y vereis que él no es indigno de figurar en cualquier antología del siglo pasado :

Despiden humo en las desiertas playas,
 Lagos de sangre cálida é impura,
 En que ondean cadáveres desnudos,
 ¡ Pasto de cuervos!... Óyese en los valles
 El ronco són de airada artillería...
 ¡ Musa ! honremos al Héroe valeroso
 Que el rudo pueblo de Uruguay domára,
 Y en su sangre lavó con fuerte mano
 De los decretos reales el insulto.
 ¡ Ah ! ¡ tanto cuestras, ambición de imperio!...
 Y vos, por quien el Marañón suspende
 Rotas cadenas y pesados grillos,
 Héroe y hermano de héroes, si á lo lejos
 Guardais de vuestra América recuerdo
 Mis versos proteged. Pueda yo en tanto
 Acostumbrar al vuelo soberano
 Las nuevas alas en que os lleve un día.
 De esta suerte, medrosa deja el nido
 Por vez primera el águila valiente
 Que después huye de la humilde tierra,
 Y va á ver de más cerca en el empíreo
 El aire azul, donde no alcanza el rayo...

El señor Romero elogia con razón la belleza de muchos de los versos de Basilio da Gama. Este poeta mostró dones nativos muy apreciables, y sus descripciones son con frecuencia elocuentes y naturales. El cuadro del desfile del ejército que va á marchar á las orillas del Uruguay, es pintoresco é interesante. No lo es menos el combate en que luchan cuerpo á cuerpo Gerardo y Tatú-Guazú « armado el pecho de escamosa piel, de un yacaré disforme que matara », y en que el tape Gepé rindió la vida, renovando proezas dignas de figurar en el poema de Ercilla. El *Uruguay* posee su correspondiente escena de maleficios, desplegadas con motivo de la visita

de la desgraciada Lindoya á la bruja Tanajura, que apelando á artes diabólicas le ~~revela~~ la muerte de su amado. Pero el trozo popular y clásico por excelencia del poema de Basilio da Gamá, es el de la muerte de Lindoya, que busca en el suicidio un medio de escapar á la obligación de ser infiel á la memoria de Gacambo. He ensayado la traducción literal de este fragmento que es, como lo he dicho antes, uno de los más conocidos de la poesía brasilera :

Entran al fin del bosque primitivo
 En la parte más triste y más distante,
 Donde al pié de una piedra ennegrecida,
 Cubre una ronca fuente que murmura
 Un dosel de jazmines y de rosas.
 Este lugar delicioso y triste
 Cansada de vivir, buscado había
 Para morir la mísera Lindoya.
 Reclinada, parece que durmiera
 Sobre las blandas y mimosas flores;
 Apoyaba su rostro en una mano
 Y ceñía con la otra el rudo tronco
 De un súnebre ciprés que derramaba
 Melancólica sombra. Al acercarse
 Descubren que en su cuerpo se ha enroscado
 Verde serpiente y lo pasea y ciñe
 Pescuezo y brazos y le besa el seno.
 Huyen al verla así, sobresaltados,
 Y paran llenos de terror, distantes;
 Y no se atreven á llamarla, y temen
 Que depierte asustada, irrite al monstruo
 Y apresure, al huir, su horrible muerte.
 Empero, el diestro Caitutú, que tiembla
 Del peligro en que mira á la doncella,—
 Dobla el arco vibrante sin demora,
 Dos veces trata de soltar el tiro
 Y dos veces lo deja vacilante
 Entre la rabia y el temor. Sacude
 El arco al fin, y la veloz saeta,
 Rozando el pecho de Lindoya, hiere
 A la feroz serpiente, que clavados
 Los dientes deja en el vecino tronco.

Azota el campo con ligera cauda
 El monstruo horrible, y en tortuosos giros
 Se enrosca en el ciprés, y vierte envuelto
 En negra sangre el lívido veneno.
 En brazos lleva á la infeliz Lindoya
 El degraado hermano, que al tocarla
 Descubre con horror sobre su rostro
 La señal del veneno, y mira herido
 Por el diente sutil el blando pecho.
 Los ojos en que amor reinaba un día
 Llenos de muerte; y muda aquella lengua
 Que al sordo viento y á los ecos todos
 Contó la larga historia de sus males.

 Conserva aún el pálido semblante
 Un no sé qué de dolorido y triste
 Que hace gemir al corazón más duro,
 ¡ Tan hermosa en su rostro era la muerte ! (1)

El *Caramurú*, de Santa Rita Durão, apareció doce años después del poema de Basilio da Gama (2). Según el vizconde de Porto Seguro, biógrafo de Durão, el poeta « componía su obra descansando de ordinario en un sitio de piedra, junto á la ribera de Gozellas que pasaba por la cerca de su convento, á que pertenecía ese ameno valle. Allí era visto muchas veces dictando con la mayor facilidad al amanuense, cierto pardo liberto que trajo del Brasil y á quien, en el acento patrio que nunca perdió, llamaba Bernardo ». En el proemio que la encabeza, el fraile agustino declara que « Los sucesos del Brasil no merecían menos un poema que los de la India. Incitómelo á escribir éste el amor de la patria. Sé que mi profesión exigiría de mí otros estudios ; pero éstos no son indignos de un religioso, porque no lo fueron de obispos y de obispos santos; y lo que es más, de

(1) El verso portugués, que es célebre y realmente delicioso, no puede ser traducido en otra forma. El original dice así :

; Tanto era bella no seu rosto a morte !

(2) *Caramurú*, poema épico do descobrimento da Bahia, por Fr. José de Santa Rita Durão, da orden dos Eremitas de Santo Agostinho, natural de Minas Geraes, 1781.

santos Padres, como San Gregorio Nazianzeno, San Paulino y otros. » El poema de Durão narra el descubrimiento de Bahía, hecho á mediados del siglo xvi, por Diego Álvarez Correa. Las aventuras maravillosas de este guerrero son contadas con ingenua admiración por el poeta, que las sintetiza en la siguiente forma, en el prólogo á que antes me he referido : « Diego Álvarez pasaba al nuevo descubrimiento de la capitania de San Vicente, cuando naufragó en los bajíos de Boipebá, próximos á Bahía. Salváronse con él seis de sus compañeros, y fueron devorados por los gentios antropófagos, y él hecho esperar, por venir enfermo, para mejor nutrido servirles de más gustoso pasto. Encallada la nao, dejáronlo sacar de ella pólvora, balas, armas y otras especies, cuyo uso ignoraban. Con un mosquete, mató cazando cierta ave, de lo que, espantados, los bárbaros lo aclamaron *Hijo del trueno* y *Caramurú*, esto es, *dragón del mar*. Combatiendo con las tribus de la selva, venciólas é hizose dar obediencia de aquellas naciones bárbaras. Ofreciéronle los principales del Brasil sus hijas por mujeres ; pero de todas escogió á Paraguassú, que después condujo consigo á Francia, ocasión en que otras cinco brasilianas siguieron la nave francesa á nado, por acompañarlo, hasta que una se ahogó, é, intimidadas, las otras se retiraron. »

El poema de Durão tiene, comparado con otras epopeyas americanas, un mérito excepcional. Ante todo, es superior á todas las producciones del mismo género, por su extensión relativamente corta, si bien en esto lo aventaja todavía el *Uruguay*, que llena apenas un opúsculo de cien páginas. Cuando uno recuerda la avalancha espantosa de octavas reales de las *Elegías* kilométricas de Juan Castellanos, cuando se piensa en la *Araucana* misma, á pesar de sus indudables bellezas, y la hemorragia poética de su continuador don Diego de Santistéban,—para no referirme al *Arauco Domado* de don Pedro de Oña, al *Puren Indómito* de Lasso de la Vega, y más cerca de nosotros á la *Lima fundada* de don Pedro de Peralta,—se respira con desahogo al ver el tamaño moderado del *Caramurú*. No porque

esta obra sea todo lo concisa que debiera, desde que todavía sobra en ella material para hacer dos poemas de regulares proporciones ; sino porque en su misma abundancia ella es moderada, si se tiene en cuenta la facilidad del autor y de los poetas que han abordado asuntos análogos, sin excluir á nuestro narcótico Barco Centenera. Por otra parte, *Caramurú* muestra un temperamento poético más fino, más sensible, más *moderno*, dirélo así, que el que campea en las producciones de sus formidables competidores. Las retahilas de nombres de plantas y árboles de la flora americana, no son en él menos frecuentes que en los otros ; las descripciones de los indígenas, de sus costumbres y sus guerras, tienen el mismo grado de fantasía que en ellos ; pero, de cuando en cuando, canta un verso sonoro, de timbre musical, empapado de sentimiento ; brilla un rasgo incisivo, un cuadro sorprendido con ojos de artista, y ésto basta para salvar ese poema y hacerlo digno de figurar con honor en la literatura brasilera. ¿ Qué poeta épico de la época, qué cantor de capa y espada, de esos que forjan estrofas á martillazos, sería capaz, por ejemplo, de pintar la entrada del otoño en estos cuatro versos musicales, y artísticos en su misma sencillez ?

Era el tiempo en que el sol en la alta esfera
 El claro día con la noche iguala,
 Y el viejo Otoño, que el calor modera,
 Con sus pámpanos teje verde gala...

Y estos perfiles delicados son en él frecuentes, naturales, brotan de sus labios sin afectación, con un buen gusto instintivo que lo salva muchas veces de incurrir en las monstruosidades de expresión ó de concepto, que hacen tan difícil la lectura de otras obras análogas á la suya.

El estilo de Durão es generalmente cuidado, su verso suena con timbre armonioso, y se siente que ama la naturaleza porque gusta de pintar paisajes suaves, bosquejos velados por la sombra ó campos dilatados donde se extiende una corriente murmurante en medio de

islas de lujosa vegetación. Como una muestra, véanse las siguientes estrofas, que contando siempre con la similitud del idioma, he vertido casi al pie de la letra, y en que el poeta introduce á la bella Paraguassú y al valeroso Jeraraca, que la persigue con su amor y sus celos :

Dormida está Paraguassú la hermosa,
De un ribazo gentil sobre la playa ;
Lánguida está como ella la albarosa
Que á sus plantas, besándola, desmaya ;
Mas buscando la sombra deliciosa
De un gran maracujá que allí se esplaya,
Se interna en un bosquejo que la ampara,
Su cuerpo oculta, y deja ver su cara.

Respira tan tranquila, tan serena,
Y en languidez tan dulce adormecida,
Como quien libre de temor ó pena
Reposa, dando pausa á dulce vida ;
Allí pasar la ardiente siesta ordena
Jeraraca, valiente, á quien convida
De aquel sitio la sombra transparente
Y el dulce resplandor de la corriente.

En el reflejo de la onda pura
Ve brillar en el agua bulliciosa,
Temblorosa, la nitida figura.
Duda, sin creer que imagen tan hermosa
Sea copia de humana criatura.
Y volviendo á mirar su faz preciosa,
Inquiere á un lado y otro, y busca atento
Quien sea original de aquel portento.

El poema de Santa Rita Durão tiene también su episodio clásico : ese trozo que los poetas parecen haber escrito presintiendo los autores de antologías futuras. El de *Caramurú* forma un *pendant* perfecto con el del *Uruguay*. La muerte de Moema es digna de parangonarse con la muerte de Lindoya. ¿ Cómo resistir á la tentación de hacer conocer entre nosotros, para los pocos aficionados á estos estudios, este cuadro que ha dado temas á pintores y escultores, y que es considerado como la joya poética más pura del insularo

fraile Mineiro? La escena, por otra parte, es interesante : Diego Álvarez, embarcado, se aleja de la tierra donde ha sido reconocido por señor, y las *damas*, — como dice ingénuamente Durão, — que lo persiguen, se lanzan al mar siguiendo la estela de la nave. Es el cuadro del *Don Juan* de Baudelaire, anticipado y sorprendido á la luz del medio día tropical, en medio de la esplendidez de una naturaleza virgen :

.
 Es fama que la pléyade angustiosa
 De las Damas, que á Diego pretendían,
 Viendo zarpar la nave presurosa,
 Y que al objeto de su afán perdían,
 Entre las ondas con pasión furiosa,
 Tras él nadando por el mar seguían,
 Y ni tanta agua que fluctúa vaga
 El ardor de sus ánimos apaga.

Copiosa multitud, en la francesa
 Nave, contempla el cuadro emocionada ;
 É ignorando la causa de esa empresa
 Pásmase al ver la turba que allí nada.
 Una, que á todas vence en gentileza,
 Se muestra tan hermosa como airada ;
 Era Moema, que el amor tortura,
 Y al timón de la nave se asegura.

« ¡ Bárbaro ! (dice la infeliz, suspensa)
 Eres fiera y no hombre : que aunque brame,
 No hay tigre que el amor no dome ó vonza ;
 Sólo á ti no domó por más que te ame.
 Furias... rayos... borrascas, tromba inmensa,
 ¿ Cómo no consumís á aquel infame ?
 ¡ Ah ! pagar tanto amor con tedio y asco...
 ¡ La borrasca eres tú... rayo... peñasco !... »

« Bien pudieras, cruel, mostrarte esquivo
 Cuando vencida me entregué á tu amaño ;
 Ni me ofendieras, al oirme altivo,
 Que es favor, dado á tiempo, un desengaño.
 Más ¡ ay ! dejando el corazón cautivo,
 Sin mostrarte á mis súplicas huraño,

Me abandonas, traidor, y de esta suerte,
Por pago de mi amor me das la muerte.

« Tu dura ingratitud menos sintiera
Ni la pena vivaz que me devora,
Si á mi despecho, trémula, no viera
Á esa infame triunfar, á esa traidora...
Por sierva, por esclava te siguiera,
Si no tuviera que llamar señora
Á esa Paraguassú, que es necia y fea,
Sobre serme inferior, sin que lo crea.

« ¿Tu corazón, siquiera, no se agita
Al verme moribunda entre estas ondas?
¡ Ah! ni el pasado amor tu pecho incita
Á que á mis ayes de dolor respondas.
¡ Bárbaro! si esta fe tu pecho irrita,
(Dice viéndolo huir) ¡ ah! no te escondas :
Dispara sobre mí tu último rayo...»
Y, sin poder concluir, cae en desmayo...

Pierden la luz sus ojos, se estremece
Con aspecto doliente y moribundo,
Suelta el timón que apoyo no le ofrece
Y se abandona al piélagó iracundo.
En las saladas ondas reaparece,
Y al surgir otra vez de lo profundo :
« ¡Diego cruel! » — con emoción suspira,
Y, sin ser vista más, se hunde y expira.

La lloraron las ninfas de Bahía
Que nadando á Moema acompañaban ;
Y viendo doloridas que seguía
El navío, á la playa regresaban...
No pudo el héroe con el alma fría
Mirar las pruebas que de amor le daban ;
Y amante llora con angustia estrema
Cuando recuerda el nombre de Moema... (1)

El *Uruguay* y *Caramurú*, no tuvieron imitadores. El poema *Villa Rica*, de Claudio Manuel da Costa, á pesar de ocuparse de un asunto

(1) *Caramurú*, canto VI, estrofas XXXVI á XLIII.

brasileño, según la opinión autorizada del señor Romero, es « chato, prosaico, duro ». No puedo detenerme en él, y menos seguir paso á paso la reseña que nos hace el distinguido historiador, antes de llegar á la época contemporánea. Esa tarea, grata por más de un concepto, me impondría un trabajo que no pretendo delinear ahora. Me límito, pues, á dejar señalada de paso la síntesis del juicio formulado por el distinguido crítico sobre Claudio Manuel da Costa, Peixoto, Gonzaga y Alvarenga, las más grandes figuras del lirismo brasileño del siglo XVIII, diciendo que ellos nos han dejado apenas un ejemplo interesante en el orden político y social, y en el literario unas pocas notas poéticas; el primero, más ó menos empeñado en su brillo por las tergiversaciones del temor; los segundos, más ó menos oscurecidos por las ficciones y alegorías de un clasicismo inerte. La explicación de esta esterilidad relativa, la da el señor Romero con su acierto habitual: « vivieron en una época de transición, lejos de los grandes centros del pensamiento, entre poblaciones más ó menos groseras, amordazados por el despotismo colonial, privados de leer libros *peligrosos*, sin un público adecuado, sin prensa, sin las fecundas luchas de las ideas; y sin embargo, ellos concibieron la independencia política y literaria de su país. Por eso son eternamente acreedores á la gratitud del pueblo brasileño ».

El movimiento romántico, que se inicia en las primeras décadas del siglo XIX, es estudiado por el señor Romero con la misma competencia que campea en la reseña que nos hace de la época colonial. Sin referirse exclusivamente á los poetas, sus investigaciones penetran en otros órdenes intelectuales, y nos habla de los representantes de la historia, la crítica y la ciencia que figuran en ese período fecundo. Sus eruditas pesquisas no se detienen aquí, é inquiera con empeño la aparición de las primeras manifestaciones artísticas en el Brasil, sea en la pintura, en que se distinguen José Joaquín da Rocha y sus discípulos, Fray Ricardo del Pilar, Fonseca y Silva, y otros que sería largo enumerar; sea en la música, donde descuella sobre todo el Padre José Mauricio, cuyas luchas con el célebre Mar-

cos Portugal, en la época de Don Juan VI, son tradicionales, y de quien se ha ocupado con acierto el vizconde de Taunay en sus *Estudios críticos* y, más recientemente, en una hermosa serie de artículos que publicó el año pasado en la *Revista Brasileira*. Así, no hay manifestación intelectual que escape al análisis del señor Romero, aunque se detenga más en la disección de las producciones puramente literarias, y la poesía ocupa un lugar prominente en su *Historia de la Litteratura*. La pasajera moda del indianismo, convertida casi en escuela por José de Alencar, con el *Guarant e Iracema*; por Magalhães con la *Confederação dos Tamoyos*; por Facundes Varella con su poema de *Anquieta* ó el *Evangelio en las Selvas*, y especialmente por Gonçalves Dias en *Os Timbiras* y en *I-Juca Pirama*, provoca sus críticas justicieras por encontrarla artificial y falsa, desde que ella poetizá al tipo fantástico del salvaje, prestándole sentimientos y aspiraciones que era incapaz de concebir, sumido en la barbarie en que vivía. La obra del señor Romero, en conjunto, presenta un cuadro colorido de la vida psíquica de su patria, desde la época de la conquista hasta nuestros días. Es la más detallada y extensa que sobre esa materia haya sido escrita en su país. Revela en su autor una inteligencia poderosa, un amor apasionado de las letras, una independencia de juicio y un valor moral que inspiran respeto. Y, sin embargo, acabo de releerla con atención, y reconociendo todas estas condiciones, ella me deja un vacío en el espíritu, me parece confusa y poco ponderada, me hace difícil reconstruir en la mente el vasto todo que ha querido animar con el brillo de su palabra cálida y vibrante.

Después de la introducción filosófica á que antes me he referido, lo he dicho antes, el autor cambia de sistema, y las páginas siguientes, nutridas y compactas, se limitan al juicio cronológico de los escritores brasileiros, precedido en algunos capítulos por reflexiones generales siempre dignas de atención. Es en esa parte que el notable libro del señor Romero se resiente de visibles defectos de composición, empleando este término en el sentido en que se aplica en la

pintura. Los grupos literarios no están separados, las figuras no se destacan y concentran bajo una luz propicia que haga resaltar sus contornos y rasgos dominantes, los planos no están marcados, las épocas diversas no están suficientemente delineadas; en suma, aquel inmenso desfile de nombres y de obras, acaba por fatigar la imaginación, borrando y esfumando los detalles característicos de cada personalidad. Las repeticiones de conceptos y de ideas, son, por otra parte, frecuentes en la *Historia* del señor Romero. Sus teorías etnográficas, expuestas casi en los mismos términos, acuden muchas veces, como si se empeñara en reproducirlas, animado de cierta displicencia que disuena con su buen gusto. El análisis literario, la crítica elegante y elevada, se interrumpen frecuentemente para dar paso á un desahogo ó á un artículo de polemista valeroso y violento. En medio de un retrato literario cualquiera, arroja los pinceles y se encara con un escritor que ha combatido sus ideas, ó se lanza en disertaciones políticas y económicas sobre los problemas del día. Pueden señalarse en su obra algunas contradicciones, cuyo origen debe buscarse en la impetuosidad de temperamento que he señalado. El señor Romero, por ejemplo, critica irónicamente al vizconde de Taunay, suponiendo que él no tiene confianza en los brasileros y que deplora que una tierra tan hermosa se encuentre en manos de esta raza, en vez de ser dirigida por franceses ú holandeses. Por injusta que sea esta acusación, el escritor olvida que en el primer tomo de su obra, en uno de esos momentos frecuentes en que la ruda franqueza de Alceste asoma á sus labios, al referirse á la expulsión de los holandeses y á la restauración de Pernambuco, él se ha preguntado con tristeza, si la victoria de los nativos, no ha sido más bien una desgracia, y si el triunfo del extranjero « poniendo esta porción del continente en contacto más directo con los pueblos germánicos, los más progresivos de los tiempos modernos », no hubiera convertido al Brasil en los « Estados Unidos de Sud-América », en vez de « una casi China americana ».

Más lejos, ataca la imitación extranjera y, especialmente, la in-

fluencia literaria francesa. La emancipación del pensamiento de su patria, es una de sus tesis favoritas. ¿Se concilia eso, acaso, con su admiración por el germanismo de Tobías Barreto y con sus esfuerzos por aclimatar en el suelo brasiler, el *criticismo científico* imbuido en los principios de la filosofía alemana? Influencia por influencia ¿no le parece que escapar de una para enfeudarse á otra es simplemente cambiar de amo?—Empero, todas estas pequeñeces que alteran la belleza artística de la obra del señor Romero, ¿bastan para amenguar su mérito á mis ojos? De ninguna manera. Comprendo demasiado su situación, y sé que esos *lunares*, como diría un preceptista clásico, son desgraciadamente naturales, dadas las dificultades de la producción literaria sud-americana. Muchos de ellos son puramente de forma, y ni siquiera dependen tanto del señor Romero cuanto de sus mismos editores, que no le han facilitado por las condiciones materiales del libro, una división más clara, regular y armónica de su trabajo. Por otra parte, esas mismas deficiencias muestran más de lleno su personalidad vigorosa, y permiten ver hasta el fondo de su alma de apasionado y de combatiente. Al terminar la lectura de ese libro extenso, desigual, pero nunca banal, nunca mediocre, se siente una viva simpatía por el distinguido escritor que se refiere con amargura á sus luchas tenaces y á sus íntimos sufrimientos, haciéndose justicia á sí mismo al esperar que los ideales de su vida han estado concentrados en el sueño de la independencia literaria, de la independencia científica y el refuerzo de la emancipación política de su patria, y que ese triple faro luminoso ha guiado sus generosas empresas.

(Continuad).

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

EL ACETILENO

I

Durante los miles de años que precedieron los últimos días del siglo XVIII, el genio humano tuvo tiempo de edificar todos los sistemas posibles de filosofía ; pudo explicar el mecanismo de los mundos, echar los cimientos de todas las ciencias, crear las más admirables obras de arte : no supo inventar una lámpara, — una lámpara que diera luz.

La vela, de cera ó de sebo, con alma de algodón, cuyo origen no conocemos, había sido la única solución hallada para el problema del alumbrado.

Á fines del siglo XVIII, el matemático Argand inventa el *quinqué* ; poco después, el ingeniero Lebon descubre la fabricación del gas.

La aparición del gas de alumbrado es recibida con cierta indiferencia ; apenas si, en Francia, se le presta un momento de atención ; en Inglaterra, tiene que luchar diez años contra las preocupaciones algo legítimas que le valen su mal olor y no pocos accidentes, — explosiones y asfixias.

En 1813, los rayos del arco eléctrico iluminan el laboratorio de

Davy (1), pero, hasta la invención de los dinamos, la luz eléctrica no pasa de ser una mera curiosidad: el modo de producirla, mediante formidables baterías de pilas, el olor insoportable que desprendían éstas, eran causas suficientes para enfriar los entusiasmos más incandescentes.

Así, durante tres cuartos de siglo, pudo reinar sin rival el gas de alumbrado; — la lámpara Cárcel, la bujía estearina, la naphta, el kerosene, la luz oxhídrica, no alcanzan á retardar un solo instante su marcha triunfal.

Á medida que iban multiplicándose los agentes de luz, crecían las necesidades del público; una capital, como París ó Londres, que gastaba, hace un siglo, apenas *una bujía-hora* por habitante y por día, gasta ahora más de *treinta y cinco*. Nos hallamos, en efecto, poseídos de una avidez extraordinaria y reciente por la luz: si el *termolámpara*, de Lebon, estuvo á punto de apagarse en medio de la indiferencia general; si la misma electricidad encontró resistencias obstinadas, cualquiera novedad de este género seduce hoy el público. Además, no nos desinteresamos como antes de las cuestiones científicas; las aplicaciones sorprendentes é incesantes no dejan descansar nuestra curiosidad, y si de algo peca nuestra ignorancia, será más bien de un exceso de entusiasmo: cada invención nueva es un acontecimiento, cada paso adelante una revolución!

No pretendemos, con estas reflexiones, disminuir la importancia y los méritos del nuevo gas que acaba de hacer su aparición, en medio de la admiración general; consideramos, al contrario, el *acetileno* como el rival más temible que haya amenazado nunca el gas de alumbrado, si éste no procura mejorar sus cualidades luminosas inoculándose las de su competidor.

(1) Davy obtenía el arco eléctrico, entre dos electrodos de carbón, por medio de una pila de 2000 elementos *cobre-zinc*. Por primera vez, el arco se manifiesta en público, en París, 1841; sube al escenario en 1846 estrenándose en una pieza elegantemente titulada: *Les pommes de terre malades*, y vuelve á aparecer en *El Profeta*, 1849. Desde entonces...

En cuanto á la electricidad, si las posiciones conquistadas por la hada moderna no corren peligro inminente de caer en poder del acetileno, éste le disputará muchas de las regiones por ocupar. Pero, ¿quién sabe qué sorpresas la electricidad nos reserva ?

II

Cuando Berthelot, en 1859, realizaba la síntesis del acetileno,—este « recién nacido » ya entrevisto por Davy, cerca de cincuenta años antes—el gran químico estaba lejos de sospechar que su llama fuliginosa lucharía de brillo, algun día, con el arco eléctrico que le diera el ser.

Los que han cursado química en sus años de colegio, ó cuando menos han hecho los gestos de estudiarla, recordarán que la síntesis del acetileno sirvió de punto de partida para la del alcohol obtenida por Berthelot,

Á pesar de la atención que debiera merecer tan ilustre entrada en el mundo, el acetileno permaneció como una gloria de laboratorio, completamente ignorada del vulgo; aún no figura todavía su nombre en los programas de enseñanza, al lado de los otros hidrocarburos gaseosos, el *formeno* y el *etileno*. Por otra parte, los químicos, ocupados en determinar las afinidades del nuevo gas, lo consideraban con demasiado respeto, debido á la dificultad de su preparación (1), para permitirse con él costosos experimentos de combustión al aire libre.

Envuelto en su obscuridad, desde el fondo de los laboratorios, el acetileno presenci6 la lucha que, de repente, estall6 entre el gas de

(1) Berthelot producía el arco eléctrico en medio de una corriente de hidrógeno: formábase acetileno por combinación del hidrógeno con el carbón de los electrodos, *átomo por átomo*; la mezcla de hidrógeno y de acetileno, al atravesar después una disolución de cloruro de cobre amoniacal, se libraba del último que quedaba en el licor en estado de *acetiluro de cobre*; el acetiluro calentado con una disolución de ácido clorhídrico desprendía el gas acetileno puro.

alumbrado y la electricidad, hasta que sonó para él la hora de entrar en la lid, el día en que M. Moissan consiguió fabricar el *carburo de calcio*, por medio del horno eléctrico (1).

Dos ladrillos de cal viva encimados; en el centro, una pequeña cavidad para contener las materias del experimento; sobre el ladrillo inferior, dos ranuras que dan paso á los electrodos de carbón: he ahí la primera forma del horno eléctrico de donde salieron tantos cuerpos, si no ignorados, al menos rarísimos en razón de la dificultad de su preparación.

Los experimentos de M. Moissan, empezados con el modesto dinamo de *cuatro* caballos de la Escuela de Farmacia de París, se prosiguieron con fuerzas de trecientos y cuatrocientos caballos, puestas á la disposición del químico por una compañía de luz eléctrica. En su comunicación de 1892 á la Academia de ciencias, M. Moissan describía de la manera siguiente, la marcha de los fenómenos en el horno eléctrico :

« Cuando la temperatura se aproxima á 2500°, la cal, la estronciana, la magnesia se cristalizan en pocos minutos. Si la temperatura alcanza 3000°, la materia misma del horno, la cal viva funde y corre como agua; el carbono reduce pronto el óxido de calcio, cuyo metal se desprende para combinarse con el carbón de los electrodos, formando un carburo de calcio líquido á esta temperatura... »

Desde esa época, empleando corrientes alternativas de 500 amperes y de 60 á 70 volts, se han obtenido temperaturas evaluadas en 4000 grados, mediante las cuales se reducen todos los óxidos considerados irreducibles; cuerpos que no se podían fundir, como el *uranio*, el *tungsteno*, el *tiano*, el *molibdeno*, pasan al estado de gas; volatilizanse igualmente el *carbón*, la *silice*, el *platino*, el *romo*, etc.

No se conocen ya materias refractarias, y queda cerrado el ciclo de las temperaturas entre 220 grados bajo cero y 4000 arriba.

(1) La prioridad de la fabricación del carburo de calcio pertenece á M. Moissan, á pesar de las reclamaciones de M. Wilson.

El carbón, al volatilizarse en el horno eléctrico, adquiere la propiedad de formar con la mayor parte de los cuerpos simples, — metales y metaloides— combinaciones definidas, cristalizadas, cuyo papel industrial y científico es considerable.

Varios de estos carburos descomponen el agua á la temperatura ordinaria, á la manera del fosforo de calcio,—experimento muy conocido: se desprenden fosfuros de hidrógeno que se inflaman espontáneamente, esparciendo por el aire una fragancia aliécea, precisamente análoga al olor del acetileno impuro; queda fosfato de calcio en el agua.

Asimismo, la acción recíproca de los carburos metálicos y del agua, produce un óxido de metal que se precipita, y un carburo de hidrógeno que se desprende: *acetileno, formeno ó etileno* (1).

Las afinidades del carbón que el horno eléctrico acaba de poner, en evidencia, permiten suponer que en las épocas geológicas más remotas, el carbón de la materia orgánica se hallaba combinado con los metales, y que hoy los mismos carburos existen en los astros de temperatura elevada, como nuestro Sol. Esta hipótesis no es la única sugerida por los resultados inesperados del tratamiento de los metales por el calor del arco eléctrico; pues químicos hay para admitir que un día podrán prepararse todos los metales de esa manera. Sería en efecto la perfección metalúrgica, el poder evitar las impurezas de la hulla y de los fundentes, al mismo tiempo que se tendría la facilidad de hacer variar las temperaturas, obteniendo exactamente las necesarias para cada operación.

Esta química de las altas temperaturas ¿será la del porvenir? Contestar con la afirmativa sería desconocer los resultados admirables, conseguidos ya por medio de la electrólisis de las disoluciones. Lo que no se puede negar, es la tendencia de la metalurgia á valerse de la electricidad.

(1) El formeno y el etileno unidos al óxido de carbón constituyen el gas de alumbrado.

III

Entre los carburos metálicos que descomponen el agua á la temperatura ordinaria, se halla el *carburo de calcio ó carbide*, productor del acetileno ; se obtiene tratando en el horno eléctrico (1) una mezcla de cal viva y de coke por corrientes enérgicas, cuyo *voltage* no pasa de 80, pero cuya *intensidad* puede ser enorme y alcanzar á miles de *ampères* (2).

Teóricamente se necesitan :

Cal viva en polvo.....	875 kilogramos.
Carbón (coke pulverizado).....	560 »

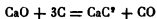
para 1000 kilogramos de carburo (3).

(1) Un horno eléctrico consta esencialmente de un crisol rectangular de grafito ó de hierro, encerrado por ladrillos refractarios ; las paredes interiores están revestidas de una capa de grafito pisonado, en un espesor de 15 á 25 centímetros ; las mayores dimensiones del horno no exceden 1^m50. Las más veces, una placa espesa de hierro con su revestimiento de grafito constituye el fondo del horno y forma uno de los electrodos ; el otro electrodo, compuesto de varios prismas de carbón, se halla suspendido verticalmente de manera á poder aproximarse ó alejarse del fondo ; alrededor del electrodo, se acumula la mezcla de cal y de coke. Cuando pasa la corriente, brota el arco eléctrico, la temperatura se eleva rápidamente hasta 3000° ; al cabo de diez minutos, la mezcla entra en fusión ; á medida que va creciendo la temperatura, se debe levantar el electrodo superior para alargar el arco. Durante la operación se desprenden vapores de cal abundantes, y del horno salen grandes llamas de óxido de carbón inflamado.

(2) Las corrientes de poco *voltage* y de gran *intensidad* presentan algunos inconvenientes de producción, que se salvan usando dinamos de corrientes alternativas de 2000 á 3000 volts ; por medio de los *transformadores*, éstos se reducen á 70 ú 80 volts con una pérdida inferior á 6 % del trabajo total eléctrico.

El *voltage* de una corriente es análogo á la presión que hace circular el agua en las cañerías ; la *intensidad* ó el número de *amperes* mide la cantidad de electricidad, su volumen si se quiere, para seguir la comparación.

(3) La fórmula siguiente representa las reacciones que tienen lugar en el horno :



Prácticamente se emplean :

Cal viva.....	1000 kilogramos.
Coke.....	800 »

En lugar de coke, debería usarse el carbón de leña que da un carburo de mejor calidad.

La cantidad de calor que se debe gastar para obtener 1 kilogramo de carburo, es igual á 3000 calorías (1); en esto la práctica confir-

(1) Una caloría es la cantidad de calor necesaria para elevar de 1 grado la temperatura de 1 kilogramo de agua.

Las 3000 calorías que se necesita gastar para obtener 1 kilogramo de carburo de calcio, se calculan fácilmente conociendo los calores específicos y químicos de los diferentes cuerpos que intervienen en la reacción.

El calor específico del carbón.....	0.46
— — de la cal viva.....	0.20
— absorbido por la reducción de 1 kilogramo de cal viva en oxígeno y calcio.....	2400.00
— producido por la transformación de 1 kilogramo de carbón en óxido de carbón.....	2380.00
— absorbido por la formación de 1 kilogramo de carburo de calcio, cuerpo endotérmico.....	10.00

Esto sentado, avaluaremos, por una parte, las calorías absorbidas; por otra, las que resultan de la formación del óxido de carbón; la diferencia dará el número total de calorías necesarias para obtener 1 kilogramo de carburo.

1° Número de calorías absorbidas :

Para elevar á 3000° la temperatura de 560 gramos de carbón : $0.560 \times 3000 \times 0.46$	538
— — la temperatura de 875 gramos de cal viva : $0.875 \times 3000 \times 0.2$	525
Para descomponer 875 gramos de cal viva en oxígeno y calcio : 0.875×2400	2100
Para formar el carburo de calcio.....	10
	<hr/>
	3173

2° Número de calorías desprendidas:

Por la combinación de 188 gramos de carbón con el oxígeno de la cal viva : 0.188×2380	447
Calor total.....	<hr/>
	2726

À pesar de que la masa puede recuperar algo de las calorías llevadas por el óxido de carbón calentado á 3000°, debemos admitir que las pérdidas de calor alcanzan á 10 ó 12 %, de lo que resulta un total de 3000 calorías.

Ahora bien, 1 caballo-vapor-hora representa $75 \times 3600 = 270.000$ kilográmetros ;

ma la teoría, pues para una fabricación corriente de una tonelada de carburo por hora, se precisa una fuerza de 6000 caballos-vapor.

Estos datos manifiestan que solamente las fuerzas hidráulicas pueden utilizarse para la producción del carburo, y esto, todavía, bajo la condición de ser excepcionalmente baratas.

Hace un año, los 1000 kilogramos de carburo valían 800 francos; su precio actual es de 500 á 600 francos, y no es probable que descienda mucho más abajo de 300. Quizá se consiga obtener el carburo como producto secundario de la fabricación del aluminio; ambos cuerpos beneficiarán de la circunstancia, y entonces podríamos ver la tonelada de aluminio á 3000 francos, la de carburo á 150.

Hay que contar, sin embargo, con la enorme demanda del último, cuando se desarrolle el alumbrado por el acetileno, y basar los cálculos sobre un precio normal de 300 francos. Pero veremos más adelante que aun con el carburo á 750 francos, el gas acetileno es más barato que el gas ordinario de alumbrado.

IV

Cuando puro (1), el carburo de calcio es un cuerpo de textura cristalina, opaco, negro algo irisado, muy duro, de densidad 2,22; impuro, como lo está generalmente, el carburo tiene el aspecto de una materia escoriácea, negruzca, que no tarda en cubrirse, si está expuesto al aire, con una costra blanca pulverulenta de carbonato de

cómo 425 kilogramos equivalen á 1 caloría, los 270.000 kilogramos ó el caballo-vapor-hora equivale á 637 calorías. Pero, suponiendo un rendimiento prudente de 80 %, se ve que el equivalente en calorías del caballo-vapor es de $637 \times 0.80 = 510$. La división de 3000 por 510 dará, por consiguiente, el número de caballos-vapor-hora necesarios para la elaboración de 1 kilogramo de carburo: ó sean, aproximadamente, 6 caballos.

(1) M. Moissan preparó el carburo de calcio puro tratando en el horno eléctrico carbón de azúcar y mármol blanco cristalino.

calcio; debe conservarse en recipientes herméticamente cerrados : por ejemplo, en cajas de lata soldadas, para evitar la acción de la humedad ; en masas, su alteración es insignificante, y sería despreciable si no fuese acompañada de un desprendimiento de acetileno.

Si en un vaso de agua se echa un fragmento de carburo de calcio, se produce una efervescencia activa ; burbujas de gas acetileno se desprenden tumultuosamente ; el líquido se enturbia y, cuando ha cesado el hervor, queda en el vaso una lechada de cal, agrisada por partículas de carbón. El experimento debe hacerse con poca agua y con un pedazo pequeño de carburo ; mayores cantidades provocarían una ebullición demasiado violenta y se derramaría el agua del vaso.

Las burbujas de gas pueden ser encendidas al escaparse ; su combustión se efectúa con una llama fuliginosa, cuyo brillo empañado no deja sospechar su extraordinario poder luminoso : como el diamante, que necesita de la talla para brillar con todos sus fulgüres, la llama del acetileno exige condiciones especiales para adquirir toda su intensidad.

Los picos ordinarios de gas no sirven para la combustión del acetileno ; sus agujeros son de tamaños desmedidos para un fluido cuya riqueza en carbón es 30 % mayor que la del gas de alumbrado, — circunstancia que obliga á hacer que el acetileno se desprenda bajo forma de láminas delgadísimas, pues de otra manera no alcanzaría el aire á quemar todo el carbón.

Esa misma obligación conduce á aumentar la velocidad de la salida, es decir, la presión, que debe llegar á la de 10 centímetros de agua, cuando la del gas de alumbrado no excede algunos milímetros (de 15 á 30).

Centenares de patentes han sido ya tomadas para modificar los quemadores. Estos, en general, difieren poco, en apariencia, de los antiguos, y los mismos artefactos de gas pueden ser utilizados para el acetileno.

Realizadas las condiciones necesarias, se obtiene una llama del

blanco más puro y resplandeciente, sin trazas de rayos violáceos, amarillentos ó verdes, de una fijeza extraordinaria, y de una intensidad luminosa *veinte* veces mayor que la del gas antiguo (1).

Antes de comparar la luz del acetileno con las otras fuentes conocidas, indicaremos rápidamente las propiedades más interesantes de este gas.

El acetileno, el más carburado de los carburos gaseosos de hidrógeno (2), es incoloro, de un olor aliáceo desagradable (3) análogo al del gas de alumbrado; su densidad es inferior á la del aire en un 10 %.

Á la temperatura de 0°, bajo una presión de 22 atmósferas, el acetileno se transforma en el más liviano de los líquidos, pesando 450 gramos el litro; á 37° la tensión del acetileno líquido es de 68 atmósferas. Esas propiedades se refieren al gas impuro; Raoul Pictet, purificándolo por el cloruro de calcio á 0° y por el ácido sulfúrico á —20°, pretende haber disminuido notablemente la tensión del líquido, al mismo tiempo que le quita su olor. Creemos que la purificación del acetileno puede conseguirse más fácilmente; se trata en resumen de absorber el ácido sulfhídrico, los fosfuros de hidrógeno, el amoníaco, y el etileno que contiene el gas en cantidades muy pequeñas; los métodos de purificación del gas de alumbrado bastan al efecto, pues la presencia del etileno no es un inconveniente grave. En el laboratorio de la Escuela naval argentina, hemos preparado con facilidad acetileno sensiblemente puro, por un método industrial.

El acetileno forma con el aire mezclas explosivas, á la manera del gas ordinario, y, con los metales, derivados interesantes: los *acetiluros* (los de plata y de cobre son explosivos); no ataca directamente el hierro, el plomo, el estaño, el zinc; á pesar de atacar el

(1) Á volumen igual de gas consumido.

(2) Los otros carburos gaseosos de hidrógeno son: el *formeno* y el *etileno*, que constituyen con el óxido de carbón el gas de alumbrado.

(3) El olor del acetileno puro no es desagradable.

cobre, su acción es nula sobre el bronce y el latón. No es venenoso y puede ser respirado impunemente á una dosis de 60 % en el aire.

Calentado al rojo, durante media hora, el acetileno se transforma en *benzina*, base de la *serie aromática* de los carburos de hidrógeno, de donde la industria saca sus materias colorantes y sus perfumes. En realidad la benzina es el acetileno mismo cuya fórmula ha sido triplicada.

En fin los químicos no dudan que un día se realicen industrialmente, por medio del acetileno, las síntesis del alcohol y del azúcar; la del alcohol, efectuada en 1859, por Berthelot, consiste en transformar primeramente el acetileno en etileno por medio del hidrógeno *naciente*; después, á la temperatura ordinaria, el ácido sulfúrico convierte el etileno en ácido sulfovinico (1); este último, llevado á la ebullición con exceso de agua, produce el alcohol.

La única dificultad de la operación estriba en la transformación del acetileno en etileno; se piensa realizarla económicamente empleando el hidrógeno desprendido por electrólisis del agua, á cuyo efecto basta disponer de una corriente eléctrica, capaz de producir una cantidad de hidrógeno igual á la décima parte del acetileno á transformar. Desgraciadamente, los que así piensan no han calculado que se precisa una fuerza motriz de 5000 caballos para obtener 100 kilogramos de hidrógeno por hora: por un lado, 1000 kilogramos de acetileno requieren 15000 caballos (2), por otro, 100 kilogramos de hidrógeno exigen 5000: total 20.000 caballos de fuerza para menos de 20 hectólitros de alcohol por hora. El maíz, la beterrava, la caña de azúcar y todas las féculas, serán, todavía por

(1) Esta reacción es un ejemplo curioso de la influencia de la temperatura sobre las reacciones químicas: á la temperatura ordinaria el ácido sulfúrico prepara la transformación del etileno en alcohol, y á 180° descompone el alcohol produciendo el etileno: en el primer caso hidrata el etileno, en el segundo, deshidrata el alcohol.

(2) 1 kilo de carburo produce 400 gramos de acetileno, por consiguiente 6 caballos-vapor-hora corresponden á 400 gramos de acetileno, y 15.000 á 1000 kilos.

mucho tiempo, las fuentes de donde saldrá nuestro alcohol. Sabido es que, actualmente, merced al bajo precio del maíz, el costo de fabricación del alcohol á 90° no excede 12 centavos papel el litro (1).

V

Conocido durante cuarenta años como *agente general de síntesis*, el acetileno ha sido descubierto, podemos decirlo, por segunda vez, en 1893, como *agente de luz*; bajo este punto de vista lo hemos de considerar ahora.

Sabido es que el brillo de una llama es debido á la incandescencia de las partículas de carbón en suspensión; pero, si la cantidad de carbón es demasiado considerable, la llama es fuliginosa, pues el humo no es otra cosa que carbón en un estado de división extrema, suspendido en los productos de una combustión incompleta.

Necesítase una cantidad de aire considerable para quemar el carbón: cerca de 14 gramos de aire para efectuar la combustión completa de 1 gramo, y el número de calorías producidas es de 7,5. Siendo así, se comprende la obligación de quemar el acetileno en capas muy delgadas, las que no se pueden obtener sino por medio de picos de aberturas finísimas y, al mismo tiempo, de una presión fuerte que desparrame suficientemente el gas, para ponerlo en presencia de la mayor cantidad posible de aire.

Pero la riqueza en carbón del acetileno no basta para explicar su admirable poder luminoso, y la blancura perfecta de su llama; es-

(1) La transformación del acetileno en etileno por adición de hidrógeno, se realizaría más económicamente por intermedio de una sal que se regenerase; varias sales han sido probadas: por ejemplo, el protóxido de cromo amoniacal, al que regenera el ácido sulfúrico con hierro.

tas cualidades las debe el nuevo gas al calor extraordinario de su combustión :

Un metro cúbico de gas ordinario desarrolla 6000 calorías,

Un metro cúbico de gas acetileno desarrolla 14.000 calorías.

Las razones de esta diferencia considerable son :

1ª La mayor cantidad de materia contenida en el acetileno, cuya densidad es casi el doble de la del gas de alumbrado ;

2ª El calor absorbido para la formación del acetileno, pues este gas es *endotérmico*.

Esta última palabra necesita una explicación, que daremos para los lectores que no están al corriente de las leyes termoquímicas.

En general, toda reacción química da lugar á un desarrollo de calor, atribuído á una transformación del movimiento de las moléculas : es decir, á la pérdida de fuerza viva que ellas experimentan en el momento de precipitarse una sobre otra para formar compuestos nuevos. Puede imaginarse que, al contrario, sea necesario aumentar, por medio del calor, la fuerza viva de moléculas diferentes, para que se mantengan en el estado de equilibrio especial que constituye un nuevo cuerpo; en este caso, habrá absorción de calor.

Ahora bien, el calor de combustión de un cuerpo es igual á la suma de calor que resultaría de la combustión de sus elementos, cuando la formación del cuerpo, por medio de estos elementos, se ha realizado sin absorción ni desarrollo de calor; de otra manera, el calor absorbido durante la formación se adiciona, el otro se resta. El acetileno absorbe 3000 calorías por metro cúbico en el momento de constituirse; estas 3000 calorías reaparecen cuando se quema el gas (1), y se comprende cuán intensa ha de ser la incandescencia de las partículas de carbón en la llama del acetileno, bajo la influencia de una temperatura avaluada en 800 grados más que la del gas de alumbrado, á volumen igual.

(1) La benzina cuya fórmula es idéntica á la del acetileno, triplicada, tiene un calor de combustión inferior, á consecuencia de necesitar menos calorías de formación (una sexta parte).

Los experimentadores asignan valores diferentes al poder luminoso del acetileno, debido á la variedad de los quemadores empleados, y también á la calidad de los combustibles de comparación.

En Londres, donde el gas de alumbrado se halla enriquecido con una fuerte proporción de *cannel-coal*, Mr. B. Lewes ha encontrado que el acetileno producía 16 á 18 veces más luz que el gas ordinario.

Como el gas de París, superior al de Buenos-Aires, es inferior al de Londres, el poder luminoso del acetileno ha sido hallado, en París, de 20 á 22 veces mayor que el del gas.

Si admitimos la proporción de 20, resulta que 5 litros de acetileno dan una iluminación igual á la de 100 litros de gas; en otros términos, como un pico Bengel, que consume 105 litros por hora, produce la unidad de luz (1 cárcel ú 8 bujías), 5,25 litros de acetileno dan 1 cárcel-hora (1); prácticamente, se reconoce un gasto de 6 litros.

Ésto sentado, podremos fácilmente establecer los precios comparativos de las diferentes luces.

Acetileno.—Un kilogramo de carburo de calcio produce 345 litros de acetileno; en razón de su impureza y de las pérdidas, reduciremos esa producción á 300 litros, y, mientras Mr. Wilson no cumpla su promesa de suministrarnos el carburo á 20 dollars, supondremos que su precio en Buenos-Aires sea de 150 pesos oro la tonelada. El precio del kilogramo de *carbide*, ó de los 300 litros de acetileno, es por consiguiente de 15 centavos oro, y el costo de 12 litros, equivalente á 2 *carcel-hora*, de 6 décimos de centavo oro.

Bujía estearina.—Una bujía produce $1/8$ *carcel*, consumiéndose á razón de 10 gramos por hora; á 25 centavos oro el kilogramo de bujías, dos *carcel-hora* cuestan 4 centavos oro.

Lámpara de kerosene. — El consumo por *carcel-hora* es de 36 á 40 gramos; el precio del petróleo varía de 8 á 10 centavos oro el kiló

(1) La unidad *carcel* es la luz que produce la lámpara de este nombre gastando 42 gramos de aceite vegetal por hora.

gramo (de 7 á 9 centavos oro el litro), es decir, que el valor de 2 *cárcel-hora* es, término medio, igual á 6 décimos de centavo oro.

Gas ordinario de alumbrado. — Á 10 centavos oro el metro cúbico de gas, un pico Manchester de 127 litros, que produce 1 *cárcel-hora*, cuesta 1,27 centavos oro; por consiguiente, 2 *cárcel-hora* de gas cuestan 2,54 centavos oro.

El pico Auer, consumiendo 30 litros por *cárcel-hora*, gasta 6 décimos de centavo por 2 *cárcel-hora*; esto, sin tomar en cuenta ni los gastos de sombrerete, ni el abono especial, — ni la apariencia fúnebre de la luz.

Incandescencia por el alcohol. — La llama amarillenta y pálida del alcohol ha sido probada con éxito en los picos Auer; y quizá, cuando aparezcan estas líneas, lámparas de alcohol se hallen en venta en Buenos-Aires. Para calcular el costo probable de esa luz, supondremos que los derechos internos sobre el alcohol hayan sido suprimidos, y que su precio sea de 15 centavos oro el kilogramo (proximamente, 33 centavos papel el litro). Necesítanse 30 gramos por *cárcel-hora*, á lo menos, ó sean 60 para dos *cárcels*, cuyo precio sale á 9 décimos de centavo oro.

Lámpara eléctrica incandescente. — La electricidad se vende sobre la base de 30 centavos oro el *kilowatt*.

Una bujía-hora eléctrica corresponde á 3,5 watts; dos *cárcels-hora* gastan $3,5 \times 16$ watts, y, por consiguiente, cuestan 1,36 centavos oro. Resumiremos en un cuadro todos estos resultados:

Cuadro comparativo de los precios en centavos oro de las diferentes luces

	Precio de 16 bujías-hora
Bujía estearina.....	4,00
Lámpara de kerosene.....	0,60
Gas de alumbrado (pico Manchester).....	2,54
— (pico Auer).....	0,60
Incandescencia por el alcohol.....	0,90
Lámpara eléctrica incandescente.....	1,35
Acetileno (pico Manchester).....	0,60

Así, aún con el precio exagerado del carburo, el acetileno es uno de los alumbrados más baratos; á esta ventaja no despreciable, agrega la de ser absolutamente inocuo: puede respirarse sin inconveniente una mezcla de 40 % de acetileno en el aire: el acetileno absorbido por la sangre se elimina en menos de media hora, mientras que el óxido de carbón del gas de alumbrado, respirado en cantidad pequeña, necesita un tiempo largo para su eliminación y puede provocar graves accidentes.

En fin, si comparamos el consumo de aire y los productos de la combustión relativos al gas y al acetileno, los resultados son favorables al último: un *cárcel-hora* de gas de hulla consume cerca de 1 metro cúbico de aire, produciendo 140 gramos de vapor de agua y 160 de ácido carbónico; para la misma luz con acetileno, el consumo de aire es solamente de 0,170 metro cúbico de aire, la producción de vapor de agua 5 gramos, y la de ácido carbónico, 25 gramos.

VI

Los aparatos inventados para la producción del acetileno y su aplicación al alumbrado son ya numerosos, pero pueden dividirse en tres clases muy distintas:

1ª Un gasógeno donde se produce el gas y un gasómetro donde se almacena, antes de ir á distribuirse por canalización á los diferentes picos de combustión, constituyen los elementos esenciales de los aparatos de esta clase; se diferencian por la manera más ó menos práctica y segura de poner el *carbide* en contacto con el agua. Muchos de esos aparatos pecan desgraciadamente por un lujo inútil de complicación, ó por el completo desprecio, ignorancia quizá, de las propiedades del carburo de calcio y del acetileno.

No tardarán mucho las quintas de los alrededores de Buenos-Aires y las estancias de la Provincia, en alumbrarse con acetileno por

medio de los aparatos de esta clase. La dificultad estará en elegir un productor robusto y adecuado al servicio requerido; otra dificultad debemos señalar: la de poder conseguir el *carbide* necesario. En Europa y en América, las Compañías de gas procuran monopolizar el *carburo de calcio* y se resisten á venderlo, prefiriendo utilizarlo para aumentar el poder luminoso del gas; ya es muy difícil conseguir algunas toneladas de ese cuerpo. Créase de ese modo una situación desfavorable para el acetileno, pero que no puede ser duradera.

2ª La segunda clase de aparatos consiste en lámparas portátiles, que contienen una cierta cantidad de carburo en un depósito resistente; una reserva de agua provoca poco á poco, á medida del consumo, la producción del gas. Estas lámparas serían aceptables, aunque incómodas, si fuera posible evitar los escapes, y si el carburo de calcio no sufriera una *hístéresis*: es decir, si su descomposición por el agua no fuera á veces muy retardada; fórmase en este caso, de repente, una gran cantidad de gas que puede ser peligrosa y, en todo caso, facilita los escapes.

3ª El tercer sistema difiere completamente de los anteriores; el acetileno es distribuido á domicilio, en estado líquido, en tubos de acero que se adaptan á las canalizaciones por medio de válvulas de reducción. Pronto sabremos, por las experiencias que se hacen del sistema, si realmente no hay inconveniente en manipular los tubos de acetileno cargados á 60 atmósferas...

Terminaremos la monografía del acetileno, con algunas consideraciones relativas á su aplicación como combustible en los motores á vapor, y cómo explosivo en los motores á gas.

El calor considerable que produce la combustión del acetileno,— 14.000 calorías por metro cúbico,—y la facilidad que ofrecen los gases para la distribución del calor, no podían menos de llamar la atención sobre este gas. Se verifican actualmente experimentos, de los cuales parece resultar que en las máquinas de gran poder, superior á 500 caballos, se debe calcular un gasto de 180 gramos de acetileno por *caballo-hora*. Partiendo de esta base, haremos el cálculo

lo del espacio necesario para almacenar en una torpedera de 1000 caballos de fuerza, la cantidad de carburo de calcio correspondiente á 20 días de navegación.

1 kilogramo de carburo produce 300 litros, cuyo peso es $300 \times 0,92 \times 1,29 = 356$ gramos — 0,^k 356.

1000 *caballos vapor* consumirán en 20 días: $1000 \times 20 \times 24 \times 0,180 = 86.400$ kilogramos de acetileno, que corresponden á $86.400 = 242.800$ kilogramos de carbide.

La densidad del carbide es 2,22; puede colarse en forma de paralelipipedos, de modo á ocupar el menor espacio posible; calculando sobre una densidad de 2, el espacio ocupado sería de 121 metros cúbicos.

La cantidad de hulla capaz del mismo trabajo sería, á razón de 0,^k 7, por *caballo-hora*, igual á $1000 \times 20 \times 24 \times 0,7 = 336.000$ kilogramos, cuyo volumen no es inferior á 336 metros cúbicos.

En cuanto á la aplicación del acetileno á los motores de gas, debe observarse que éstos habrán de ser modificados para poder utilizar el nuevo agente; algunos ya construidos exigen un gasto de 150 gramos de acetileno por *caballo-vapor-hora*, tratándose de fuerzas superiores á 8 caballos; al precio de 15 centavos oro los 300 litros, el costo resultaría excesivo. Como es de esperar que el carburo baje á 5 centavos oro el kilogramo, no es imposible que veamos un día funcionar en Buenos-Aires motores de gas acetileno.

Estas últimas consideraciones, que descansan sobre el resultado de experimentos precipitados, son quizá prematuras, pero contribuirán á dar una idea completa de un cuerpo que todos debemos conocer, pues tendremos probablemente que manejarlo mañana.

U. COURTOIS.

BIBLIOGRAFÍA AMERICANA

EL LIBRO DE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. — SOLUCIÓN DE
UN PROBLEMA BIBLIOGRÁFICO

El bien conocido librero Quaritch, de Londres, estimado entre los americanistas por sus ricos catálogos de libros raros sobre América, anunció en venta, en 1882, dos ejemplares de un libro rarísimo (*La Verdadera Historia de la Conquista de México*, por Bernal Díaz del Castillo), con la anotación de que eran dos ediciones distintas «probablemente hechas en el mismo año (de 1632)», indicando cuál de ellas debía considerarse como primera. Este problema, incidentalmente señalado antes por varios bibliógrafos, no había sido nunca estudiado, y esto nos movió á examinarlo con el propósito de resolverlo. Al efecto, publicamos por ese tiempo un estudio crítico-bibliográfico, en que procuramos demostrar que no existían ni podían existir dos ediciones del mismo año, y determinando cuál de ellas debía considerarse como primera. Diez años después, (en 1891) el mismo librero Quaritch anunció en venta otro ejemplar de la misma obra, y tomando en cuenta nuestras pruebas nos daba la razón, aunque con algunas reservas; decía, en la anotación correspondiente, que, «muy de cerca habíamos probado

(*very nearly succeeded in proving*) lo que sosteníamos, pero que el problema debía considerarse como no resuelto aún ».

Tal es el estado actual de la cuestión, y tales los antecedentes que han motivado este estudio.

I

En materia de crónicas, hay un libro, — diremos dos por extensión, — que pueden calificarse de únicos en su género, como documentos históricos y como producto espontáneo de la naturaleza de sus autores.

Es una coincidencia digna de ser señalada, que los dos primeros historiadores de Méjico y del Río de la Plata hayan sido dos simples soldados aventureros, tan ingenuos como incultos, héroes y testigos presenciales de los hechos que narran, y que en el género á que sus obras pertenecen, constituyan una singularidad en la literatura histórica.

Los grandes capitanes antiguos y modernos, que han contado lo que hicieron, lo que vieron y lo que pensaron, complementando así la acción con la pluma, eran hombres de mando y de pensamiento, cuya palabra es una vibración del temple de sus almas y una manifestación de su intelectualidad superior; que miraban las cosas y los hombres desde arriba y de su punto de vista individual, incorporando á la historia su propia personalidad, refundida en la multitud anónima de sus soldados. Mientras tanto, ningún expedicionario de las falanges macedónicas de Alejandro, ningún legionario de César, ni uno solo de los Diez Mil de Jenofonte; ni siquiera algún veterano de los ejércitos de Gustavo Adolfo, de Federico ó de Napoleón, ha dejado memorias geniales que lleven impreso el sello de la colectividad orgánica á que pertenecían, para

transmitir á la posteridad, los sentimientos y las impresiones de las multitudes que aquellos acaudillaron, reflejando en sus juicios la opinión pública militante, ó sea la conciencia de la masa que obedecía y peleaba, y que pensaba á su modo.

Es por eso un rasgo característico del descubrimiento y conquista de Méjico y del Río de la Plata, que sus dos primitivos y más genuinos historiadores, sean dos soldados «sin letras», — como ellos mismos se declaran, y lo eran en efecto, — que, al contar lo que vieron y lo que hicieron, se hayan hecho célebres por sus escritos más que por sus hazañas, legando á la posteridad, no sólo un precioso y auténtico documento histórico, sino también una obra original, espontánea, hija del instinto y de la observación propia, y por lo mismo valiosa como testimonio, pues hasta sus mismos juicios más ó menos apasionados, son datos morales que sirven para formular el fallo definitivo de la historia.

Las «Cartas» de Hernán Cortés no nos darían una idea del espíritu de los aventureros que con él conquistaron el imperio de los Aztecas, si no tuvieran por comentario la «Verdadera Historia», — como la llama su autor Bernal Díaz del Castillo, — escrita con una animación y un colorido, cual el más consumado arte literario no ha podido reflejar en sus elaboradas páginas. Los «Comentarios» de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, carecerían de sentido, si el «Viaje» de Ulrich Schmidel no nos suministrase los elementos para formar un juicio completo respecto del carácter de los conquistadores del Río de la Plata, desde don Pedro de Mendoza hasta Irala y Garay, porque faltaría el testimonio de la opinión que de ellos y de sus actos formaron los soldados colonizadores que los acompañaban.

Sirvan de corolario á estas proposiciones los pasajes siguientes.

En la bahía de Río de Janeiro, donde había recalado la expedición de don Pedro de Mendoza, después de atravesar el Atlántico, tuvo lugar la primera tragedia, precursora de la conquista y de la colonización del Río de la Plata, que ensangrentando su cuna, daría

origen á sus revueltas intestinas. Por orden del Adelantado, fué muerto á puñaladas, por cuatro de sus oficiales, su segundo Juan de Osorio, caudillo popular entre su tropa, y su cadáver expuesto en la plaza, pregonándose por bando, que moría por traidor, y que en igual pena incurrirían los que se moviesen por su causa. La opinión de los soldados condenó al juez y absolvió al reo, según nos lo hace saber Schmidel, en breves y severas palabras: « En lo cual procedió sin motivo justo, porque Osorio era bueno, íntegro, fuerte soldado, oficioso, liberal, y muy querido de sus compañeros ».

Con motivo de la ejecución de Guatimozín, ordenada por Cortés, dice Díaz del Castillo: « Yo tuve gran lástima de Guatemuz y de su primo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos á aquella jornada ».

Ambos juicios han sido confirmados por la posteridad.

Bien que las obras de uno y otro pertenezcan por su índole á la misma especie, la de Díaz del Castillo es muy superior á la de Schmidel, como producto de un genio nativo, siendo única, como hemos dicho, en la literatura histórica. La del primero, español de temperamento nervioso, impregnado del espíritu de su raza, es imaginativa en su realismo, exuberante en la palabra, pintoresca, animada, apasionada, llena de movimiento y colorido, que como narración y descripción supera á todas las crónicas ó historias escritas antes ó después sobre el mismo asunto. La del segundo, alemán de temperamento flemático, sin imaginación ni preocupaciones, aunque no exento de la credulidad vulgar y de preveniciones personales, es concreta y fría; narra seca y concisamente los hechos, establece las fechas, determina las distancias, describe lo que ve como lo comprende, sin ornamentaciones de estilo ni divagaciones, consignando con la misma brevedad, de vez en cuando, un juicio, una reflexión, una observación, á la manera de los apuntes de un memorandum.

Ambos libros tienen de común, el carácter militar de sus autores, que escribían *n'huma mão sempre a espada, n'outra a penna*, según

la expresión del poeta (1); la ingenuidad del relato, la libertad de los juicios colectivos respecto de los hechos, hombres y cosas; la pintura de los caracteres sorprendidos en el momento de la acción, como en la fotografía instantánea; y, sobre todo, ser ellos la expresión fiel de los soldados, que á miles de leguas de la patria nativa y en un país desconocido para ellos y para el mundo, luchaban contra los salvajes indígenas, envueltos en discordias intestinas; y que, con el criterio de las multitudes empeñadas en la empresa, juzgaban las acciones de sus jefes y los hechos en que eran actores, y de que serían los cronistas.

Son documentos históricos, á la vez que elementos morales, que explican los hechos y los ilustran, animándolos con cierto soplo democrático, que hace vibrar la fibra humana al través del tiempo.

II

Al libro de Diaz del Castillo, se liga una interesante cuestión bibliográfica, tan singular como el libro mismo, que por doble motivo merece ser ilustrada. Ella no había sido estudiada antes de que nosotros lo intentásemos, á propósito de la anotación de la librería del Catálogo de Quaritch, quien, como queda dicho, nos dió casi la razón, abriendo un nuevo signo interrogante.

Es el caso que hay dos ediciones del libro, que se pretende ser hechas en el mismo año, y que se disputan la prioridad como originales, no faltando quienes, para mayor confusión, las consideren como gemelas, tal vez porque son tan diferentes como Jacob y Esaú que nacieron del mismo vientre.

El título del libro en cuestión, copiado al pie de la letra del ejemplar de una de las dos ediciones consideradas como originales, el

(1) CAMOES, *Os Lusíadas*, VII, LXXIX.

cual pensamos sea de la primera, y que poseemos en nuestra biblioteca, es como sigue :

HISTORIA VERDADERA | DE LA CONQ VISTA DE LA | NVEVA
 ESPAÑA. | Escrita | *Por el Capitan Bernal Diaz | del Castillo, vno
 de sus Conquistadores | Sacada a luz, | Por el P. M. Fr. Alonso
 Remon, Pre | dicador y Coronista General del Orden de | N. S. de
 la Merced, Redencion de Cautivos- | A la Catolica Magestad del |
 Mayor Monarca Don Felipe | IV, Rey de las Españas y | Nuevo
 Mundo N. S. | Con priuilegio. En Madrid, en la Emprinta del
 Reyno.*

Es un volumen in-folio, con 4 fojas preliminares, sin foliar, 254 fojas de texto á dos columnas, foliadas por el anverso, y 6 fojas sin foliar para la « Tabla de los Capítulos ». Lleva un frontispicio alegórico, que le sirve de portada, con la firma del grabador : « *I. de Courbes F.* », adornado con figuras, y los retratos de cuerpo entero, con escudos simbólicos y sus respectivos blasones al pie, de Hernán Cortés y de Fr. Bartolomé de Olmedo, los dos héroes de la conquista mejicana, de la militar el uno, de la espiritual el otro, con las significativas inscripciones de MANV el primero, y de ORE el segundo. Arriba, debajo de las armas reales, el globo terráqueo con la inscripción, AMERICA en el centro de su traza, y una cinta en que se lee : CONDITA. Abajo, un plano panorámico de la ciudad de Méjico.

Hay otra edición, — que es la que disputa la prioridad, — que lleva una portada impresa con la designación del año de 1632, que falta en el pie de imprenta del frontispicio grabado antes descrito, pero que es indudable corresponde al mismo año. Tanto en una como en otra, suele encontrarse ó faltar un capítulo adicional impreso en pliego aparte, pero que continúa en ambos el orden de la foliatura. Esto ha dado origen á la especie de que, en el mismo año y por la misma imprenta, se hicieran simultánea y sucesivamente dos ediciones distintas que se disputan la prioridad, así como las señales que deben distinguirlas. Unos sostienen que la portada

impresa corresponde á la primera, y otros, por el contrario, que la grabada, confundiéndose á veces las portadas en los ejemplares conocidos. En lo que casi todos están de acuerdo, es que el capítulo adicional corresponde á la primera, opinión de que disentimos.

León Pinelo, que fué el primero que en su « *Epitome* » dió noticia de la existencia del manuscrito de esta obra, dice haber visto el original en la biblioteca del consejero de Indias, don Lorenzo Ramírez de Prado; y que de allí la copió el Padre Remon para imprimirla. Esta noticia está confirmada por el último, en la dedicatoria á su Mecenas, que es el mismo Ramírez del Prado, á quien dirige estas palabras: « Vuelvo impreso lo que nos comunicó manuscrito ».

Nicolás Antonio, en su « *Bibliotheca Nova* », adelanta que el libro fué publicado por Fr. Gabriel de Adarzo y Santander, obispo de Otranto, — lo que no es del todo exacto, según más adelante se explicará.

Barcia, en el « *Epitome* » de León Pinelo, añadido por él, determina el año de 1632 para la primera edición, y se refiere á una sola y única al dar la noticia, de una « *Historia de Goatemala* » M. S., obra de Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán (Ximenes de Urrea) rebisnieto de Bernal Díaz del Castillo. Á su vez, este descendiente del historiador, escribiendo en 1675, se refiere también á una edición única con estas palabras: — « El libro impreso que sacó á luz el P. Alonzo Remon ». Según él, el texto de su antecesor está adulterado, « por que cotejado con el original ó borrador que paraba en su poder (en Guatemala), no concordaba en algunas cosas ». Á propósito de esto, observa Barcia que « no siendo éstas substanciales, es fácil ereer que, al copiarlas, mudase el autor algunas ». Esto, que confirma doblemente el testimonio de León Pinelo, en cuanto á ser original el texto que el P. Remón tuvo á la vista, revelaba la existencia de los dos autógrafos, uno en Europa y otro en América, así como que este último fué el primer borrador. En efecto, de los documentos inéditos que posterior-

mente ha publicado F. Zaragoza en el tomo I, de su *Biblioteca de Americanistas*, consta que en la fecha antes citada (1675), el manuscrito original existía en Guatemala, en poder de la familia del autor, quien había enviado una copia al Rey en el año de 1579, á la edad de ochenta años; y éste es sin duda el que sirvió de texto para la 1ª edición. Del manuscrito de Guatemala no se tienen más noticias.

Robertson, en el catálogo de libros americanos de su *Historia de América*, sólo menciona una edición de 1632, siendo por lo tanto posterior á 1777, la especie singular de dos ediciones en el mismo año.

Salvá es el que por primera vez haya enunciado el hecho como probable, en su *Catálogo* de 1826, deduciéndolo únicamente del capítulo adicional que acompaña algunos ejemplares.

O. Rich, en su *Catalogue of books* de 1832, es el primero que haya afirmado la existencia de dos ediciones sucesivas con intervalo de años, agregando arbitrariamente, — pues no comprueba el aserto, — que una de ellas fué impresa por el año de 1700. Ternaux-Compans repite lo mismo; pero de su anotación se deduce que sólo vió una edición. Brunet indica dos ediciones en el mismo año, guiándose por el criterio de Salvá.

Don Enrique de Vedia, en sus *Noticias sobre los historiadores primitivos de Indias* (*Bib. de Aut. Esp. de Rivadeneira*, tomo 26), trae sobre el particular, dos asertos contradictorios que se excluyen. « Hay la particularidad, dice, de que las ediciones de Madrid de 1632 (en la Imprenta Real) son dos: una con portada grabada y en malísimo papel, y otra sin aquel requisito; pero más ceñida y ajustada la impresión; el contenido es el mismo, y sólo hay en la primera (la de portada grabada) un capítulo adicional.» — En la página siguiente agrega, desvirtuando su anterior aserto: « Dijimos anteriormente que las dos impresiones de Madrid, si es que son dos ó una misma con diferentes portadas, son las primeras.»

Prescott, con más mesura, sólo habla como Robertson de una

edición en 1632. Quaritch, en su *Catalogue*, es más explícito, estampando esta afirmación: « Las dos ediciones son realmente dos distintas publicaciones, y no meramente provenientes de una misma, siendo probablemente impresas en el mismo año. » Á ejemplo de Salvá y á la inversa de Vedia, adjudica la portada impresa á la que llama primera edición, y la grabada á la que califica de segunda, pero sin demostrarlo, pues no hace ni la descripción del libro.

Salvá y Mallen (el hijo de Salvá), en su *Catálogo de 1872*, trae las dos ediciones, y lo mismo que su padre, aplica la portada impresa á la primera. Sabin, en su *Dictionary of books relating to America*, repite lo propio.

El último que haya repetido la especie de dos ediciones distintas en el mismo año y por la misma imprenta, es Leclerc en su *Bibliothèque Américaine*, de 1878, dando la descripción de ambas y arreglando las portadas á la inversa de Vedia.

Después de un detenido estudio de esta obscura cuestión bibliográfica, y teniendo simultáneamente á la vista cuatro ejemplares de la obra, podemos asegurar lo siguiente:

Primero, que hay dos ediciones distintas pero no del mismo año;

Segundo, que el capítulo que se considera como distintivo de la segunda edición, corresponde á la primera;

Tercero, que la portada grabada pertenece á la primera edición, y la impresa á la segunda, como puede demostrarse.

Por lo que respecta á las portadas, la prueba es inductiva, pero perentoria. La portada grabada pertenece, como queda anotado, al buril de *I. de Courbes* que la firma. Este mismo grabador fué quien cuatro años antes, en 1639, había ejecutado la del Epítome de León Pinelo, lo que probaría que corresponde á la época, y por consecuencia á la edición de 1632, además de que los preliminares lo demuestran.

Podría pensarse que las dos portadas pertenecen á una misma edición, deduciéndolo de que una lleva el milésimo del año que falta

en la otra, y así solía hacerse en los libros con doble portada; pero, si se advierte que el papel es distinto, que los caracteres tipográficos difieren de los del cuerpo de la obra, y son de fundición más moderna en la imprenta, siendo su ortografía otra, y que, demostrado como está que la grabada corresponde á la época de la primera edición, la segunda quedaría sin ella: hay que adjudicarla forzosamente á la edición impresa en el mismo papel, con el mismo tipo y con idéntica ortografía en 1632. Debe advertirse, lo que hemos apuntado antes, que varios ejemplares llevan trocadas las portadas; pero esta es mera cuestión de encuadernación.

En cuanto al capítulo adicional, sucede que algunos ejemplares de la primera edición lo llevan, y otros no, faltando en los de la segunda, como lo comprueban cuatro ejemplares que tenemos á la vista, únicos que conocemos en Buenos-Aires: dos, pertenecientes á la Biblioteca Nacional (primera y segunda edición, sin el capítulo); el otro, á la de don Andrés Lamas (primera con el capítulo); y otro á la mía, (primera sin el capítulo). Este capítulo que poco tiene que ver con la conquista de México, pues sólo trata de las cosas maravillosas que se suponen vistas por los indios antes de la llegada de los españoles, está impreso en pliego aparte (folio 255-256) con los mismos tipos y el mismo papel negruzco, con rayas de agua verticales y sin marca de la primera edición, continuando la foliatura hasta completar la foja 256. (Por equivocación, lleva el capítulo el número CCXXII en vez del CCXII que le corresponde).

Estudiando con atención las licencias, aprobaciones, dedicatorias, preliminares, etc., que son idénticos en ambas ediciones y en todos los ejemplares, y sobre todo, el papel y los tipos, que son inconfundibles, se adquiere la evidencia de que el capítulo adicional es un apéndice agregado por la misma imprenta, y en el mismo año, y que de todos modos él corresponde á la primera edición, y no á la segunda como se cree generalmente. Todo esto, consta de lo siguiente:

1° Las licencias para imprimir el libro fueron dadas al P. Remón

en 1630, examinando en el mismo año el manuscrito los cronistas de Indias Gil González Dávila y Tribaldos de Toledo; 2° El privilegio para imprimir fué concedido por el término de diez años en junio de 1631; 3° La edición se terminó en 16 de octubre de 1632, en cuya fecha se formó la fe de erratas; 4° La *suma de la taza* se verificó en 4 de noviembre de 1532; 5° Antes de terminarse la impresión, murió el P. Remón, insertándose su necrología entre los preliminares, con cuyo motivo se encargó de ella el obispo Adarzo Santander, que fué quien la *publicó*, como dice Nicolás Antonio; 6° La primera edición se publicó el 8 de noviembre de 1632, según consta de la dedicatoria al Rey, firmada por el Maestro general de la orden á que pertenecía el P. Remón.

Como, sin embargo, la edición se hizo con arreglo al manuscrito del P. Remón, al final del capítulo CCXI, — que es el último, — se inserta una *Conclusión y Epítome* firmada por él, que dice: «La verdad escrita de mano de quien le costó trabajo pelear para merecer la alabanza, no tiene precio; y fué la principal razón que á mi me movió para recopiar estos originales olvidados, y ponerlos en público y en limpio». Á continuación, siguiendo la misma foliatura, pero en pliego aparte, se inserta el capítulo adicional como por vía de apéndice, ya sea después del fallecimiento del P. Remón, ya cuando el libro estaba impreso; y así se dice en su encabezamiento: «Este capítulo, que es el último *del original*, por parecer excusado, *se dexó de imprimir*, y oy á petición de un curioso *se añade*». El papel en que está impreso es negruzco y de muy mala calidad como el de la primera, siendo blanco y de más cuerpo el de la segunda.

Lo dicho prueba igualmente que la especie de las dos ediciones simultáneas, ó sea del mismo año, no tiene consistencia, pues en el espacio de mes y medio no pudo ejecutarse por la misma imprenta ni en el mismo año, un volumen en cuya confección se había empleado cerca de año y medio.

Para convencerse de que los ejemplares de portada grabada y los

de portada impresa, son dos ediciones completamente distintas, basta cotejarlos. Aun cuando ambas tengan el mismo formato, el mismo número de fojas y muchas páginas estén reproducidas á plana y renglón, difieren completamente por los tipos, por la marca de agua del papel, las viñetas, la ortografía, la ordenación de la mayor parte de las páginas, el alto de las columnas y hasta en la imposición de las notas marginales.

El último que se haya ocupado de esta cuestión, es el librero Quaritch. En el número 12 de su Catálogo de 1894, refiriéndose á nuestro trabajo crítico-bibliográfico, publicado en 1882, dice lo siguiente: « *General Mitre has very nearly succeeded in proving that this edition (the title-page letterpress) was the second, and that it was printed after 1632. The edition with an engraved title has no date, but cannot certainly be much later than 1632. The question must still be considered insolved* ».

Queda únicamente por averiguar, en qué año se hizo la segunda edición que lleva el título impreso con el milésimo de 1632, el cual seguramente no le corresponde, así como no le corresponde el capítulo que equivocadamente se le adjudica, contra el testimonio del papel y de los tipos, testigos irrecusables que hacen inconfundibles las dos ediciones.

III

La obra de Bernal Díaz del Castillo, más verdadera que la crónica del capellán de Hernán Cortés, á quien corrige, es superior por el estilo á la retórica historia de Solís, como se ve comparando en ambos el épico relato de la « Noche triste »; y algunos de sus episodios pueden parangonarse con los análogos de los Comentarios de César, con quien el mismo se compara, diciendo, que asistió á más batallas que él, y como él escribió por su propia mano sus hechos, sin fiarse de cronistas.

El objeto del autor, al emprender su obra, fué refutar la historia de Gomara, y al terminarla había hecho su propia apología, á la par de la de sus compañeros de trabajos, salvándolos del olvido. Cuenta él mismo: « Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos Licenciados que la emprestase; e yo se las presté, porque de sabios siempre se pega algo á los idiotas sin letras, como yo soy, y les dije, que no enmendasen en cosa ninguna, porque todo lo que yo escribí es muy verdadero ». Observándole los licenciados,—que según él « eran mui retóricos »,—que se alababa demasiado, y que debía dejar eso para que otros lo hiciesen, él les contestó: « En este mundo hay casos que se suelen alabar unos vecinos á otros las virtudes y bondades que en ellos hay, y no ellos mismos; mas el que no se halló en la guerra, ni lo vió ni lo entendió, ¿ cómo lo puede decir? habíanlo de hablar los pájaros que en el tiempo que estábamos en las batallas iban volando? ó las nubes que pasaban por alto, sino solamente los Capitanes, y soldados que en ellos nos hallamos? »

La obra ha sido alabada por los historiadores modernos, más que el autor á sí mismo, en cuyas páginas se han inspirado, reflejándolas débilmente. Única en su género, es, como lo declara Robertson, « una de las más singulares que se hayan escrito en lengua alguna ». Prescott la caracteriza con propiedad cuando dice que su autor, « simple hijo de la naturaleza, daguerreotipa, por decirlo así, las escenas de la vida real, y es entre los cronistas, lo que el autor de Robinson Crusoe entre los novelistas », agregando: « No puede juzgarse según las reglas del arte un libro escrito en la completa ignorancia de ellas, y que, á pesar de todo, será leído por el sabio y por el estudioso, mientras que composiciones de historiadores más clásicos, dormirán tranquilamente en los estantes de las bibliotecas ».

El libro de Bernal Díaz del Castillo ha sido traducido á casi todas las lenguas modernas. Por un descuido inexplicable, era desconocido en la lengua francesa, y su nombre apenas figura en los más recientes diccionarios históricos. M. Jourdanet, autor del cono-

cido libro sobre la *Influencia de la presión del aire en la vida del hombre*, se encargó de reparar ese olvido, publicando una cuidada traducción ilustrada que ha tenido dos ediciones sucesivas, y lo ha rejuvenecido, haciéndolo popular en Europa. El escritor cubano-francés J. M. Heredia (segundo de este nombre), ha hecho posteriormente otra traducción, que reproduce mejor el nervio nativo del estilo original.

Un periódico francés, hablando de la traducción de Jourdanet, ha emitido este juicio: « Encontramos á cada paso en Bernal Díaz, páginas verdaderas que sorprenden la atención, llenas de un efecto grandioso, que tienen como un soplo épico, que en nada ceden á lo que se conoce de más famoso en su género. La descripción del sitio de Méjico, vale seguramente la del sitio de Alasia por César; la narración de la retirada de los españoles después de su expulsión de Méjico, nada pierde en ser cotejada con narraciones análogas en los célebres desastres del ejército francés en Rusia ».

Como se ha dicho con tal motivo, Bernal Díaz del Castillo, es un veterano que se queja de no encontrar en el arco de triunfo sino el nombre del conquistador; que quiere escribir el suyo, al lado, juntamente con el de los olvidados por los historiadores.— Su libro es el arco de triunfo de los soldados, y su nombre y el de sus camaradas, ha sido escrito en él, por la mano viril que esgrimió la espada y manejó la pluma, con caracteres toscos pero indelebles.

BARTOLOMÉ MITRE.

MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS (1)

I

DE VALPARAÍSO Á LIMA

A bordo del *Laja*.

Aquí desembarcaba hace un mes, no fatigado seguramente por el viaje, que antes es tonificante y vigorizador, pero muy impregnado aún de vida argentina y casera ; sobre todo, con el alma dolorida, magullada por los sacudimientos de la separación... Al pronto, Valparaíso me pareció bastante mediocre de extensión y neutro de carácter. Á pesar del clima delicioso en este mes (abril) y del relativo *confort* de la vida física, el roce de cosas é intereses comerciales sin novedad ni amplitud, la inevitable monotonía de una acti-

(1) Si algún memorioso lector hubiera conservado recuerdo de otras « impresiones de viaje », publicadas en el diario *La Nación*, conviene advertirle que, ni por las regiones descritas ni por la forma adoptada, se confunden unas y otras. Con las primeras, se procuró condensar, al rededor de la capital ó ciudad significativa de cada región, sus rasgos sociológicos más importantes ; las presentes son simples sensaciones del trayecto, apuntes de cartera, sin plan ni compostura, pero que, en cierto modo, forman en su espontaneidad el complemento de aquéllas. Por lo demás, unas y otras se encontrarán en un volumen en preparación.

vidad, para mí exterior y ajena, me saturaron muy pronto. Temí entonces mostrarme injusto para con el primer puerto de Chile, si me detenía en él tan mal « acondicionado », en la brusca soledad del extrañamiento, y tomé el portante para Santiago, donde me esperaban algunos amigos de juventud...

Vuelvo hoy al « puerto » para tomar el vapor de Lima. No me encuentro tan aislado como en los primeros días. Gracias á la benevolencia de los diarios y al viento favorable que sopla de la Cordillera — todo de paz y fraternidad ! — me han salido al paso nuevas relaciones, más fáciles y numerosas de lo que pude sospechar. Frecuento dos ó tres clubs, algunas casas de familia, visito establecimientos públicos. Por supuesto que agradezco debidamente todas estas amabilidades, cordiales ó simplemente corteses, que constituyen la conquista menos discutible de la civilización, y, como si dijéramos, la moneda fiduciaria de la amistad. Me aprovecho de todo ello para mirar un poco lo que antes entreví.

Mi primera impresión general se modifica muy poco. El verdadero Chile está en Santiago, no en Valparaíso. — Con sus barrios populosos del Puerto y el Almendral, sus muelles y *docks* de vaiévén poco vertiginoso, sus tres ó cuatro arterias de vcerdas europeas, medianamente agitadas, y cortadas por callejuelas que escalan al pronto los cerros rojizos ; su población cosmopolita desarraigada, sus plazas é iglesias de imitación, sus tiendas previstas y sus monumentos modernos (el erigido á la « Marina Nacional », es interesante aunque de efecto algo teatral), — Valparaíso es el puerto de comercio *en sí*, que recuerda á cualquiera de los otros, sobre todo á los menos vastos y pintorescos : el Rosario ó el Callao, Bahía y sus ascensores — menos el espléndido aderezo tropical, — una Vera Cruz más amplia y limpia, un Montevideo reducido á la mitad... Pues, á pesar de las diferencias íntimas y el contraste de las latitudes, todos los puertos marítimos se parecen insoportablemente. El poderoso flujo mercantil pronto consigue nivelar ó rechazar á segundo término los relieves locales, y, donde quiera, el idéntico hormigueo

de los embarcaderos y aduanas, de los malecones y *wharfs*, refleja la agitada monotonía del Océano.

Fué Valdivia, según los unos, Saavedra, según otros (Vicuña Mackenna), quien bautizó á Valparaíso. Extremeño ó castellano, el padrino, llegado á Chile por el desierto de Atacama, no sería descontentadizo en materia de paisaje. La boca del Aconcagua con algunos bañados verdecientes, acá y allá; el ondulado horizonte y la dulzura del clima pudieron darle la ilusión de un « valle del paraíso ». Con todo, fué mucho bautizar! El « paraíso » de Chile está en otra parte : en el rico valle de Aconcagua, ó, hacia el sud, en las encantadoras florestas de Concepción y Arauco.

En lo tocante á Valparaíso, hoy mismo, después de transcurridos tres siglos de apropiación humana, — desde los altos barrancos que dominan la bahía hasta la playa de Viña del Mar y los esteros de Quilpué, la árida roca revienta donde quiera la capa de humus delgado, por entre los bosquecillos de vegetación artificial y las malezas de pencas y aliagas. Del glauco mar dormido á los próximos declivos, la ciudad se alarga en arco estrecho ; y todo el barrio del escarpado cerro, con sus casitas pintadas y sus jardincillos de escalones, revuelto y apiñado por la perspectiva, remeda una alquería de Nuremberg, una caja de juguetes bruscamente volcada en la cuesta y á punto de rodar en la rada. Delante de nuestro buque, que leva anclas y vira lentamente, desfilan á flor de agua las fortificaciones que defienden la entrada, luego el arrabal del Barón, al norte, con su caserío pintorescamente escalonado — sobrepuesto en las blandas colinas. Se pone el sol tras la Escuela naval, en el extremo opuesto de la bahía ; la ciudad se enciende poco á poco ; las últimas chalanas vacías se escurren hacia la tierra ; pasamos delante de un buque de guerra chileno, cuya banda nos despide con el *God save the Queen...* Estamos en marcha, con rumbo á los países calientes.

No es este *Laja* el mejor steamer de la Compañía sud-americana, pero es estable y bien distribuido; todo el personal, del capitán al marmitón, parece gastar humor tan manejable como el mismo mar

Pacífico. Cierta *manque de tenue*, y aun de real confortable, me parece ampliamente compensado por esta facilidad del trato, esta francachela de las relaciones personales, que es el atractivo potente, aunque rara vez confesado, de la existencia « criolla » — contra la cual se murmura sin tregua, pero cuyo hábito mecedor echamos de menos, más tarde, en Londres ó París. *Todo se arregla*: tal es la divisa hispano-americana, que bien vale á muchas otras; en viaje, sobre todo, llegan pronto á cansarnos los reglamentos angulosos, las minuciosas prescripciones y prohibiciones contra cuyos artículos nos golpeamos á cada instante, cual contra el techo muy bajo ó la puerta estrecha del camarote. Á trueque de estar un poco codeados por las gentes y maltratados por las cosas, gustaríamos de sentirnos menos protegidos. Es lo que se logra sin esfuerzo en todas nuestras administraciones nacionales...

Para no sentirse muy desgraciado á bordo, la primera condición es estar solo en su camarote; la segunda, no estarlo en la mesa ó sobre cubierta. Cuando digo « solo », bien comprendéis que es remedio peor que el mal, esa larga mesa del comandante, en que se inserta uno á la aventura, encontrándose demasiado tarde con *vis-à-vis* grotescos ó antipáticos, con vecinos extravagantes y fastidiosos que os cuentan cada día su historia con tal de averiguar la vuestra. — Yo tenía anuncio de hallarse á bordo un conocido chileno, explorador infatigable y geólogo sin par entre Catamarca y Copiapó, — *l'homme de la montagne!* — muy capaz, por otra parte, de interrumpir un análisis al soplete para escuchar un *lied* de Schumann, y hasta acompañarlo en el piano. Dotado de humor inalterable y estómago ejemplar, está en su casa á bordo como en un pozo de mina, enganchado á sus informes y correspondencias desde el alba, manipulando libros y planos, despachando en cada escala docenas de cartas á los innumerables comités, congresos y sindicatos de que forma parte: pues está en todas las empresas mineras y salitreras que se proyectan en el Pacífico, — sobre todo en las que se liquidan con estampillas y telegramas. — Compañero precioso, bajo cualquier aspecto, pero

muy ocupado entre sus comidas para no requerir un sustituto. Él mismo le busca y me le trae al día siguiente.

Ha tenido buena mano : el recién venido, que completa nuestra *petite table* reservada, es más interesante aún que el cateador. Es un alemán de aspecto simpático, espíritu fino y modales correctos, que no me atrae perdidamente el primer día, pero que gana con el trato : *love me little, love me long*. — Junto con la madurez, ha conseguido el bienestar material, es decir la independencia : habita parte del año en Berlín, parte en París, desde donde administra sin fatiga su casa de Chile. Vive allí, inteligente y suavemente, bien instalado, recibiendo á literatos y artistas, — íntimo amigo de Sarasate, — saboreando la existencia en su otoño, cuando exenta de pasiones y excesos, se torna en realidad pacífica y buena.

Como el Graindorge de Taine, cuyo recuerdo me trae con frecuencia, después de una fuerte educación universitaria, ha librado la batalla de la vida material, ganándola en quince ó veinte años. Los negocios no eran para él un fin, sino un medio : los ha plantado allí, tan pronto como pudiera. Es un sabio ; y el gusto de las cosas del espíritu le ha preservado en parte del egoísmo de los solterones. Está de vuelta de muchas cosas, como bien pensáis, — entre otras, de la intransigencia patriótica que perturba la digestión, — pero no de la ciencia, del arte, de la belleza. Conoce bien á Kant y Schopenhauer, los dos muelles de la moderna filosofía ; ama nuestros libros, nuestros salones, nuestro teatro : ni fariseo, ni filisteo, aspira con delicia esa flor suprema de la civilización que se llama París. Algunas veces, por la siesta, en la toldilla donde relee á Goethe ó Heine, me hace pronunciar y traducir versos del *Fausto*, la queja de Mignon, ó una breve joya del exquisito *Intermezzo* :

Mir träumte wieder der alte Traum...

Pero, lo que siente profundamente, como todos sus compatriotas, es la música, el arte sagrado y nacional. La conoce en todas sus

obras maestras, de Bach á Wagner y Grieg : se expresa sin necia preocupación acerca de los matices de la interpretación contemporánea, desde nuestra orquesta del Conservatorio — perfecta por la maestría y habilidad técnica — hasta la ejecución de Bayreuth, incomparable por el fervor religioso y lo concienzudo de la iniciación... Y todo esto, en el enredo de las maniobras; en el vaivén de los pasajeros chilenos, peruanos, bolivianos, que enarbolan gorras bordadas, trajes sorprendentes para jugar al tejo sobre cubierta, ó, desde el alba al anochecer, tendidos en sus sillas de tijera, acometen los «cachos» de bananas y canastas de aguacates. — Me ofrezco el placer de observar á mi germano, al principio tan frío y reservado, que se entibia poco á poco, en este roce familiar de cada hora, de cada instante. Por varios días, ha estado indeciso y, como decimos, tanteando el agua, adelantándose con mesura y precaución. Á la altura de Mollendo, está completo el deshielo; en Lima, donde tendremos que separarnos, — pues él sigue camino para Nueva-York y Europa, en tanto que me detengo en el Perú, — me exige la promesa de volvernos á ver en París ó Berlín: y todo ello muy seriamente, con una insistencia, un cálculo meticuloso de las direcciones y épocas probables, en que siento el deseo sincero de estrechar esta amistad de chiripa. Nos separaremos con íntimo pesar. Y forman la dulzura triste de los viajes, estas efímeras simpatías tronchadas de golpe, que quedan plantadas en el recuerdo como *amorces* sin empleo: esas tentativas de mutuo ingerto, de espíritu á espíritu, cuyo destino se acaba allí, sin que sepamos jamás si, con el tiempo, hubieran prendido y prosperado... Disimule el lector la complacencia con que he referido mi única conquista en el Pacífico.

Dolce far niente!

Esta navegación del Pacífico, entre Valparaíso y Panamá, es de una serenidad ideal. El cielo invariablemente puro, el aire fresco ó tibio, el mar apenas arrugado por la brisa del largo, que llega dé-

bil, cual cansada, del lejano fondo occidental: todo guarda un aspecto tan sosegado y apacible, que ni ocurre la idea de un temporal. Me dice el comisario que en dos años de navegar, no ha conocido tormenta. La nave está distribuida casi como barco de río, con la fila de camarotes sobre cubierta; desde Guayaquil, los pasajeros duermen al aire libre, sin la aprensión más lejana de un golpe de mar: los mismos camareros sacan los colchones de las camillas y los tienden sobre el puente; á medianoche, cuando vagan los ojos en el estrellado cielo, buscando el sueño por el « camino de Santiago », oyesse el *flic-flac* de las sábanas bajo la deliciosa brisa. — Los pasadizos, hacia popa, están obstruidos por las vendedoras de frutas y legumbres, que exponen su mercancía en escaparate, como en el mercado, sin cuidado por el balance imperceptible; renuévanlas en cada escala, cambiando sus verduras del sud por las bananas, piñas y mangos tropicales, cuya fragancia capitosa nos llega por ráfagas. Luego, es el embarque ó la bajada del ganado en todos los puertos de la costa: las ovejas tiradas en montón, hechas ya fardos de lana; las mulas chúcaras que cocean hasta en las chatas; los pobres bueyes pasivos que se dejan izar de las astas, sacando fuera sus ojazos despavoridos... Uno de los tráficos importantes de la línea es este abastecimiento de algunas poblaciones y salitreras del litoral, donde no crece una mata de pasto, — donde sólo puede vivir el hombre empujado por la *sacra fames*: allí está, miserable y grandioso, encarnizado, invencible, desventrando la montaña metálica, escarbando aquel ingrato suelo, para extraer el nitrato que, en otra parte, engordará los surcos extenuados y hará brotar las mieses opulentas, gracias á este mismo polvo blanquecino cuya presencia aquí es un indicio de incurable esterilidad!

Es otro encanto de esta navegación de recreo, el contraste del horizonte hacia uno y otro bordo de la ruta. Por babor, es el inmenso mar, el vacío infinito del Gran Océano que desarrolla en la luz sus olas quietas, apenas onduladas por su misma amplitud, mucho más allá de esa línea esfumada donde el sol rojo se hunde cada tar-

de : hasta la Polinesia, las islas de coral vagamente presentidas ; más lejos aún, á través del vasto archipiélago occidental, hasta el recuperado Oriente. Por la derecha : la tierra próxima que no se pierde de vista ; arriba de la playa arenosa ó la acuchillada barranca que se costea sin cesar, se yergue la masa pizarreña de los Andes, con su cabeza encanecida. De este lado, la ola corta, siempre estremecida y retozona, parece que se divierte eternamente en acudir á la orilla, en emprender el asalto del acantilado que nunca tomará. Se siente que es un juego, — el juego seductor y formidable del abismo. Estas son las *glad waves* de Byron, las olas ociosas y festivas que, sin tener nada que hacer, brincan independientes y ligeras, desgarrando en los dientes del escollo su collarín de espuma. Aquellas otras, pesadas y lentas, son « medios de transporte » : hinchan el lomo, monstruosas bestias de carga, bajo los enormes navíos que deben soportar. Casi inspiran lástima ; y la vista se vuelve hacia los rebaños juguetones de la costa, las « cabrillas » azules de cuernos blancos, que los españoles han bautizado con tanta gracia risueña...

...Nubes, espumas, volutas de las olas : tales son las visiones evanescentes, las imágenes fluidas y fugaces que os envuelven en las largas horas de mecedora monotonía que á bordo diluyen la vida. Fácilmente se volvería á las sensaciones primitivas, á las ilusiones ingenuas de los marineros griegos y los viejos pescadores bretones, que miraban deslizarse nereidas blancas bajo el cerúleo cristal, ó revolotear en la cresta de las olas, alciones de plata que eran almas en pena. En el sillón de lona que un vago balanceo columpia blandamente, junto con el ronquido narcótico de la hélice, la siesta meridiana os aletarga en un delicioso entorpecimiento, abdicación gozosa del querer y pensar, en el vacío de una fantasía apenas esbozada, que flota abandonada y pasiva, bajo el aliento de este sopor más reposado que el mismo sueño. — Así deben sentirse vegetar los árboles tropicales, lejos del cierzo y la nieve del norte, en la húmeda pesadez del ambiente forestal : dejando que suba lentamente, de las

raíces carnosas á las ramas eternamente verdes, su sangre henchida de jugo nutricio, la rica savia exuberante que siglos de floración perenne no pueden agotar...

Sacude mi adormecimiento el campanazo de la comida, devolviéndome á la maquinal existencia de pasajero-encomienda, n^o 66-67, á estribor. Encuentro en el comedor, pegando sobres delante de la sopa servida, á mi infatigable compañero chileno, el corresponsal automático que me recuerda al personaje de Galdós, perpetuamente afanado en contestarse las cartas que él mismo se dirigía. Mi amigo alemán acaba de releer á Schopenhauer : me habla del *nirvána* budhista, que es el supremo bien, siendo el aniquilamiento absoluto, la consecucion del no-vivir. Lo conozco su Nirvana : yo soy quien lo disfruta — mientras no me perturba la campana fatal...

Las horas de la noche son más laboriosas. Entonces es cuando el mar recobra todos sus derechos. Por más que nos esforcemos en prolongar la velada, sufriendo interminables sesiones de ajedrez, agarrándonos de cualquier rama, aceptando las peores coartadas : es fuerza, al fin, como el Tircis de Racan, *penser à faire sa retraite*. Las primeras noches, teníamos momentos exquisitos : una señora americana, después de su lección diaria á una adorable niñita de diez años, se sentaba ella misma al piano y tocaba, para los tres anabaptistas, algunas sonatas clásicas ; se producía un amplio y saludable vacío á nuestro derredor, la gente huía á todo prisa : era un encanto. Pero nunca lo bueno es duradero. Un robusto mozo chileno, gobernador de un departamento del norte, muy prendado de una joven pasajera, le ha descubierto — prematuramente — talento musical. La pareja se apodera del piano desde el anochecer, bajo la mirada enternecida de los ascendientes ; y es un desgranamiento delirante de habaneras, polkas y « perlas de salón » contemporáneas de la conquista ! La dulce criatura toca según el precepto evangélico : ignorando su mano izquierda lo que hace la derecha. Pero se ensaña contra las teclas, vacilantes y amarillas como dientes de abuela, con una energía muy superior á su edad. Se estremece el piano secular bajo el

asalto de esta furia juvenil, que parece tener diez dedos en cada mano. Y, hasta el castillo de proa, donde nos hemos refugiado, llega el estruendo de los aplausos.

Hay que ganar el camarote, melancólicamente, y tenderse á medias, en figura de gatillo, en el catre poco más ancho que una caja de violín. La siesta y la falta de ejercicio ahuyentan el sueño arisco. El ritmo sordo de la máquina semeja la pulsación de un monstruo potente que nos arrebatara en la noche y el vacío; se percibe contra el bordaje el continuo chorrear del hondo surco abierto, cual por una reja de arado ciclópeo. Me siento fuera de la vida normal, muy lejos de las ciudades bulliciosas — más lejos aún del rincón familiar. La larga procesión de los recuerdos comienza á desfilar, amarga y dulce. Se sufre, con no poder retener delante de sí, en el campo de la imaginación, las caras fugitivas con que se quisiera soñar, siempre; los seres amados, cuya memoria nos punza en cualquier hora cual invisible cilicio, se borran á los pocos segundos, sin saber cómo, bajo perfiles desconocidos de transeuntes entrevistados en un puerto, en un tren, que vuelven á renacer con insistencia estúpida y nos persiguen con un encarnizamiento de pesadilla. Se hace esfuerzo por llamar á los que se adhieren al corazón por cada fibra: se recuerda una inflexión de voz, un girón de frase, la risa de una madre joven, un gentil baluceo de niño, que ayer nos hacía gracia y hoy nos da gana de llorar... Y luego, otros resurgimientos involuntarios, más esfumados y lejanos, pero revividos por la sugestión del medio idéntico: la evocación de otros viajes por mar, menos tranquilos y vacíos que éste, cuando érase joven y se abrían de par en par las puertas del porvenir, en la esperanza y el pleno orgullo de la vida... En el silencio de un solo rumor persistente, los recuerdos se escurren del alma como el agua de una esponja embebida; y ese perpetuo chorrear de la ola contra la borda parece la fuga rápida, la vuelta irrevocable de la existencia misma hacia los limbos del no ser.

Muy de mañana, nos despierta el desarrollo del ancla que cae en el mar. Al pronto, produce cierta molestia la brusca inmovilidad;

abierto el tragaluz, un puerto aparece : casas escalonadas en la costa, el penacho de una locomotora que trepa una pendiente, un parche de verdura, acá y allá. Ello sucede aquí todos los días; y en un primer viaje, cuando no se está espoleado por el deseo de llegar, este contraste de las mañanas en tierra y de las noches á bordo, que duplica la travesía, produce agradables paréntesis en la navegación. Se pisa la tierra con júbilo, se muda de régimen, se observa una nueva faceta de la pobre humanidad. Se toman croquis y apuntes instantáneos. Hé aquí algunos.

Coquimbo. — La Serena.

En el fondo de un ancón en herradura, en el declive de un ribazo abrupto de granito gris, contrafuerte de la cordillera de la Costa, Coquimbo sobrepone sus grupos de casillas de madera pintada ó zinc acanalado. Forman los techos ligeros, latas de alerce : lo mismo podrían ser de tela ó papel, pues entramos ya en la zona pétrea — que se prolonga más allá de Lima — donde no llueve jamás. Pocos kilómetros hacia al norte, la Serena, capital de la provincia, se despliega en abanico sobre una meseta que domina la bahía, dentro de un marco de verdura : es una verdadera ciudad, al lado del pequeño puerto de aspecto mezquino.

Pero Coquimbo es un excelente surgidero, mucho más seguro que el de Valparaíso, —batido, en invierno, por los vientos del norte. Los comandantes ingleses lo prefieren también por otras razones no meteorológicas : es mucho menos peligroso que el gran puerto chileno para las « andanadas » de la tripulaciones. Y es por ello, tal vez, que hoy, en la apacible ensenada, generalmente cubierta de gaviotas más que de embarcaciones, los dos cruceros ingleses de estación, *Warspite* y *Melpomene*, arrojan la imprevista nota guerrera de sus erizadas torres y sus blindajes cuadrados, que se reflejan duramente en el agua inmóvil.

Á la distancia, gaviotas y botes pescadores parece que se des-

prendieran de los mismos nidos de la aldea marítima, adherida á la árida roca — igualmente obligadas, aves y gentes, á alimentarse de la mar. Se compadece desde lejos á los pobres seres humanos que, sin duda, han naufragado allí, manteniendo su existencia precaria á fuerza de mariscos y pescados; y por poco, nuestra ignorancia esperaría que acudieran á la playa, cual modernos Robinsones, haciendo señales á la nave que los volverá á su patria... Desembarcamos, y tropezamos donde quiera con *docks* y almacenes, escritorios y tiendas: un vaivén de comerciantes chilenos y extranjeros, de señoras con gorras floreadas, de soldados ingleses, con la estrecha casaca roja, el casquete minúsculo pegado á la coronilla — á guisa de cápsula-tapón de esas botellas ambulantes. — Los hilos telegráficos y telefónicos se cruzan en las bocacalles, los pianos en actividad acompañan los roncros cantares de las tabernas numerosas. En la estación, donde tomamos el tren de la Serena, un abogado peruano — pierolista cesante — cuenta á mi compañero chileno — quien, por supuesto, tiene parte en el negocio, por correspondencia! — las peripecias de un *tramway* eléctrico ya concedido... Así visto de cerca, encuentro que está bastante « en el tren » el nido de gaviotas!...

Desde el vagón, miro desfilas el paisaje que, poco á poco, va perdiendo su aspecto marítimo. En los repliegues ensanchados del terreno menos pobre, empiezan á verdear algunas cañadas; los dormidos pantanos reflejan los juncales de sus orillas, pobladas de aves acuáticas. Unas cuantas vacas pacen en las praderas húmedas; casitas de campo y alquerías con labranzas de Liliput escalan los declives y parecen abrigarse bajo la cornisa rígida y desnuda de la montaña granítica. Uno que otro arroyo sinuoso corta la vía... Casi creería cruzar la provincia de Córdoba, hacia Quilino — cuando después de una curva, por una escotadura del talud, el mar reaparece, como un fragmento de pizarra con una punta de lápiz en su centro: es nuestro *Laja* imponente, la cárcel flotante que, dentro de dos horas, nos volverá á encerrar.

Es la Serena una vieja ciudad, contemporánea de Valdivia, y que no parece en vía de rejuvenecer: muchos edificios desmoronados y en ruínas; en otros se han calafateado con tabla ó zinc las brechas del adobe. Al revés de Coquimbo, la hallamos medio vacía, y la habitación resulta muy ancha para el habitante. Por todas partes, caserones silenciosos, tiendas sin clientes, aceras sin transeuntes. Una bonita plaza bien sombreada, llena de flores, está desierta. La catedral — pues es cabeza de obispado — está sólidamente construida en sillar, como para perpetuar la lucha encarnizada que allí sostienen, según mi amigo, todos los estilos arquitectónicos conocidos, desde el pelásgico hasta el italiano de exportación. En mitad de la fachada más ó menos griega, se yergue, asentado en el mismo entablamento, un complicado campanilo cubierto con el casco-tiara de Juan de Leyden.

Se nos pasea por las desahogadas calles; algunos naturales abren sus ventanas, perturbada su siesta por la herrería insólita de nuestro anciano vehículo. — En una esquina, saliendo de una capilla, un ramillete de muchachas nos hace recordar que á la poesía le basta un poco de espacio y de sol, un rayo de belleza y juventud, caído en cualquier rincón de la tierra, para despuntar y florecer: una de ellas, pálida y grácil, con extraños ojos claros debajo de cabellos más negros que su mantilla, se destaca del grupo vulgar, como una Preciosilla extraviada entre cíngaros... Y nunca sabrá, nunca jamás, que su encanto anónimo y fugitivo, asido al paso, anda por el mundo, cristalizado en una frase, como gota de agua en un fragmento de cuarzo hialino.

Un conocido de mi geólogo — tiene en todas partes, hasta en la *China town* de San Francisco! — se empeña en llevarnos al club: el café, la posada, la confitería — sobre todo, el mentidero del lugar. Por el momento, la sociedad está siguiendo una « guerra » lánguida — *faute de combattants*. Se nos recibe con tacos abiertos; en el acto, una vuelta de vermut internacional! Me presentan á algunos notables; el redactor de la *Reforma*: un camarada jaranero y palmea-

dor, de terno gris y sombrero de copa en la oreja, que habla de su hoja de col bi-semanal como de una cosa terrible, una máquina de guerra formidable que los « intrusos » de la Moneda miran con inquietud y temblor; un viejo « capitalista »: usurero probable, vestido á la moda serenista de hace treinta años, prudente y suspicaz, siempre en guardia contra un sablazo de Damocles; otro « literato »: una fuina rubia, amable en demasía, que escribe « también » y me trata como cofrade. *J'en passe...* Todos ellos son balmacedistas hasta el cerro de enfrente. Por lo demás, la provincia entera ha permanecido fiel á su antiguo senador, que la enriqueció: es la razón de casi todas las convicciones políticas y el secreto de todas las popularidades, — *do ut des*. — Pero declina el día; por más que nos cueste, tenemos que romper ese círculo fascinador: el *cocktail* del estribo, y con brindis esta vez! Mi compañero brinda por La Serena, Coquimbo y Guayacán — ¡esas tres Marías! — cuyo progreso y prosperidad, etc. ¡ Viva Chile! etc!!... Acompañamiento triunfal hasta la estación. Esperaba una serenata que ha faltado: sin embargo era éste el caso — y el lugar.

Caldera.

Fondeamos al amanecer. Una caleta arenisca, en semicírculo, con la población en el fondo, formando anfiteatro; algunas casas de dos pisos, — recuerdos de pasado esplendor, — la aduana, los docks, la estación del ferrocarril que baja de Copiapó y termina en el muelle. Algunas desvencijadas garitas de baño, esparcidas en la playa, acrecientan la impresión de decadencia y abandono. — En el momento de bajar á tierra, un muchacho me ofrece sardinas frescas. Es un verdadero regalo y estoy á punto de comprarlas, cuando el botero me enseña, á cien metros hacia la costa, á un pescador que, según él, me las venderá más frescas y hasta las sacará en mi presencia.

Al dirigirnos allí, mi compañero inseparable me muestra una punta de verga que sale del mar, precisamente en la querencia de

las sardinas: pertenece al *Blanco Encalada*, echado á pique por la torpedera *Lynch*, durante la campaña revolucionaria. — Recuerdo que en Europa, en dicha época, se pretendió extraer de este desastre un nuevo argumento en favor de los torpedos... Por este ejemplo, — y otros análogos ó peores, — lo que me parece demostrado, ante todo, es que la marina de guerra, aún más que el ejército, constituye una carrera de aristocracia moral: una institución cuyas altas responsabilidades necesitan apoyarse en una larga y gloriosa tradición de honor, de abnegación heroica, de virtud varonil. La situación del marino embarcado, sobre todo en tiempo de guerra, es la vida jugada á cara ó cruz. Allí el deber no es materia divisible, que pueda cumplirse á medias, como en tierra, alguna vez; en la hora solemne, hay que echar el resto, sacrificarlo todo, so pena de caer cien grados bajo cero. ¿Qué significaría una marina de parada, cuyos galoneados jefes no supieran resistir á la tentación de divertirse en tierra, mientras que el enemigo ronda en acecho alrededor de la desertada nave? ¿Qué oficial sería aquel que, en el supremo instante del desastre, no se acordara de su rango, sino para separar su suerte de la de sus hombres, y, con tal de salvar el pellejo, abandonara la tripulación en su *épave* desahuciada? Sin duda, la alternativa es terrible; pero eso mismo es el principio y el fin de la noble carrera. El navío de guerra es un claustro heroico: no entréis en esa religión ó romped vuestros votos, si no os sentís con la vocación sublime; pero, mientras estéis allí, depositario de la bandera patria, cualquiera debilidad humana, cualquier resabio de egoísmo puede arrastraros al abismo.

Aquí, la catástrofe fué instantánea y terrible. De las versiones varias que he recogido en Caldera y otras partes, parece resultar que la oficialidad del *Blanco* estaba en tierra, esa noche, fraternizando con los voluntarios de Copiapó, cubiertos de flores por las señoras entusiastas. Se dice que omitieron tomar las precauciones más elementales; la *Lynch* pudo acercarse para intentar su ataque. La alerta fué dada por el primer torpedo lanzado: era demasiado tarde; con

el sexto, que dió en el centro, la nave se fué á pique. Me hablan de ciento ochenta muertos, además de la pérdida del acorazado que, entonces, pudo ser decisiva. Creo que el comandante, bien emparentado, ha sido ascendido después del triunfo de los congresistas... Pero no tomemos microscopio para mirar la paja en el ojo ajeno.

El bote llega sobre el *Blanco* á pique. La admirable transparencia del agua deja ver, á tres metros, todos los detalles del coloso volcado en el flanco: el casco de acero, las baterías y troneras abiertas, la cubierta rajada. El blindaje verde-azulado, como chapeado de escamas oscuras, está invadido por incrustaciones de mariscos: toda una población sub-marina hormiguea allí, alimentándose todavía con vestigios humanos que no han acabado de disolverse en el entrepuente y los camarotes. Millares de sardinas, ágiles y negruzcas, bullen alrededor del anzuelo: se las ve, como por el cristal de un *aquarium*, precipitarse y engullirlo sin que la experiencia de días y semanas «entibie su ardor». El pescador levanta su caña metódicamente, á ciencia cierta, casi sin mirar si está el pececito enganchado en la punta. Me arrima su cesto lleno para que escoja, diciendo á media voz: «Elija usted las más aceitosas». ¡Aceitosas!... Procuro reaccionar en obsequio del positivismo: repetirme que, según las doctrinas más flamantes, tal es el *circulus* de la vida universal, nutriéndose el hombre con lo que vive del hombre; y que, diariamente, trago sin verlas otras y peores combinaciones... Me hallaréis melindroso y repulgado; pues bien, decididamente, á pesar de Darwin y su escuela, no probaré las sardinas «aceitosas» de esta nueva Bahía de los Difuntos.

La visible decadencia de Caldera es toda de rechazo, como fuera mero reflejo su rápida prosperidad. Por sí misma, nunca valió gran cosa; pero era la puerta de Copiapó — ese efímero Potosí de la provincia de Atacama. Si estos ingenios huelgan y no se escapa el humo de las altas chimeneas; si esta línea férrea que serpea en la montaña — y fué la primera de la América del Sud — no alcanza á la décima parte de su antiguo tráfico, es porque las minas de Copiapó

están broceadas. Medio siglo atrás, este árido distrito chileno fué una pequeña California de la plata. Afluyeron emigrantes y aventureros; la aldea capital recibió un empuje de crecimiento increíble; poblóse este desierto, donde, al principio, el agua era más escasa que el precioso metal. Aquí se recogieron, en pocos años, las grandes fortunas de Santiago. Centenares de argentinos acudieron de las provincias andinas, Catamarca, Tucumán, Salta, y, tras ellos, el grupo de los proscritos de Rosas.—Un antiguo vecino con quien almuerzo (en un caserón vacío, que con voz muda refiere la pasada opulencia), me habla familiarmente del abogado Rodríguez, de Alberdi, del doctor Tejedor que, entonces, enseñaba en el colegio local, un cúmulo de materias — además del francés! También conoció mi huésped á Sarmiento, fantástico mayordomo de la mina *Colorada*, de donde tuvo que salir por « incapacidad »; todo marchaba á la desbandada, en tanto que el escritor en ciernes incubaba al *Facundo*, y que el futuro grande hombre soñaba con Buenos-Aires libertada y feliz.

Debería escribir algún poeta — como lo ha hecho Bret Harte para su California — la historia psicológica y real, mezcla de cálculos, experimentos y leyendas supersticiosas, de estos modernísimos Argonautas... Estimulo á mi huésped, y veo encenderse sus ojos apagados, al hablar de panizos y de derroteros perdidos. La historia de Juan Godoy, el descubridor de Chañarcillo, — cuya estatua se alza en Copiapó,— es un verdadero cuento oriental, una transcripción realista y pintoresca del inolvidable Ali-Babá: nada le falta, ni la caverna, ni los burros cargados de plata, ni la mujer reveladora — ni los « cuarenta ladrones »!

La tradición es ingeniosa é interesante: os la referiré menudamente, alguna noche de invierno. Se han recogido en los *Folk-lore*s las leyendas de la selva y del mar: las de las minas son más locales, menos nómadas y trashumantes. Algunas se conservan, en Chile y el Perú, desde los tiempos incásicos. Los genios de la tierra, los Nickels y Kobolds de las grutas subterráneas, no han sido inven-

tados todos en Alemania ó Escandinavia : se los encuentra en la Cordillera, más reales si no tan antiguos. La superstición moderna se ha ingerido en el mito. Así, después de los monstruos fabulosos, comunes en todos los tiempos y regiones, que guardan los tesoros ocultos, aparece aquí la india centenaria, la bruja que todo el mundo ha conocido : Flora Normilla, la madre de Godoy, Carmen Ollantuy y cien más, que encierran su secreto bajo una fórmula enigmática, reservando su descubrimiento para algún Edipo de corazón valiente y espíritu sutil.

Por lo demás, quien ha bebido, beberá. Y son innumerables los antiguos mineros de Caldera y Copiapó que, semejantes á mi huésped, no se han resignado á la ruina, creen firmemente en una vuelta de la fortuna, y, después de perder su resto de vista en escudriñar los polvorientos archivos de las capillas y escribanías, dan al fin con el buscado derrotero, transmitido bajo juramento por un moribundo : invierten entonces sus últimos pesos en expediciones y cateos, en procura del famoso *Reventón del Zorro*, fácil de reconocer por una serie de cruces profundamente marcadas á cuchillo en las rocas del sendero, y que viviente alguno volvió á encontrar, ni acaso vió jamás... Después de todo, esa poesía inculta é inarticulada vale más que la nuestra, artificial y vacía como una cavatina : sea cual fuere su sueño en la tierra ; dichosos los que sueñan, pues vivirán consolados de la realidad !

Antofagasta.

Bahía, puerto, ciudad : todo ello se sigue y se parece bastante, salvo que aquí la bahía está completamente abierta, el mar siempre picado, y las casas parecen más numerosas y pintorreadas que en las villas del sud. También Antofagasta es un producto minero, y muy reciente : fué el descubrimiento de Caracoles, hacia 1870, que improvisó, puede decirse, la población actual. Recuerdo las expediciones de ganado por los valles de Salta, los gruesos *dieces* de plata que

rodaban por allá, entre troperos y arrieros. La vena pingüe se agotó pronto; muchos que acudían desde lejos llegaron tarde. La marea ha bajado y el distrito minero ha perdido mucha población. Con todo, Antofagasta no ha sufrido la suerte de Caldera, gracias á su ferrocarril á Huanchaca — otro Caracoles — y á Oruro, en Bolivia.

También hay salitreras que empiezan á producir. Pero es en Tarapacá, donde se debe observar lo que puede hacer un solo producto exportable con un abominable desierto: Iquique es Nitrópolis. — Aunque la actividad es aquí notablemente menor, como, al fin y al cabo, los procedimientos son idénticos, apenas desembarcado, monto á caballo para ver de paso la elaboración del salitre. Los vagones llegan en convoy, bajando la montaña, y descargan la materia bruta, el *caliche* rojizo, al pie mismo de los aparatos de tratamiento. Sucesivamente triturado, cernido, anegado, el producto disuelto pasa á hervir en grandes calderas sobrepuestas; este líquido decantado deposita la substancia terrosa en el fondo de los defecadores, pasando luego á la evaporación para cristalizar. Vuelve á bajar por una cadena cargada con grandes cangilones, como de draga; luego se expone al sol en estrechas regueras donde se completa la cristalización. Esa nieve reverberante se recoge con pala y se despacha en bolsas á Europa y Estados-Únidos; es lo que comemos, transformado en trigo y legumbres.

Es domingo, y, además, este día marca un aniversario memorable en los fastos locales: la fiesta de los bomberos! La ciudad entera está de pascua. Encuentro al Intendente de la provincia — un hombre de mundo, inteligente y cordial — de gran parada, con la banda roja y blanca bajo el frac. Todas las compañías de bomberos están bajo las armas; hay cinco ó seis que rivalizan en lujo de uniformes guerreros, de estandartes multicolores, de cascos resplandecientes. Chilenos disfrazados de yankees, italianos de *bersaglieri*, ingleses de *horse-guards*, alemanes con cascos de punta y anchas barbas de Gambrinus, se disputan la palma de la actividad entusiasta. Pero todos se eclipsan ante los dálmatas. Rasgo curioso: esos eslavones

forman allí un grupo compacto y obstruyen, con su inevitable *vich*, las muestras de la ciudad. Han pedido y obtenido el privilegio de sustituir el pendón austriaco por su vieja bandera provincial cruzada de emblemas, y, con orgullosa satisfacción, la despliegan al viento, blanca y triangular, cual vela levantina. Vamos á la iglesia en corporación; las bandas estallan al mismo tiempo que las campanas echadas á vuelo. En seguida, bajo un rajante sol de montaña, que nos deja helar en la sombra, todos los notables — de que formo parte — rodeando al Intendente, apoyados á la veranda del palacio de tabla, asistimos á los ejercicios y al desfile de los bomberos.

Después de trepar á las escaleras y repetir infatigablemente las mismas maniobras, pasan al frente de las autoridades, tiesos, marciales, combando el pecho, enganchados á sus bombas relumbrantes, satisfechos y gloriosos como el regimiento de Madrucio (1). — Hasta estos últimos años, Antofagasta, como el resto del litoral, no disponía sino del agua destilada: naturalmente, quedaban sus habitantes reducidos á la « porción congrua ». La institución languidecía, poniéndose sombría la vida. Pero tanto se forcejó que se dió con el agua. Una compañía ha captado un arroyo en la montaña y lo trae al puerto, atravesando treinta leguas de cañería. ¡Qué entusiasmo, entonces, qué febril impaciencia, al acecho del primer siniestro que se hacía esperar! Y cuando estalló por fin ese incendio providencial; qué irrupción de salvataje, cuánta bomba en batería, cuanta agua! *Que d'eau!*... — Lo mismo sucede en Santiago y Valparaíso; pululan las compañías de bomberos voluntarios: es una vocación irresistible. Conviene agregar que cumplen valientemente su deber, sin hacerse esperar ni quedar alardeando en las aceras. Bastante los he visto en función, allá, donde regularmente se producía un incendio por noche — á veces dos!

¡Al fin, solos! El Intendente arroja sobre un sofá su frac y su banda oficial; el capitán del puerto — un teniente de navío, ins-

(1) V. Hugo, *La Légende des siècles*.

truido y amable — desabrocha espada y charreteras, y corremos al almuerzo. Dos buenas horas de charla. El Intendente, jovial y decididor, no agota sus anécdotas sobre la revolución, los Estados-Unidos que conoce á fondo, los *collas* que, al apearse de sus cumbres, quedan aturdidos y entusiastas ante el primer palmito blanco que les sale al paso, — en cualquier venta que, como Don Quijote, « imaginan ser castillo ». Hacia el champagne, también el capitán acaba de desabrocharse y me desliza *sub rosá* confidencias estupendas sobre el reverso de la campaña congresista...

Pero ha pasado la hora del reembarco. Un empleado del Resguardo nos avisa que el comisario del *Laja* reclama la salida. — « ¡Cómo, su despacho! que espere el bote : saldréis con el señor, cuando concluya... » Pasa otra hora; al fin, levantamos la sesión y me embarco en la falúa de la capitania, con una mar alborotada — así es casi siempre en los puertos del Pacífico — que no mueve al vapor en su fondeadero. Y ante los oficiales y pasajeros furiosos del retardo, me guardo muy bien de hacer alusión á mi calaverada bombo-gubernativa.

Al salir de la bahía de Antofagasta, doblamos la punta Angamos, en el extremo de una arista pedregosa. Á derecha é izquierda, pelícanos enormes, con su ancho pico de teja y su « coto repugnante », como dice Musset, puntean el mar con sus manchas parduscas; vuelan torpemente, rasando las olas y dejándose caer como piedras para asir el pez entrevisto que se les ve engullir. Una asociación de ideas me recuerda las sardinas de Caldera. Aquí fué capturado el *Huáscar*, después de muerto el almirante Grau, doble desastre igualmente irreparable para el Perú.

En esta guerra, los peruanos tuvieron á Miguel Grau, lo mismo que los chilenos á Arturo Prat. La diferencia — aparte los quilates personales de que no soy juez — entre uno y otro, consiste en que Prat fué ante todo un ejemplo, un símbolo, mientras que el otro era una fuerza efectiva, la mejor carta del Perú en esa desesperada partida. El marino peruano fué grande por su vida como el chileno por

su muerte. ¡ Invencible tendencia idealizadora de las muchedumbres! Arturo Prat, cuyo supremo sacrificio — contra todas las versiones enemigas — debe ensalzarse como un rasgo de heroísmo igual al del caballero d'Assas, no tuvo más página saliente en su vida que su fin sublime. Con todo, aparece más grande que su émulo, quien, durante meses, bastó á detener su patria en la pendiente del abismo. Prat es *simbólico*, y como tal quedará en la imaginación popular, mucho después que el combate de Iquique y toda la campaña estén casi olvidados.

Para apreciar la magnitud del desastre aquí sufrido, es menester recordar que, hasta hoy, entre las naciones del Pacífico no existe más camino que el océano : quien es dueño del mar se adueña de la tierra. La campaña naval, pues, fué la base y condición de la guerra ; no pudiendo ser la terrestre más que su consecuencia y conclusión. He ahí por qué el concurso de Bolivia — aunque fuera efectivo — tenía que ser de escasísimo valor ; y por qué también, en caso de una guerra argentino-chilena, las condiciones del triunfo serían del todo distintas. — Á pesar de su ejército inferior y de la pérdida reciente del *Independencia* en Punta Gruesa, mientras que el Perú conservó su rápido monitor para proteger sus convoyes, atacar los de los chilenos y forzar los bloqueos, pudo tentar la fortuna. Después de Punta Angamos, el densenlace era sólo cuestión de tiempo y sangre vertida. El ejército chileno podía elegir su hora, su punto de desembarco, bombardear y saquear el litoral, sin temer una sorpresa ni ver cortadas sus comunicaciones. — Todas las publicaciones especiales han celebrado las atrevidas correrías de ese pequeño *Huáscar*, que vino á ser un enemigo temible, debido á su agilidad y la audaz pericia de su comandante. Sorprendido, aquí mismo, entre los dos blindados *Cochrane* y *Blanco*, se defendió desesperadamente. Derribado y muerto Grau en su torre de mando, por un obús del *Cochrane*, tres ó cuatro oficiales le sucedieron en pocos minutos y cayeron á su vez. El *Huáscar* fué tomado en momentos de irse á pique, cubierto de cadáveres y heridos...

Cuando se vuelve á ver al monitor ahora chileno, tan menudo al lado de su enorme adversario, se admira al vencido aun más que al vencedor. Saludemos con un recuerdo á los valientes de uno y otro bordo, que cayeron entonces donde pasamos hoy.

Iquique.

Nadie sospecharía, por el aspecto, que estamos ya en territorio legítimamente peruano, y otros que el enemigo hereditario—*Erbfeind*—podrían engañarse de buena fe. Es siempre la misma costa á la vista, árida y desierta entre dos puertos distantes, sin una mancha verde en que pueda asentarse la errante fantasía. Todo llega á cansar, hasta el mar sereno y el cielo azul; y tenemos gana de pisar esa nitrosa arena de Tarapacá, cuya capital surge alegremente de la ténue bruma matutina, rasgada por el primer rayo del sol. — Á la distancia, se manifiesta ya la importancia industrial de Iquique: los muelles cubiertos de vagones penetran en el puerto, hasta el fondeadero donde numerosos buques están cargando, — entre ellos el magnífico velero de cinco palos *La France*, uno de los mayores del mundo, especialmente construido y dispuesto para el transporte del salitre. Por la falda abrupta de la montaña, trepa atrevida la línea férrea: los trenes se suceden con breve intervalo, todos cargados de caliche: contamos hasta seis que bajan juntos, uno tras otro. Las altas chimeneas de los ingenios derraman en el aire vibrante sus penachos de humo, que dan la ilusión de nubes lluviosas.

Las autoridades del puerto se hacen esperar, y los pasajeros chilenos tienen tiempo sobrado para devanar el doble relato histórico que tuvo en esta bahía su trágico escenario. En el punto mismo donde nuestro *Laja* ha fondeado, es donde la corbeta *Esmeralda* fue echada á pique por el *Huáscar*: Arturo Prat cayó en la misma cubierta, á la vista de Grau que no le pudo salvar. El mismo día, un poco más al sud, en Punta Gruesa, la cañonera *Covadonga*, acosada por la *Independencia*, atrajo á ésta sobre rompientes donde se perdió. Por

fin, es muy sabido que Iquique fué el punto de reunión de las fuerzas revolucionarias y el asiento del gobierno congresista que venció al presidente Balmaceda... Toda esta costa del Pacífico está sembrada de recuerdos guerreros, y, á manera de las grandes familias arruinadas, compensa con su nobleza la indigencia del aspecto físico. En general, la inferioridad de los paisajes americanos, comparados con los europeos, proviene de estar desnudos de esas huellas humanas, que orientan y llaman hacia lo pasado nuestra imaginación. Aquí, la historia es de ayer, pero tan patética, que no requiere perspectiva para ostentar grandeza.

La nueva Iquique es muy reciente, y queda algo de infantil en su alegre decoración: parece una soñada ciudad japonesa de tabla pintada, casi de cartón, cuyos tabiques se vendrían al suelo si les arrimara el hombro « mi hermano Yves ». Cada casita es un esmerado juguete, con veranda, perístilo de barnizadas columnas. Las azoteas soportan un doble techo abierto para pasar la siesta, al resguardo del implacable sol, en este clima mineral que no conoce la lluvia. La playa está cubierta de garitas: el aire es tan seco y tan tibia el agua, que los extranjeros se bañan afuera el año entero. Toda la ciudad tiene el aspecto exuberante y rico de una población minera en su apogeo: las calles enarenadas revelan cuidado y limpieza exóticos; los almacenes y tiendas, llenos de mercancías costosas, rebosan de compradores: chilenos tostados, cholos lampiños, extranjeros rubicundos, señoras de estrepitosa elegancia. Donde quiera, hieren la vista, por las abiertas ventanas, los muebles y cortinados lujosos. El salitre da para todo — hasta para los frecuentes incendios, que arrasan periódicamente manzanas enteras de estas frágiles construcciones. Oigo decir que la misma arena de las calles, mezclada de salitre, se ha incendiado alguna vez! Lo cierto es que las compañías de seguros perciben el diez por ciento.

La plaza es bonita y risueña, con su iglesia esbelta y sus calados, kioscos. Los carruajes de alquiler son numerosos y mejores que en Santiago — lo que, á la verdad, no es mucho decir. Se respira un

ambiente de bienestar, la anchura de la vida rumbosa, el dinero que fluye abundante y fácil — en desquite de la rudeza del trabajo. El mes pasado, el banco de Iquique puso en jaque á los grandes establecimientos de Valparaíso. Almuerzo en casa de un caballero peruano, un tanto argentino, de cuya acogida cordial guardo recuerdo: servicio rico y correcto, buena cocina, cuatro ó cinco vinos legítimos. Hemos entrado de paso y nada se ha preparado. La casa está bien puesta: confortable, aunque flamante; en el piso alto, un espacioso escritorio lleno de cuadros y libros. El dueño de casa, inteligente y cultivado, es el consejero y árbitro autorizado en negocios salitreros. Ha escrito folletos técnicos, y una excelente *Geografía de Tarapacá*; pero se interesa en otras cosas que la « salitrería »: por ejemplo, en las urdimbres políticas de Piérola, para quien me da una carta que pongo en mi cartera, junto con la que llevo desde Buenos-Aires para Cáceres.

El centenar de fábricas en actividad — pertenecientes casi todas á compañías inglesas — han exportado el año pasado cerca de 20 millones de quintales métricos de nitratos elaborados: podrían producir el doble sin temer que, antes de un siglo, se agotara la zona explotable. Pero la demanda actual del abono no pasa de esta cifra. Mi huésped, adversario de la « inflación », ha combatido la formación de compañías nuevas y sindicatos monopolistas. Por esta sola fuente de exportación, sin contar el guano y el yodo, percibe el fisco unos veinte millones de pesos: es lo más limpio de la renta chilena; y se comprende cómo el exquisito cuidado del gobierno, en plena guerra, fuese « organizar provisionalmente » el territorio que *sponte sua* no evacuará jamás.

Tarapacá es el reino mineral: la única planta que allí existe es fósil: el tamarugo, que da su nombre á la pampa salitrera del Tamarugal. Aunque el agua abunda ahora, desde que una sociedad la trae de un valle andino, ningún árbol prospera en la arena hostil que absorbe el líquido — como por una criba — sin humedecerse. Fuera de la plaza principal, donde languidecen algunos pinos

raquíticos, no se ve rastro de verdura en los patios y paseos. Recuerdo esa región de ensueño, en que nos transporta el poeta de las *Flores del mal*, — llena de mármoles y agua vivas, pero donde las piedras preciosas reemplazan á las flores y follajes. Por eso, en Iquique, se tiene como excursión predilecta ir á Cavancha, á beber tisana de champagne bajo un kiosco, donde un europeo ha realizado el prodigio de hacer crecer algunas flores, dentro de un metro cúbico de tierra vegetal importada! Esos rudos trabajadores, americanos y europeos, después de sus faenas en la mina y el escritorio, ejecutan el invariable programa de recorrer tres kilómetros de desierto, en carruaje ó en tramway, para aspirar la débil fragancia de algunas rosas y gardenias, que crecen precarias y enfermizas, como niños en un asilo...

Continúa la navegación; los puertos y escalas se suceden, pero el interés decae: se parecen demasiado unos á otros. Después de Iquique, he aquí á Pisagua: una muralla de conglomerados arcillosos de un millar de metros, á pico sobre la estrecha playa en que la aldea cuelga sus graderías; un borracho que tropiece ha de rodar hasta el mar. Los chilenos tomaron por asalto esa cresta coronada de defensas bolivianas: es de una audacia inaudita — un irreflexivo heroísmo de araucanos. Con todo, uno se dice que, puesto que la guerra existe, así es como se debe hacer. Son esos golpes de loca intrepidez los que desconcertaron á los aliados — sobre todo á los bolivianos, que pronto abandonaron la partida. Un antiguo oficial — chileno, por cierto — me cuenta que algunos pobres cholos, desbandados, sableados por la espalda, se daban vuelta para gritar á los rotos feroces: *No sea usted grosero!*... El dicho caricatural es el residuo y la cruel moraleja de la campaña.

Arica viene en seguida; pero llegamos al anochecer para alzar anclas dos horas después. No bajo á tierra y doy las gracias al gobernador melómano, que había pedido por telégrafo que nos preparasen caballos para trepar al Morro. — Como un soldado que custodia una

pastora, encima de la ciudadita de ópera-cómica, se yergue la masa prismática, inaccesible, duramente destacada en el crepúsculo gris. El grupo de las habitaciones tiene un encanto casi artificial. No parecen de verdad, esas casitas abigarradas, esa capilla gótica extra-florida, ese espacioso *chalet* que resulta una aduana: todo aquel oasis en el desierto pedregoso, con árboles reales cubiertos de hojas verdes que no son de zinc! Todo ello se exhibe muy flamante, — y vienen á la memoria los terremotos, las espantosas marejadas ciclónicas que azotan á las poblaciones y les impiden envejecer. — Luego, un islote fortificado vuelve á traer otra nota trágica; los ojos se clavan en ese morro fúnebre donde, esta vez, la defensa fué tan encarnizada como el ataque; allí unos y otros se batieron furiosamente. Después de rechazar la capitulación con los honores de la guerra, el coronel Bolognesi y casi todos sus jefes cayeron, muertos ó heridos; — incluso el comandante Sáenz Peña, que se granjeó allí — mercedamente — el rencor indeleble del vencedor.

Después de Arica, las aldeas peruanas despiertan escaso interés: la costa está lejana, á veces difícil de alcanzar con estas canoas chatas, en que los indígenas traen frutas á vender. Hombres y mujeres llevan el desairado sombrero oval, tal cual se encuentra en las pintadas figuras de otros siglos... Después de Ilo y Mollendo, — donde embarcamos á una parisiense de Puno, y un marsellés de La Paz, — Pisco despliega su ancha vega verdeciente. Por algunas escotaduras azuladas, se entreven los valles umbríos, plantados de cañaverales y viñedos — los que producen el aguardiente famoso en todo el litoral. Algunas casas blancas, campanarios, chimeneas de ingenios emergen de los follajes. Llegan mujeres en piraguas, como en los tiempos de la conquista; y con los mismos modales humildes y suaves que sus abuelas gastaban con los españoles, nos brindan frutas de la región, bananas, paltas, tejas de cidra en confite, pasas de sabor exquisito — casi de balde. ¿Qué vale la fertilidad asombrosa del suelo, si está muerto el comercio, y, como ya en Lima, falta la salida que desarrolla la producción?

La navegación se torna ya cruelmente monótona; se vuelve apenas la cabeza para ver pasar las islas Chincha : tres gruesas rocas cubiertas de guano, á cuyo alrededor pululan los pelícanos y cuervos marinos, como para demostrar el origen animal, largo tiempo discutido, de ese abono, hoy casi agotado y sustituido. La vida de á bordo gravita pesadamente sobre las frágiles relaciones de ayer ; ya nadie se busca, ó muy poco : basta con encontrarse regularmente en la mesa y sobre cubierta. Con tanto rozarse, los cuerpos que se han cargado con la misma electricidad, tienden á rechazarse mutuamente.

Como el primer día, vuelve á buscarse la soledad disolvente y triste, en que el alma, según la deliciosa imagen de un drama indio — *Çakuntalá* — que me persigue, « vuela hacia atrás, como el pendón del soldado que camina contra el viento ». Dos días, un día aún... Divisamos, por fin, al través de la niebla matinal, algunas aldeas encaramadas en la costa : Chorrillos, Miraflores, nombres antes risueños, hoy fúnebres ; algunos fuertes se alzan en torno de una ancha bahía de agua lechosa ; luego, torres, campanarios, edificios apiñados : una gran ciudad entrevista por entre una selva de mástiles, en una dársena con circuito de piedra. Es el Callao : ya era tiempo ! Al saltar en tierra, caigo en los brazos de García Mérou, y, unos minutos después, volamos hacia Lima.

P. GROUSSAC.

(Continuará).

FILOLOGÍA AMERICANA

LULE Y TONOCOTÉ

« Esta lengua, dice el P. Machoni, es propia y nativa de cinco naciones, muy numerosas, que son: tonocoté, lule, isistiné, tokistiné y oristiné; sólo la primera tiene hoy más de cincuenta mil almas, y todas infieles, que viven en lo interior del Chaco, sobre las riberas del río Pilcomayo. »

¿Indicaban esos nombres algunas señales exteriores con que los individuos de una nación solían distinguirse de los de otras?

La palabra *tonocoté* parece compuesta de los elementos *to-noco-té*. El primer elemento puede derivarse de *to-i-*, cuerpo, ó de *tó*, agua. *To-i-* es tema del nombre *to-i-p*. La *p* suele agregarse al final de sustantivos, como: *pelecé*, *pelecé-p*, el prójimo; de nombres derivados de verbos: *nicsaci*, deber. *nicsaci-p*, deuda; de los infinitivos para formar participios: *yaleci*, asar, *yaleci-p*, asado; de adjetivos, como: *pó-*, blanco, *po-p* y *poó-p*, etc.

La *p* es adjetivo posesivo y significa *suyo*. Puede ser el resto del nombre *pe*, padre, hombre, gente, etc., y suele alargarse en *pe-lé*, por medio del sufijo *le*, del cual se usa y abusa en este idioma.

La abreviación de *to-i-* en *to-* puede atribuirse al acento llevado

á la última sílaba, que influye en la disminución del tiempo en la pronunciación de las primeras.

El elemento *-noco-* significa, según el P. Machoni, *chaguar* (del quíchua *chahuar*, cabuya, cuerda hecha de la fibra de la planta y también la planta misma), agave americano ó *caraguatá*.

El elemento *-té* es pronombre demostrativo y significa *este, aquel*. Aceptando esta etimología, *to-nocoté* significa: «el que tiene cabuya alrededor del cuerpo». Si el primer elemento fuera *tó*, agua, significaría «el del paraje del agave situado cerca del agua».

¿Vivían los tonocotés en algún paraje donde abundaba esa planta, cerca de algún río ó de alguna laguna? ¿Llevaban *tatuado* algún signo del color ó imitando la flor ó las hojas de la planta en alguna parte del cuerpo? ¿Tenían como distintivo algún adorno hecho de aquella planta textil?

Tokistiné (me sirvo de la *k* delante de *e, i*, en lugar de la *qu-*, sin alterar la pronunciación) parece compuesto de *tocó-is-ti-inhé*. El primer elemento significa *cabeza*; el segundo se deriva de *isé*, hueso. La *s* es fuerte y corresponde á una *ss* doble, según se advierte en *missa*, del español *misa*, que los tonocotés no podían pronunciar en la forma suave que le es propia y el P. Machoni transcribe doblándola.

El elemento *ti* significa *tener y hacer*. El primer significado se encuentra en el verbo defectivo *ti-tó*, cuya final es un sufijo usado en la formación de varias palabras: *meke-tó*, de *meke-i* y *mekés-p*, así, también, como; *ayetó*, lejos, etc. El segundo significado es propio del verbo *ti*, infinitivo *ti-i*, hacer, construir, formar. El elemento *-iné* parece derivado del nombre *inhé*, brazo. La *h*, en el vocabulario del P. Machoni, no representa papel ninguno, por cuanto este autor la emplea y suprime á su antojo en las mismas palabras, como *uó* y *uohó*, año.

Tocó isé, significa en tonocoté *calavera*, literalmente «hueso de la cabeza»; *ti*, hacer ó tener; *inhé*, brazo: de suerte que *tokistiné*

significa, según esta etimología, « el que hace ó tiene calavera (ó calaveras) en el brazo (ó en los brazos) ». Consigno estas variantes en atención á que los nombres tonocotés no siempre llevan *-el* ó *-l* como signo de plural.

¿Llevaban algunas calaveras de hombres ó animales en uno ó ambos brazos? ¿Eran *tatuadas*? ¿Eran calaveras reales?

Oristiné contiene un error evidentísimo. En tonocoté no existe la letra *r* que se suple por la *l*. Así, *rezar* se pronuncia *lezal*, *Pedro* se pronuncia *Pelo* ó *Peilo*. De igual manera *oristiné*, pronunciado por los naturales, debía ser *ol-istiné*, y en esta forma debe escribirse, si se quiere seguir las reglas fonológicas del idioma.

Ol-is-tiné parece ser derivado de *olo-*, « pluma », « plumaje » y de los demás elementos analizados en la palabra anterior. Aceptando esta etimología, *ol-is-tiné* significa « el que hace ó tiene huesos de plumas en el brazo ó en los brazos ». La denominación *huesos de plumas*, ó sea los astiles sin barbillas, no es tan extraña al idioma tonocoté, según á primera vista pueda parecer, pues la forma y consistencia del astil de la pluma, podía haber sugerido á los naturales esa idea. Lo cual es tanto más aceptable, cuanto que responde á la regla general de la formación de los nombres: *zo-cuél*, hijas de arriba, *estrellas*; *tó-umué*, madre del agua, *mar*; *zu-cuél*, hijas de los ojos, *pupilas*, etc.

¿Llevaban los *ol-istinés* en uno ó en ambos brazos astiles de plumas, como signo distintivo de la tribu? ¿Eran reales? ¿Eran *tatuados*?

Is-is-tiné se compone de los mismos elementos de las palabras anteriormente analizadas, con la repetición de la sílaba *is-*. Esta duplicación y á veces triplicación de la misma sílaba, responde á intensidad y aumento de objetos y de acción de la misma clase y naturaleza. Así, del tema *oc-i*, bajar, se forma *oc-oc-i* y *oc-oc-oc-í*, bajarse mucho, acechar, atisbar muchas veces.

Aceptando esta etimología, *is-is-tiné* significa «el que lleva muchos huesos en el brazo ó en los brazos».

El nombre *lule* puede derivarse de *llu-lé* ó de *elu-lé*. El primero se compone de *llu*, diente y del sufijo *-le*, de que he hablado más arriba. El segundo consta de *elú* ó *ellú*, pie y del mismo sufijo *-le*. La sílaba *llu* debe pronunciarse *lu*, con *l* fuerte, desde que el P. Machoni escribe indiferentemente *elú* y *ellú*, no teniendo los indios tonocotés el sonido de la *ll* española en su idioma.

Si se acepta la primera etimología, *lule* significa «el de los dientes»; aceptando la segunda, quiere decir *calcañar*.

El señor P. Groussac, en su *Memoria histórica y descriptiva de la Provincia de Tucumán*, páginas 9 y 10, dice lo siguiente: «En cuanto al nombre *Lule*, encontramos su etimología en *llu*, diente y *le* que, pospuesto al sustantivo, es partícula genérica de ablativo, según Machoni: *llu-lé* quiere decir *los dentones*, como otras tribus del Chaco se llamaron *frentones*, *orejones*, etc. Puede también que aquel nombre les viniera del *barbote* que llevaban, el cual es una especie de botón adherido á un palito ó hueso que atraviesa el labio inferior.»

Esta etimología, fundada en una costumbre de la tribu, es más aceptable que la derivación de *lule* de la palabra *elule*.

Del anterior análisis etimológico se desprende que las cinco naciones de que nos habla el P. Machoni, eran en principio una sola, que se dividieron luego en tribus distintas, cada una de las cuales tenía una señal, propia de la tribu, y que, formando agrupaciones numerosas, vinieron á ser con el tiempo naciones separadas é independientes. Esta suposición es tanto más aceptable, cuanto que un solo idioma les servía de medio de comunicación, pertenecían á la misma raza y vivían en la misma zona, más ó menos extensa, entre el Pilcomayo y el Bermejo.

La unión de los elementos de las palabras analizadas en la forma expresada, tiene su fundamento en la formación de otras palabras tonocotés. El nombre *cué*, hijo, se une tan íntimamente con *umué*,

madre, que, suprimida la *e* de *cué*, las dos *u* que se encuentran, forman una sola vocal. De *cué umué* se forma *cu-umué* y luego *cumué* madre de hijos, ó sea mujer casada, esposa; como de *ti-inhé* se forma *tiné*. De *poóp*, blanco, se forma *póp* y de *apohó*, *apó*, buscar. En este último ejemplo la *h* desaparece y, del mismo modo que de *apohó* se forma *apó*, de *ti-inhé* se forma *tiné*.

Esto prueba que la *h* no es un signo ortográfico constante y fijo, sino una simple aspiración, que algunos naturales pronunciaban y otros suprimían, por lo cual, el P. Machoni á veces escribe y otras suprime. Igual contracción se advierte en *peleécs*, cambiado en *pe-lécs* y en *cumue-él*, abreviado en *cumuél*.

Podemos establecer, en vista de los casos anteriores, las siguientes reglas generales de fonología:

- 1ª La *h* es simple aspiración, de carácter inconstante y mutable;
- 2ª La *é* final de algún prefijo suele suprimirse en la composición de las palabras;
- 3ª Dos vocales de sonido igual, al encontrarse en la palabra, suelen contraerse en una sola;
- 4ª La repetición de dos raíces, temas ó palabras, tiene en el nombre un significado numéricamente aumentativo y en el verbo un sentido intensivo ó frecuentativo.

Como las lenguas indígenas han sido recogidas de la viva voz de los naturales, quienes las subordinaban á su propia manera de pronunciar las palabras, la crítica filológica está en el deber de penetrar en el sentido íntimo de las palabras y de estudiar no sólo los elementos de que se componen, su formación y derivación, sino también las leyes á que obedecen los mismos elementos constitutivos de cada una.

Comprendo cuán ardua y laboriosa es la tarea de quien compone el vocabulario y la gramática de una lengua que carece de literatura escrita y se habla por un pueblo salvaje, que posee un caudal de

ideas pobres y primitivas ; pero, por la misma razón, conviene estrecharse en la crítica, á fin de descubrir las leyes que rigen el idioma al cual se aplica. Los misioneros llevaban al salvaje un mundo de ideas totalmente desconocidas, una religión nueva, una doctrina fundada en preceptos ininteligibles hasta para los filósofos.

¿Cómo expresarlas en un idioma que carecía de palabras propias y cómo ponerlas al alcance de los salvajes?

De ahí lo arbitrario en la formación de las palabras, la incongruencia y la falta de sentido en algunas, los errores evidentes en otras.

Ilustraré la materia con algunos ejemplos.

El *cielo* cristiano es una concepción eminentemente filosófica y teológica.

Hay en tonocoté la palabra *zó* que significa *arriba*. Suele juntarse á los sufijos *-má*, *-tá*, *-lé* y formar los adverbios *zo-má*, *zo-tá*, *zo-lé*, arriba, de arriba, en la parte superior.

Con este adverbio *zó* se forman los verbos *zo-yepesi*, *zo-spesi*, *zo-epesi*, levantar lo caído, alzar lo que se ha derramado, lo que se ha echado al suelo ; *zo-lekii*, levantarse, etc. ; los nombres *zo-lóp*, lomo, es decir, la parte de la carne que está arriba, de *lop*, carne ; *zo-ellú*, el pie de arriba, la parte del pie que está arriba, es decir el empeine ; *zo-cuel*, hijas de arriba, es decir las estrellas, etc. De manera que el sentido de *zo* es adverbial y significa solamente *arriba*.

Los misioneros usaron de la misma palabra para expresar el *cielo cristiano*, y es de suponer que los indios más de una vez miraran hacia arriba, para ver lo que los sacerdotes les anunciaban.

La idea de *resurrección* es inconcebible para el salvaje, que no alcanza á comprender cómo un cadáver pueda volver nuevamente á la vida.

Hay en tonocoté la palabra *uató*, vida, de donde deriva el verbo *uato-ó*, vivir, pero carece esta lengua de palabras propias para expresar la idea de *resucitar*, de *revivir*.

De aquí la confusión que resulta de esta pregunta del catecismo del P. Machoni :

¿ *Habiendo muerto, resucitó ?*

El catecúmeno responde :

Có, Padre, uatoyatep, literalmente: *Sí, Padre, había vivido*.

Esta respuesta no sólo contiene una falta evidente de gramática, por el uso del pluscuamperfecto *uatoyatep*, en lugar del perfecto *uatonep*, sino que expresa la idea peregrina de que *antes de morir había vivido*, lo cual no dista mucho del raro fenómeno de M. de la Palisse.

Crear de la nada, según el P. Machoni, es en tonocoté *yahoho-ti*. Esta palabra se compone de *yahohó* ó *yaohó*, fácil, flojo, y del verbo *ti*-hacer, ya estudiado anteriormente. (Repito aquí que la aspiración *h* es completamente arbitraria en el vocabulario del P. Machoni). La palabra *yahoho-ti*, significa, pues, *hacer una cosa fácil*, lo cual dista mucho de expresar la idea de *crear de la nada*; antes bien, significa, en cierta manera, lo contrario de lo que se quiere expresar.

Hay también en tonocoté, la palabra *yauontiti*, todo poderoso (equivocación evidente, por *yauonti-tó* ó *yauonti-p*) compuesto de *yauon*, todo y el verbo *ti*. hacer, seguido del sufijo *to* ó *p*, de los cuales hemos hablado arriba. *Yauonti-ti* significa, pues, hacer todo y *yauonti-tó*, hacedor de todo ó el que hace todo, pero ninguna de las dos palabras expresa la idea de *crear de la nada*.

Para que esta idea hubiese podido expresarse correcta y precisamente, habría sido menester manifestar que *antes que Dios hiciera el mundo, no existía nada*, lo que equivale á la expresión filosófica « crear el mundo sin materia preexistente ». En tal caso el verbo *ti*-, hacer, puede bien manifestar lo de *crear* en sentido filosófico. Todas las palabras propias para la manifestación de esta idea se hallan en el idioma tonocoté.

Ensayemos la construcción de la frase. *Antes que* equivale á *yasiyató*. Debe cambiarse la expresión *Dios hiciera* en *Dios hizo*.

por no existir en tonocoté el imperfecto del subjuntivo, y decir *tinep*.

El mundo se traduce *uohó* ó *uohoté*, y la idea de *la nada* se expresa por medio de las palabras *usa-uyé* ú *os-uyé*, compuestas de *os*, *usa*, derivados de *ues*, cosa, y la negación *uyé*, no: es decir, *ninguna cosa*. El verbo *haber*, *ser* ó *estar* se traduce por el único verbo de significación substantiva, existente en tonocoté, que es *sit*, al cual podía darse la forma del pluscuamperfecto.

La frase sería la siguiente:

Yasiyató Dios uohoté tinep usaúyé sítiatep; ó, haciendo preceder el segundo miembro de la proposición, podría decirse: *usa-uyé sítiatep* (ó *sityatep*), *yasiyató Dios uohoté tinep*. Literalmente: *Nada había existido antes que Dios hizo el mundo*, lo cual implica exactamente la idea de *creación de la nada*, que por ninguna palabra puede ser expresada en tonocoté, siguiendo la gramática y el vocabulario del P. Machoni.

Inmortal está expresado por la palabra *ueci-cóp*, compuesta de *ueci*, muerte y *cop*, estéril, según se advierte en *uoho-cóp*, año estéril; *cue-cóp*, mujer sin hijos, estéril. La palabra *cop*, expresa, pues, la idea de *esterilidad*, de *privación* en general. Aplicando esta idea á *ueci*, muerte, resulta *ueci-cóp*, sin muerte, privado de muerte, es decir *vivo!*.... pero no se manifiesta la idea de *inmortal*.

Afeitarse expresa la idea propia de un pueblo civilizado. En vano se busca el equivalente de *navaja* en todo el vocabulario tonocoté. Esto prueba que los indios no hacían uso de este instrumento. Hay, empero, *caos-apsç*, *caocé-apsi*, traducido por *afeitarse*.

La palabra *caos* se compone de *caó*, derivada de *cauó*, barba, pelo, y del adjetivo posesivo *-ç*, derivado de *s*, mío, mía: *cao-cé* se compone de la misma palabra y del adjetivo posesivo *-ce*, tuyo, tuya.

Apsi, *apsç*, significa quemar, quemar: de manera que la primera frase significa «quemar mi barba ó pelo» y la segunda «quemar tu barba ó pelo». Esto prueba que el modo de afeitarse de los tonocotés consistía en quemarse la barba y el pelo, probablemente con un

carbón encendido (1). *Afeitarse*, pues, no responde á la idea representada por las palabras indígenas.

El verbo *santificar* no podía hallarse en el vocabulario tonocoté, pues, faltando la idea, debía faltar la palabra. Era necesario, sin embargo, que el catecúmeno dijera: *Santificado sea el tu nombre*, y el P. Machoni traduce: *Uetip-cé zukiatán*. La primera palabra está compuesta de *ueti-p*, nombre, y el adjetivo posesivo *-ce*, tuyo. *Santificado sea* está traducido por *zukiatán*, abreviado de *zukiatepán*, tercera persona del plural del pluscuamperfecto del indicativo del verbo *zuki*, besar. De suerte que *uetip-cé zukiatán* significa: *habían besado tu nombre!...*

Las ideas de *eterno* y *eternidad*, superiores á la inteligencia de los indios, debieron dar mucho trabajo á los misioneros. ¿Cómo hacerles comprender, en efecto, cierta idea de *tiempo sin principio ni fin*, que es lo que envuelve la idea de *eternidad*? Se recurrió al adverbio *uetó*, siempre, ó duplicando la palabra: *uetó uetó*, siempre, siempre, ó duplicando el sufijo: *ueto-tó*. Pero, la idea de «siempre» no equivale á la de «eterno», y era conveniente, sin salir del vocabulario tonocoté, servirse de un giro de palabras por las cuales se expresara la idea de «tiempo que nadie ha hecho y que dura siempre», para que los catecúmenos se dieran cuenta aproximada del sentido de la palabra, predicada por la nueva doctrina, saliendo del terreno de lo arbitrario y lo caprichoso, que no solamente se halla en la expresión de ideas abstractas, sino en la de ideas eminentemente concretas.

Yaptacas-p en tonocoté significa *zambo*, el que tiene las piernas torcidas, derivado del verbo *yaptacasi*, cruzar, torcer. De este mismo verbo se ha formado *yatacaps*, cruz (evidente error de imprenta por *yaptacas-p*, en el catecismo del P. Machoni).

(1) De igual modo se afeitaba Dionisio de Siracusa.

Yapsaps, en el mismo vocabulario significa «señal hecha con el dedo» (erroneamente tipográfico, por *tapsasp*, derivado del verbo *tapsapsi*, señalar con el dedo). *Tayulé* es preposición que significa «por». Con estas palabras el P. Machoni ha traducido *por la señal de la santa Cruz*, de la manera siguiente :

Yapsaps tayulé Santa yaptacaps-p, que significa literalmente: *Por la señal hecha con el dedo santa zamba!...*

Apercibido quizás del error, ó desconfiando del sentido de las palabras, traduce en el Credo: *Jesu Cristo Cruz-lé tacclacsiatán*, literalmente: «Habían clavado á Jesu-Cristo en la Cruz» sirviéndose de la palabra castellana en vez de la tonocoté *yapsaps* (ó sea *tapsasp*).

En yista de tantas inexactitudes de lenguaje y de ideas, mefiguro el aturdimiento del pobre indio que veía desfilar delante de su inteligencia señales de dedos, santos zambos, muertos que antes habían vivido, nombres besados, vivos que no mueren, Dios que hace cosas fáciles, hombres que van á vivir arriba, en el aire, hombres que viven abajo... una máquina, en fin, capaz de volver el juicio al más sensato.

Al lado de tantas palabras arbitrariamente formadas, se han introducido muchas de origen genuinamente español, disfrazadas con el solo cambio de pronunciación.

El tonocoté carece de las letras *r*, *d*, *g*, *b*, *v*, *f*. Las letras *r* y *d* se suplen por medio de la *l*. Así se dice *lezal* por *rezar*, *telal*, por *telar*. Las *d* y *r* se cambian en *l*, como *Pedro*, *Pelo*; *Dios*, *Lios*. La *g* se suple por la *c*; *iclesia*, *iglesia*. La *b* y la *v* están representadas por la *u*, como: *uei* por *buey*; *uaca* por *vaca*. No hay ninguna palabra con *f*, y, si la hubiera, sería representada por la *p*, como en algunas palabras se verifica el cambio de *b* en *p*. Así *lobo* se pronuncia *lopo*.

Ahora bien; las palabras españolas *trigo*, *trapo*, *telar*, debían ser pronunciadas, como están efectivamente en el vocabulario del P. Ma-

choni : *teleco, talapa, talal*, y luego *tald* formando con este último, *tald-tipé y tald*, tela.

Esta propiedad fonológica del tonocoté y la aproximada semejanza fónica y ortográfica de algunas palabras indígenas con palabras europeas, han engañado á algunas etimologistas que, sin éxtremarse en la crítica, y más aún, descuidando los principios más elementales de la lingüística, se han aventurado á comparar vocablos tonocotés con palabras de la familia indo-europea.

Vale la pena de citarlos y examinar las comparaciones producidas.

En la introducción de la gramática lule y tonocoté del P. Machoni, reimpressa por el malogrado doctor Lársen (padre), se registran los siguientes :

TALA TIÇ, lat., *telam texere*.

NIÇÇAÇ, yo lavo ; griego *nipto*, francés *nettoyer*; español *neto*.

CUS, oído ; griego *acouó*; español *acústica*.

ENIS NAUA, tejido de araña ; lat. *neo*.

SUMA, chicha ; español *zumo* ; griego *zymé*.

NUS, hocico ; lat. *nasus*; español, *nariz*.

Examinemos brevemente estas comparaciones y veamos si en efecto tienen fundamento serio.

Se ha dicho arriba que de *telar* los indios formaron *talal*, como de *trapo, talapa*; de *trigo, teleco*, etc., y como del nombre *talal*, formaron *tala* por *tela*. Estas palabras son reconocidamente españolas y sobre su origen no cabe duda alguna.

El verbo *ti-ç*, es primera persona de *ti-i*, hacer ; de manera que la *-c* es apenas una *ç* fuerte, resto del pronombre personal *kis*, yo. Desvanecida la *ç* (que engaña la vista hasta confundirla con la *x* de *texere*) por ser signo de la primera persona del indicativo del verbo *ti-i*, hacer, mal puede compararse este verbo con *texere*, el cual se deriva de la raíz TAK-, amplificada en TAK-S-, totalmente diferente de *ti-* raíz de *ti-i*, hacer, por el sentido y por sus elementos constitutivos.

La raíz *tak-s-* significa *torcer, entrelazar, y ti, hacer, formar*, que es totalmente diferente.

NICÇA-Ç es la primera persona del presente del indicativo del verbo *nic-ça-d*, que se escribe también *ni-zad*, según se advierte en *tó ni-zaà*, bautizar ó lavar con agua. Las letras *ç* y *z* se confunden en el vocabulario del P. Machoni. *Ni-* y *nic-* son prefijos muy usados en tonocolé, que expresan la idea de *mano* :

LOCOÇP, blando ;

NIC-LOCOCI, ablandar con las manos ;

CIKIPSI, arañar con flecha ;

NI-CIKIPSI, arañar con las manos ;

SI-CALAMÍ, apretar con las rodillas ;

NI-CALAMI, apretar con las manos.

Siendo *nic-* ó *ni-* prefijos y *za-d* ó *çad*, radicales verbales, mal puede compararse *nic-çad* ó *ni-zad* con el griego *nipto*, cuya raíz es *nig-*, abreviada de la primitiva *s-nig-*, lavar, y menos con el francés *nettoyer*, y el español *neto*, derivados del latino *nit-idus*, cuya raíz es *knit*, abreviada de la primitiva *sknit*, brillar, relucir, resplandecer.

Mas aún : *nic-çad* y *ni-zad* no significan propiamente *lavar*, sino « fregar con las manos » y es menester agregar la palabra *tó-agua*, para completar la idea, como en *tó nizad*, bautizar.

Hé aquí desvanecida la supuesta afinidad de las cuatro palabras analizadas.

La palabra *cus* significa « oído », pero agregada á *nalhe* (equivocado por *oalhé*, de *oalécsi*, aprender), ó *yaké*, hoyo, agujero. En el vocabulario del P. Machoni se halla escrito *cus nalhé (oalhé) cus yaké*, oído. La palabra sola *cus*, como nombre, se encuentra con el sufijo propio de los nombres, que es *-p*. De modo que *cus-* para tener su forma independiente, debe escribirse *cus-p*. Pero, esta palabra no significa *oído* sino *asa, aro, arracada, adorno de las orejas*.

El nombre de la oreja es *cus ançp*, es decir *hoja del oído*. Creo que *cus-p*, ha significado primeramente *asa, parte por donde se agarra*

la cabeza; luego hoyo del asa, según se advierte en *cus yaké*, que significa literalmente lo mismo, y finalmente « oído ».

El verbo griego *acouó* deriva de la raíz *koF*, — abreviada de la primitiva *skav*, oír, que nada tiene que ver con *cus-p*, asa, agarradera, y menos con *cus yaké*, hoyo del asa y luego oído.

EMIS NAUÁ significa literalmente « red de araña », de *naud* red y *emis*, araña. *Naud* significa especialmente *red de pescar*, no tejida (*nauamy*, atar dando vueltas), sino hecha de hilos unidos por nudos, según se forma la telaraña, por una especie de pequeños nudos.

El verbo latino *ne-re*, por el contrario, significa *tejer*, *hilar*, y se deriva de la raíz *sne-*, primitiva *sna-*, que nada tiene que ver con *emis nauá* del tonocoté.

SUMA Ó SUMA-P significa *maíz fresco*: de ahí *suma*, chicha y luego, líquido en general, agua.

De *suma* se han derivado *tó-sumaii*, bañarse; *su-sumai-pé*, baño (recipiente y lugar en que se baña), etc.

El español *zumo* deriva del griego *zómós*, jugo. y tanto esta palabra griega, como *zymè* descienden de la raíz indo-europea *ju-*, juntar, unir, mezclar, de donde derivan el latino *jus*, caldo y el francés *jus*, jugo, que etimológicamente significan *mezcla*.

Ignoro, pues, qué cosa tenga que ver el tonocoté *sumu-p*, maíz fresco, y luego la chicha que de él se saca, mascándolo y dejándolo fermentar, con *zumo* que desciende de una raíz diferente y tiene un significado totalmente diverso.

NUS significa nariz, hocico y una especie de avispa que hace sus casillas de barro, llamada *nus slimslims*, es decir, « que produce sonido con la nariz ».

Tiene de común con la palabra latina *nasus* las consonantes *n. s.*, por una de aquellas combinaciones que no son raras entre palabras de lenguas diferentes y de sentido más ó menos aproximado. La raíz de *na-sus* es *sna-*, abreviada en *na-*, *fluir-*, siendo *su-* un sufijo. El sentido primitivo del latino *nasus* es, pues, bien diferente del nombre tonocoté, significando « hocico y nariz ».

No es de extrañar, por otra parte, que en un idioma de tres mil quinientas palabras aproximadamente se halle alguna semejante en la forma y en el sentido á otras de familias de lenguas diferentes, antiguas y modernas.

Siendo la laringe humana más ó menos igual en todos los hombres, y debiendo emitir sonidos sobre la base de determinadas vocales y consonantes, algunos se han de pronunciar en una lengua iguales ó semejantes á los de otros idiomas, que expresan ideas análogas ó semejantes. Y el que, fundado en esta simple combinación de sonidos, se lanza á las comparaciones y á las deducciones, debe necesariamente llegar á consecuencias equivocadas.

Para que el tonocoté, á la par que todo otro idioma recogido de labios de los indígenas, aparezca en su verdadera naturaleza, es menester depurarlo de todo elemento espureo introducido en él por los que han tenido la necesidad de componer palabras nuevas para la expresión de nuevas ideas: buscar todas las raíces primitivas del idioma, estudiarlas en su verdadera naturaleza, clasificarlas y asignarles el sentido genuino; deslindar, clasificar y estudiar todos los prefijos y sufijos, destinando á cada uno el sentido y el valor correspondiente, junto con el papel que desempeñan en la formación, composición y derivación de las palabras; componer la fonología de la lengua, estudiando la transformación, supresión y agregación de vocales y consonantes; componer finalmente la morfología de las partes variables del discurso.

Se trata, en una palabra, de aplicar los principios de la filología moderna al tonocoté y á las lenguas indígenas en general.

Extendiendo este estudio á las principales lenguas de las demás regiones, clasificándolas de acuerdo con los preceptos de la lingüística, comparándolas y rastreando su origen, se podría llegar quizás á conclusiones fundadas respecto de los habitantes primitivos de América.

En cuanto al tonocoté, que nos ha dejado el P. Machoni en su

Arte, Vocabulario y Catecismo, es indispensable purificarlo de todos los errores tipográficos que contiene. Impreso con poco ó ningún cuidado, en una imprenta desprovista de tipos especiales, debía adolecer de defectos innumerables un libro que para el filólogo tiene el valor de un tesoro. Y para corregirlos, deben estudiarse raíces, primitivos y derivados, con los prefijos y sufijos correspondientes.

Haré notar de pasada, algunos errores que desnaturalizan las palabras y su sentido.

Yapsaps descende, según he dicho arriba, del verbo *tapsapsi*, señalar con el dedo. Desde que el primitivo tiene la inicial *t*, mal puede producir un derivado con la inicial *y*. Fáltale además el signo distintivo de los nombres, es decir, el sufijo *-p*. Correctamente sería *tapsaps-p*.

Nus yapué, significa nariz ú hocico. La palabra *yapué* no existe en tonocoté, pero hallamos la palabra *yaké* en *cus yaké*, agujero del oído, y es natural que esta misma palabra sirviese para indicar el «agujero de la nariz». Debe ser, pues, *nus yuké* ó, escrito según la ortografía del P. Machoni, *nus yaqué*. De *yapué* á *yaqué* hay la diferencia de la *p* por la *q*, evidentemente equivocada.

Toseyé no está en el vocabulario de este idioma y se halla, sin embargo, en el Catecismo. Fijándose en el sentido de la frase, bien puede ser *osuyé*, es decir *nada*, cosa ninguna, cambiado en *toseyé*.

Zacuecip, azul, no tiene explicación, por cuanto el tema *za-* significa «salir ó nacer lo sembrado» con la idea general de *brote*, *vástago*, *renuevo*, etc.; *cué*, hijo y *ecip*, bueno. Hay, empero, la palabra *zo-cuel*, estrellas, y bien se ve que se habla aquí de lo azul del cielo, es decir de arriba; por lo cual, en vez de *za-cuecip* debe ser *zo-cuecip*.

Caá, *caç*, *cat* se hallan al lado de *çad*, *çaç*, *çat* y de *zad*, *zaç*, *zat*. Es muy claro que las tres primeras formas equivalen á las restantes y que se diferencian de ellas por la simple falta de la *cedilla*.

Podría seguir enumerando palabras desfiguradas por los errores

tipográficos ; pero lo dicho es más que suficiente para el propósito que he tenido en vista.

Tal es el trabajo que requiere el estudio de las lenguas indígenas.

¿Habrà quien preste tan importante servicio á la ciencia y á la historia del nuevo mundo? (1).

Prof. M. CALANDRELLI.

(1) Después de escrito este artículo, el señor general Mitre me facilitó un importante trabajo sobre el Lule, obra del señor Lafone Quevedo, y he sentido inmensamente no haberlo podido aprovechar.

« LOURDES » Y « ROME »

DE EMILIO ZOLA

— — —

I

.
Lourdes es el análisis severo de un estado psicológico del hombre, realizado por un espíritu vigoroso en todo el poder de una inteligencia nutrida con una vasta observación.

Zola llega al fin de la jornada, no porque su organismo ó su inteligencia de atleta se sientan abatidos y busquen el reposo; no, su porvenir es presumiblemente dilatado, y ¡ permita Dios que tal suceda!—pero es que la obra enorme que emprendió un día se acerca á su desenlace, y *Lourdes*, inmenso estudio analítico de una época en una de sus grandes y trascendentales fases, es el pórtico grandioso de esa síntesis colosal que va á coronar su obra, que ya bulle en su cerebro y, que al ver la luz, va á conmover al mundo entero que se prepara para devorarla con avidez y admiración.

Esa síntesis final deberá ser *Roma*.

El autor vivirá muchos años sin duda; escribirá: porque ¿cómo renunciar á la actividad cuando el talento brilla en toda la amplitud de su extraordinario desarrollo? Pero lo que escriba, ya no hace

falta á su obra que se nos ofrece como la misi3n de un cruzado, al que su vigorosa y robusta fe presta hermosas y gigantes energías.

He comparado á Zola con un cruzado y no me arrepiento de ello, porque ha sido necesario todo un caudal de entusiasmos íntimos, inalterables, poderosos, para seguir su ruta imperturbable en pos de un ideal lejano, indescifrable para la generalidad, á pesar de los ataques de todo género, brutales ó sangrientos, que herían al escritor en sus obras y al hombre en su hogar.

El camino recorrido es inmenso, su sola concepci3n parece una audacia titánica, en la cual otro talento menos sólido ú otro corazón menos templado hubieran sucumbido.

Zola no es sólo un novelista que pasma con la insuperable habilidad con que traslada al libro la exacta reproducci3n de la naturaleza, haciendo pasar ante la vista deslumbrada, paisajes, sentimientos ó pāsiones; Zola es antes y sobre todo, un profundo soci3logo, en cuya obra eminentemente analítica, se adivina á intervalos una sntesis colosal, imposible, ut3pica si se quiere, pero espléndida y deslumbrante.

Zola es, sin duda, uno de esos pocos séres elegidos que pasan por el mundo grabando profundamente su huella; es uno de esos hombres-época que determinan una etapa en la vida de la literatura; porque, detenidos en el camino, sobre el pedestal que elevó su propia grandeza, muestran con su palabra un error del pasado en las exageraciones sin vuelo de viejas ideas descoloridas ya y anémicas, y preparan con sus obras y con su ejemplo, nuevos rumbos á la literatura universal del porvenir.

Ha comprendido, con esa soberana clarovidencia que sólo poseen los genios y los genios revolucionarios, que la literatura se extraviaba en esa regi3n magnífica, pero vacía de las nubes, á la cual se llega á veces en un relámpago de homérica grandeza que deslumbra durante siglos á la humanidad; pero en la cual es imposible la vida permanente para otro vuelo que el del águila; y una vez más comprendió que podía ser verdadera la vieja fábula de Anteo: la in-

teligencia humana, el eterno titán, necesitaba volver de nuevo á la tierra, la vieja madre, la pródiga naturaleza, siempre bella y eternamente verdadera y sublime.

Y Zola ha cumplido fielmente su misión.

Antes de *Lourdes*, ha querido visitar la humanidad bajo todos sus aspectos, y su mirada investigadora y soberana lo ha recorrido todo, penetrando hasta en sus antros más ocultos para sorprender y revelar los secretos más escondidos.

Él ha penetrado en el retiro del obrero y ha estudiado el cáncer que corroe esos organismos que se desarrollan en la sombra, sustentando con su labor desconocido, el movimiento febril de las sociedades modernas, — para que ese cáncer se vea y se le aplique el bálsamo que lo cure; él ha descendido á las entrañas de las regiones mineras, y ha mostrado al mundo que se divierte y ríe, que hay toda una humanidad á la cual el sol no acaricia jamás con sus rayos, y para la cual, esta tierra que habitamos, en medio de sus combates y sus dolores, ofrece en sus lozanas campiñas de verdura, un paraíso soñado que no podrá habitar jamás; él ha penetrado en los focos recónditos del vicio, y ha desbridado valientemente con su escalpelo, la llaga social que hace su obra, revelando que muchas veces aquellas manifestaciones de la superficie que la humanidad condena, no son otra cosa que la solución lógica, inexorable, de una ecuación implacable que la sociedad moderna plantea en sus deficiencias constitutivas; él ha rasgado con energía la superficie brillante y dorada de una clase media poderosa: y ha señalado en su fondo descubierto, el punto vulnerable de su armadura, la eterna vanidad generando, como la vieja pasión dominadora, las más extravagantes concepciones, los cuadros deslumbrantes de falsas é hipócritas virtudes; él ha penetrado en el abismo de las ambiciones insanas, y ha exhibido en toda su desnudez á esos especuladores brillantes que arrebatan en sus concepciones colosales los ahorros del pobre pueblo; él ha llegado en su vuelo á la cumbre árida y solitaria en que habita el anti-guo privilegio: la vieja nobleza de raza, encerrada en su estrecho

círculo, viviendo como los sacerdotes brahmines de su propia contemplación; pero también contaminados, heridos, apremiados por las necesidades ineludibles de la época actual, y entregando á la voráGINE sus roídos, despedazados pergaminos; él ha penetrado en el gabinete del sabio y ha sorprendido sus secretos, mostrando al mundo que, mientras lucha y padece, hay quien estudia sus sufrimientos y busca en sus vigiliAs serenas la salud para su cuerpo y la tranquilidad suprema para su alma. Por último, ese hombre que ha estudiado en sus fases varias el proceso evolutivo de las sociedades modernas, ha querido estudiar también esos gigantescos cataclismos humanos que constituyen las luchas entre pueblos poderosos: y ha descrito la guerra con colores tan sombríos que parecen arrebatados á una paleta sobrehumana, cuya posesión sólo puede pertenecer al genio colosal de las batallas, pues hay allí, no el lamento aislado de los heridos ó el tronar de los cañones y el galope furioso de los corceles, sino todo eso unido en una amalgama colosal de gritos, armas y bestias, que se traduce en una nota terrible que vibra con todos los horrores proféticos del Apocalipsis, dejando el espíritu abrumado con toda su enorme y aterradora verdad.

Y cuando se piensa que todo esto es la obra de un solo hombre; que dentro de una vida ha podido caber esta serie de cuadros gigantescos que bastan para asegurar la inmortalidad: una admiración sincera se impone. é involuntariamente nos domina el indomable orgullo de la especie, que se siente grande en la propia grandeza de uno de sus eminentes individuos.

Pero ¿ es esto todo ?

No; á pesar de su grandeza, la obra realizada es apenas la exhibición que hace de sus fuerzas el artífice, el basamento de un monumento colosal, que va á coronar dignamente uno de esos espíritus selectos, que pasan como reveladores de una divinidad apenas entrevista.

II

Lourdes !

El escritor ha recorrido las etapas de su camino enorme.

En todas partes el dolor, el sufrimiento, como el buitres de la fábula, clavando siempre su garra sangrienta en la entraña palpitante de la humanidad.

Aquellos seres que forman la escala social, aquellas unidades que constituyen, en medio de nuestros progresos, verdaderos elementos de las castas modernas, necesitaban un escenario grandioso para congregarse al mágico conjuro de su evocador.

Lourdes va á ser ese escenario.

Todos los seres cuya silueta ha trazado magistralmente la pluma del escritor : el obrero, el mendigo, el vicioso, el banquero, el aristócrata,—hasta el miserable anónimo, sin procedencia y sin nombre ; todos se reúnen allí, todos marchan en el mismo tren, unidos en la solidaridad del sufrimiento, hermanos por la influencia igualitaria del dolor.

Allá van, impulsados por la fe que levanta las montañas, enardecidos por la propaganda y el ejemplo, dominados por un anhelo ardiente que les muestra en las lejanías del horizonte, entre las montañas distantes, la gruta de la leyenda, en que la sombra de la inocente pastorcilla parece alimentar eternamente el hogar de las supremas esperanzas.

Lourdes debía ser el sitio en que se congregara esa humanidad dolorida, que ha estudiado Zola en todas sus facetas, y en medio de todas las manifestaciones de su actividad febril.

Y allí, entre ella, el autor ha querido colocar al sociólogo estudiando los individuos de la especie ; pero no con una ciencia fría de gabinete que hiere la carne con el escalpelo de acero y arranca la entraña palpitante para estudiar la causa del mal que la devora ;

sino un sociólogo ideal, dominado por una ternura infinita, que busca también la dolencia devoradora que hierde y mata, para intentar su curación, pero que tiene una piedad inagotable para los que sufren, una indulgencia evangélica para los desgraciados, un amor insondable para todos los que, heridos en la batalla de la vida, piden á su corazón un poco de ese consuelo que refresca las heridas del alma, como las gotas de rocío las humildes florecillas de los campos abrasadas por el sol.

El abate Pedro es el personaje ideal, magistralmente concebido y desarrollado, cuya situación especial en el mundo, lo prepara para un destino excepcional.

Hijo y hermano de hombres de ciencia, desvinculados de todo estudio y toda meditación que no reposen en la severa observación de los fenómenos naturales, Pedro ha visto deslizarse su infancia entre las dos tendencias de su hogar, representados por el escepticismo científico del padre, y el apasionado misticismo de la madre.

Pero el padre muere antes de grabar en su tierno cerebro sus principios; y su hermano mayor, identificado con aquellas ideas y exagerándolas, se aleja; y el niño queda enteramente entregado á la devoción sugestiva de la madre, que le transmite sus ideas religiosas en sus caricias, tratando de evitar con la santidad del hijo que le queda, la condenación de ultratumba que adivina para los dos ausentes.

Esa vida mística del futuro sacerdote, sólo tiene un rayo del sol tibio y perfumado con uno de esos deliciosos amores infantiles, en que ningún deseo inconfesable turba aún con sus nubes fugaces, el cielo transparente de las primeras ternuras.

Estos amores son en su misma ingenuidad el único lazo que liga al niño con las alegrías de la vida, y la única fuerza capaz de impulsarlo á resistir la influencia que lo lleva á los brazos de la religión; pero ese lazo se rompe un día, y es aquel en que María, herida por la parálisis, muere para el movimiento, para la esperanza y para el culto del amor y de la familia.

Roto ese único vínculo, el joven herido en su primera afección, pronuncia sus votos que representan el cumplimiento de un deber, porque ellos aseguran la felicidad de su madre ; pero en esta resolución no hay el ardoroso entusiasmo de una creencia, sino la tranquila resignación de un sacrificio.

Consumado éste, si no hay en el joven sacerdote el entusiasmo ferviente de un apóstol, porque su fe es tibia y vacilante, hay en cambio la conciencia inalterable de un deber, y en su corazón oprimido, la vaga y poética melancolía de un ensueño, cuyo recuerdo evoca en su alma, en todos los instantes, reminiscencias lejanas.

Esa lucha íntima que se bosqueja, constituye una fuerza bastante poderosa para fijar rumbos á una naturaleza exuberante como la suya : una de esas naturalezas para las cuales, el reposo es la muerte, el crimen ó cuando menos la atrofia ; y en casos como el presente, en que ella alienta la vida de un sacerdote que ha perdido la fe sin que se agoten los manantiales de ternura que brotan de su alma, debe buscar necesariamente la conquista de ideales nuevos, en qué ejercitar su actividad hasta rendirla.

El medio en que Pedro se ha formado, las influencias opuestas que han gravitado sobre su infancia, hiriendo su corazón y su cerebro, las ternuras un tanto místicas de la madre que casi borran la rigidez científica del padre, lejana ya y casi desvanecida en su memoria ; el recuerdo confuso de su hermano ausente por causas de que no se da exacta cuenta ; los amores angélicos de María, cuyo idealismo infantil viene á acentuar más su parálisis reciente : todo ello, reunido en el fondo de su alma apasionada, forma un conjunto único de dudas y creencias, de entusiasmos y de escepticismos, de esperanzas y de desalientos, que ora casi lo transforman en un iluminado á quien arrastra una fe ardiente y avasalladora, ora lo precipitan en abismos de abandono absoluto en que lo domina la duda desoladora y mortal.

Sin el entusiasmo y la fe, el sacerdote de alma ardiente, pero de conciencia honrada, duda de la verdad del culto á que ha sido con-

sagrado sin quererlo; pero en las luchas íntimas y sobrehumanas que sostiene dentro de sí mismo, recuerda sólo que lo retienen los votos solemnes pronunciados en último término de su libre voluntad; y en ese caso, ya que no le es posible creer, pues eso no depende ahora de su albedrío, él elimina de su altar interno aquellas imágenes de que duda, pero coloca en él, en cambio, la deidad tutelar que lo salva en sus conflictos: la imagen augusta del deber, menos benévola quizás que sus viejas deidades, porque ella le traza líneas rígidas, invariables, que fijan rumbos irrevocables á su vida.

Este es el personaje del poema, preparado por su vida de una manera especial para asistir al drama extraño, terrible que va á desarrollarse en Lourdes. Parte, pues, acompañando á la pobre parálitica que va en busca de la salud perdida: aquella pobre enferma que recuerda de una manera lejana el delicioso idilio de sus primeros años, á la cual, por el doble carácter de su sacerdocio y de su dolencia, sólo lo ligan vínculos del espiritualismo más puro, que perfuma el recuerdo lejano, pero santo é indeleble de sus amores.

La enferma tiene una fe ardiente, y espera que el milagro se realizará, el abate trata de ocultar su duda para no afligirla inútilmente; acaso también aliente una vaga esperanza, aunque por causas distintas: él recuerda confusamente la opinión de un joven médico amigo, muy sabio y muy discreto á pesar de su juventud, que ha dicho á sus colegas en una consulta á propósito del viaje á Lourdes: « Yo creo posible la curación de la enferma, pero en una forma rápida, imprevista como un rayo; pues dado el carácter nervioso del mal presente, una sugestión poderosa preparada por una fe entusiasta é intensa, puede operar científicamente el aparente milagro ».

Los grandes pintores no sacrifican los detalles á la idea principal del cuadro, sino que todo se reúne y concurre con extraordinaria armonía á la realización perfecta de la obra.

Y Zola, como lo he dicho ya, es un gran pintor de las pasiones humanas. Sin perder de vista ni un momento la idea madre, generadora de la obra, él cuida minuciosamente hasta el más mínimo

detalle, nada se le escapa, todo lo prevé y lo prepara de antemano.

Sus obras recuerdan algunos de esos trozos musicales de los grandes maestros, en que, sobre un motivo principal á cuyo alrededor se desarrolla la composición, bordan una serie de variaciones que suenan en torno, pero al través de las cuales se desprende siempre nítida y armoniosa la idea madre que dió origen á la inspiración.

La partida es admirable de verdad, pero de una verdad que horroriza, por los cuadros que encierra en sus entrañas ese fatídico *tren blanco* que arrastra á Lourdes, en vertiginosa carrera, un compendio espantoso de los males que afligen á la humanidad.

El cáncer, la tuberculosis, la ataxia, las úlceras, las fiebres malignas, las miserias congénitas de razas desamparadas por la fortuna y por la suerte, infelices degenerados de la especie: todos se reunen en ese terrible tren blanco que va, como un vehículo maldito, difundiendo miasmas y lamentos por donde pasa.

Es un consorcio imposible de dolencias terribles, de miserias infinitas, de dolores cruentos, que hacen desesperar de la felicidad. con sólo concebir esa agrupación inaudita de males diversos.

Parecería el paso fantástico de una de esas legiones de condenados creados por la mente del gran poeta florentino, á quien un hado adverso arrebató en busca del país del *eterno dolor*, — si ese inmenso grupo de desgraciados á quienes afligen todas las dolencias imaginables y terribles, no fueran animados por un aliento colosal de esperanzas supremas, que los sostiene, permitiéndoles soportar las penalidades abrumadoras del camino.

La fe los alienta y la esperanza los llama con el atractivo infinito de la salud. ¿Quién sabe? ¿No ha surgido el milagro al contacto de aquella agua bendita? ¿Por qué no ha de reproducirse éste? ¿Por qué no alcanzarán también ese beneficio, esos centenares de desgraciados que acuden á su vez á la fuente milagrosa?

Allí están representados todos los dolores y todos los afectos humanos: la esposa que acompaña al esposo atáxico que busca por

séptima vez al milagro que no llega; el esposo en procura, para su compañera herida por una dolencia terrible y desconocida, de la salvación en el milagro; el amor fraternal, sencillo, abnegado y puro, acompañando al hermano con vida de apóstol y contornos de mártir; el padre que persigue para su hija la felicidad tanto tiempo soñada; allá, por fin, en el fondo del vagón, separada del resto de doloridos por la abstracción de sus sufrimientos y por la intensidad de un pensamiento único, una pobre madre observa, llevando en sus brazos convulsos á su pequeña hija enfermiza, anémica, moribunda, víctima inocente de una vida de privaciones y miserias, vástago de una casta desheredada á quien la lucha desesperada de la vida niega el sustento y el cuidado que puede atenuar en parte las deficiencias del organismo: ésta también va en demanda del milagro para lo único que posee en el mundo, para el único lazo que la sujeta á la vida que está á punto de quebrarse en sus manos, y para cuyo objeto ha golpeado todas las puertas y ha sacrificado todo, absolutamente todo lo que tiene.

Y allí todos son verdaderamente iguales: el banquero y el obrero, el aristócrata y el plebeyo, el rentista y el mendigo; todos sufren el rasero de las dolencias humanas, que los hace confraternizar en el dolor y en la esperanza, en medio de aquel tren terrible que es el verdadero vestibulo de la morada de la muerte.

Y el abate Pedro está allí también, como el fiel compañero de su amada de ayer, de su hermana de hoy, viviendo en medio de aquella atmósfera de terribles dolores, de devoción ardiente y metódica, de fe poderosa y de vibrantes esperanzas.

Su espíritu duda una vez más, su alma oscila en un mar de incertidumbres, su corazón ardiente se apasiona por tantos dolores, y quiere creer también para poder esperar, como aquellos desgraciados que llevan la muerte en sus rostros cadavéricos y en sus organismos deshechos. Pero no puede fijar sus ideas en aquel medio que lo rodea, quiere buscar la soledad de los campos para interrogarse una vez más después de aquel viaje, hasta que, herido por la vaga

poesía de aquella historia de Bernadette, él también quiere ser un instante el consolador de tantos males, el sacerdote pasajero de la esperanza y arrulla con sus palabras aquellos dolores.

Pero allí está el término ansiado del viaje, allí está Lourdes, la ciudad soñada de la redención milagrosa de la carne; allí está el puerto suspirado por el sacerdote para recobrar su fe perdida.

¡Ah! allí está también el desengaño para el hombre de corazón valiente y de conciencia honrada, porque allí está el mercantilismo egoísta, que comercia con la fe, con el dolor y la desgracia.

El sacerdote llora, sufre y ora; se inunda en la melancólica leyenda de la pastorcilla que, con sus rasgos de sencilla poesía campesina, lo atrae irresistiblemente; pero el recuerdo de Bernadette es ya una sombra que se desvanece en el horizonte lejano, y su voz se apaga en el murmullo de una industria colosal y única, cuyo capital es una leyenda.

Y Pedro, que ha buscado en Lourdes una fe que allí no encuentra, no desespera aún, y fija un nuevo plazo para esa reconquista en la curación de la pobre niña paralítica.

Y cuando ese momento llega, cuando la pobre dolorida se alza de su cárcel radiante y magnífica, transfigurada por la fe entusiasta de las vírgenes de los primeros siglos del cristianismo: cuando el coro universal saluda con hosannas estruendosos el milagro realizado, cuando todos creen, Pedro siente en sus oídos la voz familiar del demonio de la duda que repite las palabras proféticas del médico joven: « la curación vendrá como un rayo, rápida, imprevista »... y se aleja buscando la soledad, porque aquellos himnos hieren su alma, y aquel milagro es rechazado por su conciencia severa.

Pero la curación está allí: es preciso no turbar la alegría que provoca aquella resurrección maravillosa; y el sacerdote tiene que violentarse para fingir lo que no siente.

Es ya tiempo de volver. El *tren blanco* está preparado, pero la vuelta no tiene ahora los mismos atractivos de la llegada: la esperanza cer-

cana no cubre con sus alas benditas aquellos desgraciados, y los que vuelven sin que el milagro se haya producido en su favor, sufren la influencia egoísta de una envidia inconfesada, pero real.

Además, no vuelven todos : algunos eslabones de aquella cadena de males han ido quedando en el camino : entre otros la pobre niña de la infeliz obrera ; la moribunda inocente reposa allá abajo en el cementerio de la aldea, en los brazos de la tranquila muerte venturosa.

El sufrimiento de aquella madre es la elegía viva, animada, vibrante del libro ; hay en sus pesares penetrantes y agudos, algo que hierde la fibra más íntima de nuestro sér, y que conmueve también al sacerdote, — ora cuando en su horrible desesperación se entrega á arrebatos inconscientes de impiedad tanto más violentos, cuanto mayor era su fe ; ora cuando herida por el recuerdo del mal que le ha alcanzado, cae en una postración absoluta en que nada ve ni oye, sintiendo sólo en torno esa horrible sensación de la soledad en medio de un mundo indiferente.

Delante de estos cuadros, Pedro retorna más enfermo moralmente que cuando partió.

Aquella curación de María, que hubiera sido la señal de su redención sacerdotal, sin aquella diabólica predicción científica que sonaba vaga pero persistente en su oído, había servido para desvincularlo completamente de su vida pasada en el ejercicio de un culto en el cual no creía ya, y del cual lo separaban ahora todo un mundo de problemas insolubles.

Aquella curación de María combinada con sus luchas internas había evocado de pronto con una intensidad deslumbradora el cuadro de sus bellos amores infantiles, que la enfermedad violenta había cortado de improviso ; pero la resurrección actual de la parálisis hacía posible la continuación de aquel idilio, á no ser por aquel otro obstáculo de sus votos sacerdotales.

Pero ¿eran éstos insuperables?

La lucha es sólo de un instante ; pero ese instante para los que conocen el valor de las pasiones humanas, representa un poema d

lucha condensada, un titánico esfuerzo entre la felicidad que nos sonríe con todos sus espejismos atrayentes, y la soledad mortal, sin una misión activa que agote las fuerzas robustas de una naturaleza virgen y apasionada.

La adivinación de esa lucha por la mujer que era su objeto, el sacrificio, por parte de ella, de su porvenir consagrado á aquel primer amor imposible en aras de la religión en cuyos dogmas creía, unido al grito severo de una conciencia honrada: deciden en un instante de su destino y fijan de una manera irrevocable sus rumbos futuros.

Su voluntad es decidida, y aquel viaje va á llenar con su elocuencia muda, los claros de un itinerario gigante.

En aquel fatídico *tren blanco* van todos los dolores humanos confundidos en la solidaridad de una misma angustia suprema.

Allí no hay pobres ni ricos, todos sufren igualmente la influencia terrible del dolor.

Cada lamento que se escapa, importa tal vez una imprecación interna, cada quejido es una vaga invocación á la protección divina.

El tren corre con una carrera vertiginosa, pero cada vez que en el horizonte lejano y en medio de la campiña semi-velada por las sombras del crepúsculo, surge la silueta de un campanario que se levanta en medio de una aldea ignorada, parece que se escucha el tañido sugestivo de la campana que llama á la oración; un hálito de melancolía penetra en el vagón, una ráfaga de infinitas esperanzas de ultratumba, domina aquellas almas doloridas, y una oración nítida, inocente y sencilla, brota al unísono de todos aquellos corazones, fundiéndose en un coro universal y supremo que se levanta al cielo!

Y el abate Pedro sufre aquella impresión sobrehumana que en el estado presente de su espíritu, descorre ante sus ojos todo un porvenir de abnegaciones grandiosas y de supremos sacrificios.

Aquello, en pequeño, es la humanidad que sufre; aquello representa el reinado triunfante del dolor sobre la tierra, aquello es la lucha infinita de los que buscan en sus pesares un poco de calma para sus penas, un bálsamo para sus heridas, un poco de consuelo

para alcanzar la resignación, una vaga promesa para alimentar una esperanza.

¿ Por qué la religión nueva no volverá á ser la religión de los humildes ?

¿ Por qué no ha de volver á ser el consuelo de los que padecen ?

¿ Por qué no ha de llevar en sus dogmas y en sus ritos la enseña de paz, el símbolo del consuelo, la promesa divina de la redención y de la esperanza ?

¿ Y por qué no será él, el soldado abnegado de esa lucha, el infatigable cruzado de esa nueva religión redentora ?

III

Roma es la tentativa para realizar ese concepto sublime.

Su título solamente tiene una audacia infinita ; pues en ese solo nombre se confunden tantas grandezas, que el convencimiento de sentirse con fuerzas para abordarlo, revela ya con característica elocuencia un aliento de atleta ó una energía entusiasta de apóstol.

Zola llega al fin de su obra grandiosa, y con esa perseverancia genial, con esa exactitud intelectual que lo retrata, ha comprendido que el coronamiento de su edificio está, y únicamente podía estar allí.

Roma será siempre el punto obligado de mira de los cerebros pensadores, porque dentro de sus murallas legendarias, vive un recuerdo imperecedero, palpita una tradición grandiosa y se funden en un origen común los pueblos que más eficazmente han luchado por el progreso humano.

Roma representa un doble é indiscutible poder : es por un lado la soberana de la historia, la eterna dominadora que fulgura con luz propia y deslumbrante en las nebulosidades del pasado : fué grande por su origen extraordinario, fué grande por su virtud republi-

cana, grande y poderosa por sus armas imperiales vencedoras, grande por su elocuencia, por su literatura y por ser la cuna fecunda del derecho, de donde ha nacido la vena inagotable que ha alimentado durante siglos el mundo civilizado. Por otro lado, Roma agobiada por el peso de sus tradiciones gloriosas, abatido su espíritu guerrero y batallador, adormecidas en su seno la ciencia y la literatura, llegó á uno de sus grandes periodos de transformación histórica, y, abandonando el viejo manto imperial de su grandeza pagana, tomó la humilde capa pluvial de los primeros obispos cristianos, que hicieron de aquel centro de formidables leyendas, la sede indiscutida por muchos siglos de la cristiandad naciente, pero poderosa, cuyo impulso y desarrollo sucesivo en el tiempo, dieron origen á una soberanía tanto más indiscutible, cuanto ella se ejercía en esa región sin fronteras del espíritu y del corazón.

Roma es la doble grandeza de la historia y de la religión; y desde ella, como la verdadera tribuna de los siglos, se han dictado á los pueblos las bases de la sociedad civil, los principios de la ciencia y del arte que han sido el carril por donde se han precipitado las generaciones sucesivas, y por último, desde ella, han partido los mandatos que dominando la conciencia humana, fijaban á los pueblos sus irrevocables rumbos.

El polvo de esa ciudad-coloso, es el polvo animado por la tradición y formado por el amontonamiento de las sociedades que han reinado ó sucumbido en su seno; cada dominador ha querido grabar su huella más profundamente que su antecesor, así es que en cada repliegue del terreno, en cada colina, en cada grieta perdida, el viajero encuentra el rastro de una ruína que revela la existencia de un pueblo de gigantes.

Y como si estos rastros colosales que azotan el rostro con ráfagas errantes de otras épocas, no bastaran para hacer de Roma la ciudad única y formidable, ha venido en la moderna edad un nuevo elemento á asegurar ese brillante reinado.

La Italia unida ha querido buscar como prenda durable de esa

unión, un centro único, irremplazable, que ampare su nueva vida con una tradición legendaria de glorias pasadas y de esperanzas futuras.

Y sobre ese suelo en el cual cada grano de polvo encierra un recuerdo, y cada piedra errante es un fragmento histórico representante de una civilización en ruínas ; allí donde el viajero se descubre con respeto porque pasan en tropel por su memoria nombres que evocan períodos inconcebibles de grandeza : allí ha sentado su trono la histórica y poética Italia ; unida por aspiraciones comunes, engrandecida por el esfuerzo armónico de sus hijos, evocada, regenerada por sus grandes pensadores, redimida y salvada por sus nobles mártires y patriotas.

¡ El Vaticano, el Quirinal y las ruínas de la vieja Roma !

Tres fuerzas que actúan en su seno como corrientes divergentes que nacen de un punto común : la tradición heroica que alienta y que subyuga, con el atractivo de un poder irresistible.

Roma, la suprema aspiración de los conquistadores, la eterna soberana de los siglos, el sueño entusiasta de los poetas y los artistas, el delirio fervoroso del creyente, la codiciada cumbre de los reformadores : será siempre el asilo de los que anhelan descifrar los secretos del pasado, de los que estudian en los anales del cristianismo la evolución sucesiva de las religiones, de los que aspiran á descubrir las etapas históricas de la libertad !

IV

Á esta Roma triforme acude el abate Pedro cediendo á un movimiento irresistible de apóstol.

Viene ante el Vaticano á defender su obra, el fruto de sus entusiasmos y de sus vigiliat, que la curia romana ha colocado en el Index, es decir, que ha condenado.

La causa ocasional de esa obra se encuentra en Lourdes, y sobre

todo en la vuelta de la peregrinación, que tan profundas huellas dejó en el alma del sacerdote.

Pedro, perdida la fe en el sacerdocio prosáico, quebrado por la voz del deber aquel idilio que pudo ser recommenzado, reunió en un haz las ternuras dispersas de su alma, para dedicar toda su energía al servicio de los desgraciados; y en esa lucha ignorada, pero sublime, engrandeció su espíritu selecto con el tesoro inestimable de una gran misión.

Sus sentimientos íntimos se utilizaron, su ternura divina adquirió vibraciones de piedad infinita, y ante ese cuadro de miseria humana siempre renovado y siempre permanente, llegó á las más altas cumbres de la caridad, en cuanto ésta importa la noble abnegación de sí mismo, y la santa consagración de nuestros energías al alivio del mal ajeno.

Aquella vuelta de Lourdes, en medio de una desesperación muda, aquel ávido anhelo de esperanzas más allá de los sufrimientos y de la tumba, aquellos ojos incansablemente vueltos hacia el Dios invisible de las esperanzas supremas y de las reparaciones infinitas: habían hecho del sacerdote incrédulo un apóstol entusiasta de la nueva religión, un misionero abnegado de un nuevo culto, en que para nada entraban las presunciones de un reformador, ni los impulsos de sus ambiciones de hombre.

Pedro sentía sin saberlo, sin darse cuenta exacta de ello, los males de su época. Él sentía las influencias aún informes del medio en que vivía.

Veía con la conciencia vaga de un peligro incierto el epílogo de una época colosal. Sentía los sinsabores de este derrumbamiento que constituye, sin duda, una etapa de la humanidad, y aterrado se abrazaba á una nueva fe, con el entusiasmo de un apóstol y las energías de un misionero.

Asistimos á un momento solemne en la historia de la humanidad, presenciarnos las postrimerías de un siglo gigante, en que el espíritu humano ha condensado un esfuerzo tan estupendo que parece rendido.

Las ciencias, trabajando al unísono, han descubierto un velo que muestra un horizonte distante, pero mágico, grandioso, que deslumbra, con delirios de titánico poder, y que parece descubrir por un desgarrón de las nubes que lo forman, una parte del eterno secreto de la divinidad.

El hombre en este período maravilloso de su vida colectiva, ha entrevisto la solución del problema; y cuando se ha lanzado para desgarrar en su totalidad el velo, ha sentido más que nunca la realidad de su impotencia; ha resuelto solamente una parte del problema y ha comprendido, en su desesperación de titán engañado, que hay una esperanza que no se alcanza, que hay una deslumbradora realidad que no puede conquistar con su aliento.

Y ese problema siempre en pie, ha despertado una desesperación terrible que engendra en su alma un desaliento sin nombre.

Orgulloso con sus conquistas, deslumbrado con su poder, altanero con sus triunfos, siente, más que comprende, que no lo sabe todo, y activa su desesperación el convencimiento de su impotencia, la sombra gigante de los que sufren sin que puedan curar su mal, de los que sienten hambre sin que puedan calmarla, de los que piden un puesto en el concierto del universo, sin que puedan alcanzarlo.

Cuando estos problemas se plantean, la humanidad no puede resolverlos; no cabe en los límites de lo humano crear fronteras al mar que se desborda; y entonces la humanidad, sin fuerzas para resistir ese poder incontrastable, sin medios para combatir el mal, sin energías que le den la solución del problema, busca el amparo de la divinidad desconocida y sobrehumana, ó se entrega á la indiferencia brutal del musulmán, ante los fenómenos irremediables de la naturaleza.

Herido por estas múltiples causas, conmovido su corazón por el alarido inmenso que lanza la humanidad que sufre, el abate Pedro adivina con grandiosa intuición que el remedio de esa incurable dolencia del siglo, sólo puede encontrarse más allá de nuestros sufrimientos; que la curación sólo radica en un Dios benéfico, cuyo

reinado se acentúa más allá de la tumba, que el único lenitivo para sus males, el único capaz de salvarlo del desaliento, de la desesperación y aún de la muerte moral, reposa en el culto grandioso de la esperanza, pero de esa esperanza suprema que surge del culto de un Dios ante quien se estrellan todos los cálculos del orgullo humano.

Pero esta concepción es la inspiración exaltada de un sacerdote, cuya alma ha incorporado á sus energías nativas, las que le sugieren los miles de desgraciados á los cuales ha llevado su palabra de aliento; con los cuales ha compartido sus dolores sin remedio, y en los cuales ha robustecido el aliento benéfico de sus esperanzas; pero al hacerlo así, el abate Pedro sólo ha consultado sus propios entusiasmos, sus propias energías que lo preparan para la lucha y el apostolado hasta el martirio, y no ha contado con la humanidad que vive y domina las sociedades modernas.

Su concepción es la obra generosa de un espíritu esencialmente grande, casi fabuloso; pero ella representa una virtud y una abnegación que no caben dentro del círculo del egoísmo y del mercantilismo actual.

Pedro ha condensado en un libro admirable, cuya síntesis se encuentra en el capítulo I de *Roma*, todo el credo de su nueva religión; pero ese libro ha sido considerado como revolucionario, como el posible germen de un cisma, y en tal concepto condenado.

Su defensa lo trae á Roma, y no viene impulsado, no, por un mezquino sentimiento de amor propio humano; viene á defender su obra con la energía entusiasta de la convicción sincera que apasiona el ánimo, robusteciendo energías que impulsan al combate y al triunfo.

Pedro ha concebido una religión de poeta, pero de poeta santo, herido en su alma generosa por todos los males que hieren á la humanidad; es la religión del amor sobrehumano, de la virtud sublime, de la esperanza redentora, que ampare con su manto protector todas las aflicciones, todas las amarguras que hieren á la humanidad en su carrera de dolores y de luchas.

Pero para hacer triunfar este credo que impone la transforma-

ción de los organismos morales actuales, para triunfar en esa batalla que va á herir tantos orgullos y derrumbar tantas aristocracias generadas en medio de nuestras sociedades modernas, necesita un poder, un punto de apoyo que ampare la revolución social que importa su doctrina, y ese poder, esa fuerza sólo puede ser Roma.

La concepción del sacerdote es grandiosa, antes y sobre todo por su virtud, porque su caridad divina es la abnegación viva, la personificación del sacrificio por el amor del hombre colectivo. Hay en esas páginas de una sublimidad solemne, el inmenso alarido de desaliento que lanza la humanidad entera desamparada; es la queja grandiosa que arrulla el derrumbamiento de un siglo, exangüe por los más estupendos esfuerzos, lacerado por todos los escepticismos, que lleva su cerebro herido por la congestión que en él provoca un mundo de colosales descubrimientos y de verdades científicas; pero cuyo corazón es una urna vacía.

La obra del abate es más que la concepción de un espíritu: es la solución anónima del destino que se ofrece á la humanidad; como todo lo grande y bello, conmueve y dignifica, aunque esa concepción grandiosa sea considerada como una utopía.

Pero la idea magnánime del sacerdote ha encontrado su primer obstáculo en donde pensó encontrar su más poderoso aliado.

El apóstol de la nueva religión estaba dispuesto al sacrificio y hubiera llegado hasta el martirio; pero la época actual no pide mártires, sino espíritus preparados para la intriga, y Pedro sólo sabe amar á los desgraciados, defenderlos y sacrificarse con ellos y por ellos.

En esa odisea grandiosa que tiene fatídicas repercusiones en su corazón de misionero, Pedro llama á todas las puertas demandando justicia; pero sin que pueda llegar jamás ante su juez supremo, al que sólo ve cuando su libro está inapelablemente condenado, más que por la Congregación del Index, por el propio convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que falta humildad y virtud para comprender su obra.

En ese combate diario desfila toda la sociedad romana en sus

múltiples aspectos, con un colorido tal, con una facultad de investigación tan profunda, que sus cuadros tienen asegurada la perpetuidad de las obras maestras.

Hay en esa sociedad romana la ignorancia presuntuosa de su origen, la fe en un destino de mayor gloria que inapelablemente llegará; pero no una fe activa que se mueve y crea, sino una fe helada de sepulcro que hiela los entusiasmos, que abate las energías, y que tiene algo de la suprema indiferencia musulmana.

Paralelamente á ésta, pero sin confundirse, hay toda una vida que se mueve, toda una sociedad que se expande en el culto entusiasta de las ideas que pasan como ráfagas irresistibles sobre las naciones modernas; pero aún á esta misma, lleva su influencia avasalladora aquel nativo orgullo de una tradición gigante, que tiene poderosas expansiones hasta en el alma adormida del proletario, que le da la altivez heredada, pero sin las energías del trabajo que debe regenerarlo, y el cual es el único capaz de engrandecerlo.

¿Qué es ante esas grandezas un pobre y humilde sacerdote, que resulta casi un iluminado? ¿Cómo conciliar la humildad que predica, con la altanera inmovilidad aristocrática que le rodea? ¿Qué son sus ideas de caridad universal por los dolientes, ante ese desdén legendario por los desgraciados? ¿Qué pueden al fin y al cabo esas ideas?

¡Ah! las ideas son las eternas dominadoras del mundo, cuando son hijas de la verdad y de la virtud! Ante su influencia soberana, se han derrumbado los tronos más poderosos de la tierra, porque ellas son las verdaderas voces proféticas de la divinidad que vela por los destinos sagrados del hombre, y representan la divisa verdadera y eterna del progreso humano en sus múltiples y trascendentales aspectos.

Sea ó no utópico su libro, encierra él una idea generosa y sublime; derrotado el sacerdote en su misión de profeta de un nuevo evangelio, queda en su historia una página elocuente del poder de la inteligencia humana en lucha con gigantes y legendarias preo-

cupaciones; y, las preocupaciones de esa lucha que son objeto de *Roma*, pueden apreciarse en una frase breve y verdadera :

Zola ha concebido en una forma concreta y luminosa, un culto grande y bello, en el cual puede encerrarse dignamente la fórmula moral y religiosa de su siglo !

ABEL S. PÉREZ.

Montevideo, agosto de 1896.

ANTECEDENTES INSTITUCIONALES

À PROPÓSITO DEL LIBRO *INTRODUCCIÓN AL DERECHO*
ARGENTINO, POR EL D^r J. A. GARCÍA, HIJO

Acaba de aparecer un libro digno por todos conceptos de noticia. Titulase *Introducción al Estudio del Derecho Argentino* y comprende las conferencias dictadas en el curso del corriente año por el doctor Juan A. García (hijo), profesor de Enciclopedia jurídica en nuestra Facultad. El autor, ya ventajosamente conocido por otras producciones, es un espíritu culto y reflexivo, preparado para la labor intelectual, en cuyo régimen se ha formado y desenvuelto. Con aficiones literarias muy marcadas y dueño de un estilo peculiar en su facilidad un tanto descosida, puede decirse que también en esta ocasión, el doctor García ha llenado honorablemente su tarea, haciéndose acreedor á algo más que el simple elogio igualitario que nivela las obras buenas y las malas en la vulgaridad del encomio común.

La Enciclopedia Jurídica ó Introducción al Estudio del Derecho, ha sido entendida de muy distintas maneras por los diversos tratadistas, que la han encarado ya como un curso de derecho natural en que prevalece el concepto metafísico de la ley, ó ya como una

simple cartilla ó silabario, sin más alcance que el de iniciar á los alumnos en las nociones rudimentarias de la jurisprudencia práctica y la terminología profesional.

Ahrens comienza su grande obra con una investigación trascendental sobre la Idea del Derecho, en que estudia las más abstrusas doctrinas de la filosofía alemana para fundar un sistema propio, en tanto que Bishop y Warren dan principio á la suya sobre el mismo tema, insistiendo en la necesidad de los ejercicios físicos para conservar la salud del cuerpo, sin la cual no puede concebirse el éxito en la carrera del foro.

Entre estos dos extremos los matices son innumerables, y no es una de las menores dificultades del profesorado, la de decidirse á adoptar un camino con preferencia á los demás, entre los muchos que presentan especiales ventajas ó atractivos.

El doctor García ha cortado más bien que resuelto la dificultad, afrontando las responsabilidades de una innovación fundamental en el concepto y tendencia de su enseñanza.

La cátedra de Introducción al Derecho es para él, ante todo, una escuela de historia jurídica, en que debe estudiarse el desenvolvimiento de nuestras instituciones desde sus orígenes en la legislación medieval de España.

No ha llegado el momento de juzgar los resultados favorables ó adversos de la reforma, considerada del punto de vista pedagógico, ni podemos decir si con ella se prepara mejor la inteligencia de alumno para la adquisición de una ciencia que deja de ser tal, apenas pierde de vista sus grandes principios fundamentales y se engolfa, sin ideales y sin guía, en el detalle monótono de la reglamentación y la rutina.

Quizás esta filosofía histórica de las instituciones debiera repartirse en los diversos cursos ó ser el coronamiento y resumen de la enseñanza, en que se diera al discípulo, familiarizado ya con las funciones del vasto mecanismo, la explicación del larguísimo y accidentado proceso de su creación y perfeccionamiento, que es más de

una vez el secreto de sus modalidades y de sus resortes íntimos.

Si se prescinde, empero, de la colocación que haya de dársele dentro del plan de estudios, preciso será reconocer que el libro del doctor García tiene que ser por muchos conceptos provechoso.

Inicia, ante todo, una reacción, y una reacción cuya necesidad se hacía sentir de mucho tiempo atrás.

Nos enseña á buscar en nuestra propia historia y en la de nuestros antepasados, los orígenes de nuestras libertades y de nuestra organización democrática.

Nos hace amar las antiguas leyes de la madre patria y sus instituciones primitivas, como la fuente inagotable de donde derivan, sin excepción, todos los derechos elementales que nuestra carta política no hubiera podido consagrar con eficacia, á no existir los antecedentes de raza, la aptitud hereditaria y la tradición legal, inconsciente si se quiere, pero no menos fecunda, de las viejas organizaciones góticas.

Es muy general entre nosotros la creencia de que la libertad es una planta exótica, de origen exclusivamente sajón, que sólo á fuerza de grandes cuidados ha podido aclimatarse en el suelo latino.

En el aula de Derecho constitucional de nuestra facultad, se ostenta en un gran cuadro de honor la Magna Carta del rey Juan de Inglaterra, que la docta corporación considera, sin duda, como el punto de arranque y el primer paso inicial en el reconocimiento de los derechos individuales y la soberanía popular.

Hijos pródigos, inexplicables y sin excusa, arrojamos así á los vientos el tesoro que nuestros antepasados acumularon en siglos, y olvidando nuestra genealogía y nuestra alcuernia, nos presentamos como meros espigadores en el campo ajeno, á quienes la indigencia obligara á vivir de prestado.

No han sido, sin embargo, las concesiones arrancadas á Juan Sin Tierra ni á los que le sucedieron por los barones ingleses coaligados en un propósito egoísta, el primero ni el único antecedente de la emancipación individual.

Casi contemporáneamente con aquel monarca, el rey Alfonso III, acordó idénticos privilegios á las provincias aragonesas, autorizándolas además, expresamente, á sostenerlos con las armas en la mano, lo que es un reconocimiento mucho más eficaz y extenso, que, por lo mismo, no entró jamás en la intención siempre pérfida de los primeros soberanos ingleses (1).

Las necesidades de la defensa contra la conquista extranjera, explican, por lo demás, que en España fuera limitado desde los primeros tiempos el poder de la corona.

La escasez de los recursos y el espíritu de independencia de las poblaciones diseminadas, celosas de las facultades de gobierno propio adquiridas en el largo aislamiento, llevaron necesariamente al establecimiento de las cartas forales que permitieron la incorporación de los diversos distritos al movimiento general de la nación, sin que la unidad militar del mando reconocida en el monarca, menoscabara, en lo mínimo, las libertades comunales de los distintos grupos (2).

La carta, fuero ó cuaderno comunal, vino á ser así una especie de convención en que el soberano reconoció á los distintos municipios el derecho de conservar sus leyes locales y de elegir los jueces y demás autoridades inmediatas, á cambio del servicio militar impuesto á todos los habitantes sin excepción y del pago de determinadas contribuciones de guerra.

Es sabido hasta donde llevaron las poblaciones su celo en la conservación de tales franquicias.

El rey nombraba el funcionario encargado de recaudar los tributos y vigilar las fortalezas y muros situados dentro de cada sección

(1) La ley 2, título 4^o, libro 1^o del *Fuero Viejo* autoriza también expresamente á los vasallos « á pugar quanto pudieren » con la sola limitación de que « deven guardar la persona del Rey, que non resciva ningun mal de ellos, conociendolo ».

(2) El rey estaba al frente de los pequeños estados como jefe común ó vínculo federal de quien todos dependían, con las exenciones reconocidas por las respectivas leyes, pero su autoridad era en extremo precaria, debido á los privilegios de la nobleza, al poder de las órdenes militares, y, más que todo, á la organización de los municipios. (Cf. PÍDAL, *Historia del Gobierno y legislación de España*, Madrid, 1880, página 307).

territorial, con encargo de atender al propio tiempo la observancia de las leyes, pero la acción de aquel oficial y la de sus ayudantes, merinos ó sayones, como se les llamaba en el lenguaje de la época; era tan limitada respecto de la persona y haciendas de los vasallos, que nada podía hacer sino por medio de los alcaldes y jurados de cada localidad, llegando el fuero de Logroño á autorizar á los vecinos á que lo expulsaran y aún le dieran muerte sin responsabilidad alguna, en los casos en que pretendiera penetrar al domicilio privado, con violación de las formas y solemnidades de la ley. *Et si super hanc causam, sive merino, sive sayone voluerint intrare in illa casa de alicujus populator, occidantur, et proinde non pectet homicidium* (1).

Al constituirse el organismo nacional después de la larga lucha, los distintos grupos ó núcleos elementales conservaron por mucho tiempo su fisonomía propia y su tendencia nativa.

Marina nos ha descrito en páginas admirables por la minuciosidad y el cuidadoso detalle, las limitaciones que las juntas nacionales y las cortes pusieron en todo tiempo á los avances de la corona.

Las restricciones pecuniarias han sido siempre el freno más eficaz en las monarquías constitucionales, y los jefes de las diversas secciones del territorio español, estuvieron, en ese sentido, sujetos, como pocos, al control de los parlamentos.

En los tiempos de Alfonso X de Castilla la asamblea tomó una intervención tan inmediata y prolija en el manejo de los dineros públicos, que llegó á determinar que « el monarca y su esposa comieran á razón de cincuenta maravedís por día y no más », en tanto que Carlos I hubo de implorar á la ciudad de Toledo que diera instrucciones á sus diputados para que le votaran más amplios recursos y el mismo Felipe II, en todo el esplendor de su poder y de su gloria tuvo que soportar la exortación de las cortes que « con todo respeto y humildad » lo invitaron á moderar los gastos de su real estado y de su mesa « así para algún remedio de sus necesi-

(1) MARTÍNEZ MARINA, *Ensayo histórico crítico*, página 149 et passim.

dades, como para que de V. M. tomen ejemplo todos los grandes y caballeros y otros súbditos de V. M., en la gran desorden y excesos que hacen en las cosas sobredichas » (1).

Pero donde mejor puede apreciarse la libertad civil de que gozaron nuestros padres, es en sus instituciones judiciales, tan adelantadas que la civilización moderna, con todos sus códigos y reglamentos, no ha logrado en muchos casos sobrepujarlas.

No repetiremos aquí lo que ya se conoce respecto del gran justicia de Aragón, ese funcionario inexplicable para muchos en el mecanismo constitucional, que parece haber llenado una función muy semejante y en algunos aspectos más extensa que la de nuestros modernos tribunales supremos (2).

Queremos sólo referirnos á los dos grandes procedimientos protectores de la libertad y de la fortuna privadas que se ejercitaban ante su altísima jurisdicción : la *manifestación* y la *jurisfirma*.

Buscamos siempre en la Magna Carta el antecedente obligado del recurso de *habeas corpus*, reproducido en el derecho argentino, con su disfraz extranjero y su nuevo nombre británico.

Entretanto, más de un siglo antes de que el rey Juan celebrara transacción alguna con sus barones y les confirmara este privilegio discutido hasta entonces, él era ya conocidísimo y se ejercitaba ante el justicia en su forma más amplia y más perfecta.

(1) MARINA, *Teoría de las cortes*, tomo 3°, página 437.

(2) « No creemos, dice el eminente autor de la *Historia constitucional de Inglaterra*, que sus funciones fueran esencialmente diversas de las del *chief justice* inglés, repartidas desde los tiempos de Eduardo I entre los jueces del Banco del Rey. Amenguaríamos el valor de nuestra propia constitución, suponiendo que en ese tribunal no ha existido una autoridad tan perfecta como la del magistrado aragonés para reparar las injusticias hechas á los súbditos. Verdad es que en el ejercicio práctico de ese poder había abundantes diferencias. Nuestros jueces ingleses más tímidos y plegadizos, dejaron á las exhortaciones del parlamento la reparación de males que con frecuencia se hallaban al alcance de su jurisdicción. Creo que no hay recuerdo de *habeas corpus* concedido en caso alguno de prisión ilegal perpetrada por la corona ó por sus oficiales, mientras imperó la dinastía de los Plantagenet. Muy diferente fué la conducta observada en Aragón. (HALLAM, op. cit., página 339).

« Manifestar á alguno » dice un antiguo autor, « es arrancarlo de manos de los oficiales reales para que no sufra violencia ilegal; no que sea puesto en libertad por este procedimiento, pues que es necesario averiguar los méritos de la causa, sino porque se le detiene públicamente en vez de tenerlo oculto y porque se averiguan los cargos formulados contra él, no repentinamente ni con pasión, sino con calma y de acuerdo con las leyes, por lo cual se llama manifestación. « *Est apud nos manifestare, reum subitum sumere, atque e regis manibus extorquere, ne qua ipsi contra jus vis inferatur. Non quod tunc reus iudicio liberetur; nihilominus tamen, ut loquimur, de meritis causæ ad plenum cognoscitur* » (1).

No puede darse nada más completo ni más compendioso como definición y como doctrina, y los mejores fallos de los tribunales americanos é ingleses no han interpretado mejor el alcance y significado del recurso, que de esa manera aplicaba el magistrado aragonés desde el año 1118.

Para que la similitud sea mayor hay que recordar con Zurita que « es obligado el justicia de Aragón y sus lugartenientes de proveer la manifestación en el mismo instante que les es pedida, sin preceder información, y basta que se pida por cualquier persona que se diga procurador del que pida que lo tengan por manifesto » (2).

Pero así como las personas pueden ser objeto de ataques ilegales por parte de los funcionarios, la violencia se ejerce en muchos casos, y con demasiada frecuencia, contra el peculio privado.

No basta decretar en términos generales que la confiscación queda abolida, pues por poco que una exacción ofrezca las apariencias externas del título legítimo, nuestra propiedad será embargada y vendida sin que estemos habilitados para reclamar ante los jueces superiores, cuando el importe de lo que se cobra arbitrariamente

(1) *Biancæ Commentaria*, 975, ap. HALLAM, *Europe during the Middle Ages*, I, 341 et passim.

(2) *Anales de Aragón*, II, 386, ap. HALLAM, loc. cit.

no alcanza á la tasa legal determinada para las distintas jurisdicciones.

Vemos así que muchas contribuciones y multas arbitrarias se dividen antojadizamente en fracciones de pequeña cuantía, para cobrarlas por la vía de apremio ante los alcaldes de barrio, sin que al agraviado le quede otro recurso que el de la apelación ante los jueces de paz, casi siempre irreflexivos, cuando no apasionados é ignorantes.

Más de un ciudadano á quien las autoridades han querido hostilizar, se ha visto, de ese modo, despojado, por cuotas, de una buena parte de sus bienes, sin que le quedara siquiera el derecho de protestar contra la irrevocable presunción de verdad de la *cosa juzgada* por cualquier Pilatos campesino.

Los ingleses han previsto el inconveniente y lo han salvado. Lo que el *Habeas corpus* es para la libertad individual, son los recursos de *pone* y *accedas ad curiam* para las propiedades. Por ellos la Corte del Banco de la Reina tiene la facultad de avocarse, á solicitud de parte interesada. el conocimiento de cualquier causa seguida ante los tribunales de condado, aun aquellas cuyo valor no pasa de cuarenta chelines, que es, según los tratadistas, la misma suma de tres marcos que limitaba la jurisdicción de los tribunales góticos en su instancia inferior. Aún después de dictada la sentencia, hay derecho para exigir su revisión ante las cortes de Westminster (1).

Á estos remedios legales corresponden los *writ of certiorari* y *writ of error* de la jurisprudencia americana, merced á los cuales los asuntos iniciados ó seguidos ante los magistrados de las diversas jurisdicciones pueden ser llevados á conocimiento de los tribunales superiores en cualquier estado de los procedimientos, y tanto antes como después de la sentencia final (2).

Se comprende que con una reglamentación adecuada y la correspondiente represión de los recurrentes de mala fe, ese procedimiento

(1) STEPHENS, *Commentaries on the laws of England*, III, 275.

(2) WALKER, *American law*, 616.

excepcional de amparo tiene que ser por todos conceptos provechoso, como que por una parte repara las injusticias posibles y por otra pone freno á la arbitrariedad ó al celo excesivo de los funcionarios subalternos.

Pues bien, lo que actualmente se practica en los países de habla inglesa, lo que nosotros hemos dejado caer en un inexplicable olvido, era de ocurrencia frecuente en la España del siglo duodécimo.

«Con firmar de derecho, escribe Zurita, que es dar caución de estar á derecho, se concede litteras inhibitorias para que no puedan ser presos, ni privados ni despojados de su posesion, hasta que judicialmente se conozca y aclare sobre la pretensión y justicia de las partes, y parezca por proceso legitimo que se debe revocar la inhibitoria » (1).

Si á estos datos agregamos que, por disposición expresa de las leyes, nadie podía ser condenado sin que « antes se le llamara y oyera y fuera vencido por derecho y por fuero », hallándose los reyes mismos sujetos, sin previa adquiriescencia ni venia, á la jurisdicción ordinaria de los magistrados, en las controversias que respecto de sus bienes privados les promovieran los súbditos, si recordamos además que fué en la vieja España donde los burgueses pudieron, en el acto mismo de la coronación, decir á su monarca aristocrático que cada uno de ellos valía tanto como él, y todos juntos más que él, inventando la fórmula de « obedecer sin cumplir » en que se condensa en feliz y armoniosa conciliación el acatamiento y respeto debido á las autoridades con la resistencia varonil de los abusos, nos convenceremos de que nuestro abolengo constitucional es grande y noble, y de que para practicar la libertad no necesitamos buscar las inspiraciones y el ejemplo de países extraños y de razas diferentes.

Son conocidas las causas que originaron la decadencia de una nación que tan brillantemente se inició en la práctica de las instituciones, y como la superstición y la intolerancia religiosas se sobre-

(1) HALLAM, loc. cit.

pusieron á la caballeresca lealtad, á la indomable energía, á la altivez y celoso espíritu de independencia que caracterizaron la España medieval.

Ha sido acaso, como muchos lo piensan, la exageración de tan nobles calidades llevadas á su grado máximo, el sentimiento excesivo de la propia valía, el fanatismo pasional que inevitablemente se apodera de los caracteres acentuados, una vez comprometidos en un orden determinado de creencias ó de ideas, los que han traído los obscurecimientos y desgracias de una nación que, como la Niobe tebana, ha llegado á convertirse en símbolo de las grandezas pasadas y los esplendores desaparecidos.

Volviendo á la obra que motiva estas líneas, no necesitamos entrar en mayores detalles, para decir que el doctor García que, por el momento, se ha limitado á exponer en sus grandes lineamientos la doctrina de las vastas colecciones de jurisprudencia civil, no sólo ha contribuido á rectificar el criterio convencional con que estudiamos las leyes, sino que ha hecho, además, un acto de reparación y desagravio, que completará, sin duda, más tarde, cuando estudie los aspectos constitucionales y políticos de nuestra organización nacional.

Creemos que ha sido Lord Bacon quien ha dicho que el escritor no debe parecerse á la hormiga que se reduce á amontonar en una superposición informe los materiales que arranca de las plantas, sino al gusano de seda que, para segregar su capullo, ingiere las hojas y las elabora con los jugos de su propio organismo.

El doctor García ha manejado muchos autores y ha tenido en las manos muchos textos para confeccionar su obra, pero ella es un producto nuevo, un capullo, que si no ha llegado á alcanzar toda la excelencia de que sería susceptible, es por lo menos una hermosa promesa, una anticipación halagüeña de lo mucho que el autor es capaz de hacer y que indudablemente hará.

L. M. DRAGO.

LA PARADOJA DE LAS « CIENCIAS SOCIALES »

I

La comparación de una sociedad humana con un organismo es más antigua que Spencer, Bacon y el mismo Aristóteles : es anterior á toda enseñanza didáctica; ya se encuentra en Homero, casi al principio de la *Iliada*, la analogía verbal de *démas* (cuerpo) con *démos* (pueblo), que parece revelar el parentesco y origen común. De ahí, en política, el cúmulo de imágenes y locuciones tomadas de las ciencias médicas. Puede que los sociólogos modernos se excedan en su cotejo de la circulación comercial con la vascular, ó de la administración nacional con el sistema nervioso : en sus términos latos, el procedimiento es legítimo y guarda más ventajas que inconvenientes. Encuentro utilidad en estudiar, por ejemplo, el estado reciente de que convalece la República Argentina, como una enfermedad generalizada, una distrofia constitucional cuyo pronóstico depende de sus causas primitivas, y cuyo tratamiento, parecido al de la anemia globular, habría de ser muy prolongado para alcanzar plena eficacia. Pero, no debe echarse en olvido que estas aproximaciones son metafóricas y provisionales ; sobre todo, conviene no abusar del paralelo : *ne quid nimis*. Si tiene alcance profundo, v. gr., la observación

de que así en el organismo individual como en el colectivo, el estado anémico — insidioso y rebelde cuando secundario — se cura casi espontáneamente si proviene de hemorragia accidental; sería pueril insistir demasiado en la analogía funcional de la circulación metálica, cuya merma caracteriza la crisis monetaria, con los glóbulos rojos cuya penuria constituye la lesión anémica.

En estas páginas arriesgadas bajo mi sola responsabilidad, lo que critico, pues, no es tanto la clásica asimilación que he mencionado, cuanto su abuso peligroso en cuanto afecta á los métodos y conclusiones. Por lo demás, muy lejos de desechar el cómodo cotejo, me atrevería á sentar, apurando la hipótesis contra el parecer general de los economistas: que si una sociedad, en cualquier momento de su evolución, es un organismo, — una sociedad civilizada es una persona. — Es decir, que también consta de un *cuerpo* y un *alma* (no retrocedo ante la terminología): un cuerpo con sus funciones y necesidades determinadas; un alma con sus facultades ó aptitudes determinantes, de las cuales es mero instrumento el « aparato director » de los sociólogos. Y este viejo concepto dualista que, al parecer, todo lo complica, es el que en realidad todo lo explica.

En mi sentir, la flagrante esterilidad de las « ciencias políticas y sociales » — sobre todo de la economía — proviene de un fundamental error de método: se ha generalizado antes de tiempo, se ha pretendido inducir prematura y temerariamente, en lugar de comprobar hechos sencillos y múltiples, de observar durante años, para deducir después, con precaución paciente y sabia, verdades circunscritas y provisionales. El gran achaque de la ciencia humana es la fatuidad, ó el incurable anhelo de lo inaccesible. Lo que urge al niño eterno, no es indagar cómo se fabrica el cristal de la ventana, sino saber al pronto qué son esas estrellas que divisa al través. Antes de conocer y observar los « elementos », los filósofos griegos se valían de ellos para disputar del origen del mundo. Las hipótesis sobre la esencia de la vida, — la generación y corrupción, como decían los escolásticos, — precedieron por mucho la verdadera fisiología. Así,

deslumbrados por la marcha triunfante de las ciencias experimentales, los economistas no quieren extraer de su historia la, para ellos, única enseñanza real : el convencimiento de que los descubrimientos físicos anteriores á Galileo ocurrieron fortuitamente y á despecho del método reinante, en tanto que las increíbles divagaciones de la escuela eran producto lógico de dicho método. No paran atención sino en las vastas teorías que, después de siglos, coronan hoy la física moderna ; y para imitarla, comienzan su casa por la cornisa.

Hace cien años que ese laboratorio internacional arroja al viento sus hipótesis vacías ; proliferación enfermiza que, como dije, equivale á la esterilidad. Más pululantes y diversas que las herejías de los primeros siglos cristianos, brotan las sectas del *humus* económico, efímeras y enemigas, exterminándose al nacer en su desapiadada concurrencia vital. En sus contadas horas, cada capilla se apresura á promulgar su ley « universal » que excomulga invariablemente á las demás. Y entonces es el florecer de definiciones dogmáticas y teoremas cuyo rigor se condensa en el enunciado, sin trascender á la demostración ! Allí también han hecho estragos las fórmulas matemáticas y diagramas : á tal punto que, por momentos, se llega á echar de menos la filosofía de tendero retirado y las gracias burguesas de « nuestro inmortal Bastiat » — ese Labiche de la economía ! En homenaje á la estupenda ley de Malthus « que sería cierta si no encontrara siempre obstáculos », ya no se imprime opúsculo departamental sin su flamante ley matemática : razón directa ó inversa, progresión por diferencia ó cociente. Es admirable, sobre todo, la variedad de progresiones geométricas — que para ellos equivalen siempre á duplicación — así deslizadas en nuestra vida alimenticia. Con todo, y á pesar de tanta progresión, es doloroso confesar que la economía no progresa, y que esa ciencia de la producción no ha producido sino economistas !

No debemos exagerar. Es indudable que entre esos metros cúbicos de « literatura tediosa » — como la llamó Thiers en un discurso que contiene más substancia económica que todas las arengas de

Cobden y su liga—no faltan páginas elocuentes é ideas felices. Desde la teoría venerable del trabajo que inicia la obra de Smith, hasta las paradojas *omni-cambistas* de Macleod, son muchos los capítulos macizos de cuya compacidad se extraería «por razón directa ó inversa» alguna enseñanza—como se extrae alcohol de la patata. Por eso me pareció excesiva la resolución de la *Asociación británica para el adelanto de las ciencias*, cuando quiso proscribir á los economistas por carecer sus interminables discusiones de carácter científico. Felizmente triunfó la sana doctrina: se admitió que más de un sabio ilustre encontraba en estas distracciones *económicas* descanso para sus fatigas, y que era lícito ocuparse de economía, puesto que el químico Crookes se ocupó de espiritismo.—La «ciencia» de Malthus y Ricardo, pues, con su admirable conjunto de contradicciones coordinadas é irreducibles, ha salvado su existencia oficial. Vivirá como disciplina universitaria, al lado de la terapéutica, y por las mismas razones. Y—seamos justos—en el plan facultativo, no es dudoso que llena con ventaja el puesto vacante de otra enseñanza jurídica cuyos gloriosos servicios no pretendo negar, pero cuyos métodos no corresponden decididamente á las exigencias modernas: adivina el lector que me refiero á la astrología judiciaria.

II

Si el empleo ilegítimo de la inducción es el origen de los errores económicos, aquél arranca á su vez de un concepto deficiente del hombre, considerado como unidad social. No es exacto que sea el hombre un mero agregado de células, ni tampoco el organismo social civilizado, como antes dije, un sindicato de intereses positivos. Al asentar los economistas, y especialmente Stuart Mill—el noble espíritu tan digno de respeto y admiración en su *Lógica*—que la economía considera al hombre como un sér únicamente pre-

ocupado de la riqueza material, confiesan desde luego que dicho estudio carece de base científica y dan la mejor explicación de su impotencia. Ningún filósofo concederá que se formulen leyes respecto de un conjunto individual por el estudio aislado de un factor; ningún fisiólogo admitirá que existan aparatos cuyo funcionamiento sea independiente de las funciones orgánicas generales; ningún químico aceptará el consejo de buscar las propiedades del ácido sulfúrico entre las del oxígeno y del azufre, como se encontrarían las del aire entre las de sus componentes. El primero diría que el individuo—*indivisus*—no es una suma sino un producto de factores; el segundo contestaría que un organismo no es una juxtaposición, sino un sistema unitario de aparatos dependientes; el tercero—si estuviera desocupado—nos enseñaría la diferencia existente entre una mezcla y una combinación.

Con mayor razón, tratándose del más complejo y espontáneo de los organismos, es temerario dictar leyes generales por la sola observación fragmentaria, mejor dicho artificial y esquemática, de una función que no es posible aislar. El hombre económico no existe, como tampoco la sociedad económica. El ser humano dotado de existencia real es el que, perteneciendo á cierta raza establecida en cierta región, produce y consume materialmente, sin duda alguna, pero que siente, además, medita y cree, subordinando en horas decisivas su producción y su consumo á sus creencias y pasiones. Seguro es que el desarrollo mecánico significa un paso dado hacia el despotismo económico: hasta tanto, empero, que esa enorme labor universal, no la ejecuten máquinas construidas y manejadas por otras máquinas, intervendrá como elemento director entre los émbolos y volantes del monstruo insensible, una frágil palanca de músculos y nervios, de inteligencia y voluntad, cuya libre energía dará la ley á la energía del metal. Si; hasta en esos subterráneos imperios minerales «donde el sol calla», según la expresión dantesca, el ritmo formidable de las moles de acero se ajustará siempre al débil latido de una gota de sangre en una arteria—acelerado ó detenido por un

impulso ó una emoción, por un arranque de entusiasmo ó de fe, por un trapo de seda que flamea, por una risa de niño ó una lágrima de mujer !

Tal es el hombre completo, falible é invencible, que es forzoso considerar : *él se agita y Dios le lleva*, dijo magníficamente Fenelón. Dios : es decir, sea cual fuere el culto externo, la suma de ideal atesorada por la raza y legada al individuo como parte de herencia ; para que éste á su vez, según las circunstancias, la educación que recibe y se da, el precario dominio de su albedrío disputado al resto de fatalidad que pesa sobre el destino humano — la acreciente ó disipe en su breve estación. Este hombre, entonces, cumpliendo la bíblica condena, se agita y afana « económicamente » durante seis días pesados, para alcanzar al séptimo de consuelo y rescate, en que levante á lo ideal los ojos y el alma, sienta lo bello y goce lo bueno de la vida, refresque su labio con una gota de ese absoluto, cuyo raudal envuelve el mundo sin que su fuente se encuentre en él, —junte fuerzas, por fin, que le hagan explicable y soportable su fatigar eterno.

Ahora bien, esta psicología elemental que regla la conducta humana, es la que determina también el proceso social. Ideas y sentimientos son los grandes propulsores de la humanidad en sus etapas « semanales » que se cuentan por generaciones. Las piedras miliarias de su camino conmemoran una cruzada religiosa, un estremecimiento patriótico, una reivindicación inmaterial. La guerra — esa eterna ordalía de las naciones, — es un hecho inmanente y sagrado que representa la infracción más solemne al orden económico : enseña á los hombres la faz augusta del sacrificio, recordándoles que los pueblos no viven sólo de pan ; y es por ella que hay una civilización y una historia.

Los hechos económicos son subalternos y vienen después. El más culminante de este fin de siglo, el imperio creciente del proteccionismo, es la resultante de guerras colosales que no fueron á su vez, en Estados-Unidos y en Alemania, sino el estallido de un sentimiento latente y de una aspiración histórica : la nacionalidad.

Al aislamiento quimérico de un sólo factor social, la economía ha agregado otro error que es corolario del primero : la pretensión de dictar leyes universales, independientes de regiones y estructuras políticas. Felizmente este dogmatismo escolar, inaugurado por Ricardo, va perdiendo mucho terreno en Europa. Es legítimo esperar el ascenso de una nueva generación que se inspire en los métodos de Roscher y Leslie, y los asiente en una información histórica y estadística cada día más severa.—No me detendría en la crítica de una teoría declinante, á no haberse reproducido alguna vez en Buenos Aires, en un prólogo escrito para una obra estimable y útil, y bajo una forma que poco favorece nuestra enseñanza universitaria.

Bastará á mi propósito el examen de una sola frase del « escrito » á que aludo. Para demostrar la « ignorancia » de los profesores que, en Alemania, Inglaterra é Italia, sostienen la relatividad de los hechos económicos, el prologuista comete el siguiente raciocino : « No hay ciencia de particulares : las leyes económicas son científicas porque siendo universales permiten predecir lo venidero (sic) en análogas circunstancias á lo pasado ». — Á renglón seguido, se reconoce que cada nación tiene organización económica distinta ; de suerte que las « leyes » de esta singular ciencia tendrían el privilegio de quedar invariables aun cuando variaran las condiciones del antecedente. Pero fijémonos tan sólo en los renglones transcriptos. Sin reparar en el estilo, encontramos allí una muestra perfecta de lo que se llama en la escuela un argumento circular. La petición de principio es tan acabada, que parece hecha á propósito, con intención explicativa : las leyes son científicas porque son universales, y son universales porque son científicas. *Magister dixit.* ¡ Curiosa desviación la que produce en ciertos espíritus la repetición maquinaal de los aforismos ! — Sabe todo el mundo que el axioma de Aristóteles sobre el particular y el general, ha sido una de las *shintas* más gastadas en el asalto escolástico : se la encuentra en la primera cuestión de la *Suma teológica* de san Agustín, precisamente en una proposición idéntica á la actual. Esa increíble deformación del instru-

mento científico, por la epidemia dialéctica de diez generaciones, es la que vino á producir en Bacon y Gassendi una reacción violenta que podría llamarse la náusea del aristotelismo. Ha quedado en nuestra abogacía un resabio muy perceptible de las disputaciones salmantinas. Se arrojan como pedradas los aforismos seculares, sin averiguar el sentido preciso que les diera su inventor.

No atribuiré á un universitario la enormidad de no haber entendido á Aristóteles, pero ¿está bien seguro de haberle leído?—Si hay una distinción repetida en el *Organon*, es la de la ciencia primera y las ciencias subordinadas ó especiales; si hay una definición exacta y precisa en la *Metafísica* (v. gr.: VII, 13), es la del universal. Para el «Filósofo» y los nominalistas, sus verdaderos discípulos, el particular es lo esencial, lo característico, como hoy diríamos, de un objeto; el universal es lo genérico, ó para emplear las expresiones originales cuya claridad es insuperable, *lo que es común á varios seres*. El citado axioma significa en suma que las ciencias sólo se ocupan de los fenómenos que se repiten. La explicación *probable* de los aerolitos ha sido tardía,—Laplace nunca la admitió plenamente, —porque su manifestación es en cierto modo accidental. Pero suponer que *universal* signifique en filosofía lo que existe en todo el universo, es edificar una tesis sobre un *quid pro quo* infantil. Es exactamente el caso de un diputado por Santa-Fe que, por deber su elección al sufragio *universal*, se considerase diputado del universo, del género humano, como Anacársis Cloots. — Nada más peligroso que esgrimir términos cuyo alcance no se ha medido: desgraciadamente este achaque tan poco científico es casi «universal», al revés del axioma.

III

Todas las ciencias especiales formulan leyes de relatividad más ó menos extensa: la zoología y la botánica, por ejemplo, tienen le-

yes de clase, de orden, de especie. Pero no olvidemos que, al apoyarse en otra ciencia más perfecta y general, aquéllas incorporan á sus conclusiones propias, leyes más vastas que en realidad no les pertenecen. Tal es el criterio científico que permite discernir en toda enseñanza la parte generalmente cierta, de la relativa, probable ó simplemente conjetural. Tal sucede con la agronomía y sus leyes fundadas en la química, muy distintas de las observaciones empíricas de la agricultura; tal, con la meteorología, cuya parte teórica es la explicación inatacable de los fenómenos físicos; pero cuya parte práctica, — la previsión de los cambios atmosféricos, — contrasta por su fluctuación con la precisión irónica de los instrumentos registradores.

Las llamadas ciencias sociales no podían sustraerse, ni mucho menos, á estas condiciones de relatividad. El estudio racional de la historia tenía que conducir á dicha conclusión. La misma moral, que deriva de la psicología sus conceptos fundamentales, no se manifiesta exteriormente sino por actos individuales ó colectivos que han sufrido la refracción de la raza, del medio ambiente y de las circunstancias: de ahí, á pesar de lo general de sus principios, lo relativo de sus direcciones y sanciones prácticas. Como decía Pascal, la verdad se modifica al pasar los Pirineos; y esta máxima corriente cobra autoridad imprevista, cuando se descubre que *ético* y *ético* son palabras de origen común.

En cuanto á la economía política, que puede considerarse como la corteza de la moral, es relativa por esencia y definición. En su acepción más ambiciosa, no pasaría de ser, como su nombre lo dice, el arreglo doméstico de cada pueblo; y la escuela de List, al instituir su « economía política nacional », ha vuelto á fijar exactamente sus límites primitivos, por medio de un pleonismo. Es muy extraño, de paso sea dicho, que se repitan, á propósito de economía, aforismos aristotélicos que aún en su recto sentido no rezan con ella, olvidando el que en su *Política* formula netamente el mismo Stagirita; á saber, « que en lo referente al comercio, cada na-

ción (*pólis*) debe pensar en sí propia y no en las demás ». — Aunque no lo dijera el maestro, los que tienen autonomía intelectual pensarían que la economía no puede fundar sino en el carácter relativo y exacto de las observaciones, sus derechos futuros á ser escuchada. La mayor parte de sus contradicciones provienen, en efecto, de sus inducciones temerarias. La célebre teoría de Ricardo sobre la renta, asentada en el cultivo de los terrenos más productores, ha sido refutada por el americano Carey con razones parecidas á las del adversario. La tesis de Ricardo era históricamente cierta para la Gran Bretaña, la de Carey también para los Estados-Unidos, y la inexactitud de ambas principia con su generalización. Cuando el compacto Jourdan encuentra mal planteada la célebre proposición de Alberdi, tiene por delante el mal inherente al exceso de población, y no recuerda que el autor de las *Bases* no se refiera sino á la Argentina, enferma del mal contrario. Para Inglaterra, no hay verdad económica mejor demostrada que el libre cambio; su aceptación por el continente casi equivalía á la famosa acta de navegación de Cromwell. Suponed á dos estancieros vecinos, el uno con una propiedad de una legua para 10.000 vacas, el otro con 10 leguas para 1.000 cabezas; si el primero logra persuadir al segundo que es doctrina económica excelente el convenio de suprimir los cercados divisorios, habrá establecido el libre cambio inglés: es la guillotina por persuasión.

Es evidente que todas las apreciaciones económicas tienen que sufrir las mismas restricciones para ser aceptables — dado que se funden en hechos exactos. Sucede casualmente que las deudas externas de Estados-Unidos después de la guerra, del Egipto al iniciarse la intervención europea y de la Argentina en la actualidad, son sensiblemente iguales como densidad proporcional; cerca de 100 pesos por habitante. Aunque fueran idénticas la condiciones del servicio, ¿habríamos de concluir que las tres naciones han tenido deuda igual; es decir, que ese gravamen signifique una pérdida de substancia y un obstáculo equivalentes para el próximo desenvolvimiento de los tres pueblos? Para Estados-Unidos y el Egipto, desde luego, está hecha

la demostración; en tanto que el segundo país está jadeando bajo la bota de su « protector », el primero ha soportado su carga colosal sin esfuerzo aparente, y recobrado en proporciones décuplas su vigor perdido ¿Cómo saldremos nosotros de la prueba, y á cuál de los dos compañeros de deuda nos parecemos más? La repuesta categórica es imposible, porque en el problema entran elementos aleatorios al lado de los conocibles. Pero en todo caso, de tal estudio puede salir una solución menos aventurada que la de ese economista doctrinario que nos prodiga sus recetas, revelando que todo lo ignora de este país, desde su estructura política y social hasta el dato escolar de que su capital se llama Buenos-Aires.

Es indudable, pues, que la base de toda tentativa seria en economía tiene que ser la precisión y la realidad de la información: equivale á decir que la estadística le suministra su materia primera. Ahora bien, cuando la estadística — esa Marta laboriosa y modesta de la familia — tenga establecidas en cada nación y en cada dirección de la actividad material, series prolongadas de cuya exactitud general no se pueda dudar ¿quedará constituida la experiencia económica y existirá algo más que la traducción en lenguaje corriente de los resultados y cocientes estadísticos? Sin duda alguna. Así como la medicina constituye hoy una semi-ciencia auxiliada por un arte empírico, la economía sacará gran provecho de tantas observaciones reales y, al interpretarlas juiciosamente, los espíritus sagaces y prudentes podrán suministrarnos consejos fecundos en materia de finanzas y producción.

Entre las afirmaciones fantásticas de Malthus y la simpleza de « la oferta y la demanda »—que constituía la economía del Génesis y se aplica hasta en los hormigueros,—hay lugar para deducciones parciales y probables, como las de las oficinas meteorológicas, cuya utilidad no admite discusión. Pero, una ciencia, en el sentido moderno de la palabra, la economía política no lo es ni lo será.

Se admite hoy sin discrepancia que una rama del saber humano no llega á merecer el nombre de ciencia, sino en la proporción en que

los fenómenos que estudia puedan ser sometidos al cálculo. Es así como Victor Meyer, hace algunos años, denegaba á la misma química la plenitud del carácter científico. Esta exclusión, sin embargo, es provisoria : Berthelot ha demostrado que toda combinación se reduce á una producción de calor que, á su vez, tiene su equivalencia mecánica. Para las ciencias biológicas, el problema es mucho más complejo : es cierto que de todo el cuadro químico no necesita la naturaleza sino cuatro cuerpos simples, siempre los mismos, para elaborar el reino animado ; pero la estructura tiene importancia soberana y ella escapa á nuestro cálculo. Con todo, se concibe la posibilidad de apreciaciones biológicas aproximadas y constantes, debido á la preponderancia de los caracteres genéricos sobre los individuales que no percibimos. Pero, en los estudios políticos y morales, no es vedada hasta la esperanza de una previsión matemática. — Respecto de la biología, la « ciencia social » representa un organismo cuyos tejidos fueran formados de células diferentes y espontáneas. Respecto de las matemáticas, sus problemas darían lugar á ecuaciones « indeterminadas » y de un grado superior á nuestros medios directos de resolución. Los que, seducidos por las « cifras » de la estadística, acometen la solución de las cuestiones económicas en forma de problemas de aritmética ó geometría elemental, no sospechan la dificultad. Aunque las supieramos resolver, esas ecuaciones trascendentes nos darían, como es sabido, cinco, seis, diez, soluciones, según el grado de la incógnita ; y, entre tantas raíces « imaginarias », no podríamos discernir la única real que conviene al problema positivo. Así, en ciertos valles profundos de múltiple resonancia, se confunde el sonido real con los ecos que llegan de varias direcciones, siendo imposible descubrir de qué punto del espacio ha partido la voz. *Ignorabimus*. En los estudios sociales, no podemos, no debemos aspirar sino á una probabilidad cada vez mayor en la conjetura.

NOTAS Y FRAGMENTOS INÉDITOS ⁽¹⁾

MEMORIAS MINISTERIALES

Soy el hombre público de Sud-América que haya escrito mayor número de «Memorias», lo que demuestra á lo menos que mi carrera política ha sido lentamente elaborada en los servicios administrativos.

Las introduje en el régimen de la provincia de Buenos-Aires, siendo ministro de Gobierno, y cuando no existía ninguna prescripción que las hiciera obligatorias. Mis Memorias son siete, correspondientes á un número igual de años, durante los que he desempeñado ministerios en las administraciones públicas.

Pocos documentos de esta naturaleza han tenido mayor repercusión. — En el interior, mis memorias fueron acogidas con entusiasmo por la prensa de todas las opiniones. — En el exterior, han sido reproducidas en extensos fragmentos y recibidas con señalada benevolencia. — El Anuario de Appleton copiaba sus datos, al mismo

(1) Por un rasgo de confianza que agradecemos debidamente, la familia del doctor Avellaneda nos ha dado comunicación de varios cuadernos en que el ilustre escritor apuntaba casi día á día sus impresiones de la vida política y literaria, ó consignaba algunas veces la versión, ya esbozada, ya corregida, de escritos destinados á la publicidad. De ellos hemos extractado los presentes fragmentos, procurando mostrar facetas diversas de un talento de pensador y artista que, como se verá, á sus grandes cualidades por todos proclamadas, unía la menos conocida de la espontaneidad.

tiempo que los informes del Inspector de educación en Washington reproducían sus doctrinas para divulgarlas.

De estas memorias, la más leída y aplaudida fué la de 1872. El señor Estrada, secretario de la Legación Argentina de Santiago de Chile, me envió once artículos de la prensa de aquella República que encomiaban unánimemente estas memorias.

Mi opinión no es la del público. — La memoria de 1872 no tiene sino una importancia mediocre, y fué siempre para mí una muestra del escaso criterio público la boga que alcanzó.

El aplauso encuentra á veces ecos complacientes y se propaga acrecentándose en el camino. — *Vires acquirit eundo*, decía el poeta latino, hablando de la Fama.

Reputo cien veces más fundamentales por el pensamiento y más literarias por el estilo las dos primeras Memorias, que escribí como Ministro de Gobierno, y como Ministro de Instrucción Pública. Son las de 1866 y 1869; y ellas encierran la exposición capital de las ideas, á las que he consagrado mis tareas administrativas.

La Memoria de 1866 contiene un extenso resumen sobre las cuestiones que se relacionan con la educación popular; una exposición sobre el sistema municipal; y un plan para descentralizar la administración argentina y las funciones del Poder Judicial.

El señor Sarmiento reprodujo en «*Ambas Américas*» la parte relativa á la educación común: y el *Radical* de Vera-Cruz la tradujo del inglés para insertarla en sus páginas. La exposición del sistema municipal coordinaba por vez primera ideas incoherentes y vagas, como las que había sobre esta materia, anticipando otras que, manifestadas en discursos, aparecían nueve años después como una novedad en la Convención de Buenos-Aires.

Este trabajo y mi libro sobre «*Tierras*» fueron cuidadosamente redactados. — He escrito hasta diez veces algunas de sus páginas (1).

Mi primera Memoria en el ministerio de Instrucción Pública, fué

(1) Véase la página 338. Es la franca declaración del artista consciente, sin que ello obste á que fuera á las veces un periodista muy brillante y espontáneo.

para el público una revelación de la importancia de este ministerio, hasta entonces desconocida, y el programa de los trabajos que he ejecutado durante cinco años.

En mi primera Memoria se encuentra todo propuesto y proyectado, principiando por la formación de maestros y maestras, por la dotación de las escuelas con nuevos implementos, por la ley de subvenciones, por las bibliotecas populares, y concluyendo por los grandes establecimientos que revelan el culto de un país por las más altas ciencias.

Mi exposición apareció como una novedad sospechosa para los literalistas de la Constitución. Vino por fin á prevalecer después de haber sido consignada en muchas leyes, porque los pueblos vieron muy pronto las ventajas prácticas que se derivaban de la Constitución así entendida.

¿ Por qué no sería aceptable este sistema de confirmar una interpretación constitucional por los beneficios prácticos que ella trae para los pueblos ? ¿ No es el resultado la piedra de toque de las instituciones ? Ha dejado de discutirse, dice Scaman en su reciente libro sobre el Sistema americano, la constitucionalidad de los bancos nacionales, desde que la experiencia ha demostrado cómo sirven á desenvolver la prosperidad general del país.

Pero me desvíó de mi objeto. He querido escribir estas líneas al presentar mi última Memoria ministerial. — Sea cual fuere el resultado de la lucha electoral en que se halla comprometida mi candidatura, es casi seguro que no volveré á ser Ministro en los años que pueda aún destinar al servicio de mi país. (Buenos-Aires, mayo 12 de 1873).

UN MINISTRO

Octubre 14 de 1880. — ... El nombramiento de los ministros, es la prerogativa más personal del Presidente. Nadie puede ni debe indicarle el nombre de sus consejeros; y es difícil acertar con los motivos que haya tenido para la designación de una ú otra persona.

En cuanto al público, su único derecho consiste en aguardar la conducta del ministro y en juzgarlo por sus actos. Este derecho es también completo.

La personalidad política que descuella en el nuevo gabinete es la del doctor Irigoyen, ministro de Relaciones exteriores.

El doctor Irigoyen tiene en su foja de servicios, el arreglo de la cuestión brasileroparaguaya. Este es un gran acto.

Los otros ministros son también conocidos en la vida política, aunque no hayan llegado á esta cima de la notoriedad.

Hay impaciencia. Se esperan estrepitosos actos de la administración que empezó ayer. Pero es difícil satisfacer esta necesidad de ruido, obrando seriamente.

El presidente y sus ministros necesitan penetrar en el conocimiento de los negocios. Sólo escapan á esta exigencia inevitable el doctor Irigoyen, que conoce perfectamente su departamento, y el ministro de Hacienda, que no ha sido sustituido por otro.

Pero el teatro de acción del ministro de Relaciones exteriores no está en la prensa ni en la plaza pública. Su acción es más reservada y casi siempre lenta.

El ministro de Relaciones exteriores es el único funcionario que no aprovecha á sabiendas de los inventos modernos.

No envía un telegrama, porque sería revelar demasiada impaciencia, y pone pacientemente su carta en el correo aunque no contenga sino una palabra. El ministro de Relaciones exteriores hace aguardar sus respuestas y las envía, calculando, no el horario de los ferrocarriles y vapores, sino el antiguo itinerario de las postas y las salidas de los buques de vela.

Talleyrand enfermo y ya próximo á la muerte, se hizo un día conducir al Instituto y, deteniéndose delante del tipo ideal, al que había procurado amoldarse en su vida, definió del modo siguiente al *Ministro de Relaciones exteriores*:

«Es necesario que un ministro de Relaciones exteriores se halle dotado de una especie de instinto, que lo tenga siempre advertido,

impidiéndole comprometerse, aunque no hayan ocurrido las manifestaciones de una discusión.

«Un ministro de Relaciones exteriores necesita mostrarse abierto, quedando impenetrable — ser reservado, con las formas del abandono — y ser hábil hasta en la elección de sus distracciones.

«Es necesario que su conversación sea simple, variada inesperada, siempre natural y algunas veces hasta ingenua.

«En una palabra, un ministro de Relaciones exteriores, no debe dejar de serlo ni aun por un momento, en las 24 horas del día.» (1).

El retrato fué trazado ahora cuarenta años por la mano del maestro, y aunque pueda decirse que las formas de la diplomacia actual han cambiado bajo la mano brusca de Bismarck ó el pulso nervioso de Disraeli, siempre quedará el cuadro, verdadero en su fondo.

El método *bismarquiano* no es sino un accidente, puesto que necesita por apoyo, una nación convertida en un ejército. Un canciller de *fierro* no puede ser sino una excepción.

Con la paz sólidamente establecida, con la transmisión de mando verificada dentro del orden constitucional, con la seguridad y con el aumento de crédito que es su expresión, con la ley de Capital ya dada en la conciencia pública, aunque falten algunos trámites: la atención, libre de los cuidados interiores, se vuelve al exterior y contempla los horizontes de la América.

Un gran cambio se está ya operando en las condiciones territoriales de esta parte de la América. Un pueblo es el usufructuario, porque es el vencedor.

¿Cuál será la suerte de Bolivia? La victoria que no dió derechos en el Paraguay, ¿los dará sobre las costas del Pacífico?

La geografía de tres repúblicas se va á modificar, y nosotros debemos preguntarnos si hemos de quedar extraños á los nuevos repartos.

Todo es grave empezando por la *acción* ó resolviéndose á l

(1) SAINTE-BEUVE, *Nouveaux Landis*, XII, página 108. (Nota de la Dirección).

inacción. Mantenemos pendiente aún nuestra cuestión de límites con Chile mismo, y debemos también preguntarnos ¿hasta cuándo durará la expectativa ?

Es insensato buscar aventuras guerreras, pero la paz armada no puede constituir la situación normal de un pueblo, porque es un cáncer que devora.

Estas son las cuestiones que buscan hoy asiento en el Ministerio de Relaciones exteriores y se hallan felizmente encomendadas á un hombre tan hábil como prudente. Tiene muchas de las calidades descritas por el príncipe de la diplomacia francesa y tiene además lo que falta en aquel retrato *florentino*: — un patriotismo sincero y elevado.

SARMIENTO ESCRITOR

El nuevo libro de Sarmiento (1) removerá profundamente la atención pública. No son sus memorias políticas, pero es el resumen de su vida como pensador y como artista.

Repito la palabra como *artista*. Lo que en el *Facundo* es un cuadro, fuése modificando al través del tiempo en una teoría, pero en una teoría pensada y sentida al mismo tiempo. Entre el *Facundo* y el nuevo libro han corrido cuarenta años. ¡ Cuántos cambios en el autor, de cuántas vestiduras carnales se ha desprendido y por cuántas transformaciones ha pasado ! Pero leed las páginas del nuevo libro y notareis este rasgo persistente: el pintor. Sarmiento lo fué siempre: en la juventud, describiendo la pampa infinita y sus monótonos accidentes, viajando en la edad madura y lo es hoy mismo en la vejez.

No conozco del nuevo libro sino dos páginas, que son el comienzo de un capítulo titulado « El indio á caballo ». Es una nueva teoría para explicar hechos de nuestra historia y es al mismo tiempo un paisaje de vastos horizontes: — *un cuadro*. He sentido dos impre-

(1) *Conflictos y Armonías*. (Nota de la Dirección).

siones oyendo su lectura, la una moral, y era producida por un rayo de luz en mi espíritu; — y la otra física, como si me encontrara en medio de los campos, respirando aquel aire áspero y puro que da tono á los nervios, ó haciéndome dueño del espacio por el galope rápido de un caballo.

Encuentro al mismo hombre cuyos escritos exaltaron tanto mi espíritu en los días de mi juventud. — El autor no ha cambiado, es el mismo: pero se ha dado vuelta. — Joven, era un pintor que pensaba; anciano, es un pensador, que pinta. ¡Cuánta facilidad tiene su pluma para convertirse en pincel, pero ya grave, correcto y puro! (Noviembre de 1882).

EN MONTEVIDEO. — ENERO DE 1882

El verso puede ser declamado. La pompa de la imagen necesita ser representada por el gesto expresivo y el ritmo marcado por las modulaciones de la voz. Pero la prosa, y sobre todo la prosa improvisada, que ya brilla con la idea súbita, ó languidece bajo el pensamiento vulgar, debe ser *hablada*. De ahí el uso de la conferencia moderna.

El *discurso* ha quedado relegado para las ocasiones solemnes, para asociarse á las majestuosas ceremonias del Templo, para cuando se habla en presencia de la eternidad sobre el dintel de una tumba, ó en las grandes festividades patrias. El orador actual no declama, ni recita: habla simplemente. Estas mismas consideraciones son aplicables á la elocuencia parlamentaria. Ejemplo: Gladstone y Castelar. ¿Queréis conocer la verdadera palabra parlamentaria, la palabra que gobierna y rige, qué es opinión y qué es ley? Puede ser vehemente, apasionada, sarcástica ó amarga, dialéctica ó sutil, pero será siempre natural, naciendo del *asunto* y conteniéndose dentro de su cuadro. No la encontraréis jamás envuelta en el manto purpúreo de un rey asiático. Esta es la palabra de Gladstone, de Disraeli, de Cánovas del Castillo ó de Thiers.

Ahora bien — la palabra parlamentaria que no gobierna, es todo, menos natural y sencilla. ¿Queréis conocerla? Es pomposa y se anuncia con un redoble de tambor. Es cierto que suele recoger fácilmente aplausos entusiastas; pero es también cierto, que sólo es escuchada en aquellos pueblos donde las palabras ó las ideas van por un lado y los hechos por otro. El ejemplo es visible.

CARTA AL VICE-PRESIDENTE DOCTOR MARCOS PAZ (1)

Respetable señor y amigo:

Nuestro común amigo el doctor Alsina le ha llevado mi respuesta. Siento sin embargo la necesidad de dirigirme á Vd. porque reputaría incompleta la expresión de mi gratitud profunda, si no se la manifestara directamente. Estoy verdaderamente conmovido por la gran prueba de deferencia que acabo de recibir de Vd., y creo que mi vida política, por más que se prolongue, no obtendrá otro honor más señalado.

Pero, los mismos sentimientos de reconocimiento que su conducta para conmigo me inspiran, me han obligado á examinar, repléandome en mi conciencia, si me encuentro en aptitud de corresponder á su benevolencia, prestando servicios reales en el elevado puesto á que Vd. me llama.

Mi respuesta, lo sabe Vd., ha sido negativa. Pienso que no puedo llevar al gobierno que Vd. preside, elemento alguno que robustezca su acción, y que dé mayor vigor á sus esfuerzos, para dominar la situación difícil en que la República se encuentra.

No poseo para ello la autoridad que da la opinión, ni la capacidad que sólo desenvuelve la práctica en la dirección de los negocios po-

(1) Aunque esta carta no lleva fecha puede asignársele la del 4 ó 5 de septiembre de 1867. El vice-presidente Paz (en ejercicio del P. E. por hallarse el presidente Mitre en el Paraguay, al frente del ejército aliado) al querer reprimir los ataques violentos de la Nación fué abandonado por sus ministros Elizalde y Costa. Las renunciaciones llevan la fecha del 3 de septiembre.

líticos, y de la que uno mismo no puede tener conciencia, sino cuando ha sido comprobada por los sucesos. Esta confianza en sus propias fuerzas es sin embargo necesaria, porque ella constituye el más firme apoyo del hombre político.

Me he dicho también que debe ser real y sincero este sentimiento de mi ineficacia, para servir útilmente en los momentos actuales al gobierno de mi país, cuando encuentro que se sobrepone en mi conciencia al brillo de una posición elevada, á los estímulos de la vanidad y al deseo ferviente y sincero de responder al llamamiento que Vd. me dirige.

Hace por otra parte menos penosa mi respuesta, y lo es sin embargo tanto, la consideración de que me hallo en un puesto público, y de que sustrayéndome al desempeño de funciones más elevadas, no rehusó, sin embargo, mis servicios al país. Cada uno se debe á su obra, grande ó pequeña, y el gobierno de que formo parte emprende, en estos momentos, trabajos de administración interior que serán de alguna utilidad para la Provincia, y á cuya ejecución quisiera, aunque débilmente, concurrir.

Vuelvo á presentarle el sentimiento de mi gratitud profunda, y agregándole que ella será indeleble,

Lo saludo con respeto y cariño.

N. AVELLANEDA

1868. — Nota. — El doctor Marcos Paz por intermedio del doctor Rawson me había ofrecido el ministerio de Relaciones exteriores, vacante por la salida del doctor Elizalde.

Á pesar de las instancias encarecidas de los doctores Paz y Rawson, rehusó con decisión el puesto que se me ofrecía. Lo aceptó el doctor Ugarte que se vió obligado á dejarlo muy pronto, quedando en una posición muy comprometida.

Esta evolución ministerial no tenía base, puesto que se producía en hostilidad al jefe del gobierno (presidente Mitre), y habría sido de todo punto temerario embarcarse en ella.

Esto que era para mi evidente, no lo era para el doctor Rawson, alma de todas estas peripecias. Por lo demás, creo haber dado en esta ocasión una muestra de tino político, no dejándome seducir por el brillo de una posición elevada, que ningún hombre público de mi país había alcanzado á mi edad. Tenía entonces 28 á 29 años.



Pourquoi la révolution d'Angleterre a-t-elle réussi?

L'esprit révolutionnaire est fatal aux grandeurs qu'il élève comme à celles qu'il renverse. La politique qui conserve les États est aussi la seule qui termine et fonde les révolutions (Guizot).

(1) El general Mitre ha empleado esta misma frase y con el mismo desigñio en una alocución al Congreso.

El Presidente ha leído y releído este discurso, empapándose en su espíritu y en sus doctrinas. No hay palabra suya que no lleve su sello, desde dos años á esta parte.

Guizot fué mal ministro, porque su instinto y sus doctrinas de gobierno no se hallaban modificadas por el espíritu democrático, espíritu que él combatió y desconoció en su siglo y en la Francia, cuando era precisamente el espíritu del siglo y de la Francia.

El general Mitre, republicano gobernando una república, tribuno ayer no más envuelto en la corriente popular, está llamado á adoptar la doctrina de Guizot, sin temer el escollo en que se estrelló la doctrina del ministro de Luis Felipe, haciéndola servir no como un *instrumento de combate contra el espíritu democrático*, sino aplicándola como la política reparadora que cierra los períodos de anarquía,

(1) Estas palabras fueron escritas por mí en la última página del libro de Guizot, sobre Monck y la Restauración. No conservaba memoria de ellas. El otro día me dijeron que el doctor Rawson hacia en su conversación mención de este juicio sobre el general Mitre, citando el libro que tenía en su poder, y he creído conveniente tener una copia de la nota.

El doctor Rocha me ha facilitado el libro. (Buenos-Aires, junio 3 de 1873).

y que se escapa á la presión de los partidos, para fundar el gobierno bajo bases extensas, regulares y permanentes.

El general Mitre lo ha comprendido con su seguro instinto. Pienso que este instinto es el de un hombre de gobierno. (Marzo 11 de 1864).



Cuando se ha adoptado maduramente una resolución, es necesario dejar ya en paz el pensamiento.

Se puede y aún se debe modificar el plan primitivo y hasta abandonarlo, pero siguiendo la indicación de los hechos en los principios de la ejecución.

La meditación es buena. Pero la cavilación es enemiga de la meditación y es mala. El campo de las conjeturas es infinito, y á fuerza de quererlo prever todo se paraliza la acción.

Todo hombre con el dón de la acción política lleva consigo cierta intuición nacida del conjunto de las cosas, y que le enseña instintivamente cuáles son las eventualidades que debe prever y cuáles las que puede apartar. Á éstas, en este caso, debe las tres cuartas partes del éxito.

ALBERDI

Ha pensado y ha escrito. No ha tenido ingerencia personal en el Gobierno interior de su país, ni aun siquiera por medio de la vida activa del ciudadano. Así, sabe palabras — formas. Sabe el pensamiento mismo como concepción mental y lo maneja poderosamente. Pero no sabe su aplicación práctica. No sabe la realidad, en su forma trivial, tangible, por decirlo así.

Descubriría el sistema del mundo político, cual otro Kepler ó Copérnico, pero no sabría dirigir los debates de una Cámara en sus pormenores reglamentarios.

Nunca veo al doctor Alberdi, sin traer á la memoria estas pala-

bras con que el Padre Laurencio Altieri define al beato y y sutil Scott :

Vir acutissimus in verbis, atque in rerum substantia, sed in materia plene ignarus.

« Varón ingeniosísimo en las palabras y hasta para explicar la substancia ó esencia de las cosas, pero ignorante en todo lo que se refiere á la materia. »

MUERTE DE ALSINA

28 de Diciembre de 1877. — ...Pero estos no son sino rasguños sobre cicatrices muy hondas. Otros se mueren y llevan las suyas al otro mundo. Los acompañaría sin pena.

Adolfo Alsina está agonizando. Delira y da voces de mando á las fuerzas de la frontera. Esta mañana tuvo un momento lúcido y pronunció dos veces mi nombre, llamándome con palabras de cariño. No ha recordado á ninguna otra persona.

No se siembra siempre sobre la arena estéril ó sobre la onda salada. Cuando más se desespera de las afecciones humanas, la voz de un moribundo puede darnos aliento y esperanzas.

Estos son los misterios de la vida.

Diciembre 29 de 1877. — Adolfo Alsina ha muerto. Es el hombre político con quien me he encontrado más vinculado. Fuí su ministro en el gobierno de la provincia de Buenos-Aires, y él lo fué más tarde mío, cuando vine á desempeñar la presidencia de la República.



Me confirmo cada día en una observación de experiencia. No hay resolución política, por buena y acertada que sea, que no encuentre inconvenientes en su ejecución. Un día los inconvenientes hablan, todas las objeciones se levantan, y los débiles fracasan delante de las

resistencia: los fuertes saben sobreponerse á su poder, que muchas veces no es sino aparente.

Me refería á esto mismo, cuando en la carta al señor Leguizamón he dicho: « Que para todo plan político hay sus días de lluvia y de sol y que es necesario tener firmeza para dejar que los primeros pasen. »

UNA CONCLUSIÓN

(Para el discurso de la cuestión « San Juan » había escrito este final. Dije todo, menos lo preparado: había hablado tres horas, notaba la convicción en las fisonomías, la impresión profunda sobre el fondo de la cuestión, y no quise terminar por una digresión favorable tal vez al orador, pero perjudicial al asunto.)

. . . El general Mitre decía que cada letra, cada artículo de la Constitución es una reparación, respecto de los errores del pasado, puesto que los corrige — respecto de las faltas ó de los crímenes, puesto que los condena. — Yo digo más, y es que la vida de los hombres y la historia de los pueblos son una reparación perpetua, y por eso se ha llamado al tiempo el gran reparador. — Nosotros mismos, no debemos salir de estos debates, sin hacer dos actos de reparación sincera y con espíritu verdaderamente religioso.

Hemos estado discutiendo sobre el cadáver de un ajusticiado; y mis colegas, por una necesidad suprema de la defensa, han debido contar su vida marcada por crímenes, desde las asechanzas del saltador hasta la ferocidad del asesino. — Así hemos olvidado que la pena no se prolonga más allá de la muerte, que ella no se inflige á la memoria, y que los vivos debemos á lo menos ser piadosos, con el olvido, para con los muertos.

Nuestros adversarios, á la vez, queriendo dar á la memoria del infeliz ajusticiado esa vibración simpática de la compasión y de las lágrimas, han ido á modelar su retrato sobre un tipo fantástico, bello y sombrío como un personaje de Byron. — Pero ellos olvidaban que el retrato se calcaba en esta ocasión sobre un muerto, y que la

fantasía que se complacía en soltar sus cabellos, en iluminar sus ojos, en dilatar su frente, estaba profanando un cadáver.

A sí, todos hemos delinquido delante de esta tumba; y le debemos una reparación solemne.

¡ Que ella sea la de contribuir con todos nuestros esfuerzos, para que no sea necesario levantar nuevos cadalsos que empapen en sangre esta tierra, que ya ha absorbido la de tres generaciones! La ignorancia y la miseria engendran el crimen. — Dictemos leyes, votemos recursos para difundir la educación hasta que ella sea como el aire y la luz: un don universal; hasta que no exista una alma de hombre, en la que no haya penetrado un soplo de luz ó de verdad. — El bandolero vive del desierto y de la vida vagabunda. — Suprimiremos el desierto con sabias leyes, creando para el hombre errante una propiedad, una familia, un hogar, á fin de que bajo su influencia se aquieten y desaparezcan esas pasiones salvajes que necesitamos extirpar hoy con el fierro, porque sólo se complacen en la destrucción y en la sangre.

Debemos también otra reparación solemne, no ya á un muerto, sino al pueblo de la Nación que nos escucha.

El Congreso se ha reunido en la época más tranquila que haya alcanzado la República después de seis años. — El país espera leyes de paz, leyes de progreso, y nos hemos dado en espectáculo durante diez días discutiendo las leyes de la guerra,—en presencia del comercio que nos pide un puerto, en presencia de nuestros productos que quieren ser conocidos y expuestos, ante propios y extraños, para atraer, como un incentivo vivo, el trabajo y el capital que han de crear con ellos nuevas industrias; en presencia de los pueblos casi incomunicados por las distancias que nos piden á gritos vías de comunicación, para que circulen libremente los hombres, las mercaderías, las ideas, sintiéndose viva, activa y poderosa la comunidad de la vida nacional.

Abandonemos debates estériles, para contraer nuestra atención á las tareas á las que el país nos llama y en las que nos espera. En

este nuevo campo podemos discutir y disintiremos ; pero no penetraremos en él con la frente pálida para salir con el corazón airado, cuando veamos que, á pesar de la diversidad en las ideas, hay identidad en las miras, y que éstas son inspiradas por un mismo patriotismo.

¡Ah! somos Argentinos! y sobre este vasto campo de los intereses comunes, no repetiremos las palabras de la Tribuna antigua, diciendo á nuestros adversarios : « Entre vosotros y nosotros no hay nada de común, fuera de la tierra que nos sustenta ». En estos debates, por más ardientes que sean, no olvidaremos ni la fraternidad patriótica ni la caridad humana.

MINISTERIO, CANDIDATURA, EXCURSIÓN POR EL INTERIOR

En agosto dejé el Ministerio, después de tres días destinados á preparar esta resolución, para mí suprema. La adopté tomando inspiración en mi consejo y desoyendo la opinión de todos mis amigos, que era adversa. Ellos creían que mi separación del Ministerio comprometía mi candidatura presidencial.

Recordaré un incidente, porque es característico. No había puesto en posesión del secreto sino á José M. Carril, buscando el apoyo de un carácter firme, por si me era necesaria su intervención en los momentos decisivos. Carril aprobó mi plan. Sorprender y desconcertar á Tejedor por lo imprevisto; derrocar al general X. de un modo irrevocable y salir del Ministerio, no dejando ya sombras tras de mí.

Pasa la noche. Había ya redactado mi renuncia y la guardaba en el bolsillo, cuando se me anuncia la visita de Carril, que entra poseído de una agitación febril. « Vengo á implorarlo. me dice, porque nada haga ó lo demore. Me he abierto con Cortínez y éste opina que su renuncia todo lo compromete. Usted saldrá del Ministerio y el general X. quedará en su puesto. »

Le faltaba al pobre Carril su coraje habitual en aquella hora tan decisiva.

« Le había elegido para mi confidente, le respondí, buscando su sostén. Pero veo que flaquea. Mi resolución es irrevocable, y le pido que no me perturbe con sus reflexiones en estos momentos de la acción.

« ¿Es un duelo á muerte con el general X., que no encontrará nada vedado para su venganza ?

« Los dados pueden ser de fierro, pero son tirados. »

Con esto terminó el diálogo. Eran las siete de la noche de este día, y mi renuncia se hallaba aceptada y el general X. destituido. La confusión del ministro de Relaciones exteriores había llegado hasta tal punto que me pidió con instancia que no dejase el Ministerio. ~

Vine á casa. Imposible comer ; pero podía escribir para aquietar mis nervios bajo una presión cualquiera.

Escribí el artículo titulado *El Ministro candidato*, y algunas palabras sobre el doctor Burmeister y su libro de *La Creación* que han sido reproducidas por la prensa de toda la América.

Á las diez salí de mi escritorio y anuncié á mi señora y á algunos amigos que había dejado de ser ministro. (Agosto, 1873.)

EDUCACIÓN COMÚN

Tendamos á la educación común ; que sea éste el fin buscado por los esfuerzos de todos, ya se dirijan unos á la opinión, á fin de que se halle pronta á seguir sus vías, ya procuren los otros organizar en nuestras leyes los medios de acción que la preparan. Esta es la gran labor que solicita á pueblos y á gobiernos, ofreciéndoles el insigne honor de marcar sus actos de un día con el sello de una causa imperecedera.

¿Cuál necesidad puede presentarse más legítima y más grande

que la necesidad de desenvolver la aptitud moral é intelectual del pueblo ? Esta cuestión refunde en sí todas las cuestiones ; abarca la vida universal, y principia por ser humana, social y democrática, para colocarse como término último hasta en los pormenores del régimen administrativo. Se ha iniciado un noble programa. Queremos traer á la existencia de la provincia, las instituciones que hemos adoptado para la existencia de la nación ; tratamos de concluir con el centralismo absorbente. Está bien ; pero la descentralización contiene un acto doble. Hay una autoridad que se desprende de ciertas atribuciones ; pero hay también un municipio, una parroquia, un vecindario que las recoge : y para que la descentralización sea benéfica, es necesario que éstos tengan la capacidad de las funciones que componen la vida colectiva.

El pensamiento de la educación popular es la preocupación del siglo, y se siente dentro de ella removerse como la incubación de destinos desconocidos. Es la humanidad que recoge sus fuerzas hasta hoy latentes, extraviadas ó perdidas, para que tomen su parte de posesión en el señorío del mundo. Es el hombre que quiere levantarse con la plenitud de su sér. Son la inteligencia y la libertad que se buscan, para expandirse la una, para ilustrarse la otra, sosteniéndose ambas con recíproco apoyo, al mismo tiempo que bajo la influencia de su consorcio las sociedades se transforman. Toda alma de hombre reclama su rayo de sol, su parte de luz ó de verdad, y los gobiernos y los pueblos se vuelven solícitos reconociendo el deber de dársela. ¿Cómo dársela ? La cuestión se halla planteada en todas partes ; en América y en Europa — y los pueblos nuevos, sin tradiciones de retroceso que los compriman, están llamados más que cualesquiera otros á aprovechar de esta labor universal.

Necesitamos incorporararnos al movimiento.

Hemos adoptado instituciones que no solamente reposan sobre el voto directo del pueblo, sino que tienden á entregarle la dirección de los negocios comunes en la nación, en la provincia, en el municipio, en la parroquia ; y no conseguiremos jamás encarnarla en

vida real, sino desarrollando la aptitud necesaria en el agente que debe aplicarlas. De lo contrario, nada habremos hecho sino girar de nuevo alrededor del eterno círculo que constituye la política sud-americana, ensayando siempre constituciones nominales ó efímeras, para caer en la realidad de pavorosos desastres. (1867)

NUEVOS RUMBOS

Una nueva luz se ha levantado en el horizonte de los pueblos sud-americanos, para dar un rumbo á sus esfuerzos, una norma á sus constituciones y una dirección á su política; y esta luz que irradia en ambos mundos, es el grande ejemplo del pueblo anglo-americano. Los hombres pensadores de la Europa han vuelto sus ojos para admirarla y tratar de explicar el misterio de sus prodigios; mientras que los pueblos sud-americanos la saludan desde la obscuridad que los envuelve, como un salvador y como una guía. Ella se ha aparecido, como un designio providencial, para ayudarlos á sobreponerse á este espectáculo anheloso que hoy ofrecen, debatiéndose bajo todo género de incertidumbres, ávidos de romper con el pasado, pero fluctuando, ya tímida, ya osadamente, de uno á otro ensayo, sin encontrar ni su personalidad política, ni la verdadera ruta de sus progresos industriales.

Las combinaciones europeas sobre el poder político, las teorías de sus escritores han producido en la América los mismos desengaños que en la Europa, con más las descomposiciones internas que sobrevienen en cada contraste á los pueblos nacientes, por la debilidad y la dispersión de los elementos que los constituyen. Cuéntase que Sieyès, llamado el legislador de Francia, contemplando la vanidad de su propia obra, como la de todos sus contemporáneos, dejaba caer en un momento de amargura esta frase que define admirablemente su época y su país: «Nuestras palabras son más sabias que nuestras ideas. Nada hemos hecho». Sentencia triste, pero que

debía quedar como el epitafio de tantas teorías de falso resplandor y de tantas soluciones abortadas, en el intento nunca conseguido de fundar la libertad.

Pero aún suponiendo la eficacia de las doctrinas europeas, que los resultados no han comprobado, ellas no podrían darnos sino el conocimiento de las instituciones políticas. La democracia, entretanto, más que una institución política, es una organización social; y ella requiere para encarnarse en los hechos, para desenvolverse y vivir, condiciones esenciales que abarcan bajo todas sus facetas la vida de los pueblos. ¿Qué importa, por ejemplo, declarar la soberanía popular, estableciendo el sufragio universal, si se le entrega á muchedumbres bárbaras, caídas en la ignorancia ó esclavas de la miseria?

La democracia, para vivir, necesita animar la existencia entera de los pueblos, constituyendo á su imagen y para su apoyo todos los elementos sociales; y las naciones de la Europa no pueden en su presente ni en su pasado presentarnos en esta vía ejemplos dignos de imitación. La Europa no adolece de nuestros males, y nosotros no tenemos los de ella. Es necesario, por lo tanto, abjurando el culto de los viejos ídolos, poner la mirada sobre otros pueblos, sobre otros ejemplos, sobre otros horizontes. Es necesario buscar la democracia y el estudio de las condiciones que la sostienen, allí donde no es solamente una frase escrita, una institución bosquejada, sino donde vivifica con su aliento un pueblo todo, donde se ha hecho carne y sangre el dogma político, y la ley viva que preside á las relaciones de los hombres.

Llamados de este modo á estudiar tanto las instituciones como la vida del pueblo norte-americano, nuestra política económica, siguiendo la nueva dirección, será la que primero encuentre su vía definitiva. El punto de partida y el fin buscado aquí, realizado allá, son unos mismos. Fueron ellos pocos. Son hoy muchos. — Fueron pobres. Son ricos. — Sufrieron el mal del desierto; y han aprendido á sojuzgarlo. — ¿En qué otra parte podrían encontrar nuestras leyes económicas, modelos más seguros y mejor apropiados?

La legislación agraria debe sobre todo acudir dócil á esta fecunda escuela, la única que puede imprimirle un rumbo salvador. Imposible es decir cuáles serán las formas que en sus manifestaciones futuras asumirán nuestros fenómenos económicos, pero sabemos que el desierto es un mal y que necesitamos combatirlo. Sabemos también que el desierto sólo es vencido por la población y que para poblar es menester ocupar la tierra. ¿Cuál es el mejor sistema para impulsar la ocupación del suelo? Este es un problema práctico, del que las leyes anglo-americanas contienen la solución. Hagámoslas entonces nuestras, adoptándolas á lo menos en su espíritu y en sus tendencias, que lejos de contrariar las peculiaridades de nuestro modo de ser, son su consecuencia racional y necesaria.

Nó nos basta para realizar la democracia norte-americana el haber adoptado su constitución política.

La constitución no es más que una enseña, y después de proclamarla, réstanos todavía la laboriosa y secular tarea de formar las condiciones económicas, morales y sociales que la convertirán en un hecho vivo y duradero. De lo contrario, esta luz que hoy saludamos porque ha venido á levantar nuestras convicciones desfallecidas, mostrando el camino á los pueblos y á los hombres desorientados, en este caos informe de la política sud-americana, sólo habrá sido un fenómeno deslumbrador pero engañoso, como la aurora boreal que regocija al marino inexperto, extraviado por la tempestad en los mares del norte, porque piensa que le anuncia el nacimiento de un día que está distante y que él no verá amanecer.

SOBRE LA POESÍA

La más alta poesía no es á veces la expresión directa de nuestros sentimientos, sino una especie de ritmo ó de refrán que se les asocia.

La poesía obra entonces sobre nosotros casi como la música. Acompaña, *mece* el pensamiento.—No lo expresa.

Conozco que para la claridad es necesario un ejemplo. Lo busco en Enrique Heine y lo encuentro en este fragmento de uno de sus más bellos y tristes cantares (1) :

« El Runenstein se eleva en medio del mar, y yo me siento sobre una de sus rocas, entregado enteramente á mis sueños. El viento silba, las gaviotas gritan y las olas revientan en argentada espuma.

« He amado á más de una bella mujer.—He apretado la mano de más de un valiente camarada, y ¿dónde están?»

« El viento silva, las gaviotas gritan, las olas revientan en blanca espuma. »

MEMORIAS

¿ Por qué los franceses escriben tantas « Memorias » ?—Chateaubriand ha respondido á la pregunta, atribuyendo el hecho á las dotes de sociabilidad y á las propensiones comunicativas que los distinguen. Merece aún leerse este capítulo del *Genio del Cristianismo* (2), pero la respuesta puede ser todavía más profunda.

No es escritor de Memorias el que quiere. Para escribir Memorias, se necesita un sentimiento profundo de la propia personalidad.

Es necesario referir á sí mismo todo lo que pasa, hacerse en una palabra el centro universal. Las memorias sólo interesan bajo esta condición.— Es el yo intensamente sentido, lo que liga los relatos de las épocas diversas y da unidad al libro. De lo contrario las páginas se desprenden por sí mismas, se dispersan.

Habrà exageración, infatuación pueril, pero esto es la condición del género.

De volúmenes enteros de « Memorias » sale así á veces una sola línea para la historia.—Victor Hugo acaba de escribir un libro de Memorias en su última obra : *Historia de un crimen*. Se trata del

(1) *Verschiedene*, 15 : *Es ragt ins Meer der Runenstein...* (Nota de la Dirección.)

(2) Es el capítulo IV del libro III. — Sainte-Beuve cita y comenta el pasaje (*Causeries du Lundi*, II, artículo sobre Mazarin) y es muy posible que Avellaneda lo tomara en su autor favorito. (Nota de la Dirección.)

2 de Diciembre. ¡Qué creación tan grande y tan múltiple la suya! Está el gran poeta en todas partes, y hasta los pavimentos de París iban á levantarse bajo su acción, cuando sobrevino una serie de circunstancias desgraciadas que paralizaron el movimiento...

¿Qué hay de realidad en todo esto? Tenemos la historia escrita de estos acontecimientos y podemos poner bajo su confrontación las Memorias del poeta. La historia sólo menciona una vez á Victor Hugo y dice: « En aquellos días se publicó el llamamiento al pueblo de Victor Hugo, que produjo una extraordinaria sensación ».

¿Lo demás es entonces falso? ¿Las quinientas páginas de los volúmenes deben desaparecer? No, precisamente.—Decir *falso* sería demasiado; pero sí exagerado, abultado, engrandecido fuera de toda medida por el sentimiento inmenso de la propia personalidad.

BECQUER

Había oído hablar de este poeta español y acabo de leer el pequeño volumen de sus poesías. Tiene además otro volumen en prosa, que pocos alcanzarán á leer, por lo subalterno del pensamiento y porque no hay en su estilo una sola calidad superior.

Hablemos de Becquer como poeta. Le falta intensidad y extensión, pero tiene en verdad instinto poético. No es un poeta, no, sino un ensayo, un intento ó un preludio de poeta, como el germen de una planta no es una flor.

En Becquer había sin duda el dón de la poesía; pero no ha tenido desenvolvimiento por el trabajo. No basta llevar consigo la fuente de agua viva. — Es necesario que se convierta en fuente de agua surgente á fin de que sean visibles y útiles para los demás.

Becquer no posee sino una nota, y Aristóteles lo ha dicho: no se puede hacer música con una sola nota.

EL PADRE ESQUIÚ

He hablado con el Padre Rossi sobre la renuncia que el Padre Esquiú ha hecho del Obispado de Córdoba y de los términos en que ha redactado su renuncia.

Algunos han encontrado este escrito del Padre Esquiú afectado, transparentando una modestia falsa y con un estilo en que se hace visible la *compunción* y la violencia. El Padre habla efectivamente y á cada momento de su indignidad, de su falta de virtudes y confiesa no ser irreprensible, como deben ser los obispos según San Pablo.

El Padre Rossi me dijo : Esta apreciación es muy mundana y concebida bajo un criterio falso. Se olvida que la renuncia ha sido escrita en una celda por un monje místico y austero, y que reproduce, no por imitación artificial, sino por identidad de situaciones y de espíritu, el lenguaje de los Santos.

El Padre Esquiú es hijo de aquel simplísimo y santísimo Francisco de Asis, que hacía reír y llorar á sus *frailes*, cuando les decía : Soy el mayor de los pecadores, y mi alma no es sino un abismo de miserias.

La observación, sino exacta, es á lo menos digna de ser recogida.

El Padre Rossi conoce al Padre Esquiú y pone sobre toda comparación sus virtudes, su instrucción sólida y la suavidad afable y penetrante de su trato.

PENSAMIENTOS

Ó setiene una gran literatura como la francesa, inglesa ó alemana, ó es mejor no tener ninguna.

El caballero B... es un literato y no tiene dificultad en decir que está presente, cuando se le llama con esta denominación.

Ayer conversábamos algunos, y se hallaba el Sr. B... en el círculo. Hablábamos de los autores franceses, y el señor B... no conocía ni aún á los que pueden ser nombrados como clásicos entre los modernos. — No había leído, por ejemplo, los panfletos de Pablo Luis Courier; igual ignorancia sobre los escritores ingleses ó alemanes.

Esta falta de lecturas se traducía en la ausencia más completa de ciertas noticias. Así el señor B... no comprendía que la antigua *Sátira* ha sido reemplazada en las formas del pensamiento moderno por la *Crítica*, que no forma, las más veces, un género aparte de producción, sino que se asocia, por lo general, á los estudios históricos, científicos, sociales ó sociológicos para darles mayor relieve, perfeccionarlos ó completarlos.

¿Qué sabe el señor B... ?

El señor B... es un literato español y sabe la literatura española. Los españoles no tienen, por lo común, la curiosidad de las literaturas extrañas, porque estudian la propia.

Es mejor nuestra condición, me decía á mí mismo al hacer esta reflexión. Vivimos confesadamente del pensamiento ajeno. Nos asociamos al movimiento literario de todos los países, porque no tenemos por delante este embarazo de una literatura nacional envejecida y atrasada.



Se dice que lo propio del espíritu francés y de su literatura es *divulgar* y *vulgarizar*. Se habla del carácter cosmopolita de la literatura francesa y de la facultad de asimilación que la distingue.

Todo esto es cierto. — Pero sólo es cierto después de Voltaire.

Antes de Voltaire la literatura francesa era tan peculiar, revestía un carácter tan local, como la inglesa ó española. Voltaire puso en contacto intelectual la Inglaterra y la Francia — é hizo que ésta conociera á Pope, el clásico perfecto, y á Shakspeare el bárbaro.

Pero la facultad suprema de Voltaire consistía en su dón de *vulgarizador*. Éste se imprimió al idioma francés, á su literatura, y una aptitud de su espíritu quedó convertida en una calidad nacional.

No conozco otro ejemplo de una influencia semejante, ejercida por un hombre sobre el carácter de una nación, ó á lo menos sobre la tendencia de su literatura.

DOS COMPOSICIONES

Comparaba el otro día la composición de Espronceda, *El Sol*, con la del poeta cubano Heredia, que lleva el mismo nombre.

En Espronceda hay los detalles de una inspiración viva. En Heredia hay las manifestaciones de un sentimiento más profundo.

La composición del poeta español tiene pensamientos muy elevados, pero no es en su conjunto sino un fragmento retórico. Puede ser la obra de un brillante alumno que termina sus cursos de humanidades.

En la del poeta cubano no aparecen ni el retórico ni el alumno, pero se siente el hombre. El tono de la composición desmaya á veces, pero encierra mayor verdad que la del poeta español. No ha sido como la de éste, escrita en un gabinete de estudio, sino bajo los ardores de la zona tórrida.

Hay algo de simbólico en *El Sol* de Espronceda. Es para él « el padre de la luz ». — Para Heredia es el astro que quema.

En el movimiento más levantado de la composición, el poeta español parece decir: — « Quiero al sol por su luz ». El poeta cubano dice resueltamente: — « Lo quiero por su calor que enciende las pasiones y fecunda el universo ». — Espronceda dice admirablemente, dirigiéndose al sol:

Vívido lanzas de tu frente el día

 Y te elevas triunfante
 Corona de los orbes centellante...

Pero, cuánto sentimiento hay en este grito de Heredia :

Dadme, clamaba, dadme un sol de fuego,
Y bajo el agua, sombras y verdura,
Y me véreis feliz!...

Los dos poetas empiezan sus himnos entonando una nota altísima. Pero Heredia exclama: *Yo te amo, oh! sol!*—y Espronceda; *Párate, oh sol! yo te saludo....*

Este primer movimiento es lírico, brillante en ambos poetas, y, á pesar de su aparente identidad, es también característico para cada una de sus composiciones.

TRES POETAS ARGENTINOS

En los últimos cuarenta años, la República ha producido tres poetas notables. Es necesario apenas nombrarlos.—Estos poetas son: Echeverría, de 1835 á 1850; y Gutiérrez y Andrade que pertenecen á una generación posterior.

Echeverría.—Hay un verdadero contraste entre Echeverría y sus dos sucesores en el orden del genio poético y de la gloria que los versos producen.

Echeverría tiene un gran talento poético: anima, crea y posee la facultad inventiva de producir ideas en presencia de cualquier objeto.

Echeverría siente la naturaleza, no tanto en sus aspectos exteriores como en sus relaciones con el espíritu. De ahí la novedad de la *Cautiva* y de las poesías de esa época que se hallan impregnadas de su genio inspirador. Es la naturaleza argentina, no precisamente vista, sino sentida por vez primera y traducida en cuadros que van del interior al exterior.

Pero el talento de Echeverría es estético; no es oratorio. Su poesía es íntimamente bella, como un alma que se recoge á pensar.

Ha nacido bajo las alas silenciosas de aquel Angel que Klopstock coloca en los confines del cielo y de la tierra, abismado en meditaciones eternas, que los ruidos subidos de la tierra ni las armonías que bajan de las esferas alcanzan á turbar.

Echeverría tiene el sentimiento íntimo, la percepción poderosa, la idea variada y profunda, pero le faltan las dotes de la manifestación exterior. Su producción es angustiosa. Le cuesta arrancar la voz del pecho. Gobierna mal la palabra y sufre el embarazo del metro y de la rima.

La *Cautiva* está escrita en el octosilabo de callejuela, no por simplicidad, sino por esterilidad de expresión. Echeverría es por fin un pensador más que un poeta; pero es el americano que haya dejado tras sí una obra poética más extensa, á pesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su producción, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de *bronce* que le tocaron en suerte.

Andrade. — En Andrade sobran las imágenes, faltan las ideas. Es un poeta externo. No es un poeta interno, y mucho menos un poeta íntimo. Es un pincel, el más rico tal vez en colorido, que haya producido la América: no es un alma... Me equivoco: es á veces un alma, pero no para sentirse y oírse pensar en sí misma, sino para transparentar en frases inimitables los estados del espíritu que los objetos exteriores suscitan. Nada es casual en la producción poética, cuando es espontánea y obedece solamente al capricho ó á la inspiración. — Andrade no ha escrito *versos de amor*.

Gutiérrez. — Gutiérrez no se halla dotado igualmente de un talento poético extenso, en tanto se entiende éste como la facultad de penetrar el sentido de las cosas más diversas y de arrancarles ideas nuevas. La poesía de Gutiérrez no tiene sino una nota íntima, profunda, dolorosa; su verso es un gemido! Y qué gemido! Sólo en los labios de Byron hemos escuchado otros iguales. Pero su poesía no piensa, no inventa, no crea. Es siempre la misma, aunque no

fatigue en ocasiones á pesar de su repetición, por su intensidad profunda. Todos sus cantos son un canto. Su verso está admirablemente modulado para dar expresión á un grito de dolor.

Ricardo Gutiérrez tiene su antecesor en la poesía, y es Tomas Gray, el autor del *Cementerio de Campaña*, composición única, eterna, y que pertenece hoy á todas las literaturas. Ciertos individuos llevan consigo un caudal poético, intenso y profundo, pero estrecho, y cuando se le ha abierto paso en un canto, la nota vibra inmortal en el mundo. Pero el poeta ha pasado, y sólo le queda la triste tarea de sobrevivirse á sí mismo.

Ricardo Gutiérrez ha abordado hoy el tema filosófico, cristiano ó humanitario, para dar variedad á su canto. ¡Qué riqueza de rimas, qué esterilidad de ideas! Aquel verso sonoro y doliente ¡cómo se presta mal á recibir las inspiraciones del lugar común ó de la filosofía convencional!!!

NICOLÁS AVELLANEDA.

LENGUAS AMERICANAS

EL TUPY EGIPCIACO

I

El Tupy, clasificado por algunos filólogos como lengua aparte, y que además de otros nombres (Tamoyo, Tupinamba, etc.), se llama por antonomasia en el Brasil *A lingua geral*, por ser la generalmente hablada por sus indígenas; es el mismo idioma guaraní, cuyo imperio verbal, con sus varios dialectos, se extiende desde el 23° de latitud norte hasta el 37° de latitud sud, en toda la parte oriental de la América meridional, á lo largo de su litoral marítimo y de sus grandes ríos; y que al tiempo del descubrimiento se hablaba no sólo en el Brasil, sino también en parte de las Guayanas, en el Paraguay, las antiguas Misiones jesuíticas del Paraná y del Uruguay, en Corrientes y también en el Chaco, llegando en sus migraciones hasta el piede los Andes bolivianos. Su marcha parece haber seguido el camino de norte á sur, asignándosele por cuna, ya las islas de las Antillas, ya la Florida, ó el Orinoco en sus nacientes ó sus desembocaduras en el mar, circunscribiéndolo algunos entre el Amazonas y el Paraná, y dándole otros por centro primitivo el Brasil mismo, en lo que quizás no van del todo descaminados.

El Guaraní, que lleva impreso en sí el sello auténtico de una lengua autóctona, escrita en la geografía del vasto territorio que abraza, poblado por más de cuatrocientas tribus salvajes de un común origen, sin relaciones políticas ni sociales entre sí, y sin más vínculo que el de la lengua misma, es un fenómeno que constituye por su extensión y unidad, por la estructura de sus palabras y por sus formas gramaticales, combinadas con su vocabulario analítico, el tipo más característico de las lenguas polisintéticas de la gran familia americana á que pertenece. Á esto había debido el escapar, por excepción, á las lucubraciones sistemáticas de la escuela filológica, que ha pretendido asignar á los americanos y á sus lenguas y dialectos indígenas, orígenes remotos y extraños á su naturaleza intrínseca.

Todas las cuestiones hipotéticas que se relacionan con el origen de los americanos, han sido tratadas sistemáticamente bajo diversos puntos de vista, unas veces sobre bases científicas ó de hecho; otras, obedeciendo á ideas preconcebidas, con más ó menos fundamento, ó bien á verdaderas manías, y no pocas, con pruebas tan inconsistentes como extravagantes. La única cuestión que no ha sido tratada, es la sentada espiritualmente por Voltaire : « ¿ De dónde provienen las moscas que se encontraron en el Nuevo Mundo? » Si en América, como en cualquier otra parte del globo, pudieran nacer moscas como las ya conocidas en el antiguo continente, ¿ por qué no también hombres? Y siendo éstos distintos de todas las razas conocidas ¿ por qué no pudieron encontrar los medios apropiados para entenderse verbalmente entre sí? Y si se tiene en cuenta que las lenguas americanas, por su vocabulario, y principalmente por su sistema gramatical, así como por su estructura, son orgánicamente distintas de las conocidas, ¿ por qué no admitir que pudieran tener el mismo origen de las moscas?

Respecto de las lenguas americanas, se ha buscado su origen en el Indostan, el Japón, la China, la Escitia, la Siberia, Noruega, Irlanda y Escocia, Grecia y Roma, haciéndolas derivar así del

ariaco como del hebreo, y hasta de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, viniendo en línea recta de Noé...

Algunos habían creído encontrar similitud entre la escultura prehistórica de los americanos y la de los egipcios, y analogías aisladas en sus vocabularios respectivos; pero ninguno ha sostenido la tesis de que los americanos fuesen descendientes directos de los egipcios. Demostrar esto por medio de la filología, tal es el objeto de un libro muerto al nacer, que no ha tenido los honores fúnebres de la crítica. Hay que esparcir un puñado de polvo sobre él, para que no vague como sombra errante en el panteón de la lingüística americana, á la manera de los muertos insepultos de la mitología, pues no falta quien todavía lo crea substancial.

II

El libro en cuestión, obra de uno de los más notables historiadores nacionales del Brasil, lleva el título siguiente:

L'origine Touranienne des Américains Tupis-Caribes et des anciens Egyptiens, montrée principalement par la philologie comparée: et notice d'une émigration en Amérique effectuée à travers l'Atlantique plusieurs siècles avant notre ère. — Vienne d'Autriche, 1876.

Es un volumen en 8°. con XVII más 154 páginas, y 2 fojas sin foliar al fin. La portada no lleva el nombre del autor, pero se declara en el prefacio, firmado por el *Baron de Porto Seguro*, título de nobleza que le fué dado en premio de sus trabajos históricos sobre el Brasil, siendo más generalmente conocido con el nombre de Adolfo Varnhagen.

Según su autor, después de buscar el origen del idioma Tupy, ó sea el Guaraní, en el griego y el latín, en el hebreo y el fenicio, en el siríaco y el arameo, y finalmente en el árabe, sin encontrarlo en ninguna de esas lenguas, lo buscó en el asyrio, ó babilónico an-

tiguo; y remontando más allá, en el accadio, en el zendá, el iránico arménico, el ariaco ó sanscrito; hasta que últimamente lo halló en una lengua de la antigua familia egipcia, hablada por una raza turaniana, guiándose á la vez en sus investigaciones por las luces que le suministraron, el basco, el húngaro, el turco y los dialectos fineses.

Esta investigación políglota, emprendida á tientas con un propósito preconcebido, debía conducir naturalmente al autor á la confusión de las lenguas que sucesivamente comparaba, hasta llegar á formarse una convicción convencional, según un sistema de analogías y etimologías arbitrarias, sin base histórica ni científica. — « Los resultados, — dice él mismo, — me parecen, empero, tan extraordinarios, que yo mismo estoy espantado y experimento casi vértigo. » Bajo la influencia de esta especie de delirio, como el del titán del Dante que hablaba una lengua que él mismo ni nadie entendía, se apresuró á comunicar al mundo científico su gran descubrimiento, « dando el grito de alerta », — según sus propias palabras, — « á los americanistas y á los orientalistas ».

Su punto de partida etnológico es que la raza guaranítica, — que él encierra de norte á sud en el territorio americano, desde el Amazonas hasta el Río de la Plata — era, según la casi identidad de su lengua, perteneciente á la raza caribe, que se había extendido en un tiempo inmemorial, desde las Antillas hasta Honduras y la Florida y aun hasta el golfo Californiano, y al norte del imperio de Anahuac.

Su argumento fundamental al respecto es que los Guaranis se denominaban á sí mismos *Carys* ó *Cari-os* (descendientes de los *Carys*) de donde vendría la palabra *Carioca*, aplicada á los que habitaban el Brasil central, y que daban al hombre europeo el nombre de *Caray*, recordando tal vez su antiguo origen.

Sobre estas bases, sin base sólida, se establece la comparación filológica, que se reduce á vocablos ó sonidos más ó menos análogos, y á inducciones y deducciones más ó menos arbitrarias, traídas al

acaso y sin método, y que carecen en absoluto de la única prueba que podría darles algún valor relativo, que es su encadenamiento histórico y geográfico, punto en que han escollado los teorizadores sistemáticos de esta escuela de analogías y etimologías aisladas y dudosas de los vocabularios comparados, haciendo caso omiso del sistema gramatical.

Sus demostraciones lexicológicas en el sentido de su tesis, no resisten al examen más elemental. Examinaremos, como ejemplos, las principales en el orden en que están expuestas.

Empezando por la astronomía, observa que los egipcios designaban el sol, la luna y las estrellas, con las palabras, *rha, ioth y siu*, y establece en consecuencia: « De un origen semejante, han venido á lo que nos parece, las palabras Tupys: *ara* (día); *ara-cy* (sol) ó sea « la madre del día »; así como *ia-cy*, la madre de los frutos. Esta última palabra recuerda bastante el de *Isis*, aplicada también á la luna, considerada como madre de los frutos. En cuanto á las estrellas, los Tupys las nombraban *fuegos de la luna (ia-cy-tâtà)*, y aunque estemos lejos de pensar que la sílaba (*cy*) venga de la palabra egipcia *siu*, es necesario no perder de vista, que los mismos egipcios daban á la estrella de Siro el nombre de *Isis Thoth* ».

Llama la atención en esta inconexa y vacilante demostración, en puntos tan fundamentales, el olvido de las raíces que dan la clave de la composición elemental de las palabras, y la falta de estudio de las partículas que en el guaraní las contienen, y que constituyen todo el artificio de su lengua, más acentuadamente que en ninguna otra de la familia polisintética americana.

Como se dijo antes, los Tupys y Guaranís hablan casi idéntica lengua, con ligeras diferencias de pronunciación, como se ve, por ejemplo, en su nomenclatura astronómica.

	Sol	Luna	Estrellas
En Tupy.....	<i>Coaraci</i>	<i>Iaci</i>	<i>Iacitãtã</i>
En Guaraní.....	<i>Quaraci</i>	<i>Jaci</i>	<i>Jacitãtã</i>

Esta nomenclatura tiene por núcleo, como se nota á primera vista,

dos raíces principales: *ara* y *cia*, que han pasado desapercibidas para el teorizador egipciaco, imbuido en los misterios de Isis. La palabra sol (*quaraci*), que es la más complicada, en que interviene otra raíz (*quá*), y de que provienen las demás, representa en el guaraní una asociación de ideas ó evocación de cosas, que en su conjunto significan el objeto que se quiere expresar. Así *quarasi*, descompuesto en sus partículas radicales, se reduce á tres elementos. *Qua* es en general, hoyo, agujero, pozo, etc., *verenda muliebra*, y, agregándole la partícula significativa (*i* = agua) es pozo de agua ó manantial. *Ara*, es raíz que representa la noción de tiempo en todas sus variedades y acepciones, sea como transcurso de tiempo pasado ó futuro, sea en sus relaciones con la climatología, significando especialmente *día*, y por extensión, hora, edad, vez, luz ó luz del día ó sea claridad, y hasta mundo, según los guaranistas. *Ci* es madre natural y razón de la cosa de que se habla. De manera que, sincopando la primera (*a*), *qu(a)-ara-ci*, quiere decir metafóricamente, tal como los salvajes comprendían la síntesis del sol: « pozo (de agua que mana), día (ó luz del día), y madre (de que proviene la luz del día), ó sea, « manantial del día, ó de la luz del día ». En cuanto á la palabra luna (*i-a-ci*), la filiación es más obscura, pero puede explicarse por analogía. La partícula (*i*) en principio de dicción, es relativo de bueno ó de bondad. *A*, es lo mismo que *ara*, que representado por su letra inicial, significa día, tiempo y claridad. De manera que es la misma palabra anterior sincopada, en que prevalece la raíz (*ci*), indicando una luz menor y buena. También significa mes. Á su vez, las estrellas provienen etimológicamente de la luna, como la luna del sol. Así, pues, (*i-a (ra)-ci*), unido á *tatá*, que es fuego en todos sus accidentes, ó sea, *yacitátá*, significa, « fuegos ó chispas de la luna », es decir, las estrellas.

Como complemento de esta parte, pondremos la serie de palabras que expresan los fenómenos meteorológicos expresados de una manera figurada, combinándose las raíces significativas con los sonidos onomatopéyicos:

Amá, es en general, círculo y cerco, y todo lo que es redondo. Así, el círculo del sol se llama *cuaraci-amá*. En particular, quiere decir «nube de aguas», porque es redondeada. Á la idea de lluvia, se asociaban los demás fenómenos meteorológicos.

Amá-berá, compuesto de nube de lluvia, y *berá*, brillo (resplandor), es el relámpago.

Amá-zunú, es el trueno, compuesto de la nube de aguas, y *zunú* sonido onomatopéyico que indica ruido.

Tatí-bebé, se compone de fuego y vuelo, fuego que vuela, ó sea exhalación celeste.

Ibi-tu, viento, se compone de (*ibi*) tierra, y (*tu*) golpe, en el sentido de aporrear.

¿Qué tiene que ver todo esto, que se explica naturalmente por la asociación metafórica de ideas pintorescas del salvaje, producto de impresiones primitivas, y de la estructura especial de las lenguas polisintéticas de la América, con la Isis de la mitología egipcia, y con las raíces *rah*, *ioh* y *siu*, que corresponden á otras concepciones intelectuales, á otras creencias, y á otras formas gramaticales, cuyos vocabularios difieren hasta en su etimología?

Bajando del cielo á la tierra, ó sea al habitáculo, el autor dice que los Tupys designaban sus aldeas bajo el nombre de *Taba*, y recuerda, con tal motivo, que éste era precisamente el nombre que, letra más ó menos, los egipcios daban á la ciudad de Tebas, capital del segundo imperio en la supuesta época de la emigración Caryana. Algo más ingenioso, y aparentemente más ajustado á la verosimilitud histórica, habría sido decir que los egipcios designaban á Tebas con el nombre de *Tape*, palabra que se encuentra en el guaraní en otra forma distinta por su acentuación, ó sea *Tapé*, que significa lugar donde estuvo un pueblo, y pueblo arruinado: de manera que con alguna propiedad podría sostenerse que *tapé*, en guaraní, significa las ruinas de Tebas! Pero ni aún en esto acierta el autor. *Taba*, es un compuesto de dos palabras: (*ta*) aldea ó pueblo, y (*ba*) contracción de (*bae*) que suple á (el) (los) (cuyo) cuando precede al

sustantivo, de manera que no significa en concreto otra cosa que «el pueblo, ó la aldea». Así: *che-ta-ba*, quiere decir: «el mi pueblo».

En historia natural, ó botánica, no anda el autor más acertado.—*Ibirá*, es el único abstracto, ó más bien dicho, el único nombre genérico que parecería poseer el guaraní, á estar á la interpretación no muy segura de los primitivos filólogos europeos (los Jesuitas), que lo redujeron á gramática y diccionario, y que según ellos significaría árbol, palo, madera, garrote, etc., etc. Según Varnhagen, el nombre de los árboles más notables de la región guaranítica, terminaría con la sílaba *ba* (forma que no trae ningún guaranista). Así, para él, *ambat-bá* (especie de higuera); *copáu-ba*; *jato-ba*; *cui-ci-bá* (otros vegetales cuya naturaleza y sonidos terminales son distintos), sería lo mismo que *bbáa* (árbol) en egipcio, según su lenguaje geroglífico, y *ba* en copto. Lo composición originaria de los vocablos excluye esta interpretación arbitraria, que toma una sílaba inerte ó servil, por el todo de la cosa misma. Aquí se desconoce hasta la estructura y el encadenamiento lógico de las palabras del idioma que se estudia. *Ibi*, es tierra ó suelo: (*a*) en composición, es cabeza, fruta, grano de fruta; y así, (*ibi-a*) significa fruta de tierra. Es curioso seguir esta palabra en su desarrollo sucesivo, en que la planta brota de la tierra, se une con la idea de fructificar, se convierte luego en palo ó garrote, después en palo de fruta,—naciendo aquí el sustantivo árbol.—y se distingue, por medio de la partícula, la raíz atributiva de la raíz demostrativa.

Ibi, tierra, suelo (radical irreductible, que complementa, modifica ó se combina con la partícula significativa).

A, en composición, cabeza de fruta, grano de fruta, cosa corpórea nacida en tierra, y en absoluto, nacida.

Ibi-á, compuesto de *ibi* (tierra) y de (*a*), es cosa nacida ó fruto de tierra.

Ib-á, es fruta en general, sincopada la raíz (*ibi*).

Ibi-r(a)-á. Palo ó garrote, que por extensión puede ser madera en general, compuesto de *ibi* (tierra), de la partícula *ra* sincopada,

que significa espiga ó indica semejanza, y que en este caso hace también oficio eufónico.

Ibi-rá. Árbol, en que por el mismo proceder el palo se convierte en otro sustantivo con otros atributos.

Ibi-rá-a. Fruta de árbol, en que se combinan las dos raíces significativas (*ibi* y *a*), y la partícula (*ra*) en su integridad, significando fruta de árbol, ó árbol con fruta, ó sea fructífero, que se descompone de este modo: « palo, fruto de la tierra, que da fruta, ó tiene fruta ».

Aquí se sorprende en su cuna el gérmen de la palabra, según la concepción primitiva del salvaje, en que por asociación de ideas, las palabras brotan de un tronco, y se suceden como las ramas del árbol en su progresión. Esto se comprueba, por la concepción de la noción contraria en la mente guaraní, que se expresa negativamente de este modo: *ibirá-ay-mbae*, que es árbol infructífero y sin fruta, y el nombre colectivo, *ibirá-ay-mbae-tibá*, que es arboleda infructífera. En estas composiciones, la partícula (*ay*) indica desmedro; *mbae*, es cosa, en absoluto ó relativamente; y *t-ibá*, designa la idea de fruta en ambos casos como raíz demostrativa.

Se ve, pues, que aún tomando la sílaba *ba* (que es alternativa ó sucesivamente *iba* y *bae*) como parte integrante del vocablo en sus varias acepciones, no expresa ni puede expresar una idea parcial ó general de la cosa, y menos como lo pretende Varnhagen, como elemento filológico comparativo. Además, según queda explicado, la sílaba *ba*, que no se encuentra en esta forma en el guaraní, es, ó puede ser también la partícula *bae* (eliminada la *e*), que precede como artículo á los sustantivos, modificando en ciertos casos los verbos, ó bien expresa la noción de la pluralidad, como lo reconoce el mismo Varnhagen en su Ensayo sobre la misma lengua (Cap. VII), donde dice que la abundancia se designa por la repetición de la palabra *tuba*; de manera que, según su propia teoría, bien podría ser *ibirá-ba*, lo mismo que abundancia de árboles, sincopada la sílaba *tu*, lo que es muy frecuente en el idioma de que se trata.

En zoología, los ejemplos son más peregrinos. — *Perro*, en egipciaco, es *uhor*, según Champollion, y Varnhagen supone, porque así le parece, que en guaraní es *iaguar*. Los guaranistas que hacen autoridad, como Montoya, Restivo y Azara, escriben *yáguar*, siendo ésta la misma diferencia de pronunciación entre tupys y guaraní, que se nota en (*iaci*) y (*yaci*) en la palabra *luna*. Admitiendo con las dos ortografías, la remota analogía de sonidos elementales, hay que advertir que en guaraní, se distinguen varios animales con la designación de *jaguar* (ó *yáhuar*, ó *iaguar*), agregando el calificativo que los distingue, y así se llama al leopardo *yáguá-pitá* (*pitá*, es colorado), y al tigre ó pantera americana, *yaguar-eté* (*eté*, es verdadero) para distinguirlos del perro, al que llamaron por analogía *yagudá*, que es una palabra en que el *guá* indica un sonido onomatopéyico, imitando el ladrido del perro, siendo sabido que los Guaranís, así del Brasil como del Paraguay, no conocían este animal antes de la llegada de los europeos. Así, la prueba falla no sólo en sus dos puntos de apoyo, — la filología comparada y la historia natural, — sino también en el hecho mismo, pues no teniendo los Guaranís perros, su idioma no podía tener la palabra que lo designase antes.

Un último ejemplo en el orden de las palabras abstractas, que han tenido en su origen una significación material. El autor dice: «*Alma*, en tupy, es *ang*, y en egipcio es *ánx*». No dice más al respecto para demostrar la conexión. Esta palabra merecía, empero, llamar la atención de un filólogo, por la rara coincidencia de que la raíz sanscrita *an* (que se encuentra modificada en el guaraní), haya dado origen á las palabras alma y espíritu, que se derivan como lo observa Müller, citando á Cicerón, de *spiritus*, que viene del verbo *spirare*, que significa respirar, y *animus* (alma, espíritu), que tienen un origen semejante, y proviene de *anima* «soplo de aire». En guaraní, la palabra *ang* obedecería, al parecer, á la misma concepción, pero en el orden material puramente. Los Jesuitas, imbuidos de ideas metafísicas y teológicas, le dieron un alcance espiritual, adap-

tándola á la doctrina, para designar con ella la conciencia, el espíritu puro, y, en general, el alma inmaterial ó inmortal según la creencia cristiana. En guaraní, la raíz *ang* (que también tiene un sentido adverbial y pronominal), parece envolver la idea de aliento, fuerza, espíritu, en su acepción material; y así dicen: 1° *Che-anga* (mi aliento); 2° *Náche-anga* (no mi aliento), que los Jesuitas traducen á su manera: «no tengo alma», ó «soy desalmado», y la aplican igualmente á la conciencia en su sentido moral y espiritual. Así dicen también: *Ang-piatá*, siendo *piatá*, fuerte ó recio, lo que equivale á mucha fuerza, y los intérpretes Jesuitas arreglan así: «tengo fuerzas contra el demonio».

Como corolario de nuestra versión, pueden señalarse algunas palabras que traen los mismos diccionarios de los Jesuitas. *An-ho*, compuesto de *ang* y *ho* (ir), es suspiro, que ellos traducen por ida del alma incorpórea. *Ang-uera* (que los Tupys pronuncian *angöera*), compuesto de *ang* y *cüera*, pretérito, es el alma fuera del cuerpo, ó sea aliento ó fuerza que se fué fuera del cuerpo, lo que da idea de un muerto, que los mismos Jesuitas pretenden signifique fantasma. *An-gog*, compuesto de *ang* y *og*, partícula de composición que expresa la acción de quitar, arrancar, borrar, sacar, dejar, y en algunos casos, tapar, que ellos traducen «sin alma», es aliento vital tapado en el sepulcro. Á este respecto trae el P. Ruiz de Montoya, en su «Conquista Espiritual del Paraguay», un pasaje ilustrativo: «Tiénelos (á los indios) el demonio engañados, persuadiéndolos que el morir no es cosa natural, y común á todos, sino que la muerte es acaso. Juzgaban que el cuerpo ya muerto acompaña el alma en su sepultura, aunque separada; y así, muchos enterraban los muertos en unas grandes tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando á los cristianos enterrábamos en la tierra, acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían, que en él saca-

ban el alma del difunto, para que no padeciese enterrada con su cuerpo ».

En este cúmulo de adaptaciones y de interpretaciones, es difícil seguir la raíz en su desarrollo sucesivo, según la asociación de ideas del hombre primitivo en su lenguaje y con su concepción propia. Parece, sin embargo, según las frases y palabras compuestas que traen los diccionarios guaraní, que éstos asociaban en algunos casos á la noción general de *ang* la idea de cierto estado del ánimo, en la acepción de inquietud, tristeza, recelo, peligro, daño, y también anhelo, ó afecto, por un proceder mental que escapa á nuestro análisis. Así se ve que *ang-ho*, que, como queda explicado, es suspiro, agregándole *torí*, que es alegría, significa solazarse, que los Jesuitas traducen á su modo por consuelo espiritual. *Ang-ecó*, compuesto de *ang* y *tecó*, que en esta forma es costumbre ó constancia, y duplicado (*tecó-tecó*) inquietud física, expresaba inquietud de ánimo. Por el contrario, *anga-pici*, compuesto de *ang* en el sentido recto de aliento, y *piú*, que es apretar, coger, tomar, bañar, es sosiego del cuerpo y del ánimo. *Ang-erú*, compuesto de *ang* y *ru*, traer, es desear, ó sea traer el aliento de otra persona, en el sentido de suspirar de amor. *Anga-bei*, en que *bei* es compuesto de la partícula *be* (más) y de (*y*) porfiar pidiendo, que los filólogos guaraníes traducen por cuidado ó duda, sería suspirar pidiendo con instancia otro aliento. El guaraní es muy expresivo por sus imágenes de sensualismo. Hay además una palabra en el *Tesoro Guaraní*, del P. Ruiz de Montoya, que fué su codificador, en que el radical *ang* se asocia á la acción ó idea de comer. *Ang-u*, compuesto de *ang* (alma, según él) y de (*u*) comer, lo traduce de este modo: «comer ó comerse el alma», en la acepción de cuidado moral, asociándola, como en *ang-ecó*, á la idea de inquietud del ánimo, deduciéndose, de los mismos ejemplos que trae, que envuelve la idea de recelo de un daño ó de un enemigo que se quisiera comer ó devorar.

Pero cualesquiera que sean las coincidencias aisladas que puedan señalarse, por otra parte, meramente aproximativas y casuales, no

es posible traerlas á un sistema lógico, ni encontrarles conexión histórica. La noción del alma de los Egipcios, que ellos creían inmortal y dupla, con sus resurrecciones, transformaciones y transmigraciones, nada absolutamente tiene que ver con las creencias groseras de los Guaranís, que no profesaban más religión que la del miedo de un ente maligno, que ni siquiera tenían la noción de la muerte natural, como lo atestigua el P. Ruíz de Montoya, y que, si en algo creían, era en la perpetuidad del cuerpo con todos sus sentidos, que así en la vida como en la muerte se asociaba en su mente á la idea de la fuerza, del aliento, del sér físico, idea que envolvía en suma la raíz *ang*.

Bastan estos ejemplos para demostrar la inconsistencia filológica de la teoría Tupí-egipciaca de Varnhagen.

III

El relato que de la emigración hipotética de los antiguos Caryos hace el autor, es una odisea transatlántica, que para mayor similitud habría tenido lugar después de la caída de Ilión.

La conclusión histórica que en definitiva se deduce de las pruebas filológicas examinadas es que, antes del siglo VIII, acaso allá por el siglo VI después de la ruina de Troya, y á consecuencia de este acontecimiento homérico, se efectuó una gran emigración de *Coryanos*, habitantes del antiguo Egipto, pueblo navegante del Mediterráneo, aliado de los Fenicios, y en consecuencia con los Griegos y Egipcios.

Después de la analogía del nombre, la otra prueba inductiva ó deductiva que se aduce, es que los Coryanos usaban embarcaciones de remeros (*pente-koutoros*) parecidas á las canoas de los Guaranís, y que él encuentra muy semejantes á los actuales *caiks* turcos. — La semejanza no pasa de tener ambas embarcaciones dos

proas. — Los navegantes guaraníes no conocían el remo, sino la pala de vogar, por medio de la cual impulsaban y gobernaban su canoa, pues ésta no tenía timón. Sin fijarse en ésto, él supone que la flota así equipada y tripulada por remeros, se lanzó al mar desconocido, al *mare magnum* de los antiguos, huyendo de las persecuciones, que también se suponen después de la destrucción de Troya; que salvó las columnas de Hércules y atravesó el océano de oriente á poniente como Colón, hasta llegar á las Antillas, por donde penetró al nuevo continente, esparciéndose la inmigración por el occidente y el norte en són de conquista; pero evitando chocar con las civilizaciones de Méjico y del Perú, para tomar el camino del Orinoco y del Amazonas al sud; y que, por último, afirmaron su dominio al propagar su lengua hasta los ríos superiores del Plata.

Este itinerario fantástico se funda únicamente en la palabra del autor, que no aduce ninguna prueba, siquiera sea deductiva, para afirmarla. Si por acaso se anticipa á responder á algunas objeciones fundamentales, las resuelve muy cómodamente. Así, observa que si los Coryanos no trajeron en sus canoas, vacas, carneros ni cerdos, fué porque no tenían tendencias pastoriles. Que si no llevaron consigo el fierro, el acero, el bronce, conocidos en el antiguo continente en la época de la supuesta emigración, no hay que admirarse de ello: 1° porque si trajeron algunos instrumentos de hierro ó de acero, estos metales deben haber desaparecido, consumidos por el clima de los trópicos, y por la frecuencia de afilarlos durante varios siglos; 2° porque si bien el bronce no se ha encontrado entre los Caribes antillanos ni entre los Tupys, se ha encontrado el *guaríem*, ó sea el oro machacado entre dos piedras duras, que para él es equivalente, —el cual, sin embargo, tampoco conocieron los Tupys ni los Guaraníes. Del uso de la piedra pulida, deduce, por razón contraria, la antigüedad de la emigración cariyana-guaraníca ó Tupy.

Todo esto se exhibe con gran lujo de los geroglíficos, y de los caracteres de su alfabeto ideográfico, así como del silábico de los

Coptos y Turcos, que da al libro una fisonomía pintoresca de apariencia científica, lo que es una prueba negativa de lo contrario que en él se sostiene, pues el alfabeto guaraní es absolutamente distinto, no sólo del egipcio y del copto, sino también de todos los conocidos en América, no habiendo sido jamás representados sus vocablos, como los de los Yucatecos ó Mejicanos por signos, ni jeroglíficos ni ideográficos.

Podría creerse, después de lo expuesto, que el autor, ó no conocía el idioma guaraní, ó que al menos no había estudiado como filólogo su gramática y su vocabulario. El penúltimo capítulo de su libro (que es el VII) lo salva hasta cierto punto de este cargo, pues es sin duda el mejor, como exposición metódica. Empero, este mismo trabajo es objetable en su parte teórica. Dice, por ejemplo, que el Tupy no debe considerarse como lengua polisintética, es decir, lengua compuesta de elipsis y síncope, en que las raíces ó partículas monosilábicas por medio de sufijos y posposiciones forman nuevos nombres. — Esto es precisamente lo que caracteriza al guaraní como lengua aparte. — El autor, al admitir que no carece de monosílabos componentes, reconoce que es aglutinante, lo que es contradictorio. Así, al tratar de las partículas significativas ó inertes que constituyen todo el mecanismo del guaraní como lengua polisintética, y establecer que ellas no tienen valor aisladamente, sino incorporadas á otras que representan un gran papel en la formación de las palabras, afirma lo mismo que niega, pues es precisamente este artificio gramatical lo que hace del guaraní la lengua polisintética por excelencia de todas las encontradas en América, como la más adecuada para crear analíticamente nuevas palabras, aunque no posea ninguna abstracta.

IV

Resumiendo nuestro juicio en términos generales, diremos que este es un libro curioso, que sólo puede leerse por obligación, como un título más para agregar á la bibliografía de la lingüística americana, y que no ha traído á ella ningún contingente útil.

El autor de este libro fué un fatigable investigador de documentos originales sobre la historia del descubrimiento de América, que algo nuevo ha aportado á su historia y á su geografía, un historiador concienzudo en cuanto á los hechos en sí, pero difuso y falso en sus apreciaciones; era hasta cierto punto un enciclopedista histórico-geográfico-etnológico con bastante preparación, pero que ha mostrado en todas sus obras poco criterio y un espíritu sistemático sin equilibrio. Tal es el carácter de su estudio sobre el Tupy-egipciaco.

BARTOLONÉ MITRE.

ARTÉMIS

Salve, oh muy bella! La más hermosa de las vírgenes del Olimpo, Artémis soberana : te doy esta corona tejida en intacta pradera, nunca tocada por la hoz, donde nunca ha pacido un rebaño, que sólo visita la abeja primaveral y el Pudor fecunda con su rocío.

(EURIPIDES, *Hippólito*.)

Era uno de los bellos días de la Grecia. Un cielo luminoso y sin nubes desplegaba sus velos de oro sobre el valle de Olimpia. Por el oriente, los montes de la Arcadia se alejaban como las olas de un mar iluminado : mientras que el vecino Cronio interponía por el norte su falda encantadora cubierta de laureles florecidos, y las montañas de Trifilia cerraban el sur con sus caídas estériles y sus laderas pedregosas y lucientes que brillaban al sol.

En medio del valle, ceñida por sus altos muros y coronada de santuarios, de pórticos, de carros de triunfo y estatuas innumerables, la ciudad de Olimpia destacaba sobre el azul del cielo su blanco acrópolis sagrado; y el radiante mediodía iluminaba los mármoles y encendía fulgores de llama en la pintura dorada de los templos.

Fuera del estadio, donde en aquel momento se celebraban los juegos de la olimpiada nonagésima, todo estaba entonces silencioso

y desierto ; y apenas si algunos vendedores descansaban á la sombra cálida y adormecedora de los toldos, en las tiendas que cubrían la llanura, ó algún sacerdote cruzaba solitario las calles asoleadas del Altis.

Sin embargo, como arrastrado por el vuelo inseguro del viento, un alegre murmullo, que se apagaba y renacía por instantes, llegaba del otro lado del Alfeo. Era bullicio de las mujeres á quienes las leyes prohibían, bajo pena de ser precipitadas de lo alto de una roca, la entrada en el recinto de las fiestas, y que reunidas en la margen opuesta del ancho río, se consolaban con escuchar, á la distancia, el estruendo de las aclamaciones que llegaba hasta ellas como el bramido intermitente y lejano de un mar.

Así, á la sombra de los grandes árboles y sentadas, unas en toda especie de asientos y otras formando sobre la hierba animadas ruedas, ó adormecidas al rumor delicioso de las aguas, esperaban la terminación de los juegos: las hermanas, las esposas y las madres de los atletas que habían querido seguirlos hasta la misma Olimpia; las livianas hetairas en busca de un mercado de amor; y las simples curiosas arrastradas por la ola de la peregrinación y la grandiosidad incomparable de las fiestas.

Veíanse allí mujeres de todos los pueblos: Elias, Árcades, Mesenias, Megarenses, Sicilianas esbeltas, Jonias del Asia Menor y de la islas, las que habitaban la divina Atenas y Rodas y Creta la de golfos azules; las hijas ardientes de Lesbos y Abydos rica en palomas y las nacidas en las colonias del Mediterráneo y en las riberas brillantes del Euxino; y así confundida, la alegre multitud se esparcía por aquel paraje encantador, donde las hojas murmuraban en las altas copas de los plátanos y encinas, y la hierba extendía sus pliegues suntuosos por debajo del rojo madroño, del mirto obscuro, y dellaurel de tallos elegantes, que entrelazando sus follajes formaban graciosas espesuras y senos furtivos, frescos como grutas, y poblados de musgosas estatuas de ninfas y de sátiros que sonreían entre las hojas, sobre sus viejos pedestales.

Donde los caminos se reúnen en agreste encrucijada, bajo el alto follaje de los robles, extendida en graciosa silla y rodeada de esclavas numerosas,—Mircia, la joven cortesana, inclina blandamente sobre el hombro su adorable cabeza coronada de rosas, y parece dormir.

Como brilla Artémis y se la reconoce entre su cortejo de ninfas, así resplandece ahora, entre todas las mujeres, la encantadora Mircia, y su frente tranquila reluce como una estrella.

Teñida de pálido azafrán y bordada á la moda asiática, de flores desconocidas, la tela transparente de su vestido toma sobre su piel rosada el brillo de las auroras. Un estrófon de perlas sustenta por debajo sus firmes senos en flor, y, desprendidos los broches de oro del peplos, vése nacer desnuda su fresca garganta, con la gracia tentadora de una fuente. Ajústale al cuello prodigioso collar, con las nueve Musas cinceladas en la blanquísima veta de una piedra celeste como el cielo, y un aro de bacante acentúa, con extraño incentivo, la delicadeza sensual de sus pies, calzados con sandalias de marfil. dignas de una diosa.

Todo era en ella gracia, luz, armonía. Un extraño resplandor rodeaba, como una aureola divina, su belleza fatal y serena « como la calma de los mares »; la luz del sol no era más brillante que sus diáfanos cabellos y la sola mirada de sus ojos desconcertaba los sentidos.

Si pueden darla los triunfos del amor, ninguna mujer alcanzaba entonces en Grecia, la gloria de Mircia. Nacida en la populosa Corinto y destinada desde temprano por sus padres al templo de Afrodita, recibió en aquel famoso seminario de cortesanas la más completa educación amorosa. Luego, tan pronto como pudo considerarse dueña de su vida, se estableció en Atenas; y sin hacer nada de su parte por excitar los entusiasmos, con el solo esplendor de su tranquila belleza, la reina de la hetairia vió rodar á sus pies, como un río, el oro de los ricos mercaderes, los homenajes frenéticos del arte y las guirnaldas de flores de los mancebos. Los más famosos avaros se sentían poseídos por el vértigo de la prodigalidad, á la sola caricia de sus labios, y don-

de quiera que guiara sus pasos, atraía en pos de sí las miradas, los corazones y los deseos, y todo era incompleto en Atenas sin su presencia. La brillante cortesana era, en fin, la púrpura de las fiestas, la copa dorada del vicio, la rosa de las orgías, la misma Cypris. El oro hacía crugir el cedro de sus cofres; y su nombre viajaba de ciudad en ciudad, aborrecido por las esposas y cantado por los poetas.

Sin embargo Mircia no era feliz. Había esperado alcanzar por el renombre y la riqueza la satisfacción de sus inmensos anhelos; pero su alma era demasiado selecta para ello, y como un actor fatigado de su vida ficticia y vana, así ella sentíase ahora esclavizada por su gloria, y privada, tal vez para siempre, de las pasiones desordenadas y de los sacrificios libres y voluptuosos del amor; y ya su espíritu comenzaba á doblarse bajo el peso del hastío, como una débil rama abrumada por la nieve.

¿Qué le valía todo aquel oro arrancado á fuerza de ardides deplorables á viejos mercaderes? ¿No hubiera sido tal vez más feliz con la sola dicha de un amor sincero?... Estas ideas angustiosas rodaban ahora en su espíritu, despertándole á la vez el recuerdo de los efebos apasionados, llenos de vigor floreciente y en toda la gracia de la vida, que habían suspendido en vano tantas coronas de flores en su puerta; y el íntimo murmullo de la meditación cerrábase los azulados párpados, manteniéndola alejada del círculo bullicioso de las demás cortesanas.

De pronto dos gritos agudos, que dominaron el rumor de las conversaciones, la hicieron abrir los ojos. Era la voz femenina y destemplada de Calipo, el intermediario galante de las hetairas, personaje abyecto, pálido, seco, nervioso, de piernas miserables y de ojos absortos y serviles. Vestía su cuerpo el lino azulado de una túnica ateniense y colgaban de sus orejas, como único adorno, dos aros toscos de madera.

Durante los juegos, Calipo, en un incesante ir y venir del Alfeo al estadio y del estadio al Alfeo, mantenía informadas á las mujeres de los más pequeños incidentes de las luchas y del nombre de los

vencedores aclamados por el heraldo; y allí iban por el aire y llovían de todas partes sobre su calvicie, las monedas con que las malignas cortesanas retribuían sus servicios arrojándoselas á la distancia.

—¡Dryas! ¡Dryas!—exclamaba ahora.—¡Vencedor en el pancracio!... Y llovían las preguntas.

—¿De dónde?

—Cazador de Mesenia.

—¿Es muy fuerte?

—Es más diestro que fuerte. No ha recibido un solo golpe. Mañana aspirará también á las tres coronas del *pentatlo*!

—¿Es hermoso? preguntaba otra.

—Parece un Dios! agregaba Calipo, jadeante por la carrera.

Entretanto la tarde declinaba con sus céfiros húmedos, y las montañas extendían sus sombras sobre el valle; mientras que en el bosque el sol comenzaba á filtrar oblicuamente el polvo de oro de sus rayos y los pájaros agitaban los follajes oscuros regresando á sus nidos; y así como asoman de pronto por todas partes y se dispersan en los aires las doradas abejas en zumbadora nube, así ahora, por todas las puertas del estadio, tumultuosa y alegre, una turba inmensa comenzaba á desbordarse por la llanura, continuando sus disputas debajo de los pórticos, vitoreando á los vencedores, corriendo á las tabernas y haciendo crugir la arena bajo las sandalias numerosas.

Un inmenso clamor subía de aquel océano viviente y poblaba los aires; los hombres venidos de las más alejadas regiones se disputaban con desesperación el puesto á lo largo de los caminos, para ver á los grandes personajes cuya celebridad había traspasado los confines de la Grecia, ó admirar la pompa de las *teorías* y el desfile de los helanódicos, que presidían los juegos con sus largos vestidos de púrpura; y mientras la sudorosa multitud invadía, luego, entre los gritos de los mercaderes, las habitaciones de los peregrinos, las tiendas, las tabernas, el Paecilo, el Buleuterión, los pórticos y los te-

rrados, — las mujeres abandonaban en cambio su retiro y se esparcían por el camino que venía del mar, festoneado por una hilera de templos, de estatuas y de boscajes florecidos, que se sucedían armoniosamente en la penumbra tranquila de la tarde.

Sin embargo Mircia no quiso disputar á otras el camino con esfuerzos, y sólo cuando todas las mujeres hubieron desaparecido detrás de los árboles, subió en su litera y se hizo llevar por sus vigorosos esclavos, que marcaban á compás el paso sobre el polvo.

La muchedumbre se abría ante ella, y la hermosa hetaira adelantaba por entre aquel pueblo enamorado de la belleza, escuchando á trechos su suave nombre de Mircia, balbuceado dulcemente, como el nombre de una diosa favorable.

Á un costado del camino de Pylos, la llanura formaba como una terraza natural, y sobre ella levantábase un viejo pórtico, presente de los Mesenios á la ciudad sagrada de Olimpia. Desde allí la vista se volcaba ampliamente sobre la llanura inundada por el pueblo, hasta las más lejanas perspectivas del valle. Al pasar junto á él, Mircia ordenó á sus esclavos que subiesen las gradas, y una vez arriba, descendió de la litera y comenzó á pasearse tranquilamente por debajo del exedra. El andar armonioso animaba su belleza, y su perfil se destacaba sobre el fondo de cielo comprendido por el vano, como esas figuras serenas que desfilan sobre la arcilla de las ánforas.

En poco tiempo la ribera se cubrió de público; pero Mircia parecía no advertir aquella multitud que se agitaba á su lado, y de donde las miradas partían como flechas hacia ella. Algunas amigas se le juntaron y bien pronto comenzaron á llegar también los compradores de amor.

Hoplitas enriquecidos en la guerra y adornados con las joyas de los muertos, viejos mercaderes, que querían gozar al fin del fruto de sus fatigas y llegaban tarde al placer, filósofos sensuales, artistas envanecidos, políticos solemnes y misteriosos: todo aquello comenzó á agitarse, como una jauria ardiente, en torno de la carne perfumada de las hetairas.

Entretanto, sobre la otra margen del río, un bullicioso tumulto se movía en dirección al puente más próximo. En su centro, distinguíase un personaje esbelto y teatral que arrastraba el manto resplandeciente de los afeminados. La plebe ateniense lo seguía y lo aclamaba con delirio, y de cuando en cuando algunos curiosos trepaban en los hombros de sus compañeros para verlo pasar.

Era Alcibiades, en todo el esplendor de su prestigio, y que después de haber roto la paz de Nicias y conseguido la alianza de Argos contra Esparta, enviaba ahora siete carros á los Juegos de Olimpia para deslumbrar á la Grecia, lo que no habían conseguido jamás ni las ciudades ni los reyes. Al llegar á un declive de la ribera, donde la tierra se mostraba polvorosa y estéril, como en esos parajes por donde los animales bajan á los ríos, se detuvo, y una multitud de cuidadores de caballos, aurigas y toda clase de gentes hábiles en el manejo de los carros, le rodeó al instante. Uno de ellos se acercaba trayendo, asido por el cuello, un hermoso caballo cuya piel tenía la blancura luminosa de la nieve. Era un tésalo lleno, ardiente, elástico, de mirada inquieta y la nariz dilatada y fogosa. Parecía escapado con vida de un marmóreo carro triunfal; y Alcibiades examinó con atención aquellos músculos poderosos, que guardaban una parte de su más anhelada gloria : el triunfo de los hipódromos, « donde los corceles corrían más veloces que la piedra de la honda y que la flecha misma ».

Á alguna distancia y siguiendo los pasos de Alcibiades, venía una especie de viejo Sileno, rústicamente vestido, abultado de facciones y de vientre, con la barba y los cabellos descuidados y lleno de bondadosa viveza en la mirada. Rodeábale á su vez un alegre auditorio, ante el cual discutía sobre la esencia de la Virtud, con un famoso sofista de Cyrene que caminaba enmudecido al lado suyo. Como poseído por una divinidad, gesticulaba, agitaba las manos y se detenía por instantes, prosiguiendo luego su camino, mientras que las palabras brotaban abundantes de su labios y resonaban á la distancia como el zumbido de las abejas en la boca de la colmena. Bien conocido era entonces en toda la Grecia el nombre de Sócrates !

Mientras tanto, Alcibiades cruzó el puente, continuando su paseo por el camino del mar, y su nombre corrió por la turba como los ecos sucesivos de las montañas: Alcibiades! El Alcmeónida! murmuraban todos los labios; y las cortesanas se estrechaban en la terraza para mirarlo, estremecidas por aquel nombre que representaba para ellas el más dorado de los sueños. Unas se extasiaban ante la finura de sus cabellos ondulantes, peinados con el corimbo de las doncellas y prendidos sobre las sienes y la frente con brillantes cigarras de oro; otras admiraban la elegante insolencia de su andar majestuoso, la nobleza de su rostro donde los dioses habían reunido, en graciosa armonía, todo lo que tienen de hermoso el hombre y la mujer, — hasta el primor de sus sandalias ó la esplendidez de su manto resplandeciente que arrastraba sobre el polvo.

Caminaban á su lado, Calias hijo de Hipónicos, Theodoros, Antiocos, Polytión y el célebre Zeuxis, cuya clámide llevaba escrito varias veces su propio nombre en letras de oro.

Aquel grupo iniciaba el desfile y la multitud se movía por detrás desbordando en los caminos.

De pronto, cuatro esclavos, haciendo resonar las gradas con su calzado de palo, lanzaron sus altas voces pidiendo paso entre la turba, y una vez en la terraza depositaron sobre el suelo una suntuosa litera, fabricada con extrañas maderas del Asia. Sus cortinas celestes, con espesas franjas de plata, se descorrieron, y por entre ellas asomó la cabeza monstruosa de Megabasis de Sárdes, el más rico comerciante de Atenas, el rey del oro en el puerto del Pireo.

Megabasis se apeó de su litera y se puso á caminar penosamente en dirección á las cortesanas. Con cada movimiento su vientre enorme oscilaba á uno y otro lado, como un odre lleno, bajo la riquísima túnica. Iba cubierto, como un rey bárbaro, de collares, zarcillos y sortijas innumerables que aumentaban su fealdad; y en el ancho rostro, encuadrado por la cerda dura y luciente de sus cabellos ennegrecidos por la grasa de los ungüentos, sus pupilas brillaban inmóviles, como los ojos de esmalte de los ídolos.

Las hetairas sintieron especial interés por aquel nuevo personaje. Mircia, sin embargo, sentada en los bancos interiores del pórtico, pareció dar poca importancia á la llegada del asiático, y continuó conversando animadamente con el círculo de admiradores y de amigas que la rodeaban como á una reina, hasta que sus ojos se detuvieron, con intensa curiosidad, en un grupo tumultuoso que atravesaba la terraza aclamando á un joven atleta. — « Es Dryas de Mesenia, vencedor en el pancracio! exclamó entonces el escultor Pylades que conversaba á su lado. — ¡ Por Zeus ! jamás he visto un cuerpo más bello ni más noble cabeza, y qué manera de luchar ! ¿ Le vistéis? — continuaba dirigiéndose á los hombres— con qué seguridad resistía los ataques y con qué astucia engañaba á sus adversarios, para que descubrieran el sitio donde quería asestar su golpe poderoso, sin perder jamás la nobleza de la actitud ! Qué vigor y al mismo tiempo qué esbelta elegancia ! Al verlo se experimenta, como ante las bellas estatuas, la tentación de tocarlo y sentir bajo la mano los relieves armoniosos y la riqueza de los músculos. ¡ Hay algo de divino en su cuerpo ! Parece el mismo Piritoo de nuestro templo de Zeus, con todo el fuego de la vida !

Á un gesto de Mircia, un guerrero de altos hombros se dirigió fuera del pórtico, y al caminar sus armas resonaron con un ritmo de bronce. Era Polictor de Tebas, famoso estratega, valiente como Aquiles y maestro consumado en los ardides de la guerra. De pie sobre las gradas, comenzó á hacer señas al grupo para que se acercase. Su casco y su coraza relucían con resplandores de fuego á la luz enrojecida de la tarde, y la púrpura espléndida se escapaba por entre las juntas del bronce, como la sangre de las heridas.

Sus ademanes fueron bien pronto comprendidos por la turba. El efebo, con los ojos iluminados por la embriaguez del triunfo, venía en el medio, aturdido por el clamor de las ovaciones ; y algunos compatriotas se disputaban el sitio á su lado, para dejar comprender que eran amigos del vencedor.

Como una luz que brilla de pronto en la noche, así la belleza

de Dryas atrajo todas las miradas. Una gracia armoniosa se esparcía como el reflejo de un astro por todas las formas de su cuerpo, apenas vestido con la sobria túnica doria. Sus cabellos encrespados y sencillamente ceñidos sobre los sienes, formábanle como una corona de jacintos negros en torno de la cabeza, sostenida con vigor por el orgulloso cuello; y el surco que partía su pecho robusto se allanaba al llegar á la garganta, para perderse en la línea vigorosa de los hombros. Conociase que el calor de los amores no había quemado aún la flor intacta de sus labios, finos como los de una virgen, y la expresión de timidez selvática de su mirada revelaba, al pronto, la plena inconciencia de su belleza soberana.

Entre tanto, Mircia no apartaba un solo instante sus grandes ojos del Mesenio: contemplaba su cuerpo floreciente, cubierto todavía por el polvo del estadio, su noble cabeza donde brillaba el resplandor divino de los vencedores; y entonces, ante la visión evocada en sus sueños, sintió que desde aquellas oscuras pestañas, Eros le disparaba su flecha infalible y fatal. Así, al verlo pasar junto á ella, imposible como la nieve inanimada de las estátuas, ante las solicitudes amorosas de las cortesanas que le tiraban de la túnica, se oprimían sobre él ó le deslizaban al oído palabras lascivas, Mircia con un esfuerzo íntimo, frenético, desesperado, que sólo conocen las mujeres, atrajo hacia sí los ojos del atleta y clavó en ellos la más perturbadora, la más ardiente, la más honda de sus miradas. Dryas se detuvo desconcertado, vaciló un instante, y luego, bajando la cabeza, continuó su camino entre el clamor de los aplausos que estallaban á su paso como un aleteo innumerable.

Fué entonces que la cortesana, cuyo corazón palpitaba todavía, escuchó á su lado la voz de Megabasis que balbuceaba con acento amoroso y rendido:—¡Salud blanca Mircia!—Y añadía después de breve intervalo:—Esta noche Megabasis escoge á Mircia y le ofrece treinta minas por su amor.—La hetaira por única respuesta meneó negativamente la cabeza.—Y bien, cuarenta minas, agregó entonces el mercader.—Ni cuarenta, ni mil, ni todo tu abominable dinero,

contestó la cortesana con exasperada violencia. Y Megabasis con una amarga sonrisa de despecho:—Pero, Mircia, exclamó, ¿por qué tanta soberbia con los viejos amigos? ¿Has olvidado ya cuantas veces se te encendieron los ojos de alegría, al leer tu nombre y el mío en el muro del Cerámico, seguidos de espléndida oferta, y cuántas mi generosidad te libró de crueles acreedores? Y ahora...

Como cuando un rayo de crepúsculo resbala de pronto sobre la nieve, así la excitación encendió entonces el rostro pálido de Mircia: la joven atiesó el cuerpo y, tomándose las manos con los brazos extendidos, fulminó al mercader sin darle tiempo á que terminase su frase:

—¿Quieres saberlo? Y bien desde hoy te aborrezco á tí y á todos los que como tú viven sin más pasión que la codicia y sin más gloria que el lucro. Por los dioses! antes dejaré que el hambre me devore viva que volver á tocar una boca de mercader!...

El asiático se enrojeció; la sangre inyectaba sus ojos, y su rostro todo se demudó con una contracción indescriptible, sólo comparable al gesto aterrador de las Gorgonas funestas... Pero una de las hetairas, más oportuna que las otras, pasóle el brazo por encima del cuello, diciéndole amorosamente: —Sígueme, buen Megabasis, y no te arrepentirás! Y se lo llevó consigo.

Las horas huían y el sol precipitaba su carro del otro lado de las cumbres. Los horizontes se poblaban de gritos lejanos y los vapores del crepúsculo doraban la llanura y el pié de las montañas.

Ya la multitud se recogía en las instalaciones innumerables que rodeaban el Altis y los grupos comenzaban á dispersarse en las sombras.

Mircia llamó á Calipo, y colocándole en la mano una pesada moneda de plata, se puso á escribir apresuradamente en una de sus tabletas:

«Dryas: una traición se prepara contra tí para mañana en el juego del *pentatlo*. Si esperas esta noche donde te indicará Calipo, lo sabrás todo por boca de un amigo.»

—Toma, Calipo, añadió luego Mircia : engáñalo con astucia porque es asustadizo como un ciervo, y si sospecha el lazo no querrá seguirte. Corre! corre! Ya sabes : junto al lago y á la estatua de Artémis. Cuando salga la luna!

Ya la noche cubre la tierra con sus sombras, las claras estrellas tiemblan en los cielos, como agitadas por un viento divino.

Es la hora del sueño. Sin embargo la ciudad de Olimpia vela entre las sombras. Un vapor de oro sube en la noche por la puerta de sus templos, y los aires resuenan con el clamor de los festines en las tiendas iluminadas.

En el valle, el céfiro inseguro que llega del mar cruza por instantes como un velo arrastrado en las tinieblas, agitando la llama errante de la antorchas y los negros follajes de los árboles.

De pronto, luciente y puro, como el hombro divino de una náyade emergiendo de las aguas, asoma sobre el oscuro horizonte el disco de la luna. Sus primeros rayos destacan del cielo las crestas sombrías de los montes y, resbalando luego sobre el valle, su resplandor invade el seno de las selvas : así como surge de pronto, por entre la penumbra del recuerdo, toda una ciudad hace tiempo olvidada, con sus muros, sus monumentos y sus calles; así aparece ahora, en la noche blanqueada por la luna, con su sobria belleza y sus perfiles de mármol, la ciudad sagrada de Olimpia.

Era la hora; entonces, aprovechando la embriaguez de los comensales, ya reclinados en actitudes abandonadas al lado de las he-tairas, ya extendidos como muertos debajo de las mesas, entre las copas vacías, Mircia envolvióse la cabeza en un velo y abandonó cautelosamente la orgía.

Una vez fuera, el aire puro de la noche refrescó deliciosamente su pecho, quemado por el aliento lascivo de los hombres, y una ráfaga etérea y divina descendió de la Naturaleza adormecida hasta el fondo de su alma. Al punto la imagen de Dryas se levantó ante ella con un prestigio irresistible, y, al aspirar el mágico perfume que llegaba del

bosque, como si fuera el propio aliento de aquellos labios codiciados, sintió que el deseo corría por sus miembros con la voracidad de la llama en los campos secos del estío.

La emoción la hizo apresurar el paso. Algunos hombres, que tomaban el fresco en los caminos, á la luz de la luna, la chistaban suavemente ; otros la detenían por el vestido para ofrecerle su dinero ; pero ella contestaba siempre con un movimiento soberbio de su cabeza, invisible entre los pliegues espesos del velo.

Ún instante después entraba en el bosque. Las masas de follaje se levantaban como oscuras faldas de monte, á uno y otro lado del camino, donde el pasto había crecido libremente ocultando los senderos. Mircia caminaba, sin embargo, rompiendo la alta hierba con sus pies delicados, azuzada por el miedo y con el oído atento á los más imperceptibles rumores.

De pronto, llegó hasta ella un gemido ahogado y siniestro, y su ojos percibieron al instante, á pocos pasos del camino, una forma humana apoyada en el ancho tronco de una encina : con un movimiento veloz de su instinto, desprendió de sus cabellos la aguja de oro de las hetairas, más temible que un puñal...

El desconocido conservó, sin embargo, su actitud tranquila ; y por su aspecto desesperado y sórdido, así como por el desorden lamentable de sus ropas, Mircia reconoció á un vencido del estadio.

Tenía las orejas inmensamente hinchadas como los púgiles, el labio despedazado y sangriento, destrozada la garganta por las cinco heridas de una garra humana. ¡ La mano de Dryas ! pensó Mircia sin detenerse, y con su alma de griega, sintió que la admiración dilatada en su pecho la llama del amor.

Los follajes se hacían cada vez más espesos sobre el camino, y Mircia adelantaba con la imaginación llena de visiones fabulosas por entre aquel bosque poblado para ella de divinidades y prodigios ; ahora, en los claros y encrucijadas, sus ojos dilatados por el terror distinguían con la realidad de la vida, danzas de sátiros, agitando con sus patas tortuosas el polvo de los caminos que al levantarse

se plateaba en los rayos de la luna, rondas numerosas de Driadas y Ninfas, que tomadas de la mano y enredadas en los troncos, levantaban hasta las altas copas sus torbellinos aéreos. Todo era lleno de númenes, todo divino en la espesura: las lágrimas fecundadoras de la noche, la risa de las fuentes, el aleteo de las aves nocturnas, los perfumes vivos de la selva, el crugir de las cortezas en las sombras. Y Mircia se apresuraba cada vez más, como enloquecida por el miedo; hasta que, por fin, los árboles se hicieron más escasos y una tenue claridad comenzó á filtrar entre las hojas.

El bosque terminaba; en una vuelta del camino, sus ojos distinguieron, detrás de las negras ramas, un resplandor que anunciaba la llanura. Mircia dió algunos pasos todavía y bien pronto se abrió ante ella el alumbrado valle.

Algunos templos, bañados por los rayos azules de la luna, coronaban á lo lejos los altos promontorios, y, en medio del valle, el lago luminoso resplandecía como la plata de un escudo. Todo el bosque resonaba con el rumor de las fiestas y los himnos; y el estridor continuo de mil insectos invisibles rasgaba la vasta armonía nocturna.

Sobre el borde del lago, junto al paraje en que sus ondas mojaban las raíces musgosas de los sauces, la piedad anónima había colocado una imagen de Artémis. La casta diosa corría en su eterna fuga, con la cierva salvaje á su lado, y descolgando de su aljaba, con la mano á la altura del oído, el dardo de la caza. Á algunos pasos, la crecida maleza ocultaba, casi por completo, un viejo banco de mármol, colocado allí como para meditar tranquilamente en la pureza divina de la Virgen.

Era el sitio mismo de la cita; y Mircia, al acercarse, divisó junto al pedestal de la estatua, la figura de un joven que al escuchar su paso se adelantó hacia ella. — ¡Es él! balbuceó brevemente, y el corazón le resonó dentro del pecho, como el aleteo de un pájaro. Era en efecto Dryas que se acercaba con la serena hermosura de un dios. La cortesana dejó caer entonces sobre sus hombros el blanco

velo, y su piel brilló en la noche, luciente como la luna. En seguida, con un movimiento disimulado, ordenó las ondas de oro de sus cabellos y el lino de su peplos, cuyos pliegues señalaban la graciosa firmeza de los senos, alzados por la juventud. Ella conocía los más sutiles secretos de su belleza, y, al pasarse la mano por el rostro, se sintió más hermosa que nunca.

Entonces las brisas esparcieron en la tranquilidad de la noche el rumor de este diálogo:

— ¿Eres tú...?

— ¡Sí, yo, Mircia!

— ¿... Vienes á revelarme una traición?

— La gloriosa Mircia!

— ¿Qué traición?

Antes de responder, la cortesana se adelantó hacia el banco, y, sentándose en él, llamó á Dryas con un vago ademán. El efebo dócil y turbado obedeció en silencio.

— ¿Me conoces?

— En mi ciudad natal se repite á veces tu nombre.

— ¿Y sabes algo de mí?

— Retirado en los bosques, poco he podido aprender de las cosas del mundo; pero recuerdo sin embargo haberte oído llamar la más bella de las griegas.

— Y bien, Mircia te ha visto hoy por vez primera y, desafiando sola y debil los terrores de este bosque obscuro, viene á decirte... Aquí la cortesana se detuvo, y el Mesenio, al ver su turbación, exclamó con ingenua impaciencia:

— Habla sin miedo, no temas sorprender demasiado mi confianza: bien sé yo que muy pocos son los que celebran la fortuna de un amigo sin envidiarla. Revélame cuanto sepas, para que así pueda burlar el lazo que me tienden; y no olvides sobre todo el nombre del traidor... Será, tal vez, que el insistente Eubotas trata ahora de vengar mis desdenes, ó que Dorcon, envidioso al ver cómo mis flechas alcanzaban siempre la presa perseguida, mientras que su

mano insegura y cobarde no acertaba jamás, pretende detener ahora mis triunfos con alguna perfidia, como espantaba los ciervos en el bosque para que no cayesen en mis manos. Oh! ¡Augusta Virgen, la más bella de las que habitan el cielo,— agregó entonces levantando los ojos á la estatua de Artémis, — tú que derramas la fuerza en el brazo de los atletas puros: haz que se rompan á tu sola mirada las redes de la venganza y que mi frente se cubra de nuevo con el olivo salvaje, y te prometo, ¡oh! casta hija de Zeus! dar todas mis verdes coronas para tu cabellera de oro, de vuelta á la tierra querida de mi patria!

Exaltado por sus propias palabras y llena la mirada de fervoroso fuego, Dryas tenía en aquel momento la graciosa majestad de un Hermes, y todo lo que encierra de fuerte, de casto y de dulce á la vez la libre Naturaleza, parecía palpitar como un resplandor divino en su salvaje hermosura. Mircia al mirarlo sintió que la flecha del deseo se removía en su pecho, para penetrar más hondamente, y con voz entrecortada, exclamó:

— No es una traición, sino algo más dulce lo que vengo á revelarte; pero la vergüenza me retiene... Entonces el joven le respondió lleno de sorpresa:

— Si tu espíritu no medita ningún mal pensamiento, ¿por qué la vergüenza ha de cubrir tus ojos?

— Y bien...

— Habla!

— Vengo á confesarte... mi amor. Escucha, continuó después la cortesana, doblando su blanco brazo sobre el cuello del mancebo, como segura de su triunfo,— las horas huyen. Mira! ya Hesperos descende en los cielos inflamando los amores. Ay! de quien pretenda evitar su dulce llama! Escucha...

Mas él la interrumpía con palabras solemnes como una incantación:

— ¡ Sí, es la hora en que la casta Artémis enemiga del amor sube en su carro celeste y recorre los espacios iluminados, con el arco de plata sobre el hombro y la túnica bañada por el rocío de la noche.

Su mirada domina ahora las selvas y las montañas; y ay! de quien se atreva á profanarlas!...

Aquellas frases austeras irritaron á Mircia, quien acercando su rostro al rostro del efebo, y fijando en él sus grandes ojos fascinadores, comenzó á decirle:

— ¿No sabes que los hombres más célebres de Corinto y Atenas se arrastran como esclavos á mis pies, y que mi palacio encierra más maravillas que el más rico de los templos? Y bien: toda esa gloria, toda esa riqueza, y las dulzuras de mi cuerpo, y mi sangre y mi vida, todo lo ofrezco ahora por tu amor!...

Al terminar este discurso, Mircia se oprimió con frenesí sobre el fuerte pecho de Dryas, quien, desconcertado y trémulo, murmuraba sintiéndose desfallecer:

— Eres hermosa, oh Mircia! pero ¿cómo podría vencer mañana si me abandonase ahora á tu amor? Afrodita sólo tiene para sus adoradores coronas femeniles... ¡Déjame por los dioses! El calor de tu cuerpo me abrasa la sangre y toda mi fuerza me abandona con el sudor de mi frente!... Pero la hetaira, como una astuta cazadora, lanzó entonces su flecha decisiva: buscando aquellos labios puros, imprimió en ellos el más sabio de sus besos. Dryas se sintió perdido; una fiebre invencible corrió por debajo de su piel como una llama, inflamando sus sienes humedecidas y despertando mil desconocidos anhelos. Siempre que sus ojos rozaban la mirada perturbadora de Mircia, el frío del vértigo estremecía sus miembros, como cuando se inclinaba sobre el fondo de los abismos, en sus carreras por las montañas. Era el filtro irresistible, el mal incurable, el veneno divino que corría por sus venas, despertando la virginidad adormecida; y, mientras la cortesana le deslizaba en el oído su canto de Sirena, él balbuceaba como un ebrio que no encuentra sus palabras: ¡Tu belleza es fatal! ¡Pluguiera á los dioses que pudiese aplastarla con mi mano! ¡Me roba el vigor y seré vencido!...

De repente, al rozar con sus ojos perdidos la estatua de Artó-

mis, que brillaba á su lado bañada por la luna, parecióle que la diosa lo miraba con un ceño terrible, descolgando una saeta de su espalda para herirlo. Entonces, veloz como el ciervo que se desprende de las redes, con un movimiento brusco de sus hombros, se desligó de aquella mujer funesta que le arrebatava su fuerza y su gloria. En vano hizo Mircia un esfuerzo desesperado por contenerlo: aquellos fuertes brazos, que conservaban todavía el aceite del estadio, se escurrieron fácilmente entre los suyos, y el efebo desapareció en el bosque sombrío como la desvanecida visión de un sueño!

La hetaira corrió trás él algunos pasos, y, apartando el húmedo follaje, hundió su mirada en la obscuridad. El atleta estaba ya lejos y las hojas secas crugían bajo sus pies apresurados, Extraviada, Mircia comenzó á gritar: ¡Dryas! ¡Dryas!—pero su voz se perdió en el seno profundo de la selva, donde sólo respondieron los ecos, como si fuesen la voz de las ninfas desveladas; y entonces, recogiendo un pliegue de sus peplos, enjugó su primera lágrima de amor.

Así, con el rostro cubierto por sus manos delicadas, la dorada cabellera en desorden, el paso vacilante y tardío, volvió hacia atrás. Al rato, sin que su memoria la llamara, espontánea, pura, armoniosa con toda la gracia inefable de sus ritmos, Mircia escuchó en su alma, como íntimo murmullo, aquella oración de Sapho, que tantas veces había entonado en los coros sagrados de Corinto: « *Diosa de trono reluciente, Aphrodita inmortal, hija de Zeus, no dejes sucumbir mi corazón...* » y dejándose caer tristemente sobre el banco, oprimió su seno encendido, sus brazos ardientes y su mejilla bañada en llanto contra la nieve del rudo mármol...

Los templos, bañados por los rayos azules de la luna, coronaban á lo lejos los altos promontorios. En medio del valle, el terso lago resplandecía como la plata de un escudo y una deliciosa frescura llegaba de sus ondas; mientras que el bosque resonaba todavía con el rumor de las fiestas y los himnos, y el cantar prolongado y puro de los follajes dispersaba en la noche sus sobrias armonías.

Días después, vestido de púrpura y con el brillante olivo doblado en torno de la frente, un atleta vencedor dirige la blanca cuadriga de su carro por el camino de Mesenia inundado por el sol. En derredor, montados en sudorosos corceles, vienen sus amigos, y por detrás, envueltos en dorada nube, ruedan pesadamente los carros numerosos.

Una inmensa muchedumbre los espera en las murallas de la ciudad, y, al penetrar por la puerta sonora, el estruendo de las aclamaciones llena los aires. Siguiendo luego la calle principal, el cortejo se detiene por fin frente á las gradas de un templo.

El vencedor desciende entonces de su carro de hermosas ruedas y, entre la admiración de todos, depone cuatro coronas de olivo en el altar severo de Artémis.

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

“ RECUERDOS DE LA TIERRA ”

Sorpréndeme la llegada de este libro (1) en momentos azarosos, de lucha y de labor prosaicas, durante las cuales apenas puedo alzar los ojos á contemplar un paisaje del cielo ó de la tierra, vestidos ya, sin duda, con la brillantez y el colorido de esta primavera recién venida, que ha de ser como todas, como muchas que en otros tiempos yo conocí y gocé, risueña, opulenta, saturada de perfumes de regiones distantes y del río próximo, poblada de tintas nuevas para los envidiables crepúsculos de sol de esta metrópoli, que quizá los ignora. La transición es fuerte, la sacudida violenta y el efecto doloroso : casi no he tenido alientos para resistirlos, yo que nunca fui indiferente á las influencias de ese mago llamado *memoria*, y sus evocaciones de tiempos felices, ya sean de la propia vida, ya de la grande ó pequeña tierra donde nacimos.

Y *Recuerdos de la tierra* es el título con que se aparece en esta época, en la cual creyérase que nadie se ocupara de cosas pasadas. Pero es que él contiene más de lo que promete, y es más libro de lo que su autor tal vez premeditara ; porque más allá de esos « re-

(1) Con el propio título de estas páginas, — que le servirán de introducción, — saldrá próximamente á luz la mencionada obra del señor Martiniano Leguizamón : un tomo en-8°, con ilustraciones de Malharro, Del Nido y Fortuny. — F. Lajouane, editor.

cuertos » viven, como mal ocultos tras de un velo transparente y movable, sucesos, personajes, leyendas, panoramas y cuadros, ni tan remotos que escapen á la impresión personal del narrador, ni tan cercanos que pierdan para nosotros ese dulce y fantástico prestigio de los días que pasaron.



Quizá fuera mejor, para dar una idea de conjunto, decir que estas páginas comprenden tres elementos fundamentales: el descriptivo de lugares, costumbres y tipos de la región circunscripta por el Paraná y el Uruguay, el tradicional é histórico sobre episodios relativos á tiempos de heroísmos y miserias comunes; y el *Folk-lore*, ó sea la exposición de esas creencias y usos locales, que dan á conocer los caracteres ingénitos de las agrupaciones humanas moradoras de sus riberas, bosques, planicies y hondonadas. Á través de todas ellas circula, á manera de espíritu invisible, conduciendo el hilo del relato, esparciendo cierto suave aroma de *gratia*, y distribuyendo ya el color, ya la luz, ya la sombra en todos los sitios, personajes, escenas y cuadros puestos, con no poco meditado desorden, sobre el escenario: él les imprime la unción de tristeza de la tierra, y del ambiente regional, y la de esos íntimos afectos que nacen y mueren con nosotros, que resisten á las tempestades. á los despojos y á los incendios de todas las esperanzas é ilusiones, y brillan sobre el cielo del pasado y del futuro como la única revelación de lo ideal y de lo imperecedero.

Por todo esto, y por las afinidades y propios caracteres literarios de la obra, se imaginaria al autor preocupado de dar á las letras algo como el poema regional, ó el libro de la comarca argentina en él sentida y pintada, si no se advirtiese al propio tiempo la ausencia de rasgos intensos y precisos que, mejor que los nombres, establecen las diferencias geográficas. Porque la grandeza de nuestra

patria tiene esta cualidad: no permitir que por un solo signo se retrate ó califique toda su extensión, pues hay en ella las naturalezas más antitéticas y los climas, las vegetaciones, los hábitos y supersticiones locales más diversos. Causas históricas, además, concurren á hacer que agrupaciones nacidas para un destino común se separen en la infancia y sigan caminos diferentes en ciertas faces del desarrollo social. No es necesario recordar cómo desde los tiempos primitivos la región bellísima de los ríos caudalosos, de las selvas dilatadas y las *cuchillas* ondulantes, que circundan el Paraná y el Uruguay, y á la cual conducen sus caudales repletos de limo el Paraguay, el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado, el Carcarañá y otros graciosos afluentes de esta Mesopotamia feliz, fué siempre singular en sus manifestaciones sociales. y que muy poco ó nada se distingue, en el sentido étnico, de la ocupada por Buenos-Aires. que, dominadora del río de la Plata, era, al fin, ante quien se depositaba tanta magnificencia. Así, pues, si los *Recuerdos de la tierra*, se limitan sólo á la que sustentara el hogar del escritor, con tanta tristeza descrito al final del libro, han realizado como todas las obras individuales la expresión del alma y la fisonomía de sociedad hermanas ó vinculadas en una marcha histórica más ó menos uniforme; porque tanto nos parece asistir en sus escenas á la vida de la campaña bonaerense y escuchar las revelaciones de su poesía, como á la de la propia gente habitadora de las comarcas selváticas y por mil corrientes surcadas, donde Montiel extiende sus vastas y temerosas obscuridades, y el Gualaguay, tomándolo de extremo á extremo, se dibuja como haz de nervios conductores de la sensación y de la vida de un cuerpo gigantesco.

Pertenece, pues, este libro, al género valiosísimo de los que prepara en lenta y laboriosa gestación los elementos de la futura historia nacional, la historia verdadera, la que sigue á una Nación como organismo fisiológico y como personalidad humana, sin desprenderla de sus orígenes, de sus adherencias fatales hacia la tierra que habita y el ambiente que respira y la rodea. Nuestra historia de hoy.

fruto de investigaciones pacientes sobre los archivos de papel y la memoria de los hombres, comprobada por sus propias deficiencias, habrá de transformarse por completo en lo futuro, gracias á la observación de aquellas leyes fundamentales; y entonces los hombres y sus actos podrán ser juzgados con la única imparcialidad posible, y puestas de relieve aquellas cualidades superiores que influyeron como fuerzas eficientes de la nacionalidad en la dirección de la corriente civilizadora. Los estudios de costumbres primitivas, de creencias en dioses y en mitos más ó menos racionales ó absurdos; las pinturas de cuadros y escenas de multitud, donde se muestran las aptitudes y las cualidades bellas de las razas y pueblos; la descripción simple ó colorida de las monstruosidades, aberraciones ó extravíos mentales ú orgánicos que en su seno aparecen, personificados en seres extraños ó exóticos, así como entre las plantas, todos esos aspectos, nuevos por sus aplicaciones, aunque antiguos en el tiempo, que se llaman el *folk-lore*, que es ciencia y arte fecundísima, constituyen los elementos primarios de aquella historia venidera que tan sorprendentes revelaciones guarda para nuestra posteridad. Pero, sin duda, la formación de la literatura nacional folk-lórica es obra lenta, de término incierto, porque si hoy existen algunas fuentes escritas, legadas por los viejos cronistas y viajeros, y por poetas ó escritores contemporáneos, ellas se refieren sólo á muy escasas regiones, y la más completa obscuridad reina sobre el mayor número de nuestras provincias. ¿Y qué diremos de esa vastísima extensión limitada por el Océano Austral, en la que hace apenas una década penetraron la luz de la cultura, el brillo de las armas, los signos de la soberanía nacional? No hemos nacido viejos, ciertamente, como quisiéramos creerlo á veces en nuestra vanidad, cuando en el dominio de la vida intelectual, de las labores del espíritu sólo contemplamos el inmenso vacío y la vasta soledad inexplorada.

Nada, en nuestro país, se halla más disperso é incongruente que los materiales de la historia literaria y geográfica; la tarea de reunirlos, combinarlos y utilizarlos, en la investigación de alguna ley

histórica nacional, sería quizá de toda una vida y de sacrificios incalculables. Sabemos, no obstante, por pacientes lecturas y propias experiencias, que puede construirse un sistema ó un mapa de las cualidades y costumbres, creencias, supersticiones, modismos ó variantes de lenguaje, y que las diferencias constitutivas de cada zona se hallan determinadas por los caracteres del suelo correspondiente y de su historia, comprendidas en ésta la de las razas primitivas y la del establecimiento y desarrollo de la nación conquistadora. En tal variedad de elementos físicos é históricos como existe de un cabo al otro de la tierra argentina, la formación de esta literatura deberá ser, pues, regional, si ella ha de ser la expresión exacta del espíritu y cualidades de la nación que la habita.

Mientras llega la hora,—que será para otros hombres y tiempos,—dē contemplar tan hermosa conquista, fijemos la atención, con el cariño que merecen, en las obras del presente, verdaderos *pioneers* de la múltiple y ardua jornada. Los *Recuerdos de la tierra* están llenos de este material precioso, como lo estará toda obra de experiencia directa, amorosa observación y sincero relato sobre las cosas, las ideas, las creencias y sentimientos de nuestro país: la virtud suprema del que las describa consistirá en saber exhumar lo que pasaron, pintar lo que viera, y deducir con acierto sus leyes permanentes para incorporarlas al caudal de la historia común. Todos los matices del color, las pulcritudes de la forma, las delicadezas de la música y las profundidades del análisis tienen su campo abierto en este género de producción literaria que tantos espacios y elementos domina, desde los sutiles y vagos deleites de la fantasía hasta los hondos y positivos problemas de las instituciones sociales. Aquí los hallará el lector, arrojados con pródiga mano y envueltos en ropaje atractivo y pintoresco, ya en la forma de efectos de los fenómenos naturales sobre la sensibilidad de las gentes comarcanas, ya como residuos moribundos de pasadas existencias, ó como frescos retoños de árboles corpulentos que derribaron el hacha, el vendaval ó las corrientes de las aguas desbordadas.



El elemento histórico de este libro pudiera comprender dos divisiones, los episodios relativos á acciones ó impulsos patrióticos, á personajes y sucesos de la vida política, y el tradicional, ó, como se dice, folk-lórico: en la primera podríamos colocar el animado relato de *La maroma cortada*, donde, si más conmueve el sentimiento que la pintura, se revela una cualidad especial del autor, manifiesta en las demás narraciones del mismo género, como el *Sargento Velázquez*, *El Chasque*, *Capturar...?*, la unci3n del patriotismo, visto hacia el pasado, con esa suave melancolía de los recuerdos personales. Ella aparece hasta en las páginas más alegres, como las que dedica al cómico percance acaecido al teniente Vergara en *Cayó el matrero*,—á manera de leve sombra, necesaria para amortiguar los efectos de los colores sobre una retina muy sensible. Por lo que respecta al caso en sí mismo, lo hemos oído referir en el interior de la República, aplicado á otros personajes y relativo á otros sitios y sucesos, de tal manera que ya podemos anticipar que será materia del futuro folk-lore nacional.

Pero no siempre ha presidido en este punto del material histórico un criterio local, ni la sola información del recuerdo, porque, seducido por el prestigio de la erudición americanista, ó quizá por un deseo de fundir en uno solo diferentes caracteres ó atributos de nuestro dilatado país, nos habla también de cosas traídas á su suelo nativo desde las distantes regiones que encierran las montañas andinas, reuniendo sobre la tierra del charrúa las reminiscencias ó reliquias de la raza incana. Si esta fué en los tiempos de su gloria la que más amplio espacio abarcara, nunca fundó cosa alguna más al oriente del río Paraná, que, con su inmenso y profundo cauce, marcó la frontera etnológica de dos grandes porciones de nuestro país. No dejó por eso aquella nación dominadora de impo-

ner hasta las márgenes del río de la Plata, hasta las orillas del Océano la influencia ya de su idioma heroico, ya de sus instituciones sorprendentes... Pero queríamos decir sólo que *El chasque* es una muestra de esa tendencia del autor de este libro á mezclar las graves enseñanzas de la biblioteca con la sencillez conmovedora de los relatos; y así, no es extraño que en éste veamos al mismo tiempo asomar la cultura quíchua, con sus carreteras gigantescas y sus correos admirables, y oigamos la tierna relación del anciano vencido por los progresos de la civilización. Tipo bellissimo, sin duda, es el del antiguo correísta en nuestra sociabilidad, desde un extremo á otro del territorio, no sólo porque representa una edad juvenil llena de encantos, y la eterna é inviolable santidad del secreto, sino por las innumerables escenas á que, por ser portador de « lágrimas y sonrisãs », debía siempre asociarse.

Del mismo artificio se vale para presentarnos en hermandad simpática las tradiciones del Norte con las supersticiones del Litoral, y para añadir interés novelesco á las páginas del libro, aquella mama Juana, tipo real y noble de la antigua raza, asimilada á la nuestra en tres siglos de vida común, que si había adquirido los hábitos de la que conquistara la tierra, no pudo perder lo que era la esencia de la autóctona, el alma, la substancia misma del suelo en que naciera. Los que hemos vivido en el ambiente de esa raza y la hemos experimentado en la compañía de nuestros hogares de provincia, ó en la servidumbre, suave como el yugo del predicador de Galilea, sabemos que no se inventa cuando se le atribuye esa fantasía, ese encanto con que refiere los cuentos de sus mayores, que conserva amorosa, solícita, y como consciente de realizar una misión de perpetuidad y legado hacia las generaciones venideras. Así, no es extraño que la anciana ésta, « que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques », deleitase con sus relatos al joven interlocutor, y que más de una vez le hiciese estremecer con los medrosos efectos que ella misma sintiera, al percibir ciertos rumores, notas, gritos ó vislumbres en la

noche, que despertaban su recuerdo de la tierra lejana, cual si soplasen en el corazón de las cenizas la brasa viva que en ellos se oculta.

Aunque fuese fingida ó artificial la presencia de este personaje, en el conjunto de los que llenan el escenario de los *Recuerdos de la tierra*, sería siempre, como antes decíamos, portadora del mensaje de fraternidad entre dos regiones distintas y separadas de nuestra patria, las cuales, por tal modo, vendrían á confundir sus almas, á comunicarse sus fantasías del pasado, y sus ensueños informes aún del futuro. El autor sugiere un bello cuadro rústico, en esa vivienda que los árboles añosos sombrean y las enredaderas nativas, con amor meridional, insaciable, cubren por entero de perfumado y colorido ropaje. La huérfana misteriosa, Cornelia, es quien mantiene la llama de amor en aquel cuadro, pero como tributado á una memoria, pronto á convertirse también en mito, en sobrenatural abstracción, gracias al poder creador de la raza: es el novio muerto, cuyo espíritu vaga en torno, y mantiene en exaltación religiosa su apasionado culto, ya repitiéndole en los ruidos nocturnos sus promesas frustradas por el crimen, ya iluminando las selvas con llamaradas semejantes al incendio... ¡Oh, eterna virtud de los amores supremos, esta de ver á través de la muerte la forma, oír la voz, sentir la presencia del ser amado! Esa es una ley universal, y por eso todos los pueblos fundaron sus religiones y epopeyas sobre un sentimiento del pasado.

Esta leyenda de las almas errantes es una de las que persisten con más fuerza y carácter general en la tierra argentina; alimenta con la misma esencia múltiples y heterogéneas historias y personajes, matizados y aun transformados en las diversas localidades, según la intensidad de sus elementos étnicos. Rafael Obligado ya la cantó en su aspecto más poético en *Santos Vega*, recogió otra de sus formas extrañas en la montañesa *Mula ánima*, y ha ido á aprender en los bosques tucumanos el lamento del *Cacui*,

... el quejido, el sollozo,
El alarido de un llanto

De esos que nacen del fondo
Del alma rota en pedazos;

y ahora el autor de este libro, con más aire de crónica que sentimiento poético, imprime también su interpretación arrancada de libros doctos. Así, para él, que escribe *Kakuy* según la etimología quíchua, este animal lloroso simboliza en la mitología del norte « una india que está condenada á llorar á su hermano », por el trágico suceso acaecido « allá, en los tiempos de los soles largos, entre las quebradas de una sierra del Tucumán » y que la convirtiera en ave, como Scylla se transformara en alondra, en castigo de haber robado á su padre el fatal cabello. Hacen compañía al dolorido cacuí en el reino alado, y con él se reparten el imperio del país, otros pájaros de canto melancólico, vinculados hondamente al alma de nuestros pueblos, los buhos fatídicos, habitantes de las tumbas, de cuevas ó nidos abandonados por otras aves ó por el hombre; la torcaz que invita al romanticismo y á los ensueños infantiles con su tierno arrullo maternal; el *ñacurutú* que ronda en torno de los campamentos y las tolderías; el *caráú* de las riberas y las lagunas bordadas de tupidos cercos de arbustos acuáticos; las solitarias *viudas* ó *monjas*, privadas de canto, pero cuya incurable tristeza se traduce por un lastimero y débil silbido, que apenas turba las noches silenciosas ó las siestas ardientes. Todos ellos, y otros que por esas dilatadas llanuras, valles y serranías mezclan sus notas en el concierto gigantesco de lo creado, son los que llevan el tono de la universal, inmanente y eterna melancolía de todas las cosas, que tiene en el organismo humano la cuerda unisona pronta á vibrar á la primera pulsación ó á la primera simpatía. Y en tal sentido, la naturaleza patria, como fuente directa de observación y recursos de arte, así para el filósofo y poeta, como para el pintor y el músico, es un tesoro aún oculto, reservado á los tiempos venideros, cuando el pensamiento, en su labor creadora, busque en sus senos fecundos la savia que agotaran los vicios, las aberraciones y las vanas y hueras sabidurías.



Las más atractivas, las más animadas, las más sentidas de estas páginas son aquellas en que figura el elemento poético por excelencia, en los cuales el autor, menos preocupado de poner la unción ú óleo santo de la pesadumbre psicológica, se ha entregado al impulso espontáneo de su entusiasmo y seguido los libres caprichos de la imaginación y del recuerdo, tras de escenas, cuadros y paisajes llenos de luz y de alma y de música, y se ha propuesto pintarlos con sus naturales colores y contornos. Las costumbres de las gentes de campo, — de las gentes argentinas se entiende, — ora las relativas á sus labores agrícolas, á sus faenas rurales que ejecutan sin pena y sí con la esperanza en los corazones, ora las que se refieren á sus goces y comunes alegrías, tendrán siempre en este libro una imagen viviente, porque son su sangre, su carne, su espíritu. Tal como ellas son, están distribuidas en la obra con desorden, con mezcla, con algarazara, en confusión de líneas y colores, de sombras y sonidos, y no pocas de sus creaciones se apagan y reaparecen, de trecho en trecho, cual si transmigrase la substancia de unas páginas á otras, ó cual si el pintor, enamorado de ellas, no se resignase á dejarlas, sino que quisiera que le acompañasen todo el camino. Razón tiene, en verdad, en no querer privarse un momento del arrullo adormecedor de esas fiestas, zambras y cantares, y por eso le vemos en diversos pasajes reanimar los mismos cuadros y encender las mismas luces que ya brillaron en otros. Reconoceremos, además, en todas ellas, aunque habiten las suaves y favorecidas llanuras de la Mesopotamia, los mismos caracteres esenciales del alma nativa, de ese gaucho argentino, que lo mismo afronta los horrores de una pelea y las miserias de la suerte, que, en torno del fuego regenerador, bajo la sombra del ombú, ó al aire libre de la primavera, se alza radiante de arrogancia y hermosura ingénitas para la danza nacional, en la

que mozos y mozas, desbordantes de savia, remedan en sus giros graciosos el ondular de los ríos y el serpentear de los arroyos que fecundan sus campañas :

*Ero lou règne, aquí, di farandoulo,
La naciounalo danso roudanenco,
...i jour de voto,
Di viravout dou Rose imitarello,
Ersejo a fai la serp au long di dougo.*

Se nos figura que el autor, en presencia de la naturaleza, ha extendido un gran lienzo, y presa de un capricho, ó de un vivo deseo de bosquejar, reunidos todos los asuntos para una serie de trabajos de detalle, hubiese en unos prodigado las tintas, diluído las sombras, borrado ó confundido los contornos y las facciones, y en otros, por el contrario, hubiese puesto más análisis, más precisión técnica, más amor : así sucede que en el campo de su obra aparezcan repartidos con intensidades diversas, con dibujos desiguales, con rasgos comunes muchas escenas, cuadros, tipos, que, á haberse realizado la tarea definitiva del taller, habrían salido á luz con su dibujo concluído, sus matices nítidos, sus sombras y luces acentuadas y cada una con su marco propio y en su sitio aparente. Pero, esta es, quizá, regalía de espectador metropolitano, que exigiese del artista algo que bien pudiera depender de su propia atención, y raciocinio; porque, cuando se analiza esa tela imaginaria, se distinguen con claridad y se iluminan con toda la luz externa é interna necesarias los bosquejos que contienen. Así, se sienten el bullicio y las correrías, se oyen los cantos, las exclamaciones y estrépitos de concursos alegres y festivos de la *minga*, en que junto con los frutos de la común fatiga, llegan las bellas ilusiones y despiertan las ternezas y las imágenes, forma indefinida de la gratitud de la criatura hacia la tierra materna que no sólo la nutre y vigoriza, sino también la arrulla y hermosea. Lo mismo, pero con mucha mayor hondura de concepto, de color y de dibujo, hasta el punto de resaltar sobre todo el escenario del libro, se nota el cuadro, en que hay más de una pincelada heroica,

titulado *Parando rodeo*, en que el observador queda suspenso ante aquella « isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas », á presenciar la lucha conmovedora del toro embravecido que, después de hacer temblar la selva y la comarca, se rinde ante el valor y la pericia del campesino, auxiliado por sus perros de caza. Al lado de este episodio podemos colocar *La creciente*, fenómeno interesante no conocido en tal forma por los hijos de las montañas, porque en la región de los bosques litorales los ríos se hinchan y agrandan, cual si sacasen del fondo de la tierra todo su cuerpo sumergido, y ahogan entonces los rebaños, los campos y los bosques más altos en majestuosa inundación ; pero allá, donde las cumbres abruptas rompen con el blanco filo de sus nieves el intenso azul, cada vez que rebalsa el agua de sus torrentes, y se derrumban hacia los abismos, es porque en la altura arden las fraguas, se entrelazan los rayos, se incendian las cimas, estallan los truenos hórridos y repercuten sin término como los ecos de una batalla de gigantes ejércitos ; y entonces el alma sólo tiende á difundirse, á lanzarse de la vida terrena, y convertida en una nube de incienso, en un acorde sagrado ó en un rayo de luz, envolver en un raptó de suprema admiración á la fuerza, la mente, la ley, la idea que rige los mundos, los lanza al espacio y los aniquila con un soplo.

¡ Con cuánta alegría sellan los hombres las paces con la naturaleza irritada ! Y en aquellos donde las luchas son más frecuentes, por hallarse al borde de los ríos caudalosos, bajo las selvas tropicales ó entre las montañas escarpadas, tienen más que los otros riqueza de artísticas manifestaciones de este júbilo íntimo con que se festejan las horas de tregua, de sosiego, de adormecimiento de todas las energías. Por eso, después de cada labor, al fin de toda jornada de la diaria faena, la danza, la música, la confidencia, la poesía, hacen su entrada triunfal. Y no habrá país en la tierra que pueda exhibir al arte variedad más abundante de bailes nacionales, de canciones y estilos poéticos, los cuales adquieren formas, tonalidades y modismos como los caracteres de las regiones principales

del territorio, y según las influencias hereditarias ó de otras sociedades vecinas. En no pocas especies de bailes se mezclan en estrecho consorcio los ejercicios del ingenio nativo, ya en la poesía con que se anima el aire musical, ya en las tiernas ó picantes *relaciones*, que en instante propicio han de dirigirse las parejas, en versos improvisados ó aprendidos, que tienen toda la gracia, el color y el aroma de las flores y hierbas campestres. Algunos de ellos son comunes á todas las Provincias, porque lograran salvar, en fuerza de su hermosura y donaire, las fronteras interiores é imponerse á la admiración de los más cultos: el *pericón* y el *cielito* reinantes en la campaña bonaerense y todo el litoral de nuestros grandes ríos, con sus cuadros de conjunto, actitudes estatuarias, zarandeos y giros multiformes, y con los prodigios de picaresca y ágil versificación, que los convierte en torneos donde se lucha con la estrofa y la melodía, como en una batalla de flores y de luces; el *gato*, el *triumfo*, la *huella*, el *malambo*, los *aires* y las *mariquitas*, en Córdoba y demás provincias del centro y del Norte, que se caracterizan por la rapidez, la viveza y combinación de los movimientos y dibujos, por la música y las palabras, de estilo é índole especiales. y en los que tanto hace la apostura del galán, como cautiva los ojos y arranca delirantes palmoteos de aplauso el cuerpo cimbrador y ondulante, las curvas y arabescos, que en el suelo trazan los pies ligeros de las muchachas campesinas, desbordantes de rosas en las mejillas y pasión nativa en las almas; la *zamacueca*, el *escondido*, la *chacarera* de las tierras andinas, en los que domina un estilo más severo, sin ceder nada en encanto á sus congéneres, antes bien elevándose por su pensamiento musical la primera, por su marcada forma escénica el segundo, y la tercera por la delicada, exquisita y adorable gracia de los juegos y huidas á que se entregan, al compás de música resplandeciente de alegría, los gentiles y jóvenes cazadores de amor. Y este libro despierta todas las reminiscencias, evoca todos los recuerdos, conjura todas las sombras errantes de las costumbres nativas, que van ya desvaneciéndose ante la hoz mortal de las nue-

vas generaciones... Con harta razón después de cada uno de sus cuadros llenos de vida y de calor de la patria, hay siempre una despedida triste á todo lo esencialmente argentino, que se va, se esfuma, se pervierte.

Aquí he sentido, después de tanto tiempo de ausencia de mi tierra provinciana, llegar los ecos arrobadores de los cantares del pueblo no recopilados aún ni en el pentágrama, ni en el libro, destinados á unirse para perpetuar y legar á tiempos mejores, del porvenir, antes que desaparezcan por siempre, las armonías sencillas, casi primitivas de nuestros campos, fuente virgen aun de la futura música nacional, apenas vislumbrada hoy por algunos espíritus sinceros, y desconocida por los demás que no ven en ella lo que Beethoven percibiera en los ruidos de la noche, ó en los ingenuos cantos de los pastores. No; es casi una iniquidad convertir las sagradas melodías en que el alma de la tierra ha llorado sus dolores, soñado sus esperanzas y exaltado sus victorias, en objeto de espectáculos exóticos ó de mercantiles acomodados; porque les faltará « el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas y las sombras nocturnas que avanzan... » La *vidalita* es de origen montañés, tiene su abuelo de aquella raza que tuvo al sol por deidad suprema, y era adorado en templos colosales de piedra, ó bajo el infinito cielo de América, á la hora en que el dios flamígero se hundía envuelto en llamaradas rojas en el pavoroso occidente, y cuando aparecía de nuevo, aprisionado aún por las nubes de la noche que al asomar la aurora se bañan de deliciosos rubores. Ella tiene su unísono en el *triste* de la llanura donde cantó Santos Vega. Tiembla la voz que modula aquella música, lo mismo que la de las vírgenes sagradas cuando entonan sus salmos ante los altares; y cuando el campesino la repite sin palabras en las laderas y en los bosques, en la *quena* legendaria de sus antepasados, se siente brotar lágrimas de las peñas y de los árboles centenarios, y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio:

... ubi fixa cacumine montis

Liquitur, et lacrymas etiamnum marmora manant.

Ha querido también aquí el autor de los *Recuerdos de la tierra*, unir en fraternal abrazo la melancolía montañesa, la dulce tristeza que brota de la leyenda antigua, con la alegría abierta y la chispeante galantería de la región oriental. Las varias escenas en que nos exhibe esta atractiva fase del carácter argentino, como en *Juvenilia*, *Junto al fogón* y otros capítulos ya enunciados, pueden dar la verdadera impresión de lo que es el espíritu del gaucho, su imaginación siempre veloz, la ternura de sus afectos y sutileza de su ingenio; y se sabe que el autor conoce como pocos el vasto repertorio de la poesía y la música populares. Algunos clásicos ejemplos nos ofrece en sus páginas, risueños ó conmovedores, y al leerlas se ocurre desear que compilase los más auténticos é indiscutibles, porque es fuera de duda que mucha mezcla moderna nacida de las payadas de teatro ha venido á enturbiar el límpido seno de la que brotara en la pampa, en las riberas, en la llanura, en los valles andinos.



No daríamos á estas líneas color ni forma de crítica, si no dijéramos algo del libro en sí, como obra de estilo y de concepción literarios, pues que así ha de entrar en la no abundante nomenclatura de los que realizan la creación de un arte propio. Sus elementos constitutivos, como los de toda labor culta entre nosotros, — el nativo ó criollo, y el universal ó clásico, diremos así para designar el idioma sancionado por los doctos, — lucharán sin cesar hasta fundirse en una unidad indivisible de fondo y de forma á que den vida los preceptos originarios, en racional y natural fusión con los libres, nuevos é ingénitos caracteres de esta sociedad. Pero no será sin duda por medios violentos ó ficticios, que esta metamórfosis se realizará en el tiempo, sino por una gradual, sucesiva y latente serie

de evoluciones, presididas en todo momento por esos insaciables soberanos de toda obra intelectual, que se llaman el buen gusto, la conciencia estética, la cultura de la forma y la pureza de la idea.

Quizá en este nuevo libro que la literatura nacional adquiere, se encuentren en desequilibrio notable esos dos atributos, pero deberá todo lector reconocer que hay en él riqueza grande de uno y otro; y en cuanto á poesía y arte nativos, no sólo ha sido fecunda la mente que lo trazara, porque ha habido derroche á manos llenas, sino que abierto el seno de la tierra, han surgido, de él como después de largo encierro, en torrentes desordenados y rumorosos. Por eso entre los tópicos diversos que abraza, algunos de los cuales no hemos analizado en particular, se advierte cierto descuido, formas difusas, tonos desiguales, caprichosos y, por tanto, no siempre justas distribuciones del color y de las sombras, exceso visible de determinados recursos y efectos, cual si repitiendo su ejecución hubiera querido grabarlos más en la memoria ó en el corazón de sus lectores. Pero hay mucho de interesante en esta confusa galería de retratos y de escenas pintados con colores de selvas, ríos y cielos, en la tela nunca agotada de la tierra argentina. Aquel « curandero » recuerda á veces á un Diógenes agreste, y otras á un rey Lear sin corona y sin hijas ingratas, y dentro de esta rara familia podría figurar tal vez ese otro loco advenedizo llamado *Chabaré*. Las mujeres que llevan en estas páginas el estandarte inmortal del amor y la ternura, son las « morochas » apasionadas ó despreciativas que encienden la inspiración del poeta campesino, despiertan los impulsos caballescrescos ó enfermizos en las almas incultas del hijo de los llanos, los bosques y las montañas, y son también tipos originales del escritor, por él sólo observados, pero que pudieran confundirse como hermanos en un solo hogar, sobrio, abandonado, del que hubiese huído la esperanza. Dionisia, Cornelia y Marcela son hijas de una misma concepción espiritual, huérfanas las tres de amor, de ilusiones y de todo afecto, pero la última se aparta con relieve singular del grupo melancólico: nacida en brazos de la miseria, un incen-

dio la dejó sin padres y sin hermosura; su bondad y su tristeza la hicieron encontrar hermanos, pero reclamaba la tierra su fruto y un rayo la redujo de nuevo á cenizas. ¿Por qué el autor, — diremos el poeta, — no ha elegido mejor sus personajes predilectos, y no ha consagrado al idilio de Marcela todo el religioso culto de arte que encerraba? Fué un sueño doloroso la vida de esta criatura adorable y piadosa, y también una tenue lumbre que llena de unción las breves páginas en que atraviesa su silueta deleznable, como una flor misteriosa del agua y del viento.

Debemos terminar, bien á pesar nuestro, aunque nos falte decir tantas cosas contenidas en este pequeño volumen, que es, al propio tiempo que un tesoro de recuerdos íntimos de hogar y de infancia, de episodios patrióticos, de costumbres nativas y relatos animados y coloridos, un nuevo y positivo concurso al estudio de nuestro idioma en América, su genio local y su crecimiento, aparte de lo mucho que en él deberá encontrar quien investigue con amor en las intimidades del alma argentina.

J. V. GONZÁLEZ.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

V

Antes de dar á luz su *Historia de la Literatura Brasileira*, en 1878, publicó Silvio Romero un opúsculo sobre la *Filosofía en el Brasil*. Debo decir algunas palabras á propósito de este ensayo crítico, cuyo examen me permitirá indicar alguna de las múltiples facetas del pensamiento brasileiro contemporáneo. Temo que mi juicio sobre esa obra no sea todo lo benévolo que yo desearía. Empero, el tema que trata me parece altamente interesante, y la figura de Tobías Barreto, estudiada en él, llama fuertemente mi atención por los elogios apasionados que le consagra el señor Romero, tanto en este trabajo como en la obra á que me he referido anteriormente. Desde luego, la *Filosofía en el Brasil* revela un estado de efervescencia cerebral poco en consonancia con la calma y la frialdad analítica que reclama el criterio filosófico. El señor Romero principia por establecer la poca importancia de la contribución prestada á la filosofía por los escritores de su patria. No obstante, se propone estudiar las escasas obras que en ese orden de

especulaciones intelectuales han visto la luz pública en ella, y todas las cuales acaban de ser envueltas en una misma condenación por el impetuoso escritor. La lista de sus víctimas se abre con la ejecución del *Compendio de Filosofía* del Padre Fray Francisco de Mont Alverne. No conozco ese libro sino á través de la crítica del señor Romero, pero las transcripciones que de él nos hace, así como las observaciones que le sugiere, demuestran que él realmente estaba imbuído en un espíritu de escolástica estrecha. Según el crítico mencionado, Mont Alverne coloca en el mismo rango, como ciencias gemelas « la elocuencia, la filosofía y la teología » y este rasgo de inocencia paradisiaca provoca la indignación del señor Romero. « La filosofía y la elocuencia—dice—igualmente se repugnan; en toda la historia de ambas, sólo dos hombres se nos muestra en que ese consorcio fué posible: Fichte y Cousin. » De Fichte dice que « el patriota ofuscó al pensador »; y de Cousin que fué « gran orador porque no fué nada que se pareciese á un filósofo », es decir « un espíritu *sin norte, un literato* que errara su camino ». Sintetizando su opinión sobre el desgraciado *Compendio*, el señor Romero encuentra en él « unos restos estropeados de Locke y de Condillac, reducidos á figuras mínimas por los discípulos y comentadores, y algunas frases engañadoras de Laromiguière, « brillantes por el estilo y frágiles por el análisis ». La anemia incurable de este libro, no le llama la atención, y cuando piensa en su autor, dice él con profunda lástima: « Tan pobre, tan insalubre fué el alimento que le dió la cultura de su patria, en su tiempo; tan ingratas las influencias á que tuvo que ceder, que la crítica siéntese con impulsos de absolverlo. »

El segundo escritor estudiado por el señor Romero es el doctor Eduardo Ferreira França, autor de unas *Investigaciones de Psicología* publicadas en Bahía en 1854. En el prefacio de esta obra, su autor declara que « imbuído en la idea de los llamados sensualistas, entusiasta de Destutt de Tracy, se afilió á la escuela materialista », hasta que después de largas lecturas sus ideas se modificaron « y el *profundo* Maine de Birán contribuyó especialmente para es-

clarecer su inteligencia ». Naturalmente, esta confesión desagrada profundamente al señor Romero que la compara con la análoga de Jouffroy, haciendo resaltar la enorme diferencia que existe entre el estilo del doctor Ferreira França y el del penetrante escritor francés. En suma, en el libro de éste encuentra falsas concepciones psicológicas, deficiencia de información científica, eclecticismo vago, imitado de Cousin, á quien el señor Romero trata con un desdén altivo y una acritud constante.

Abandonado el doctor Ferreira á su poca suerte, comparece en la barra de los acusados otro discípulo de Cousin, ó peor que eso: « un discípulo de Mont Alverne desenvuelto por Cousin ». Se trata del doctor Domingo de Magalhães, cuyo *Hechos del espíritu humano*, aparecieron en París en 1858. Para el señor Romero « él es un escritor vulgar, sin elevación de ideas, sin firmeza de doctrina, sin fuerza de análisis, sin habilidad de forma ». Me extraña que después de esta pintura tan poco halagüeña, no haya concentrado su opinión en el conocido juicio que inspira á aquel filósofo, igualmente difícil, con quien antes lo he comparado, el desgraciado soneto de Oronte :

Franchement, il est bon à mettre au cabinet...

El señor Romero, sin embargo, se ocupa detenidamente de una obra á la que acaba de negar toda clase de condiciones, si bien es cierto que lo hace en una forma sarcástica y agresiva, y que mezcla en su análisis no pocas alusiones picantes á las veleidades poéticas del señor Magalhães, autor de unos quejumbrosos *Suspiros Poéticos*, que don Juan María Gutiérrez comparó con los *Consuelos* de nuestro ingenuo Echeverría, y de un poema épico anteriormente citado sobre la *Confederação dos Tamayos*. El filósofo le parece tan lacrimoso y vetusto como el romántico cantor de Aimbire y Pindoburú.

El señor Romero, como el Lazarillo de Tormes pasaba del servicio de un fraile al de un caballero, abandona á un caballero para

ocuparse nuevamente de un clérigo, el Padre Patricio Muñiz, « pensador muy mediocre y orador en las mismas condiciones ». Si las observaciones del señor Romero son exactas — y su alta inteligencia no permite dudarlo, — este apreciable sacerdote no pertenecía á la edad teológica de Comte, tomada en un sentido figurado, sino á la edad inquisitorial de Felipe II. Era un teólogo de tomo y lomo, partidario del tizón y la hoguera, refractario á « la metafísica alemana », lo que subleva con razón al señor Romero, amante de la escolástica y del catecismo, y que no me extraña teniendo en cuenta sus estudios y su carácter sacerdotal. Reprochar á un cura párroco que crea en Santo Tomás de Aquino, en vez de creer en Augusto Comte, en Kant, en Schelling, en Hegel y Krause, me parece un colmo de propagandista y una exageración de sectario. El señor Romero gastará en vano sus apóstrofes más brillantes y su lógica más abrumadora. La *Teoría de la Afirmación Pura* del Padre Patricio Muñiz, será todo lo detestable y atrasada que quiera. Al hacerla así, él ha cumplido con sus deberes religiosos. Dirigirle reproches por esta causa, es casi cometer un atentado contra la libertad de conciencia. Juzgo más justo y más humano dejarlo gozar en paz de su tranquila mediocridad. Lo mismo debo decir de otro pernambucano, « médico, periodista, ultramontano », según el señor Romero, que escribió unas compilaciones de Santo Tomás y un *Compendio de Filosofía* según los principios y el método del angélico doctor. La opinión que sobre él manifiesta es contundente y decisiva, en su misma concisión. Refiriéndose á aquel mamotreto indigesto de 700 páginas banales, dice con razón: « Ó se acepta en él todo, ó todo se rechaza. Nada existe que pueda analizarse. Un libro cadáver no se discute; la filosofía no es un anfiteatro anatómico ».

El libro del doctor Américo Figuereido, *La Science et les Systèmes*, publicado en Bruselas, en 1869, ocupa luego la atención del señor Romero. El señor Figuereido es un distinguido pintor, y la obra mencionada, escrita en francés, constituye la tesis que pre-

sentó para adquirir el grado de doctor en la Universidad de Bruselas. Desde luego, el autor expresa que si su libro «hubiera sido escrito en el Brasil, carecería seguramente de *color local*, pues ninguna de las cuestiones que aborda, con algunos desenvolvimientos, se encuentra tratada allí bajo *un punto de vista nacional*». Prescindiendo del *color local*, que poco tiene que ver con las disquisiciones filosóficas, el señor Figuereido manifiesta en el fondo una opinión que está de perfecto acuerdo con las ideas del señor Romero sobre el atraso de los estudios filosóficos en el Brasil. Y sin embargo, el estimable crítico rebate ese juicio con ardor, y sale valientemente á la defensa de la ciencia que ha negado, y de los autores á quienes acaba de *rosser d'importance*. «En 1869, — dice, — cuando el digno doctor por la Universidad de Bruselas se expresaba en aquella forma, algunos de los sistemas que cruzaban sus armas delante del viejo público europeo, ya eran conocidos por pocos adeptos brasileros. De entonces para acá, gracias á la cooperación de algunos espíritus juveniles, las cosas han cambiado mucho de aspecto, y en la propia prensa diaria y en la tribuna de las conferencias públicas, algunas de las últimas luchas han sido debatidas ante espectadores nacionales. Para no citar otros hechos, fuera de aquellos de que me he de ocupar en el curso de este ensayo, nadie dirá que las *Tres Filosofías* del doctor Luís Pereira Barreto, el *Fin de la Creación* del Vizconde de Rio Grande, las *Funciones del cerebro* del doctor Guedes Cabral y los *Ensayos y Estudios* del doctor Tobías Barreto, no estén nutridos de las ideas *peligrosas* que dividen el pensamiento europeo y no revuelvan totalmente el viejo y empodrecido terreno en que dormitaba la ignorancia patria.» Verdad es que pocas líneas después, y replicando nuevamente á una frase en que el señor Figuereido se felicita porque su patria «no ha experimentado la acción disolvente de *materialismo positivista*», el señor Romero se contesta á sí mismo diciendo que «no caerá en el irrisorio disparate de comparar la grandeza y seriedad de las actuales cuestiones debatidas en el viejo mundo, con las imitaciones cómicas que ellas están teniendo

entre nosotros ». Al penetrar, por fin, en el análisis de *La Science et les Systèmes*, el distinguido crítico brasileiro hace notar con razón que aquel título no corresponde á la obra y que en vez de una indagación filosófica sobre la ciencia en general y los diversos sistemas, sólo se encuentran en ella algunas notas biográficas sobre grandes artistas como Miguel Angel y Rafael, ó sabios como Galileo y Newton. Por lo demás, el señor Figueredo pertenece « á la parte liberal del eclecticismo francés, es espiritualista, sectario del método racional, un poco refractario á la teología ». Esto basta para comprender si el señor Romero lo tratará con altura, máxime cuando antes se ha permitido la ligereza de acusar á la ciencia moderna de *empirismo*. La indignación del autor de *La Filosofía en el Brasil* estalla inmediatamente, y empieza por ensayar sus primeros dardos contra Victor Cousin, *la bête noire* de ese opúsculo interesante. « Sentaba bien á un Cousin, — dice, — acusar á Lamettrie ó á Helvecio livianamente de aquel defecto. Pero venir el doctor Figueredo á decirnos seriamente que Comte, Littré. Büchner y toda la cohorte de sabios y filósofos que ilustraron los últimos tiempos, no han practicado un exacto y verdadero método ... es singular. »

El ilustrado escritor brasileiro toma aliento al llegar á este punto de su trabajo, sacude el polvo de los viejos libracos que lo han detenido y se dispone, alegre y satisfecho, sin « necesidad de que su pluma se agite trémula sobre el papel, porque *ideas amigas* le darán suave curso », á apreciar « los cuatro *espíritus brasileiros de más saliente cuño en este siglo* ». Se refiere al doctor Luis Pereira Barreto, á José Araujo Ribeiro, Vizconde de Rio Grande, al doctor Guedes Cabral y especialmente al doctor Tobías Barreto de Meneses. El primero de ellos, dice el señor Romero, es un Comtista aferrado, que, como el maestro, quiere reformar hasta el calendario. Su primer libro está datado en Jacarehy, en 18 de César de 86 (10 de marzo de 1874). El doctor Guedes Cabral y el Vizconde de Rio Grande, siguiendo la misma clasificación, son *darwinistas* pronunciados « que suponen tal vez para siempre encadenada la verdad en

los dobleces de su sistema ». En cuanto á Tobías Barreto, el señor Romero no lo define de una manera clara. Para él es un *reactor*, un propagandista, un divulgador de los escritores de la Alemania moderna.

Veamos cómo trata ahora á esos cuatro privilegiados. Por lo pronto, nos manifiesta que « sin desdeñar las inapreciables ventajas que trajo á la filosofía la doctrina de Augusto Comte, hay en la grande obra del insigne pensador, ideas *completamente inaceptables* y peligrosas para la ciencia ». Cree que ese sistema fecundo, á pesar de la pretensión de sus discípulos, ha quedado retardado. El señor Romero es amigo de la novedad, de la última palabra en la ciencia y en el arte. Así, confiesa que « en otro tiempo sectario de Comte, en la ramificación dirigida por E. Littré, sólo lo dejó cuando libros más desprevenidos y fecundos le llegaron á las manos », y que « Comte sólo fué abandonado por amor á Spencer, á Darwin, á Haeckel, á Büchner, á Vogt, á Moleschott, á Huxley ». El positivismo le parece uno de los grandes sistemas de filosofía que, en este siglo, han sufrido censuras menos fundadas. Recordando la frase de Stuart Mill sobre las dos maneras de juzgar la obra de Augusto Comte: « hallar buena la organización y malos los detalles, ó viceversa, reconocer un gran número de ideas de detalle como profundas y como malo juzgar el conjunto », el señor Romero dice que, á su juicio, hay defectos y aciertos en el plan general y hay defectos y aciertos en los detalles. Entre los aciertos encuentra la excelente clasificación de las ciencias, « superior á las propuestas por Ampère y por Spencer (1) »; también aplaude en esa doctrina el haber « abrazado, ayudado á desenvolver y á propagar los cuatro principios fundamentales del monismo contemporáneo: la relatividad, la inmanencia, la evolución y la unidad de los seres ». Verdad es que inmediatamente de hecho este elogio, el señor Romero se contesta

(1) En una publicación reciente de que me ocuparé más tarde (*Doctrina contra Doctrina*) el señor Romero combate esta clasificación que al principio tanto le satisfacía.

nuevamente á sí mismo diciendo que « estos elementos indispensables á la ciencia de nuestros días no fueron descubiertos por Comte; él los aceptó y es por esto un benemérito del pensamiento libre ». Volviendo á los aplausos, encuentra que lo « que es altamente duradero é inapreciable en la obra del reformador es su ley de la historia, la ley de los tres estados, teológico, metafísico y positivo ». De esa ley deriva para él la guerra abierta contra los procesos de las dos filosofías anteriores y la preconización del método y tendencias positivas, cualidades que constituyen el lado inatacable del sistema y por los cuales éste se liga y se confunde con el realismo científico contemporáneo.

La doctrina positivista, para el autor de *La Historia de la Literatura Brasileira*, tiene sin embargo dos errores, dos falsas apreciaciones que importan al mismo tiempo dos graves injusticias; una es considerar el espíritu crítico como un dato de la metafísica; y otra el rechazar el materialismo, bajo el pretexto anterior. El señor Romero se encrespa al ver que Pereira Barreto, denomina *metafísicos* á hombres como Darwin, Haeckel, Moleschott y otros. Verdad es que se consuela pensando que, á su turno Laffite, que dirige el grupo llamado ortodojo, también arroja el epíteto terrible á la faz de Littré y otros discípulos de Comte. En suma, para Silvio Romero, « el positivismo, sistema truncado que degeneró en teología con su *Religión de la Humanidad*, sólo cuenta con un espíritu de primer orden: el de Augusto Comte ». ¿Ha puesto en su verdadera luz al maestro, el libro del doctor Pereira Barreto? Según el señor Romero « no se conoce al grande hombre por las compilaciones del médico de Jacarehy ». Más lejos lo llama « dilettante filósofo » y le recomienda las obras de Büchner. Finalmente, acaba por clasificarlo de « sectario obcecado », de los que permanecen « terribles, intratables, irreconciliables en medio del ajeno triunfo, dejando oír de tarde en tarde el ridículo ex-conjuro: *metafísicos* ». Sobre los estudios del doctor Pereira Barreto, el crítico no es más dulce: « á lo que parece, — dice, — conoce y juzga el sistema de

Darwin por la incompleta exposición que de él hizo Quatrefages, como conoce á Schopenhauer por el librito de Dumont». Hasta ahora no encuentro, —hablando con ingenuidad, —que el señor Romero dé al autor de las *Tres Filosofías* un tratamiento de acuerdo con su posición privilegiada de uno de los espíritus de más valiente cuño de su siglo en el Brasil. Por fortuna, el elogio franco aparece al final del artículo, con motivo de las aplicaciones que el libro del señor Pereira Barreto hace en sus teorías á los acontecimientos del Brasil, «aconsejando á la nación que se regenere por la ciencia, emergiendo de la ignorancia en que ha estado ahogada».

El vizconde de Rio Grande es *Darwinista*, y en su calidad de tal merece especiales consideraciones de parte del crítico de que vengo ocupándome. Sin embargo, como hasta ahora en sus más tiernas caricias, y aun cuando mayor empeño muestre en poner *patte de velours*, el señor Romero deja ver la garra del polemista: desde luego nos advierte que aquel filósofo «no obstante *disponer tan sólo de una erudición de segunda ó tercera mano*, revela en toda la extensión de su escrito una gran tensión de espíritu y un sentido crítico elevado». El *Fin de la Creación* es para él una obra de mérito que dilucida muchos puntos oscuros de la geología brasilera, aunque su tesis principal, probar el crecimiento de la tierra, no sea original, sino sacado de autores como Meunier, el sabio belga Delbœuf y el sabio alemán Hartmann, «que admite y proclama que toda la materia que existe está dotada de vida, sensibilidad é inteligencia, en estado inconsciente en el universo y consciente en el hombre». Este espíritu de imitación filosófica, este sometimiento al pensamiento de maestros europeos, el señor Romero lo encuentra igualmente en el libro *Las Funciones del Cerebro* del doctor Guedes Cabral. «Este libro es una repetición, —dice, —de algo de lo mucho provechoso que se ha escrito sobre el asunto. En la parte filosófica el autor se adhirió especialmente á Buchner, Moleschott y Luys, adjuntos á Taine y Bain. El doctor Cabral estudia el cerebro y la sensación, el cerebro y el pensamiento, el cerebro y el sentimiento; y más espe-

cialmente, las localizaciones de las facultades intelectuales, el origen de las ideas llamadas morales y las cuestiones conexas con la pasión y el crimen. Á propósito de este último tema, el señor Romero hace una larga transcripción de *Las Funciones del Cerebro*. Debo confesar con franqueza que, como trozo de un filósofo, ella no me satisface del todo. Encuentro allí un eco apagado de esa ciencia de fantasía, que es á la verdadera filosofía lo que las novelas de Ponson du Terrail á la literatura, y que hoy está puesta en boga por el profesor Lombroso y otros cultores de la antropología criminal.

VI

El libro de Silvio Romero termina con el estudio sobre Tobías Barreto, de quien también se ocupa extensamente en la *Historia de la Literatura*, transcribiendo allí una gran parte del juicio que le consagra en la *Filosofía en el Brasil*. No examinaré en este momento las dotes de poeta de este distinguido escritor. He leído todos los versos suyos que transcribe el señor Romero, y otros dispersos en publicaciones variadas, y me reservo decir algunas palabras á propósito de ellos, al ocuparme de las manifestaciones de la musa brasilera contemporánea. Lo que me interesa por ahora es el talento literario de Tobías Barreto, es su facultad crítica, ya que nada encuentro en él que autorice á llamarlo filósofo. Desde luego, su vida inspira una viva simpatía por su persona. Ese joven, destituido de medios de fortuna, que sale de Campos, un villorío de Sergipe, para conquistarse solo y sin apoyo de nadie una educación difícil de lograr en su tiempo y en su residencia; esa llegada á Bahía y el ingreso al Seminario de donde sale después de un solo día de permanencia; sus largas peregrinaciones por la ciudad desconocida y hostil que parece querer expulsarlo de su seno, pues la primera noche en que se hospeda en ella, el hotel donde entró fué presa de las

llamas; su estudio tenaz de la lengua francesa y sus coloquios consoladores con Victor Hugo y los románticos de la época; sus luchas en Pernambuco para terminar sus estudios de derecho, sosteniéndose con el producto que le proporcionaba una cátedra de latín, pues el pobre muchacho, no se sabe cómo, había tenido tiempo de profundizar esta lengua clásica: toda esta larga serie de contrastes, de sacrificios y de combates, forma una de las biografías más nobles é interesantes de que pueda enorgullecerse un escritor sud-americano. Los incidentes de esta vida, por otra parte, explican y disculpan cierta acritud altanera y cierto orgullo misantrópico que se trasluce en los escritos de Tobías Barreto. Debajo de su calma de hombre formado, de autor eminente, se adivinan los dolores pasados y las amarguras de los días de prueba. Es el lote común de los espíritus que se forjan en la batalla, en la tristeza, en el abandono. Su fibra se templa, su inteligencia se acerca, pero es á despecho de sus cualidades afectivas y de su bondad ingénita. Al perder desde temprano las ilusiones y las dulzuras de la infancia, piérdese cierta ingenuidad de sentimiento, que nunca se recupera en la vida. Tal sucedió entre nosotros con ese espíritu genial que se llamó Sarmiento, y tal pasa en el Brasil con Tobías Barreto.

Terminado su bachillerato en ciencias jurídicas y sociales y conquistado su título de abogado, el escritor sergipano se retiró á Escada, pequeña ciudad situada á trece leguas de Pernambuco. Allí se hizo dueño de una pequeña tipografía donde, dice el señor Romero:— « su sobrino, muchacho de diez y seis años, ha servido de impresor y él de regente de buena porción de periódicos, como *Un Signo de los tiempos*, *La Comarca de la Escada*, y otros que han flagelado nuestra general ignorancia y los abusos cometidos por la oligarquía de aquellos lugares ». Al mismo tiempo, su sed inextinguible de ilustración, lo hacía abandonar las atracciones exclusivas de la musa francesa, para entregarse á estudios de crítica religiosa y literaria, de filosofía y lenguas. Según su afectuoso biógrafo « en el alemán es autodidacta, en toda la fuerza de la palabra, y tanto más admira-

ble cuanto que escribe bien este idioma según afirman personas competentes ».

Los lineamientos de esta educación y de esta vida, descruentados en un medio obscuro de provincia, lejos del bullicio y el roce forzado de las grandes capitales, son por sí solos el mejor comentario de la mentalidad de Tobías Barreto. La independencia de sus estudios solitarios, le inspira una libertad de criterio de que usará en todas las circunstancias de la vida. Sus largas meditaciones sobre los problemas morales y filosóficos que surgen á su paso y que analiza á través de sus autores favoritos, lo hacen sistemático, de vistas profundas pero estrechas. Acostumbrado á no conversar sino consigo mismo, á escucharse á sí propio, á buscar en su satisfacción íntima la recompensa y el consuelo de sus largas fatigas intelectuales, sin pulir los ángulos salientes de su naturaleza poderosa en esa convivencia de la vida social que dulcifica los caracteres y suaviza sus asperezas, posee una alta conciencia de sí mismo y un orgullo defensivo basado en la fe que tiene en sus propias fuerzas. Su horizonte intelectual debe ser limitado; sus gustos exclusivistas; sus amores escasos, pero ardientes. Y tal se presenta, en efecto, en las páginas de los *Estudios Helmanes*, que acabo de leer de nuevo, con atención y con interés, así como á través de la biografía y del juicio que le consagra su amigo más fiel, su discípulo más constante.

« Como poeta y como prosador, — dice Silvio Romero, — apoyando en el fondo esta síntesis psicológica de su espíritu, — es completo fragmentista; cortos, ligeros ensayos, dirigidos por una idea bien determinada y definida, y revestida de un estilo correcto y lleno de movimiento, es cuanto sale de su pluma. Nunca tentó el drama, el romance ó cualquier obra de aliento, á que ciertamente no se presta la naturaleza de su talento que, en todo caso, no es heredero ni continuador de quien quiera que sea entre nosotros. Las durezas de su tierra natal, los solitarios arenales de la pequeña aldea de Campos, y la mala fortuna social del poeta, influyeron, es cierto, sobre él, dejándole en el espíritu alguna señal del abandono y de la aspe-

reza; pero los provechos de la civilización, el comercio constante con los libros alemanes, neutralizadas las mórbidas influencias del medio que lo circunda, lo hacen en la Escada, entre campesinos semi-bárbaros, un entusiasta consciente de la cultura tedesca ». Ese entusiasmo, el crítico hace bien en advertirlo, no tuvo en él siempre la misma intensidad. En sus primeros escritos, también encorvóse « al extenuado espiritualismo francés, teniendo por iniciadores en filosofía á Birán, á Cousin, á Jouffroy, Simón y al escolástico español Balmes ». Este período de influencia francesa se dilata de 1865 á 1870, en que empieza á dominar en su espíritu de una manera tiránica la influencia germánica, hasta la época de su muerte (1889). Los ensayos que componen los *Estudios Alemanes*, publicación póstuma de 1892, pertenecen á las dos épocas, y dejan por consiguiente ver la evolución producida en las ideas de su autor.

La idea matriz de los *Estudios Alemanes*, es la superioridad de la cultura alemana sobre la de todos los pueblos modernos, y como contraste, el atraso terrible del Portugal y el Brasil. El señor Romero es inexacto é injusto, cuando refiriéndose á la Francia, dice que escritores como Renan y Taine, que reconocían esta prioridad, trataron de negarla después de la guerra. Tomo al acaso cualquiera de las obras de Renan, para no referirme sino á este grande maestro, cuyo germanismo ha sido más caracterizado, las *Questions Contemporaines*, por ejemplo, y encuentro que desde 1857 al tratar de los trabajos intelectuales de la Alemania, su crítica no se confunde con el endiosamiento. « La filosofía alemana, — dice en una carta á los Directores de la *Revue Germanique*, — es algo muy particular, que no puede ser comparado á nada de lo que existe y cuyo valor sólo podrá ser apreciado con el tiempo. En cuanto al conjunto de las producciones que se llamaban en otro tiempo « obras del espíritu » y que se designa ahora con el nombre de « literatura », la Alemania no se ha escapado á la decadencia general que hierre á las obras de imaginación en nuestros días; ella ha tenido, en ese género, hombres de genio; en la hora actual posee apenas en él algunos hombres de

talento. La verdadera excelencia de la Alemania reside, á juicio mío, en la interpretación del pasado. La Alemania ha comprendido la historia más como una ciencia que como un arte. No tiene grandes historiadores, en el sentido que damos á esta palabra; es necesario para merecer ese nombre un talento de composición que ella parece desdeñar; pero jamás raza alguna poseyó una aptitud más maravillosa para las investigaciones eruditas. La ciencia crítica é histórica del espíritu humano, la filosofía, instrumento de esta ciencia, he aquí su creación » (1). La verdad es que durante la guerra, según lo dice Gabriel Séailles, — la conducta de Renan « fué la de un filósofo, valerosa, medida, su pensamiento de una sorprendente lucidez. Supo, sin caer en el ridículo, dar á los vencedores consejos de moderación; en el tumulto de las pasiones salvajes hacer oír una voz tranquila, levanta el debate sin frases ni declamación. No conozco páginas más justas, más graves, de una filosofía más alta que las de su artículo de la *Revue des Deux-Mondes* (15 de septiembre de 1870) y la de sus dos cartas á D. Strauss, trazadas por una pluma francesa durante la guerra. Sin esfuerzo, Renan se libra de las cóleras, de los odios que gruñen alrededor suyo; de un vuelo se eleva encima de la hora presente que reduce á sus verdaderas proporciones, poniéndola en su lugar, entre el pasado que la preparó y el porvenir que mantiene en incubación ».

Tobías Barreto y sus compañeros, neófitos entusiastas de la secta espiritualmente llamada por Carlos de Laët, *escuela teuto-sergipana*, no conciben ninguna limitación, ninguna reserva sobre el objeto de su pasión intelectual. Esa pasión invade su espíritu como el *coup de foudre* repentino de las novelas románticas. La época y el instante de su nacimiento, repugnan un poco á mis sentimientos personales, sin que deje de comprender el deslumbramiento que se produjo entonces en el ánimo de Tobías Barreto. Fué al día siguiente del triunfo sobre la Francia, en ese año de tan funesto recuerdo para

(1) RENAN. *Questions Contemporaines* (Les Études Savantes en Allemagne).

el vencido, en que nuestro autor se sintió rendido por la grandeza de la nación preponderante. Su adhesión parece, en esos momentos, poco generosa, sobre todo tratándose de la Francia, nuestra madre común intelectual, el *alma mater* vigorosa y fecunda que durante tantos años ha guiado nuestros primeros pasos y ha disipado las primeras nieblas de nuestro espíritu. Sin embargo, — según dice Silvio Romero, — « con aquel ardor que él ponía en todo, con aquella enorme facilidad de aprender que lo distingue, Tobías Barreto entró en el almacén de libros de Lacaillard, en Recife, en la calle del Emperador — compró un diccionario y una gramática alemanas y pidió al librero que mandase traer de Europa el *Geschichte des Volkes Israel*, de Ewald. Fué este el primer libro alemán que poseyó el poeta sergipano. En el intervalo entre el pedido y llegada de la célebre obra, nuestro compatriota quedó estudiando la lengua alemana consigo mismo. Lo que después siguió, todo el mundo lo sabe: Barreto apasionóse por la lengua, por los autores, por las ideas, por todo cuanto venía de la Alemania y no abandonó hasta morir su querido *alemanismo*. Diez y nueve años empleó él en su incesante propaganda; tuvo que renovar todas sus ideas después de los treinta años, edad en que casi nadie tienta semejante aventura. Literatura, crítica, derecho, religión, política, filosofía, todo tuvo que recomponerlo y modificarlo al influjo de los autores alemanes, siguiendo de preferencia « la dirección monística, donde en esferas diversas fulguran los nombres de Helmholtz, Haeckel, Noiré, Spir, Hermann Post, Fröbel, Ihering y tantos otros de menor importancia ».

La consecuencia de esta adoración súbita, de esta voracidad pantagruélica de lecturas de toda índole, se ve de una manera patente en los *Estudios Alemanes*. No es este libro una explicación del pensamiento alemán, una síntesis de la filosofía alemana, ni siquiera un alegato en favor de la cultura germánica opuesta á la cultura latina. Es una serie de artículos de gran variedad de temas, históricos, filosóficos, críticos, literarios, hasta humorísticos, que sólo responden á su título porque todos ellos reflejan el pensamiento de

algún autor alemán, todos ellos citan algún libro alemán, todos ellos encierran algún himno, más ó menos vibrante, á la cultura, á la inteligencia, al arte, al poder de la Alemania. Si Tobías Barreto se ocupa del alma de la mujer es para decirnos lo que piensa sobre ella el distinguido israelita Adolfo Jellinck; si escribe sobre zoología, es para hablarnos de las teorías de Haeckel; mira la historia religiosa del Brasil, á través de Julio Fröbel y de Hartmann, lo que poco aclara su tema; más tarde traza un « ensayo prehistórico de la literatura clásica alemana », fundado en las mismas bases, así como señala algunos rasgos de literatura comparada del siglo XIX, extractados de Georges Brandes, que, aunque creo no es alemán, aparece allí como si lo fuera. Analiza los estudios históricos de Renan para darse el lujo de deleitarse en Ewald, en Graetz y Ranke; como más tarde habla de la filosofía en el Brasil para evocar « un recuerdo de Kant ». En fin, en todas las páginas de su libro, como él mismo lo dice, « la Alemania es el centro de sus operaciones, es su punto de partida, su *terminus comparationis* ». Cuando este término se emplea en el terreno de la crítica histórica ó de la filosofía, nada tengo que observar, dadas las predilecciones manifiestas de Tobías Barreto. Lo que me parece de un buen gusto, por lo menos discutible, es que hable de los salones literarios de Francia, esos centros infinitamente cultos y espirituales, cuya pintura exige la mayor ligereza en el pincel, el arte consumado de los matices y las medias tintas de un Sainte-Beuve ó un Renan, apoyándose en un Herman Hettner, en un Carl Freusell y otros escritores igualmente autorizados, pero en cuyas manos poco sensibles, como alguien lo ha dicho, todas esas mariposas frágiles pierden el polvo dorado de sus alas. ¿ Negaré por eso el esfuerzo intelectual respetable que importa ese libro, la seriedad y la importancia del trabajo que representa, los nobles ideales que lo han inspirado? Sería una injusticia flagrante. Lo que encuentro es que nada de lo que nos dice Tobías Barreto es una novedad para espíritus cultos de nuestra época, para dilettanti más ó menos profundos que hayan frecuentado bibliotecas y que estén un poco al

corriente del movimiento de las letras de Europa. Lo que desearía hallar en él no es lo que dice Ewald, Hartmann, Jellink, Ranke y otros, porque ello me es fácil averiguarlo leyendo sus obras, si no algo original, algo nativo, sacado de su propia substancia, como es la *Historia de la Literatura Brasileira* de Silvio Romero, como son los estudios de José Veríssimo y de Araripe Junior, como es ese admirable *compte rendu* del libro de Balfour, *Los Fundamentos de la Fe*, hecho por el señor Ruy Barbosa, y en el cual aparece con rasgos tan definidos y brillantes la distinción de ese talento extraordinario, que es hoy la más alta é indiscutible gloria de las letras en el Brasil.

VII

Fuera de la crudición alemana, el mismo biógrafo de Tobías Barreto lo confiesa, los conocimientos de éste eran deficientes en lo que respecta á otras literaturas. Vemos que cita á algunos italianos como Settembrini; en cuanto á los franceses, ya sabemos que considera mediocre el pensamiento de esta nación. Quedan los ingleses, poseedores de una literatura vasta, luminosa, profunda, encabezada por el inmenso poeta que uno de sus filósofos llamó «el rey Shakespeare», y que posee en todos los órdenes del pensamiento obras monumentales. Pues bien, Tobías Barreto parece que no sólo desconocía estos tesoros, sino que, usando la frase del señor Romero, «tuvo siempre una especie de ojeriza á la lengua, á la literatura, á la nación inglesa». Aquel filósofo que hablaba con énfasis de Darwin y Huxley, no tenía de ellos ni de Spencer un conocimiento directo. ¿Conocía á Hume, cuyos ensayos profundizan las precondiciones del conocimiento, el origen de las ideas metafísicas y su capacidad, dando á la filosofía un tinte decididamente crítico y positivista? El señor Romero dice que si lo conoció fué á través de los alemanes, del mismo modo que si criticó algunas veces á Stuart Mill, á Buckle, á Draper y á Spencer fué rindiendo culto á

las preocupaciones de algún autor de la misma nacionalidad. Este rasgo de sometimiento es indigno de un espíritu superior y abona poco en favor de la iniciativa intelectual de Tobías Romero. He aquí por qué, divorciado de las tendencias peculiares á los hombres de su raza, aislado en su pagoda solitaria, en el culto exclusivo de sus dioses, — él no ha sido popular entre la juventud brasilera ni ha dado la medida exacta del poder y la extensión de su inteligencia.

Á despecho de los elogios ardorosos del señor Romero, esto es lo que se transparenta de la lectura de *La Filosofía en el Brasil*, del estudio cuidadosamente elaborado sobre Tobías Barreto en *La Historia de la Literatura* y del prólogo que encabeza los *Estudios Alemanes*. El señor Romero ha seguido un maestro, no diré malo, sino desgraciado. Y tal vez algunos de sus defectos, que parecen en él artificiales, postizos, buscados como un desafío al vulgo y un reproche á la indiferencia general del público por los hombres de letras, los debe á la admiración que profesa por el ingenio de Tobías Barreto. Porque, es necesario decirlo, el libro del señor Romero, que me ha dado tema para escribir todas estas páginas, tiene no pocos detalles reprochables é imperfectos. Ellos han sido señalados, con gran acierto, muchos años hace, en un artículo publicado en *La Revista Brasileira* por el doctor Souza Bandeira. Mi opinión coincide en un todo con la del distinguido escritor, si bien no me detendré en todas las deficiencias que él señala, por temor de que esto me lleve demasiado lejos. El principal defecto del libro del señor Romero, es que él es completamente negativo. El autor se queja de que sus compatriotas no obedezcan á ningún plan filosófico y empieza por declarar que su sistema fisolófico «redúcese á no tener sistema ninguno, porque un sistema comprime siempre la verdad». Nada es más vago, más amplio, más fluctuante que su profesión de fe filosófica. El señor Romero afecta en muchos párrafos de su libro tratar con un alto menosprecio á Victor Cousin, á Royer-Collard, á Jouffroy, á Janet, etc. «Sentaba bien á un Cousin, — hemos visto que dice en alguna parte, — acusar á Helvecio

de empirismo ». Más lejos se refiere *al pobre librito* de Janet, sobre el materialismo contemporáneo. En ambos casos la injusticia es tan irritante, que ella puede confundirse con la petulancia. « La gloria de M. Cousin — dice Renan en el *Avenir de la Science* — será haber proclamado la crítica como un método nuevo en filosofía, método que puede conducir á resultados tan dogmáticos como la especulación abstracta. El eclecticismo no se ha debilitado sino el día en que necesidades exteriores, á las cuales no ha podido resistir, lo han obligado á abrazar exclusivamente ciertas doctrinas particulares, que lo han hecho casi tan estrecho como ellas mismas, y á cubrirse con algunos nombres, que se debe honrar de otra manera que por el fanatismo ». Podría, siguiendo el método del señor Romero, oponer á aquellos ataques repetidos á Cousin, muchas autoridades respetables. Prefiero recordar otro párrafo del mismo maestro encantador y profundo, cuyas obras ofrecen tan grandes seducciones á mi espíritu. En la primera faz de su vida, dice Renan: « Cousin fué un espíritu singularmente abierto á los ruidos del exterior, fué un elocuente y profundo intérprete de todo lo que se agitaba en la conciencia europea, un joven entusiasta, ebrio en su día de ideal y de alta especulación. Sus defectos de entonces son los de su tiempo, — tiempo preocupado hasta el exceso de elocuencia, de poesía, de éxitos mundanos; son sobre todo los defectos de sus maestros los alemanes ». Finalmente, refiriéndose al curso de 1818, añade: « Tengo la convicción de que muchos de los cuadros de mi espíritu vienen de allí, y he aquí por qué, sin haber sido jamás de la escuela de M. Cousin, he tenido siempre por él el sentimiento más respetuoso y deferente ».

Es este sentimiento el que por lo menos, y á pesar de las flaquezas de Cousin, debió mostrar el señor Romero respecto al filósofo francés. Y digo por lo menos, porque meditando friamente sobre la obra crítica del señor Romero, no obstante sus conatos darwinistas, nada encuentro en él sino un vasto eclecticismo en que predominan veleidades de criticismo científico. Souza Bandeira es de la misma opi-

nión. « El señor Romero — dice — es antes un ecléctico inconsciente que equivocó su camino y júzgase positivista solamente porque conoce algunos de los principios de la nueva escuela, y nunca tuvo ocasión de leer las doctrinas de Cousin sino en las páginas de Taine, un adversario ». Y más adelante: « El eclecticismo está aniquilado, mas lo que lo mató fué la falta de un criterio sólido; en cuanto á las vistas de Cousin, ellas eran enteramente aceptables, y el señor Romero juzgando hacer novedad con su criticismo, casi no hace sino repetir las frases del ecléctico ». Pero este eclecticismo es estéril é inconsecuente; él demuestra en el señor Romero una viva inteligencia, una independencia de criterio que merece aplaudirse, un afán devorador por abarcar todos los conocimientos filosóficos de su época; y toda esta actividad cerebral se gasta en pura pérdida, sin dejarnos un plan de renovación de la filosofía brasilera que él quería vivificar, ni una guía segura para alcanzarlo (1).

¿ Me será permitido, antes de separarme del interesante y sugestivo libro del señor Romero, repetir una vez más una frase del autor de la *Vida de Jesús*, que acude en este momento á mi memoria? Ella se refiere á Hegel y se encuentra en un precioso artículo sobre Henri-Frédéric Amiel. « Al salir del colegio — dice Renan — Amiel fué á Alemania, y abrazó con ardor la disciplina intelectual que dominaba allí entonces. La escuela hegeliana le enseñó sus maneras complicadas de pensar, y al mismo tiempo le hizo incapaz de escribir. Esta escuela tendía más á la facundia y á la disertación sobre toda clase de temas, que á la composición seguida que exige la prosa. Hegel tiene buenas cosas, pero es necesario saber tomarlo. Es necesario limitarse á una infusión; es un té excelente; pero no deben mascarse las hojas ». Con esto está dicho todo, en lo que respecta

(1) « El autor de este ensayo, espíritu por cierto, inculto, incapaz, inhábil, huye de los sistemas. En poesía sigue el *naturalismo crítico*, porque es la tendencia del tiempo: en filosofía y literatura el *realismo científico*, y la verdad de donde quiera que venga. Esto envuelve una serie de afirmaciones y negaciones, que aparecieron en los diarios de Pernambuco en ocho años, de 1869 á 1876 ». (SILVIO ROMERO, *Estudios de Literatura Contemporánea. Página de Crítica*. Rio de Janeiro, 1885).

á Tobias Barreto. No creo posible encontrar una fórmula más fina y expresiva, más dulcemente irónica y más exacta para caracterizar la enfermedad filosófica de que ha sido víctima ese espíritu tan distinguido como inquieto, tan impaciente como ávido de saber, tan respetable á pesar de todo, por su ambición generosa de propagandista, su fe inalterable en la potencia intelectual y su ardiente empeño por poseer la ciencia y la verdad.

VIII

La *Filosofía en el Brasil* es una obra de juventud. No debe olvidarse esta circunstancia para la apreciación justiciera de su valor intelectual. Ya en plena madurez, Silvio Romero ha publicado últimamente un nuevo libro de polémica filosófica destinado á atacar al positivismo, con el título de *Doctrina contra Doctrina*. No quisiera penetrar en el terreno candente de la política, estudiando detenidamente la acción ejercida sobre algunos de los primeros hombres de aquel país por las doctrinas de Augusto Comte. Al hacerlo, no sería tal vez enteramente exacto, corriendo el peligro de tomar por realidades lo que quizá no pasa de suposiciones de los adversarios del régimen militar, ó de los que han sido víctimas de los excesos de la dictadura que pesó sobre el Brasil en la época de la deplorable revolución encabezada por el almirante Mello. Lo que es un hecho evidente y conocido, es que la secta positivista cuenta con numerosos adeptos en aquella nación y que está organizada en su doble aspecto filosófico y religioso bajo la dirección general del Apostolado dirigido por los señores Lemos y Teixeira Mendes. ¿Hasta qué punto deben atribuirse á las teorías de Comte, los accidentes dolorosos de la vida brasilera en los últimos años? ¿Es cierto, como lo pretenden algunos espíritus superiores, que la influencia tiránica del credo positivista ha deformado la conciencia de muchos de los mandata-

rios que han figurado en el período revolucionario, y cuyo nombre está ligado á vergonzosas escenas de sangre que parecían imposibles en un pueblo de índole apacible y noble? Y en caso de que esta deformación materialista y feroz se haya producido, ¿cómo explicar la degeneración del sistema del filósofo convertido en catecismo de venganza, de opresión y de degüello? « La Iglesia positivista, dice un escritor brillante que se oculta bajo un seudónimo, en su panfleto ardoroso sobre los *Hechos de la Dictadura Militar en el Brasil* (1), goza de todos los privilegios y fueros de una religión oficial. Es intoleraute, dominadora, exclusiva y el Gobierno impone la opinión de ella, manifestada en sus divisas. Ella reguló el pabellon republicano, ella da interpretaciones legales y religiosas á los actos del Gobierno, en los editoriales del *Diario Oficial* ». Y más adelante, refiriéndose á los neófitos de la religión de la Humanidad, añade lo siguiente: « El clero numeroso y el pequeño número de fieles de la nueva religión oficial dirigieron un mensaje al dictador Deodoro de Fonseca, elogiáronle la violencia, pidieronle que no tuviese miedo de ser déspota, sugiriéronle que no hiciese caso de elecciones ni de representación nacional... Contáronle en ese Mensaje que en Francia el parlamentarismo por poco no fué derribado últimamente, pero que lo sería en breve... La tiranía que ejercen (los militares gobernantes y los abogados que se sirven del ejército) necesita un apoyo moral, y la dictadura juzga encontrarlo en el pedantismo de la clerecía positivista, discípula fanática del apologista del crimen del 2 de diciembre y del filósofo que convidó á Nicolas de Rusia á conquistar la Europa y reducirla al despotismo. En el Brasil, los positivistas de secta aplauden ese despotismo, cuando él aparece, y quieren destruir el pasado, esclavizando el presente, para dominar el futuro. » He querido traducir aquí esa opinión radical, de un combatiente franco, porque deseo limitarme á dejar sentados los términos de este

(1) Este folleto inflamado é interesante, escrito con *verbo* y desenfado, se atribuye por algunos al doctor Eduardo Prado, autor de *La Ilusión Americana*, de que me ocuparé más adelante.

arduo problema. En frente de ella, conviene leer los párrafos que dedica á la influencia positivista uno de los escritores que figuran en las filas situacionistas, el doctor Felisbello Freire, ex-ministro de Hacienda del Mariscal Peixoto. En su *Historia Constitucional de la República de los Estados-Unidos del Brasil*, expresa este distinguido escritor que « aunque Benjamin Constant no fué un representante genuino del Positivismo, fué él entretanto en quien la cátedra del profesor inculcó sus principios en la juventud de las escuelas militares, dependiendo de él su generalización entre los alumnos ». Las tendencias positivistas de aquel profesor, que pasa en el Brasil por ser el verdadero fundador de la República, datan de 1867. En ese año, segun Felisbello Freire, escribía Benjamin Constant á su esposa una carta concebida en estos términos curiosos : « Recuerda que soy tu mayor y verdadero amigo, que te amo más que todo y á todos en este mundo, que eres mi única felicidad, mi religion, mi única ventura. *Tú eres para mí más, mucho más que lo que Clotilde de Vaux era para el sabio y honrado Augusto Comte*. Sigo, como sabes, todas sus doctrinas, sus principios, sus creencias; la religión de la Humanidad es mi religión, sigola de corazón con la diferencia empero de que, para mí, la familia está encima de todo. Es una religión nueva, sin embargo la más racional, la más filosófica, y la única que dimana naturalmente de las leyes que rigen la naturaleza humana. No podía ser la primera *porque ella depende del conocimiento de todas las leyes de la naturaleza*, es una consecuencia natural de este conocimiento, y por tanto, no podía aparecer en la infancia de la razón humana, y cuando las diversas ciencias estaban en embrión; no habría aparecido aún, si el genio admirable de Augusto Comte no hubiera sabido, por la amplitud de su inteligencia, trasponer los siglos que han de venir, sorprendiendo por su sabia providencia las ciencias en su término y dándonos en su religión positiva la religión definitiva de la Humanidad. » ¡ Qué párrafos tan sugestivos en su ingenuidad declamatoria y banal, en su ridiculez inconsciente! y ¡ cuánta luz proyectan sobre el alma y el cerebro de aquel político que de-

sempeñó un papel tan prominente en la evolución republicana de su patria!

El psicólogo necesita documentos de esta especie para penetrar en los pliegues y en las modalidades que caracterizan á un personaje é iluminan las complicaciones de su sér íntimo. Por mi parte, ese grito de prosélito, dirigido por Benjamin Constant á su esposa, me enseña más, á proposito de su acción y su personalidad, que todo lo que he leído á su respecto, ya sea la crítica de sus enemigos, ya sea el himno de sus turiferarios. Entretanto, es indubable que la influencia del positivismo se ejerció de una manera marcada en el comienzo de la República, y todos los escritores brasileiros que se ocupan de esa época lo dicen claramente. « Por un singular fenómeno cuyo estudio será muy interesante para el futuro, — leo en el libro *Imperio y República Dictatorial* de A. de Carvalho, — de súbito manifestóse en ciertas regiones próximas al gobierno, una decidida tendencia hacia la supresión, aunque sólo fuera temporal, de todas las libertades, y surgió el más decidido entusiasmo en favor del régimen dictatorial, que unos declaraban indispensable para contener al mismo tiempo á los monarquistas y los socialistas, y que otros, más científicos, exigían en nombre de la filosofía positivista de Augusto Comte ». ¿ Cómo comprender, me pregunto nuevamente, que la religión de la Humanidad haya producido después esos resultados mezquinos, opresores, y hasta sangrientos que le reprochan sus adversarios?...

Hay en esto algo obscuro para el observador extraño, algo que no puede ser concebido de una manera clara y evidente, sino por los que están en el secreto de muchos detalles y antecedentes que escapan forzosamente al extranjero. Por mi parte, he sido siempre un poco incrédulo á propósito de la influencia de Comte sobre el espíritu de los militares que ordenaron los cobardes asesinatos de Santa Catalina y de Curitiba, por ejemplo. La barbarie y la crueldad de sentimientos me parecen por desgracia bastante comunes en naturalezas inferiores sin que necesiten explicarse por silogismos filosóficos.

Ni López ni Oribe leyeron seguramente á Comte, y cualquiera de ellos, como nuestro famoso Cuitiño, puede mostrar en su activo algunas, aunque no tantas de las hazañas sangrientas que hicieron célebre al coronel Moreira César, una de las personificaciones más bajas y repugnantes del verdugo político, que pueda enseñar la historia de nuestras pobres naciones americanas. La propaganda positivista de los señores Lemos y Teixeira Mendes en el Brasil, como la del señor Lagarrigue en Chile, me pareció siempre inofensiva y excesivamente lírica. Sus publicaciones frecuentes en la prensa de Río de Janeiro, oponiendo su inocente veto á las medidas y proyectos más diversos, pueden explicarse como una manía que á nadie perjudica y que hasta tiene su mérito como medio de solaz para el observador indiferente (1). Algunas veces, — es necesario decirlo con franqueza — su crítica misma está fundada en bases sólidas y generosas. Tal sucedió con motivo de la llegada de una comisión uruguaya, portadora de las medallas conmemorativas de la guerra del Paraguay, recibidas con gran fausto por las autoridades brasileras. El apostolado positivista, hizo oír su voz para hablar en nombre del vencido y mostrar la inconveniencia y la poca generosidad de manifestaciones de esta especie después de veinte y cinco años de terminada la campaña ; y

(1) Una de las representaciones más curiosas del Apostolado Positivista del Brasil es la que dirigió al Congreso Constituyente de 1890, proponiendo modificaciones al proyecto de Constitución presentado por el gobierno. Los considerandos que las preceden son característicos. Véase en calidad de ejemplo los que fundan el pedido para sustituir en el artículo 1.º las palabras *perpetua é indivisible* que se refieren á la República del Brasil : « Considerando : 1.º que las leyes naturales de la sociedad demuestran, según Augusto Comte, que las patrias verdaderamente libres, no pueden componerse de más de uno á tres millones de habitantes en la tasa media de sesenta habitantes por kilómetro cuadrado ; 2.º que las grandes nacionalidades resultaron de violentas agregaciones políticas que siguieron á la ruptura del lazo católico ; 3.º que por lo tanto el sistema federal constituye apenas la forma empírica de coordinar por medios políticos la unión histórica de ciertas patrias ; 4.º que tal sistema está destinado á desaparecer, en futuro más ó menos próximo, luego que surja la unidad religiosa, determinada por una fe universal científica, sustituyéndola á la fe católica, actualmente en disolución ; 5.º que las fórmulas políticas actuales deben desterrar los compromisos absolutos, cuya ineficacia social y moral para garantir el orden y el progreso está demostrada todos los días, especialmente lo evidencia la revolución que inauguró la república brasilerá, etc., etc. ».

sus frases sencillas, morales y levantadas me parecieron lo mejor que se dijo en aquellos momentos de expansiones oficiales tan entusiastas. Luego, á primera vista, creo que el apostolado positivista tiene bastante en que ocuparse con sus rencillas internas y con sus pleitos de familia, para entretenerse en envenenar el alma de caudillos más ó menos bárbaros, enseñándoles el exterminio del adversario. Por lo pronto, él no manifiesta una virtud muy grande de subordinación y disciplina, á juzgar por su separación ruidosa del pontífice Pierre Laffitte y las cartas-brulotes dirigidas por el señor Lemos á aquel San Pablo del positivismo (1).

De todo lo que, disperso en artículos de polémica ó en publicaciones de otra índole, he leído en el Brasil á propósito de la acción y la influencia del positivismo, nada me satisface más que un estudio publicado por José Verissimo en la *Revista Brasileira* (2). El libro de Silvio Romero queda excluido de este juicio, porque más que una obra de exposición filosófica es un vigoroso panfleto de combate, en que resaltan de una manera elocuente, todas las condiciones que para este género de literatura posee el ilustrado escritor. El ensayo á que me refiero ha visto la luz con motivo de la obra del autor de la *Filosofía en el Brasil*. Es un análisis imparcial y sagaz de *Doctrina contra doctrina* y, á pesar de su concisión ó tal vez á causa de ella, desarrolla su tema con tal firmeza de criterio, con un conocimiento tan perfecto de sus fases diversas, — que nada me parece más conveniente que extractar aquí sus principales ideas.

Para José Verissimo, la influencia del positivismo ha sido en el Brasil « más extensa que profunda, pero aún así incontestable y sensible ». El despertar de las ideas comtistas sucedió en aquella nación á la filosofía clásica: « el evolucionismo spenceriano, el monismo haekeliano, como el positivismo comtista, fueron las principales formas del pensamiento nuevo introducidas en el Brasil ». Las

(1) *L'Apostolat positiviste au Brésil. Rapport pour l'année 1885 par M. Lemos.*

(2) *O Positivismo no Brazil por José Verissimo. Revista Brasileira, 1895.*

dos primeras, defendidas por personas que en general carecían de una sólida preparación científica, no ejercieron una acción directa social; mientras que el comtismo, atrajo á sus filas á algunos espíritus preparados « en lo que es la base misma del sistema, las ciencias físico-matemáticas ». En el Brasil, por otra parte, no había ninguna organización que pudiera oponerse á la acción y al objetivo de un grupo enérgico y animado de propósitos definidos; « no lo estaba el propio Estado, á pesar de sesenta años de monarquía, no lo estaba como aún no lo está la Iglesia, y menos aún el academismo, el oficialismo. en suma cualquiera de esos elementos de la vida nacional que en otras partes son un obstáculo á la intrusión de ciertas ideas ». Esa falta de cohesión entre las diferentes moléculas del cuerpo social, preparó el terreno á los avances del positivismo. Fué mediante las matemáticas que él penetró en el seno de las escuelas militares « ganando así su mayor número de adeptos y propagadores en la corporación que, entre nosotros, era tal vez la única que tenía una organización tal cual y mantenía algún espíritu de clase; y por una de esas fenomenales incoherencias de que parece tenemos el privilegio, fué de la sementera del ejército que salieron, sino los sacerdotes, los acólitos de la doctrina fundamentalmente hostil á los conflictos armados, al régimen militar, á los ejércitos permanentes ». Al mismo tiempo que el positivismo, se introdujo en la milicia la idea republicana. Á la caída de la monarquía la influencia y el prestigio de la escuela de Augusto Comte, se traslucen en la nueva Constitución. Á ella se debe principalmente el hecho de la separación de la Iglesia y el Estado y el establecimiento del régimen presidencial federal. El señor José Verissimo coincide con la opinión, anteriormente transcrita, de A. de Carvalho respecto al carácter que tomó el Positivismo, convirtiéndose casi en la religión del Estado. Los neófitos de la nueva secta pulularon entonces, de una manera sorprendente. « Vióse en Roma la misma cosa, — dice José Verissimo. — cuando, con Constantino, los Césares se hicieron cristianos. El argot positivista, « la anarquía mental », « la pedanto-

cracia », « el régimen normal », « el orden es factor del progreso », « la integración del proletariado », « los muertos gobiernan á los vivos », « las patrias brasileras ». todas las formas y variaciones de las palabras sistema, integración, incorporación y otras favoritas de la escuela, entraron á hacer parte obligada de todos los discursos, de todas las arengas, de todas las discusiones; y viéronse diarios de provincia, que de Augusto Comte hasta el nombre ignoraban la vispera, mechar con frases positivistas su prosa sobre política local. En ese período, el positivismo, oficialmente dominante bajo la égida del más influyente miembro del Gobierno provisorio y de sus lugartenientes inmediatos, sólo encontró, sino neófitos muy convencidos, catecúmenos condescendientes, devotos espontáneos ó por lo menos paganos simpáticos. En los propios jefes, á despecho de sus protestas en contrario, siéntese que no les repugna esa alianza de su capilla con el Estado, que determinará primero la apropiación y después la canonización de Benjamin Constant, de quien ellos harán, á pesar de los hechos y de sus mismas afirmaciones olvidadas en interés de la secta, el padrino, el patrono del positivismo en la República. Artículos de nuestra Constitución, el lema de nuestra bandera, algunas fechas de nuestras fiestas nacionales, — por sí sólo bastan para probar su influencia en ese momento, sin exagerarla ».

En *Doctrina contra Doctrina*, el señor Romero estudia también esta invasión del positivismo, considerando á la secta de Augusto Comte « como uno de los nuevos partidos políticos del Brasil ». Para combatir sus principios y detener su marcha triunfante, él impulsa á los « sectarios del materialismo evolucionista, cuya fórmula sintética puede ser bebida en Herbert Spencer, á que se organicen también en un centro de propaganda y procuren reaccionar por el diario, por el libro, por la conferencia, por la lección oral, contra el neo-jesuitismo que invade el país ». José Verissimo encuentra el título poco feliz y el consejo poco factible. « Lo que justamente distingue al positivismo de todas las construcciones filosóficas, — dice, — es ser una doctrina completa: una filosofía,

un dogma, una política. Siendo sobre todo una religión, porque para él el punto de vista moral prima sobre todos los otros, da á sus fieles un criterio único, les impone el mismo dogma y los sujeta á la misma disciplina. Condenando el libre examen y la libertad de conciencia, erige á su fundador en Maestro (con mayúscula) infalible. Ninguna relación del hombre con el universo, de orden científico, de orden literario, de orden social, de orden económico, de orden sentimental, escapó de ser explícita ó implícitamente prevista y asentada en la obra copiosa y difusa de Augusto Comte ». Y más lejos: « El spencerista ó evolucionista puede ser en política republicano ó monárquico, en religión, por lo menos ateo ó deísta, en arte, idealista, realista, naturalista ó simbolista, en ciencia quedar en Darwin ó en Haeckel; puede ser partidario ó enemigo del divorcio, favorable ú hostil al libre cambio, al presidencialismo ó al parlamentarismo, al café, al alcohol, á las comidas pimentadas. El positivista, no; el mismo dogma que le determina una convicción científica, le da un criterio moral y artístico y le reglamenta la familia, la mesa, la actividad política, económica y hasta sexual. Es en esto justamente que reside, sino su originalidad, su distinción y su fuerza. Por eso sus adeptos pueden constituirse en corporaciones, en iglesia, y en virtud de la ley de gravitación, verdadera también en el mundo moral, obrar sobre las masas inconscientes y desorganizadas que lo rodean ».

No obstante estas observaciones, el libro de Silvio Romero, quedará como un nuevo esfuerzo brillante del distinguido escritor en pro del adelanto y la cultura de su patria. Es una de sus más interesantes publicaciones, porque en ella se expanden, sin trabas ni cortapisas, las cualidades realmente sobresalientes de este autor en el terreno de la polémica. Su espíritu vivaz, su flexibilidad intelectual, sus facultades de analista, — todo se subordina en él á sus tendencias de combatiente. No concibe la crítica como un examen frío, desapasionado, sino como un alegato ó una filípica. Los escritores que no han luchado, que no han probado el bautismo de fuego,

son para él mediocres ó detestables. Á Machado de Assis, en sus *Estudios de Literatura Contemporánea*, lo trata con visible injusticia, desconoce toda la seducción artística de su estilo primoroso, y le reprocha principalmente que « sin convicciones políticas, literarias ó filosóficas, *no es, nunca fué un luchador* ». El mismo cargo dirige en otra parte al Visconde de Taunay, y al poeta Luiz Delfino, diciendo que « nadie conoce sus opiniones científicas, políticas ó literarias » y se ha limitado á « tener la cabeza erguida, querer intimidar á los otros, sin haber escrito, *discutido, luchado*; conservándose como un incógnito, *mientras los otros batíanse pecho á pecho* ». Podría multiplicar las citas de este género. En *Doctrina contra Doctrina*, como en sus numerosas publicaciones anteriores, aparecen bajo una luz vivísima todas las cualidades y los defectos de Silvio Romero; sus hallazgos frecuentes de excelente crítica filosófica y sus desahogos repentinos; la valerosa impetuosidad con que se lanza á cuerpo descubierto en la batalla, y la exageración preconcebida de alguna de sus opiniones extremas. Á pesar de todo, su obra vasta y variada es un producto intelectual valioso, que revela en su autor un alto grado de cultura científica y convicciones morales dignas del mayor elogio. Ella es al mismo tiempo un timbre de honor para su patria, al mostrar la seriedad y la competencia con que en el Brasil se discuten y desmenuzan las más arduas cuestiones que preocupan el pensamiento contemporáneo.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

(Continuará).

MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS

(Continuación)

II

DE LIMA Á COLÓN

Después de una quincena de gratisima estadía,—velada acaso por una impresión de conjunto que me será penoso formular,—tengo que arrancarme de Lima, la muy noble y hechicera, que desprende el encanto melancólico de la grandeza venida á menos. Presiento que tan sólo ahora comienza para mí el verdadero y rudo viajar: es decir, el extrañamiento, la soledad moral sin el paréntesis de las arribadas á casas amigas, lo que en estrategia se llama «la pérdida del contacto». Oh! qué dura será esta larga abstinencia de comunicación, el eterno soliloquio del espíritu replegado sobre sí! Nunca más cierto que en la peregrinación, el *Væ soli* de la Biblia: Ay! del solo! que cuando cayere, no tiene quien le levante...

Hasta Lima había llegado, adelgazándose más y más al estirarse, el hilo invisible que me ata á Buenos Aires: no sólo encontraba

donde quiera una propagación de afectos ó relaciones fáciles, en Chile y el Perú, sino que comprobaba personalmente la irradiación directa de la tierra adoptiva. El hilo está roto. ¿Qué individualidad puedo esperar, allí donde la Argentina parece mucho más desconocida y distante que en París ó Londres? Tengo de ello una percepción inmediata, desde que piso la cubierta del vapor *Imperial* que me lleva á Panamá.—*Once more upon the waters!* Pero esta vez, Childe Harold encanecido y sin lirismo, me siento desorientado, aislado de veras, separado de mis cien compañeros de cautiverio, menos aún por la falta de trato anterior que por la ausencia de posible afinidad futura.

Desde que dejo de agitar el pañuelo hacia el grupo cariñoso que se queda en el Callao, la brusca invasión del aislamiento cae en mi alma como un gran silencio repentino; y en un ensayo de reacción infantil, me pongo á leer dos ó tres pobres cartitas de «recomendación» para Guayaquil y demás tierras calientes. Luego, semejante al medroso que canta en las tinieblas, me doy á pensar que, en adelante, mi mejor y fiel amigo hasta Méjico y California, mi interlocutor más sufrido en esa vasta *terra incógnita*, donde me tornaré al pronto tartamudo y sordo á medias, será este cuaderno de papel blanco que he comenzado á ennegrecer.

¡Triste paliativo para quien el escribir es tan tedioso! ¿Será posible que exista un sér inteligente y delicado que, con toda buena fe y espontáneamente, se entregue á este fastidioso enhebrar de frases impotentes, desdeñando el noble deleite de imaginar á solas, sin lanzar á la plaza pública sus confidencias? Ello parece tan inverosímil como atribuir gustos de artista al ente subalterno que persigue mariposas en la pradera, con el único afán de fijarlas, muertas y descoloridas, en una caja de cartón... Otra ha de ser la razón de los «apuntes de viaje». Creo hallarla en el fondo de perversidad humana que descubre especial fruición en el anhelo de lo vedado, ó, más generalmente, en la inobservancia del deber...

Ejemplo al caso: este deplorable oficio de «corresponsal» y

futuro autor de « impresiones », que tan de ligero me he impuesto, no tiene sino esta faz agradable: el no cumplirlo. Entonces se vuelve encantador. El más insípido vagar cobra sabor de fruta prohibida. Decid al soldado en campaña que su fatigosa requisición de víveres es libre merodeo, y le veréis volar á la *corvée*! ¿Quién osaría comparar las delicias de una « rabona » á la tibia satisfacción de un asueto legítimo? He descubierto, pues, este remedio—que me permito recomendaros—contra el pesado aburrimiento de las horas de viaje: el tener siempre por delante un programa de trabajo que no se ejecutará jamás. Así, al perder en cualquier chata partida ó en la sola ociosidad, el tiempo que se debiera « consagrar » á la escritura, se experimenta una sensación de triunfo: « Otra que te raspé! » Este condimento del pecado es lo que llaman los moralistas el « remordimiento ». Reflexionad: en la vida no hay más cosas buenas que las prohibidas,—las contrarias á la convención social, á las reglas de la prudencia, á la salud. La *obligación*—la misma palabra lo dice—es todo lo que *liga* al hombre, coartando su independencia y soberbia altivez. La santa Bohemia, ignorada de los burgueses y filisteos, sería en verdad la tierra de promisión, si éstos no fueran los más fuertes y no nos impusieran la ley.

Confieso, por otra parte, que esta filosofía de turista no sería inatacable, considerada « bajo el prisma » de la pedagogía ortodoxa. Pero ¡ en viaje! Como el *Maitre Jacques* de Molière, que cada uno de nosotros lleva consigo, trocaré mañana la sonrisa del escéptico por el gesto convencido del educador, de « uno de nuestros más autorizados educacionistas »! Aunque, en el fondo, no sabemos mucho más respecto de la virtud de nuestra pedagogía, que los médicos acerca de su terapéutica. Andamos á tientas: *obscuré cernimus*. Apenas si comenzamos á sospechar que los preceptos del catecismo y los sermones carecen de eficacia; y que la real educación del sér joven no modifica perceptiblemente el elemento innato de la raza y el atavismo, sino por la acción prolongada del medio, el choque diario de la experiencia, la presión brutal de la necesidad

que elabora las ideas útiles y crea los poderosos hábitos... Pero, queden para mañana los negocios serios!

GUAYAQUIL

Reconocemos al pasar la histórica ruina de Tumbes en su arenal, que amojona la frontera peruana por el norte, y ya estamos en la bahía de Guayaquil, remontando el amplio estuario. Á esta hora matutina, la costa baja parece encantadora, con su isla y aldea de Puná, abigarrada de blanco y rojo, que se destaca netamente del verde intenso. — La primavera, la aurora, la infancia : todo ello se muestra hechicero bajo los trópicos ; más tarde, muy pronto, la gracia se evapora con el fresco cendal de la mañana, los rasgos se espesan ó se entumescen bajo el clima disolvente y el sol implacable.

Las riberas del caudaloso Guayas se aproximan lentamente ; piraguas afiladas, especies de jangadas cubiertas huyen delante de nosotros, traqueadas por el violento oleaje de nuestra singladura. Hacia el nordeste, adonde vamos, lindas colinas arboladas se desprenden del claro cielo, desenrollando hasta la ría sus tupidos vellones de follaje. En torno de las cabañas brotadas entre los acuáticos paletuvios, algunas vacas rojizas, airosos potros dispanse por la fresca pradera, húmeda todavía del rocío nocturno que el sol naciente absorbe en una hora. Garzas y cigüeñas blancas hunden en el lógamo sus zancos rígidos ; loros y cotorras pican su color vivo en el paisaje ; azuladas tórtolas revolotean en las esbeltas palmeras, se posan en las gruesas raíces adventicias de los mangles, que, bañando en el agua inmóvil, remedan una imagen reflejada de su ramaje. Oigo cantar los gallos en los vecinos cortijos ; y esta alegre diana que desde un año no escuchaba, transporta mi pensamiento muy lejos, á otras llegadas matinales entre la algazara y la risa de los niños bajados del tren medio dormidos : las temporadas de la estancia, los galopes á caballo por aquellos bosques balsámicos y amigos,

cuyas sanas emanaciones, en vez de esta pérfida sombra tropical y su envenenada frescura, traían efluvios tónicos, devolvíanme con la existencia independiente, la fuerza y la salud. . .

La alta barrera de los Andes ha prolongado la breve aurora ecuatorial; pero, al punto de emerger el disco del sol sobre la cordillera, derrámase el incendio sobre el paisaje bruscamente iluminado; parece que el lejano Chimborazo estuviese en erupción de llamas y rayos ofusadores; á poco se agita y hierve el río Guayas, haciendo espejear su epidermis resplandeciente, chapeada de escamas metálicas. En breve espacio, casi sin transición, hemos saltado del alba al mediodía, del clima templado al tórrido, del dulce Floreal al ardiente Termidor. Á medida que penetramos en el puerto fluvial, Guayaquil desarrolla su hilera pintoresca, en la margen derecha. Á través de la caldeada atmósfera, cuyo espejismo hace vibrar las barcas en el río y las casillas de madera en sus orillas, cual si estuvieran en vía de derretirse, las manchas verdes de los cacaos y los inmensos penachos de los plátanos envían la ilusión de la frescura y la sombra. Las casas sobre pilotes, con sus altos en desplome, se alinean interminablemente, confundiéndose con las balsas cubiertas que obstruyen el puerto, y remedan una pequeña Venecia tropical — sin historia ni monumentos.

Bajamos á tierra al mediodía, — en esta tierra, diría Tennyson, en que es siempre mediodía (1), — y cruzo el malecón y la calle del Comercio, en busca de la casa de correos. Doy con una tienda oscura y estrecha, amueblada con un mostrador; un mocito con cara de terciana me vende una estampilla, y se retira tras de una mampara donde adivino un catre tentador. Como noto que la estampilla no está engomada, esbozo un reclamo tímido. Sale una voz de la trastienda: « ¡ Ahí tiene el tarro de goma ! ». Efectiva-

(1)

*In the afternoon they came unto a land,
In which it seemed always afternoon.*

(TENNYSON, *The Lotos-Eaters*).

mente, está un enorme tarro de cola sobre el mostrador con un pincel descomunal. ¿En qué estaba pensando? Procuero realizar la operación, — sin éxito, probablemente, pues del centenar de cartas que durante esta media vuelta al mundo he de escribir, la de Guayaquil, con tarro y todo, será la única que no llegue á su destino. El servicio de correos es correlativo del estado de civilización.

Recorro la ciudad. Todas las construcciones son de madera, desde las iglesias recargadas de florones y pinturas hasta las aceras de tablonés escuadrados. Á la sombra de los portales en arcada, adorno y refugio del malecón y calles adyacentes, el hormigueo de los negros y mestizos, los puestos chinos con sus nauseosas emanaciones, las carnicerías criollas, las pirámides de piñas y bananas, las cocinas al aire libre, las tiendas con sus muestras vistosas tendidas en los largueros: todo eso y lo demás, ya muy visto y conocido, rehace para mí el cuadro sabido de memoria de todos los puertos tropicales. Ningún movimiento, ninguna vida aparente en las habitaciones de los pisos altos; ventanas y balcones tienen bajadas las celosías, como párpados cerrados.

Fuera de esas calles próximas al puerto, donde se mueven las exportaciones de caucho y cacao que convergen á Guayaquil, un vasto y pesado silencio amortaja el emporio ecuatoriano: el reino de la siesta. Entro en el principal bazar de la calle del Comercio: está vacío. Me enseñan « curiosidades »: esculturas á cuchillo positivamente bárbaras, adornos y chucherías de marfil vegetal, marrachos al óleo que remedan el arte quiteño — indios mascando el *chonta-ruru*, etc., — y que desde los quince pasos huelen á baja factura italiana; y luego, pieles de fieras, cocodrilos empajados, sombreros de jipijapa, — todo el desembalaje cursi para turistas en demanda de color local...

Me meto en un tramway vacío, tirado por dos mulas éticas que andan paso ante paso, respetando el descanso de su cochero y mayoral. Las afueras de la ciudad se muestran ya invadidas por la vegetación tupida, espléndida, inquietante, que exuberá y chorrea savia nu-

tricia. En la bóveda rebajada del cielo gris, la densa colgadura de nubes se desprende á trechos, como cortina mal fijada, mostrando parches de lapislázuli. Se respira un tufo de sudadero romano, un denso vapor caliente, saturado de miasmas y fragancias vegetales, que se arrastra por el suelo, entre las charcas de la lluvia de ayer y la atmósfera siempre húmeda del chaparrón cercano. Ya se des-
ploma, circunscrito y local, en tanto que, acá y allá, en torno nuestro, sigue el sol derramando sus cascadas de fuego. Sin un rumor, sin un hálito de brisa, las gruesas gotas tibias se aplastan en el camino, quedan en glóbulos de cristal sobre las anchas plumas verdes de los bananos. Junto á sus ranchos ó bohíos de bambús techados de palma, algunas mujeres y muchachos sorprendidos por el aguacero, en su hamaca colgada bajo una enramada, dejan correr la lluvia en su cutis de bronce. « Si va á pasar... ¡ Quién se toma el trabajo!... » ¡ Sabia economía criolla del esfuerzo, religiosamente observada en Sud-América !

Volvemos á los barrios centrales ; me bajo del tranvía para andar más á prisa. Visito la catedral de « estilo » jesuítico-español, cuyo frente cuajado de molduras y rosetones encubre un interior suntuosamente lúgubre ; el colegio monumental y despoblado ; el palacio episcopal, advenedizo y cualquiera. En la plaza de San Francisco, una estatua del presidente Rocafuerte— por Aimé Millet ?— parece montar la guardia delante del convento. Esta capilla es parecida á sus congéneres de Santiago ó Lima, sencilla é interesante en proporción de su relativa desnudez. En la penumbra de la nave rectangular, tres ó cuatro mestizas arrodilladas forman un grupo confuso tras de una joven que reza, la cabeza envuelta en su mantilla. La veo salir, bajo la plena luz del atrio, y quedo estupefacto ante su esplendor que contrasta maravillosamente con todas las caras pálidas y marchitas que hasta ahora he visto en esta tierra envencada. Rubia, fresca, de esbelta robustez, esta legítima flor ecuatoriana tiene el pelo de oro y los ojos azules de una wili, con la carnación divinamente transparente de la Santa Catalina del Correggio.

¡Extraño misterio, que en todos los pasajeros del *Imperial* producirá el mismo asombro, — pues será nuestra compañera de viaje hasta Panamá, con su marido, rico comerciante francés que vuelve á la patria extenuado por este clima fatal! Ella evoca el recuerdo de esas espléndidas orquídeas de las selvas natales, cuya mágica florescencia extrae frescura y color de una atmósfera de fuego. Con su pobre marido, carenado por una estación en Vichy, la volveré á ver en París, indiferente y pasiva en los Campos-Eliseos lo mismo que en el atrio de San Francisco, irradiando su belleza inalterable y fría como una gema, — á manera de esos témpanos cristalizados que el Cotopaxi arroja á la distancia y son trozos de hielo salidos del cráter en ignición.

Al cruzar la plaza, leo en una pared blanca, en letras enormes como de muestra comercial, el nombre de un diario guayaquileño, y recuerdo que traigo una carta de Lima para su director. Falta una hora para levar anclas: aprovechémosla, puesto que viajo para instruirme.

En un cuarto bajo y blanqueado á cal, delante de una mesa de redacción que fuera ocioso describirnos, me recibe un joven esbelto y pálido, de modales corteses y aspecto simpático. Parece convaleciente, como casi todos los indígenas. Como mi carta viene de un antiguo dictador — ó poco menos — el periodista me considera afiliado á su liberalotismo de oposición: y me encuentro lanzado en plena corriente de política ecuatoriana, en las polémicas de campanario y las batallas liliputienses del papel — misterios todos que conozco á igual de los combates de los trogloditas. Felizmente, mi amigo flamante — « Cuente usted con un amigo! » — es un pequeño Cotopaxi oratorio. Escucho el desfile previsto de la vida y milagros del déspota del día — idénticos á los del déspota de ayer, y aun de antes de ayer. El gobierno actual es, por supuesto, una tiranía apenas disfrazada, y el clericalismo más subido impera en la capital. Guayaquil es la única ventana abierta sobre el mundo civilizado: aquí la mayoría es independiente, liberal, radical. Está en elaboración la próxima revolución, inevitable, triunfante, destinada

á realizar todos los ideales, todos los progresos, probablemente en nombre de Alfaro—ó de Veintemilla, de quien creo que es pariente mi emancipador. — Poniéndonos en lo peor, la ventana sirve también para decampar. Por lo demás — seamos justos — el tiranuelo actual, hombre de letras, no gasta medios violentos; deja á los periodistas libres, en Guayaquil; ni siquiera suprime los periódicos: se contenta con cortarles los pies, como hacían los déspotas orientales con sus cautivos, dejándoles arrastrarse por el suelo, en torno de su mesa. De acuerdo con el obispado — ¡foco del obscurantismo! — el gobierno se limita á confiscar sin ruido todos los ejemplares de los diarios opositores que se envían por correo. Como el « avaro Aqueronte », el huzón no devuelve su presa. (¿Allí quedaría mi carta de marras?) — Pero todo está á punto de concluir, de reformarse: la próxima constitución — anexa á todo vuelco gubernativo — será perfecta y definitiva. Etc., etc...

En tanto que el tórrido tribuno — sin duda, sincero — asesta en el vacío su « ecuatorial »; miro la susodicha estatua por la ventana abierta, y aquella figura convencionalmente meditativa del caudillo guayaquileño, evoca por asociación las de sus predecesores y sucesores, cuya historia recorría á bordo, y no por cierto en autor adverso al tan hueco y estéril cuanto celebrado liberalismo (1).

¡ Lúgubre y carnavalesco desfile de revoluciones sangrientas, de pactos y traiciones vergonzosos, de manotones « sorprendivos » y dente-lladas famélicas, con el acompañamiento repugnante de esa fraseología jacobina, medio siglo después que en Europa ha sido arrojada á la espuerta de la basura ! Figuraos una opereta en cien actos cuyas escenas trágicamente cómicas fueran reales, con asesinatos, envenamientos, saqueos y orgías de verdad : las peripecias del *Príncipe* de Maquiavelo puestas en acción, no por Malatestas y Castrucios, elegantes en su misma corrupción y ferocidad, sino al compás de la bámbula, por mestizos ebrios y lúbricos... Más sencillamente :

(1) MURILLO, *Historia del Ecuador*. 1890.

imaginad nuestra anarquía sanguinolenta de una década, prolongada por más de medio siglo — todavía dura — y, en lugar de nuestra franca barbarie provincial de vincha roja y chiripá, una parodia nauseabunda de constituciones deformes y proclamas idiotas, que parecen eructos á la « libertad » (1) !—Cada capítulo de esa « historia » repite al anterior con insoportable monotonía, tan sólo amenizada por lo grotesco del estilo. — Los anales del Ecuador ostentan la uniformidad abrumadora de su clima sin estaciones. Siempre la violencia impulsiva en el pueblo, como el estío implacable en la tierra; el atentado brutal ó la usurpación insidiosa para asaltar el efímero poder, y que de antemano justifican y atraen las anárquicas represalias. Una sola década hace excepción en más de sesenta años : la de García Moreno, cuya mano de hierro se enguantaba de terciopelo clerical, y que fué barbaramente sacrificado, no por su despotismo y más ó menos justificadas crueldades, sino por su energía autoritaria que creía posible fundar el orden en el catolicismo intransigente. En suma, aquella dictadura, con sus defectos y violencias, representa el único esfuerzo intentado con éxito para domesticar el anarquismo ecuatoriano. Con ella la nave nacional, bien ó mal orientada, seguía un rumbo fijo, en lugar de ser juguete de las olas embravecidas, como antes y después de la famosa Constitución de 1869.

Un tanto hipnotizado por el runrun oratorio, he seguido mi pensamiento, dejando vagar la mirada en torno de la estatua de Rocafuerte, más que nunca meditativo, pues ahora, con el miraje, parece cabecear de pie. En un resuello de mi hombre, murmuro distraidamente, designando al presidente de bronce :

—¿García Moreno era de Guayaquil ?

El periodista liberal me mira estupefacto : leo la indignación y el

(1) « Las revoluciones son el bautismo con que los pueblos se regeneran !... » (Veintemilla). Con axiomas de esta fuerza y novedad, es que la mitad del pueblo ecuatoriano ultraja, saquea, degüella y destierra á la otra mitad desde la convocación del « Congreso Admirable » hasta nuestros días.

escándalo en su boca abierta, y aprovecho la coyuntura para esquivarme, después de las « cortesías de estilo », como dicen los reporters criollos : « Cuente V. con un amigo ! »

Si escribiera para lectores europeos, no me sería perdonado el dejar á Guayaquil sin hacer mención de los cocodrilos del Guayas. Podrían servirme de disculpa mis sendas alusiones á los yacarés políticos... En puridad, nada tengo que reprocharme. Caudillejos aparte, y á pesar del sol rajante (2° de latitud), habíamos fletado — seis ingleses y yo — un vaporcito armado en guerra para remontar el Guayas hasta la región de los saurios. Todo estaba pronto : provisiones, armas — una colección de spencers, winchesters, etc., con que despoblar el reino de los caimanes — hasta un aparato fotográfico, *ad perpetuam rei memoriam*... El tiempo de entrar en mi camarote para cerrar mi baúl, y los amables ingleses se habían marchado, capturando el bote como un simple pedazo de Venezuela. — Por lo demás, este rasgo de forbantes no les ha sido de provecho. Tres ó cuatro horas después, volvían al *Imperial*, trayendo á uno de los cazadores con una insolación. La aventura, felizmente, no ha tenido mayores consecuencias, merced á la intervención enérgica de la ciencia. El médico de á bordo, un mestizo rechoncho con cabeza de batracio, acude al pronto, arremangándose con convicción, seguido por el comandante cargado de frascos. Sinapismos, compresas heladas, friegas á brazo partido... nada ! El enfermo, tendido en un banco en la toldilla, no se movía, ya en camino, al parecer. Por fin, el doctor destapa un frasco azul, murmurando : *agua sedativa*; y echa una dosis en las manos del capitán, puestas en escudilla sobre el pecho desnudo del paciente... ¡ Doble rugido del capitán que larga todo y del enfermo que recibe el chorro en el estómago ! Era ácido fénico. El efecto ha sido maravilloso, y es, sin duda, la curación más notable que haya perpetrado este descendiente de los brujos incásicos. Con semejante médico á bordo, se puede viajar tranquilo : si se atreve á nosotros el vómito negro, dará con la horma de su ojota !

PANAMÁ

La entrada de Panamá por el Pacífico es un encanto : parece una reducción de Río de Janeiro ; sólo que aquí conviene llegar al alba, en tanto que la portentosa rada brasilera necesita del sol declinante para resplandecer en toda su gloria magnífica y teatral. Con la aurora, estamos en pie — y no es mucho esfuerzo dejar cuanto antes el sudadero del camarote. — Con lentitud y precaución, á través del dédalo invisible de los bancos de coral, el steamer da sus últimas vueltas de hélice para fondear á pocos cables de la isla Tobago.

Á nuestra izquierda, los conos arbolados de Naos y Flamenco surgen con deliciosa audacia del círculo espumante de los escollos. El viejo Panamá, — sombrío y erizado de rocas abruptas, que fueron bastiones y parapetos en tiempos de Morgan y Pointis. — la ciudad nueva, un poco al oeste, pintoresca y alegre cual estampa iluminada, se yerguen contiguas bajo las puntas agudas del cerro de Cabras. Un oficial me enseña las torres cuadradas de la catedral, de ese recargado estilo hispano-colonial, que no parece vulgar en este paisaje; la ensenada del canal interoceánico en la Boca; al pie de la colina de Ancón, el hospital de la Compañía, innumerable serie de pabellones elegantes, lujosos, escalonados en la falda, como *chalets* de recreo á la sombra de cedros y naranjos. El sol naciente y tibio apenas alza su disco entre las islas verdes, arrojando en el paisaje el oro y la púrpura de la mañana : por doquiera, es una erupción de follajes y flores que alegran la vista, y hasta rejuvenecen los arruinados terraplenes que la menguante deja en seco; la brisa fresca nos trae sonidos de campanas con ráfagas de fragancias forestales y perfumes de magnolias... Y bajamos á tierra bajo esta impresión de alegría y bienestar, después de una pesada travesía : todo parece arreglado para seducirnos, hasta este privilegio de puerto franco, que nos ahorra el enervamiento del

equipaje trastornado por la inquisición aduanera! Estoy á punto de encontrar que Panamá, ciudad y clima, es adorable: un verdadero «paraíso terrenal», como lo llamaban los Wyse, Turr, Lesseps, Zavala: todos los del reclamo gigantesco que cruzaron el istmo á vuelo de buitre...

Por su aspecto general, la ciudad no difiere mucho de las antiguas poblaciones peruanas; pero, sobre el antiguo fondo colonial, se encuentra á cada paso el contacto de las dos influencias rivales, yankee y francesa, que se han combatido ó yuxtapuesto. Muchos avisos y muestras comerciales están en las tres lenguas. El tramway eléctrico, el pavimento y las aceras de las calles centrales, la bonita plaza de la Catedral—donde hacen buena vecindad el *Grand Hôtel*, la Agencia del canal, el Banco del judío Ehrmann y el obispado; el alumbrado público y hasta los uniformes modernos de la policía: todos los adelantos materiales de la ciudad nueva son regalos más ó menos directos de la opulenta Compañía. La era de las obras del canal ha sido la edad de oro de esta provincia de Colombia, y, por rechazo, de todas las otras.—El cochero negro que me hace dar mi primer vuelta de Panamá, me toma por un ingeniero y me pregunta con vivo interés si los trabajos no volverán á seguir. Le afirmo que sí, ¡palabra de ingeniero!

Por lo demás, este paseo es encantador. Vamos rodando desde las callejuelas de la ciudad vieja, con sus volados balcones de bastidores hasta las espesuras umbrías de la colina que desciende á la Boca; el ambiente está delicioso: acá y allá, algunas gotas de lluvia, anuncio de la primera tormenta que caerá mañana, como *début* de la estación húmeda. Á derecha é izquierda del camino arenoso, en que las ruedas abren estela como en el agua, los ranchos de cañas dejan ver hamacas colgadas, catres de palo en los cobertizos, y en sus conhornos, mangos, cocoteros, plátanos, sandiares: la vida abundante y fácil para la indiada ociosa é indolente. De éstos, muy pocos han quedado en los cortes y terraplenes del canal, — fuera de los jamaiqueños conchavados por centenares! Pero, como estos anónimos

se enterraban en zanjones que se rellenaban después, á guisa de langosta saltona, poco han figurado en las estadísticas.

Todos los enterrados no han guardado el incógnito,—desdéluego los «celestes». Acaso este cementerio chino, tan característico, contenga, en su ínfima y muda protesta de los ignorados efímeros contra el olvido, una melancolía más intensa que los otros. Hasta en la tumba persiste la tendencia encogida y achaparrada de la chucheria chinesca: los túmulos uniformes y microscópicos se componen de piedrecitas verticales que rematan en una bola, en el lugar de la cruz; enseñando cada cual su extraño jeroglífico negro que parece un coleóptero aplastado.

Visito después el cementerio francés, en muy buen estado, lleno de árboles y flores que las hermanas del hospital cuidan esmeradamente, como ññ pedazo de patria. ¡ Y cuántas hay de esas calles fúnebres, de esas hileras de cruces, de esas piedras grises y tablas negras, en que dos ó tres nombres van acolados al mismo apellido, como que encubren una sola familia! Diríase el campo mortuorio de una población entera. Y de todos estos epitafios ingenuos y desconsolados, que ningún deudo lejano leerá jamás; de todos esos nombres humildes de seres jóvenes, caídos casi en la misma fecha, se alza un vago lamento sólo para mi alma perceptible — *sunt lacrymae rerum* — denunciando el rigor del destino y el crimen de los hombres. — Bien sé que no eran ciudadanos ejemplares, muchos de los terrajeros caídos en este suelo envenenado. Pero, con todo, encuentro muy dura la oración fúnebre colectiva que les dedicaban algunos financieristas repletos de París, al atribuir los estragos que ya no podían ocultar, únicamente á la incuria, al libertinaje, á los excesos de los trabajadores. Me figuro — y tengo datos para ello — que todas las víctimas no fueron la espuma y escoria de nuestras poblaciones, y que más de un jornalero llegó con mujer é hijos, impelido por la honrada pobreza y el deseo de mejorar á los suyos. No son únicamente vagabundos y mujeres perdidas los que duermen aquí, lejos de la aldea natal, bajo una humilde piedra de limosna, al lado del

viejo de barba gris que primero sucumbió. Y entre tanto — ¡oh miseria é insensatez! — al rededor del vasto osario, junto al gran campamento de la Boca, al pié de la costosa *Folie Dingler* y á cien metros del Río Grande, donde podían derramarse, — los inmundos pantanos exhaliendo el miasma, apestando á fiebre y muerte, se extienden todavía allí, intactos, sin haber recibido jamás una sangría de drenaje, un ensayo de terraplén que, en cambio de algunas coimas cercenadas, habrían salvado la vida á centenares de hombres! . . . « Y es en estas condiciones de eterna primavera que se concibe el paraíso terrenal! » ¿ Quién habla así? Un Bonaparte (1), pues! Es el estilo pastoso y enfático de esa familia de aventureros más ó menos coronados, que nunca lograron hablar de corrida la lengua de Molière.

¡ Pobres aldeanos franceses!

He quedado cinco días en Panamá y sobre el istmo, recorriendo á caballo ó en bote las obras de la bahía de Limón, el Río Grande arriba de la Boca, y el resto del canal alrededor de la bonita isla de Manglar hasta la Puerta Ebbé, — fuera de la parte análoga en la vertiente del Atlántico. La excursión por agua, sobre todo, me ha impresionado, en el silencio y la paz melancólica de esa gran esperanza perdida. El ancho canal cortado en talud se alargaba á nuestra vista, recto y profundo. Quería figurarme que se prolongaba así hasta muy lejos, sin interrupción, después de vencidos los obstáculos, cortado el cerro de Culebra, embozado el Chagres brutal. Me daba por instantes la ilusión de la empresa concluida, después de tanto dinero derrochado, llevada á feliz término por la ciencia y el patriotismo, é inaugurándose al fin en una universal y gloriosa aclamación...

Dejemos los ensueños y volvamos á la realidad : en cuatro ó cinco horas, he recorrido la parte del canal definitivamente cavada; agregad un trecho doble ó triple por la vertiente atlántica, y tendréis una tercera parte del trayecto en longitud, entrando en la cuenta

(1) LUCIEN B. WYSE, *Le Canal de Panamá*.

las bocas naturales utilizadas. En absoluto, como proporción de las obras por realizar, apenas una fracción centesimal. Todo lo difícil y problemático queda en pie, sin haberse decentado más que de trecho en trecho y por vía de ensayo. El ingeniero en jefe que me acompaña no cree, naturalmente, que la partida esté perdida. Está en su papel profesional. Ha obtenido nuevos plazos en Bogotá, creo que con una *enésima* comisión de dos millones. La compañía futura tiene dos años para constituirse y volver á emprender las obras. Se preconiza hoy el canal de esclusas, que se atacaba diez años há. El inevitable Wyse demuestra ahora que es salvable y hasta utilizable la dificultad del Río Chagres. El *bief* superior se alimentaría con las aguas de dicho río, almacenado en el valle central. No se trataría ya más que de 500 millones de francos. Etc., etc.

No téngo opinión formada en la cuestión técnica. Me limito á desconfiar de las demostraciones « matemáticas » que ocurren tarde, y son diametralmente contrarias á las que se presentaban antes, como el fruto de veinte años de estudios no menos matemáticos. Por otra parte, si se encontrara el capital, es muy dudoso que el gobierno francés autorizara la formación de una nueva compañía, que no podría subsistir sino haciendo tabla rasa de la anterior. El proyecto se estrella contra un doble *non possumus* financiero y legal. Luego vendría la cuestión internacional. Por un concurso de circunstancias que ya no existen, — sin olvidar á Lesseps, cuyo coeficiente personal tenía importancia incalculable, hasta en Washington y Nueva York, — los Estados Unidos aceptaron hace veinte años lo que hoy combatirían enérgicamente. El reciente pegamiento — ó pagamiento — de Bogotá ha suscitado fuertes resistencias del lado yankee. Se ha logrado, merced al convencimiento general de que carecía de alcance práctico, con ciertas reticencias que á todos aprovechaban: para el representante de la compañía, era un éxito personal; para los agentes colombianos, dos millones de francos no son fruslería; por fin, los Estados Unidos ganaban una situación privilegiada ante la sucesión abierta.

Las obras por el Nicaragua han quedado interrumpidas, en parte por la presión de las grandes compañías ferrocarrileras. Con todo y contra todo, se hará el canal interoceánico, acaso en Nicaragua, más probablemente en Panamá.— La influencia de la enorme república es invencible en esta parte del continente. Sin esfuerzo ni violencia, por la simple ley de la gravitación, se anexará, cuando sea tiempo, las regiones útiles del centro y « protegerá » las del sud. Cogerá á Guatemala, Costa-Rica, Cuba, y el resto, como peras maduras. El mismo México se siente ya en la esfera de fascinación del pueblo constrictor : la era de anarquía, que infaliblemente sucederá á la dictadura actual, le hará rodar en la pendiente yankee. En este Panamá, los americanos nos han reemplazado con admirable presteza, y lucran donde nos arruinábamos. Detienen el ferrocarril, el telégrafo, la prensa, — el comercio de tránsito, que se reparten con los judíos, sin detrimento para unos ni otros. Se han instalado en el famoso *Hôtel Central*, cuyo hall vió á Lesseps presidir banquetes tropicales en mangas de camisa : del bar al oficio, todo es yankee. Nadie sabe palabra de francés, ni de español! Los libros de caja, los anuncios, las listas, las cuentas : todo está redactado en inglés... Á propósito de judíos, recojo de paso esta bonita muestra del latitudinarismo colombiano. Se alza en la plaza el vasto palacio episcopal; como el obispo no ocupa sino el piso superior, alquila el piso bajo á un sanhedrin israelita — muy caro, para hacer obra pía : de suerte que, en medio á las cruces y emblemas católicos de la fachada, florece — *ad majorem Dei gloriam* — esta muestra comercial impregnada de modernismo : ISAAC AND Co — en mayúsculas de oro!

¡ Oh ! sí, decididamente, la creo sepultada para siempre la empresa francesa de Panamá! Es la impresión que del conjunto y de los detalles recibía, cuando iba recorriendo el canal por última vez, al descender el mudo crepúsculo. El material abandonado en la ribera, las lanchas inmóviles, las gigantescas dragas anquilosadas en sus posturas oblicuas : todo parecía aumentar el universal silencio, la sensa-

ción melancólica de soledad y abandono irrevocable. Los animales desalojados por los obrajes han reaparecido, y viven allí con toda confianza. Garzas blancas y flamencos rosados exploran el cieno, bajo los cangilones de hierro; y un caimán, que sorprendemos al paso, saca del agua su hocico deforme, y, en vez de bucear, se arrastra sin apuro hasta el paletuvio vecino, sobre sus patas en cartabón.

En resumen, de todo lo visto, oído y estudiado, resulta para mí la convicción de que la obra nunca fué conducida como debiera, — como la habría llevado, sin duda alguna, en un espíritu de sano patriotismo y amor de la gloria verdadera, ese noble y honrado Michel Chevalier, cuya *Memoria* profética es, aún hoy, digna de ser leída y meditada. Todo el edificio del Panamá se ha construido en desplome, hilada por hilada. El público confiaba en Lesseps — una leyenda; Lesseps se entregaba á sus colaboradores ordinarios, politiqueros y arbitristas, que concluían por creer á medias en los *boniments* por ellos pagados; los profesionales estudiaban el asunto por encargo, y, con la hipótesis de un capital inagotable, concluían por un informe favorable; los sabios, en el Instituto ó la Sociedad de Geografía, resolvían la cuestión en abstracto, como un teorema, sobre la base de que los estudios de Wyse merecían absoluta confianza...

Ahora bien, no la merecían en grado alguno, y el edificio, además del desplome, se asentaba en base deleznable. Las investigaciones históricas de Wyse son tan poco serias, que ha ignorado — por confesión propia — el nombre y la obra de su predecesor más benemérito. Sus estudios de 1878, sobre el terreno, que han decidido la ejecución del canal á nivel, han durado tres semanas y pertenecen á Reclus. ¡Tres semanas para estudiar el trazado, las nivelaciones, los sondajes, el levantamiento de ochenta kilómetros, con obras de arte inauditas, insensatas, — como ese proyectado túnel de 43 metros de luz! — Entretanto, el teniente Wyse negociaba en Bogotá la concesión, que era el principal asunto. Después de demostrar en un primer libro, perversamente escrito en todo sentido, que el canal de nivel era el único aceptable, afirma hoy, en otro libro, que

fué aquello una exigencia colombiana, cuando consta que la modificación, que persiguió entonces é hizo anular, se refería á un canal de esclusas ! Todo ha seguido ese giro científico. No ha existido jamás un trazado definitivo completo, fundado en estudios geológicos y topográficos minuciosos : la Compañía del ferrocarril ha suministrado las distancias y niveles vagamente aproximativos, como que la línea dista mucho de costear el canal. El famoso congreso reunido por Lesseps no ha tenido más elementos de examen y discusión.

Entonces entró la aventura en su faz financiera y ejecutiva ; y no tengo que volver á sacudir esos trapos cenagosos. Hoy mismo, y para un transeunte como yo, la sensación de desorden y despilfarro persiste y domina el cuadro. El estreno de Wyse fué comprar el *Panama Railroad* á razón de 800.000 francos por milla : y todo rodó por esa pendiente « uniformemente acelerada », como se dice en mecánica. *Après nous le déluge !*— Para cebarse en paz, los gordos daban parte á los chicos. En París, sólo se ha conocido el lado francés : se ignora la tarifa local, la cuenta pasada por el patriotismo colombiano. Ingenuamente, Bonaparte Wyse insiste sobre la « estatua » que el congreso de Bogotá le ha votado, como padre de la patria ; ello es apenas suficiente : para ese grupo dirigente y *dirigente* ha sido, no un padre, sino una nodriza !

He visto las villas de los Lesseps en Colón ; he ido á la de Dingler por la vía del Corozal, cortada á pico en la montaña, para evitar á la familia del director la humillación del camino común de la Boca, que pasa á cincuenta metros... Lo fantástico de esas y otras obras de lujo, no es su ejecución sino su precio, en los libros de la compañía. Todo ello ha sido dicho y repetido al tanteo por Drumont y otros — por los mismos informes oficiales con bastantes atenuaciones.

Pero algunos rasgos hay que no pueden ser tomados sino en el sitio, con el vivo color de la realidad. He aquí un rápido croquis de un contratista francés, socio de Lesseps *junior*, el cual, no teniendo

nada que ver con el asunto financiero, disfruta tranquilamente en París sus millones pescados en los pantanos del istmo.—Hace unos doce años, caía en Lima, sin un cuarto, medio maquinista medio vagabundo, y desertor por añadidura. Entró en un ingenio azucarero y, como tuviera la mano ligera,—y pesada,—un buen día acogotó á un pobre *culí* chino. La situación se tornó desagradable, no tanto por la justicia peruana, cuanto por los compañeros del muerto que, dos ó tres veces, estuvieron á punto de suprimir al asesino. Al fin, tuvo que fugarse de noche, para salvar el interesante pellejo. El patrón, apiadado por sus lágrimas de *bonne crapule*, como diría Zola, le hizo embarcar en el Callao: él mismo me refería el hecho, en el ingenio donde sucedió. Llegado á Panamá, el aventurero, enérgico y audaz, ascendió pronto; pasó del simple merodeo y la coima garitera á las proveedurías de río revuelto, descolgando á la postre pingües contratos, con participaciones anónimas. Volvió á París millonario. Al principio, quisieron molestarle por su travesura militar; pero, entonces, ni los presidios ni las compañías argelinas de disciplina estaban hechos para los forbantes del Panamá...

El inmenso y magnífico hospital de la Compañía ha sido otro negocio, pero algo largo de contar. Nada más pintoresco y lujoso que esos pabellones aislados, en la falda de la colina Ancón, en medio de parques y jardines llenos de esencias y flores espléndidas, entre grutas y juegos de agua. Aquello es realmente suntuoso, y por cierto que no exigían tanto los pobres calenturientos.—Todos los pabellones están vacíos; sólo recorren los parques y jardines «principescos» algunas docenas de huérfanas, guiadas por las hermanas de caridad, y que viven con desahogo en la fastuosa villa Dingler, también abandonada. Y la tarde apacible en que estuve allí, era un cuadro de infinita tristeza esa bandada de muchachitas pálidas y finas, de suerte más sombría que sus vestidos de luto, al cuidado de esas hermanas de cofia blanca, que les hablaban francés con su voz dulce, vagando unas y otras sin destino por esos esplendores desiertos, aquellas maravillas del arte y de la naturaleza, que eran

el resumen y residuo de tantas miserias sufridas, de tantos esfuerzos para siempre perdidos...

Ah! no escasea el material de construcción ni la maquinaria, á lo largo de la línea ferrea que me llevaba esa mañana desde Panamá á Colón; ni tampoco las poblaciones enteras de villas, barracas, casillas y *chalets* vacíos! — Debo decir que los talleres y campamentos de la Boca están bien cuidados y en orden perfecto — esperando á las visitas. Pero los otros — los que los viajeros entrevén rápidamente entre dos estaciones — tienen aspecto menos confortable. Las fábricas ruinosas, enmohecidas por el desuso y la intemperie, destrozadas por los huracanes, ostentan su esqueleto desvencijado, sus aparatos á medio desmontar, con el material sembrado á la rastra, ya roído por la herrumbre, invadido por hongos y musgos que remedan una lepra vegetal. Dragas, remolcadores, motores, mecanismos de todas clases se hunden en el cieno, junto á las improvisadas poblaciones cuyo maderaje desarticulan y pudren las lluvias torrenciales del istmo. El *krach* de allá repercutió aquí como cataclismo. Ante el desastre y el *sálvese quien pueda* de la obra humana, la reconquista del desierto y la selva cobró no sé qué airada violencia de desagravio. La impetuosa avenida forestal terraplena las zanjas, nivela los taludes, cual si la naturaleza se afanase por borrar sus estigmas y cicatrices, en tanto que los indios buscadores de caucho y los negros *tagueros* se albergan en los *chalets* de ingenieros y contratistas. Nos pinta Virgilio el asombro de los labradores romanos al desenterrar con sus arados las armas y despojos de las edades heroicas: ¡con qué extrañas reliquias tropezarán los campesinos colombianos del siglo veinte, si la humedad no ha conseguido destruir hasta su último vestigio!

Salvo la obsesión invencible que para mí empañó y entristeció el paisaje, no puede imaginarse camino más pintoresco que el de Panamá á Colón. No he experimentado sino en el Brasil, y acaso menos intensa, esta sensación casi embriagadora del esplendor vegetal.

Es como una erupción frenética de árboles y lianas, de flores y follajes, que estalla por doquier, en las faldas de los cerros, en las riberas del Chagres y sus arroyos tributarios, hasta en el balaste de la vía. Por momentos, el tren se precipita por debajo de unos arcos triunfales de ramajes entrelazados, de bóvedas tupidas y sombreadas que despiden efluvios balsámicos, capitosos hasta el vértigo. En el fondo de algunas quebradas estrechas, la marea vegetal revienta en oleadas y remolinos de verdura, evocando fantásticas erupciones de materia orgánica súbitamente germinada y crecida. como en la obra de los seis días ¡tan imposible parece que esa flora exuberante haya brotado por entero del suelo fecundo! Los cedros y caobas gigantescos, los preciosos palisandros y palos de rosa, los guayacanes de tronco en ánfora, los rectos membrillos de flores purpúreas, los sándalos amarillos, los gutíferos chorreando savia, los bongos enormes en que se ahuecan piraguas de treinta toneladas: todos los colosos forestales, cubiertos de enredadas lianas y deslumbrantes orquídeas, como un guerrero bárbaro de arameos y pedrerías, atropellándose por alcanzar el aire y la luz, estiran el tronco y las ramas casi verticales fuera del ambiente estancado y perennemente tibio del humus denso en que bañan sus raíces. Los euforbios lechosos y los desmayados plátanos alternan con las esbeltas palmeras que surten al sol sus abanicos rígidos; las hojas metálicas del naranjo rozan el verde encaje de los helechos arborescentes,—y, por todas partes, aras multicolores, tórtolas azules, cardenales y colibris, insectos de zafiro y esmeralda hienden el espacio, revolotean en los ramajes, chillan y zumban en la espesura, son la sonrisa y la gracia de esa magnificencia. Mariposas de cien matices se posan en los cálices abiertos, como flores cambiantes sobre otras flores, y, por instantes, una ráfaga de brisa arrebatada del mismo arbusto alas y pétalos, que vuelan confundidos por el aire... Es la selva virgen del trópico en la breve mañana de su verano eterno! Me siento perturbado, sofocado, aturdido por los vapores y perfumes de esa inmensa orgía de savia universal; y, vagamente, sueño con las épocas primitivas del mundo joven,

cuando el loco ímpetu de la vida elemental se desbordaba en la corteza blanda y humeante del planeta, reventando en organismos colosales apenas desbastados que se enredaban en las selvas espesas, pobladas de árboles gigantes que son ahora nuestros desmedrados arbustos,—donde reptiles monstruosos surcaban los mares ó abrían horribles alas membranosas en la atmósfera densa, esbozando el vuelo del ave futura...

En la estación de Emperador, invade el único salón del tren una caravana de negras, vistosas y chillonas como una bandada de tucanes. Los hombres quedan en el balcón, haciendo muecas á través de los cristales. — El negro ríe siempre, con un encanto de bobería irresistible. Debajo de su tupida borra de betún, sus ojos de marfil viejo y su jeta simiesca se rien provisionalmente, antes de causar risa. Con su media lengua graciosa, estorbada por el bezo, y su perpetuo zarandeo, participa del niño y del cachorro. Para cobrarle horror, es menester encontrarle en los Estados Unidos, pretencioso, insolente, ciudadano! complicando su husmo natural con repugnante perfumería. En cualquier otra parte, nos divierte y le cobramos simpatía, como á una criatura inferior. grotesca y jovial. No así el indio : éste es triste y taciturno, como que lleva el peso de su decadencia, de su degeneración invencible y mortal. Éste representa la prueba malograda de un buen original; el negro es su caricatura. Por eso vive robusto, resistente, satisfecho de su condición, ahora como antes. En el aparato melodramático del famoso y mediocre *Uncle Tom's Cabin* hay mucha majadería. La sed de emancipación de los negros fué pelea de blancos. La paradoja de que son hoy menos útiles que ayer es defendible : en cambio de las plantaciones del sud arruinadas, se tiene á los libertos, sirvientes en Washington, ó lustrando libremente, en todas las ciudades de la Unión, las botas democráticas de sus conciudadanos. Puro ó mestizo, el hombre de color untado de civilización, tiene alma de mulato. *C'est tout dire!*

Criada con soltura y lejos de las ciudades, la negrita joven es graciosa. Delante de mí, — no muy cerca, — hay algunas monísimas,

en su género. Una, sobre todo, compondría un bonito bronce policromo, parada y sosteniendo un candelabro, al pie de una escalera. La pañoleta colorada sobre el vestido blanco, de mangas muy cortas, dejando libre el ébano de los brazos y de la garganta; en la cabeza crespada, un foulard amarillo enroscado en turbante, con enormes zarcillos dorados en las orejas : bajo este arreo estrepitoso, revuelve sus ojos blancos, se ríe con toda su dentadura deslumbradora, que remeda en su hocico moreno, un tajo fresco en una nuez de coco. La « sapita », diría Voltaire, ha dado instintivamente con el perifollo y los colores adecuados para parecer bella á su *crapaud*. Hasta su collar de cuentas rojas es un hallazgo. Toda la gentil bestezuela está perfecta en su coquetería criolla y montaraz : evoca escenas de *Pablo y Virginia*...

Pero, es en Matachín donde los negrillos, escapados de los bohíos de cañas, acuden y nos invaden como cucarachas! Nos ofrecen ramos de jazmines y orquídeas fragantes; canastillos de palma llenos de guayabas, mangos, bananas, *guabas* — que semejan algarrobas enormes — chirimoyas, ananás, — y unas extrañas pomarosas que tienen aspecto de huevos verdes; por fin, sabrosas pastelerías de leche con miel. Con tanto ensordecernos, nos obligan á tomar su mercancía — aunque sea para regalarla á sus congéneres de enfrente. Por otra parte, nada vale : todo ello superabunda en las cercanías, ahora desiertas, y, á lo largo de la vía ferrea, los racimos de bananas se pudren en las ramas, intactos.

Panamá conserva, á pesar de todo, su doble atractivo pintoresco é histórico. El advenedizo Colón es franca y siniestramente vulgar. Hago moción para que se le inflija ó se le deje su nombre yankee de Aspinwall! — Bajo un cielo de estaño en fusión, en una atmósfera de fuego que no deja un instante de tregua, ni trae un hálito de confortante frescura á las tres de la mañana, compone casi toda la población un reguero de casuchas voladas sobre el malecón, con algunas callejuelas llenas de pantanos donde los sapos están de broma toda la noche. Los huecos del gran incendio reciente han que-

dados abiertos, como negros alvéolos de dientes caídos. La calle del puerto está ocupada por agencias marítimas, depósitos, almacenes, *bars*. No se encuentra una sola mujer en los portales — salvo negras : ninguna apariencia de familia, de hogar, en este campamento de mercaderes cosmopolitas. Á orillas del mar, las dos grandes villas de madera de los Lesseps se levantan, lúgubres y vacías, rodeadas de altas palmeras que surgen del ardiente arenal y parecen artificiales.

Corro á la agencia inglesa — todo aquí es inglés ó yankee — y pido informes sobre el vapor cuya salida se anunciaba en Panamá : es un *cargo-boat*, sin pasajeros, sin sombra de confort, tan desprovisto, que el mismo comandante se entremete con el agente, para que me devuelva el dinero y me embarque por otro rumbo. Me describe el itinerario : tendremos quince días de navegación, tocando en infinidad de puertos imposibles, en Guatemala, Honduras, Yucatán... Acaba por confesarme que, á último momento, al alba, embarcaremos un centenar de negros jamaiqueños — de grado ó por fuerza — que se destinan á los terraplenes de Puerto-Barrios. Estoy en un buque negrero! — No importa : á pesar del aspecto fúnebre del vapor, de la perspectiva inquietante, del furor sordo de los oficiales á quienes voy á incomodar, y de los ojos furibundos del *stewart* que arroja mi equipaje en el camarote que antes ocupaba, — me embarco en el *Engineer*, de Liverpool, que leva anclas dos horas después, — porque desde Buenos Aires, he resuelto entrar en los Estados Unidos por Méjico y California.

ESTÉTICA MUSICAL

Y CONCIERTOS SINFÓNICOS

(Continuación)

III

LA MÚSICA EN BUENOS AIRES

Al remontarnos á los manantiales que dieron origen á las corrientes de la música sinfónica y la dramática en la ciudad de Buenos Aires, encontramos que, durante la primera mitad de este siglo, las manifestaciones de la música son casi todas de orden dramático. En este sentido, la música en Buenos Aires sigue la misma evolución que siguiera en el curso de su historia general.

La primera orquesta que se formara aquí, la vemos aparecer en el antiguo Teatro Argentino, construido en 1804 frente á la iglesia de la Merced, y que fué el segundo de los teatros que funcionaron en Buenos Aires. Dicha orquesta era pésima en un principio, según el testimonio de un testigo de entonces ; pero fué mejorando paulatinamente, sobre todo cuando, engrosadas sus filas con 28 ejecutantes, entre aficionados y artistas, el maestro Massoni, célebre aquí después, se hizo cargo de su dirección.

Al tenor español Pablo Rosquellas, que se estrenó en el Teatro Argentino, el 28 de febrero de 1823, cantando canciones españolas como la *Tirana* y el *Contrabandista*, puede considerársele como iniciador de las representaciones de ópera en Buenos Aires. Por aquel entonces, llegaron á nuestras playas algunos artistas líricos italianos, que cantaban arias, duos y tríos. Rosquellas se ausentó en busca de otros artistas que completaran aquel núcleo, y consiguió reunir á su regreso, en junio de aquel mismo año, el siguiente elenco que constituyó la primera compañía lírica italiana, bajo la dirección del violinista Massoni: Ángela Tanni, Maria Tanni, Carlota Anselmi, Rosquellas, Vacani, Ricciollini, Marcelo Tanni, Zappucci y Viera. Improvisando un cuerpo de coristas con italianos de diversos oficios, lograron estos artistas representar las óperas de Rossini: *Tancredo*, *Otello*, *Cenerentola*, el *Barbero de Sevilla*, la *Gazza Ladra*, etc. Los papeles del *Barbero de Sevilla* se distribuyeron así :

Rosina : Ángela Tanni.

El Conde de Almaviva : Rosquellas.

Don Bartolo : Viera.

Don Basilio : Ricciollini.

Fígaro : Vacani.

Viera, el cantor que desempeñaba el papel de Don Bartolo, era mulato; de artista dramático se convirtió en artista lírico, aprendiendo la música con rapidez increíble, dice don José A. Wilde, de quien tomamos estos datos. Rosquellas y Vacani, como los demás profesores de esa compañía, se dedicaron á la enseñanza del canto.

Esta primera iniciación de cultura musical, comenzada con obras de Rossini y cimentada luego por la enseñanza del canto, va á influir poderosamente en el gusto musical de los bonaerenses; por largo tiempo, la melodía frívola formará el deleite de los aficionados, y la escuela rosiniana representará el declinado del arte musical. Así como la educación del hombre maduro se resiente siempre de las enseñanzas de la niñez, del mismo modo la educación artística de este país se resentirá de las obras que modelaron su gusto estético

con la fuerza de las impresiones vírgenes. El público se mostrará por algún tiempo frívolo, y permanecerá frío é inconsciente ante la ejecución de las obras de arte de los grandes compositores, quienes, á pesar de la coraza de indiferencia, vencerán al fin; *la música clásica* será sinónimo de música aburrida, mera combinación de fusas y corcheas sin expresión ni alma, engranaje de inútiles ruedas que rechinarán desagradablemente en los oídos; la crítica saturada de cosméticos rosinianos y de ungüentos de todos los compositores cursis de fantasías para piano y romanzas para canto, pasará desdeñosa ante las manifestaciones de verdadera estética; y confundirá las obras de Beethoven con el tedio mortal, y las páginas de Wagner con el ruido; nuestros primeros compositores encorvarán el cuello al yugo de esas influencias primeras, y aun en nuestros días no acertarán algunos á sustraerse completamente á ellas.

Pero reanudemos el hilo de nuestras informaciones. Después de edificado el Teatro Argentino, nacieron los primeros de los compositores argentinos en el orden cronológico: Alcorta, Zavalia, Esnaola y Alberdi; y cuando estos eran niños aún, se compuso el himno nacional, el primogénito de nuestros cantos populares, fuera de la música folk-lórica de los gauchos. El nombre de Blas Parera, catalán de origen, está vinculado á la historia del arte argentino, por ser autor de la música del Himno Nacional, cuya letra fué compuesta en la noche del 8 al 9 de mayo de 1813, por D. Vicente López y Planes, leída y aclamada como la « única canción de las Provincias Unidas » en la sesión del 11 de mayo de la Asamblea General Constituyente, y publicada el 14 de mayo del mismo año, en el papel y formato en que se imprimía la *Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires*, y con tipos de la imprenta de los Niños Expósitos, bajo el título de *Marcha patriótica*. Se conserva un ejemplar de esta edición en el Museo histórico nacional que dirige D. Adolfo P. Carranza. Blas Parera daba lecciones de música en casa de las principales familias de aquel tiempo, y según datos recogidos por D. Julio Núñez, « ocupaba una habitación baja, á la calle, en la casa hoy

reedificada, calle Belgrano esquina á Chacabuco, frente al sur », teniendo como 50 años de edad por aquel entonces. Parera compuso la música del himno en la casa de D. Miguel de Luca, padre de Estevan y Miguel de Luca, casa hoy reedificada en la calle Venezuela n° 544. Sirviéndose del piano de la familia de Luca, escribió en pocas horas la canción patria, y en seguida la instrumentó para pequeña orquesta. Al poco tiempo se verificó el primer ensayo del Himno Nacional Argentino, y el 25 de Mayo, los alumnos de la escuela que dirigía el educacionista Rufino Sánchez, lo cantaron por vez primera en la fiesta cívica de la patria, ante el pueblo congregado en la plaza de la Victoria.

Se han hecho numerosas ediciones del Himno Nacional: la del año 1822, publicada en París en la *Lira Argentina*; una edición impresa en Londres, no sabemos en qué año y que tiene el siguiente título: « Marcha del Río de la Plata, acomodada al piano y dedicada al Pueblo Argentino por Juan Monro »; « Chant national de Buenos Aires » transcripción para piano por Luis Messemackers, publicada en París; el arreglo para canto y piano, publicado por Esnaola en 1860, y que ha servido de modelo para las ediciones posteriores de Pedro Albornoz, Baltazar Ponsjoan, Santiago Calzadilla, Gabriel Díaz, Miguel Rojas, Gracioso Panizza y tantos otros. Nicolás de Giosa, que compuso como veinte operas, introdujo el himno en su overtura « La Alborada de la Libertad », que se ejecutó el 25 de Mayo de 1873 en el teatro Colón, donde era Giosa director de orquesta. Sinsouiller hizo una transcripción para orquesta. Edmundo Guion, una para banda militar; Alfredo Napoleón, Pelegrín Baltazar, F. Amavet, Amelong y muchos otros escribieron transcripciones para piano. Arturo Beruti intercaló el himno en una de sus overturas para orquesta; el que estas líneas escribe publicó el himno armonizado á cuatro voces iguales y *a capilla*, el cual fué cantado por el coro de alumnas del Conservatorio, en la fiesta cívica que organizó el Ateneo en 1895.

No cabe en los límites que nos hemos trazado, hacer el estudio

crítico de las ediciones del himno, pero digamos al pasar que la música de Parera ha experimentado verdaderas transformaciones en el tiempo transcurrido desde 1813 hasta nuestros días. Hemos comparado las diversas ediciones que poseemos con el texto original, gracias á la amabilidad de las señoritas de Luca que lo guardan como una reliquia, y aun cuando éste no tenga el canto sino la parte de piano tan sólo, puede deducirse que el arreglo de Esnaola es el más genuino, y ha embellecido al original, á pesar de sus incorrecciones de armonía. El manuscrito del himno, atribuido al puño y letra de Parera, se conserva en perfecto estado: la escritura es firme y clara; no lleva firma y el título de himno nacional parece ser debido á otra pluma y escrito posteriormente. Este manuscrito fué dado por Parera á D. Miguel de Luca, el hermano de Estevan, y padre de las señoritas de Luca, que ya hemos nombrado. diciéndole estas palabras: «Toma, á ver si lo aprendes tú». Miguel de Luca tenía 14 años entonces y Parera mismo le enseñó á tocar el himno.

La familia de Luca posee igualmente el retrato al oleo de Parera, el cual fué regalado á Miguel de Luca por D. Benjamín Villegas.

Damos estos detalles, tal vez demasiado minuciosos, con propósito de facilitar las investigaciones á los que, más adelante, se ocupen de la historia de la música en la República Argentina.

La duda suscitada acerca de la verdadera ortografía del nombre del compositor musical del himno, sobre si debe escribirse Parera ó Pareda, la creemos resuelta definitivamente en favor del primero de estos nombres, por la autoridad que en estas materias tiene la tradición de la familia de D. Vicente López y Planes, cuya esposa, la señora Lucía Riera de López, fué discípula de Parera, y la de la familia de Luca, que ha conservado, como precioso tesoro, el manuscrito y el retrato del compositor.

Se ha puesto en duda la originalidad de la música del himno nacional, atribuyéndola los unos á reminiscencias de la *Creación* de Haydn, y los otros á influencias del *Juramento* de Mercadante. Ya es tiempo de destruir estas versiones que carecen de

fundamento. Hemos releído la obra de Haydn, que ha despertado nuevamente nuestra admiración, y no hemos encontrado ni una idea, ni un compás, que pudiera autorizarnos á sostener aquella tesis. En cuanto al *Juramento* de Mercadante, bástenos decir que se estrenó en la Scala de Milán en 1837.

Hemos intentado analizar el mérito musical de esta producción, someterla al crisol de la crítica, pesar sus quilates en la balanza del juicio, y todo ha sido esfuerzo vano. Este canto, que hemos oído resonar desde la cuna como un grito de amor á la patria y á la libertad, y que llevamos siempre vibrante en la memoria, tiene la virtud de exaltar nuestro entusiasmo. ¿Á qué es debido este fenómeno? ¿Á que el canto sea bello en sí mismo, ó á que está hermosado por la imaginación que en él ve personificada la imagen de la patria con sus luchas y todos sus ideales? Lo ignoramos, y asimismo nos parece que no hay argentino que sepa más. Debemos, pues, resignarnos á acatar el juicio de los extraños, que tuvieran suficiente autoridad para decirnos lo que vale nuestro himno como obra musical. Podría creerse que lo que aquí escribimos no es más que un exceso delirismo patriotero, pero estad seguros que esto es la expresión honrada y sincera de nuestro sentimiento. Somos siempre jueces severos para nosotros mismos, á las veces lo somos también para los demás, pero este canto desarma nuestra crítica y no nos permite juzgar.

Pasemos á ocuparnos ahora de los cuatro compositores argentinos que más arriba hemos mencionado, y que como ya dijimos son los primeros en el orden cronológico.

Todos ellos cultivaron la música por afición, sin ejercer nunca funciones profesionales, por lo cual designaremos este grupo de compositores con el nombre de *aficionados*, entendiendo la palabra en el sentido opuesto al de profesionales. Alcorta fué hombre político, economista y comerciante; Zavalía, abogado; Esnaola, comerciante millonario; Alberdi, abogado y escritor.

AMANCIO ALCORTA. — El decano de los compositores argentinos, nació el 16 de agosto de 1805 en la ciudad de Santiago del Estero, y murió en Buenos Aires el 3 de Mayo de 1862. « Venido de una familia antigua, y en la que se apreciaban el saber y la educación, fué desde niño dedicado á la carrera de las letras », dice su biógrafo Nicolás Avellaneda. Hizo sus primeros estudios literarios en Catamarca, donde fué uno de los discípulos predilectos de Fray Ramón de la Quintana, y pasó después á la Universidad de Córdoba donde permaneció cuatro años. Ahí estudió, en el Colegio de Monserrat, la flauta y la composición, con el maestro Cambeses, concertista de flauta que vino primero á Buenos Aires y pasó luego á Córdoba á desempeñar la cátedra de música en el mencionado Colegio. Tuvo Alcorta como condiscípulos á Juan del Campillo y Salustiano Zavalía, que también sobresalieron en el estudio de la música, el primero en la flauta y la guitarra, y el segundo en la guitarra, la flauta, el piano y la composición.

La época más fecunda de la producción musical de Alcorta, puede colocarse entre los años de 1822 y 1830, pero desgraciadamente la producción de entonces, que constituye las dos terceras partes de sus obras y sin duda la más nacional y exenta de influencias extrañas que escribiera, se ha perdido totalmente. En 1830, empieza para Alcorta la vida agitada de la política, y se le ve figurar en Santiago del Estero como ministro del general Deheza, en Salta como ministro de Güemes, hasta que, para escapar á la barbarie del interior y á la persecución tenaz de Ibarra, dice su biógrafo, dirigióse con su familia á Buenos Aires, extraviando caminos y atravesando soledades. Las demás composiciones, que su familia ha recogido y publicado, fueron escritas en Buenos Aires en los años que median entre 1832 y 1862, en que acaeció su muerte. Los músicos espontáneos se parecen á los pájaros del bosque : cantan desde que tienen alas hasta que mueren. Alcorta compuso toda su vida.

Las obras de Alcorta, publicadas en París por su familia, forman dos volúmenes. El primer volumen, publicado en 1869, comprende:

El Adiós, romanza para canto y piano; *El Remolino*, vals para piano; *Nocturno*, para flauta y piano; Trío, *en mi bemol*, para piano, flauta y violín; Trío, *en sol*, para piano, flauta y violín; *Cuarteto*, para piano, flauta, violín y violoncello. El segundo volumen, publicado en 1883, comprende: *Colección de canciones* para voces de soprano, contralto, tenor, barítono y bajo, que llevan los siguientes títulos: Mi flor, El desengaño, La ausencia, Los últimos momentos de una amiga, La despedida, Quejas de un ausente, Á la memoria de su hijo Amancio Ramón, Á la memoria de una amiga, Recuerdos, El desamor, Los recuerdos de Flor de María, El destino, El juramento de amor, Á una flor, La simpatía (duo), Lamentos de cuatro niñas. *Colección de composiciones para piano: Valses*: El corsario, La aurora, Reconvenções amorosas, La alegría; Vals (sol menor), Las controversias; El 1º de Mayo, fantasía-vals; Vals (sol mayor); La irresoluta; Vals (la mayor); El buen humor; La unión del Sud; Angélica, *polka*. *Minuetos*: La amistad, El dolorido, Melodías del corazón, Minuet (re mayor), El sueño, Las palabras de amor, Minuet (re menor), Minuet (sol mayor), Mis recuerdos, Una lágrima, Los abrazos, Lamentos de una viuda; Un destello de amor, contradanza; dos *Cuadrillas*. *Música de Iglesia*: Lamentaciones para contralto, tenor y bajo con acompañamiento de órgano ó piano; Gradual para el día de San Martín, para barítono, con flauta obligada y órgano ó piano; La agonía, canto de Viérnes Santo para tenor y barítono con órgano ó piano.

Estos dos volúmenes forman un total de cincuenta y cuatro composiciones. Si á esta cifra se agregaran las obras que se han perdido y que, como ya dijimos, constituyen las dos terceras partes de su producción; si consideramos los puestos que desempeñó como hombre público y comerciante, ya sea en las Provincias, ya sea en Buenos Aires, donde fué Senador de la Provincia, miembro de los Consejos de Gobierno, de la Comisión de los reglamentos de Aduana, de la Junta del Crédito Público, de la Comisión encargada de plantear el libre tránsito de los artículos extranjeros, Cónsul del Tribunal del

comercio, varias veces director del Banco; y si pensamos, por fin, en sus escritos económicos coleccionados en un tomo por Nicolás Avelaneda, en las ocupaciones del hombre de negocios y en su muerte prematura, tendremos una idea aproximada de la actividad intelectual de Amancio Alcorta.

En 1854, se ejecutó en la Catedral el Gradual para el día de San Martín, teniendo por intérpretes á los alumnos del Colegio San Martín que dirigía el educacionista Roberto Hempel; la parte de barítono fué desempeñada por Amancio Alcorta, el actual ministro de Relaciones exteriores, la de flauta, por su hermano Santiago Alcorta, y el acompañamiento por la orquesta de aquel célebre colegio. En el Colegio San Martín, se cultivaba mucho la música; anualmente cantaban sus alumnos una misa en la Catedral, se representában zarzuelas y celebraban conciertos, en que descollaba la orquesta formada por los mismos alumnos.

La casa del compositor que nos ocupa, era por aquel entonces un centro musical donde se daban cita los mejores aficionados de Buenos Aires. Se hacía música de cámara en que tomaban parte, sus hijos Rosario Alcorta en el piano, Santiago Alcorta en la flauta, Amancio Alcorta en el violín, y otros aficionados como Belz en el violín, Iriart en el violoncello, Lino Palacios en la guitarra, Jorge Williams, padre del que éstas líneas escribe, en el canto y el piano.

Entre los conciertos en que se ejecutaron composiciones de Amancio Alcorta, merecen particular mención los de la Sociedad « La Lira ».

En 1877 se celebró un concierto en el salón del almacén de música de Monguillot, consagrado á las composiciones de Alcorta. Los ejecutantes fueron: el concertista Alfredo Napoleón, y los aficionados Santiago Lloveras, Juan Oyuela, Juan del Campillo (hijo), Monguillot, Arturo Condomí y Guillermo Nicholson.

No nos toca á nosotros emitir juicio acerca de las obras musicales de Amancio Alcorta, que fué nuestro abuelo materno; pero sí podemos decir que dichas obras tienen fuerte perfume nacional, á pesar

de la avasalladora influencia rosiniiana ; que en ellas ha pasado algo del alma de nuestros viejos payadores ; que se encuentran ritmos y giros de los cantos y bailes de los gauchos del interior, por fin, que se advierten cambios de tono análogos á los de las canciones populares, y que están impregnados de honda melancolía, como si fueran un reflejo de la pampa, un recuerdo de su infinita tristeza.

ALBERTO WILLIAMS.

(Continuad).

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

La siguiente memoria inédita del capitán de navío D. Santiago Liniers, más tarde virrey del Río de la Plata, forma parte de los documentos que hemos extraído del fondo manuscrito de la Biblioteca Nacional y del archivo particular del señor general D. Bartolomé Mitre, como anexos ó piezas justificativas del estudio crítico que, acerca del héroe de la Reconquista, publicaremos en el próximo número. En vista de la diversidad y extensión de dichos anexos, hemos considerado prudente dividir su publicación. No hay, por otra parte, inconveniente alguno en esta división, perteneciendo los números 6 y 7 al mismo tomo de *La Biblioteca*.

REPRESENTACION AL REY NUESTRO SEÑOR POR EL CAPITAN DE NAVIO DE LA REAL ARMADA
D^a SANTIAGO LINIERS! SOBRE LAS MISIONES TAPES Y GUARANIS DE LAS QUE SE HALLAVA
GOVERNADOR INTERINO EN 28 DE JUNIO DE 1804.

Señor:

D^a Santiago Liniers, Cavallero del habito de S^a Juan, Capitan de Navio de V. R^l Armada, y Governador interino de los Pueblos de *Tapes* y *Guaranis*, puesto á S. R. P. de V. M. con el mayor Respeto dice: Que al momento de entregar el Mando de esta Provincia, despues de haverla tenido serca do Año y medio á su cargo, llega á sus manos vuestra Real Cedula del 17 de Mayo de 1803 á V. Vi-
rey de Buenos-Ayres, sobre el nuevo Regime de Gobierno que á resuelto se es-

tablesea en estas Misiones : quasi al mismo tiempo que el Paternal Amor de V. M. la dictara se hallara, en este Pueblo estendiendo algunas Reflexiones sobre este particular, que tubo la honra de dirigir A. V. R. P. pero reselando que no aygan llegado a tener la dicha de llegar a ello, acompaña un duplicado á la que se refiere añadiendo solo las que le an inspirado, las Beneficas miras de V. M. los nuevos conocimientos locales que á adquirido, y su siempre mas Ardiente Zelo y Patriotismo.

Las Disposiciones de V. M. en nombrar un Governador independiente, y quitar la Administracion General, no pueden ser mas adecuadas para la prosperidad de esta Provincia; pero Señor faltaria a los deveres de un buen Vasallo si le ocultase que los informes dado á V. M. por el Marques Aviles y D^o Manuel Gaetano Pacheco, sobre la felicidad y progresos de los yndios puestos en Libertad por el primero, son muy distante de la Realidad; esta Libertad parcial, dada por solo las propuestas de los Curas, recayó en general sobre los Naturales menos benemeritos, y quya Carrera por la mayor parte havia sido la Sacristía, ó el Goro, y no á servido mas que á precipitarlos quasi todos á el abandono y los vicios, y á exesperar los que no disfrutaren de esta prerogativa. Muchos de ellos despues de haber consumido el Ganado y socorros que le subministraron sus Pueblos, sin ningun conocimiento de la Agricultura, y acostumbrados á una vida sedentaria se hallaran muy reinotos de poder desempeñar la vida activa y laboriosa del Labrador, ó ombres campestres; se an entregados á los vicios, algunos an emigrado y los mas cuerdos an solicitado ser de nuevo agregados á las comunidades, siendo un infimo numero los que an progresado. Visitando el Departamento de Santiago, Estrañé en el Pueblo de este nombre de ver quasi todo un barrio de Casas sin puertas ni ventanas, y como si hubiesen padecido un saqueo; y Preguntando al Administrador el motivo de una semejante devastacion, me respondió q^e eran viviendas de los Yndios libres, quienes se hallavan Poblando en los sitios mas remotos y mas solitarios del Distrito del Pueblo, los que se habian llevado furtivamente todo lo que habian podido de las casas que tenian en el.

Yo Señor en el tiempo que estoy viviendo entre estos Yndios, me e dedicado particularmente á estudiar su caracter, yndoles, é inclinaciones, y é notado que sus principios en la Fé son generalmente mui dudosos, y toda exterior, y conservan varias practicas superstisiosas que denotan demasiado su inclinacion á las prácticas del culto de sus antepasados; á pesar del incesante quidado de los Curas en destruirlas, es rarísimo el yndio que menos en el Tiempo del precepto Pascual frecuente los Sacramentos, y aun en este caso sus Pastores Espirituales se hallan en mil apuros para que lo cumplan, no siendo unos de sus inenores trabajos tenerlos que instruirlos cada Años en la Doctrina Cristiana, á pesar de que cada Domingos se reza en comun ante de la Misa Paroquial, bien que solo por la Vigilancia y el rigor asisten á ella habiendo tenido, varias veces que hazer en este Pueblo las mas vivas reconvençiones al Cuerpo Municipal, para que reincediase este Escandaloso abandono.

Estos Naturales se hallan inclinados y quasi todos entregados al vicio de la Embriaguez de la Luxuria y del urto, y por consiguiente no se puede atribuir a la ignorancia de sus costumbres la serenidad y sosiego con que mueren, en el tránsito de esta vida á la espantosa Eternidad, en que el Cristiano mas fervoroso no esta exento de temores; é notado con espanto la tranquilidad que les acompaña, y la indiferencia con que admiten los socorros que les presenta la caridad Espiritual y Temporal. Al principio de mi llegada en este destino, condolido de ver perecer infinitos de estos infelices, careciendo de Facultativos y de Medicinas, me dediqué con mi Compañera a asistirlos con nuestro personal quidado y el de nuestros criados, suministrandoles los medicamentos de que nos hallaramos provistos p^a nuestra familia, logrando salvar á varios considerados ya por sin esperanza de vida, pero habiendo necesitado de uzar quasi de la fuerza para hacerlos tomar los remedios; puedo asegurar a V. M. que a varios que conosidamente e sacado de la Sepultura, no les é merecido la menor demostracion de agradecimiento, por este beneficio, y que lejos de haverles inspirado confianza los aciertos de sus curaciones, se me an ócultados los enfermos, prefiriendo los remedios de sus Curanderos, sin la menor asistencia, y por consiguiente la muerte a mis quidados.

Una aneglota que los caracteriza es la siguiente. Un Bote navegando por el Rio Parana tubo necesidad de tocar en su Orilla, toda montuosa y sumamente poblada de Tigres, uno de ellos salta en tierra, y se halla hecho presa de una de estas Fieras; reclama el auxilio de sus Compañeros, exclamando q^e el Animal solo lo tiene agarrado de una pierna, y estos le contestan con la impavidez de la Barbarie, por todo socorro: no té dé cuidado que te Agarrará Mejor!

Si a esta sensilla narracion que acabo de hazer á V. M. de las qualidades Morales de estos Yndios añado la de su ninguna Energia y estimulo, pues ¡qual puede ser la de un yndividuo quya desidia haze la mayor felicidad, que duerme en qualquier parte, va quasi desnudo, come con exceso quando halla que, como sufre la Ambre y las demas necesidades de su precaria existencia de una manera espantosa; y sin ninguna ydea de providad, rectitud ni pundhonor, Roba sin remordimientos, Asesina sin pasion y recibe el Castigo sin verguenza! Podrá V. M. por estos rasgos conocer que los que tienen inclinado su Real Animo á librar estos Yndios á su libre arbitrio separando los pocos Españoles que viven entre ellos, carresen del conocimiento práctico que se necesitara para pronunciar sobre tan gráve punto, pues no se trata menos que de la suerte de Treinta y dos Mil Vasallos de V. M. solo en los quatro departamentos de *Candelaria*, *Santiago*, *Concepcion* y *Yapeyú*, y de vinte y quatro Mil Leguas Cuadradas del mas rico suelo de sus vastos Dominios.

Los Padres expulsos, no solamente mantenian triplicada Populacion, edificaban Pueblos, Colegios, Sumptuosos Templos alajados con la mayor Riqueza, pero en varias necesidades de este continente alistavan muchos millares de soldados bien disciplinados, Armados, Municionados y Montados á costa de los Pueblos,

llevando asta sus viveros y Medesinas. La invidia poca y ilustrada acumulaba á estos Religiosos, el tener minas de oro, y Plata para sobrellevar estos inensos gastos de quoyos cargos por varios comisionados de la Corte se averiguó la falsedad y la Calumnia, habiendo tenido á la vista documentos que lo acreditan; las verdaderas Minas que le facilitarán estos recursos era la Agricultura. Al momento de la Espulsion se quiso seguir sus maximas, pero aunque las ordenansas que formó D^a Francisco Bucaneli no pudieron haber sidos mas sabias, para las Elecciones á las Administraciones se consulto mas bien el favor que obtenia que la suficiencia de los sujetos a quienes se confiaron, de alli resultó insensiblemente la degradacion de esta Provincia; pero mayormente el Buitre que ha Roydo asta las Entrañas de estos Pueblos an sido los Administradores Generales quienes en su instituto no deviendo ser y no siendo en efecto mas que unos meros agentes, ó comisionados, sin ningun conocimiento de estas Misiones se ingirieron en su Gobierno, no siendo poco escandalosas las contiendas y persecuciones que tubo que sufrir el Governador D^a Bruno de Zavala, del Administrador General D^a Juan Angel Lascano, las que ocuparon los momentos de este buen Vasallo de V. M. y pusieron mas irresistibles travas a sus Beneficas miras para el fomento de la Provincia que le era confiada.

Una prueba Señor del abandono con que an mirados estos Pueblos es el hecho siguiente. Quando á Consultas del Virrey D^a Juan Bertis se erigió el Colegio de S^a Carlos de Buenos Ayres el Año de 1782, para las oficinas de este Establecimiento se necesitó algunas parte de los edificios que pertenecian a estas Misiones; se siguió expediente sobre la materia, y evaluadas las posesiones de los Pueblos 20000 pesos, se determinó que de este Capital se fundarian diez Becas para los yndividuos de estos Pueblos que se quisiesen dedicar a los Estudios, pero habiendo querido revindicar este derecho el Administrador q^o lo era entonces del Pueblo de S^a Miguel D^a Bartolomé Coronèl, para el hijo del Corregidor de otro pueblo no pudo conseguir su execucion, y el Padre tubo que costear la Plaza de su hijo en el Colegio sucediendo lo mismo en el dia a el Corregidor de S^{to} Thomé, no quedando duda que a no haverse frustado este Legitimo derecho en los 20 años que tiene esta fundacion, poniendo cinco Años para cada Alumnos deberia haber 40 Naturales instruidos en Gramaticas y Filosofia, civilizados y en estado de propagar virtudes sociales en estas Misiones.

Vuestro Virrey Señor, el Marq^o de Aviles llegó á apercibir el estado de devastacion y de decadencia en que las depredaciones habian puesto esta Provincia, é informado por sujetos preocupados y sin ningun conocimiento de estas Misiones empesó a dar la libertad a algunos yndios, y propuso á V. M. el nuevo plano de Gobierno. Yo Señor por el solo impulso del Amor que le profeso creiera quebrantar los preceptos de la Lealtad con que siempre le é servido si despues de haverle manifestado con este corto bosquejo el carácter de estos Yndios, no le exponia la viva conviccion en que estoy, que por este nuevo sistema, estan perdidas estas Misiones, que antes de pocos años se an vuelto sin habitantes á la vida Barbara de la

que fueron sacados sus antepasados, reuniendose a las Naciones Barbaras que circundan esta Provincia como lo expuse en mi anterior representacion, y que si por un raro acaso no sucediese este gran desastre estos frondosos terrenos no producirian nada á la Monarquia ; y lo peor de todo este anti mural de las provincias del Paraguai, del Tucuman, Corrientes &ª estará imbadida á la hora que se ataque sin la menor resistencia, como lo emos visto con uno de sus mejores Departamentos.

Pero Señor, si lejo de expulsar los Españoles de estos terrenos, se procurase poblarlos de cultivadores industriosos, y activos, a demas de las imensas ventajas que resultaria a V. R. Erario por la multitud de ricas producciones que pondrian en circulacion, se adquiririan defensores en quienes el Patriotismo, tendria el estímulo del interes propio de Defender sus propiedades. Los Yndios bajo los exemplos que tendrian á la vista saldrian de su Barbarie, estimulando con algunas recompensas los casamientos de Españoles con yndias se refundirian una nacion con otra lo que agregado à la enseñanza Pública ariá desaparecer el ydioma y las costumbres de estos Naturales, y como sucede en el Paraguai y partido de Corrientes, Jal vez la primera ó segunda generacion no produciria ya diferencia entre Yndios, y Españoles.

Ya dije que el territorio de estas Misiones comprende 24 000 Leguas cuadradas de superficie, aunque se quiten 4000 por el espacio que ocupan los Rios, Bañados y Tierras esteriles, y que suponiendo solo quatro Yndividuos por cada familia se hallaran 8000 familias á las que (en la suposición que todas se dedicasen á la Agricultura lo que es meramente imposible) se le repartiese á cada una una Legua quadrada de tierra, resultarian siempre 12 000 vacantes (Doble extension de la ynglaterra que mantiene 5 500 000 habitantes) las que distribuidas á Colonos inteligentes produsirian mas riquezas que las Minas del Potosi ; proposicion que aunque parezca una Paradoxa se puede demostrar y calcular asta la evidencia ; pero sin profundisarla solo me Señiré á decir a V. M. que las Producciones, del Axucar, Algodon, hierba Maté, la Goma, Copal, la sangre de Drago, la Calaguala, el Ruibarbo, el Café, y el Cacao, si se plantase, el Lino que produce singularmente y solo se aprovecha para extraer imperfectamente el Azeite, el *Caraguata* y el *Guambé*, el tabaco — superiores maderas de todas clases para construcciones civiles y Navales, el famoso Bahamo extraido del Arbusto llamado *Aguaribay*, quynos logros se renucha cada Año, y se va aumentando en rason directa del cultivo, son unas Riquezas infinitamente preferible á los minerales sujetos á tantas contingencias, imensos desembolsos, y quynos beneficios destruyen la poblacion que aumenta la Agricultura. Un grande Ombre eylustre Ministro del Augusto Padre de V. M. D^{na} Bernardo Ward dice en la pagina 261 de su imortal Obra del proyecto Economico, que se deve dar por mina mas rica del mundo lo que produce la tierra con un buen cultivo.

El Fiscal Protector de Indios de V. R. Audiencia de Buenos Ayres en vista de lo resuelto por V. M. propone entre otras cosas :

1º que se quiten los Administradores particulares de cada Pueblo, substituyendo un Mayordomo en cada departamento que lleve la Cuenta y Rason de las entradas y salidas, Cobros de tributos, pagos de dependientes &ª, visite las Estancias, vigile sobre los cultivos y beneficios de los Proprios.

2º que los Capataces de las Estancias sean Yndios.

3º que para el Cultivo de los terrenos y Plantaciones que queden á los Pueblos como Propios para mantener los hospitales y cubrir varios gastos, se empleen los yndios quienes deben alternar en estas faenas gratuitas pª ser para todos.

4º que se vendan por el Administrador general los Bienes Raices que tienen los Pueblos en Buenos-Ayres.

5º que se permita la libertad del comercio sin permitir la permanencia de los Negociantes en los Pueblos, proybiendo la introduccion de las Bevidas Espirituosas.

Al 1º debo decir que solo el defecto de conosimiento topografico de esta Provincia pudo haberle hecho proponer esta disposicion, pues para recorrer las Estancias de este Departamento necesitaria el Mayordomo todo el Año, no habiendo mansion ninguna en ellas pues la de este Pueblo dista 30 Leguas de aqui y de esa a la de Trinidad ay 80, y asi sucesivamente; en el dia que tienen los Administradores la responsabilidad de un solo Pueblo, no pueden dar cumplimiento á los diferentes ramos de la vigilancia sobre la Agricultura, y Estancias, y la Cuenta y Rason de sus Administraciones. considero que lejo de quitar los Administradores o bien sea Mayor Domos de los Pueblos, se deben nombrar segundos con titulos de Tenedores de Libros, quienes se queden hechos cargos del Pueblo en ausencia y enfermedades del Mayordomo. Los Maestros de Esquelas Españolas habian suplido esta falta, aunque padiesiese entonses la enseñansa, pero por órden del Marqués Aviles, alusinado por siniestros informes, y bajo el aspecto de una mal entendida Economia, en Providencia del 19 de Marzo de 1801 circulada en Ocho de Abril del mismo Año manda se substituian Yndios ydoneos á estos, siendo bien reparable que se hiziese eleccion de Yndios Guaranis para enseñar el idioma Castellana y inspirar virtudes Morales á los Alumnos sus Compatriotas.

A lo 2º digo que la felicidad y prosperidad de un Pueblo depende de la direccion de la Estancia, que á de proveer no solamente la subsistencia pero todos los recursos para la Agricultura, Cria de Bueyes de Cavallos Mulas &ª comision que exige una inteligencia, una integridad una vigilancia y unos conocimientos nada vulgares, y por quio desempeño se debe buscar siempre sujetos á proposito, sin reparar en Salarios pues de el depende la Ruina, ó la prosperidad de un Pueblo. Y siendo de notoriedad que ningun Yndio tiene estas qualidades me parece que la prudencia no permite ponerse en la contingencia de experimentarlo.

A la 3ª digo que seria un gravamen insufrible para los yndios el tener que dejar sus faenas, ó sus oficios para atender al cultivo de las fincas del Pueblo, y seria encurir en lo mismo que se quiere precaber en concederle la Libertad,

siendo mucho mas Equitativo que el Pueblo tome jornaleros asalariados pagados de los fondos publicos.

A la 4ª se deja ver que vendidos los bienes de Comunidad por el Administrador General resulta una quiebra del ocho por ciento que habrán de padecer los Pueblos por los derechos de dicho Administrador. pudiente aorarsele con que estas rentas se agan por la Contaduria de la provincia, pues bajo el infimo avaluo de 100,000 pesos a que se puede graduar el importe de las expresadas fincas, serian 8,000 pesos de menos Cabos para los Pueblos.

Y a la 5ª digo que quitar a los Comerciantes establecimientos fijos en los Pueblos, es privar a estos unos consumidores, y á aquellos ponerles unas travas para sus negociaciones, pues en un pays donde circula poco numerario y quasi todas las ventas se hazen á cange de frutos, el Mercader fia para ser pagado después de la Cosecha, y por este credito facilita las operaciones de la agricultura, luego lejo de ser perjudicial la permanencia de los Comerciantes en los Pueblos, de ella depende su fomento. En quanto á la proybision de la introducción de las Bebidas resultan doz Daños, el uno que se introdusen por contrabando perdiendo V. M. Sus Reales derechos, y el segundo que las ventas clandestinas que se hasen de ellas son con la más excesiva uzura, no contentandose la Codisia con venderlas quatro y cinco veces su valor, pero adulterandolas con materias Corrosibas que supere el grado de fortaleza que debiéra tener haciendo por este Criminal abuso aun mas perjudicial su uso a estos infelices Naturales. Si al contrario ubieses Casas Publicas de Bevidas como en los demas Pueblos Españoles, sujetos á Aranscles, y a la inmediata inspeccion de la Justicia todos estos Daños se quitarian y tendria el vicio de la Embriagues, el Estimulo menos de la Privasion.

Ultimamente Señor, conosco que nada es mas digno de admiracion que la Real determinacion de V. M. en punto a la libertad que quiere conceder a estos infelices Vasallos para que pudcan disfrutar de las misma ventajas que las demas que tienen la felicidad de serlo de un tan Piadoso Monarca, pero siendo evidente que el Real Animo de V. M. es de hazerlos felices, y no precipitarlos a su total ruina, con la mayor confianza levanto mi debil voz hasta su Trono para repetirle que si se le concedo á estos yndios la Libertad y se les distribuiese todas las Rentas de esta Provincia excluiendø de ella los Españoles, ó no tengo conosimiento de los ombres y e perdido todo el tiempo que e dedicado a estudiar estos Naturales y adquirir tal qual yustraciones, o se pierden estas Misiones, devriendose necessariamente para sacar de ella las incalculables ventajas que prometen, tratar de Poblirlas como Arriba expresé, y entonces teniendo los yndios modelos que imitar en la industria, economia y vida social, quien consuma los productos de sus chacras, unico cultivo que entienden, quien emplease y asalariase el gran numero sin energia ni conocimientos para ser propietario y les asegurese siempre su subsistencia y los medios de pagar sus tributos, entonces deseale enorabuena la Libertad y se á cumplido su supremo deseo en mejorar la suerte de estos Yndios.

Estas Reflexiones Señor, que el mas puro zelo y desinterés me an Estimulado a dirigirles, sabra la Sabia penetracion de V. M. apreciarla dissimulando la imperfeccion de mi modo de expresarlas, atendiendo solo al Amor, fidelidad y Patriotismo que me an inspirado, no cesando de Clamar al Todo Poderoso p^a la prosperidad y dilatado Reinado de V. M.

Pueblo de Candelaria 6 de Julio de 1804.

A. L. R. P. de V. M.
SANT^o LIN^{ta}.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Los Raros, por RUBÉN DARÍO

El autor de esta hagiografía literaria es un joven poeta centroamericano que llegó á Buenos-Aires, hace tres años,

Riche de ses seuls yeux tranquilles,

como cuenta al Gaspard Hauser de Verlaine, trayéndonos, *viá* Panamá, la buena nueva del « decadentismo » francés. Pero, si la iniciación no ha venido por itinerario muy directo, justo es celebrar la conciencia del iniciador. En cuanto á su talento revestido de modestia, es tan indiscutible, — bien lo saben los lectores de *La Biblioteca*, — que, contra mi costumbre, me tomaré el cuidado un tanto subalterno de deplorar su presente despilfarro, en una tentativa que reputo triplemente vana y estéril : en sí misma, por la lengua en que se formula, por el público á que se dirige. Á riesgo de alargar esta noticia, con detrimento de otras publicaciones recientes, presentaré á este respecto algunas observaciones provisionales y someras. Puede que interesen á algunos decadentes en botón, que se dice han brotado en el surco del señor Darío.

Ante todo, le alabaré porque vive de poesía, despreocupado de cuanto no sea el arte sagrado y su culto ideal. Como el ave y el lirio del Evangelio. él no hila ni siembra, pero es la verdad que « Salomón en su gloria » no es más esplendoroso que su ilusión. Ha elegido la mejor parte. Después de soñar, lo mejor de la vida es recordar su sueño ; ya es menos sabio acosar al misterio, dirigiendo á la eterna Isis velada, preguntas indiscretas que no contestará...

Vagaba, pues, el señor Darío por esas libres veredas del arte, cuando por mala fortuna vino á las manos un tomo de Verlaine, probablemente el más peligroso, el más exquisito : *Sagesse*. Mordió en esa fruta prohibida que, por cierto, tiene en su parte buena el sabor delicioso y único de esos pocos granos de uva que se conservan sanos, en medio de un racimo podrido. El filtro operó plenamente, en quien no tenía la inmunidad relativa de la raza ni la vacuna de la crítica ; y sucedió que, perdiendo á su influjo el claro discernimiento artístico, el « sugestionado » llegase á absorber con igual fruición las mejores y las peores elaboraciones del barrio Latino. Un crítico naturalista evocaría, con este motivo, símiles ingratos : v. gr. : la imagen de esos dipsómanos cuya embriaguez, comenzada con el vino generoso y fino, remata en el petróleo de la lámpara. Tan es así que, en esta reunión intérlope de *Los Raros*, altas individualidades como Leconte de Lisle, Ibsen, Poe y el mismo Verlaine, respiran el mismo incienso y se codean con los Bloy, d'Esparbès, la histérica Rachilde y otros *ratés* aún más innominados.

Tenemos ahora al señor Darío convertido en heraldo de pseudo-talentos decadentes, simbólicos, estetas—epítetos todos que nunca aceptaron Verlaine ni Régnier, y que, en el fondo, significan un achaque muy antiguo : la necesidad que tienen las medianías de singularizarse para distinguirse. Para sobresalir entre la muchedumbre, al gigante le basta erguirse; los enanos han menester abigarrarse y prodigar los gestos estrepitosos. Por eso ostentan la originalidad, ausente de la idea, en las tapas de sus delgados libritos, procurando efectos de iluminación y tipografía, á manera de los cigarreros y perfumistas. y que bastarían á caracterizar lo frívolo é infantil de la pretendida evolución. — Á este propósito, séame lícito reprochar al señor Darío las pequeñas « rarezas » tipográficas de su volumen, indignas de su inteligencia. Aquel rebuscamiento en el tipo y la carátula es tanto más displicente, cuanto que contrasta con el abandono real de la impresión : abundan las incorrecciones, las citas cojas, — hasta del caro Verlaine — las erratas chocantes, sobre todo en

francés. Créame el distinguido escritor : lo raro de un libro americano no es estar impreso en bastardilla, sino traer un texto irreprochable. Bien sé que los folletos del cenáculo, la *Revue Blanche*, la *Plume* y el *MERCURE* incurren en estas niñerías — pero siquiera vienen atenuadas por el escrúpulo de la corrección literal...

Lo peor del caso presente, lo repito, es que el autor de *Los Raros* celebra la grandeza de sus mirmidones con una sinceridad afligente, y ha llegado á imitarlos en castellano con desesperante perfección. Es lo que me mueve á dirigirle estas observaciones, cuyo acento afectuoso no se le escapará.

Pido á la suprema Justicia—que espero sea la suprema Lógica,— que, al llegar alguna vez la inevitable decadencia, me ahorre el dolor de verla producirse, en lo físico por la sordera, en lo intelectual, por el oñio á la novedad, — lo que se llama *misoneísmo* en la nueva jerga antropológica. No quiera Dios que, por ininteligencia y flaqueza mental, quede extraño á cualquiera manifestación del espíritu, ya sea en arte, ciencia, filosofía ó simplemente moda fugaz!

Según la magnífica palabra que á Virgilio atribuye un escoliasta, quiero « cansarme de todo, excepto de comprender ». — Envejecer como Renan ó Taine, no es envejecer: es ganar años, es decir, experiencia, saber, indulgencia, amplitud del campo visual. Humilde alumno de tan grandes maestros, me doy el testimonio, en mi esfera limitada, de no haber dejado pasar hasta ahora una innovación artística, desde Wagner hasta Ruskin y Moréas, una tentativa científica, desde el evolucionismo hasta la novísima telepatía, sin informarme de ellas con simpatía, procurando entenderlas sin prevención hostil.

He seguido con interés el nuevo ensayo de renovación literaria, no sólo en Francia, sino en Inglaterra, donde, con Ruskin y Rossetti, ha tenido sin duda mayor alcance y verdadera significación. Por otra parte, no era en mí esfuerzo grande, habiendo sido del gremio en mis mocedades y guardando el recuerdo de los antiguos fervores.

La primera superioridad del « prerrafaelismo » ó espiritualismo inglés, es que se ha afirmado con obras; la segunda, que se ha preocupado mucho menos de los detalles exteriores que de la esencia artística. La reacción poética se ha producido allí alrededor del gran Shelley, en lugar de ser, como entre nosotros, una mezquina reacción de estilo y sobre todo de métrica, contra el macizo naturalismo y la impasibilidad plástica de los parnasianos. Además, lo repito, la escuela inglesa ha dado á luz obras maestras. En Francia, el simbolismo y sus adyacencias se han limitado á teorías soberbias, y tentativas impotentes en la realización. Nuestros renovadores representan, en conjunto, á un wagnerismo que se hubiera limitado á los diez tomos de crítica de Wagner, sin que los gérmenes estéticos florecieran magníficamente en dramas líricos inmortales. Lo único viable en el nuevo simbolismo francés — ó no es nuevo, ó no es simbólico. Verlaine es un parnasiano convertido, cuyos pocos versos realmente admirables — un centenar, que todas las antologías repiten — están vaciados en el molde de Hugo ó Banville: podrían ser de un Coppée más ingenuo y angustiado, que levantara el lamentable *De profundis* de su miseria. Lo propio diríamos de Vielé-Griffin, La Tailhède, Régnier, Wyzéwa y otros, presentes ó futuros colaboradores de la *Revue des Deux Mondes*. El mismo Moréas, en sus remedos shaksperianos, no levanta el laborioso vuelo sino en algunas baladas de estilo y giro popular, que nada tienen de decadente ni simbólico. Por fin, el apocalíptico Mallarmé ha necesitado tornarse incomprendible, para dejar de ser abiertamente mediocre: su esoterismo verbal es el cierro secreto de un arca vacía.

¿ Significa ello que la literatura de *tout à l'heure*, que ya trae veinte años de gestación, nada se proponga en su vago tanteo, y que la idea esencial, el anhelo estético sea completamente responsable del malogro efectivo? En otros términos ¿serán inútiles las tentativas actuales para el gran poeta futuro, ya que presente no le hay? De ningún modo. El empuje instintivo que se siente debajo de tanta

fórmula grotescamente expresada, bajo tanto jeroglífico pretencioso y vacío, tiende á enriquecer la poesía francesa con el elemento septentrional que le faltaba : el sentido del vago misterio y del indeciso matiz, que *sugiere*, con su balbuceo casi inarticulado, impresiones más intensas y profundas que el verbo preciso. Citaré, como ejemplo, en lugar de tal ó cual estancia sabida de memoria, sólo dos versos de un soneto de Verlaine (1) :

*Quand Maintenon jetaít sur la France ravie
L'ombre douce et la paix de ses coiffes de lin...*

El segundo verso es de incomparable belleza por su potencia infinita de evocación. Pero, notad que el efecto se ha conseguido con el giro más claro y las palabras más sencillas. Ningún rebuscamiento, ninguna obscuridad en la expresión : el « simbolismo » está todo en la imagen.

Sabido es que el principal esfuerzo de la presente innovación se encamina á transformar el ritmo poético. También es esta tentativa laudable y necesaria, pero ha fracasado generalmente en la realización, por no tener los jóvenes escritores franceses ideas exactas acerca de la rítmica. Sobre todo, ignoran profundamente el tecnicismo de las versificaciones extranjeras. Nos criamos allá midiendo teóricamente versos latinos y griegos, sin tener en el oído el acento prosódico ni pronunciar jamás en realidad un dáctilo ó un anapesto. De ahí, la confusión y contradicción de los nuevos ritmos decadentes. Los novadores franceses — *fruits secs* universitarios, en su mayoría — sólo toman en cuenta la cantidad silábica y el consonante ; de suerte que, con dislocar el verso antiguo ó enhebrar renglones asonantados de diez ó más sílabas, quedan persuadidos de haber escrito decasílabos ú otros versos perfectos. No han pasado de esa prosa poética, con aliteraciones y asonancias, que horripilaba á Flaubert, y que se parece al verso cantante y rítmico como un murciélago á un ruiseñor. Citaré una muestra de esta última medida —

(1) *Sagesse*, I, ix.

deca-silabo de los españoles ó enneasilabo de los franceses — por ser una de las innovaciones más conocidas de Verlaine.

El deca-silabo — que en español se usa principalmente para las odas cantadas ó himnos patrióticos (aunque comiencen tan malamente como el argentino), — no puede ser medido sino de dos maneras: por una cesura mediana, como en la oda de Moratín (*Id en las alas — del raudo céfiro*), en cuyo caso se descompone en dos pentasílabos; ó bien haciéndolo ternario, con tres acentos tónicos, según el ritmo habitual (*Con sus a-las brillan-tes cubrió*). Fuera de ello no hay verso, y mucho menos si se mezclan y confunden, como hacen los decadentes, ambas combinaciones, con otras que sólo obedecen al cómputo de las sílabas, haciendo caso omiso de voces graves ó agudas. En el libro de Souza — *Le Rythme poétique* — después de disertar doctamente el autor, de ritmos y versos nuevos, nos da una muestra de deca-silabos (enneasilabo francés) que incurren en dicha confusión:

Elle captive — en ses basiliques
Notre brûlante — dévotion...

Es seguro que si el segundo verso está bien medido, el primero es falso. Lo propio acontece en la famosa pieza de Verlaine, *Art poétique*, que el señor Darío ha citado alguna vez. Ejemplo:

Oh! la nuance — seule fiancée...

después y antes de dividir el verso en hemistiquios desiguales:

Pas la couleur — rien que la nuance...

Por vía de *intermezzo*, y también para mostrar que no me meto de rondón en estas teologías, diréle al autor de los *Raros* que, en otros tiempos mejores y muy poco decadentes, me preocupé de métrica, procurando adaptar al francés algunos ritmos castellanos. Encuentro en mis viejos cuadernos de apuntes una pieza en deca-silabos, exactamente ritmada á la española y que, á este respecto, seguramente

no tiene equivalente en francés : permítaseme citar la primera estrofa, que podría ser cantada con la música de Parera :

*Le Passé ! C'est la voile incertaine
Qui s'efface au brumeux horizon;
C'est l'appel de la fête lointaine
Qu'on écoute au fond d'une prison :
La caresse, on ne sait d'où venue,
D'une voix jadis chère et connue...*

Con estos ejemplos, que me es fuerza abreviar, quise mostrar al señor Darío que la tentativa decadente ó simbólica, si bien plausible en su principio, se ha malogrado en la aplicación, ya se trate de la rítmica, ya del estilo mismo, en que la obscuridad, la *darkness visible* de Milton, no encubre las más de las veces sino vaciedad é impotencia. En cuanto á la prosa decadente, novela ó crítica, no existe como manifestación perceptible, para los contemporáneos y admiradores de Flaubert y Taine, de Renan y Veillot — éste, uno de los mayores escritores del siglo — de France y Maupassant, y hasta de Barrès.

Dado ese resultado mediocre del decadentismo francés, es permitido preguntarse : ¿qué podría valer su brusca inoculación á la literatura española, que no ha sufrido las diez evoluciones anteriores de la francesa, y vive todavía poco menos que de imitaciones y reflejos, ya propios, ya extraños? Y, finalmente, faltaría después averiguar si la imitación del neo-bizantinismo europeo puede entrañar promesa alguna para el arte nuevo americano, cuya poesía tiene que ser, como la de Whitman, la expresión viva y potente de un mundo virgen, y arrancar de las entrañas populares, para no tornarse la remedada cavatina de un histrión. El arte americano será original — ó no será. ¿Piensa el señor Darío que su literatura alcanzará dicha virtud con ser el eco servil de rapsodias parisienses, y tomar por divisa la pregunta ingenua de un personaje de Coppéc :

Qui pourrais-je imiter pour être original?

P. G.

EL SALTO DE AZCOCHINGA ⁽¹⁾

Mi padre, que se había refugiado en Córdoba, á fines de 1839, me ha contado parte de esta verídica historia.

Muy recomendado á la familia de D. Narciso Lozano, con una de cuyas hijas se casó diez años después, dispuso del favor y de la consideración de mi abuelo materno que, desde la colonia, había ocupado puestos de responsabilidad en la administración pública y gozaba, como sus hermanos, D. Cayetano y D. Mariano, de grande estimación social en la vetusta capital de tierra adentro. Yo tengo un vago pero infalible recuerdo de estos tres viejos cordobeses, á dos de los cuales alcancé en la casa de mi tío Ocampo.

Mi abuelo D. Narciso era metódico, prolijo y urbano de trato, pequeño, magro, de ojos azules y vivos, afeitado como un viejo actor del tiempo de Máiquez, siempre vestido de negro, con pantalón

(1) Deseosos de honrar la memoria del malogrado escritor, en este número de *La Biblioteca*, cuya aparición casi coincide con el segundo aniversario de su muerte, no hemos vacilado en reproducir el último escrito de Lucio López, — ya publicado en *La Nación* del 2 de noviembre de 1894 — dando la preferencia, sobre otros esbozos del todo inéditos, á este cuadro de costumbres, lleno de vida y colorido, en que se muestra el talento cabal del autor de *La Gran Aldea*. Á tales páginas, no basta la publicidad efímera del diario. No dudamos que las vuelvan á leer con interés y admiración los mismos que las conocían; y es el caso de repetir aquel famoso verso de Henault, atribuido á Horacio:

Indocti discant et ament meminisse periti.

nes estrechos, zapatos puntiagudos, y como embutido todo él en un frac de cuello eminente, abrochado á la altura extrema de la cintura, abierto sólo para dejar adivinar apenas la tapa augusta del alzapón, en el que brillaban las cornalinas y topacios de los dijes del Directorio, de moda todavía entre nosotros. Lo veo entre los limbos de la extrema niñez en que lo conocí, y rehago su figura de cuerpo entero cada vez que admiro las siluetas de los vejetes madrileños de Villegas, ó los detalles deliciosos de los personajes en casaca de la « Vicaría » de Fortuny.

Fué en la casa colonial de los Lozano donde se hospedó mi padre ; ligado en Buenos-Aires con sus hijos José María y Pancho : el primero, un hombre de rarísimos méritos y virtudes, un evangelista ; el segundo, un original simpático, popularísimo, muerto de tuberculosis en Chile, llorado por todos los argentinos que pasaron la cordillera con él por Chilecito, despues del desastre del Quebracho.

¿Cómo definió mi abuelo al joven porteño que llegaba de Buenos Aires ; cómo se manejó mi padre para encuadrar dentro de aquel hogar en que todavía se ensalzaban las obras del Renacimiento cordobés de Sobremonte y se lamentaban las ejecuciones de Cabeza del Tigre...? Lo percibo pero no lo detallo. Mi abuelo materno, hijo de Jujuy, había sido oficial de las Arcas Reales y se mantenía testarudamente godo en sus tradiciones, en sus gustos y costumbres. Mi padre, porteño, saturado de las influencias políticas y literarias de la Francia, camarada de Tejedor, de Alberdi, de Gutiérrez, de los dos Peña, y de tantos otros modernos que declamaban á Hugo, estudiaban á Lermínier y tarareaban á Rossini, debió caer allí, aun cuando él lo niegue ahora, de una manera un tanto parecida á la del joven bonapartista de aquella preciosa crónica de la Restauración, de la familia de la Seiglière, que nos ha dejado Sandeau. Era y fué un encuentro raro ; el amor y el respeto limaron sin duda las asperezas de esa aproximación interesantísima, llena de latentes incompatibilidades, del espíritu nuevo y del viejo régimen ; el uno

deslumbrado por la prosa herética de Victor Hugo y por los himnos de los sansimonianos, el otro enfeudado al clasicismo de D. Alberto Lista y al conservadorismo ponderado del conde de Aranda y de D. Gaspar de Jovellanos.

Empero, la casa de Lozano, que es la misma que hoy ocupan los nietos de D. Cayetano en Córdoba, amplia y chata como todas sus coetáneas, se abrió de par en par ante el recién llegado. Muchos hombres jóvenes de Córdoba lo rodearon y agasajaron; entre ellos, los Díaz, los Allende, los Lucero, los Álvarez, don Carmen Soria, padre de mi amigo Cipriano, y tantos otros que nuestras bárbaras contiendas civiles han consumido, como substancia evolutiva para darnos esta patria que todavía se remodela.

Mi padre hizo letras y conspiró en Córdoba, como todos sus compañeros de entonces. Pero huía frecuentemente de la ciudad, inundada por su río desbordado, caldeada por el sol africano al que le sirve de lente, enclavada en aquel hoyo en que Sarmiento la descubrió, en un crepúsculo, siguiendo la dirección que le marcaba entre los pastos el índice del guaso baqueano que lo traía de Cuyo. Probablemente, ya había registrado todo aquel vasto monasterio, especie de Escorial indígena, mezcla informe, pero intensamente característica, de todos los estilos de las villas y ciudades de la América española, en las que se adivina la influencia de las imitaciones árabes, hasta en el blanco, frío é impávido paredón jesuítico y en la herrería abigarrada que adorna los balcones y portales de muchas viejas casas de Sevilla; — curioso maridaje del gótico español y de la fábrica morisca; monacal, seco,—ascético el uno, melancólica y tímida la otra, como abrumada por su torpe y pesado cautiverio, bastardeados ambos, peculiarmente en los pueblos del Alto Perú, en los mismos de Chile, por el artífice quichua, que ha puesto en todos estos frentes de iglesias y casas del otro siglo, algo de la ingenua y rudimentaria inspiración de aquellos tenaces y anónimos constructores.

Córdoba, en el año 39, era una agrupación de iglesias, como lo

seguirá siendo mientras el cosmopolitismo no la haga rebalsar en el Alto, con las construcciones *barrocas* y profanas que lo individualizan. En el centro, la catedral, con sus lomos de rinoceronte fabuloso y el cabildo insípido, que parece, como todos sus congéneres, la decoración obligada de la Plaza mayor, destinada á las ejecuciones capitales. Dos cuabras más lejos, la Compañía con sus torres pardas, admirable como curiosidad sudamericana, en cuyos muros la cal mordiente de Malagueño ha unido lozas, ladrillos, bloques de granito y hasta enormes piedras, lamidas y redondeadas por la corriente secular del río. Al oeste, el paseo Sobremonte con su inmenso estanque y su isla central de mampos-tería greco-romana, con que el viejo virrey quiso remedar, tan luego en la ciudad graduada *in utroque*, las maravillas de la corte de Versalles. Alrededor, en fin, de toda la población, el suburbio con sus habitantes pobres y sucios, sus casuchas de adobe ó de piedra, y sus techos de paja; cavadas algunas en la greda viva del cerro, como las que se suelen ver todavía en Aragón: la familia harapienta que se reproduce allí en el hacinamiento bohemio en que vive, machacando las hembras, al aire libre, en el mortero de tala, el maíz de que se alimentan, trezando holgazanamente tientos frescos los varones, pululando los niños desnudos en la zanja ó en el matorral vecino de pitas y tunales, estiradas en el alero las láminas de charqui, parecidas á cuerpos de colosales murciélagos disecados; los atos de leña de arbustos genuinos de la tierra inculta, las cabras sueltas que triscan por doquier, devorando las miseras matas que germinan con pena, hasta las ropas lavadas tendidas sobre el cerco vivo de los cactus. Y todo aquel cuadro, saturado por el hedor característico á mugre, que se percibe al pasar, sin náusea, porque, como el dibujo y el color de ese medio animado en que hierven los seres, la ráfaga pesada que se desprende del arrabal, tiene algo del tufo que caracteriza á las aves silvestres, al que se hace luego con deleite la nariz de todo cazador de raza y la de todo artista, fino observador del detalle.

Así era, más ó menos, la ciudad que mi padre abandonaba una tarde de verano con rumbo al norte, acompañado de un guaso *lleva y trae* de la casa de Lozano, apellidado Zuasnával, y á quien he conocido todavía, ahora 25 años, como peón de campo de mis tíos Plómer. Guaso entrometido, consentido y parlero, jinete, gran conductor en el pescante de la antigua carroza del tiempo de Carlos X, con que viajaba la familia, desde San José de Flores á la Trinidad, y conocida íntimamente por todos los pantanos del trayecto.

Zuasnával conducía á mi padre, creo que á la estancia de Azcochinga (1), cerca de Jesús María, á inmediaciones de la hermosa finca de La Paz. Debían de hacer noche en una chacra vecina, y á la madrugada continuar el viaje. Quien no haya viajado en el interior, no puede formarse una idea del intenso colorido del paisaje y de las variedades de las escenas del camino. Hay cuadros que nos recuerdan los de la Biblia misma; los asnos cargando ánforas de tosca alfarería, llenas de vino, de arrope y de chicha; las tropillas de mulas con sus retobos de quesos y patay y otras menudencias empastilladas por mil guascas, y detras el arriero, laxo y medio dormido sobre la cabalgadura, conducido por el instinto de la bestias, las piernas colgantes, la ojota mal amarrada al pie. Otros cuadros traen remotas reminiscencias de los que se ven al sur de Nápoles y en la Calabria; —carros bajos, enclenques, repantigados sobre sus traseras, de ruedas macizas sin rayos, semejantes á grandes piedras de afilar, que ruedan gruñendo, y adentro, con actitud de animal religioso, ridículamente grave, un pollino, y en otros un grupo de cabras; vehículos diferentes, todos embrionarios, tirados por bueyes flacos y enanos, de astas descomunales, descendientes directos de las razas de la Mancha y Extremadura, en los tiempos de Don Quijote y de Gil Blas de Santillana; y, de cuando en cuando, la

(1) Probable adulteración de *Allko-chinga*, cueva del perro. El cambio es constante en el quichua de Santiago, debido á la pronunciación local de la *ll*. Respecto de *chinga*, y los *Comechingones* cordobeses, véase : P. G., *Ensayo histórico sobre el Tucuman*, pag. 37. (Nota de la D.).

banda inmigratoria de santiagueños, nómades y avezados, envueltos en la nube de polvo que levantan sus cabalgaduras, y turbando el silencio solemne de la comarca con los gritos cadenciosos, y melancólicos con que citan á las bestias rezagadas de su arreo.

Hicieron noche los viajeros en la finca vecina, y, á la mañana siguiente, Zuasnával con su amo prosiguieron su camino, comenzando á trepar poco á poco los mogotes que sirven de escalones á la sierra. Contaba el guaso mil historias reales y fantásticas, compuestas todas de viejas y trilladas rutinas; hacía la chismografía doméstica de la Córdoba de entonces; quiénes eran los agentes, quiénes los enemigos de los unitarios; las hablillas sociales, las rivalidades de familias, la influencia en ellas de los frailes, la historia de las Descalzas, las maravillas que confeccionaban los dedos de hadas de las monjas Tércesas; las travesuras del capellan X. con la fulanita; el último sermón del padre franciscano, sobre el Santísimo Sacramento; el pleito de aguas que le ganó el doctor *** á la familia de N. N., y cómo la amita tal, de la casa donde él se crió, era de fijo la hija del prior de la Orden: todo el estrado de Córdoba, con sus rasgos lucidos y sus claroscuros picantes, parecía como movido y removido por la lengua de aquel postillón vaciado en el mismo molde de los criados gárrulas de las comedias de Lope. Y cuando saliendo del terreno humano y vivo, entraba al de los cuentos extraordinarios, era de no terminar la historia de los aparecidos, de las luces fatuas y misteriosas que él había encontrado siempre en sus viajes continuados por la sierra, en la gruta de Mallín y arriba, en la parte superior de la muralla enhiesta.

Hay, indudablemente, no sé qué misteriosa atracción que nos arrastra á indagar y escudriñar el alma de las gentes sencillas, hasta exprimirla como una esponja y enterarnos de todo lo que saben, de todo lo que piensan y analizan con su criterio primitivo; y, seguramente, Zuasnával era un *medium* propicio para conocer y tratar á los vivos y á los muertos de la Córdoba del año 40. Por ese medio pudo tal vez mi padre encontrar los elementos de su estudio sobre la

geografía incásica, revelando los lugares en que se asentaron las últimas vanguardias de los hijos del Sol, sitios marcados indeleblemente por el vocablo peruano, en el mapa argentino que los denunciaba á la posteridad.

Así, indagando mi padre y charlando sin reato Zuasnával, después de seis largas horas de viaje, con las cabalgaduras sudadas y gachas, se apearon, ya casi en plena sierra, en una abra formada por molles y algarrobos, donde hacían una algarabía infernal los loros barranqueros, como si discutiesen un escándalo de familia. Zuasnával desensilló las bestias y las soltó en el soto formado por los arbustos; registró sus alforjas, sacó sus chifles, hizo fuego en un segundo soplando la yesca, hasta que surgió la llama y comenzó á lamer el tronco carcomido que le puso; calentó el agua, cargó, cebó y probó el primer mate, y como confirmando la excelencia de su obra, ofreció el segundo á su patrón que, sentado en el pasto, debía admirar en ese momento lo agreste y salvaje de aquel sitio, mientras el peón parecía querer orientarse registrando el denso monte que tenía al frente.

Haría unos minutos que Zuasnával se había ausentado, cuando se oyó un relincho y otro; al que respondieron tímidamente y parando las orejas los caballos de los viajeros. Dentro del bosque, tupido laberinto de arrayanes, de mistoles y espinillos, el peón había de fijo encontrado gente ó animales; la tarde expiraba y aquello era augurio de buen albergue para el viajero. De pronto, reapareció el guaso, en el borde del soto; con aire misterioso pero tranquilo, miró á mi padre, lo llamó entre serio y risueño y le dijo:

— Venga, patroncito; aquí le he encontrado el robo á Pancho Peralta.

— ¿Quién es Pancho Peralta?

— El cuatrero, pues, que ni los dragones de Perafán han podido agarrar, — cantó *sotto voce* el gaucho en la tonada holgazana y característica de su provincia.

Entraron ambos al monte, y á sólo veinte pasos del abra, al pie

de un algarrobo, vió mi padre un rescoldo casi extinto, y al lado dos mitades de sandía cavadas y las semillas sembrando el suelo. Siguiéron una senda angosta como camino de hormigas en la dirección de los relinchos, y á poco se encontraron con un corral formado por gruesos lazos y torzales, y dentro, una tropilla de buenos caballos. En el acto Zuasnával conoció dos de la marca de sus patrones; vaciló un momento entre cortar las barreras con su puñal, sacar sus bestias y seguir camino; consultó tal vez el caso con su propio criterio, y como renunciando á su plan, cobarde ó poco noble, tomó su resolución y frunciendo la boca gruesa y burlona que lo estereotipaba, por el extremo izquierdo del labio lanzó un silbido estridente que penetró en la selva como un tiro de honda.

Un ruido de hojas secas anunció la llegada del cuatrero, que debió hacer una aparición semejante á aquella con que Merimée nos presenta á Don José, en las primeras páginas de *Carmen*. Algo remiso, pero resuelto á todo, la cabeza descubierta, negras la barba y la abundante cabellera, negros los ojos, bronceado el cutis, un moro casi de hermosas proporciones, calzando su bota de potro, y en la mano izquierda sus riendas y su freno, apareció Peralta; observó á mi padre, reconoció á Zuasnával y echó una mirada rápida y furtiva á la tropilla cautiva en los torzales, donde su instinto silvestre le denunció que el peón lo había encontrado en falta.

— ¿Pa donde va, ño Zuasnával?

— Pa Azcochinga, pero estamos con las bestias muy viles y no quiero comprometerme á llegar esta noche.

— Le daré caballos si es por eso, amigo.

Consultó Zuasnával el caso con mi padre. Ya en la guarida del gaucho, ellos, dos y bien armados, él, aunque cuatrero, incapaz de una felonía, la noche que se anunciaba: después de una breve deliberación, se aceptó la oferta de las cabalgaduras y se resolvió pernoctar allí y esperar la aurora para seguir viaje.

Era Peralta un gaucho audaz, que abigeaba de profesión y peleaba por necesidad. Nunca, según se abonaba por la mejor fama pú-

blica de la tierra, mató á nadie á mansalva, ni violó ni asaltó familia alguna. Especie de *outlaw*, hacía el cambio de animales robados entre Córdoba y la Punta; robaba en Córdoba y vendía en San Luis; robaba en San Luis para vender en Córdoba. Siempre bien montado, como de costumbre en nuestro país, la partida no le daba caza, y sise la daba, como reza la trillada leyenda, hacía frente y peleaba á la partida. Con el instinto animal de los pájaros, viviendo en la naturaleza, fuera siempre de poblado, alzado contra toda ley y autoridad, acababa de hacer una batida por el norte de Córdoba y ya tenía listo su arreo y estaba en franquía. Habló largamente con Zuasnával alrededor del fogón, mientras asaban ambos para mi padre una lonja de charque; y debió de ser interesante la plática y prudente el consejo, porque después de la breve cena que se hizo, volvió Peralta trayendo del cabestro dos de los caballos de su tropilla, los ató cerca de los que montaban mi padre y su peón, se metió al monte de nuevo, deshizo y envolvió sus lazos, llenó sus alforjas, ensilló su caballo, y montando en él, estrechó la mano á Zuasnával, dió respetuosamente las buenas noches á mi padre, y se alejó arreando su tropilla por entre la selva con la fría tranquilidad de su raza, sin temor, sin apuro, con la confianza resuelta del que no se expone.

Zuasnával contó esa noche que Peralta abandonaba su parada momentánea porque su instinto le decía que no estaba seguro en ella; había devuelto los dos caballos robados de los patrones del peón, y éste debió contarle seguramente que las policías de Perafán lo buscaban, con grueso y aguerrido pelotón de gendarmes y con orden terminante del gobernador de tomarlo y darle el golpe de gracia.

Era Perafán una especie de coronel de milicias, algo como un preboste ó comisario de policía de campaña, que sentaba su campamento en un sitio de la Punilla, según creo, denominado el Sexto. Mimado, pensionado y socorrido por todos los vecindarios rurales, de grado y por fuerza, era un poco señor de horca y cuchillo, y cocinaba la ley con sus intereses sin merecer por esto una mala reputación.

Hay una salada anécdota de mi tío don Cayetano Lozano, sobre Perafán y su campamento del Sexto. El comisario había llegado de una corrida, á ese punto, trayendo prisionera á una gavilla de gauchos cuatreros. La gente estaba cansada y hambrienta. Perafán despachó un propio á la estancia de mi tío á pedir una res.—« ¡ Señor, le dijeron, del Sexto piden una vaca!—Caray ! con el Sexto, repuso mi tío, aludiendo á los mandamientos, hasta hoy el sexto estaba por la negativa, ahora resulta que está por la afirmativa!»

Una noche de estío se pasa bien á campo, entre los arbustos de las sierras cordobesas;—las estrellas relumbran como intensos focos eléctricos, el cielo azul de añil parece más profundo que el de las pampas de Buenos Aires, donde casi siempre lo empañan los vapores del gran río;—los *tucos*, luciérnagas enormes, pasan errantes de un punto al otro, alumbrando sus propias nupcias en el éter, como las almas del infierno de Boito; los loros rezongan todavía, apretados en filas los unos contra los otros, en los brazos secos de los talas, donde se recogen para descansar de sus camorras;—se oye á lo lejos el caer perenne del agua de los manantiales, el aire está perfumado por la esencia de las flores parásitas y el húmedo efluvio de los helechos; la selva calienta su propia vida, y dentro de ella, la naturaleza hace sus evoluciones y transformaciones eternas, y todas sus voces se unen y se funden como los acordes de una orquesta lejana y misteriosa.

Los viajeros fueron despertados á la mañana siguiente por el ruido de un tropel de caballos, cuyos ginetes los sujetaron en el mismo espacio en que dormían. Era la gente de Perafán, prevista por Peralta, anunciada seguramente por Zuasnával.

—Alabanzas á Dios !

—Por siempre.

—¿ Dónde está Peralta ?

—Yo no sé, su merced. Anoche lo encontramos aquí, pero al ratito ensilló y siguió viaje.

—¿ Para dónde ?

— Y qué sé yo!..

— ¿Lleva muchos caballos?

— Llevará, pues!...

Perafán se acercó á mi padre. Sin duda el matrero le había caído en gracia por el panegírico de Zuasnával. La idealización de los bandidos estaba de moda entonces en todo el mundo: —dramatizados por Byron, por Hugo, por Dumas, por Mérimée, más tarde por Sarmiento entre nosotros, la musa literaria de la época los amparaba contra la prosa administrativa de la autoridad, que ponía sus cabezas á precio y los declaraba fuera de la ley. Perafán no sacó, pues, de mi padre mayores informaciones, y entre resentido y taimado, dió orden á su gente de seguir marcha y se internó con ella en el bosque por donde, la noche antes, había desaparecido el cuatrero.

Cuando Zuasnával lo supuso lejos, alargó las piernas, estiró los brazos, bostezó abriendo la enorme boca que le daba á la cara una mueca de careta, y se desperezó con toda la franca brutalidad del guaso.

—Esta vez trae caballos hábiles don Perafán; la otra vez traía una tropa de viles. ¿Quién sabe como le irá á Peralta? tarareó Zuasnával en cordobés, mientras ensillaba las bestias y embozalaba las del día anterior para llevarlas de tiro.

Peralta no había podido salir del monte aquella noche, contra lo que creían Zuasnával y mi padre, porque á poco andar, según después se supo, sintió ruido en la pampa por donde tenía que asomar para vadear el río de Azcochinga y huir al oeste.

Cuando los viajeros se pusieron en marcha, antes de salir del bosque, ya pudieron oír la gritería de los guasos y las voces de Perafán que anunciaban que la res perseguida había sido denunciada por el rastro, y á poco debieron distinguirla corriendo á escape en su caballo moro que volaba por el descampado como valorando el precioso equipaje que llevaba. La tropa de Perafán, abriéndose en semicírculo, trató de flanquear y encerrar al fugitivo y rendirlo en

el borde extremo del río, que corre perpendicular, de una altura de cincuenta varas, bien medidas, conocida entonces por la Barranca de los loros.

El gaucho había tenido que abandonar su arreo, y toda su estrategia porfiaba por buscar el único paso vadeable del río, confiado en las patas de su bruto, con el cual parecía formar una sola sombra fugitiva. Mas, si bien el caballo de Peralta no era para ser alcanzado por los de la partida de Perafán, éste, que conocía su oficio, había conseguido encerrarlo por todos lados, lo había escopeteado varias veces poniéndolo en la extremidad de entregarse ó de rodar al profundo y bárbaro precipicio, hondísimo boquerón, donde el vértigo atrae al más osado.

Entonces pudo verse un cuadro soberbio, una especie de juicio de Dios: el gaucho resuelto á jugar su vida, sus perseguidores empeñados en ganársela. Peralta intenta romper el aro en que le estrechaban cada vez más los policianos del Sexto; pero en vano, y como resignado, se juega á su destino y alzando el cuerpo en los estribos, suelto el rendaje, desapado el bruto, con el hocico al viento, arremete al frente de la abrupta orilla, se deshace del poncho, lo envuelve en la cabeza del caballo, cegándolo con él, clávale con saña por última vez la espuela en los hijares, y jinete y corcel, como el hipógrifo de Orlando, vuelan un instante por el espacio para caer con estruendo en el hondo remanso, el caballo abajo, despernado y deshecho, el jinete arriba é ileso, nadando fácilmente con una mano y con la otra golpeando la boca á sus perseguidores que se detienen atónitos, como petrificados en la altura, mientras el fugitivo se escurre como un lagarto entre las breñas de la orilla opuesta...

LUCIO V. LÓPEZ.

FILOSOFÍA

DE LAS

REVOLUCIONES MEXICANAS⁽¹⁾

Es siempre muy difícil que el mundo exterior comprenda bien y aprecie debidamente la verdadera situación de un país, especialmente cuando éste se encuentra en un estado anormal, es decir, pasando por un período de serios trastornos; pero la dificultad es todavía mayor tratándose de México, porque sus condiciones peculiares hacen al país tan diferente de los demás que, á veces, ni aún mexicanos ilustrados pueden comprender la verdadera situación de su patria, si no han hecho un estudio especial de los asuntos que con esa situación se relacionan. Así me explico la impresión general que prevalece en el mundo exterior de que, porque México se ha visto perturbado por una larga serie de guerras civiles que duraron

(1) La *Biblioteca*, lo repetimos, es una tribuna libre, abierta á todas las opiniones honradas y expresadas correctamente, — aunque, como en el caso presente, contradigan las de su director. Se va á escuchar la de un alto funcionario mexicano, sobre las cosas de su país; y por cierto que no incurriremos en la descortesía de interrumpir á nuestro distinguido huésped con notas rectificativas; la única que nos hemos permitido, se refiere á un error material, comprobado por documentos oficiales. Por lo demás, la presente exposición se encuentra parcialmente combatida en otro lugar de este mismo número, en apuntes tomados *de visu* y muy anteriores al trabajo del señor licenciado Romero.

más de medio siglo, los mexicanos estamos, por constitución, dispuestos siempre á la guerra y la emprendemos sin ninguna causa ó razón plausible. Es enteramente errónea esa idea, y espero que unas cuantas observaciones harán comprender la filosofía de nuestras guerras civiles.

Clases privile-
giadas.

En el tiempo de la dominación española en México, que duró exactamente tres siglos, de 1521 á 1821, había tres clases privilegiadas dominantes, pues al pueblo se le tenía en nada. La primera era la del clero, que había acumulado grandes fortunas, adquiridas ya por legados que obtenía de moribundos ó ya por otros medios, y poseía directamente ó por hipotecas más de dos terceras partes de los bienes raíces en el país, absorbiendo así los principales intereses monetarios. El poder del clero dependía no sólo de esa inmensa riqueza, sino también de la influencia religiosa que ejercía, y de que era la única clase educada, pues aunque poco, sabía siempre más que las otras clases que se mantenían en la más completa ignorancia; y su completa disciplina contribuía, además, materialmente, á su poderosa influencia. Tan grande era su poder durante la dominación española, que cuando un virrey, queriendo hacer prevalecer su autoridad sobre un arzobispo recalcitrante de la ciudad de México, le mandó aprehender para enviarlo á España: aunque logró que se le aprehendiera, tuvo que ordenar su regreso inmediato á la capital, porque en el momento en que se supo que el arzobispo estaba en camino para Veracruz, el pueblo se rebeló tan seriamente que se hizo necesaria esa orden. El Arzobispo regresó triunfante y el Virrey tuvo que abandonar el país.

La segunda clase privilegiada la constituían los españoles de nacimiento, que habían formado una especie de aristocracia, teniendo títulos de nobleza algunos de ellos, y eran los únicos que desempeñaban empleos de confianza, de responsabilidad y remunerativos en el país, y habían monopolizado los principales negocios de comercio, siendo también una clase rica. Tan celosos eran de los mexicanos

por nacimiento, que ni aun á los hijos de españoles nacidos en México de madre mexicana, se les consideraba bajo el mismo pie que los españoles; se les llamaba « criollos », no tenían derechos ni posición alguna y no podían desempeñar empleos públicos de importancia. Vinieron á México muy pocas mujeres españolas: los hombres llegaban por lo general cuando eran muy jóvenes; crecían en el país y se casaban con mexicanas, muy raras veces con indias de raza pura y casi siempre con hijas nacidas en México de españoles y madres mexicanas, de cuya unión resultaban los criollos.

La tercera clase era la del ejército, y, aunque comparativamente pequeña, constituía un elemento importante en el país. Los mexicanos nativos quedaban ordinariamente en los puestos inferiores y en muy pocos casos se les admitía entre los oficiales de alta graduación.

Esas tres clases eran decididamente adictas á la dominación española, porque bajo ella prosperaban y tenían toda la riqueza y el poder que deseaban, en tanto que un cambio hubiera puesto en peligro su posición y bienestar. El alto clero era, por supuesto, cordialmente leal á España, y solamente unos cuantos miembros del clero bajo, mexicanos de nacimiento—pues la única carrera abierta á los naturales era la de la Iglesia—y que tenían sentimientos patrióticos, podían apreciar el estado de cosas y anhelaban un cambio.

Eran tan grandes la oposición que el clero hacía á la independencia y la alarma con que contemplaba el movimiento, que, apenas se declaró la insurrección, todos los obispos excomulgaron á los jefes de ella; la inquisición entabló procedimientos en su contra y algunos miembros del alto clero tomaron las armas contra la causa de la independencia. El obispo de Oaxaca, olvidando las enseñanzas del fundador de su religión, organizó su clerecía en un regimiento para pelear contra los insurgentes; pero el marcial prelado no tuvo ocasión de verse en ningún conflicto armado, porque huyó de la ciudad cuando Morelos se acercó á ella.

Oposición de las clases privilegiadas á la independencia.

Tanto descuidaron los españoles el interés de sus colonias, que no permitían á los mexicanos que cultivaran los mismos frutos que aquellos tenían en su patria, como, uvas, aceitunas, etc., y esta es la razón por qué aún ahora no se producen en México en la cantidad que sería posible esos frutos, que apenas comenzábamos á cultivar cuando se consumó la independencia.

El ejemplo de los Estados-Unidos y aun el de España—donde el pueblo se rebeló contra el gobierno establecido por Napoleón en 1808, bajo su hermano José Bonaparte, á pesar de que tenía la sanción del Rey Fernando VII, quien había abdicado en favor del Emperador francés,—no pudo menos que influir en las colonias españolas en América, y casi todas ellas proclamaron su independencia en 1810.

Proclamación de
la independencia.

El 15 de septiembre de ese año, proclamó la de México, en Dolores, población de indios del Estado de Guanajuato, Miguel Hidalgo y Costilla, anciano cura del lugar, auxiliado por Allende, Aldama y Abasolo, tres oficiales subalternos de la milicia mexicana, nacidos en México. Contra su empresa se organizaron desde luego todas las clases principales de México. Hidalgo juntó un gran número de indios y campesinos con dos ó tres regimientos de la milicia que se pusieron á sus órdenes. Para atraer hacia su causa el entusiasmo popular, tuvo que ponerla bajo el patrocinio de la Virgen de Guadalupe, que se suponía preternaturalmente aparecida doscientos años antes á un indio humilde, cerca de la ciudad de México, y era altamente venerada en el país. Aunque su gente estaba desorganizada, sin armas ni municiones y sin disciplina, tomó algunas poblaciones muy importantes, como Querétaro, Guanajuato, Toluca y Valladolid (hoy Morelia); avanzó algo y, con mejor dirección militar, hubiera podido lograr mucho más, aprovechando el entusiasmo popular por la independencia y la sorpresa y desconcierto de los españoles; pero prevalecieron á poco la organización y disciplina del ejército español, que derrotó á Hidalgo; éste fué capturado en

camino para los Estados- Unidos, degradado por el alto clero y fusilado en Chihuahua el 31 de julio de 1811.

Á Hidalgo sucedió otro sacerdote, José María Morelos, indio de raza pura, dotado del genio de un guerrero, quien organizó un gobierno, convocó un Congreso que expidió una constitución, derrotó á los españoles en varias batallas, y, en 1812, sostuvo por algunos meses, contra grandes ventajas, el famoso sitio de Cuautla, cerca de la ciudad de México. Morelos peleó contra los españoles desde 1810 hasta 1815, en que fué derrotado; lograda su captura, fué degradado y fusilado.

Morelos como jefe.

La tendencia de la revolución mexicana y de sus jefes se demuestra por el hecho de que Hidalgo promulgara el 6 de diciembre de 1810, á los tres meses escasos de proclamada la independencia, un decreto por el que se abolía la esclavitud en México; del propio modo, nuestro primer Congreso, reunido en Chilpancingo en 1813, y que el 22 de octubre de 1814 expidió en Apatzingan una Constitución, decretó también la abolición de la esclavitud. Naturalmente, no pudo ponerse en vigor este decreto, sino en los pocos lugares ocupados por los insurgentes; pero cuando se consumió la independencia, uno de los actos iniciales del primer Congreso mexicano, reunido en la ciudad de México para adoptar una Constitución, fué expedir, el 13 de julio de 1824, un decreto por el que se abolió la esclavitud; y entonces fué efectivamente abolida. Puede decirse que todo mexicano nace con sentimientos decididos en contra de la esclavitud; y por eso no podíamos comprender cómo los Estados- Unidos la hubieran adoptado y procurado conservarla, y hasta extenderla á costa de una terrible guerra civil que puso en peligro la existencia del país y comprometió la gran influencia que está llamado á ejercer en los destinos de la humanidad, — especialmente cuando su misma Declaración de Independencia contiene el principio de que todos los hombres nacen libres é iguales, siendo la esclavitud una contradicción de ese gran principio. Pero, afortunadamente, la esclavitud

ha sido abolida aquí, como lo fué en México hace más de setenta años, y de esa manera ha desaparecido enteramente la mancha que por algún tiempo empañó el buen nombre de este país.

Al desaparecer Morelos de los campos de batalla, casi acabó la guerra por la independencia. Quedaban unos cuantos jefes, entre los que se hacían notables Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y otros hombres generosos y patriotas que mantuvieron la lucha hasta su fin, favorecidos por las condiciones topográficas y el clima de la sección meridional de México, que por ser muy montañosa y enfermiza, impedía el avance hacia allá de las tropas españolas. Á principios de 1817, el general Mina, patriota español de ideas liberales y pensamientos elevados, imitando lo que el general Lafayette había hecho en los Estados-Unidos, fué á México cōn alguna gente á pelear por la independencia; desde luego, se le unieron muchos mexicanos, y por algún tiempo fué la suya una brillante marcha triunfal; pero á poco fué derrotado, capturado y fusilado, porque los españoles no daban cuartel, considerando á los insurgentes como rebeldes, á los que no alcanzaban los derechos de una guerra civilizada.

Hablando del general Bravo, es digno de mencionarse un incidente que demuestra la generosidad de los mexicanos y el temple de los hombres que acometieron la lucha por la independencia. El general Bravo había sido despachado por Morelos á la provincia de Veracruz; y en San Agustín del Palmar atacó un destacamento de soldados españoles que acababan de desembarcar, llegados de España, é iban escoltando un convoy militar, y los derrotó, haciendo cosa de trescientos prisioneros. Conforme á las reglas de la guerra que prevalecían en ese tiempo, todos los prisioneros era fusilados sin distinción y sin misericordia. Los españoles habian inaugurado ese bárbaro sistema y los mexicanos creyeron que debían seguirlo, por vía de represalia. Con todo, Bravo no fusiló esos hombres; pero en la noche del día en que los capturó, recibió la noticia de que su padre, que luchaba también prominentemente

por la independencia, había caído en poder de los españoles y sido pasado por las armas en la propia ciudad de México; venían á la vez, órdenes terminantes de Morelos para que fusilara á todos los españoles prisioneros. Bravo era un hombre generoso, y aunque con el sentimiento profundo de la muerte de su padre, vaciló sobre lo que debía de hacer; decidió, al fin, después de una noche de insomnio, no solamente perdonar á sus prisioneros, sino ponerlos en libertad incondicional. Para apreciar debidamente semejante acto de generosidad, tienen que tomarse en consideración las condiciones de la época y la excitación de ambos partidos durante tan terrible lucha. Sólo debemos agregar que los prisioneros, conmovidos profundamente por ese acto de magnanimidad, se unieron á las fuerzas de Bravo.

Tal era el estado de cosas en 1820, cuando los españoles restablecieron en Madrid la Constitución liberal adoptada por las Cortes en 1812, después de la huida de España del rey Fernando VII, quien dejó á los franceses en posesión del país. Aquel hecho alarmó grandemente al elemento español conservador de México, el cual, temiendo que los principios liberales quedaran definitivamente implantados en la madre patria y de allí se extendieran á México, consideró que sería preferible, para los que constituían aquel elemento, proclamar su independencia de España y establecer una monarquía católica, llamando al trono á un monarca español, para no verse expuestos á los cambios, para ellos peligrosos, que podrían resultar de las ideas liberales que empezaban á infiltrarse en España. Se acercaron, pues, á Iturbide que, aunque nacido en Méjico, había sido uno de los jefes más activos del ejército español y el que había tenido mejor éxito contra la insurrección. Iturbide, que era un buen soldado y hombre ambicioso, aceptó aquel plan; y cuando el virrey le dió el mando del ejército que se enviaba á vencer á los jefes revolucionarios del Sur, tomó todas las fuerzas disponibles y cuanto dinero pudo darle el virrey y se unió á Guerrero y á los otros jefes

Consumación de la independencia.

revolucionarios, proclamando, en 24 de febrero de 1821, el que se llamó « Plan de Iguala » y era una transacción entre la revolución y sus adversarios, puesto que consumaba la independencia, pero establecía una monarquía enteramente católica, con un príncipe español en el trono, y prohibía el ejercicio de cualquier otra religión. Todos los demás jefes del ejército español, en otras secciones del país, aceptaron á poco dicho plan, y así pudo consumarse casi sin lucha ya la independencia de México. El virrey O'Donojú, que llegaba en esos días á reemplazar al virrey Ruiz de Apodaca, aceptó el plan de Iguala y firmó un tratado en Córdoba, el 24 de agosto del mismo año; pero el gobierno español no aprobó ese tratado, y entonces Iturbide fué coronado emperador de México, en mayo de 1822. No permaneció en el poder, sin embargo, más que diez meses, pues el general Santa-Anna encabezó en México la primera revolución contra el Imperio, y éste tuvo que rendirse abdicando Iturbide en marzo de 1823.

Por lo referido, se ve que el movimiento por la independencia, que en otras de las colonias españolas partió de las clases altas, en México procedió desde el origen de las bajas, teniendo á las altas en contra suya, por lo cual el primer movimiento resultó malogrado. Pero, tan pronto como las clases altas tuvieron interés en que México se independizara de la dominación española, su influencia tanto pesó en la balanza, que la independencia quedó consumada.

Organización de
partidos y principio de las guerras
civiles.

Sin embargo, los mexicanos patriotas que durante diez años habían peleado por la independencia, por el progreso material y por los principios liberales, no podían quedar satisfechos con el éxito que lograban los que habían sido sus enemigos, y menos con el establecimiento de un imperio. Consideraban que así se privaba al país, y se les privaba á ellos, de los frutos de su victoria, y se rebelaron contra Iturbide, inaugurando una revolución que al fin derrocó al imperio, y obligó á Iturbide á huir del país después de un reinado de diez meses. Cuando volvió, llamado por sus partidarios, fué

aprehendido y fusilado en Padilla, el 19 de julio de 1824. En seguida se renovaron las antiguas hostilidades entre los dos partidos: el liberal que había sido el promotor de la independencia y del ansiado progreso, y el conservador que intentaba mantener el *statu quo* y contrariaba todo cambio. Siendo tan opuestas las ideas que representaban, no es extraño que durara tanto tiempo el conflicto entre esos dos partidos.

La facilidad con que, por las defecciones de su ejército, se derrocó al gobierno español en México, vino á ser un mal ejemplo para la disciplina militar, que se siguió en los movimientos militares subsecuentes contra las autoridades constituidas. Uno de los peores efectos de una revolución triunfante, es el de sancionar el principio de que la fuerza brutal ha de prevalecer, y da alientos á la ambición personal de soldados afortunados y sin escrúpulos.

Para derrocar á un gobierno, bastaba inducir al general en jefe de las fuerzas nacionales, á que se uniera á los rebeldes; y era tan grande la tentación del ascenso y del poder, que pocos podían resistirla: produciéndose así, con gran detrimento para el país, la desmoralización completa del antiguo ejército mexicano y la caída de varios gobiernos regularmente constituidos.

En un artículo respecto de México, publicado recientemente por persona distinguida de este país (1), se dice que la forma de gobierno mexicano cambió diez veces, de 1821 á 1868; que más de cincuenta personas se han sucedido como presidentes, dictadores ó emperadores, y que hubo más de trescientas revoluciones que abortaron ó tuvieron éxito. No he tenido tiempo de verificar esa manifestación, pero no me parece exagerada, y, dándola por exacta, corroboraría solamente las ideas que acabo de expresar sobre el asunto, esto es, que el estado de desmoralización del ejército facilitaba las revoluciones, que las ha habido en gran número y que el ejército

(1) El señor Walter Clark, magistrado de la Suprema Corte de la Carolina del Norte: *THE LAND OF THE NOONDAY SUN. — Mexico in Midwinter*; publicado en *La Arena*, correspondiente á febrero de 1896.

mismo las originó en algunos casos. Pero es también claro que esas revoluciones envolvían muy á menudo, si no siempre, algunos motivos ó principios políticos; y que, aunque muchas de ellas fueron meros motines de cuartel, otras fueron levantamientos populares, aunque á veces encubiertos bajo la forma de pronunciamientos militares.

Después de la caída de Iturbide, se convocó un Congreso de la nación en que predominó el partido liberal, y ese Congreso expidió, el 31 de enero de 1824, las bases preliminares de una Constitución federal; el 4 de octubre del mismo año, se adoptó finalmente y se promulgó esa Constitución, en la que se tomó por modelo y casi se copió literalmente la de los Estados-Unidos. Acaso fué un error imitar fielmente las instituciones de este país, porque una constitución debe adaptarse á las condiciones de la nación que la expide. Aquí, en la sección septentrional de este continente, había á fines del siglo pasado trece colonias, independientes entre sí, que hicieron la guerra á Inglaterra, consumaron su independencia y establecieron una federación de estados infantiles, con la misma falta de vigor que se ha notado en una simple confederación. Resolvieron, por lo mismo, consolidarse en una nación fuerte, bajo el nombre de los Estados Unidos de América. El sistema federal de gobierno fué la única solución de los problemas que se presentaron entonces al pueblo de este país, y la consecuencia natural é inevitable del estado de cosas que existía antes de adoptar la Constitución. México era una sola nación, sujeta á las mismas autoridades y leyes y con un solo jefe; y al adoptar el sistema federal republicano, esa nación tuvo que ser dividida artificialmente en diferentes secciones que se llamaron Estados, que hasta entonces no habían existido separadamente, ni tenían historia individual ó experiencia del gobierno propio. No es de extrañarse, pues, que la Constitución adoptada produjera trastornos al ponerse en práctica; y en este hecho se ve, fácilmente, una de las causas de nuestras prolongadas

guerras civiles. No fuimos nosotros los únicos que sufrieron esos trastornos, pues casi todas las demás naciones de este continente, siguiendo nuestro ejemplo, intentaron adaptar el sistema federal republicano á un estado de cosas para el cual no era adecuado.

Sólo el Brasil se vió libre de este período de disturbios y experimentos, porque estableció un imperio, en cuyo trono puso á un vástago de la casa reinante de Portugal, no adoptando la forma de gobierno republicano federal sino hasta casi un siglo después, cuando el pueblo había adquirido algunas ideas de gobierno propio y cierta aptitud para ponerlas en ejecución. Probablemente por eso ha sufrido menos conmociones civiles que cualquier otro país de nuestro origen en este hemisferio.

Por ese tiempo comenzaron á establecerse en México las logias masónicas, siendo la primera la del rito escocés, de la que formaron parte los elementos conservadores del país; pero, desgraciadamente, esa logia se convirtió á poco en una organización política y desempeñó papel muy prominente en los disturbios públicos de ese período. El partido liberal se dividió en dos ramas: los liberales radicales, que estaban en favor de un gobierno modelado sobre el de los Estados Unidos, esto es, una confederación de Estados con poderes limitados para el gobierno federal; y los liberales moderados, que favorecían una república centralizada con un gobierno fuerte. Esta rama del partido liberal, unida á los monarquistas y á los amigos de los Borbones, había entrado en la Logia del rito escocés y se llamaban «Escoseses». Los liberales, á su vez, para pelear con armas iguales, organizaron otra logia y se llamaron «Yorkinos». Por algunos años, los partidos políticos se designaron en México por los nombres «Escoseses» y «Yorkinos», que equivalían á conservadores y liberales. El señor Poinsett, primer Ministro que los Estados-Unidos enviaron á México, fué acusado en esta época de haber instigado el establecimiento de las logias; pero parece que, aunque deseaba el triunfo de los «Yorkinos», no fué el promotor de esa logia.

La constitución
federal de 1824.

Nuestra constitución de 1824 fué una victoria decidida del partido liberal, pero estuvo muy lejos de ser definitiva, pues el partido conservador, aunque entonces derrotado, era realmente el más fuerte de los dos durante los primeros años de México independiente. La victoria de los liberales no duró mucho tiempo, porque el partido conservador logró inducir á algunos de los muchos jefes militares mexicanos á que se sublevaran contra el gobierno, inaugurando una serie de revoluciones que terminó en 1834 con el desconocimiento de la Constitución de 1824, lo que dió pretexto á los colonos de Texas para rebelarse contra México. Santa-Anna y el partido conservador sostenían que la forma de gobierno federal no era la que mejor se adaptaba al país, y que se necesitaba un gobierno central fuerte.

El general San-
ta-Anna.

La influencia de los jefes militares aumentó considerablemente en ese período, haciéndoles desempeñar papel muy importante en los negocios públicos. El ejemplo más notable es el del General Santa-Anna. Hombre activo, astuto, valiente, agradable y atractivo, pero al mismo tiempo ambicioso, egoísta y sin principios, que se ponía del lado de todos los partidos y á todos engañaba, fué un jefe militar afortunado en la guerra irregular de guerrillas, aunque sin las aptitudes de un verdadero soldado. Peleó del lado del ejército español contra la causa de la independencia hasta 1821, en cuya fecha se pasó á Iturbide, al unirse éste con los jefes independientes; en 1822. se rebeló contra Iturbide, proclamando una república federal, y en 1834 abolió la Constitución federal de 1824, y estableció una dictadura militar, que reasumió en otras tres ocasiones. De 1822 á 1855, tuvo de hecho los destinos de México en sus manos, habiendo sido Presidente cinco veces; pero nunca hizo nada en favor del país, si se exceptúa su disposición para tomar parte en nuestras guerras extranjeras; pero aun su intervención en éstas fué á menudo desastrosa para México. Comenzó su carrera política como liberal radical y la terminó siendo el jefe más reaccionario del

partido conservador. En su campaña contra los texanos, se dejó sorprender en San Jacinto, en 1836, por un puñado de hombres, aunque todas las ventajas estaban de su parte; y, siendo Presidente de México, cometió la indignidad de ofrecer que reconocería la independencia de Texas, á condición de que se le pusiera en libertad, si bien con el propósito de eludir ese arreglo. Demostró su incompetencia militar en las batallas contra los ejércitos de los Estados Unidos, al mando del General Taylor en la Angostura, y del General Scott en Cerro Gordo y el valle de México, en las que si hubiéramos tenido mejores generales, pudimos haber asegurado la victoria, pues teníamos la ventaja del número y del terreno. Aunque el resultado final tenía que ser adverso para nosotros en las condiciones que entonces existían, pudimos ciertamente haber hecho mayor resistencia, si hubiéramos tenido un hombre más apto á la cabeza de nuestro ejército. Santa-Anna solía desanimarse con la mayor facilidad, y más de una vez huyó del país y abandonó un poder que podía haber conservado más tiempo, demostrando así que carecía de firmeza de propósitos. Pero este ejemplo no prueba, como pudiera creerlo un observador superficial, que la lucha fuera simplemente de ambiciones personales entre jefes militares sin escrúpulos, pues lo que realmente pasaba, era que los partidos políticos se valían de esos jefes como más les convenía, dividiendo, naturalmente, con ellos el poder y aun sometiéndose á algunos de sus caprichos.

Cuando el partido conservador asumió el poder, derogó la Constitución de 1824, y el 23 de octubre de 1835 expidió las bases para una nueva Constitución que fué al fin promulgada el 29 de diciembre de 1836, con el título de «Leyes Constitucionales». Por ella, se abolieron el sistema de gobierno federal y varias de las disposiciones liberales de la Constitución de 1824. El partido clerical, sin embargo, no consideró bastante conservadoras las leyes constitucionales, y el 13 de junio de 1843 se expidieron las llamadas «Bases orgánicas», que venían á ser una Constitución más conservadora aún.

Constituciones
de 1835 y 1843.

Como el partido clerical era tan rico y fuerte y tenía tanta influencia en el país, le era muy fácil provocar una guerra civil de tal magnitud que el partido liberal no pudiera sofocarla; pero, á medida que el tiempo pasaba, este último partido, representante verdadero del elemento patriótico, se hacía más fuerte por la instrucción y por el contacto con otras naciones; á ello contribuía también, materialmente, la desmoralización del clero y su conducta antipatriótica durante nuestras guerras extranjeras, — pues, además de las civiles, tuvimos, en 1828, una guerra contra España que había mandado una expedición á las órdenes del General Barradas, para reconquistar á México; una guerra con Francia, en 1838; en 1846 y 1847 la guerra con los Estados Unidos, y de 1861 á 1867 la de la intervención francesa. El partido liberal pudo, por lo mismo, sin dificultad, inaugurar á su vez una contra-revolución, que en el transcurso del tiempo llegó á triunfar y lo restituyó en el poder. Esto explica por qué el período de nuestras guerras civiles duró tanto tiempo y por qué hemos tenido tantas constituciones.

Restablecimiento de la constitución de 1824.

Por fin, el 18 de mayo de 1847 se restableció la constitución federal de 1824 con algunas reformas, y el partido liberal volvió al poder, conservándolo hasta 1853, en que Santa-Anna regresó á México, llamado por una revolución triunfante del partido conservador, y estableció una dictadura ultra-reaccionaria. Pero los liberales se rebelaron contra él en 1854, proclamando el plan de Ayutla, y, en 1855, Santa-Anna huyó del país, porque el clero, con cuyos intereses administraba el gobierno, rehusó darle el dinero necesario para continuar la guerra. Entonces se estableció un gobierno federal bajo la administración del general Álvarez, primero, y del general Comonfort después. El general Álvarez nombró ministro de Justicia á Don Benito Juárez, quien expidió el 23 de noviembre de 1855 la primera ley contra el clero de esa época, por la que se le privaba de los privilegios civiles que entonces gozaba. Durante la dominación española, y después de la independencia hasta aquella fecha, el

clero tuvo tribunales especiales, compuestos de clérigos, para juzgar á los de su clase por los delitos que cometían; este privilegio le aseguraba la más completa inmunidad, poniéndole fuera del alcance de las leyes del país; y aunque los liberales lo consideraban como un atentado, no pudieron cambiar este estado de cosas, si bien lo procuraron en 1833, sino en 1855, por medio de la Ley-Juárez. El ejército gozaba de un privilegio semejante, del que Juárez le privó también, restringiendo la jurisdicción de los tribunales respectivos á los delitos de carácter militar.

Juarez ha sido un hombre superior. Indio de raza pura, nació en Guelateo, pueblo habitado exclusivamente por indios y en el que sólo un hombre, — el cura de la parroquia, — hablaba español y sabía leer y escribir. Tanto deseaba Juárez aprender este idioma y adquirir alguna instrucción, que ofreció al sacerdote emplearse en su servicio doméstico á condición de que le enseñara. El sacerdote le encontró tan inteligente que le mandó á la ciudad vecina de Oaxaca, para que fuera educado. De tan humildes comienzos, se levantó hasta ser un abogado prominente y uno de los primeros hombres de estado. Fué, en diversas épocas, Secretario de Gobierno de su propio Estado, Diputado y Senador á la Legislatura y varias veces Gobernador del mismo, Diputado al Congreso Federal, Ministro de Justicia y de Gobernación, Presidente de la República. Eran rasgos principales de su carácter: su profunda convicción en los principios liberales, su clara inteligencia, su notable buen sentido, su gran valor moral, su integridad y honradez intachables, su gran patriotismo, su firmeza de propósitos y su apego al gobierno civil. En tiempo de guerra, cuando los destinos del país dependían á menudo del resultado de una batalla, muchos otros, en su lugar, se hubieran puesto á la cabeza de un ejército: él, de propósito, se abstenía de ejercer funciones militares, dejándolas á aquellos de sus colaboradores que habían demostrado talento para la guerra, y dando así sanción pública á su gobierno puramente civil. Pero su va-

lor personal era tan grande como el de cualquier otro hombre: más de una vez le ví arrostrar con perfecta calma y casi con indiferencia, aunque sin alarde, una muerte cercana y que parecía inminente. Estoy seguro de que consideraba la muerte en el servicio de la patria como la mejor para un patriota, la más digna de conquistar de esa manera la inmortalidad de su nombre; y así me explico que nunca temiera la muerte, si había de cogerle en el cumplimiento de un deber patriótico (1).

Á la Ley-Juarez siguió la Ley-Lerdo, por la que se previno que ninguna corporación — y esto comprendía solamente al clero, que

(1) La opinión de Mr. Seward respecto de Juárez demuestra la impresión que este indio causó en el anglo-sajón. Cuando Mr. Seward llegó á México, durante su viaje al rededor del mundo, fué cordialmente acogido en mi país, y en un discurso notable que pronunció en Puebla, dijo que Juárez era el hombre más grande que habia conocido en su vida. Se tomó nota de ese discurso por medio de la estenografía; y cuando Mr. Thomas H. Nelson, de Terre Haute (Indiana), quien á la sazón era Ministro de los Estados Unidos en México, se fijó en aquella frase, creyó que en el entusiasmo del momento Mr. Seward habia ido más lejos de lo que se propuso y hubiera dicho después de madura reflexión; en esta creencia, preguntó á Mr. Seward: « Gobernador, ¿ está usted dispuesto á sostener lo que dijo en su discurso, respecto de ser Juárez el hombre más grande que ha conocido usted? recuerde usted que ha sido el igual y el contemporáneo de Webster, Clay, Calhoun y otros muy distinguidos hombres de nuestro país y que coloca usted á Juárez sobre todos ellos ». Mr. Seward contestó: « Lo que dije acerca de Juárez, lo dije después de madura consideración y estoy dispuesto á sostener mi opinión. »

He sometido esta manifestación al General Nelson y su respuesta, que traduzco en seguida, demuestra que la encontré exacta.

Terre Haute, Indiana, septienbre 30 de 1895.

Á su Excelencia Matias Romero, etc., etc., etc.

Washington, D. C.

Mi estimado señor Romero:

Hubiera acusado recibo antes de la carta de usted, si no hubiera estado ausente de mi casa.

El señor Seward habló á menudo de Juárez en términos de elogio entusiasta, durante su visita á México, tanto en conversaciones privadas como en discursos en público. En su discurso pronunciado en el banquete de Puebla, pagó especialmente un alto y elocuente tributo á la habilidad, patriotismo y cualidades de hombre de Estado y del

era la única corporación existente en México — podía poseer bienes raíces, y que los que poseían entonces las corporaciones debían adjudicarse á los arrendatarios por el valor correspondiente á la renta que pagaban, calculada como rédito al seis por ciento anual, quedando el arrendatario como dueño de la finca y reteniendo la corporación una hipoteca por cantidad igual al valor fijado, conforme á aquella base. Esas dos leyes dieron motivo á otras tantas insurrecciones promovidas por el clero y sofocadas por el presidente Comonfort.

Nuestra Constitución federal de 5 de febrero de 1857, vigente ahora, había sido expedida durante la administración de Comonfort, siendo éste elegido, conforme á ella, Presidente constitucional por un período de cuatro años que comenzó el 1º de diciembre de 1857. En dicha fecha prestó juramento de sostener la Constitución, sin embargo de lo cual se rebeló contra ella el día 17 del mismo mes! Á pesar de su juramento y de que había sofocado dos insurrecciones clericales en contra de su gobierno, se prestó al fin á convertirse en instrumento del clero, encabezando un levantamiento contra la constitución promulgada por él y á la que debía su elevación. No olvidemos que más tarde reconoció su error y murió en el servicio de su patria. Después de la promulgación de la ley que se conoce por su nombre, Juárez había sido por algún tiempo Gobernador del Estado de Oaxaca, y antes de que acabara su período fué elegido Presidente de la Suprema Corte de Justicia y, como tal, vice-presidente de la República; funcionaba como Ministro de Gobernación al tiempo de la sublevación de Comonfort. Sustituyó á éste en la presidencia y

Presidente, colocándole al nivel de los hombres más ilustres del siglo. Si puedo encontrarlas tendré gusto en mandar á usted una copia de ese discurso y algunas manifestaciones mías hechas en discursos en público, respecto de la opinión del señor Seward, sobre el elevado carácter y los servicios públicos de aquel verdadero grande hombre.

Con recuerdos para la señora Romero, quedo como siempre de usted. •

THOMAS H. NELSON.

procuró contener la corriente de la rebelión reaccionaria. Casi todo el ejército regular del país que había en la ciudad de México estaba en favor del partido conservador, y, por lo mismo, esa ciudad cayó en poder de los enemigos de Juárez, quien tuvo que huir de ella, yéndose al interior, donde estableció su gobierno, primero en Querétaro y después en Guanajuato y Guadalajara. Por fin, se embarcó en Manzanillo, puerto mexicano en el Pacífico, para Panamá y Nueva Orleans, y de aquí para Veracruz, puerto en el golfo de México, donde permaneció por más de dos años. Veracruz fué el baluarte del partido liberal, pues siendo una plaza fuerte por naturaleza y por sus buenas fortificaciones, y estando además protegido por su mal clima y la fiebre amarilla que allí reina, era el mejor lugar que Juárez podía elegir para establecer su gobierno, sin contar con que la mayoría de sus habitantes eran liberales por estar en contacto más frecuente con extranjeros. En Veracruz, pues, permaneció Juárez desde marzo de 1858 hasta enero de 1861, en cuyo tiempo estuvieron en poder del partido conservador las principales ciudades del país. El ejército liberal, aunque frecuentemente derrotado, nunca fué destruido porque el pueblo estaba de su parte, y constantemente recibía numerosos reclutas, lo que facilitaba á los jefes liberales reorganizar sus fuerzas después de cada derrota y estar pronto en aptitud de hacer de nuevo frente al enemigo: viéndose al fin premiados su valor y perseverancia con la victoria obtenida el 23 de diciembre de 1860, en la batalla decisiva de Calpulalpam.

Durante la lucha terrible á la que llamamos guerra de Reforma, Juárez expidió en Veracruz, el 12 y 23 de julio de 1859, nuestras leyes de Reforma, cuyo objeto fué destruir el poder político que el clero había tenido hasta entonces. Fueron declarados propiedad nacional los bienes del clero y enajenados por el gobierno á los censatarios por un precio nominal, pagadero, en parte, en títulos ó créditos de la deuda nacional, que se vendían entonces á muy bajo precio, cosa de un cinco por ciento de su valor nominal; se despojó al cle-

ro de todos los derechos políticos, es decir, que se le inhabilitó para todo puesto público; se suprimieron los conventos, tanto de religiosos como de monjas; se redujo considerablemente el número de templos que había en el país; se proclamó completa independencia entre el Estado y la Iglesia; se estableció el registro civil de nacimientos, matrimonios y defunciones, quitando al clero toda ingerencia en esos asuntos que hasta entonces le habían estado exclusivamente encomendados; se prohibieron las demostraciones religiosas fuera de los templos, lo mismo que el tocar de las campanas; se redujo á dos ó tres al año el número de días festivos, que entonces era casi una cuarta parte de los del año y contribuían á mantener al pueblo en la ociosidad; se prohibió á los sacerdotes el uso de sus hábitos fuera de la iglesia, y se adoptaron otras muchas medidas represivas contra el clero. con el objeto de destruir su poder político y de quitarle los medios de producir otra sublevación contra el gobierno.

Es digno de hacerse notar el hecho de que muchos de los jefes liberales eran abogados que, instigados por el patriotismo y por el deseo de que triunfara la causa liberal, y aunque no tenían educación militar, se pusieron á la cabeza de nuestros ejércitos en las prolongadas guerras civiles. Algunos llegaron á distinguirse como soldados, lo que también pasó en los Estados Unidos. De suerte que puede decirse con toda exactitud que el éxito final de la causa liberal en México, se debió en gran manera á los jurisconsultos de la nación, y así lo demuestra el extraordinario odio con que les veía el clero, que designaba despreciativamente como «abogados» á los jefes liberales.

Después de la batalla de Calpulalpam, en la que fué derrotado el general Miramón, último presidente del partido conservador, Juárez salió de Veracruz y estableció su gobierno en la ciudad de México, donde reunió al Congreso y convocó una elección en 1861, en la que fué electo Presidente en su primer período constitucional. Las leyes de Reforma se pusieron en vigor cuando Juárez ocupó la ciudad de México y su gobierno se extendió á todo el país.

El partido conservador no se dió por vencido, sino que, muy al contrario, inició en 1861 con redoblado vigor una nueva insurrección, cuyo objeto principal fué oponerse á la ejecución de las leyes de reforma. Aunque esta sublevación no llegó á asumir carácter serio, pues los insurgentes no lograron tomar plazas importantes ni pudieron derrotar á las fuerzas del gobierno, sí tuvo éxito en cuanto que mantuvo la perturbación en el país, con gran inseguridad de vidas y propiedades.

La intervención francesa y el imperio de Maximiliano.

Quando se convencieron los jefes del partido conservador de que el liberal se había hecho tan fuerte que ya no podían encontrar en el país fuerza bastante para vencerlo, fueron á Europa y comenzaron á intrigar con las cortes europeas, á fin de lograr la intervención extranjera en México. La guerra civil que desgraciadamente se había declarado en los Estados-Unidos por esa época, facilitó á los jefes clericales mexicanos el éxito de sus gestiones por obtener la intervención europea, pues el Emperador de los franceses parecía convencido de que habían de triunfar los confederados, y muy dispuesto á aprovechar la oportunidad que le ofrecía el partido clerical mexicano de establecerse en México, para ayudar de una manera eficaz á la división permanente de los Estados-Unidos. Soñaba, además, con el establecimiento en América de un imperio francés cuyos límites llegaran al Pacífico. Por su influencia llegó á celebrarse una alianza entre Francia, Inglaterra y España, convenida en un tratado que se firmó en Londres el 1° de octubre de 1861, y se decidió Maximiliano á ir á México. Inglaterra y España se retiraron de la alianza antes de comenzar la guerra; el 5 de mayo de 1862 fué derrotado en Puebla el primer ejército de Napoleón, que estaba á las órdenes del general Lorencez; pero reforzado considerablemente, logró ocupar Puebla y la ciudad de México en 1863, comenzando así la intervención francesa; sus detalles son muy conocidos en la Argentina, y no es necesario, por lo mismo, decir más acerca de ella.

Al restablecerse la paz en los Estados-Unidos, después de la vic-

toria del Norte, Napoleón comprendió naturalmente que no podía continuar por un período indefinido la ocupación de México, y que tenía que prescindir de sus planes y retirar su ejército del país. Por nuestros propios esfuerzos y sin auxilio del extranjero, hubiéramos nosotros arrojado al fin de México al ejército francés, aunque habríamos necesitado más tiempo, pues Napoleón pudo haber prolongado por uno ó dos años la permanencia en el país de dicho ejército; pero, con el apoyo de los Estados- Unidos, que fué un gran servicio prestado á México, el ejército se retiró más pronto. Maximiliano sabía, á su vez, que no podía permanecer en México después de la retirada de los franceses y resolvió abandonar el país, al saber que el ejército francés se retiraba, ó cuando se convenciera de que había de ser infructuosa la misión que su mujer había llevado á Europa (donde la sobrecogió una espantosa calamidad), de procurar que se revocara la orden de retirada de aquel ejército. Pero, desgraciadamente, era un soñador sin fuerza de carácter, y de ningún modo el hombre de la situación; sus resoluciones no eran firmes y, por lo mismo, los jefes del partido clerical pudieron fácilmente persuadirle de que debía volver á la ciudad de México, cuando ya había salido de ella en camino para su patria, en octubre de 1866, y llegado hasta Orizaba, á dos tercios del camino entre México y Veracruz. En este puerto, le esperaba, listo para conducirle á su país nativo, el « Novara », navío de guerra austriaco que le había llevado á México en 1864, y que, por súplica suya, le había enviado el Emperador de Austria, después de haberle generosamente restablecido en sus derechos como archiduque de Austria y heredero eventual al trono, á los que había renunciado al partir para México. Maximiliano abandonó la capital á principios de febrero de 1869, yendo á la ciudad de Querétaro, donde al fin fué capturado, y, después de juzgado, se le ejecutó el 19 de junio siguiente.

En julio de ese año, fué restablecido en la ciudad de México el gobierno de Juárez, y á poco tuvo lugar una elección presidencial en

Restablecimiento de la república.

la que recibió el voto casi unánime del pueblo para otro período, de 1867 á 1871.

El patriotismo y la firmeza de Juárez fueron muy notables. Hubo un tiempo, durante la intervención francesa, en que muchos parecieron desesperar de la suerte de México, sentimiento que no era enteramente infundado, si se tiene en cuenta que el país estaba invadido por un ejército francés muy numeroso, de 60.000 á 80.000 hombres (1). Además, Napoleón y Maximiliano habían concertado que éste tuviera un cuerpo auxiliar austriaco, otro de húngaros y otro de belgas — pues la princesa Carlota, esposa de Maximiliano, era hija del último rey de Bélgica y hermana del actual. Tenía también un contingente de la colonia francesa de Argel y el mando de las tropas del partido clerical, que estaban de su lado y se formaban de casi todo nuestro antiguo ejército, y, por último, contaba con todo el elemento aristocrático. Unidos todos estos elementos, resultaban tan poderosos, que no es de extrañar que muchos de nuestros hombres públicos tuvieran á veces poca fe en el éxito. Pero Juárez no desesperó ni por un momento; estaba completamente seguro del triunfo final y dispuesto á sacrificar su vida por la causa de su patria.

Guerras civiles
de 1868 á 1875.

Era natural que después de los trastornos consiguientes á una guerra civil, que había durado tantos años, el país quedara en un estado de desmoralización, y que una vez obtenido el triunfo completo sobre la intervención francesa y el llamado imperio, hubiera algunos levantamientos encabezados por jefes liberales descontentos, que, aunque no eran de carácter serio y fueron sofocados fácilmente por el presidente Juárez, mantenían al país en inestabilidad y contribuían á fortalecer la opinión de que éramos incapaces de conservar la paz.

(1) En junio de 1864, el cuerpo de ocupación alcanzó su mayor efectivo que fué de 32.302 hombres bajo las armas, repartidos en todo el país é incluyendo los servicios administrativos. (Nota de la Dirección).

El presidente Juárez murió el 18 de julio de 1872. y el presidente Lerdo de Tejada, que le sucedió, permaneció en el poder, primero como vice-presidente y después como presidente constitucional elegido por el pueblo, hasta el mes de noviembre de 1876, en que asumió la presidencia el general Díaz. Entre los muchos servicios distinguidos que el general Díaz ha prestado á México, el principal, tal vez, es el de haber restablecido la paz absoluta en el país, en los diferentes periodos que ha desempeñado el poder ejecutivo; ha establecido firmemente la legalidad y el orden y promovido empeñosamente el desarrollo material, que es siempre la mejor garantía de la conservación de la paz. Mayor espacio del que debo ocupar con este artículo se necesitaría, para dar una idea completa de los grandes servicios que el general Díaz ha prestado á México.

Por esta ligera sinopsis, se verá que han desaparecido ya las causas que provocaron las guerras civiles en México, y que éstas fueron una contienda por establecer la supremacía entre las fuerzas vitales del país, entre las viejas ideas y la nuevas : contienda que ha tardado para resolverse en otros países mayor número de años que en México, y en algunos hasta siglos. Pero ha quedado ya resuelto nuestro problema político : el partido conservador, completamente destruido como organización política, no puede ya causar ningún trastorno serio y, por lo mismo, faltan los elementos para una guerra civil.

Las condiciones de México durante la dominación española, después de la independencia y, más ó menos, hasta la promulgación de las leyes de Reforma en 1859, eran muy semejantes á las que existieron en los países europeos en tiempo del feudalismo. El clero, sus agentes y partidarios eran, de hecho, los señores feudales mexicanos, y su poder é influencia en el país tan grandes como los de los barones europeos, pues no sólo monopolizaban la riqueza y la instrucción del país, sino que ejercían también grande influencia espiritual ó religiosa sobre la inteligencia del pueblo. La posición de los *barones* mexicanos era, si acaso, más fuerte, porque en lugar de estar

Desaparición de las causas de las revoluciones.

en antagonismo con el Rey ó el gobierno, como á menudo lo estaban los barones europeos, había entre ellos y el poder temporal una especie de alianza para sostenerse y protegerse mutuamente. Cuando se tiene en cuenta el largo tiempo que los reyes europeos necesitaron para someter á los barones; todos los esfuerzos que el pueblo tuvo que hacer para llegar á ese resultado, y cuán dilatadas y sangrientas fueron las guerras que hubo necesidad de librar para alcanzarlo, — lo que no se logró enteramente sino hasta la Revolución francesa, no puede menos que sorprender que México y los otros países americanos en condiciones semejantes, hubieran podido destruir su feudalismo en un lapso de tiempo comparativamente tan corto.

Desde hace casi veinte años, México ha tenido completa paz y gozado de sus ventajas. Las personas que tomaron parte en las revoluciones anteriores han muerto ó desaparecido, ó tienen ahora interés en que se conserve el orden, porque están medrando á la sombra del desarrollo del país: y estoy seguro de que, aún en el caso de que faltara la dirección del general Díaz, se mantendría la tranquilidad en México, porque son muy fuertes los intereses que están en su favor. Los ferrocarriles y el telégrafo son, además, grandes preservadores de la paz: no hace mucho tiempo, cuando había una sublevación, tenían que pasarse meses enteros para que las fuerzas del gobierno llegaran adonde estaban los insurrectos, quienes en ese tiempo podían organizarse y fortificarse y aun avanzar considerablemente sin encontrar al enemigo; pero ahora el gobierno puede mandar inmediatamente sus tropas á sofocar una insurrección.

La paz en México está hoy tan asegurada y la vida y la propiedad tan protegidas, como pueden estarlo en cualquiera otra parte. Así parece entenderlo la opinión pública y demostrarlo el hecho de que el capital, y especialmente el extranjero, que es siempre tan tímido y cauteloso, se está invirtiendo ahora libremente en empresas mexicanas.

M. ROMERO.

SARMIENTO EN PARIS

Salgo del taller de Rodin ; la figura de Sarmiento va tomando vida y forma. El soberbio viejo, que fué uno de los raros cultos individuales de mi vida, me llena el espíritu ; su memoria suscita la de tantos otros seres queridos que la ola nos ha arrebatado, sin darnos tiempo, como á él, de cumplir la misión que sus cerebros luminosos y sus almas levantadas les marcaban en la tierra... Decididamente, es bueno que por algún tiempo deje de andar entre tumbas ; bastan para echar sombras persistentes sobre mi alma los diarios de la patria, que día á día me traen la noticia de que uno más ha entrado al reposo eterno. Es el lado negro de la espera del turno.

De vuelta, me echo á vagar por las calles de este París que entra á su vida normal, pasado el síncope, y de nuevo Sarmiento surge en mi memoria, como si su personalidad absorbente saltara de la tumba para imponerse á los vivos, como en tiempo de la acción, por el vituperio ó el entusiasmo, por el cariño ó el odio.

Y pienso que hace cincuenta años, justo medio siglo, él también recorrió estas calles, allá en el mes de octubre de 1846. Tenía ya más de treinta años, había publicado el *Facundo*, y hecho la campaña periodística de Chile, que, por el vigor, la originalidad y la luz intensa que proyectó, no sólo sobre las cuestiones de su tiem-

po, sino sobre el porvenir y la ruta de salvación del mundo americano, no tiene rival en los fastos de ningún país. Al fin pudo realizar un sueño de su vida, y en 1845 se embarcó en Valparaíso para Europa, á completar sus estudios sobre educación popular y sobre todo, para ver, con los ojos de su cuerpo, lo que los ojos de su espíritu habían admirado, la tradición, el arte, la cultura de este viejo mundo.

Vosotros, los que tenéis en vuestras bibliotecas sin vida los ocho ó diez tomos publicados de las obras de Sarmiento, haced un esfuerzo sobre vuestro horror de la letra de molde y abrid, por cinco minutos, el volumen de Viajes. Y vosotros, jóvenes, los que os quejáis dolientes de que no hay atmósfera intelectual en nuestro país, hacedla revivir, volviendo á las fuentes puras é incomparables del pasado. Leed esos libros admirables, escritos hace más de medio siglo y que, como las telas de los grandes maestros, conservan en sus líneas y en su color una frescura jamás igualada en el correr de los tiempos. Declaro que no conozco, en prosa castellana, ni aun en los grandes modelos del género, páginas comparables á algunas de las de Sarmiento en sus *Viajes*, al retrato de don Domingo de Oro, en sus *Recuerdos de Provincia*, ó á esa armonía profunda con que el genio del escritor acaricia la memoria de la madre. Leed, leed esos libros, jóvenes, y veréis con qué orgullo sentiréis el alma de vuestra raza palpar en sus páginas, Son libros genuinamente nuestros, que no han podido ser escritos en otra parte y que constituyen, hoy por hoy, la nota más clara y luminosa para ayudarnos á comprender la gestación caótica de nuestra nacionalidad. No os hablo de moral, no os hablo de patriotismo, no os hablo de que esa lectura pueda determinaros á ser pequeños Sarmientos, en lo que, por otra parte, no perderíais nada ni vosotros ni el país: os hablo de arte, os hablo de la única manera posible de resucitar entre nosotros esa atmósfera intelectual por la que lloráis; os invito á entrar á esos libros, como empujo á todos los jóvenes argentinos que hay en París, á ir al Louvre, al Colegio de Francia ó á la Facultad de

letras, para que se den cuenta que hay otras cosas en el mundo que el oficio de abogado, la chicana política, la operación de bolsa ó el casamiento ventajoso...

I

Sarmiento se embarca, pues, sobre la *Enriqueta*, uno de esos barcos de vela que fueron el martirio de nuestros padres y que deben haber sacado de quicio y arrancado á su compostura colonial, hasta á las personas más graves de nuestra revolución ; sólo concibo, después de diez días de calma chicha y treinta de frejoles secos, igual, solemne, acompasado, abrochado y manteniendo su actitud con dignidad, por si los pescados le miran, á don Bernardino Rivadavia...

Sarmiento descubre, al pasar, la isla de Robinson, que describe en páginas inimitables, dobla el cabo de Hornos y, por fin, en medio de una tormenta deshecha, entra en aguas del Río de la Plata y desembarca en Montevideo. La descripción de lo que allí ve, hecha con un brío y un calor incomparable, salpicada de retratos que en tres líneas dibujan una página para la posteridad, es lo único que tenemos de real, de vívido, sobre esos días de honor de nuestra historia. Un libro sobre el Sitio, hecho, no al frío resplandor de los documentos oficiales, sino iluminado por la vibración del recuerdo, con toda la pasión viril y generosa de la causa que se defendía, eso es lo que Lucio V. López, poco antes de morir, pedía á su padre, nuestro ilustre historiador, eso es lo que todos nosotros hemos pedido y pedimos al general Mitre, en vez de la triste labor de notario de aldea á que ha dedicado sus últimos años de vigor intelectual.

Sarmiento pasa rápidamente por Montevideo, pero su sensación es tan fuerte y tan intensa, que creo difícilmente que ningún libro del futuro nos dé, con igual verdad, la impresión real del cuadro. Hoy que nuestro país ha entrado definitivamente en la ruta banal

de la marcha de las sociedades modernas, para las que los problemas vitales de hace cincuenta años se han convertido en axiomas de archivo, que no se discuten, ese sitio de Montevideo, con sus antecedentes y sus consecuencias, toma cierto carácter de novela romántica que nadie lee ya, que se recuerda en uno que otro texto de literatura, pero cuyo estudio, como el de los poemas clásicos, tiene poca ó ninguna utilidad á los ojos de los que sólo ven, como signos positivos de la grandeza de un pueblo, sus estadísticas de aduana y el kilometraje de sus caminos de hierro. Ese escepticismo, esa sonrisa despreciativa para el recuerdo de los días de mayor sufrimiento y de mayor pureza moral de nuestro pueblo, han permitido, han sugerido ya la publicación de libros, cuya buena fe no salva que sean una injuria para la memoria de los que dieron ó su vida ó su juventud y su felicidad en holocausto á su país.

Los que hemos nacido en los últimos años de ese asedio inmortal, bajo la bandera y en las cuadras casi de esa legión argentina que el plomo enemigo acabó por reducir á un puñado de hombres, hemos oído á nuestras madres, á las viejas servidoras de la familia, durante los años de la infancia, las narraciones heroicas de aquellos días. ¡Qué desprecio por la vida! ¡Qué connaturalización con aquella atmósfera de fuego, dentro de la que se jugaba el porvenir de un pueblo, y más de cerca, no ya la existencia, sino el honor de madres, hijas, mujeres y hermanas!... Podéis sonreír del épico momento, escépticos satisfechos que gozáis hoy, en la plena obesidad de vuestra atrofia moral, de la fortuna territorial amasada por vuestros padres á favor del acatamiento y la adulación del bárbaro sangriento que los nuestros combatían! Podéis sonreír, que nadie ni nada borraré de nuestro corazón ni de nuestro nombre el sello de nobleza de ese abolengo...

Sarmiento venía de Chile, á donde los últimos rebotes de la ola de barbarie que asolaba al pueblo argentino le habían arrojado por sobre los Andes. Su acción intelectual de Chile, la volvía á encontrar en Montevideo, pero candente y desesperada, como el ja-

dear de los pechos en la trinchera perenne. ¿Cómo aquel apretón de manos que dió entonces á Mitre, á Gutiérrez, á Mármol, á Alsina, á Cané, no hizo sagrados, para la vida entera. á esos hombres entre sí? ¿Cómo, más tarde, la política pudo dividirlos y arrojarlos á campos opuestos?...

Al pisar la cubierta del barco que le llevaba á Río de Janeiro, en rumbo á Europa, Sarmiento debió sacudir su poderosa cabeza, como para disipar el mal sueño y preparar su espíritu á la esperanza. La bahía de Río, la estupenda aparición de la región tropical le inspiran páginas, entre otras aquella en que pinta la esclavatura y el canto de caridad con que los miserables se sostienen y se alientan en su faena, como quisiera que de tiempo en tiempo se escribieran en nuestra lengua. ¡Qué variedad de tonos en esa paleta admirable! Todos los que en nuestra tierra leéis, conocéis el estilo general de Sarmiento, ese ímpetu un tanto desordenado, aquel atropellarse de las ideas, que se quitan el sitio unas á otras para llegar primero, aquellas indicaciones bien vagas á veces, que nos obligaban, á Del Valle y á mí, á ir metiendo en las frases los verbos ausentes. Todos recordáis el látigo iracundo de la polémica, el apóstrofe que aplastaba á un hombre ó á una camarilla para toda la siega, como también el movimiento majestuoso de su verbo, cuando, en vuelo soberano, postrándose ante la bandera, su espíritu invocaba la bendición divina sobre su pueblo. Pues bien, leed la página sobre la poesía, que le inspira su encuentro con Mármol y la lectura que el poeta proscrito le hace de sus cantos del *Peregrino* y veréis la inagotable fecundidad de esa paleta, de la que el artista arranca, al pasar y sin esfuerzo, todos los tonos, todos los colores para reflejar el mar y los cielos, la tierra y el alma.

Allí se topa también con el *pardejón* Rivera, el teniente de Artigas, el teniente de los portugueses, el teniente de Lavalléja, el teniente de todas las causas, buenas y malas, por las que se derramaba sangre en las orillas del Uruguay. ¡Qué delicioso tipo de imbécil, guarangó, soez y bruto, de gaucho pretencioso! Nada comparable á

aquella comida en la que, delante del ministro francés y otras personas cultas, Rivera cuenta, muy suelto de cuerpo, que don Pedro I del Brasil le quiso casar con su hija doña María da Gloria, pero que él se había resistido. Sarmiento le toma el pelo en el acto y deplora que haya desdeñado de ese modo la corona de Portugal. ¡D. Frutos I, rey de los Algarbes!... Allí en mi juventud, con Ricardo Gutiérrez, que acaba de terminar su misión de luz y caridad sobre la tierra, estuvimos á punto de persuadir á uno de nuestros compatriotas, otra cuerda que Rivera, pero también tipo genuino del país, que la impresión que había producido, en un teatro, á una reina, entonces joven, le abría el acceso á un trono de Europa, pequeño, pero comfortable . . .

II

Al fin pisa Sarmiento tierra de Europa, remonta el Sena y por Rouen, gana París.

La carta que de allí escribe es dirigida á don Antonino Aberastain, aquel mártir del Pocito, una de las últimas víctimas de la barbarie argentina. Siendo yo niño aún, recuerdo haber visto á mi padre, con las lágrimas en los ojos y presa de una indignación profunda, dictar uno de sus artículos más elocuentes, con aquella manera á martillazos, furibundo á veces, que hacía perder la cabeza á sus escribientes, salvo á Florencio Madero, su amanuense habitual, á quien quería como á un hijo y que aguantaba el chubasco socarronamente, con la cabeza agachada, para hacer disipar la tormenta un momento después, con una de sus salidas peculiares. — « ¡Pobre Buey! repetía mi padre á la noticia de la catástrofe: ¡el hombre más puro y más sano que he conocido! » Ese apodo había sido dado á Aberastain en el colegio (se había educado en Buenos-Aires) por su corpulencia obesa, pesada y la indiferencia tranquila con que

miraba todo. Algunos años más tarde, entraba yo al Colegio Nacional y tenía por condiscípulo en mi clase al hijo del mártir; era idéntico al retrato que de su padre había oído al mío, y pronto el apodo paterno le distinguió entre nosotros. Pedro Goyena, que empezaba, á los veinte años, á dictarnos una clase de filosofía, descubrió en el *Buey* una inteligencia de una claridad extraordinaria, pero de una lentitud curiosa para ponerse en movimiento. El joven Aberastain fué una de las primeras víctimas del cólera entre nosotros. Cuando tuve el honor de ser compañero de Sarmiento en el Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires, le hablé un día de mi joven condiscípulo, tan prematuramente arrebatado á la vida; su fisonomía se cubrió de una tristeza profunda y sin duda pensando en el amigo de los días amargos, pensaba también en su hijo único y querido, que había dado su vida á la patria, privándole á él del bastón de su vejez...

La primera impresión de París que Sarmiento comunica á Aberastain, es característica; como el joven que llega á Edimburgo ó á Verona, cree ver por todas partes á María Estuardo ó á Romeo y Julieta, la generación de Sarmiento sólo veía á París á través de los *Misterios* de Eugenio Sue. La influencia del romanticismo francés había penetrado y conquistado los espíritus americanos, con más fuerza, ayudada por la imaginación, que treinta años antes los enciclopedistas. Á mis ojos, esa influencia no pudo ser más perjudicial para el porvenir de las letras argentinas. La lucha constante y la excitación intelectual que traía, habían producido un núcleo de escritores que, librados tal vez á su propia inspiración, habrían reflejado en sus libros el ambiente, el color, el sabor de nuestra tierra y habrían dejado una base inconvencible á nuestra literatura nacional. Pero Byron, Hugo, Lamartine, en la poesía; Dumas, Hugo, Sue, Féval, en el teatro y la novela, se apoderaron de tal manera de la inteligencia argentina, que, desdeñando, ó pasando al lado sin verla, la fuente viva y fecunda del suelo y la sociedad natal, los jóvenes que manejaban una pluma se limitaban á copiar los poe-

mas y reflejar el ideal de los románticos en voga, como los poetas de la revolución habían imitado, en sus odas de pesado vuelo, el modelo de los poetas españoles de la decadencia. Echeverría (salvo en algunos y no muchos momentos de la *Cautiva*), Mármol, Gutiérrez, Domínguez (los de Rivera Indarte no eran versos, ni cosa que se les pareciera) seguían el movimiento de la lira francesa. Mitre traducía el *Ruy Blas* de Hugo, que cincuenta años más tarde publicaba con su valor habitual; V. F. López, lleno de Walter Scott, escribía la *Novia del Hereje*, en vez de dar forma á los cuadros de la Revolución, que concebía ya bajo el molde de la novela; mi padre, á quien la naturaleza había dotado de un gusto artístico exquisito y de un estilo de una galanura inimitable, doblemente impregnado por el romanticismo francés y el *wetherismo* italiano, á lo-Ugo Fóscolo, fúnebre y sentimental, escribía su *bluette* de *Esther*, ó imitaba, en la *Noche de boda*, las más románticas concepciones de la época. Sólo dos hombres escaparon á esa influencia y, conservando su personalidad propia, buscaron en el suelo patrio la fuente de su inspiración: Sarmiento, por ímpetu interno y porque vivía, respiraba y soñaba dentro de un ideal exclusivamente americano, y Ascasubi, porque ignoraba la existencia del movimiento intelectual europeo; sintiendo como un gaucho y sabiendo hablar como él, nos dejó en sus cantos, en forma imperecedera, la nota moral de las masas argentinas de entonces. . .

¿Pero qué queréis? En Chile, en Montevideo, en Buenos-Aires mismo, allá en los últimos rincones donde se leía aún, el Churriador, la Lechuza, Rodolfo y Flor de María eran tan populares como un momento lo fueron en Francia los héroes de Madame Cottin ó en Inglaterra Lovelace y Clarisse Harlowe. Por eso Sarmiento, frescamente desembarcado en París, da noticia de Tortillard, Brazo-Rojo y la Rigoleta, sintiendo que, por los barrios donde Rodolfo daba aquellos puñetazos fenomenales, se haya «abierto por medio de la *Cité*, una magnífica calle que atraviesa desde el Palacio de Justicia hasta la plaza de Nuestra Señora, iluminada de gas y bordada

de estas tiendas de París, envueltas en cristales como gasas transparentes, graciosas y coquetas como una novia».

Luego se echa á vagar, á *flâner*, como él dice, deteniéndose extasiado ante esta palabra que ninguna otra lengua posee y que tan bien expresa ese dulce abandono del cuerpo y del espíritu, flotando entre los mil atractivos que lo solicitan al pasar. «Ando lelo; pareceme que no camino, que no voy, sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los boulevares». Siento consignar éste detalle, ¡ó jóvenes *snoobs* de todas nacionalidades, inclusa y especialmente la nuestra, que llegáis á París como si hubiérais visto la luz en la ciudad ideal de todas las perfecciones y encontrarís todo común, vulgar, chato y despreciable! Siento daros ese mal rato: Sarmiento se quedaba «con un palmo de boca, contemplando la *Maison Dorée*, el *Café Cardinal* ó los *Baños Chinescos*». ¿Pero es un mal rato, en verdad, para los *snoobs*, esa reminiscencia? Para ellos, Sarmiento no figura, acaso, entre esas cosas vulgares, chatas é indignas de atención. Por mi parte, tengo mi juicio hecho bien pronto, á favor de esa piedra de toque invariable: joven argentino que, llegado á París, le juega indiferencia, no se admira de nada y hasta mete *pullitas* compadres al compañero que, como Sarmiento, se queda lelo: imbécil. Puede más tarde acabar su carrera, ocupar puestos públicos, defender pleitos, hacer discursos ú otros excesos: nada, imbécil, acabado imbécil!

Sarmiento, vagando en las calles, se pierde á cada momento y es de ver la admiración profunda que le causa la hospitalaria cultura del pueblo francés, la solicita atención con que el primer viandante le pone en el buen camino, le acompaña si es necesario, corre atrás él si de nuevo toma una calle que no va — y todo dentro de esas fórmulas exquisitas de: *Ayez la complaisance... Soyez assez bon...* que son la menuda moneda de la urbanidad de esta gente. Hoy mismo pasa el mismo fenómeno, y en todo tiempo los viajeros que han recorrido la Francia han consignado igual impresión. Pero á la verdad, fuera de que en Alemania ó en Inglaterra cualquier pa-

sante os pone en el buen camino (sólo entre nosotros se suele encontrar al *chusco* que endereza al extranjero camino del Once, cuando quiere ir al Retiro) ¿esa hospitalidad, en Francia, se encuentra también de puertas adentro? Sarmiento mismo, si la hubiera buscado ¿habría encontrado en París una acogida del género de la que recibió en Gotinga, en aquel sereno centro intelectual, perdido en el fondo de la Alemania y al que no parecían llegar las brisas del mundo? Cuando un inglés os recibe en su casa, véis en su cara, sentís en la atmósfera de su hogar, que aquel *accueil* es sincero, completo y sin límites. Un francés os recibe sonriendo, os presenta sonriendo á su familia, que sonríe toda, os da muy bien de comer, en un comedor abrigado, os brinda buenos vinos y malos cigarros y os despide sonriendo siempre. hasta la vista. Para volver, necesitáis una nueva invifación, que reanude, por así decir, la relación. Algunos prefieren el sistema inglés, los que creen que la humanidad puede ser sincera en algunos momentos y aman verla bajo ese aspecto; otros, que creen saber á qué atenerse, piensan que todo lo que debe y puede exigirse á los hombres es la cultura externa, y se dan por satisfechos con la sonrisa francesa. que no exige en cambio sino otro pliegue de labios y que pone á todo el mundo cómodo. Entre nosotros, el problema se ha resuelto por lo hondo: no se abre la puerta, no se recibe á nadie: la señora no está!

III

Haciendo Sarmiento la enumeración de todos los atractivos que ofrece París para el pensador, el literato, el petimetre, el gastrónomo, el artista, etc., habla de un tal Leverrier, que «anda persiguiendo en los espacios celestes y llamando á todos los astrónomos que se aposten en tales ó cuales lugares que él señala, para cojerlo al paso á un planeta que él dice que hay en el cielo, porque debe ha-

berlo, por requerirlo así una demostración de las matemáticas ». Neptuno estaba, en efecto, en el punto del cielo fijado por la genial penetración de Leverrier y encuentro admirable esa robusta fe en la ciencia y la razón, por parte de un joven americano, como Sarmiento, sobre el que no hace mella la burlona incredulidad del París de entonces.

Otra de las miradas penetrantes de Sarmiento, en ese momento, atraviesa el caos de la situación social y política de la Europa. « En medio de la gendarmería de las ideas dominantes, — escribe — oficiales, moderadas, ve usted moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al *bagne*, al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son más que revolucionarios ». Más tarde, en Italia, su visión se completará y poco le faltará para predecir el trastorno profundo que, un año después, iba á sacudir la Europa entera y abrir las puertas, por decir así, á las verdaderas corrientes modernas. La revolución de 1848 estalló en París y repercutió en Berlín, Viena, la Europa entera, cuando Sarmiento estaba ya de regreso en Chile. Esa noticia debe haberle producido el mayor júbilo de su vida, porque había regresado de Europa con la convicción de que mientras imperaran como ideas dirigentes los residuos de la Santa-Alianza ó el impuro y estrecho burguesismo de Luis Felipe, no habría esperanza de regeneración para el mundo americano.

Al pasar, Sarmiento da cuenta de que también ha desaparecido, como las tabernas de la Cité, otra fisonomía del pensamiento francés, el eclecticismo que « ha muerto de muerte natural, como todas las cosas caducas que no están fundadas en la verdad ». Para Sarmiento, que veía las cosas de arriba y que no iba á buscar en los programas universitarios cuál era la corriente de ideas imperante, el eclecticismo, la pomada de M. Cousin, había realmente muerto. Sin embargo, en esos meses, Jacques y Simon trabajaban en el *mar-mol* que debía ser, hasta poco antes del 70, el libro clásico de la enseñanza filosófica. Si en vez de perder su tiempo en visitas inú-

tiles y empresas inspiradas por el más puro patriotismo, algún amigo hubiera llevado á Sarmiento á la bohardilla donde trabajaba Augusto Comte ¡qué admirable retrato tendríamos del ilustre pensador y con qué claridad Sarmiento habría valorado la influencia de su doctrina sobre el desenvolvimiento de la ciencia! ¡Cómo habría reído también, dentro de su barba, él, profundamente liberal, pero profundamente práctico también, si Comte le hubiera comunicado su visión de una sociedad organizada sobre los principios de su política! Después de la tiranía bestial de un Rosas, nada ha detestado más Sarmiento en su vida que el *jacobinismo* en todas sus formas...

Pero hélo ya hecho un parisiense; un amigo, que no debía de ser lerdo, le da de entrada una lección de vida práctica, de gran valor para él. «No bien hubimos llegado, dice, llevóme á los *Frères Provençaux*, donde cenamos ambos por 60 francos; al día siguiente, por 30, almorzamos en el café de París; en un restaurant comimos por 10, en un pasaje, al día siguiente, fuimos á almorzar por 3 y á comer por 32 sueldos al *Passage Choiseul*; últimamente á una abominable pocilga, detrás de la Magdalena, decorada con el nombre de *Hotel Inglés*, donde se sirve carne cruda de procedencia más que sospechosa, porotos duros y cerveza infame, todo por un franco, para regalo de los que quieren salvar el honor de la bolsa, afectando anglomanía. Había, pues, en tres días, recorrido los siete escalones de la vida parisiense y conocido el camino que va de la opulencia á la escasez, haciéndome mi mentor este curso para precaverme de todo accidente. *Là-dessus*, podía permanecer tranquilo; en una crisis financiera, conocía ya el camino del *soi-disant Hotel Inglés*».

He quedado pensativo después de este párrafo. ¡Cómo sería aquel Hotel Inglés, para haber hecho esa impresión sobre un estómago como el de Sarmiento! Para darse una idea de la indiferencia absoluta con que acometió — y eso hasta en su vejez — cualquier plato que se le ponía por delante, y de la conciencia de su valor en esas

refriegas, no puedo resistir á la tentación de transcribir este delicioso cuadro. Sarmiento viaja en Africa y es agasajado por un jefe árabe bajo la tienda. En una postura incómoda, que él trampea un poco, á pesar de su origen árabe, levantando una rodilla á la altura de la cara, espera á pie firme la *diffa*, el banquete obligado. Pero oigámosle :

« La *diffa* se anunció al fin ; precedíala un plato de madera lleno de tortas fritas, colocadas simétricamente para dar lugar y apoyo á una docena de huevos durísimos que formaban una pirámide hacia el centro. Un árabe se lavó sólo la punta de los dedos en una sucia y abollada vasija de cobre, en la cual se nos sirvió en seguida agua para beber, más tarde leche de oveja, y luego agua de nuevo. A cada ronda que la malhadada vasija hacía, seguíanla mis ojos de mano en mano para llevar cuenta de los puntos del borde donde los árabes ponían sus labios. ¡ Esfuerzo inútil ! Al fin descubrí una abolladura inaccesible que me reservé desde entonces para mi uso personal. El árabe que se había lavado dos dedos lo suficiente para alcanzarse á discernir de lejos la costa firme que descubría la parte *virgen* de la mano, me descascaró dos huevos que engullí casi enteros, á fin de que pasase cuanto antes aquel cáliz de mi boca.

« Tenga Vd. paciencia, mi querido amigo, ya ve que cumplo con la promesa que á petición suya le hice de describirle las costumbres árabes. Las tortillas fritas vinieron en seguida, y aunque crasas y espirituosas en fuerza de lo rancio de la mantequilla, yo sostuve como un héroe mi posición, sin pestañear, sin titubear un momento, sin echar mano siquiera de uno de tantos subterfugios y engañosas de que en iguales casos se habría servido un gastrónomo vulgar. Más hice todavía. Habiéndome revelado algunos que aquel lago fangoso que se divisaba en el fondo del plato y que yo había respetado, tomándolo por sebuno depósito de la fritanga, era miel de abejas. descendí hasta él con los pedazos de las tortillas, alzando una buena porción en cada revuelco. Hasta aquí todo marchaba en el mejor orden ; pero aún faltaba lo más peliagudo de la empresa,

y nada se había hecho, si no lograba hacer pasar el *cuscussú*, verdadero *quis vel quid*, para estómagos europeos, de la regalada gastronomía del desierto. Es el *cuscussú* una arenilla confeccionada á mano, hecha con harina frita sin sal y anegada después en leche. Confieso que cuando se presentó el enorme plato que lo contenía, el cuerpo me temblaba de piés á cabeza, no obstante que nunca he tenido miedo á manjar ninguno; un sudor helado corría por mis sienes, y el estómago, no que el corazón, me latía cual gime el niño á quien el pedagogo manda al rincón. Lo peor del caso era que yo debía principiar, como el héroe de la fiesta, sin lo cual nadie era osado de hundir su cuchara de palo en la movable arena farinácea. Repentinamente, como el que al bañarse en el mar se precipita de cabeza después de haber vacilado largo tiempo, presintiendo la impresión del frío, yo enterré mi cuchara hasta el mango, y sacándola llena de *cuscussú* y leche la sepulté en la boca. Lo que pasó dentro de mí en ese momento resiste á toda descripción. Cuando abrí los ojos, me pareció hallarme en un mundo nuevo; todos mis tendones contraídos por el sublime esfuerzo de voluntad que acababa de hacer, se fueron estirando poco á poco, y dispersándose con la alegría de soldados que abandonan la formación después de disipada la alarma, hija de alguna noticia falsa. De todo ello he concluido que, ó el *cuscussú* no es abominablemente ingrato; ó que Dios es grande y sus obras maravillosas; ó en fin, que no se ha inventado todavía el potaje que me ha de hacer volver la cara. »

IV

Un momento, Sarmiento se había halagado con la idea de que la fuerza de la oposición contra el ministerio Guizot, encabezada por M. Thiers y uno de cuyos tópicos más formidable de ataque era la cuestión del Río de la Plata, empujaría al Gobierno francés á

tomar una actitud enérgica no sólo en nombre de la civilización y la humanidad, sino también de la dignidad de la Francia. Para dar una idea de la indiferencia pública respecto á los asuntos argentinos, indiferencia que reflejaba con mayor vigor aún en las esferas del Gobierno, Sarmiento recuerda el folletín, que era el corte periodístico literario á la moda, que acababa de escribir León Gozlan, anunciando el establecimiento de una casa donde todos los agitados de la política, de las artes, de las letras y de la finanza, encontrarían, tarifadas, las horas de sueño necesarias para reparar sus insomnios caseros. Por el momento, la receta era hacer leer, en voz alta y entre bostezos, por un empleado de la casa « noticias del Río... de... ¡aah!... la... Plata! el Ge... ne... ral ¡aah! Madari... aga ha derro... ta... do ...!» El remedio era infalible y todo el mundo dormía á los cinco minutos. «Ese es el lugar que en la opinión pública ocupan nuestros asuntos del Río de la Plata » agrega Sarmiento.

Ya don Florencio Varela, á pesar de la acogida personalmente simpática que recibió de altas notabilidades francesas, había hecho la misma triste experiencia, y antes que él, Rivadavia y don Valentín Gómez, como después de todos ellos cuantos han tenido por su desgracia que ocuparse de las relaciones de nuestro país con esta Francia fantástica, que ardía de entusiasmo por los griegos sometidos á la dominación, en el fondo mansa, de los turcos, y consideraba á Rosas como un gobierno conservador, estable y progresista. Lamartine, recuerda Sarmiento, preguntaba á Varela qué idioma hablábamos y un periodista pedía al mismo Sarmiento pormenores sobre nuestras luchas con los mahometanos. Medio siglo más tarde, un ministro de negocios extranjeros de una monarquía europea, me preguntaba á mí, si era cierto que la República Argentina pensaba, con el Salvador, Guatemala, Honduras, etc., formar un solo Estado... Hay que habituarse á estas cosas, trabajar en silencio y orden, hasta que nuestro país se levante tan alto sobre la línea del horizonte, que la distancia, como á los cuerpos celestes, no impida verlo y admirarlo. Si no me es permitido llevar, como Sarmiento,

piedras ciclópeas para la fundación, llevemos cada uno nuestro grano de arena; nuestros hijos harán el resto, como nosotros hemos tratado de completar honradamente la obra de nuestros padres...

Sarmiento no se desanima, como no se desanimó jamás, por ese estado de la opinión y emprende su patriótica cruzada. Su primer choque es con M. Dessage, jefe del departamento político del ministerio del Interior y brazo derecho de M. Guizot. Sarmiento le explica: « Entre nosotros hay dos partidos, los hombres civilizados y las masas semibárbaras.— El partido *moderado*, me corrige M. Dessage, ésto es, el partido moderado que apoya á Luis Felipe, el mismo que apoya á Rosas.—No, señor, son campesinos que llamamos gauchos.— ¡Ah! los propietarios, la *petite propriété*, la burguesía... — Los hombres que aman las instituciones, continúo... — La oposición, me rectifica el ojo y el oído de M. Guizot, la oposición francesa y la oposición á Rosas de esos que pretenden instituciones! Me esfuerzo en hacerle entender algo, pero imposible! Es griego para él todo lo que le hablo. En resumen, para ellos: Rosas igual Luis Felipe. La mazorca = el partido moderado.—Los gauchos = la *petite propriété*. — Los unitarios = la oposición.— Paz, Varela, etc. = Thiers, Rollín, Odilon — Barrot ».

La conversación con M. Guizot es premeditadamente banal por parte de éste, que afecta creer que Sarmiento, viniendo de Chile, donde ha pasado seis años, no está interiorizado de los asuntos del Río de la Plata.

La entrevista con el vicealmirante Mackau, ministro de marina, es uno de los buenos trozos de la narración. Mackau es un imbécil acabado, de espeso cerebro al que no penetran las ideas ni á martillo. Cuando no entiende, sonrío áfablemente, lo que hace que pase la vida sonriendo. Sarmiento, más cómodo que con M. Guizot, le espeta un discurso en tres partes, soberbio, admirable, el mejor que haya pronunciado jamás, según él, y de pronto se aper-

cibe que el ruido de sus palabras llega al oído del almirante como un « vago auvergnat » que no ha escuchado ni comprendido. El rencor de Sarmiento es formidable, y cuando más tarde ve á Mackau ocupar su asiento en la Cámara, en el banco de los ministros ¡ le llamaba molusco !

Sarmiento va á buscar la opinión de los americanos mismos, residentes en París y en todas partes encuentra « igual incapacidad de juzgar ». « San Martín es el ariete desmontado ya, que sirvió á la destrucción de los españoles ; hombre de una pieza ; batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo noble se exalta y ofusca. Sarratea, el compañero de orgía de Jorge IV, antes de ser rey de Inglaterra, viejo escéptico, Voltaire que no ha escrito, hoy todavía en París mismo modelo de finura, de gracia noble y de sencillez artística en el vestir, tiene, con más talento y menos despilfarro, la gastada conciencia de Olañeta. Rosales, el hombre más amable, el cortesano de la monarquía, todo bondad para nosotros, ha sido educado en este punto por Sarratea, su Mephistópheles, el cual lo lanza á las confidencias con Luis Felipe, á quien pone miedo con la indignación de la América ».

En fin, ve á M. Thiers. Este le escucha con atención, le pregunta por Varela, se muestra satisfecho de sus datos, del nuevo aspecto de la cuestión que le presenta, mucha agua bendita, mucho jarabe de pico, pero en el fondo, el egoísmo feroz del orador y del político, que no ve sino temas de discursos y argumentos de oposición, en la agonía de un pueblo entero que perece bajo la bota de un bárbaro. Á la despedida, como un obsequio singular, Thiers comunica á Sarmiento, bajo la mayor reserva, que en la próxima sesión de la Cámara, á la que le invita á asistir, va á hablar *tres horas*. Me represento al petulante marsellés regocijándose ya del efecto que va á producir sobre el espíritu de ese joven americano, á quien ha descubierto ilustración y talento y que se va á convertir, de regreso á su lejana patria, en trompeta de su fama.

Y Sarmiento va á la Cámara, contempla el curioso espectáculo, sobre todo para un sudamericano de entonces, de esas sesiones tumultuosas, vacías y teatrales. Desde entonces me parece que el régimen parlamentario está condenado á sus ojos. Treinta años más tarde, redactaba yo *El Nacional* de Buenos-Aires y no era, por cierto, tierno para la administración de Avellaneda. Sarmiento, como era natural, era siempre el primero en la casa y los artículos que se le ocurría escribir, venían directamente al Gerente, que los entregaba á la composición, sin darme aviso, de acuerdo conmigo, sino en las cosas en que era necesario mechar de verbos el artículo ó apuntalar una que otra frase que había quedado en el aire. No recuerdo á propósito de qué incidente en el que el Ministerio había hecho un triste papel en el Congreso, y tomando como base los estudios sobre la Inglaterra en el siglo XVIII, de M. de Rémusat, escribí un artículo convencido, entusiasta y, á mi juicio, irrefutable, sobre las ventajas del régimen parlamentario y la necesidad de reformar nuestra constitución en ese sentido. Al día siguiente, al mismo tiempo que recibía cuatro líneas cariñosas y aprobatorias del doctor Vicente F. López, llegó á mis manos... mi propio diario, *El Nacional*. En el sitio de honor, que era el que se reservaba siempre á todo lo que Sarmiento escribía, porque el estilo bastaba para fijarlo, se registraba la filípica más furibunda que redactor del *Nacional* hubiera recibido hasta entonces. Iluso, ignorante, atrevido, propagador de malas ideas ¡qué no me decía Sarmiento! Tuve un momento de indignación ante esa falta de atención, de consideración para con un hombre que desde que había empezado á pensar por sí mismo, había sido un partidario decidido y ardiente de Sarmiento. Tomé el diario y me fuí derechamente á su casa, dispuesto á decirle todo lo que tenía adentro y poner las cosas en su lugar. Me recibió con su cordialidad un tanto uniforme para todo el mundo, y antes de darme tiempo de tomar una actitud trágica y comenzar mi dolora, tomó la palabra, como siempre, y debutó por esta frase : «¿Ha visto V. un artículo preconizando el sistema par-

lamentario en el *Nacional* de ayer?— Ni una palabra del autor; y en el fondo, no sé si sabía que era ó no mío, ni le importaba un bledo. De ahí partió para una carga á fondo contra su *cauchemar*, tan completa, tan enérgica y tan decisiva, que mis convicciones tambalcaron y ante aquella elocuencia, aquel saber y aquella experiencia, en vez de formular las recriminaciones proyectadas, incliné la cabeza, hice la venia y salí.

Después he visto el régimen parlamentario en acción, como todos los que han inventado los hombres para gobernar las sociedades; lo que he visto en Francia y especialmente en España, país cuyas condiciones políticas y electorales se acercan más á las nuestras, no ha sido por cierto de naturaleza á confirmar las opiniones de Sarmiento. Ningún sistema es bueno cuando no encarna la tradición de un pueblo, sus costumbres y sus ideas. Por eso el gobierno parlamentario es una maravilla en Inglaterra y un absurdo en España. Por eso pienso que, hoy por hoy, el mejor régimen político para la Rusia, es la autocracia. Nadie me podrá quitar de la cabeza que es una inspiración de insano dar derechos electorales á los negros de Dakar ó á ciertos blancos del otro lado del agua...

En el recinto, Sarmiento ve á « M. Mauguin, centro izquierdo, á Berryer, centro derecho, en la izquierda á Barrot, Arago, Cormenin, Ledru-Rollin. Lamartine, el *vizconde*, que tenía su asiento en la extrema derecha, va caminando hacia la izquierda, como Beaumont y Duvergier de Hauranne; Emilio de Girardin está en el *beau milieu* del centro, es ministerial ». La descripción del discurso de Thiers, á pesar de la admiración que la facundia y la habilidad le causan, revela en Sarmiento la triste impresión que le produce la inanidad de esas paradas oratorias. El aplomo doctrinario, el soberbio desdén de M. Guizot, la autoridad pedante de sus maneras de *magister*, la falta de honestidad que en el fondo hace ver la defensa de hechos turbios, de verdaderos atentados á la moral pública, la obediencia servil de aquella masa de elegidos del sufragio restringido, pero

cuidadosamente escogido, todo hace comprender á Sarmiento que aquel régimen está condenado y sus días contados. Esa monarquía de Julio, que muchos conservadores en Francia consideran hoy mismo como la época edénica de la libertad política, fué uno de los sistemas más corrompidos y corruptores de la historia francesa. Entre otros detalles. Sarmiento recuerda aquella donación á Luis Felipe del corte de los bosques, que á razón de un corte por siglo debía producir cuatro millones de francos anuales y al que, por una talla devastadora, el rey ciudadano hizo producir setenta y cinco millones el primer año!...

V

La narración de la visita de Sarmiento á San Martín, es floja, ó mejor dicho, la entrevista misma no responde á nuestra expectativa. Se adivina que ha debido ser incómoda, poco cordial, á pesar de la deuda de gratitud que el ilustre guerrero tenía para con el escritor que había reivindicado en el corazón de Chile el puesto de honor que correspondía á San Martín. Podemos hoy hablar, con la reverencia que debemos á nuestros mayores, sobre todo á hombres como el vencedor de Maipo, con la verdad que la justicia de la historia impone. Debía ser necesario todo el respeto y toda la gratitud inteligente de los hombres como Varela, Sarmiento y otros argentinos ilustres que visitaban á San Martín en su retiro, para rendirle ese homenaje. El envío de la espada de los Andes, símbolo vivo de la más pura de nuestras glorias, al tirano brutal que condenaba ante los ojos del mundo el esfuerzo por la independencia, debió herir mortalmente el alma de los patriotas que hacía quince años, en el destierro, en la prisión, en el martirio, sostenían la causa de la libertad. Es esa una triste página en la historia del gran emancipador, tan triste como el abandono frío que hizo de su patria agonizante, para ir á buscar en los campos de batalla, con

un ejército que consideraba suyo á la manera de un *condottiere* italiano, la gloria militar que ambicionaba. No, no es posible sostener que la adhesión de San Martín á Rosas venía de su americanismo exaltado y de su temor ó su odio al extranjero. El extranjero, para él, había sido el español, el *godo*, y precisamente la única legión de extranjeros que combatía por Rosas era el cuerpo de 600 españoles que, á las órdenes de Oribe, estrechaba el sitio de Montevideo. Lo que había en el fondo era un odio, sí, pero contra los hombres del congreso de 1826, contra los *unitarios*, que al pasar San Martín delante de Buenos-Aires, no pudieron olvidar que á su desobediencia y al indiferentismo con que miró las angustias de su patria, bajo pretexto de no manchar sus laureles en las luchas civiles, debimos los horrores del año XX. Los unitarios pudieron equivocarse y la historia empieza ya á juzgar severamente los errores de los más preclaros de entre ellos; pero la pureza de intención de los que elevaron á Rivadavia á la presidencia, será siempre un título de respeto para todas las generaciones de argentinos.

Nada encuentro más digno de veneración que la figura y la acción de los hombres civiles de la lucha por la independencia, nada más noble y grande que el valor, la perseverancia inteligente, la serena tenacidad de Pueyrredón. ¿ La vida de campaña, la batalla, la victoria, la entrada triunfal en las ciudades conquistadas, no es acaso un sueño vivido para un militar? ¡ Para ellos, á quienes el mundo dió todo lo que el hombre puede aspirar sobre la tierra, las estatuas, las tumbas regias, los honores póstumos! ¡ Para el patriota abnegado que luchó, con el santo amor de la patria en el alma, en medio de la accechanza, del odio, de la división y de la discordia, sacando de la miseria recursos para armar ejércitos, con la Europa entera coaligada contra su país, con Artigas en las selvas, los portugueses en Montevideo y Morillo en el horizonte, para él, para Pueyrredón, el olvido y la ingratitud nacional! ¡ No sé donde está su tumba!

Fuera de las páginas consagradas á su acción colosal en los trabajos históricos de López y Mitre, no hay un libro en nuestra literatura sobre el Directorio de Pueyrredón. Y sin embargo, ¿qué vida más preciosa y qué tema más simpático puede encontrar la pluma de un escritor argentino? Las estatuas han empezado á levantarse sobre nuestro suelo, símbolos vivos de la gratitud nacional. No sé que exista ni un busto de Pueyrredón. Nuestros partidos de campaña, nuestros departamentos lejanos, van recibiendo el nombre de los hombres secundarios de la revolución ó las luchas civiles. Á Pueyrredón también se le asignó el suyo, pero como si fuera por un propósito premeditado ó de olvido, nadie llama al partido Pueyrredón, sino Mar del Plata. Por fin, en la misma ciudad de Buenos Aires, donde existe una plaza *Lorea*, pero no un habitante que pueda decir quién fué ese ciudadano así glorificado, donde dos de las calles principales se llaman de *Buen Orden* y la *Piedad*, existe sólo una callejuela, creo que es la más corta de todas, para conmemorar la memoria del gran Director Supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Hago un llamado á la juventud argentina y le entrego esa obra de reparación. Si ella estudia esa vida, su entusiasmo por aquella nobleza de alma, esa altura y esa distinción intelectual, ese valor moral incomparable, lo llevará á realizar lo que nosotros debimos hacer y no hemos hecho, y pronto la soberbia figura de Pueyrredón se levantará en una de nuestras plazas, para orgullo de nuestros ojos.

VI

«Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, refiere Sarmiento, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza: la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del Gobierno de Chile y el *Facundo*; tengo fe en este libro.

Llego, pues, á París y pruebo la segunda llave. ¡Nada! Ni para atrás, ni para adelante; no hace á ningún ojo. La desgracia había querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho de Valparaíso. Tenía yo uno, pero ¿cómo deshacerme de él? Cómo darlo á todos los diarios; á todas las revistas á un tiempo? Yo quería decir á cada escritor que encontraba : *anch'io!* Pero mi libro estaba en mal español y el español es una lengua desconocida en París, donde creen los sabios que sólo se hablaba en tiempo de Lope de Vega ó Calderón; después ha degenerado en dialecto inmanejable para las ideas; tengo, pues, que gastar cien francos para que algun orientalista me traduzca alguna parte. »

Aquí empieza para Sarmiento la azarosa tribulación del autor novel que con su manuscrito debajo del brazo se presenta á los dispensadores de la gloria. Por consejo de un amigo, ve á M. Buloz, el *tuerto* director de la *Revista de Ambos Mundos* y de la Ópera Cómica, el hombre sobre quien se ejercitaba con más furia la acerba crítica de los escritores franceses, pero cuya perseverancia creó la revista tipo, que durante tan largos años ha mantenido su incontrastable autoridad sobre el mundo civilizado, hasta que, muerto el cíclope, y refractaria á la penetración de las nuevas corrientes que debían refrescar y vivificar su sangre, vió crecer á su lado émulas que en otro tiempo habría despreciado y que le toman una buena parte de su sitio al sol.

Nuestro pobreamericano, consciente del valor de su trabajo, vuelve todas las semanas á conocer el destino que le espera. ¡Nada! No se ha leído aún: hasta el otro jueves. Sarmiento persiste, porque quiere conocer á los hombres de letras y desea ser introducido por su *Facundo*, para que le traten de igual á igual. Por fin, un día, día radiante para él, «las puertas de la redacción se me abren de par en par. ¡Qué transformación! M. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce y respetuosamente, el otro que no mira, pero que pestañea y agasaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, me introduce, me presenta á cuatro redactores que esperan

para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del manuscrito . . . (una reverencia) . . . el americano . . . (una reverencia), el estadista, el historiador . . . me saludan, me hacen reverencias. Se habla del libro. Hay un redactor encargado del *Compte-rendu* de los libros españoles, que quiere ver la obra entera para estudiar el asunto. M. Buloz me suplica que me encargue de la redacción de los artículos sobre la América. La *Revista* ha faltado á su título de *Ambos Mundos*, por falta de hombres competentes; podemos arreglarnos. Desgraciadamente, el artículo sobre mi libro no puede aparecer sino en dos meses. Están tomadas las columnas para muchos más; pero se hará un alteración».

Contento con esa recepción y esa esperanza (el artículo de la *Revista* apareció (1) cuando Sarmiento estaba en Barcelona, donde tanto por cartas de introducción como por el éxito de su trabajo,

(1) He tenido la curiosidad de leer el artículo que la *Revista de Ambos Mundos* dedicó al *Facundo*. Está en el número del 15 de noviembre de 1846, bajo el título *De l'Américanisme et des républiques du Sud — La société argentine. Quiroga et Rosas*. Luego el título completo del libro de Sarmiento y el de un folleto, *Cuestiones americanas*, del mismo. Es un buen trabajo de M. Charles de Mazade, un análisis completo de *Civilización y Barbarie*. Se ve que el crítico ha aprendido el asunto en el libro que analiza y que ha leído con conciencia — Las *Cuestiones americanas* le han ayudado mucho para darse cuenta del estado de los países del Plata, que á la verdad no debía ser muy fácil de entender para un francés de 1846. Hablando de Montevideo, dice M. de Mazade: «se ha comparado Montevideo á Coblenz; Coblenz si se quiere, pero es allí que se refugió la inteligencia argentina». Sobre el libro, escribe: «obra nueva y llena de atractivo, instructiva como la historia, interesante como una novela, brillante de imágenes y de color».

«El libro del Sr. Sarmiento, agrega, es una de las obras excepcionales de la nueva América, en el que brilla alguna originalidad; es un estudio hecho sobre lo vivo, enérgico, profundo, de todos los fenómenos de la sociedad americana y particularmente de la sociedad argentina. El esplendor del estilo está á la altura del vigor del pensamiento».

«El *americanismo*, dico más adelante, representa la holgazanería, la indisciplina, la pereza, la puerilidad salvaje, todas las inclinaciones estacionarias, todas las pasiones hostiles á la civilización, la ignorancia, la degeneración física de las razas, así como su corrupción moral... Obligando á las potencias europeas á emplear las armas contra él, el *americanismo* ha puesto en claro un hecho que resume las relaciones de ambos mundos: es que la Europa se verá fatalmente empujada á hacer la conquista material de la América, si no hace pacíficamente su conquista moral.»

El segundo término del vaticinio se va cumpliendo, pero ¡cuán lentamente!

M. de Lesseps, el futuro hombre de Suez, cónsul de Francia entonces, le recibió muy cordialmente), animado ya, pues, Sarmiento ve á algunas notabilidades de las letras, á Ledru-Rollin, en casa de San Martín, de quien es vecino, á Jules Janin, en su escritorio, saliendo encantado de su trato familiar. Penetra en el salón de madame Tastu, « donde puede entrar la mano muy adentro en las llagas de la Francia ». Allí ve á Cormenin, á Tissot, el diarista formidable que tanto contribuyó á dar en tierra con los Borbones. Por fin, sus estudios sobre educación primaria le ponen en contacto con sabios y hombres profesionales.

Sarmiento, que viene de un mundo semi-bárbaro aún, donde los restos de aquella civilidad estrecha y acompasada de la colonia se han refugiado en un núcleo social bien restringido, mientras la masa del pueblo, sumida en la anarquía parece retrogradar al salvajismo, queda encantado ante la cultura de ese pueblo francés, que lleva de frente los más arduos trabajos de la inteligencia, las más delicadas creaciones del arte, sin decaer un punto en su virilidad ni en la energía con que defiende su patrimonio histórico...

Los bailes públicos de París, mucho más en voga entonces que medio siglo más tarde, pues la democracia ha penetrado hasta ellos y hoy se confunden allí no sólo todas las clases sociales, sino también todos los gremios, entretenían á Sarmiento lo que no es decible. Se asoma á ellos, dice, de vez en cuando, « para curarme del mal de la patria, que me incomoda. No tengo ni gusto ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio á otros. ¡ Ah! si tuviera cuarenta mil pesos nada más ¡ qué año me daba en París! ¡ Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez! Pero soy *sage* y me contento con mirar, en lugar de *pilquinear*, como hacen otros ».

¿ Cómo es eso? ¿ No *pilquineamos* porque no nos gusta ó porque no tenemos cuarenta mil pesos? Tengo para mí que la segunda razón ha de haber influido más que la primera en la *sagesse* de Sarmiento, á estar á la complacencia con que describe el baile del

Ranelagh, donde ha visto á Balzac, Jorge Sand y otras notabilidades literarias; el *Chateau-Rouge*, como iluminación, le fascina; *Mabille*, que ostenta las bailarinas más afamadas, la *Chaumière*, el edén del barrio latino, y á estar también al estilo inflamado con que describe las proezas coreográficas de la *Rigolette*, precursora ancestral de *Grille d'Égout* y la *Goulue*.

El *Hipódromo* le inspira una brillante descripción. En fin, va á todas partes, mira, observa, se mueve y va haciendo piel nueva dentro de esta atmósfera, sin acción para aquellos que han nacido refractarios á todo progreso interno, pero incomparable para acelerar el desenvolvimiento de todo germen de luz que brille vacilante en el fondo de una conciencia humana.

Sarmiento se pone en camino para España y en las duras é implacables páginas que consagra á la madre patria, y cuyo estudio sale de este cuadro, parece dar la pauta á Buckle para su inexorable juicio. La Italia le atrae en seguida « para educarme y poder hablar de bellas artes ». Promete volver á París después de estas correrías, pero sus cartas de viaje no mencionan una nueva permanencia en la capital francesa. Del otro lado del mar le esperan los Estados Unidos, cuya admirable naturaleza describe con la misma pluma que trazó en el *Facundo* el cuadro inmortal de nuestra tierra. En aquel mundo nuevo desaparece el viajero de espíritu curioso; cuando Sarmiento abandone la patria de Washington, será el hombre de Estado llamado á tan altos destinos...

Bajo la impresión de mi respeto profundo por la memoria de ese hombre extraordinario y del afecto que siempre me inspiró, he querido recorrer de nuevo los sitios que él visitó en París. En el andar vertiginoso de nuestro siglo, cincuenta años son un espacio enorme. Todo ha cambiado en la faz del mundo, incluso la patria que Sarmiento amó con toda su alma y á la que consagró, con admirable esfuerzo de cerebro y corazón, su larga y soberbia vida...

MIGUEL CANÉ.

INACCIÓN Y EJERCICIO

I

La República Argentina se preocupa mucho del cultivo de la inteligencia de sus habitantes. Los palacios que más hermocean su capital, y las principales ciudades de las provincias, son monumentos levantados por ella á la instrucción primaria. Están llenos de niños que van á adquirir las primeras nociones del saber humano; á que se les encienda en la frente la luz que ha de disipar las nieblas naturales de la ignorancia.

Al ver la obra realizada en esta clase de instrucción, se siente deseo de evocar con gratitud las sombras de Sarmiento y de Zorrilla, que descansan en la eternidad; de estrechar la mano á Carlos Guido Spano, á José María Gutiérrez y á sus inteligentes colaboradores, por lo que hicieron ya y continúan haciendo en favor de la educación primaria nacional.

La instrucción secundaria, aunque no tan lujosamente instalada, cuenta con numerosos Colegios nacionales, con los colegios incorporados á ellos, y los institutos libres, que también están repletos de jóvenes que profundizan los conocimientos adquiridos en las escuelas. En estos colegios el cultivo de la inteligencia empieza á for-

zarse demasiado. El cerebro de los jóvenes, incompletamente desarrollado, es casi torturado para saturarlo con el vasto saber que exigen los tremendos programas de los cursos secundarios. Se estudia mucho en los Colegios nacionales, y tanto, que en el último mes del año los alumnos presentan todos los signos del sistema nervioso muy fatigado, y á veces enfermo, por los esfuerzos intelectuales exagerados, las vigiliias, los insomnios, y las emociones profundamente depresivas de los exámenes anuales, que suelen ser excesiva y hasta cruelmente rigurosos.

La instrucción superior tiene dos grandes universidades: la de Buenos Aires y la de Córdoba, con sus Facultades bien organizadas, con cátedras numerosas. Allí los jóvenes tienen generalmente que estudiar más que en los Colegios nacionales, y mucho más que si siguieran los cursos de las universidades más afamadas de la Europa y la América. En las universidades extranjeras el estudio de muchas materias especiales es voluntario y facultativo; en las nuestras, por el contrario, es obligatorio; hay que saberlo todo.

Las escuelas normales de profesores y de maestros, las escuelas de comercio, etc., muy concurridas también, son instituciones de la mayor utilidad, donde se hace trabajar mucho al cerebro, para ponerlo en condiciones de dirigir la enseñanza de las nuevas generaciones, ó de tomar parte en el mundo de los negocios y la fortuna.

Los éxitos notables obtenidos en el ejercicio de las profesiones científicas y literarias, así como la vasta enseñanza de las escuelas, los colegios y las universidades; las frecuentes sesiones de las sociedades que se ocupan de letras y de ciencias; todo lo que se imprime, y que se lee, demuestran que se ejercita bastante, si no en demasía, las facultades intelectuales de los argentinos.

Esta observación no daría lugar á ninguna crítica, y hasta podría ser motivo de nuestro legítimo orgullo, si este afán de perfeccionar el pensamiento y el cerebro fuese acompañado de algun conato oficial para perfeccionar también las otras funciones y los otros

órganos del cuerpo. Mas no sucede así; para estas funciones y estos órganos, aunque sean esenciales á la vida y á la conservación del alto puesto que el hombre y la humanidad ocupan en nuestro mundo, no hay palacios suntuosos, ni Consejos superiores, ni cátedras, ni signo alguno de preocupación administrativa. La deficiente gimnasia que se hace en las escuelas, la creación de los institutos gímnicos que nunca pasaron de una inspiración bien intencionada, los ejercicios doctrinales de la guardia nacional, y la salida á campaña de los jóvenes de veinte años, no contradicen esta desconsoladora afirmación. ¡Si ni siquiera se fomenta la hermosa institución del Club de Gimnasia y Esgrima, que tanto lo merece!

Pues qué ¿el cuerpo humano está formado sólo por la cabeza? ¿El tronco y los miembros son partes poco importantes? ¿En el interior del pecho no late acaso el corazón, cuyo ritmo normal debe ser objeto de solícita atención para evitar la irregularidad de sus movimientos, los excesos de sus latidos, ó sus desfallecimientos? ¿No se encuentran allí los pulmones, que necesitan expandirse ampliamente, para llenarse del oxígeno que ha de llevar sus propiedades vivificantes y tónicas á todos los elementos celulares del cuerpo, á las células delicadísimas de ese mismo cerebro, que se hace funcionar tanto en las universidades, en los colegios y en las capas superiores de las sociedades modernas?

Merece también alguna consideración la voluminosa masa muscular donde reside el vigor y la fuerza, y entre esa masa, la parte que tiene más especialmente á su cargo la habilidad y la destreza. La admirable musculatura de la mano humana, y sobre todo la del dedo pulgar, que caracteriza tan bien ese maravilloso instrumento natural, debe ser cuidada, fortalecida y adiestrada para que conserve las perfecciones de su organización. No debe olvidarse que á ella, casi á la par del cerebro, la humanidad le debe sus más grandes progresos.

Sin una mano hábil, con sólo pensar, no se pintan esos cuadros que reflejan en la tela las bellezas de la naturaleza, ni se arrebatá á

los auditorios con las vibraciones armoniosas de los instrumentos de la música, ni se dan al mármol y al bronce las formas inmortalizadas por los escultores. El pensamiento sólo no basta para arrancar á la tierra sus riquezas inagotables, para construir, y poner en movimiento esas máquinas ingeniosas que nos alimentan y nos abrigan, que nos transportan á todas partes en la tierra y en los mares, y muy pronto nos darán el dominio de los aires; que llevan al mismo pensamiento, con velocidades de relámpago, hasta los confines del mundo civilizado.

Cuando se reflexiona en todas las ventajas que habían de obtenerse con un impulso vigoroso que se diera á la educación física, la indiferencia oficial, á este respecto, duele más. Naturalmente que habría que moderar proporcionalmente los impulsos exagerados que se ha dado á la educación intelectual, porque las fuerzas de la máquina humana no son ilimitadas, y no podría exigírsele, á un mismo tiempo, sin inutilizarla, un trabajo intelectual y físico cuya suma total fuera superior á su capacidad.

La preocupación exclusiva de cultivar la inteligencia no es un error argentino; es un error de la humanidad civilizada, que no festeja más triunfos que los de la inteligencia; que permanece indiferente ante la grandeza de los triunfos de la fuerza humana. La *fuerza bruta* sólo merece el desprecio de los que viven de la inteligencia, tiranizados de todas maneras por los productos numerosos y variados de la imprenta.

El cultivo insistente y exclusivo de la inteligencia es tan poco razonable como lo sería la preocupación exclusiva de querer digerir bien, de perfeccionar el modo de respirar, de hacer circular la sangre más ó menos ligero, ó de ejercitar sólo los músculos. Los defectuosos procedimientos de nuestra educación oficial pueden ser gravemente perjudiciales para la salud y la felicidad de los individuos, para la estabilidad social; y debilitándose nuestra raza, lo que lógicamente sucedería al fin, hasta podrían llegar á poner en peligro la autonomía y la independencia de los que habitan este hermoso

pedazo de la América, que está limitado por las fronteras de la patria. ¡Que no suceda jamás!

Es tiempo ya de meditar en este abandono casi total de la educación física en la República Argentina. Que se piense en ello, en los Consejos superiores de la instrucción pública, en el ministerio correspondiente, y en el Congreso de la Nación, que es de donde pueden salir las reformas más poderosas. Mas no debe esperarse todo de las autoridades; es necesario que éstas encuentren en las costumbres y en las aspiraciones sociales la base de esas reformas tan urgentemente reclamadas por el patriotismo y por la higiene.

El pueblo argentino, como la mayor parte de los pueblos muy civilizados, no muestra mucha afición por los ejercicios de fuerza. Es realmente una lástima que no imite al fuerte y robusto pueblo inglés, cuyo excelente método de educación no ha sido igualado aún por el de ningún otro país de la tierra.

Los colegios y las universidades inglesas no se detienen ante el costo de las instalaciones de los juegos en que, solas ó combinadas, tienen que intervenir la agilidad, la destreza y la fuerza. En cuanto á los jóvenes, educados de esa manera, no pierden jamás la afición por los ejercicios físicos, adquirida desde la infancia, juntamente con el conocimiento de las primeras letras. Y cuando ya son hombres y emigran de su país, suele llamar la atención verles llevar, entre las prendas más apreciadas de su equipaje, los elementos transportables de sus juegos varoniles.

Hagamos constar con viva satisfacción que, en estos últimos tiempos, la patinación entre las señoritas, y el ciclismo entre los hombres, se han propagado mucho; que parece que la afición por esos excelentes ejercicios no cunde como una moda pasajera, y que si ella sigue en las mismas proporciones, no se han de hacer esperar sus efectos benéficos sobre el vigor, la fuerza y la salud de una parte numerosa de la sociedad argentina.

Para demostrar mejor la importancia de los ejercicios físicos, estudiaremos las consecuencias antagónicas de la inacción y del tra-

bajo muscular, en dos capítulos. Resultarán dos cuadros dibujados rápidamente, ya que no es posible abusar de la hospitalidad amablemente acordada á los redactores de esta Revista.

El primer cuadro será sombrío, sin luz. Destinado á la vida sedentaria y á la inmovilidad, ha de verse resaltantes, con tintes oscuros, sus peores consecuencias: los grandes sufrimientos de las personas que por no poner suficientemente sus músculos en acción, han perdido la salud y están para perder la vida; sus tristezas infinitas cuando llegan á descubrir en su cuerpo los signos inequívocos de la mala nutrición, de la decadencia física, de la vejez prematura; su profunda humillación cuando descubren en su fuero interno debilidades y flaquezas increíbles, la incapacidad de ponerse al frente de cualquier empresa que requiera iniciativa, energía y fuerza de voluntad.

En este cuadro ha de verse quiénes son los que se dirigen á este estado de decadencia física y moral, y los rumbos que siguen para caer en él. En primer término, figurarán las víctimas de muchas clases de dolores, los que viven con el médico á la cabecera de la cama, engullendo á hora fija los productos variados de la farmacia, sufriendo en sus carnes doloridas la acción quemante de los cáusticos, de los metales enrojados por el fuego ó la electricidad. En seguida aparecerán los que se lo pasan en estado de digestión permanente, engordando, durmiéndose, soñando con placeres que la sensibilidad embotada de sus nervios no les permite disfrutar; é indiferentes á todo lo bello y lo bueno, que la niebla espesa de su egoísmo apenas les deja vislumbrar. Luego llegará el turno á los que están siempre aburridos, sumergidos en honda tristeza, haciendo sentir su acción maléfica á los demás; los que nunca salen de la penumbra de los descontentos, desde la cual, su extraño vicio de la refracción les hace ver, con más agrandados contornos, lo malo y lo feo de las acciones ajenas. Estos últimos se quejan de todos y de todo; de los que los mandan, como de aquellos que tienen la desgracia de obedecerles; del país y sus instituciones; del frío y del

calor; de la seca y la lluvia; del sol demasiado fuerte y de los nubarrones que encapotan el cielo. Son las víctimas de los recuerdos del pasado, de las incertidumbres del presente y de los males que podrían amenazarles en el porvenir. Serán dignos de lástima, sin duda; pero más lo son los que tienen que alternar con ellos, en la casa, en la calle y en la sociedad.

Al segundo cuadro, por el contrario, destinado á los efectos benéficos de los ejercicios físicos no le ha de faltar la luz, porque ha de ser iluminado por la franca alegría de las personas que dedican una parte del día, aunque sea corta, á esos ejercicios higiénicos y saludables. El dolor raras veces clava su aguijón en sus carnes sanas, y no hay peligro de que lleguen á entristecerse por haberse notado algún signo revelador de la decadencia física; difícilmente lo presentará su cuerpo, bien desarrollado y fuerte, porque la grande actividad de sus funciones orgánicas ahuyenta hasta la decadencia que es natural y propia de los progresos avanzados de la edad. En este cuadro tendrá su colocación la gente muy sana del cuerpo y del espíritu; los que no se quejan nunca porque saben resistir las molestias y los sufrimientos; los que se sienten capaces de muchas generosidades y sacrificios. Á pesar de su buena vista, los que figuran aquí, poco ven los defectos de los demás, y por consiguiente pueden mirar al prójimo sin tener el ceño adusto y fruncido. Después de haber descansado de sus ejercicios están en la mejor aptitud para trabajar, y hasta para detenerse á admirar las bellezas de la naturaleza, las del arte y del ingenio. Su ánimo está en una disposición tal que los errores de los que gobiernan no los impresionan demasiado, y que se les importa muy poco de muchas cosas que podrían molestarlos, incluso las vicisitudes atmosféricas.

II

Se podría asustar á mucha gente, á la que no hace bastante ejercicio, mostrándole, reunidos en pocas páginas, los serios y graves peligros de la inacción.

Empecemos por uno de los peligros que alarman menos, como son las perturbaciones de la digestión, cuya causa principal es la falta de energía de las contracciones musculares del estómago y los intestinos.

Las leyes de la mecánica gastro-intestinal cesan de cumplirse por la ausencia de la fuerza necesaria para repartir convenientemente el movimiento progresivo en ese gran aparato de la vida vegetativa. De ahí resulta la pesadez molesta del estómago, el apetito irregular y caprichoso, los flatos importunos, los cólicos, las nauseas, las regurgitaciones repugnantes, y la irregularidad, ó la ausencia de las evacuaciones espontáneas terminales de la digestión.

Estos desórdenes de la motilidad visceral serían tal vez soportables si no repercutieran en tantos órganos, situados fuera del área digestiva; en el cerebro, asiento de las hermosas facultades del espíritu; en la médula espinal con sus fibras trasmisoras de la sensibilidad y del movimiento, y sus centros de recepción impresiva y reflexión motriz; en los nervios periféricos; en los órganos de los sentidos; en las glándulas con sus millones de cavidades tapizadas de epitelios, en los pulmones y en el corazón.

Del cerebro, impotente para el trabajo intelectual, sólo salen pensamientos tristes, ó malos pensamientos inspirados por la irascibilidad bien conocida de los dispépticos. De la médula espinal, se diría que su principal misión es la de transmitir impresiones molestas y dolorosas, movimientos malhumorados y bruscos. De los nervios, que sólo sirvieran para ostentar la impotencia de las parálisis ó hacer sentir el dolor agudo de las neuralgias. Á los órganos

de los sentidos incumbe hacer percibir la luz intensa que lastima, el ruido que incomoda, la aspereza, ó las puntas del objeto que se toca, los olores y los sabores más desagradables. Los productos de las secreciones, en donde pululan los micro-organismos que los transforman en sustancias acres, irritantes y tóxicas, obstruyen los orificios de las glándulas, interrumpiendo su labor invisible. Se tienen accesos de tos, y de sofocación. En fin, una lista interminable de molestias, de sufrimientos y de dolores, que se distribuyen por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, que tienen por asiento todos los órganos y perturban todas las funciones fisiológicas de la nutrición, de la vida de relación, y hasta las que presiden á la conservación de la especie.

El peligro de engordar es otra consecuencia de la inacción, que no asusta mucho.

Por cierto que á los gordos de la actualidad los tendrá sin gran cuidado el profundo desprecio que los antiguos griegos y romanos tenían por los górdos de su tiempo. Es posible que á muchos gordos contemporáneos, y que han pisado ya los umbrales de la edad madura, no les parezca mal tener las formas redondeadas, el cutis tenso, sin las arrugas que avenjentan el rostro de los compañeros de su infancia; que les guste comer mucho y bien, y estarse largas horas del día cómoda y tranquilamente recostados, disfrutando de los placeres de la ociosidad, que seguramente los tiene. Pero cuando la gordura aumenta y la regularidad de las formas desaparece por los abultamientos de la cara, del cuello y del abdomen; cuando los placeres de la mesa son ahuyentados por el temor de las indigestiones, y los de la quietud por las pesadillas y el insomnio; cuando se empieza á sentir la invasión de esa pereza invencible, de esa pesadez abrumadora que hace mirar con horror cualquier trabajo, los viajes y hasta los más agradables paseos; cuando el ejercicio de la profesión es un suplicio, porque cualquier esfuerzo da sensaciones de ahogo, que se explican por el aumento en la sangre y en los tejidos de los productos excesivos de la combustión de la grasa, y también por la acu-

mulación de esta en los mediastinos, donde disputa el espacio á los pulmones y al corazón ; por último, cuando los ruidos de los oídos ensordecen, aturden y hasta dan vértigos. Entonces la gordura empieza á asustar, pero no tanto como debiera, pues ya es tan funesta como las peores enfermedades. Funesta por sí sola, ó ayudada por éstas, pues la obesidad no permite que el organismo despliegue sus resistencias naturales contra las causas mórbidas que lo asedian, ni siquiera ante las que producen las enfermedades menos devastadoras de la especie humana.

Los obesos tienen poca salud, y su vida está de diversos modos amenazada. No es necesario detenerse á consultar las cifras de las estadísticas modernas para afirmarlo. La observación secular ha demostrado hace tiempo que pocos gordos llegan á una edad avanzada.

Los reumatismos crónicos y la gota ocupan un peldaño más alto en la escala de los temores que inspiran los peligros de la inacción.

Estas enfermedades hacen crugir las articulaciones, las hinchan y las deforman. La destrucción de las superficies articulares limita sus movimientos, y la anquilosis, que suele ser una terminación feliz, las inmoviliza para siempre. Durante los ataques de ciertas formas del reumatismo y de la gota los dolores son agudos, intolerables y terribles.

¡ Quién sabe si los que se encuentran en cama lanzando ayes lastimeros se consolarán, como el gran médico Sydenham, al pensar que muchos hombres ilustres han muerto de la gota, y que ésta hiere especialmente á los hombres de talento! Los efectos benéficos de esta idea consoladora podrán sentirse tal vez en los intervalos de los ataques, una vez que todos sus rastros hayan desaparecido; pero no mientras el dolor se siente fuerte, compresivo y desgarrador; ni tampoco cuando después de los ataques, en los períodos de calma, se tiene que vivir sentado, en un sillón, ó caminar cojeando, encorvados y encogidos, con andadura de inválidos.

Las lesiones irreparables de las articulaciones, los dolores que

vuelven con frecuencia, la extremada sensibilidad á las variaciones atmosféricas amargan la vida de los gotosos y los reumáticos, pero no la acortan. Esta fúnebre tarea está reservada á las complicaciones viscerales, especialmente las del cerebro, de los riñones y del corazón.

No es posible pensar en las afecciones dolorosas, dependientes de la inactividad muscular, sin que se presente á la imaginación el cuadro imponente del ataque de las afecciones calculosas.

Poco importa que el punto de partida sea el riñón, ó el hígado. El elemento esencial dominante, es siempre el mismo : un dolor atroz, terebrante y desgarrador que se exagera á medida que el cálculo avanza en las vías estrechas que distiende y desgarrá á su paso. Hay fenómenos de oclusión y de estrangulación de tal intensidad, acompañados de tanta agitación y ansiedad, de tanta prostración orgánica, que se siente la proximidad de la muerte, á la cual no se teme en verdad; más bien se desea, se llama á gritos para que venga de una vez, más pronto que la morfina y el cloroformo, á poner término al espantoso, al horrible dolor.

¡ Feliz el enfermo si su ataque no se repite! ¡ Feliz él, si avisado á tiempo por la expulsión de la primera piedra, puede cambiar su sistema de vida sedentario por otro de suficiente actividad, que mantenga sus excreciones en estado de fluidez! Tendrá entonces probabilidades de librarse de la fatal tendencia á la formación de los cálculos, de que se alojen en los órganos y se agranden, hasta el punto que sólo en los procedimientos de la cirugía pueda cifrar la última esperanza.

Hace muy poco tiempo que la experimentación ha demostrado el papel importante que desempeñan el sistema nervioso, el hígado y el páncreas en la glicogenia animal; pero no está equivocada la observación clínica de un siglo al atribuir principalmente á la vida sedentaria la producción de numerosos casos de esa curiosa enfermedad que se llama *diabetes*. Desgraciadamente, no puede atribuirse siempre esta enfermedad á ese factor de la mala nutrición

orgánica. Hay casos que escapan á su influencia causal; pero los más, los que escapan á esa influencia, pueden ser evitados, ó dominados, por el poderoso modificador higiénico constituido por el ejercicio corporal.

Sin pecar de minuciosos, podemos agregar á la lista de los males causados por la falta de ejercicio algunas formas de la jaqueca y del asma.

La primera, la jaqueca, con su dolor violento en las inmediaciones de una de las órbitas, que aumenta de hora en hora, que se exaspera á cada latido del corazón, á cada acceso de tos, á propósito del menor esfuerzo, de la más leve inclinación de la cabeza, que obliga á los enfermos á buscar el alivio en el silencio y la obscuridad de los rincones más apartados de la casa.

La segunda, el asma, que se anuncia por una sensación de vacío, de falta de aire, de ahogo y de sofocación. Es inútil que, en su desesperación, el enfermo se precipite á abrir, de par en par, las puertas y las ventanas de su habitación. El aire entrará á la pieza á torrentes, mas no á los pulmones, á pesar de los esfuerzos violentos de la inspiración; y el aire que llegue á penetrar á viva fuerza, saldrá difícilmente del pecho, aunque se pongan en juego todos los músculos auxiliares de la respiración. Esta situación angustiada se pinta en la cara del enfermo con el tinte azul de la piel y las mucosas, surcadas por las vetas negras de las venas superficiales; y se prolongará hasta que la sed de aire sea menos imperiosa, ó se extinga, lo que marca el fin del ataque.

El asma ó la jaqueca repetirán esos ataques con más ó menos frecuencia; dejarán, en pos de sí, leves ó muy graves consecuencias; pero no se puede desconocer que, aun en las mejores circunstancias, una y otra hacen pasar á sus víctimas por muy tristes momentos.

Pero es tiempo ya de terminar esta revista patológica y de confiar toda esta gente enfermía á sus médicos para que defiendan su vida, y busquen su salud en los recursos combinados de la medicina, de

la farmacia y de la higiene. Apresuremos el momento de dirigir la vista á otra parte, hacia las personas á quienes la falta de ejercicio no ha causado tantos estragos en su organismo. ¡Pero cuán difícil será abandonar del todo los dominios de la patología! Los desórdenes de la nutrición, que observaremos aquí, conducen tan rápidamente á aquellos tristes dominios, que al fin no se sabe bien si todas las personas examinadas están sanas, ó si la revista patológica ha de continuar por falta de líneas de transición.

Hay una edad en la vida, la juventud, que es la edad de todas las actividades. Se creería, pues, que es difícil tener la ocasión de observar en ella los efectos de la inacción; pero desgraciadamente no es así.

Muchos son los jóvenes que descuellan por su fuerza, y el desarrollo de su sistema muscular; pero muchos también, y ojalá no sean los más, tienen un sistema muscular muy pobre, y muestran muy poca afición á desarrollarlo, preparándose á ser débiles y valetudinarios en la edad adulta, incómodos y decrepitos en la vejez.

La debilidad de los músculos de la columna vertebral no permite que ésta se conserve derecha: se inclina adelante ó á los lados. Si la inclinación lateral no es más visible es por el artificio de los sastres, que igualan la altura de los hombros con almohadillas de distinto espesor. La asimetría resultante de estas incurvaciones laterales, así como la joroba, que resulta de la inclinación hacia adelante, se acentuarán en la edad madura para llegar á ser una deformación en los últimos años de la vida.

El poco desarrollo de los músculos del pecho limita muchísimo los movimientos respiratorios. La expansión de las vesículas pulmonares resulta entonces insuficiente para ventilar sus cavidades con las corrientes purificadoras del oxígeno, para expulsar el aire respirado ya. Á los inconvenientes de la poca respiración sobre la nutrición general, se agrega el de la preparación, en ese aire confinado del pulmón, de un medio ambiente muy favorable para la evo-

lución de muchas bacterias enemigas del hombre, especialmente los bacilos de la tuberculosis.

El pecho sumido y los hombros levantados, á consecuencia del poco vigor de los músculos respiratorios, dan por resultado la disminución de la cavidad del tórax, hasta el punto de dificultar el funcionamiento del corazón, en ese espacio demasiado estrecho para él. Las palpitaciones del corazón de los adolescentes y los jóvenes, que se producen en esas circunstancias, son manifestaciones de una hipertrofia pasajera casi siempre; pero más de una vez podrán dejar en pos de sí un vicio orgánico irremediable del corazón.

La pobreza de los músculos de los brazos y las piernas reducen á la ejecución de los pocos movimientos indispensables la utilidad de esas poderosas palancas de la locomoción y el trabajo. Ella será la causa de que se ponga en ridículo, por su impotencia, el joven que quiera emprender algún trabajo, hacer una larga caminata, saltar un foso, montar un caballo brioso, etc.; de que no sea capaz de librarse solo, ó de librar á alguno de sus semejantes, de un accidente imprevisto por medio de un esfuerzo oportuno y vigoroso de sus músculos y su voluntad.

En muchos adultos la falta de ejercicio se manifiesta ostensiblemente por el andar pesado, el aire de gravedad impuesto, no tanto por las exigencias de la edad seria y las conveniencias sociales, como por la blandura de las carnes fofas, el talle grueso y el abdomen abultado por la grasa acumulada en las paredes del vientre y en los epiploones. Estas personas no pueden acelerar sus movimientos lentos y acompasados, ni modificar el ritmo solemne de sus pasos sin cansarse. ¡Y esto sucede precisamente cuando se tienen aptitudes para soportar todas las fatigas: cuando el cuerpo debiera conservar su agilidad y esbeltez, cuando el hombre dispone de toda su fuerza muscular, en el vigor de la edad!

No es necesario ser adivino, ni interrogar á esos señores, para conocer el por qué de su aspecto importante: comen mucho y trabajan poco. Muchos de ellos no figuran entre los combatientes de la

lucha por la vida; son herederos ricos que viven de los esfuerzos de sus antepasados; son rentistas ó jubilados, á quienes el largo reposo hace perder los beneficios de la fortuna ó de la posición adquirida por sus esfuerzos de otros tiempos.

Estas personas no precisan del médico; no son enfermos todavía, pero se preparan á serlo. Están predestinados á enfermarse, en cuanto una conmoción física ó moral venga á perturbar el equilibrio poco estable de sus funciones orgánicas. Un susto, un golpe, una caída, una desgracia cualquiera, una infracción del régimen habitual serán fácilmente soportadas por un hombre fuerte, trabajador, que disfruta de una salud normal; pero no sucederá lo mismo con estos predisuestos á la adquisición de tantas enfermedades, para quienes esos mismos accidentes serán el punto de arranque de los estados mórbidos más variados, más penosos y tenaces.

¡ Y luego, cuán pronto ven llegar la vejez, con todos sus achaques! Se diría que la pereza prepara y favorece la atrofia senil.

La atrofia parcial de los músculos que debieran funcionar activamente se extiende á todos los demás, inclusive al corazón, cuyas fibras contráctiles y rojas son reemplazadas por las fibras rígidas y blancas del tejido fibroso. Se esclerosa el corazón y los vasos; los pulmones están incapaces de absorber el oxígeno suficiente; el hígado se detiene en su obra de destrucción de los venenos orgánicos; los riñones no pueden desempeñar su papel importante de depuradores de la sangre, y hasta la piel se arruga, se seca, y experimenta tales cambios en su estructura, que cesa de ser uno de los grandes órganos de la respiración y la excreción. No es, sin embargo, la causa principal. La arterio-esclerosis, lo que más llama atención en estas cosas de vejez anticipada. Lo que más preocupa á los que se ven envejecer es el color de los cabellos, que se vuelven blancos; por eso es que en lugar de oponerse á la invasión del proceso senil con la actividad, el ejercicio, y una vida higiénica se acude á las tinturas, que devuelven al cabello su color casi natural. El procedimiento es más sencillo, y sería recomendable, si

se pudiese generalizar á todos los órganos, que envejecen; si se hubieran inventado afeites para rejuvenecer y volver á su estado primitivo á los pulmones, al corazón, á los riñones y al hígado. El sabio profesor Arata nada nos dice de ellos en su interesante y muy completo artículo sobre los cosméticos, que ha publicado en esta revista.

BARTOLOMÉ NOVARO.

(Concluírá.)

EL SOCIALISMO Y EL DERECHO CIVIL (1)

SUMARIO : Consideraciones generales. — I. Las doctrinas socialistas y sus teóricos contemporáneos. — II. El socialismo y la propiedad. — III. El socialismo y la familia. — IV. El socialismo y la herencia. — Conclusión.

Señores :

Ya que me ha tocado clausurar en vuestro curso toda la enseñanza del derecho civil, me parece que debo corresponder á esta fortuna inmerecida dirigiendo en la última conferencia una mirada de conjunto sobre la materia, procurando indagar — aunque sea el esfuerzo tan considerable — cuáles son las transformaciones que podrían alterar en el porvenir los antiguos fundamentos en que reposa nuestra ciencia.

Habréis observado muchas veces con sorpresa, en el curso de vuestros estudios, que los principios del derecho civil permanecen todavía inalterables, mientras las otras ramas de la ciencia jurídica han sufrido en nuestro siglo revoluciones profundas. El derecho constitucional se ha renovado, puede decirse, por completo. El dogma popular ha sustituido, en toda la humanidad civilizada, al derecho divino de los reyes, y para responder á las exigencias de la

(1) Lección de clausura del Curso de Derecho Civil en la Facultad de Derecho.

nueva doctrina, la teoría y la política práctica han perfeccionado la forma representativa de gobierno que, á pesar de su antecedentes en el pasado, es una verdadera novedad de nuestros tiempos. La ciencia penal es atacada en sus mismos fundamentos por una filosofía que tiene un concepto distinto de la responsabilidad humana, que procede con diverso método y que pretende, en consecuencia, modificar las deducciones aceptadas de la vieja escuela. Y si el derecho comercial, porque es una rama desprendida del derecho civil, descansa aún sobre los mismos principios, nadie ignora que el desarrollo de las relaciones mercantiles y la facilidad inesperada para el cambio internacional de los productos, han exigido la creación de nuevos resortes y de instituciones y de prácticas que eran hasta ahora completamente desconocidas.

Mientras tanto, el que estudia el derecho civil observa que la misma filosofía preside siempre á la organización de la familia; que hay una sola teoría fundamental de las obligaciones, que en todos los códigos existen derechos reales y contratos nominados, y que los bienes de las personas se transmiten por la muerte á sus herederos que siempre son los parientes más cercanos.

Nuestra ciencia aparece, entonces, puramente tradicional. — En el conjunto de sus instituciones particulares y de sus preceptos nada se encuentra, por hoy, que pueda llamarse verdaderamente nuevo. — El soplo de ninguna extraña filosofía ha logrado alterar aún el cuadro jurídico del sabio emperador romano.

Apenas podría decirse que, bajo el régimen político inaugurado por la Revolución francesa, desaparecieron de las leyes civiles los últimos privilegios y fueron sustraídos los derechos privados á los avances del poder y á la voluntad omnimoda de los reyes; pero la reforma pertenecía propiamente á la esfera del derecho público, y esas modificaciones ligeras no importaron un cambio fundamental en los principios de la ciencia civil. Al contrario, parecía que con esas últimas conquistas el derecho privado hubiera obtenido toda la perfección posible y que el código de Napoleón sería en adelante el

modelo definitivo de la legislación civil — prescindiendo naturalmente de sus desvíos y contradicciones, porque las leyes no son, señores, mero objeto de placer artístico, y no es posible esperar que la distribución de sus preceptos se trace nunca con la armonía y la regularidad con que se dibujan los caminos de un jardín.

Sin embargo, en la época contemporánea, por la observación de los fenómenos sociales más recientes y con el oído atento á las nuevas doctrinas que han surgido en Europa y que ya se difunden por América, se puede conjeturar que la inmutabilidad del derecho civil se encuentra, por fin, amenazada. Hay ahora una teoría ó más bien muchas teorías que aspiran á suprimir las desigualdades de la sociedad moderna y que pretenden reconstruir, para lograrlo, sobre bases más justas el antiguo edificio del derecho. Si el socialismo llegase á prevalecer, en la mayor parte por lo menos de las formas concretadas hasta ahora, es indudable que las sociedades futuras tendrían que reformar totalmente la ciencia civil, y que habrían desaparecido de ella las instituciones que ahora constituyen sus fundamentos y sus pilares primordiales.

¿Qué podría, en efecto, subsistir de toda la armazón presente en las relaciones de familia, si, en vez de ser el matrimonio su base ineludible, viviesen los hombres y las mujeres en una promiscuidad confusa? Qué quedaría de la patria-potestad y de la tutela, si los padres hubieran de entregar sus hijos al Estado? Sin el dominio perpetuo y exclusivo ¿qué sería de los contratos, ni cuál derecho sobreviviría á la propiedad, que es la madre de todos los derechos? ¿Y sobre qué fundamento, en fin, se podría entonces apoyar un sistema hereditario?

Ya veis, pues, que también ahora se cierne sobre el derecho civil el peligro de una gran revolución.

Y puede ser que exista, entre su pretendida reforma y las transformaciones que han sufrido y sufren las otras ramas del derecho, una íntima relación, y que el socialismo no sea extraño á la revolución política que realizó la democracia, ni á la filosofía posi-

tivista que campea en el derecho. La síntesis no se ha hecho todavía, ni se hará probablemente, hasta que estos movimientos se hayan proyectado en el plano de la historia; pero muchos de los que han investigado las causas de los fenómenos actuales; se inclinan á creer que sea el socialismo una prosecución de la reforma democrática ó que haya surgido estimulado por las ilusiones que produce el régimen de la igualdad política.

Se olvida, me parece, al pensar así, que la igualdad de hecho, al contrario de ser un grado más que la igualdad de derecho, es su negación rotunda. Más exacto sería decir que el socialismo significa una reacción sobre las conquistas democráticas para moderar las desigualdades que han producido, como debía necesariamente suceder, la exaltación de los derechos del individuo y el desarrollo sin trabas de las aptitudes de cada uno.

Si los propagandistas de la Revolución francesa hablaron alguna vez de la igualdad de bienes, fué porque la confundieron con la igualdad de los derechos. ó, si se quiere, porque creyeron que bajo el régimen de la libertad política habrían de nivelarse todas las fortunas. Precisamente en el momento mismo en que una clase considerable — que otras llaman ahora, para distinguirla bien, el *cuarto estado*, — ha podido comprender que el nuevo sistema constitucional no la había independizado de este otro déspota, el capital, que acrecienta el régimen de la libre concurrencia, es cuando ha ensayado nuevas reivindicaciones para trastornar la sociedad ó devolver al Estado el poder formidable y tutelar de las antiguas monarquías. Y aunque es verdad que las autoridades públicas modernas tienen muy diverso origen : con todo, esta vez las muchedumbres están del lado del poder contra los defensores de la libertad individual.

Todavía si se buscara el vínculo que liga al positivismo con la reforma social, tal vez se encontraría que, mientras el uno niega el albedrío en los dominios de la especulación abstracta, la otra aspira á realizar una igualdad de hecho, sujetando el desenvolvimiento de las condiciones individuales bajo la regla común de un nivel uni-

forme. Y aún puede ser que estudiado prolijamente este rasgo de semejanza se llegara á la conclusión de que una propaganda deriva inmediatamente de la otra, ó de que ambas tendencias están aliadas para demoler esta organización moderna que se ha levantado sobre las bases de la filosofía individualista y liberal.

No es mi ánimo, sin embargo, emitir aquí una opinión ni dilucidar ahora estos problemas. Ya que he sentado los preliminares que reputaba necesarios, voy á entrar al estudio directo del asunto que he elegido para cerrar vuestras clases: un análisis, en rápidas palabras, de la doctrina socialista y de sus alcances en los dominios del derecho privado.

I

El socialismo es más bien una aspiración que una doctrina, y por eso es tan difícil determinar sus contornos con exacta precisión.

Algunos hombres de espíritu científico se han esforzado por encontrar una teoría que abarque todas las ideas y reuna á todos los seres que se confunden en la misma esperanza, pero, hasta ahora, sólo la aspiración es, en verdad, común y varían con cada secta y aun con cada escritor los procedimientos para llegar á ella y para reconstruir la sociedad en el futuro. Hoy mismo que las corporaciones obreras tienden á unificar su acción y que la guerra social parece inminente, las doctrinas carecen, sin embargo, de formas geométricas y firmes; tienen todavía los contornos irregulares é indecisos de las nubes dispersas que anuncian las tormentas.

Un diario de París, *Le Figaro*, abrió hace algún tiempo un concurso para obtener su definición exacta, y el jury designado confirió el premio á la siguiente: « El socialismo es un conjunto de aspiraciones y teorías que tienden á establecer entre todos los hombres, por diversos medios de coerción legal, la mayor igualdad posible de riqueza ó de miseria ». Ahora bien, á pesar de la latitud de sus tér-

minos y de la vaguedad de las palabras empleadas, esta definición no es completa porque considera solamente al socialismo de Estado y prescinde del que se propone transformar la organización social.

Me interesa particularmente distinguir bien el uno del otro, porque aquél no llega hasta el recinto del derecho privado; permanece en el círculo económico y se limita á modificar la idea corriente del Estado. Ese socialismo—que comunmente se denomina *reglamentario*—no es incompatible con la estabilidad de las instituciones actuales, aunque convenga con las otras sectas en que la sociedad moderna se mantiene en un equilibrio inestable y en que es necesario buscar el remedio á las profundas desigualdades de la época presente. Pero, en vez de hacer la guerra á todo lo que existe y de soñar con reconstruir la humanidad sobre vagas utopías, se conforma con suprimir en el orden económico el régimen de la libre concurrencia y con pedir, según los diversos matices, una reglamentación más ó menos restrictiva de la libertad individual.

Aunque existen distintas especies dentro del género común, la más importante es la que propiamente se denomina *socialismo de Estado*, que anhela la intervención de los poderes públicos para reglamentar los relaciones entre el capital y los obreros, fijar la duración del trabajo y el minimum de los salarios, cerrar á los niños y á las mujeres la boca de las minas y la puerta de las industrias insalubres y pesadas, ofrecer ocupación al que no la encuentra, y moderar, en una palabra, á nombre de la sociedad, todas las injusticias de la fortuna y de la suerte.

Esta forma especial ha surgido en Alemania, á favor del entusiasmo que despertaba el estado único y poderoso que nacía, y reunió desde sus comienzos á buen número de adeptos. El mismo príncipe de Bismarck afilióse á sus principios, aunque con ciertas salvedades; y, más que por convicción, para consolidar, sin duda, por este medio la autoridad incipiente de su regio protector.

Fué su verdadero fundador el generoso y apasionado Fernando Lassalle, que dió por primera vez fuerza positiva y práctica al

clamor, inarticulado todavía, de las clases proletarias, pero que mantuvo en los límites de su nación al movimiento obrero, y que fué siempre extraño á las exageraciones del comunismo y á las brutalidades de la anarquía. Tampoco la índole elegante de sus gustos personales le habría permitido abrazar la causa de los reformadores más audaces; pues mal podría renegar de la sociedad un hombre que vivía siempre en medio de sus brillantes halagos, que se rodeaba en su casa de todas las comodidades y los refinamientos de la civilización moderna, y que atravesaba los salones de la alta sociedad tejiendo y destejiendo intrigas amorosas.

Lassalle no podía ser sino lo que en realidad fué, una especie de caudillo político del partido proletario; y aunque llenó la Alemania de brillantes y elocuentes panfletos que muchas veces trascendieron la frontera, no llegó jamás á trazar el cuadro preciso de una teoría científica. Su libro, *Capital y Trabajo*, la más importante de sus obras, es un arma de polémica, escrito con virilidad y con vehemencia; pero es tan cierto que no contiene una doctrina clara que los críticos de nuestros tiempos no han podido comprenderlo bien, y de dos autores contemporáneos, Villey lo trata de colectivista y Bourdeau lo llama el fundador del socialismo de Estado.

Me parece, sin embargo, que su ideal podría condensarse en el establecimiento de asociaciones cooperativas de producción comanditadas por el Estado ó, lo que tanto vale, la *estadización* de la sociedad.

Á esta forma se debe también referir—aunque vengan de orígenes distintos—el socialismo que se denomina «de la cátedra» y el que se llama socialismo cristiano. El primero predica la mayor amplitud en las atribuciones del Estado y justifica por el razonamiento las restricciones necesarias á la libertad del individuo; lo pregonan en Europa una pléyade de jóvenes profesores desde las tribunas de la enseñanza que —si hemos de creer á D'Amicis— «en más de un país, con mayor ó menor restricción de ideas, son en grandísima parte ya suyas».

El segundo, que ofrece variedades, como la religión en que se funda, lo sostienen — sin decirse empero socialistas — muchos prelados venerables de la Iglesia de Roma y pastores insignes de las sectas disidentes que le han prestado en diversas ocasiones el prestigio de su elevado carácter. El esclarecido arzobispo de Westminster, cardenal Manning, Keteller, obispo de Maguncia, Gibbons, arzobispo de Baltimore y otros príncipes de la Iglesia de Cristo se han detenido en presencia de las reivindicaciones del obrero moderno, han procurado hallar un remedio á sus congojas crecientes y apoyar en los Libros santos el fundamento de las reformas necesarias.

Como al principio algunos fueran demasiado lejos, el ilustre pontífice de Roma se apresuró á tratar el problema en célebres encíclicas y poniendo en ellas las inspiraciones de su fe cristiana y su infinita caridad, concluyó por afirmar que ninguna de las calamidades presentes subsistiría si se practicara en el mundo, como Dios lo dijo, la virtud de la beneficencia por los poderosos, y se infundiera en el alma de los desheredados la gracia celestial de la paciencia. « Cuando estas verdades se conocen — dice la *Rerum novarum* — fácilmente se reprime la hinchazón de ánimo de los ricos, se levanta el abatimiento de los pobres y se doblégan los unos á ser benígnos y los otros á ser humildes ».

Pero viniendo luego á soluciones más humanas, el Papa, que reniega del comunismo y de los procedimientos revolucionarios, reclama que los poderes políticos atiendan al ruego de los proletarios y contribuyan á moderar con su intervención y con sus leyes las voracidades á veces demasiado crueles del capital.

En realidad, pues, la cátedra, la Iglesia y los socialistas de Estado llegan á una conclusión semejante; pero, como lo indican sus orígenes y su naturaleza, divergen profundamente en los procedimientos.

La tribuna didáctica es meramente doctrinaria; la Iglesia pide á las autoridades públicas el ejercicio de la caridad social, fomenta, en el orden privado, las asociaciones de obreros católicos, sobrios y su-

misos, y, aunque desconoce el derecho de obligar á todos los hombres á vivir en una comunidad forzosa; reclama del poder temporal el reconocimiento de las corporaciones religiosas de monjes que han puesto voluntariamente en común sus riquezas, imitando el ejemplo de los fundadores lejanos del cristianismo; entretanto, el socialismo de Estado se compone de partidos políticos que pretenden, ya por la violencia, según la opinión de los unos, ya usando de las franquicias del sufragio universal, según el consejo de los otros, llegar á constituir autoridades públicas, representantes de los proletarios y encargadas de realizar sus aspiraciones.

Dentro de cada especie hay otra vez, naturalmente, mil variedades pero que participan siempre de uno de estos tres caracteres: doctrinario, religioso ó político.

Pero, además de estas formas puramente reglamentarias, hay, señores, otro socialismo muy distinto y que nos interesa más estudiar, porque si su programa reformista llegase á predominar, nada quedaría de las instituciones del derecho privado en las sociedades del futuro. Es el socialismo verdadero y temible que ha logrado seducir en todas partes á las corporaciones obreras y que les ha dado una organización amenazadora bajo una bandera común. Ha vencido en los congresos alemanes al partido nacional y político de Lassalle; las *Trade-Unions* de Inglaterra no pudieron resistir su empuje y han evolucionado lentamente hacia el socialismo internacional y comunista. Ya, por fin, los discípulos de Carlos Marx, el apóstol del colectivismo, constituyen por sí solos la *Asociación internacional* de los trabajadores, que cuenta con doce millones de afiliados en veinte naciones diferentes.

Esta escuela, histórica y filosóficamente, mira la cuestión social como una lucha de clases. Sus directores espirituales desprecian las rivalidades políticas, religiosas ó de raza como móviles de las guerras humanas, porque para ellos todas las contiendas de la historia no son sino otras tantas luchas de clases separadas por intereses económicos: desde las primeras rivalidades entre patricios y

plebeyos—los antiguos partidos políticos de Roma— hasta la gran Revolución francesa en que cruzaron sus armas la burguesía y la nobleza. El mismo carácter tienen todavía, para ellos, los antagonismos entre la clase triunfante desde 1789 y el proletariado, cuyo triunfo debe ser, entonces, próximo ó remoto, pero irrevocable y fatal.

Sin embargo, aunque respondan á la misma doctrina científica, no son uniformes tampoco las ideas de todos los que participan de la tendencia colectivista, y también aquí sería menester considerar sectas diferentes. La más importante es, sin duda, la que reconoce á Marx por su profeta, sobre todo porque su carácter militante la presenta como un peligro más ó menos lejano para la paz y la tranquilidad de las naciones.

Desde luego, sus rasgos característicos son el internacionalismo y la colectividad. Aspira á suprimir las fronteras y borrar del alma humana el sentimiento de la patria. El mismo Marx ha dado la consigna en un manifiesto que redactó con Engels, su invariable amigo y colaborador, en 1847, á nombre de los socialistas alemanes, y que terminaba con unas palabras que han hecho célebres los acontecimientos de nuestros días: «Trabajadores de todos los países, uníos!»—Á la inversa, pues, del socialismo reglamentario, en vez de fortificar las autoridades públicas, quiere la supresión completa del Estado, y que los hombres se distribuyan en colectividades libres, independientes de la fuerza y de las leyes del poder político.

Además, predica el colectivismo, la propiedad común de todos los medios de producción para suprimir el capital y el salariado.

En general, su programa y los planos que sus técnicos presentan para el edificio futuro, hacen de este socialismo un adversario irreconciliable del derecho civil. Esa vida común á que aspira, llevada como en vastos cuarteles, no permitirá ciertamente que sobre el matrimonio repose la familia, habrán desaparecido la propiedad individual y todo sistema hereditario, y, con ella, los estímulos que

despierta el amor á los hijos. He ahí los problemas en que más adelante voy á detenerme.

De todos modos, esta doctrina ya merece cierta consideración porque le ha dado formas científicas un hombre de extraordinario talento, y que reunía á su saber profundo una iniciativa fecunda y raras aptitudes de organizador político. Es Marx quien ha sabido motivar con razonamientos científicos la aspiración inconsciente de las muchedumbres asalariadas y, en un libro llamado *El Capital*, que es el evangelio del colectivismo moderno, ha expuesto la doctrina en torno de la cual hoy se agrupa el proletariado universal y donde van á buscar inspiraciones y argumentos los continuadores de sus audaces propagandas. Era este mismo hombre el que soñaba con la organización de los obreros. la realizaba en su propia nación, hacía en París ardiente propaganda, era el espíritu director y el alma de la primera *Internacional*, reunía sus diez congresos y los trasladaba de Ginebra á Bruselas, de la Haya á Nueva-York, de una á otra ciudad, siempre huyendo de las persecuciones. Y cuando, después del último de Ginebra, en 1872, la asociación se dispersa anarquizada por múltiples tendencias, él no pierde la fe en el porvenir y trabaja nuevamente sin reposo por inaugurar la segunda era del colectivismo orgánico.

Pocas veces se reúnen en un hombre tan variadas y extrañas aptitudes; por eso ha podido él solo, dar al movimiento social de nuestra época. su unidad, su fuerza y su luz.

Además de este colectivismo amplio, hay otro restringido que se denomina *agrario*, porque se conforma con poner en comunidad el dominio de los campos. Enrique George, el teórico del *Labor party* americano, piensa, como los antiguos fisiócratas, que todo valor tiene su causa en la naturaleza y que, socializando la tierra, se realizaría la igualdad en todas las corrientes que surgen de este origen común y fuente primera de todos los bienes.

Y por último, sin ofrecer un modelo de reconstrucción más ó menos racional, sin preocuparse de ello tampoco, por odio nada

más á todo lo que existe, aparece una secta infernal, el anarquismo. que no distingue ni patria, ni instituciones, ni personas, porque todo lo confunde en una misma iracunda maldición. No es difícil esta vez determinar los perfiles de la doctrina y señalar sus propósitos. Son adversarios suyos, lo mismo la propiedad que la familia, que la religión, que el Estado, que todo lo que es humano sobre la faz de la tierra. Su programa consiste en aniquilarlo todo, sin conmiseración ni diferencias, y los medios que reconoce como lícitos son aquellos que más pronto y más seguramente lleven á la matanza sin piedad, los que enciendan por todas partes la llama del incendio universal.

« El anarquista, dice Bakounine, fundador de la doctrina, en su *Catecismo revolucionario*, está revestido de un carácter sagrado. No debe tener intereses personales, ni propiedad, ni sentimientos; todo en él está absorbido por un objeto único, un pensamiento único, una pasión única: la Revolución. Ha roto con todo el mundo civilizado, con las leyes, los usos, la moral. Es su adversario implacable; sólo alienta para destruirlo. No tiene más que una ciencia: la destrucción. Para eso, y nada más que para eso, estudia la mecánica, la física, la química y tal vez la medicina y observa con el mismo designio los hombres, los caracteres y todas las condiciones del orden social. Desprecia y odia la moral presente; para él es moral lo que favorece el triunfo de la Revolución, y todo lo que la detiene es inmoral y criminal. Entre él y la sociedad hay lucha y lucha á muerte, incesante, irreconciliable. Debe prepararse á morir, á soportar la tortura y á matar con sus propias manos á todos los que detengan la anarquía ».

Por otra parte, nada de programas para el futuro; el mismo Bakounine ha hecho esta terrible y sublime declaración: « Todos los razonamientos sobre el porvenir son criminales porque impiden la destrucción total, y traban la marcha de la Revolución ».

Un autor ha comenzado con estas elocuentes palabras el capítulo que dedica á Bakounine y sus obras: « Cuando el Dante desciende

los círculos del infierno y llega á lo más profundo de la ciudad sin esperanza, se encuentra allí frente á frente con el espantoso soberano de los ángeles rebeldes:

L'imperator del doloroso regno.

Así, cuando se penetra en las últimas capas del socialismo revolucionario, se encuentra á Bakounine. »

Pues bien, yo no creo que el Lucifer del poeta florentino sea más grandioso, más proporcionado y más lógico que este eslavo terrible, huído de los presidios de Siberia, que vino á propalar en el occidente de Europa sus doctrinas, y que tiene toda la responsabilidad moral de las acciones de esa secta abominable, que en estos últimos años ha llenado de espanto al mundo con sus odiosas tragedias.

II

El derecho de propiedad es el blanco principal de los ataques socialistas, y, aunque con diversa energía, lo combaten todas las doctrinas conocidas : el comunismo puro, de una manera irreconciliable; parcialmente el colectivismo total ó fragmentario, y por indirectas vías las doctrinas moderadas que preconizan el socialismo de Estado.

En definitiva, puede decirse que toda aspiración socialista tiende á borrar ó á restringir los efectos del dominio. Pero el comunismo de falansterio que pretendía igualar la situación de todos los hombres, cualesquiera que fuesen sus aptitudes y sus esfuerzos, era de tal manera contrario á la naturaleza humana y al progreso social, que ha sido del todo abandonado en nuestra época y sus sostenedores se han plegado á las doctrinas del colectivismo moderno. La nue-

va teoría reduce, es cierto, la comunidad á los medios de producción y reconoce á cada cual el resultado de su trabajo y el derecho á gozar de sus ahorros; pero como estos ahorros no pueden destinarse á la reproducción, se aplicarían entonces solamente á la adquisición de artículos de lujo ó á procurar al obrero sobrio una lícita holgazanería. Y de tal manera reducida, la propiedad individual es siempre insostenible dentro del sistema.

Por eso Marx — á cuyo excepcional talento no podía escapar este resultado — se esforzó en su obra por combatir la legitimidad de las fortunas del presente. Él sabía que una vez derribada la organización propietaria nunca más resurgiría.

Desde luego, el fundador del colectivismo contemporáneo atacaba el régimen económico de la época, que hace, según él, cada vez mayores las diferencias y favorece la división de la humanidad en dos categorías: un pequeño número de poderosos y una inmensa multitud de proletarios. Para demostrar la ilegitimidad de la organización *capitalística*, parte del principio que aceptaron Adam Smith y Ricardo: el trabajo es la única fuente del valor. Y entonces se pregunta, ¿cómo es que los obreros que proporcionan todo su valor á los artículos, se quedan con las manos vacías mientras el capital se enriquece sin cesar? Es porque los trabajadores no poseen los medios de producción y necesitan vender su trabajo al capital que los posee y explota su condición más favorable. El trabajo se ha convertido, pues, en un *valor de cambio*, sujeto en consecuencia á las alternativas de la ley general de la oferta y la demanda.

Sobre estas bases funda Marx su célebre teoría del *excedente*.

En el estado económico actual, un obrero que trabajara seis horas habría ganado todo lo necesario para su subsistencia; pero el capital le exige, en cambio de un salario mínimo, catorce y aún diez y seis horas de trabajo. Roba, entonces, al obrero, dice, todo el excedente, y todavía este excedente se acumula al antiguo capital y lo acrecienta para continuar engrandeciendo la inicua explotación de los proletarios indefensos.

Además, bajo el régimen funesto de la libre concurrencia, el que produce más barato es el único que puede subsistir. Si un empresario obliga á trabajar sólo diez horas á sus operarios y otro empresario vecino los ocupa doce, éste producirá sus artículos á menor precio y aquél caerá necesariamente vencido en la contienda. Entonces, para defenderse en esta lucha desigual, tendrá que exigir nuevos esfuerzos de sus obreros, y esta competencia en que ahora se encuentran las industrias conduce, por una pendiente fatal, á la miseria y á la extenuación de los operarios.

Á estos reproches económicos Marx agrega un cargo histórico, para completar su demostración de que las fortunas actuales deben su origen á las espoliaciones del capital y á los abusos del pasado.

La propiedad de los medios de producción, que hoy se reconcentra en pocas manos, fué colectiva en su origen y sólo la transformaron en un derecho individual las civilizaciones griega y romana, que el mundo moderno ha continuado. En los pueblos primitivos, el suelo se cultivaba en común y se explotaba de la misma manera por las tribus. Más tarde, durante la Edad media,—por cuya organización social muestran los colectivistas una profunda simpatía,—cada hombre se adhirió á un fragmento del suelo que fuertes derechos gravaban en beneficio común. Luego vino la evolución de que ha surgido el mundo actual; los bienes de los conventos eclesiásticos fueron confiscados en el siglo xvi; en el siglo siguiente los estados dilapidaron entre las manos de los favoritos los dominios públicos; la propiedad feudal se convirtió así en bienes de la burguesía y los grandes y medianos propietarios acapararon lentamente los fundos de la comuna.

Sobre estos pilares, en apariencia tan formidables, ha apoyado Marx sus grandes reivindicaciones contra la actual distribución de las fortunas. Todo es ilegítimo, todo es contrario á la justicia, y es menester derribarlo todo para dar lugar á una organización que se funde en la equidad y en el derecho verdadero.

No voy á rebatir las razones económicas del apóstol colectivista,

aunque sus contraditores de la ciencia las tildan de falsas con holgura; pero sí debo decir que sus argumentos contra la propiedad no son fundamentales; que son, al contrario, puramente de ocasión. — Aceptados, sólo llevarían á reconocer que el abuso ha sido algunas veces el origen de los derechos, y, sin justificarlos, se le ha podido responder con acierto que es menester ahora ponerlos al amparo de la prescripción, esa *patrona humani generi*, que decían los antiguos autores, si no se quiere producir en la sociedad moderna una confusión indescriptible.

En el libro de Marx ha quedado por demostrar que la propiedad colectiva sea superior y más legítima que la propiedad privada, — si bien es verdad que su obra no fué concluída y tal vez nos reservara para los tomos subsiguientes la prueba de esta tesis. En nuestra época, otros la han abordado por él, y la nacionalización del suelo ha encontrado, especialmente en Inglaterra y en Estados-Unidos, ardientes sostenedores teóricos que han agregado á la prueba histórica de Marx en favor de la propiedad colectiva, motivos de filosofía y de derecho natural. La tierra, han dicho con desenfado, no puede ser *res nullius*, susceptible de ser ocupada y poseída exclusiva y eternamente; es una cosa común, la cosa común por excelencia. Es, además, el instrumento de trabajo indispensable de todo el género humano, y cada hombre debe tener, si no un derecho de goce individual sobre el suelo, por lo menos una participación, directa ó indirecta, sobre el goce del suelo.

Estas afirmaciones, que no han sido demostradas, desconocen la ocupación y el trabajo que son los fundamentos de la propiedad individual. «El hecho de la ocupación primera, dice Leroy-Beaulieu, constituye un verdadero derecho; no solamente la historia, el consentimiento universal, una especie de concesión recíproca así lo quieren, sino la razón misma y la equidad. Sin el derecho del primer ocupante y de la transmisión voluntaria ó hereditaria, la humanidad caería en el caos. El derecho del primer ocupante representa á la vez un hecho natural, la simple posesión, y un esfuerzo persis-

tente de la voluntad, un trabajo, pues para ocupar ha sido necesario defender, para defender eficazmente ha sido necesario, en los tiempos antiguos sobretodo ó en los países nuevos, residir, explotar, cultivar. Una propiedad, en esas edades rudas, que hubiera sido abandonada por el primer ocupante, no habría tardado en ser invadida y tomada por otro.»

Si la ocupación, así entendida, es la base de la propiedad de las cosas naturales, de la materia prima, por decirlo así, ó, en otras palabras, de los instrumentos que á la producción suministra la naturaleza, el trabajo inconfundible y directo, es sin duda, el origen, la causa y la razón de la propiedad de la naturaleza modificada. El que transforma una cosa le imprime el sello personal de su esfuerzo y debe pertenecerle el aumento de valor que adquiere. «Hasta el pájaro se sabe dueño del nido que ha trabajado laboriosamente para criar en él á sus hijos y ningún otro viene á arrebatárselo, á menos que pase un ave de presa, algún bandido de la gente volátil».

Ya se ocupen ó se transformen las cosas naturales, se engendra siempre un derecho y en ambos casos hay trabajo, en último análisis, y el derecho es idéntico: la propiedad.

Si se desconocen los derechos que derivan de la ocupación, se llega á desenlaces inadmisibles porque, desde luego, nadie iría á desarrollar el progreso en las regiones abandonadas, sin el estímulo de gozar del suelo que incorporara con su esfuerzo á la obra de la producción universal. Además, ya no habría donde apoyar la soberanía de las naciones sobre sus territorios; y si se suprimieran las fronteras internacionales, como á muchos les arrastra á sostener la lógica, cualquier habitante de las estériles regiones del África central podría reclamar con igual derecho que nosotros el ópimo fruto de las pampas argentinas.

Por otra parte, negar el resultado del trabajo humano á quien lo realiza, vale tanto como cerrar el camino á todos los progresos.

Si dais el mismo valor á los objetos que han requerido el mismo tiempo para producirlos, matais el desarrollo de las aptitudes so-

bresalientes desde que en nada se apreciaría ni la perfección más acabada de la obra, ni la celeridad en realizarla. Y si las buenas condiciones durmieran en cada uno, por falta de aplicación provechosa, ya no se transmitirían tampoco por herencia, y la especie humana caería en una horrible postración — cada vez más horrible.

Algunos católicos que se han embanderado en el socialismo y otros socialistas que han procurado atraer á los católicos, se afanan por buscar apoyo en las palabras del Señor, que á todos ofreció, sin diferencias, el sustento de la tierra. El mismo León XIII les ha respondido : « Porque decir que Dios ha dado la tierra en común á todo el linaje humano, no es decir que todos los hombres indistintamente sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios á ninguno en particular la parte que había de poseer, dejando su determinación á la industria del hombre y á las instituciones de los pueblos ».

Si ahora nos separamos un momento del terreno jurídico para no considerar sino las ventajas que de una ú otra clase de propiedad resultarían para el progreso social, es indispensable reconocer las preferencias que merece el dominio individual. No se ha demostrado que la propiedad haya sido colectiva en los orígenes. Más bien parece que las tribus primitivas no fijaban los derechos de cada uno sobre el suelo mientras vivían de la caza y de la pesca, aunque tuviera, sin embargo, entonces cada cual un derecho exclusivo sobre sus arcos y sus flechas. Sólo más tarde, cuando alcanzaron mayor progreso, cultivaron la tierra y entonces fué subdividida. Pero, aun cuando se lograra poner en evidencia que fué colectiva en los orígenes la propiedad del suelo, nadie negaría que el régimen antiguo ha sido abandonado.

La evolución se habría operado del colectivismo á la individualidad, y, bajo este sistema, es que se han obtenido los inmensos progresos de la humanidad en los últimos siglos. Volver á la organización del pasado importaría un retroceso, que en el estado actual del mundo traería la estagnación de las conquistas de la ciencia y de los progresos de la industria.

El prurito de combatir á algunos propietarios y herederos ociosos no merece el grande sacrificio de quitar á los hombres el estímulo del interés, ese mágico acicate que los ha llevado á perforar las montañas, á descubrir mil secretos misteriosos, á precipitar incesantemente el andar de las máquinas, y á sujetar á su imperio las fuerzas de la naturaleza más rebeldes y más desordenadas.

Y la esperanza que alimentan algunos socialistas, de concluir con los delitos, borrando á la propiedad del catálogo de los derechos civiles, no prueba sino cuán grandes son los sentimientos que despierta en el alma humana el anhelo del dominio individual. Y cuántos progresos, cuántos adelantos deben esperarse de un impulso que lleva al hombre á arrostrar la deshonra y los presidios! Las pasiones que desata y la violencia con que las remueve son, precisamente, la medida de su grandeza y de su fuerza.

Creed que ninguna civilización podrá sujetar á la vigilancia del poder el trabajo individual para compensar, con un criterio que nadie ha revelado todavía, el esfuerzo con el resultado. Creed y confiad, en fin, señores, en que civilización alguna, por materialista que sea, llegará á suprimir jamás — aunque no escape al espionaje del gendarme socialista — esa sublime indolencia de la invisible reflexión intelectual que se mece en los ensueños de la creación artística, porque sus obras excelsas, cuando no llevan el pan á los labios, ennoblecen y perfuman la vida.

III

El socialismo revolucionario no se detiene en la supresión de la propiedad porque no es posible, naturalmente, abolir una institución tan vinculada á las otras que forman el organismo del derecho privado, sin alterarlas también. Y aunque muchos de sus doctores rechacen con energía la necesidad de reformar al mismo tiempo la

familia, los más lógicos no vacilan en aceptar esta consecuencia inevitable del sistema.

Marx y Engels indicaron ya, en el famoso manifiesto de 1847, la supresión del matrimonio como uno de los puntos capitales del programa. Para ellos, la unión del hombre y la mujer, como hoy la reglamentan las leyes y la practican las costumbres, que reposa sobre el capital y la adquisición propietaria, no es otra cosa, además, que una poligamia disfrazada, pues no contentos con disponer de los hijos y de las esposas de los proletarios, los burgueses, sin contar con la prostitución pública, encuentran su principal placer en seducirse mutuamente sus mujeres legítimas.

Es verdad que las obras posteriores de Marx son menos radicales, y que Engels ya no era tan revolucionario en el prólogo que redactó para una edición de este mismo manifiesto en 1883; pero en parte alguna se encontrará que los jefes del colectivismo se hayan retractado de sus declaraciones primitivas. Así lo han comprendido sus sectarios cuando proclamaron en los congresos de Gotha y de Erfurt la conveniencia de emancipar á la mujer de sus yugos presentes, para elevarla á una igualdad absoluta de derechos con el hombre.

Ahora mismo, en la época contemporánea, Liebknecht, el más ortodoxo de los discípulos de Marx, que pidió y obtuvo en el Congreso de Halle la reforma del programa de Gotha, afirmó, en vez de abandonarla, esta aspiración colectivista, y Bebel, otro jefe prestigioso del partido socialista demócrata alemán, ha publicado un libro, *La Mujer y el Socialismo*, para sostener la revolución de la familia moderna.

No es dado, pues, dudar de que las ideas de los colectivistas sean adversas á la conservación del matrimonio. Lo consideran, al contrario, como uno de los mayores males de la sociedad actual. Ellos afirman que los burgueses no se unen siguiendo la inclinación de sus sentimientos, sino para constituir una asociación de capitales en que para nada entra el propósito de formar á los hijos.

bastardos del interés, que nacerán de una unión hipócrita y mezquina. Por eso el vínculo del matrimonio tan á menudo se relaja y el divorcio es cada día más frecuente. Al fin, el hombre y la mujer quebrantan la fe jurada, el uno por el hetairismo, la otra por el adulterio.

En todo caso, la mujer se encuentra siempre en una situación inferior; en vez de gozar, como la naturaleza le da derecho, de los mismos privilegios que el hombre. Es una esclava. La veis abrazar el cristianismo, esa religión que ofrece consuelos al desventurado y donde se cobijan todos los miserables que esperan su redención futura. Las leyes le niegan la amplitud de los derechos, y la organización económica le cierra la puerta del trabajo. Las ciudades se llenan de prostitutas, seres abyectos é infelices que han desfallecido en el vicio porque no encontraron el pan honrado en otra parte.

Ahí están el divorcio y la prostitución, cada vez más espantosos, pidiendo á gritos la emancipación de la mujer y la libertad sin reatos del amor.

Así razonan y, más ó menos, así se expresan los modernos socialistas, en sus apreciaciones sobre la familia contemporánea. Sin duda, una escuela social que aspira á suprimir la propiedad tenía que llegar á la conclusión de disolver el matrimonio y arrancar sus hijos á los padres. La propiedad y la familia son instituciones tan estrechamente vinculadas, que no es posible tocar la una sin reformar la otra. La posesión de los bienes lleva á los hombres á constituir su hogar y las necesidades de los hijos son, recíprocamente, los estímulos más fuertes para el trabajo. La perpetuidad del dominio se hermana con la perpetuidad de la familia; con ese vínculo se ligan los padres á los hijos y se enlazan unas con otras las generaciones sucesivas.

Si quitamos á cada cual el derecho de equilibrar sus recursos con sus gastos y libramos al poder social, en vez de dejarla á las necesidades, la medida del esfuerzo, habremos hecho completamente imposible la organización de la familia.

El colectivismo sólo puede haber llegado á concebir la absurda quimera del amor libre, por la concepción materialista que tienen sus creadores de la historia, y por el falso pensamiento de que la evolución de la especie humana no admite restricciones y puede reservarnos en el porvenir todas las sorpresas.

Sin embargo, el matrimonio no es una institución *burguesa*; no ha sido tampoco una creación del Cristo; lo ha conocido el paganismo y los jurisconsultos romanos lo legislaron lo mismo que nosotros: monogámico y perpetuo. Está bueno buscar ejemplo en las otras especies animales cuando haya razón de semejanza, pero si no respetamos las diferencias nos exponemos á caer en la identidad. Que el matrimonio, como nosotros lo reconocemos, base de la familia moderna, es la unión natural del hombre y la mujer, lo están revelando las costumbres incesantes desde los siglos más remotos y los mismos estudios de fisiología y de moral.

Es indudable que la especie humana se transforma, y que seguirán mudando lentamente las ideas y los sentimientos de los hombres, pero la evolución tiene un límite infranqueable en el orden moral, lo que constituye la esencia del alma, de la misma manera que ninguna transformación física podría quitar, por ejemplo, al ser humano el sentido de la vista.

Todos somos hijos, esposos, padres ó hermanos, y sabemos que esos afectos de la familia, que tan raras veces faltan en el corazón del hombre, son los más enérgicos resortes para el bien y las llamas que conservan el calor de la existencia. Hombres sin familia han sido los que en las filas avanzadas de la anarquía realizaron horribles atentados, mientras que Marx, el profeta mismo, apesar de sus simpatías por el amor desordenado, no deseaba abandonar, sin duda, aquel tierno y honesto hogar de Londres, donde se refugió en las persecuciones y cuyo calor buscaba en las horas ateridas del desencanto.

IV

Casi no es necesario decir que el socialismo mira con aversión al derecho sucesorio, desde que procura derribar los dos pilares en que se funda : la propiedad y la familia.

De ahí que los socialistas no se afanen mucho por buscar contra las sucesiones argumentos y motivos especiales; consideran, con acierto, que, sin fortunas, ya no habría fortunas transmitidas por herencia. Aun los colectivistas reconocen que puede, dentro del sistema, aceptarse que sucedan los hijos en el trabajo ahorrado de los padres. ¿Qué importa permitir el derecho después de haber cegado sus fuentes ?

Sin embargo, en los congresos de los últimos tiempos, el partido obrero ha votado la supresión de la herencia, pero como uno de los medios de llegar indirectamente á la expropiación de los capitalistas. Así, en el de Gotha, hay un principio que reclama el establecimiento de impuestos progresivos sobre las sucesiones, en consideración del monto de la herencia y el grado de parentesco de los herederos.

Pero este voto está de antemano cumplido en todos los países civilizados, aunque sin llegar, naturalmente, como lo desearían los colectivistas, á la absorción completa del caudal. Nada se opone á gravar las transmisiones hereditarias, como también se gravan las transmisiones entre vivos, en que la cosa y el precio representan el trabajo de ambas partes contratantes. Y nada obsta tampoco á que las contribuciones sean más elevadas, cuando los que vienen á recoger la herencia son personas que no tuvo en vista al adquirir sus bienes el *de cuius*.

En este orden de ideas, me parece, como lo he dicho en conferencias anteriores, que es razonable,—para moderar en lo posible las

desigualdades que provocan las reivindicaciones socialistas,—hacer más amplios los derechos del Fisco sobre las herencias transversales y reducir la familia hereditaria al segundo grado, en vez de dilatarla, como el derecho francés hasta el duodécimo, ni como el derecho argentino hasta el sexto grado de la línea colateral.

He ahí la síntesis de mi pensamiento que he expresado otras veces delante de vosotros, y al que, por lo tanto, no necesito dar aquí nuevo desarrollo.

Antes de terminar, quiero defenderme de la censura que merecerá de algunos la idea de cerrar con este asunto vuestras clases. Bien sé yo que son de índole conservadora las instituciones universitarias, y tampoco niego que sea el socialismo una aspiración confusa que se resiste todavía á entrar en los moldes precisos de la ciencia.

Pero, si no creo que pueda la cátedra embanderarse con ligereza en las propagandas revolucionarias, ni detenerse á escuchar el rumor de las agitaciones callejeras, tampoco me parece que deban las universidades permanecer con la cara siempre vuelta hacia el pasado, sin dirigir alguna vez la vista á las necesidades del presente y á las incertidumbres del porvenir.

Además, es insensato llamar utopías á las ideas, cuando llegan á preocupar el espíritu de los filósofos y el ánimo de los príncipes; cuando insignes pensadores ponen al servicio de las nuevas doctrinas su inteligencia y su saber, y se afanan por conciliarlas con la ciencia; cuando las religiones reabren el Libro sagrado, buscándolo en los divinos consejos un freno para las impaciencias y un alivio para los dolores; cuando 20 millones de seres humanos tienen en los labios la misma imprecación y en el centro de la civilización universal se acercan, se organizan y ponen en peligro la estabilidad de las naciones. Entonces, es insensato llamar locura á tales ideas.

Al contrario, la experiencia de la historia nos enseña que algo debe haber de verdadero y de justo en el fondo de una aspiración que tiene en sí misma fuerza bastante para marchar contra la corriente

de las persecuciones, que apasiona á los hombres hasta el delirio, que ha suscitado fanatismos y ya cuenta mártires.

Tal vez sea el Estado moderno demasiado frío, mero « poder de represión », como Engels lo llamaba, que contempla indiferente la lucha del fuerte con el débil, y tampoco se conmueve cuando el fuerte ha vencido á su adversario y se ensaña con su cuerpo derribado y lo aniquila. Puede ser que sea necesario rectificar el límite entre la libertad y el poder, y trazarlo por donde van la misericordia y la solidaridad humanas. Encierran una gran verdad, en mi concepto, y una previsión genial estas palabras de Carlyle : *La libertad requiere nuevas definiciones.*

No sé lo que vendrá. Puede ser que la organización económica llegue á modificarse, que se suprima algún día el régimen moderno de la libre concurrencia y que también lleguen á dilatarse considerablemente los lindes del poder social; pero si instituciones hay que atraviesen todas las tormentas para reaparecer intactas en la sociedad del porvenir, esas serán las instituciones seculares del derecho privado. Sobre ellas se romperán, por más impetuosas y violentas que sean, las agitaciones socialistas, como se quiebran, cuando las levanta la tempestad, las olas del mar en las rocas eternas.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS

(Continuación)

DE YUCATÁN Á MÉXICO

Después de otros dos largos días de mar,—desde Progreso y Mérida,—cuando el capitán del *Engineer* me enseña en la punta de su antejo, un poco al sud de la proa, el festón gris perla que remata en el nevado pico de Orizaba y es el estribo de la gran meseta de Anáhuac. cuéstate algún trabajo recordar que *vuelvo* á tocar en México. ¡Son tan poco mexicanos esos bravos yucatecos que, sin desgarramiento, acabo de dejar! En hora prevista y acaso próxima, junto con el primer crugido del bastidor constitucional que disimula apenas la dictadura de Porfirio Díaz, bastarále á Yucatán condenar el paso estrecho que por Tabasco le sujeta á la fábrica federal: quedará suelto, á manera de pabellón aislado—de arquitectura un tanto original. Más que á México. es á Guatemala que adhiere fuertemente, como el Río Grande al Uruguay.

Entre Mérida y Veracruz, no hay por ahora más vía de comunicación que la marítima. Ahora bien, como vínculo de nacionalidad tal conexión es en extremo laxa y deficiente. En sociología, lo mismo que en física, el agua es mala conductora de calórico.

Los griegos confundían *istmo* y *estrecho* bajo una sola designación. No tenían el concepto vasto de la nacionalidad. Un archipiélago no forma una patria. No llegó nunca á la unidad la misma Grecia

continental, con sus costas acuchilladas por senos y promontorios, sus golfos obstruidos de sirtes é islas múltiples, centinelas avanzadas de las rivalidades y dialectos locales. El líquido elemento, tan complaciente para el tráfico y las colonizaciones, conserva las distancias y se opone á la intimidad política. Dos provincias no están reunidas sino separadas por el mar: *Oceano dissociabili*, decía Horacio. El canal de San Jorge ha influido más que otras causas históricas,—acaso dependientes de la física,—para que Irlanda quedase infinitamente menos inglesa que la asimilada Escocia. Á despecho de la proximidad y las tradiciones, la Sicilia no responde plenamente al estremecimiento nacional: permanece siciliana, y el canal de Mesina es una solución de continuidad. Así entre nosotros: con hallarse á diez horas de Buenos Aires, Montevideo es otro mundo, el *extranjero*, á pesar de un intercambio bastante activo de destierros políticos. Si, en las horas de fiebre aventurera, hubiésemos echado un ferrocarril sobre Abra Pampa y la Quiaca, el sud de Bolivia sería hoy más argentino que la Banda Oriental. Lo que articula, en efecto, y emparenta á los grupos humanos, es el suelo resistente, el vertebrado esqueleto terrestre que guarda como una adquisición definitiva el rastro de cada progreso realizado, donde cada nueva etapa de la caravana puebla un desierto y terraplena un vacío de civilización.

Por otra parte, el Yucatán no es mexicano, ni por la raza probablemente tolteca—ni por la lengua local—maya—ni por la historia antecolonial ó moderna. Siempre conquistado, nunca asimilado, se ha valido de cualquier tentativa unitaria del gobierno central para cortar la amarra federativa y hacer rumbo aparte. Á ratos, suele salir al mundo, que poco se cuida de ello, una república de Yucatán cuya existencia, legalmente comprobada, duró una vez hasta ocho años, lo que es sin duda edad proveyta en estas Américas centrales! (1) Hasta sucedióle al dicho y dichoso país considerarse muy vas-

(1) Una duda cruel: durante sus entremeses de autonomía ¿perteneció Yucatán al centro, ó al norte de América?

to para una sola nación. Según la conocida ley de reproducción de los organismos inferiores, la república se partió en dos, sin dolor: el Estado independiente de Campeche, ilustre en la tintorería, se puso también á intentar su ensayo leal, aovando á toda prisa su correspondiente Constitución « campechana ».

... ¡ Dios mío ! qué interesante y ameno sería todo ello, visto de cerca y estudiado con amor ! En Mérida, con estos ojos « que la muerte cerrará », he recorrido — oh ¡ rápidamente ! — una *Historia política del Yucatán*, en dieciseis volúmenes compactos y todavía inconclusa, faltando lo mejor ! Pero ¿ dónde está el Meilhac iniciado y erudito, el Halévy convencido, capaz de cantar dignamente la Gatomaquia de estas democracias hispano-calientes ?

En los tiempos de sus caravanas libertinas, la región era pobre y rendía poco jugo en el trapiche federal. Las cosas han cambiado, merced al henequén, cuya fibra es incomparable para la cordeleería. Su exportación se ha decuplicado en pocos años; el pasado, los solos Estados Unidos han absorbido por diez millones de dollars del textil yucateco, destinado principalmente al agavillado del trigo en el Far-West. Pero tal éxito ha despertado la infalible competencia. Mis amigos no dudan del triunfo y miran con desdén las jarcias y maromas de Bahamas ó Filipinas. Parece, en efecto, que la pita yucateca deriva su excelencia de la misma aridez del suelo: si es así, no hay peligro, siempre que nuestra Rioja no entre en la lid !

La administración maternal de Porfirio Díaz no podía asistir impasible á este empechamiento de « Cendrillon ». Al punto, ha decretado derechos enormes *contra* la exportación del henequén: es su manera de alentar la industria nacional. Después de sendas protestas, los contribuyentes ha tenido que ceder, según costumbre.

Pero, si la población yucateca estaba ya cansada con el yugo azteca, no parece que el nuevo impuesto tenga la virtud de hacerla descansar... Aztecas, toltecas, yucatecas: bien sospecho que para mis lectores toda esta micrografía ha de quedar algo confusa, fun-

diéndose los matices en la riqueza del consonante. Pero, deben creerme bajo palabra: un abismo separa á unos y otros,—un abismo que he cruzado en dos días de navegación.

Con este preámbulo, sólo quise explicar por qué, al desembarcar en Veracruz, parecíame, como á Hernán Cortés, pisar por vez primera el suelo mexicano.

·VERACRUZ

Para ser justo, habré de decir, desde luego, que Veracruz lleva á Colón la ventaja enorme de ser, en lugar del principio, el término definitivo de mi accidentada travesía: por lo demás, tan repelente y siniestro como aquél, — con la decrepitud por añadidura, y algo que revela no sé qué convicción mayor, qué arraigamiento más incurable en el abandono pantanoso y la incuria malsana.

Al paso que vamos entrando en la rada abierta y casi vacía, la famosa fortaleza de San Juan de Ulúa emerge de su islote madre-pórico. Los españoles la declararon « intomable »: sin duda habrán mudado de parecer desde que ha sido tomada por todo el mundo. Da pena su estado de deterioro actual, y nos preguntamos qué fragmento sólido de esa ruina podría dar pretexto á otro bombardeo. Una tierra baja, hacia el sud, es la isla de Sacrificios, el « Jardín de aclimatación » de la intervención francesa que pobló su cementerio más copiosamente que todos los sacrificios humanos de la barbarie azteca. La « Villa rica de la Veracruz » alarga en la playa arenosa y palustre sus casas de azotea y desteñidas cúpulas. El primer aspecto es mezquino y desmedrado, pero el segundo es peor. En mi desdén francés de la geografía, me imaginaba á la ciudad con su puerto de fama secular, como á otro Valparaíso, ó, por lo menos, un Callao en plena actividad comercial, á pesar del clima insalubre: me encuentro con cinco ó seis buques

fondeados (1), delante de un villorrio húmedo y silencioso. Las estadísticas más mexicanas declaran un tráfico anual que es la sexta parte del de Montevideo; es por mucho el primer puerto de México, que cuenta doce millones de habitantes. La marina de guerra está allí representada por dos avisos de modelo anticuado, *Independencia* y *Libertad* (naturalmente!), que se herrumbran en el fondeadero, con su cañoncito de popa, arremangando la nariz. Su aspecto de incuria hace sonreír á nuestros oficiales ingleses. Á pesar del toque de corneta que prodiga su llamada, tres ó cuatro marineros desbragados, en la cubierta del *Independencia*, se persiguen y juegan á empujones. Esta pequeña escena abre perspectivas sobre la disciplina de á bordo...

Después de las visitas reglamentarias, dos botes atracan á nuestro *Enginger*. No soy rencoroso: prodigo los enérgicos apretones de mano á mis guardianes (*A slice of bacon, sir?*), y me largo con mi petate. En el trayecto, pregunto á mi botero — un gran diablo negro de piel flácida y como acardenillada — si la fiebre amarilla sigue prosperando en Veracruz? « Ah! no, señor, respóndeme consolante y satisfecho: sólo hay vómito negro!... » Como se ve, la cosa varía de especie y quedo muy tranquilizado. Desembarco en un pequeño muelle, entre una docena de negros ó mestizos, sin mucha baraunda. Mi botero es también esportillero, carrero, etc., con más oficios que faenas; se ofrece para llevar mi equipaje á la estación, esta tarde: requisito indispensable para poder tomar mañana el tren de México! Mi carrero-piloto, al ponerme al corriente, se expresa con admirable corrección, acaso superior á la de los *sacalaguas* limeños! Ante este *cicerone* con aptitudes de Cicerón, tengo que velar sobre mi estilo y envainar mis *veni y ché* argentinos. Cuando el purismo desaparezca de Salamanca, volveremos á encontrarlo en el morro de un negro, bajo un portal de Lima ó México.

(1) Movimiento anual: 139 vapores, 52 barcos de vela, formando un total de 270.000 toneladas.

En el resguardo, tengo que esperar el beneplácito de un grueso personaje que, en su uniforme descolorido y pasado, redacta su correspondencia: mi baqueano me informa en voz baja que ese es el gran jefe! Al fin, se levanta el alto funcionario y preside personalmente á la apertura de los baules. Es severo, meticoloso, inquisidor; sus manos gordas atropellan mis ropas y papeles: un instante, se ha complicado la situación, á causa de una botella de pisco... Con gran trabajo aplaco á mi galoneado cerbero; al cabo me deja libre de poner mis cosas en orden, en la calle cenagosa y sin aceras. Ha llovido esta mañana, lloverá esta tarde: en la atmósfera gris y mal enjugada, vagan siempre algunas gotas disponibles que se asientan acá y allá. Me pongo en marcha hacia el *Hotel Universal*, detrás de mi carriola: queda á dos pasos, me afirma mi guía; por otra parte, no se divisa un carruaje en todo el malecón.

El aire húmedo y el cielo bajo forman un ambiente pesado que, desde luego, fatiga el pecho y relaja los tejidos. Con aprensión invencible, se cree, se siente que se respira el miasma y la anemia. Compréndese demasiado cómo, después de algunas semanas, el forastero debilitado busque y no encuentre su pasada energía: ha descendido á la miseria fisiológica del indígena, sin adquirir su relativa inmunidad contra las endemias mortales. El enfermo ha de perder pie en seguida, y el empobrecido organismo buscaría aquí, más vanamente que en Panamá ó Guayaquil, la reserva de fuerza indispensable para la reacción... Durante la intervención francesa, las guarniciones sucesivas de Veracruz se fundían como cera: hubo de apelarse á los africanos y criollos de la Martinica.

El aspecto de la ciudad es miserable y decadente: ningún carácter « propio » — sobre todo en el sentido francés de la expresión; evoca la parte más vulgar de otras conocidas poblaciones hispano-americanas, — algo así como el arrabal de Malambo en Lima, ó el de Ultra Mapocho, en Santiago. Al llegar al hotel, situado en una pequeña plaza sombreada y enlosada, pregunto por el « centro » de Veracruz, el barrio elegante y concurrido: estoy en él ¡ es eso!

Las eternas casas con saliente balcón de madera y ventanas de obscuras celosías, pero sin la nota pintoresca del Pacífico: se adivina que no hay nada detrás que merezca ser visto, á guisa de un tupido velo sobre una cara fea. Las calles en declive tienen su arroyo central lleno de cieno y hierba. Las lepras de humedad se pegan en las paredes, en los balcones, hasta en el papel de las habitaciones. Las inmundicias llenan las calles, y, por todas partes, de los techos, de las cornisas, de los umbrales, nubes de buitres negros, de zopilotes enormes bajan á la calle para llenar su oficio estercoario. Véelos abatirse sobre los montones de basura, hundir en los detritos sus inmundos cuellos pelados, y volarse luego, repletos, pesados, gordos como rufianes, para asentarse en la barandilla del balcón donde, un minuto después, una mujer posará sus manos pálidas. Háse conservado religiosamente la innoble tradición colonial que delegaba en buitres y cuervos la limpieza urbana: un reglamento los manda respetar, bajo pena de multa. Los zopilotes representan una corporación, una institución municipal. Y pululan, pareciéndome su desparramamiento, su infección visible y semoviente, mil veces peor que la inerte suciedad. Una *fadeur* nauseosa de hospital y cementerio se desprende de los edificios: un vaho de sutil podredumbre que llena las calles, se insinúa en las casas, se infiltra en los cuartos, penetra horriblemente las ropas y hasta las sábanas. Lo arrastro conmigo por doquier, á pesar de toda mi agua de Colonia; me repugna la fragancia de las flores en la Alameda y ansío aspirar una acre fumigación desinfectante, un ambiente de agua fenicada...

Vago por los empedrados; visito, por descargo de conciencia, la « Casa municipal », algunas iglesias, y hasta la estación del Ferrocarril Mexicano. Faltan ¡ ay ! doce horas para el tren libertador! Un chaparrón me arroja á una librería, compuesta de una docena de textos escolares, novelas españolas y otras tantas pizarras. Descubro un ejemplar del *Teatro crítico*, roído de moho—nunca tendrá más que el estilo del autor!—y caigo en el conocido artículo de *Los españoles americanos*, donde se explica que en ellos « amanezca

más temprano el discurso, por la mayor aplicación y continuada tarea de la juventud ». ¡ Excelente Padre Feijoo !...

Enfrente de la tienda se alza una iglesia restaurada: « San Francisco ! » me dice el baratillero con satisfacción. Y cruzo la calle, movido acaso por la vaga reminiscencia inconsciente de otro San Francisco que, ahora, se dora ya en la memoria con el resplandor imaginativo de lo pasado, de lo desvanecido, de « lo que pudo ser », como murmura con tristeza inefable el simbólico é inquieto Rossetti :

Contéplame : mi nombre es *Pudo-ser* ;

También me llamo *Nunca, Es-tarde, Adiós!* (1)

Desvarío aparte, compruebo que la iglesia es tan poco original como su nombre. Es la sempiterna «arquitectura» recargada y pintoreada del frailismo colonial, con sus capillas en escaparate, sus altares relucientes de oropel y, dominando el retablo, un gran Cristo sanguinolento, que comba en la cruz su torso púdicamente envuelto en un calzón de bordado terciopelo, y lleva, en contorno de su rostro de yeso, bucles de doncella, « tirabuzones » de verdad, cortados en una frente de veinte años y ofrecidos como *ex-voto* de penitencia ó gratitud.

El hotel está regido por españoles, pero servido por criollos : naturalmente, rezuma incuria y desaseo. Tengo que librar batallas por conseguir una silla entera, una tohalla casi limpia, una almohada al parecer intacta. Pero la mesonera acude en auxilio de su mozo y me desarma en un pestañeo. En Veracruz—lo mismo que en Burgos ó Toledo—nunca he podido resistir á la ingenua filosofía española : á la patrona maciza y jovial que se para, puesta en jarras, delante de mí y, sin inmutarse por mis protestas y « franchuterías », raja

(1) DANTE-GABRIEL ROSSETTI, *The House of life*, xcvi :

*Look in my face ; my name is Might-have-been ;
I am also called No-more, Too-late, Farewell !*

mi indignación con esta salida : *Pero, hijo de mi alma, vamos-á ver !...* Quedo aturdido y acabo por reir.— Como en el patio— pues es preciso comer, á pesar de los zopilotes : un negro enjambre de moscas acribilla la mesa y me espera de pie firme; no hay arbitrio que las espante y caen en el sitio, como la guardia de Waterloo. Tomo el partido de sepultar mi pan bajo el mantel, mi vaso bajo un plato y así, con ayuda del mozo que esgrime una pantalla, pruebo algunos bocados, sin mirarlos demasiado.

La fonda — *the leading hotel*, dice mi guía yankee — da sobre la Plaza mayor, que es también el paseo público, enfrente de la catedral. Rebosa de follajes y flores, y su contorno rectangular está enlosado de mármol : es el lujo y el orgullo de la población, el « Santa Lucía » de Veracruz. Los « veracruzificados », hombres y mujeres, habituados al cascote de sus aceras, no pueden agotar la sensación deliciosa de resbalar en las losas : es una moda elegante el caminar allí arrastrando los pies, como quien patina, — y desde mi cuarto abierto, después de media noche, seguiré oyendo la enervante resbalada. Á la tarde, los buitres aportan en bandadas y se forman en filas sobre la cúpula y los campanarios, como canónigos en cabildo : su espesa franja negra cubre balaustres y cornisas. Otras aves oscuras silban, pían, graznan insoportablemente en los follajes ; no se percibe una nota dulce, un arrullo de tórtola. Parece que en Veracruz cualquier belleza natural se presentase desviada, degenerada, pervertida. De las flores abiertas, de las verdes espesuras se escapan los efluvios de fiebre y el miasma mortal ! Las aves que en otras parte son la nota alegre y juvenil de la naturaleza — algo así como la obra inútil y encantadora del séptimo día — no están aquí representadas sino por sus especies innobles ó displicentes : mirlos y urracas, que parodian el canto del ramaje, cuervos y zopilotes repugnantes : los *croque-morts* de la ornitología !

Después de dos ó tres vueltas en la plazuela, quedo varado en un banco, — tan enervado por la volátil cencerrada, que veo lle-

gar sin un estremecimiento la banda municipal, blindada de cobre, cubierta de galones y entorchados... Por supuesto que, para hacer juego con lo demás, habría de ser intolerable. De ningún modo; su desafinar no es intermitente, como el de otras bandas pretenciosas, sino homogéneo y diré metódico; los ritmos se alargan con languideces criollas que, para un repertorio de *palomas* y *zapateados*, están en situación. El mismo repertorio es una muestra de gusto relativo, en esta latitud: temía « selecciones » italianas ó « perlas de salón ».

El « Todo-Veracruz » ha invadido la Alameda, á remolque de los trombones; se desarrolla lentamente en torno de los naranjos y magnolias, bajo la cruda luz que entenece los follajes. Damas y caballeros visten telas claras, llevan flores en el ojal, en el seno, en el cabello; se respira un ambiente capitoso de jazmines. Muchos jóvenes parecen raquíuticos, achaparrados; al verlos arrastrar la pierna, me ocurre que, para algunos, el patinar en la losa puede ser el esquema elegante de un vago reumatismo ó de la ataxia próxima. Las muchachas son menudas y frágiles, no feas en general, ni mal emperejiladas, merced á la ausencia de imitación « parisiense »; algunas, bonitas, á despecho de su busto liso y su espalda estrecha donde cae una trenza maciza; un encanto mórbido se desprende de su pintada palidez. No pocas, sin duda, están convaleciendo y, después de la siesta desmayada, han recobrado para la noche un poco de vida facticia y alegría *falote*.

Todo este pequeño mundo enfermizo ríe y juega durante una hora en los perfumes y la música. Los grupos tararean ó esbozan la habanera ejecutada, desbordantes de entusiasmo: con razón la guía señala esta función al aire libre, entre los *characteristics* de Veracruz! (1) Pero lo que arrebatá al público, es la *Marina* sentimental y cursi que la concurrencia entona á media voz. Oigo este grito irresistible y farmacéutico en una boca de mujer: ¡*Qué ja-*

(1) *There is music, usually in the evenings, on the main plaza.*

rabe! — Son sinceros; experimentan ante ese ideal para horteras y esa tristeza de romanza la misma sensación estética que otros ante el *allegretto* de la séptima Sinfonía. Siendo el efecto idéntico, aunque procedente de causas tan diversas ¿quién decidirá en cuál hay mayor dosis de convención?... Y, desde mi alcoba, por la abierta ventana donde la velada luna llena me rememora el tragaluz del camarote, sigo las voces jóvenes que suavizan y *algodonan* las quejas desgarradoras de un pistón frenético: *En las alas del deseo mi ilusión la ve flotar!*... Me duermo á medias en mi catre de lona, al compás de la mecedora canción, y, no sé cómo, atraviesa mi sueño el afeitado espectro de esa Inés de las Sierras, evocada y fijada por Teófilo Gautier en uno de sus esmaltes inalterables :

Nodier raconte qu'en Espagne

-- *Trois officiers, cherchant un soir*

Une venta dans la campagne...

EL ANÁHUAC

Después de una noche pasada en claro, bajo el ilusorio mosquitero, estoy en pié al rayar el alba, impaciente por tomar el tren de México. En la sala de espera, oigo protestar contra el madrugón: sin duda, otros poseen una « virtud dormitiva » que triunfa del calor y de lo demás. Por mí, habríamos partido tres horas antes, perdiendo la vista de los alrededores de Veracruz, con sus médanos y chaparrales salpicados de infectos pantanos, donde algunos *jacales* techados de palma me traen recuerdos de la tierra. Bastaba abrir los ojos después de Soledad, para saludar de paso el Camarón de gloriosa y patética memoria (1). El tren de la Compañía mexicana es

(1) El 1° de mayo de 1863, una compañía del regimiento extranjero (62 hombres) se defendió en esta hacienda un día entero contra 3000 mexicanos. Quedaron *tres* hombres ilesos que al fin « capitularon con los honores de la guerra », y recibieron la cruz de la

bastante confortable, con su lujoso Pullman americano, — sólo que no hay nada de comer ni beber: almorzaremos en Esperanza, hacia el mediodía. La vía está admirablemente construida, y el camino hace olvidar todas las abstinencias: es propiamente una maravilla!

La subida comienza á partir de Soledad; el ambiente se aligera, y, en el júbilo universal de la mañana, la naturaleza tórrida oculta su aspecto hostil y sólo ostenta su belleza. Cruzamos puentes sobre arroyos tributarios del Atoyac, vamos trepando por entre la roca viva, con no sé qué prisa por escapar de los lazos de esas «tierras calientes», cuyo abrazo es funesto como el amor de Circe. La vegetación de la zona ardiente revienta aún en las quebradas, intacta y omnipotente, á esta altura de 1500 pies; los cañaverales y cafetales extienden sus cuadrículas de verde más tierno en los valles y laderas. Alternan con los triviales plátanos y palmas, los altos helechos y los izotes de latas rígidas; todavía estallan las orquídeas junto á los follajes oscuros de guayacos y caobas, y se mezclan á las flores rojas de los tulíperos. Pero esta naturaleza excesiva parece ablandarse para la despedida, y purifica su caricia malsana la brisa de las montañas próximas.

Enfilamos el túnel de Chiquihuite y, en seguida, un puente metálico de 330 pies corta la pintoresca cascada de Atoyac. Aquí es donde principia la verdadera ascensión, sobre rampas de cuatro por ciento, subiendo curvas que parecen insensatas, por entre paisajes espléndidos. Un orgullo humano hincha el corazón delante de tanto prodigio realizado, — sobre todo al recordar que esta parte de la línea ha sido construida en medio á las revueltas, hace más de treinta años. En la delantera y trasera del tren, acaban de uncir dos poderosas locomotoras Fairlie para trepar la terrible escalera de Orizaba y Maltrata. Entusiasma verlas acometer la ruda tarea con su jadeo formidable y rítmico, arrebatando por arcos declivosos de

Legión de honor. Durante la ocupación, cada vez que pasaba allí un destacamento francés, los tambores tocaban marcha, los soldados presentaban las armas y los oficiales saludaban con la espada. Hay un monumento costeadado por el gobierno mexicano.

cien metros de radio, el tren articulado que retuerce sus vértebras entre la muralla de granito y el abismo : se tiene gana de aplaudir!

Subimos y giramos sin tregua alrededor del cambiante panorama. Primero se contempla el paisaje en alta perspectiva, luego se le corta á nivel, para volverlo á ver todavía, desde el recodo superior, proyectado horizontalmente, á guisa de relieve topográfico. Durante media hora, el mismo sitio se presenta sucesivamente como montaña, meseta y valle profundo. Desde Atoyac hasta Córdoba, en veinte millas de trayecto, se sube de 1500 pies á 2800 sobre el nivel de Veracruz. Continúa la subida de la rampa abrupta por entre ese paisaje de hechizamiento. Cruzamos la honda y ancha torentera de Metlac sobre un puente de acero que forma un cuarto de círculo de ciento veinte metros de radio y tres por ciento de grado, á una altura de 92 pies sobre la sima. El valle encantador de Orizaba, al pie de su pico nevado y resplandeciente, marca la entrada en las tierras templadas. La ciudad, blanca y alegre, se divisa, bajo su velo matinal de gironada bruma, en su marco de espesa verdura, donde los robles y nogales se mezclan ya con los últimos esplendores del trópico. La lucha está empeñada entre ambas naturalezas; pero es la nuestra, la buena y sana vegetación alpestre, la que está pronta á vencer... En la estación, me ofrecen mangles, pomarosas, granadinas que saben á tunas demasiado fragantes... No; basta, decididamente : creo que por algún tiempo no me harán falta...

Seguimos la marcha, y á poco, en Maltrata, un enjambre de indicitas frescas nos invaden con ramilletes de gardenias y violetas, nos cargan de canastillas llenas de peras, cerezas, albaricoques y fresas perfumadas. Me echo encima, la boca llena de agua, cual delante de un envió delicioso de la patria. ¡Qué desayuno! Se come más y más, se compra todavía, se hace provisión de flores y frutas; las banquetas del pullman se convierten en puestos de mercado... Ahora, en la subida que continúa, la montaña ostenta la riqueza agreste de los Alpes y los Pirineos : erguidas encinas de follaje calado, olmos macizos, esbeltos alisos, abetos oscuros, desplomados

en los declives y, más arriba aún, la pirámide aguda de un gigantesco ciprés. El aire fresco nos trae efluvios resinosos y salubres. ¡ Cuál se dilatan mis pulmones europeos, lejos de esas travesías debilitantes, de esas emanaciones perversas del ecuador! ¡ Cómo se aspira la salud, el gozo de vivir, en el seno reconfortante de esta naturaleza septentrional! Es ésta la verdadera madre de la humanidad civilizada, la nodriza robusta y dura — y no esa querida criolla, con sus caricias llenas de traiciones, sus siestas lánguidas y enervantes, ladronas de virilidad!

Por todas partes, campos cultivados, aldeas de techos rojos en torno de los pintados campanarios; vacas y ovejas manchan alegremente las pendientes; los potros galopan en las praderas, la crín al viento: y ante esa fiesta de la tierra fecunda, esa plácida y eterna geórgica de la zona templada, un *Salve magna parens* vaga en mis labios, que se dirige á otras comarcas americanas, donde este espectáculo no es un accidente, — las que reservan á la Europa del siglo veinte sus campos de promisión.

Prosigue la ascensión; franqueamos por instantes claros arroyuelos que trazuman de las paredes de granito, cortadas á pico y ya jaspeadas de musgo, con ramitos verdes y azules en sus grietas húmedas. Ahora empieza á sentirse frío; andamos por la nubes; la roca desnuda desgarrá á trechos el humus delgado. Pero la vida vegetal no desfallece aún: lucha y se transforma antes de sucumbir. Los pinos y hayas tenaces se engrapan en la piedra, se retuercen sobre los helados torrentes, como para resistir al llamamiento vertiginoso del abismo. El espectáculo reviste una grandeza indecible que aplastaría nuestra infimidad, si no se mirara siempre la valiente locomotora casi humana que siguié trepando, dominando la sojuzgada naturaleza, en su desdén soberbio de las quebradas y precipicios que atraviesa sobre un alambre! Se siente la embriaguez del libre espacio y de la altura, hasta que el próximo túnel da breve tregua á la vista fatigada; pero, al pronto, una vislumbre de tronera parece vagar sobre la máquina, crece rápidamente, ahuyentando

las tinieblas como humareda, y el día claro resplandece de nuevo sobre un leñador que hunde su hacha en un tronco, un hato de cabras desgranado en la falda, un indiecito que arrea su burro y nos mira pasar con sus ojos tranquilos... Pero los grandes árboles se espacian más y más; la hierba rasa y los arbustos mezquinos anuncian la vecindad de los nevados y volcanes. Ya parece que toda fuente de vida vegetal esté agotada, cuando en Boca del Monte, cerca de la cumbre, á 8000 pies, un último bosque de coníferas colosales surge á orillas de la vía, arrojando una suprema nota triunfal, á manera de un *morituri* de gladiadores que ostentan su orgullo y sus músculos en el instante mismo de sucumbir. Son las sorpresas de la sierra tropical.

En Esperanza, estamos al borde del Anáhuac, cuya altiplanicie se prolonga hasta México. Los maquinistas desenganchan las locomotoras Fairlie, y, durante el almuerzo, pienso que en seis horas hemos recorrido la escala vegetal que va desde la zona tórrida hasta las cumbres alpinas. También es aquí donde los trenes que se cruzan canjean su escolta de seguridad,—pues es cosa muy sabida que el bandolerismo no existe en México, desde el advenimiento de Porfirio Díaz!

Surcamos ahora la altiplanicie de Anáhuac con su limitado horizonte que, hasta México, forma un circo moviente de serranías. Alrededor del alto Popocatepelt, cuya nevada cumbre se esfuma en las nubes, los cerros menores apiñan sus grupos parduscos, como un rebaño en torno de su pastor. El tren sigue rodando hacia la montaña cercana sin alcanzarla jamás, cual si transportara consigo la oblonga meseta. La extensa llanura está muy poblada; á derecha é izquierda de la vía, los caseríos se suceden hasta las primeras ondulaciones de la falda; los campanarios rompen la monotonía de los cultivos: campos de centeno, maíz, cebada. Algunas haciendas son construcciones macizas, de gruesas murallas grises coronadas de miradores, cuyo aspecto participa del *bordj* argelino y del castillo feudal. Los indios hormiguean en otras labranzas, prontas para la

próxima siembra. Á trechos, parches de aive, verdes juncales en las cañadas, que me traen á nuestra frontera de Santa Fe... Pero, ante todo, esta es la región del maguey : durante leguas y leguas, el agave productor del pulque alarga interminablemente sus hileras de dardos agudos, plantadas al tresbolillo. — No hablemos ligeramente de esta bebida nacional, tan necesaria para el pueblo mexicano como la cerveza para el germano, y tan simbólica como el soma de los antiguos arios. Desde el distrito de Apam, el Munich indígena, diariamente, se le despacha á México en trenes especiales. Un imponente cuadro de Obregón, más reproducido que la imagen de Guadalupe, consagra esta borrachera patriótica : desde su trono imperial de alta gradería, el Gambrinus azteca, profusamente emplumado, apura la primera copa del néctar divino : aquello se intitula LA INVENCIÓN DEL PULQUE, como si dijéramos la « Invención de la Santa Cruz », — y no es para mí flaca satisfacción, el que mi *gusto* concuerde con el de un pueblo entero, al declarar sin ambaje que la pintura es tan sabrosa como la bebida — y recíprocamente.

La lluvia ha comenzado en Esperanza y seguirá hasta México. Naturalmente, me libro del polvo, que es el flajelo del Anáhuac ; pero el frío se acentúa, pues, desde Lima, me he acostumbrado á dejar el sobretodo en el bagaje. No hay nada que ver entre la tierra gris y el cielo gris, nada que leer, fuera de un papelucho de Veracruz que me sé de memoria, desde el editorial hasta los avisos del montepío... Dirijo la palabra á mi vecino más apetitoso : resulta un viejo mexicano tartamudo, sordo á medias y « liberal » á enteras, que me toma por español y se deja caer á brazo partido sobre los franceses de la intervención. Me divierte infinitamente, y, por momentos, temo que lo sospeche. Me enseña el antiguo camino real que ahora costeamos, donde un azteca de traje antecolonial camina descalzo tras de su asno, y, con sonrisa entre infernal é idiota, me explica cómo pasó por aquí de fuga el cuerpo de Lorencez, después de su derrota ante Puebla. El rechazo fué muy real ; en cuanto á la fuga, es tan cierta que, después de descansar dos días en los Álamos, casi

bajo el fuego del fuerte Guadalupe, esperando vanamente á los vencedores que no intentaron salir, el general Lorencez estuvo á punto de recomenzar el ataque. Pero tiene razón el inválido, lo mismo que los otros: 5000 franceses llevando el asalto á una ciudad fortificada de 75.000 mil almas, defendida por los 12.000 mil hombres de Zaragoza, bien artillados y parapetados tras de sus murallas: era partida igual y debíamos vencer! Y es por eso que el comandante Lefebvre, algunos días después, batía á *plate couture* al victorioso Zaragoza, cerca de Aculcingo, con el regimiento 99 de línea, haciéndole mil prisioneros; y que más tarde, Bazaine, —de quien todo puede decirse, menos que no era valiente hasta la locura— con dos regimientos y su 3° de zuavos que nunca le abandonaba, puso al ejército de Comonfort en plena derrota, en San Lorenzo, cerca de la misma Puebla...

Esos tristes recuerdos de historia, y otros más trágicos aún, me persiguen hasta la estación de Apizaco, donde arranca el ramal para Puebla. La lluvia sigue cayendo; el tren se ha llenado de mexicanos. Muchos jóvenes «decentes» visten el traje nacional: la corta chaqueta de torero que deja ver el cañón del revólver, largo como un trabuco, el ajustado calzón con su hilera de botones metálicos, el enorme sombrero cónico con su grueso cordón plateado. Se disfrazan de «charros», á manera de los porteños que volvían de la estancia con el poncho y la bota, hace medio siglo! Instintivamente, me siento ante un anacronismo. ¿Será por ello que, al punto, me desagradan tanto esos falsos «piratas de la sábana», de aspecto melodramático y aire de fachenda, que soportan tan dócilmente á don Porfirio?

El cielo bajo y anegado hace ya el crepúsculo en el wagón; me envuelvo en el *zarape* que he comprado á un buhonero y, desde mi rincón, miro melancólicamente las charcas del camino, rumiando esa lúgubre historia, esa «gran idea del reino» que me hostiga sin cesar. Han debido nuestros pobres soldaditos recibirlos más de una vez en su espalda y en su rancho, estos aguaceros que

traen la fiebre! — y sin que jamás un reflejo de gloria legítima, una llama de sentimiento patriótico recalentase el vientre vacío y el cuerpo aterido :

*Petit pioupiou,
Soldat d'un sou,
Qu'as-tu rapporté du Mexique ?...*

¡Qué cosa podía traer el soldado, de esta aventura ambigua, tan oscura en su origen como en su real propósito, á no ser el hábito del merodeo y del desorden, la tendencia ó el derecho de despreciar á sus jefes, — todo lo que, más tarde, contribuirá á preparar el desastre final? — El ejército asistía á las desavenencias de las autoridades civiles y militares, á las competencias codiciosas entre refugiados mexicanos y agentes franceses, á esas organizaciones de « contraguerrillas » que recogían bajo la bandera de la Francia la espuma de la filibustería internacional, á esas cacerías matrimoniales de los Dono, Bazaine, Saligny : á esa lucha de intrigas entre sus generales y los Almonte y Labastida—clericales de salón y oficiales de antesala, prontos á vender á sus aliados como entregaron á su país, y que empujaban á Maximiliano por el camino fatal de Querétaro.

¡Pobre diablo de emperador en comisión, traído como un accesorio en los furgones del ejército extranjero! Hoy nos parece imposible que semejante empresa haya germinado en cerebros y corazones sanos — y todo se achaca á la alucinación de Napoleón ó á la corrupción de Morny, olvidando que hombres como Michel Chevalier — una inteligencia y una probidad — que conocían á fondo á México y los Estados Unidos, apoyaron con vehemencia la funesta expedición.—He leído, en no sé qué casino ó club del Pacífico, un artículo de Claudio Jannet (1) en que se emite este pensamiento « profundo » bajo una forma un tanto romántica : Napoleón III *releva le trône d'Iturbide sur la tête de Maximilien*. ¡Un trono sobre la cabeza! Debía de ser

(1) *Revue des Deux-Mondes*, marzo de 1893.

muy incómodo, por momentos, y bastaría á justificar su anunciada abdicación. Y ello, que no era sumamente fuerte, esa cabeza de Maximiliano! Bueno, generoso, iluso, sin mucha inteligencia ni carácter, era de esa semilla de archiduques y generales áulicos que, desde Jemmapes hasta Sadowa, han dejado en la historia un reguero de derrotas.

Su muerte fué digna de un Habsburgo. Con todo, malogró su salida, como su entrada. Quisiéramos encontrar en ella menos resignación cristiana, no sé qué resumen altanero y despreciativo que fuera un castigo y una lección: un ancho escupido al rostro del traidor, un latigazo en plena faz del indio que se vengaba como verdugo después de no pelcar como soldado: la palabra suprema y vengadora que acreciera nuestro aprecio sin atenuar nuestra piedad...

De repente, el nombre de Otumba que suena en la noche barre todos estos recuerdos contemporáneos, evocando otras imágenes más altas y lejanas. ¡Hernán Cortés! No era la voluntad ni la energía lo que faltaba al que se batió aquí, há cerca de cuatro siglos! Con todo, su alma heroica y ruda de conquistador había también sufrido la víspera su hora de flaqueza humana. Cuéntase que lloró, durante la agonía de la *Noche triste*, bajo el ciprés que la tradición enseña en Popotla, por estas cercanías. Era fuerza partir, abandonarlo todo después de tenerlo todo conquistado, escaparse en las tinieblas, á raíz del inmenso desastre, abriéndose la retirada á través del país sublevado. Entonces el jabalí detuvo la fuga, hizo frente á la jauría furiosa (1), y, á fuerza de audacia y desesperada intrepidez, repuso su fortuna. — Y es un privilegio fugaz del forastero, esta evocación de un pasado lejano y de una epopeya bárbara, por la sola virtud de nombre lanzado en la obscuridad, durante el *calderón* de tres minutos de la locomotora...

Á las ocho, en la noche cerrada y bajo la lluvia, llegamos á la es-

(1) Es la misma expresión de Bernal Diaz: « Y con qué furia los perros peleaban » 1

tación central de Buena Vista. No reprocho á México el carecer de encanto en tales circunstancias. Estoy tiritando y casi rendido; temo que el zarape de Puebla haya llegado algo tarde. Mi vecino, el liberal galófono, se despide de mí con esta advertencia siniestra : *¡Cuidado con el tifus de México!* — ¿Cómo, todavía?

P. GROUSSAC.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

POLÍTICA ELECTORAL

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL ENTRE EL GENERAL MITRE Y EL DOCTOR IRIGOYEN

Accediendo á instancias nuestras, los señores general don Bartolomé Mitre y doctor don Bernardo de Irigoyen nos han comunicado los originales de las cartas que van á leerse, autorizando su publicación. Creemos que despertarán vivo interés, así por la personalidad de sus firmantes como por la misma materia discutida.

Es muy sabido que, lejos de perseguir temas de actualidad, la *Biblioteca* consagra sus páginas á trabajos de historia, ciencia y literatura, manteniendo su modesta propaganda en la serena región de las ideas. La benevolencia con que ha sido acogido nuestro esfuerzo no puede sino incitarnos á conservar su índole á esta publicación, dejando que otros se ocupen de lo que *pasa*, para dedicarnos por entero á lo que *queda*. Pero, en el caso presente, juzgamos que por rara excepción se concilian ambas tendencias. Al interés que siempre despierta una elevada discusión entre hombres ilustres, se une aquí la importancia del problema estudiado con sinceridad igual, si bien con criterio distinto. Los conceptos que formulan

ambos estadistas, por lo mismo que se expresan en el abandono del estilo confidencial, encierran enseñanza para lo futuro, á par que caracterizan un momento solemne de la historia contemporánea. Nada más cierto, en estas democracias, que la antigua máxima : « hoy es el padre de mañana », puesto que sus evoluciones sucesivas, con producirse regulares y rítmicas, responden á la esencia é ideal de su plan orgánico. Por lo demás, las circunstancias á que se refieren estos documentos viven en todas las memorias, y basta resumirlas en pocas palabras para nuestros lectores del exterior.

El otoño de 1891 señala en verdad una hora crítica de la historia argentina : el paroxismo de esa presidencia tremenda que necesitó hacer orden precario con el desorden triunfante—y espera todavía á su juez imparcial. En los tres meses que median entre la vuelta del general Mitre y la renuncia de su candidatura, puede decirse que se jugó día á día la suerte del país, sin que, por momentos, acertaran los espíritus más serenos á fijar el rumbo que seguía la nave entre el cielo sin estrellas y las olas ingobernables. La convención cívica del Rosario había designado al general Mitre y al doctor Irigoyen para la futura presidencia : era la solución instintiva del patriotismo. Todo peligro parecía conjurado. El 18 de marzo llegaba de Europa el candidato « nacional », siendo objeto de una ovación popular indescriptible. Al día siguiente, el general Roca, en nombre de su partido, manifestaba públicamente su adhesión, y se inauguraba el Acuerdo. Pero, casi en la misma hora y en los extremos opuestos del campo político, asomaban síntomas de una fermentación latente ; por una parte, un grupo de generales del ejército organizaba un núcleo de resistencia antimitrista, por la otra, el comité cívico rechazaba el acuerdo, y poco después (12 de abril), estallaba un manifiesto del doctor Alem que producía la escisión del partido revolucionario. Con todo, se mantenía intacta, en apariencia, la solución electoral. Dueños de las situaciones provinciales los partidos unidos, bajo las garantías de orden y pres-

cindencia prometidas por un Presidente que las haría cumplir, podía contarse con el triunfo asegurado y en cierto modo legítimo, contra todas las amenazas y violencias de la fracción cívica que, desde el cisma, se apellidaba « radical ».

Hasta principios de junio, como se ve por los documentos presentes, y á pesar de ciertas reticencias perceptibles, subsistía aún la combinación Mitre-Irigoyen. Pero ¿ cómo se realizaría la doble elección? ¿ Habría de suprimirse la lucha, reemplazándola por una ficción más ó menos legal que importara una mera ceremonia de investidura, ó, al contrario, convenía aprovechar las garantías acordadas restableciendo el mecanismo del sufragio popular en los comicios? Tal es la cuestión, secundaria en la apariencia (puesto que se iba á un resultado conocido), pero en el fondo primordial, que se discute en estas cartas, por los dos hombres políticos más directamente interesados en la solución.

Sea cual fuere la parte de « ecuación personal » que inconscientemente desvíe á cada uno hacia su propia fórmula, no es discutible que ambos quedan fieles á sus antecedentes: el doctor Irigoyen, al encarecer la necesidad de poner en movimiento el aparato constitucional, siquiera por esta vez funcione de vacío, á modo de rueda loca; el general Mitre al mantener el carácter excepcional de su candidatura, dadas las circunstancias críticas porque atravesaba el país. Si está evidente la sinceridad de uno y otro, no menos que su altura de miras y su despreocupación personal, con todo es permitido señalar en la interesante controversia el matiz que proviene de las tendencias partidistas. Cuando el general Mitre afirma que « la República no se encuentra en condiciones electorales » no sólo ahora sino « hace *por lo menos* tres períodos presidenciales », nos parece que emite una opinión exagerada y *parcial*—es decir *partidista*; ambas expresiones son sinónimas. No nos parece que pueda sustentarse históricamente la tesis de que (para tomar el ejemplo más tópico) la lucha presidencial del 74 fuera menos ardiente y popular que la de 1868.

Nadie, por cierto, admitirá que la República se encontrara entonces — ni se encuentre ahora — en perfectas « condiciones electorales ». Al sufragio universal podría aplicarse la célebre definición de la felicidad : *es una desgracia más ó menos consolada*. Toda elección es más ó menos ilegal ; es cuestión de grados. El general Mitre tiene y conserva la gloria indisputada de no haber impuesto á su sucesor ; pero, ello reconocido y proclamado, no podemos aceptar que sean « condiciones electorales » aquéllas de 1868, en que los candidatos Alsina, Urquiza y aún Elizalde (por medio de Taboada, candidato á la vicepresidencia) echaron en la balanza el peso compacto de sus feudos respectivos — sin contar con un solo voto en los demás (1). Ello se parecía bastante á esas partidas de *écarté* entre jugadores harto expertos, en que, infaliblemente, el que es mano vuelve el rey. En una federación, las condiciones de una elección legal no dependen única ni principalmente del gobierno central ; y si, entre nosotros, suele suceder lo contrario, es porque, en realidad, no somos ni seremos una república federal. — La verdadera tesis del general Mitre hubiera podido ser otra, pero él no la debía formular, ni es momento de indicarla en estas páginas.

Pensamos que la doctrina del doctor Irigoyen es la más sana y racional, no sólo en absoluto, sino en las mismas circunstancias angustiosas que se invocaban para combatirla. En política como en fisiología, el solo gesto de un acto es sugeridor del acto mismo y conduce á su real ejecución. Aunque la lucha electoral no entrañase dudas ni peripecias, convenía á todas luces llevar al pueblo á los comicios y reanudar su educación constitucional. Ese ensayo de lucha casi ficticia era el mejor estímulo y preparación para el libre ejercicio de los derechos políticos y el funcionamiento legal de los partidos. Ahora bien, este funcionamiento es indispensable, siquiera se ejecute imperfectamente, y á costa de fraudes parciales ó violencias

(1) Sarmiento alcanzó una escasa mayoría, merced al bloque indiviso de Buenos Aires que Alsina le cedió como cosa propia.

pasajeras. Todo es mejor que la abdicación cívica, madre de los despotismos. El vicio incurable de los « acuerdos », fuera de tender á una verdadera emasculación política, reside en su impotencia para dotar de vida robusta á sus propias creaciones. Todo gobierno surgido de esas combinaciones nace huérfano de opinión, y está condenado á vegetar á la sombra de protectorados inestables, que concluyen por batirse sobre la espalda del protegido. Para el buque velero, el peor enemigo no era la tempestad, sino la calma completa, que consumía los víveres y acentuaba más y más el peligroso desequilibrio de la estiba.

Otro grave inconveniente de las coaliciones es su inmoralidad política : traicionan la ley del sufragio universal, puesto que significan una mayoría obtenida por la unión de dos minorías, y conducen fatalmente al monipodio de los empleos y comisiones. Tienen, por último, á perpetuar la vida parasitaria de esos subpartidos y grupos casi siempre personales, que son la rémora ó el escollo de las instituciones republicanas.

En una república no deben existir sino dos partidos ; con el tercero, como ha sucedido en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, comienza el falseamiento del gobierno libre. Por todas esas razones, la lucha electoral, apasionada y ardiente, aun con un minimum inevitable de abusos ó excesos, es buena y sana. Es necesaria : agrupa en dos masas compactas á los partidos ; impide la formación de círculos disidentes, obligando á los ciudadanos á pronunciarse por una ú otra solución, y, sea cual fuera el resultado, inviste al elegido con la autoridad imponente de una sanción popular.

¿Qué habría sucedido si, cumpliendo el voto nacional (que seguramente interpretó en una hora dada la convención del Rosario), hubieran ascendido al gobierno de la República los dignos candidatos que, ahora, *se consolent entre eux*, y someten al juicio público su pacífica contienda doctrinaria? Muy aventurada sería cualquier conjetura. Cuando más, es permitido creer que se hubieran ahorrado á la República algunas revueltas y zozobras, y que, presidiendo todavía ahora

nuestros destinos el general Mitre y el doctor Irigoyen, la incógnita del inminente problema electoral estaría despejada, ó poco menos. ¿Qué hubiera sido del partido radical, privado del influjo moderador que no ha bastado á constituirle; qué del nacional, protector nato y *sub conditione* de otro partido cerrado que, semejante al clerical, no gusta de compartir el poder sino cuando no lo detiene?

Preferimos no seguir pisando este terreno movedizo y, antes de escuchar la palabra de los dos ilustres repúblicos, concluir sobre una reflexión optimista. Al fin, las cosas son más sabias que los hombres: después de tantos errores y convulsiones estériles, encontramos al país curado de su largo marasmo económico, exento ya de preocupaciones internacionales, confiado en un ejército cuya fuerza se decuplica al apoyarse en el concurso patriótico de las nuevas generaciones, y, por último, examinando con frialdad, sin que la pretensión parezca excesiva, la posibilidad de reasumir espontáneamente ante el mundo la plenitud de su crédito, como un anuncio certero de su nueva y más sólida prosperidad. ¿Qué mayor indicio de haber alcanzado ya la República el período de los pueblos adultos, en que el progreso nacional se independiza poco á poco de la tutela gubernativa, y no necesita el país emancipado más que el orden garantido y la buena administración? Será un gran signo para la Argentina, el día en que, casi única entre todas las repúblicas hispano-americanas — hasta ahora gobernadas, es decir dominadas, por un soldado vencedor ó un caudillo prestigioso, — puedan contestar prácticamente á la pregunta de James Bryce: *Why great men are not chosen Presidents?* ostentando en la presidencia á medianías tan perfectas como Garfield ó Mac Kinley!

Confidencial.

Buenos Aires, 5 de Junio de 1891.

Señor Teniente General don Bartolomé Mitre.

Mi distinguido general y amigo :

Creo corresponder á las amistosas manifestaciones con que Vd. me ha favorecido, exponiéndole ingenuamente mis opiniones, respecto del procedimiento que se insinúa, para resolver la cuestión electoral.

Vd. piensa que si la Union Cívica no llega á un acuerdo con el círculo convocado por el señor Igarzábal y otros señores, no debe asentir á que su nombre figure en la próxima evolución electoral; y si ésta fuese su resolución definitiva podría quedar contrariada la Convención del Rosario, en los patrióticos propósitos que la indujeron á proclamar á Vd. candidato de la Unión Cívica para la presidencia de la República.

Declinando Vd. el voto de aquella asamblea, será indispensable convocarla para que se pronuncie sobre su renuncia, y quedaríamos envueltos en incertidumbres de orden diverso, exponiendo la integridad de la Unión que contribuimos á fundar y cuyo programa sostenemos como expresión de principios y de aspiraciones nacionales.

Al regresar á la República, Vd. manifestó el anhelo de que un acuerdo patriótico suprimiera la próxima lucha, librando al criterio de los partidos aquel pensamiento y, si fuera aceptado, la incumbencia desancionar los medios de hacerlo efectivo.

Si, como creo, la inteligencia que doy á las palabras de Vd. es exacta, estamos llamados á reflexionar, si los arreglos pueden iniciarse sobre la base estrecha de los nombres, ó si es posible llevarlos al teatro claro de los principios.

Á mi juicio, las discusiones en este terreno ofrecen la ventaja de aproximar las opiniones, mientras las controversias sobre nombres,

que tienen á veces significaciones diversas, apasionan y dividen más y más, cuando los círculos llamados á conferenciar están aún bajo los resentimientos de una revolución que les impuso irreparables sacrificios.

Creo, General, que el acuerdo insinuado no se extenderá á eliminar, ni en la forma ni en el hecho, las elecciones indispensables en nuestro sistema político. Importaría suprimir la lucha, entendiendo por ésta las falsificaciones de los partidos, las intromisiones de los poderes oficiales, y los abusos que han sofocado en diversas épocas el voto de la Nación, y habría ciertamente previsión en eliminar esa conculcación de la verdad y de la ley.

Pero las elecciones tranquilas, requeridas para la organización del gobierno y para nuestro crédito institucional, lejos de encubrir peligros públicos, producen expansiones legítimas y sometimientos consistentes; y pienso que si el acuerdo se promoviera para garantizar, al presente, los derechos que la Constitución confiere á los ciudadanos, y preparar una elección presidencial verdaderamente legal y libre, tendría el asentimiento del país.

Presumo que la Unión Cívica adheriría á esta fórmula, y que el partido oficial no la rehusaría, porque no es de esperar, en estos días de triste prueba para la República, resista el cumplimiento de los primordiales preceptos de nuestra Carta fundamental.

Aceptada con sinceridad la idea, sería fácil establecer los compromisos para hacerla efectiva, entrando naturalmente en primer término la buena fe y la honradez política, sin las que toda conciliación es fugaz y todo convenio insubsistente.

La forma que indico facilitaría la solución, apartándola de una esfera complicada, y uso deliberadamente esta palabra, porque bajo la apariencia reducida de disidencias sobre nombres, se encubren cuestiones de preponderancia más ó menos conformes con la índole del sistema que nos rige. Suprimiría los retraimientos que impone á muchos ciudadanos el recelo de ser sospechados de sumisiones desairadas, y, permitiendo la participación de los círculos que no han

iniciado trabajos, y de los ciudadanos que aún no se encuentran afiliados en programas determinados, daría por resultado un gobierno de concordia, puesto que el escrutinio representaría la decisión nacional.

De este modo estableceríamos un precedente digno para todos, y disipando las inquietudes de la actualidad, prepararíamos los ánimos para extender el acuerdo, si es posible, á las combinaciones que se insinúan, ó para que todas las opiniones se manifiesten en la órbita de la ley.

No desconozco las observaciones que pueden formularse: dirán algunos que la esperanza de una elección libre es ilusión propia de espíritus candorosos, y recelarían otros que las agrupaciones electorales alteren los nombres proclamados. No rechazo como imposibles ambas objeciones, pero pienso que, comprometidos el Presidente y sus Ministros á garantizar la abstención de las influencias oficiales y el respeto á la libertad electoral, como medio de serenar las zozobras dominantes, no defraudarían las esperanzas públicas ni la fe de la palabra empeñada; y reputo improbable la sustitución de la candidatura de Vd., proclamada por la Unión y aceptada por la opinión. Pero si contra esta presunción se levantaran otros nombres y alcanzasen el sufragio de los pueblos, no se contrariaría, seguramente, el desprendimiento de Vd.; y en cuanto á mí, consigno con agrado en esta carta que, como tuve oportunidad de significarle á Vd., daré sin violencia por clausurada mi vida política con actos que no me hagan desmerecer de la consideración nacional.

No debo disimular á Vd., General, que pesan en mi espíritu otras consideraciones. La opinión en la mayoría de las Provincias, está bajo la presión de una política intransigente y depresiva, inexplicable en este siglo de discusión y de luces. El derecho de votar, las libertades políticas, las puertas de los establecimientos de crédito, los respetos sociales: todo se niega con obstinación á los ciudadanos que resistieron los desaciertos de la pasada administración. El plan que propongo iniciaría en la República una política reparadora, y

la preparación de una elección libre importaría devolver ya, y sin aplazamientos, la autonomía á las Provincias, las garantías á los ciudadanos, inspirar moderación á los gobiernos y dar dias tranquilos á la República.

En oposición á esta perspectiva despejada, recelo que las combinaciones de nombres, por respetables que sean, no corrijan ni modifiquen el sistema de fuerza que impera en el Interior como medio normal de gobierno, y que la aparente aceptación de aquéllas sirva á calculos estrechos, para continuar absorbiendo la vida pública con detrimento de las instituciones y de la autorizada moral que debe investir el gobierno.

No es difícil, por otra parte, que la opinión en el Interior, recibiendo con indiferencia arreglos de perspectiva insegura, ó lejana para ella, se apartara del movimiento electoral. Si ese retraimiento se produjera, los círculos oficiales quedarían á rbitros de la elección, y el resultado de ésta carecería del prestigio y de los favores de la popularidad.

La Unión Cívica propenderá, á mi juicio, en la esfera constitucional, á la modificación de sistemas incompatibles con la razón de esta época, y no creará que puede ofrecer á sus aliados en el Interior, como única conquista de sus esfuerzos, la esperanza de que al terminar el año 92, se inicie en el orden federal la política levantada y recta que el País reclama en todas sus secciones, como ineludible exigencia del presente. Creo que hay conveniencia para los mismos que gobiernan, en que la libertad y el derecho imperen en toda la República, y que esto es lo único que puede asegurar el reposo de esta sociedad.

Permítame Vd. asegurarle que las pretensiones personales no agitan mi espíritu. En nuestras últimas conversaciones, tuve oportunidad de recordar que decliné el honor de ser propuesto para la vice-presidencia de la República en la elección del Dr. Avellaneda, más tarde en la del general Roca, y que, en enero, rehusé las indicaciones con que en el mismo sentido me favorecieron ciudadanos

respetables que no forman en las filas de la Unión; y Vd. se sirvió manifestarme que conocía la espontaneidad con que ha surgido últimamente mi nombre.

Derivadas nuestras candidaturas de una convención popularmente elegida, yo no procedería correctamente, retirando la mía sin anuencia de aquella asamblea. Pienso que ha podido procederse así, cuando las designaciones provenían de círculos más ó menos amplios, pero que actuaban bajo la influencia de los mismos candidatos. Sin embargo, estoy dispuesto á concurrir á mi eliminación personal si se resuelve reemplazarme con otro ciudadano que invista la significación que la asamblea del Rosario dió á mi nombre, asociándolo en segundo término al de Vd. Si procediese de otro modo, propendería á destruir la homogeneidad de la combinación proclamada y cuya conservación es de interés nacional, y correspondería mal á los que me honraron con su voto, defraudando el pensamiento político que tienen de llevar á las urnas una verdadera conciliación entre los partidos nacionalista y autonomista que componen la Unión.

He manifestado á Vd. ingenuamente el resultado de la reflexión que he prestado á este asunto, y me permitiré agregar que la Unión Cívica es, á mi juicio, una fuerza poderosa en la República, rodeada de los prestigios de la opinión, y que conviene mantener íntegra, para que sirva de base á una época de reparación que el País ardientemente reclama. Bajo la influencia de esta convicción, mis votos son porque se estrechen esos vínculos, forjados al calor de justísimos movimientos populares y cincelados en la primera convención electoral que ha tenido la República.

Pronto tendré el agrado de saludar á Vd. y de reiterarle las consideraciones con que me suscribo

Su att. serv. y amigo.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

Confidencial.

Buenos Aires, Junio 6 de 1891.

Señor Doctor don Bernardo de Irigoyen.

Mi distinguido doctor y amigo:

Recibo su estimable de ayer en el mismo día en que va á discutirse en la dirección de la Unión Cívica la actitud que debemos asumir en presencia de las cuestiones políticas que nos ocupan, y precisando más el punto, cuál es la política á seguir respecto del acuerdo en la cuestión electoral, que es la cuestión del día.

Empiezo por donde Vd. termina: la cohesión de la Unión Cívica.—Bien sabe Vd. lo que he hecho, no sólo para mantener su integridad, sino también su unidad moral.—En este sentido he hecho todos los esfuerzos posibles, y estoy dispuesto á agotarlos, aunque comprenda que en el camino en que aquélla marcha, será difícil mantener esa cohesión con un rumbo fijo que nos conduzca á una solución definitiva, en el orden electoral primero, en el orden gubernamental después.

Merced á esto la cuestión electoral se ha ido simplificando, hasta el punto de levantar los partidos la bandera de parlamento, y ponerse al habla para buscar y encontrar la solución nacional que el país reclama en las condiciones en que se encuentra.

Piensa Vd. que el acuerdo no se extendería á eliminar ni en la forma ni en el hecho las elecciones indispensables en nuestro sistema político, y que ello importaría, entendiendo por supresión de la lucha las falsificaciones de los partidos, la de las intromisiones oficiales y los abusos que han sofocado en diversas épocas el voto de la Nación. Así lo entiendo yo también, y pienso que el acuerdo de los partidos es el único que puede producir este resultado inmediato, como punto de partida de una nueva vida institucional.

Si he comprendido bien su pensamiento, el proceder que Vd. indica para arribar á un acuerdo, es la lucha misma, si bien la lucha pacífica, con las garantías necesarias para interrogar el voto verdadero de la mayoría. Si así fuese, en ese punto diferiríamos. Para realizar su plan, sería necesario que la República se encontrase en condiciones electorales, y bien sabe todo el mundo, que hace por lo menos tres períodos presidenciales que ella se encuentra fuera de esas condiciones.

Es por esto que, al aceptar mi candidatura, eliminé esa posibilidad ideal y me coloqué en los dos extremos: ó solución nacional por el común acuerdo de los partidos, ó, en caso de imposición oficial, lucha en reivindicación del sufragio popular. — Alcanzado lo primero, lo segundo no tiene razón de ser. La lucha está suprimida de hecho.

Es por esto también, que he declarado que mi nombre no sería, en adelante, bandera de lucha, y que aún prescindiendo de mi candidatura, trabajaría siempre decididamente por la política del acuerdo, á fin de formar un gobierno de concordia, valiéndome de las palabras que Vd. emplea en su carta, buscando el mismo resultado por otro método.

Mi anhelo sería que en el acuerdo triunfase en su plenitud la fórmula de la Convención del Rosario; y bien saben todos, como lo sabe Vd., que por lo que respecta á su persona, tiene su candidatura mi más decidida adhesión, y le consta también lo que en el sentido de mantenerla he hecho. Pero, hablando de esto con Vd. y el Dr. del Valle, Vd. manifestaba que su persona y su candidatura no sería obstáculo á una decorosa inteligencia de los partidos sobre la base de una candidatura que, sin revestir carácter de personalismo, mereciera el voto de la opinión como solución nacional.—Á esta fórmula genérica hemos llegado, y esto es lo que tiene que resolverse por el común acuerdo.

Por lo que á mí respecta, no hago cuestión de mi nombre ni de mi candidatura, y estoy dispuesto á eliminar ésta, toda vez que no

revista el carácter de solución nacional, único en que la he aceptado.

Estoy decidido á no dar á mi país, en las angustiosas circunstancias que atraviesa, una sola hora de inquietud por causa mía; y si no puedo ser una solución, estaré al servicio del orden y de la paz que es en estos momentos una necesidad imperiosa.

Si no se puede hacer una elección regular, menos se puede hacer una revolución, que aún siendo posible acabaría por arruinar al país, empeorando su situación, así en lo político como en lo económico.

Al proceder así y pensar de este modo, soy consecuente, como Vd. lo reconocerá, con las declaraciones que he hecho de un año á esta parte, al iniciarse el movimiento político que nos ha traído á la situación en que nos encontramos.

Como comprobante de esto, deseo que conserve en su archivo las dos cartas de que le adjunto copia (1). Una de ellas la conoce Vd.; la otra es la contestación. Estamos en el momento en que se va á empezar á definir cuál será la respectiva actitud en consecuencia de los propósitos contenidos en esas cartas.

Hemos de tener pronto la ocasión de vernos y comunicarnos con más extensión nuestras ideas, entrando á otras consideraciones con la franqueza y la cordialidad de siempre. — Mientras tanto, me es agradable reiterarle la consideración con que me suscribo

Su atento servidor y amigo.

BARTOLOMÉ MITRE.

(1) Se trata de una carta del doctor Alem y de la contestación del general Mitre.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Lecciones de Filosofía general, por el doctor E. J. WEIGEL MUÑOZ

Se atribuye á Richelieu aquel chiste fúnebre : « Me bastarían seis renglones del hombre más honrado, para hacerle ahorcar ». Muy lejos estamos de perseguir el « ahorcamiento » del señor Weigel Muñoz — aunque sólo fuera en efígie universitaria — pero no es dudoso que bastaría la lectura de su dedicatoria al doctor Eduardo Costa, ante una junta de Sorbona, para hacerle condenar á la última pena filosófica. El mismo *dedicado* y cómplice, á fuer de ex-ministro de Instrucción pública, no se escaparía de cantar la palinodia, por haber cometido la imprudencia — en que probablemente no incurriera su primo don Laureano — de nombrar profesor de filosofía general sin conocerle, á quien, por confesión propia, ni en la calle vió la asignatura. Nos dice el agraciado : « El Dr. Costa hizo una injusticia pero no un ingrato ». Y por cierto que tales sentimientos le honran ; pero, á la juventud estudiosa y al país, lo que más importa no es que un ministro despierte gratitudes particulares, sino que no cometa injusticias de orden y alcance nacional.

Para fundar nuestra sentencia, respecto del autor de estas *Lec-*

ciones, no serían necesarios los seis renglones de Richelieu: su solo título sería bastante. Sin afirmar perentoriamente que no exista — fuera de la obra fantástica de Azaïs—un tratado clásico con el título de *Filosofía general*, confesamos que no lo conocemos, y agregamos que tampoco tenemos noticia de existir tal asignatura en las Facultades alemanas ó francesas. Ello se comprende sin demostración: la filosofía es *general* por definición, siendo « la ciencia de las ciencias », y entonces la presente redundancia equivale á decir: v. g., *álgebra matemática*, ó cosa por el estilo. Se nos dirá que tal es el título oficial de la asignatura, pero la razón no es filosófica. Del libro impreso no es responsable la Facultad sino el autor; si éste diera en el lapso, ha podido y debido enmendarlo, tanto más cuanto que sabría muy bien que, en la mente académica, el postizo adjetivo no tenía más alcance que realzar la dignidad de la materia! Sin duda por existir ya la filosofía *rasa* en la enseñanza secundaria, no ha parecido mucho que, en la superior, se la ascendiera á « general ». Sólo falta ahora que en la Facultad de humanidades — de que es académico el autor de estas *Lecciones* — tengamos un curso de filosofía « mariscal ». Ahora bien, alguna vez que se ha empleado el doble vocablo,—fuera de la bibliografía y sólo en gracia de la brevedad — se ha dado á la expresión « Filosofía general » el sentido de filosofía « primera » y, como dice Balmes, « fundamental »: la *reine Philosophie* de los alemanes — ó sea la metafísica. No necesitamos decir que el señor Weigel Muñoz, enemigo mortal de las « abstracciones », no ha consagrado una sola de sus XXXVI lecciones á la metafísica; de suerte que, en último análisis y concediendo á la insólita designación un carácter didáctico que no reviste, resulta que la presente obra de todo tiene menos de filosofía general. No obstante, el autor hace metafísica sin saberlo — en el sentido de Voltaire — como vamos á tener el pesar de demostrarlo, si bien sin insistir demasiado en la demostración, porque, lo repetimos, no queremos la muerte del pecador.

Volviendo de pasada al prefacio de las *Lecciones*, basta su lectura para presentir que la obra no puede ser buena. Reservemos la forma realmente deplorable, con su mezcla de ingenua desenvoltura y énfasis pretencioso (1) — si bien creemos, como Mirabeau, que no puede pensar con fuerza y exactitud quien escribe ridículamente ;— no entremos en el análisis, siquiera breve y fragmentario de la obra: preguntémosnos sencillamente si, en 1896, es admisible, es tolerable que en la Universidad de Buenos Aires se hilvanen *au jour le jour* textos de enseñanza informes y mal nacidos, por profesores improvisados que nos declaran « no haber encontrádoslos adecuados sobre la materia », siendo así que los fabrican maleando á los que en todas partes corren impresos ?

« Al cabo de treinta y cinco años de enseñanza, dice Janet al comenzar su *Tratado elemental de filosofía*, hemos creído hacer una obra útil para los jóvenes... ». La diferencia de los criterios con que se juzga la competencia requerida para tal empresa, señala el valor de los estudios respectivos y el rango que con esta práctica tienen que ocupar los nuestros en el mundo universitario. En Chile, Brasil, México y los mismos Estados- Unidos, los textos clásicos de materias generales son en su mayoría traducidos ó adaptados. Allí— como aquí hace treinta años — se tiene la modestia de comprender que sólo puede hablar y escribir *ex cathedra* de una materia, quien haya hecho de ella su estudio exclusivo y prolongado (2); y como no existen regularmente en América, profesores como

(1) Casi no hay página — aun entre las que parecen traducidas de autores extranjeros, Ribot, Fouillée, Letourneau e *tutti quanti* — en que no salgan á relucir figurones ó candidos como las siguientes: « el balaste didáctico de la enseñanza » (pág. 3); « la Grecia antigua... esa *Bella Helena* (Offenbach!) de la Historia Universal » (10); « Pitágoras fué matemático, músico y orientalista » (13); « Locke no fué solamente un gran psicólogo, sino un pensador » (32); « un melómano demuestra su gusto al expresar su desagrado », (238); etc., etc. Terminemos sobre esta perla sancho-panzosca: « Es evidente que, en este instante, estoy destilando el bife (sic) y el vino de mi mesa! » (69).

(2) LACHELIER, *Revue Philosophique* (1881): « L'enseignement de chaque professeur n'est pas différent des études qui occupent toute sa vie. »

Wundt, Kuno Fischer, Bain, Ribot, Fouillée y veinte más, de preparación enciclopédica y aplicación constante, se admite que es más conveniente y « patriótico » adoptar sus libros magistrales que plagiarlos clandestinamente y desfigurarlos con pésimo criterio. En la Argentina pensamos de otro modo. Sea; vamos, pues, á examinar rápidamente, como es derecho y deber nuestro, lo que en tan difícil y vasta materia da de sí la improvisación. *Et nunc, ad laborem!* como exclama el autor en su latín de Molière.

Declara en el prefacio que su « *Filosofía general* » es un curso « tan *especial* » (sic) que comprende « más y menos que un curso de filosofía », y ello porque « se detiene demasiado en los problemas de la responsabilidad, del criterio legal y de los organismos colectivos ». Á este respecto exagera su crimen:

Gresset se trompe, il n'est pas si coupable...

En realidad, es apenas si roza estos problemas. Los « organismos colectivos » ocupan dos ó tres páginas en que las trivialidades conocidas alternan con las inexactitudes (1). Lo propio acaece con el « criterio legal », fuera de no pertenecer á la materia. En cuanto á la responsabilidad, muy lejos de detenerse en ella, el autor la escamotea como problema filosófico; en la breve lección que le dedica, las vaguedades corrientes y las citas jurídicas se substituyen, fuera de sazón, al examen de la libertad moral, al formidable enigma del albedrío apenas mencionado. Ya vimos que en esta « *Filosofía general* » se prescindía de la despreciable meta-

(1) Una muestra (p. 310): « La ciencia jurídica está íntimamente conexiónada con sus congéneres: la Historia, que equivale á la reproducción de la vida de las sociedades pasadas, y la *Antropología* ó estudio del hombre en las edades prehistóricas, es decir, desde hace unos 100.000 siglos, á juzgar por los restos encontrados en los terrenos miocenos de la época terciaria!» Aunque fuera exacto lo del hombre «mioceno» (ni en el plioceno se ha encontrado hasta hoy), es de preguntarse: ¿qué «conexión íntima» podría tener el hallazgo de ese mamífero con el Derecho positivo? •

física (1); comprobamos ahora que, en este curso preparatorio al Derecho, la lógica sólo ocupa *dos* lecciones y *tres* la moral teórica y especial... ¿Qué contienen las treinta restantes? Una reseña pintoresca de la historia de la filosofía, y sobre todo una psicología que merece, sin duda alguna, ser tenida por una tentativa originalísima, pues con prescindir casi en absoluto del análisis de las operaciones intelectuales, se extiende en consideraciones biológicas, embriológicas y... frenológicas!

No podemos ser sospechosos de hostilidad contra las ciencias experimentales, y, así en psicología como en lógica, sabemos cuán vana é ilusoria resultaría toda especulación que no se fundara en los descubrimientos modernos y sus admirables métodos. No es, pues, en nombre de Cousin, que declaramos absurda la presente enseñanza, sino en nombre de Spencer y Mill, de Helmholtz y Wundt, de Taine y Claudio Bernarñ. No existe obra alguna de esos maestros donde las teorías de la « vida intrauterina » se consideren parte de la psicología. En hora buena que se describiera el sistema nervioso (2). Pero los problemas de la biología general, aunque se tuviera competencia para exponerlos, no pertenecen á la ciencia del alma. Hay más: el examen de las diversas hipótesis sobre la vida—vitalismo, animismo, etc.,—entran en el dominio de la cosmología racional, y por eso decíamos antes que el señor Weigel Muñoz hace metafísica sin saberlo. Decididamente, no salimos de Molière.

Lo que puedan valer esas rapsodias pseudo-científicas, frangolladas por un profano, no necesitamos evidenciarlo. El autor que—

(1) El señor Weigel Muñoz ignora que esa quimera escolástica y anticuada es enseñada por esos mismos psicólogos experimentales que sólo conoce por Ribot. Lotze en Göttingen, Kuno Fischer en Heidelberg, Wundt en Leipzig, enseñan metafísica, lo propio que Fouillée y Lachelier en París. H. Spener ha dado la metafísica del evolucionismo, y el mismo Taine la declara legítima (últimas palabras de *L'Intelligence*): «*Ici nous sommes au seuil de la métaphysique, à mon sens elle n'est pas impossible.*»

(2) En cambio el autor da un diagrama de la columna vertebral que describe «hasta el coxis ó pequeño hueso *rabiforme*» (sic)! En correcta etimología, «*rabiforme*» significa «parecido á la rabia».

como veremos — no parece haber leído á los grandes filósofos, ni á los autores modernos que, como Wundt, cita á brazo partido, ha tomado á diestra y siniestra en los manuales y « estudios » de revistas, sin método ni crítica, fórmulas no pocas veces incoherentes y contradictorias. Por ejemplo, engañado por la analogía de las palabras, cree (pág. 68) que existe relación entre la famosa « lucha por la vida » de Darwin — combate real de las especies por la supervivencia — y el « conflicto vital » de Claudio Bernard que, como es muy sabido, sólo expresa la fuerza evolutiva del individuo (1). Sometidas al análisis, casi todas las lecciones darían lugar á comprobaciones idénticas: las márgenes del ejemplar, con que el autor nos ha favorecido, resultan estrechas para las rectificaciones. Baste sólo una consideración final para revelar su preparación en estas materias. En un libro de psicología, dictado y publicado en 1896, expone gravemente la frenología de Gall, con sendos diagramas y descripciones de las casillas! Ha quedado en el mundo un palpador de « protuberancias », y es el catedrático de filosofía de la primera universidad argentina. No necesitamos decir á nuestros lectores que el obscuro problema actual de las localizaciones cerebrales — que, según el mejor *compte-rendu* del Congreso psicológico de Londres de 1893, « parece retroceder en lugar de adelantar » (2) — no toma en cuenta la frenología de Gall y Spurzheim, que nada tuvo de científico, como que se fundaba en una correlación quimérica entre el cráneo y el cerebro, desconociendo sus inventores hasta las funciones primordiales de la sustancia gris. Su mismo nombre no se cita ya

(1) Uno de los rasgos amenos de estas *Lecciones* es su conclusión habitual: « Estarde, señores: tengo pocos minutos para explicaros el sistema de Kant... ¿Qué es la vida? La solución del problema no cabe dentro de los minutos... ». Etc.— Es la « Filosofía del inconsciente », para hacer juego con la *Philosophie des Unbewussten*, de Hartmann.

(2) Dato característico: en el más reciente Congreso (de Munich) no se ha presentado trabajo especial sobre las localizaciones. Además, en Munich (septiembre de 1896) se ha resuelto cambiar el nombre de Congreso de *Psicología experimental* por el de « Congreso de Psicología », á secas. El primero (Paris, 1889), tomaba el título de « Congreso de Psicología fisiológica ». El progreso es visible: la ciencia es una y no necesita epítetos.

en los tratados, sino con una sonrisa y para apartarla de la discusión (1). Si el señor Weigel Muñoz hubiera leído á Wundt, cuyas doctrinas invoca á destajo, habría sabido á qué atenerse sobre el valor de la frenología (2) y nos hubiera ahorrado el ridículo de enseñar en nuestra Facultad, como novísima filosofía, desvaríos equivalentes á la alquimia y la cábala medieval.

Pero ¿qué mucho que desbarre de tal suerte en materias que le es disculpable ignorar — aunque no lo sea nunca — discurrir de lo que se ignora — cuando en ese mismo resumen de las escuelas filosóficas, incurre en traspies enormes que revelan completo desconocimiento de la historia y de la misma filosofía ? Se dice que los musulmanes suelen abrir con su sable el Alcorán, seguros de encontrar en cualquier página una máxima de sabiduría. Del propio modo se puede proceder con las *Lecciones de filosofía general*, en la seguridad de dar con un error, una contradicción, una proposición trastrocada al traducirse de un autor extranjero, y expresada en un estilo afiligrante.

Desde la primera página, en que se nos dice que «saber es un verbo cuya raíz latina suministra la de la palabra ciencia» (3), hasta la última, en que se enseña que «la respetable Lógica aconseja á los jóvenes la incredulidad», no son sino afirmaciones gratuitas y yerros inconscientes. En la primera lección, fuera de lo citado, nos encontramos con esa trillada ley comtista de los «tres estados» que nuestro autor presenta como un dogma, ignorando que, además de falsa, pertenece á Turgot; y, á renglón seguido, deduce de ella que, «como ustedes ven», los principios morales de la humanidad civi-

(1) Véase: Dechambre, Charlton Bastian, etc. El señor Weigel Muñoz cree en la autoridad del español Cubi y Soler, compilador de un mamotreto en dos volúmenes, dedicado á Napoleón III y aprobado por el tribunal eclesiástico de Barcelona!

(2) Wuxor, *Psychologie physiologique*, I, V (pág. 231 de la trad. franc.).

(3) Saber deriva de *sápere* (con cambio de acento): tener gusto, saborear — y la etimología es una profunda definición. *Ciencia* deriva de *scire*, cuyo radical *skid* tiene el sentido de *hender*, *separar* y, por fin, *discernir*. Las dos raíces no tienen relación, como que corresponden á actos físicos de órganos tan distintos como la lengua y la mano.

lizada son inherentes á la naturaleza del hombre! — En la siguiente página (8 y 9), involucra, como él diría, los errores con la imitación, de manera que asistimos al *modus operandi* que reina en el resto de la obra; y esto merece párrafo aparte.

El señor Weigel Muñoz va á disertar sobre el origen de los cultos religiosos, « en tan buena compañía como la de Ribot en su crítica á Wundt ». Ribot, en efecto, resume así una hipótesis de Wundt (1) :

« Todos los cultos del Asia, aparte quizá la China, se han dirigido á los fenómenos eternos de la bóveda estrellada. La Caldea nos ofrece el culto del sol en toda su pureza. El Perú nos presenta un caso análogo en el Nuevo Mundo. Pero, lo que es digno de notarse y demuestra la influencia de la naturaleza sobre las concepciones religiosas, es que la religión caldea, al pasar de las llanuras desnudas y uniformes de las regiones del Eufrates á Fenicia y Siria, país fértil, cortado por ríos y accidentes del terreno, toma un carácter *terrestre*. La Mylitta babilonia se torna la diosa de la fecundidad entre los hombres y las bestias. Astarté, divinidad antagonista, preside á la guerra. Ya no es la fecundación y la destrucción producidas por el sol. »

Oigamos ahora al señor Weigel Muñoz :

« Pero debo hacer observar á ustedes... que todos los cultos asiáticos, con excepción del de China, han elegido por causas de los fenómenos inestables del mundo físico, á los *estables* del firmamento, con sus astros, planetas, *satélites* y *nebulosas*. — Los indos, los persas y los caldeos han tenido por teatro *comarcas tropicales* y *exentas de alteraciones terrestres*; pero los fenicios y los sirios, habitantes de países hidrográfica y orográficamente accidentados, han tenido que recurrir á *divinidades terrestres* como la diosa babilónica de la fecundidad, y Astarté que ha personificado el espíritu de destrucción. »

Se toma al desnudo el doble procedimiento de copia y alteración. Con salpimentarlo de palabras de su cosecha, que su inconsciencia juzga análogas, el imitador no se apercibe de que tergiversa el texto y extrae de Wundt y Ribot absurdos manifiestos. El escritor francés, con la prudencia del sabio, ha hecho preceder el pasaje citado con estas palabras: « Las diferencias (de los cultos) tienen por causa *el carácter de los pueblos*, la influencia de la natura-

(1) Ribot, *La Psychologie allemande*, pág. 283.

leza externa, etc. : causas á menudo bien difíciles de separar ». — Volviendo á comparar los dos textos, se ve que todo lo subrayado, y puesto de su cuenta por el señor Weigel Muñoz, significa un cúmulo de errores—fuera del estilo maleado. 1° La noción de causa no está necesariamente ligada á las cosmogonías primitivas; 2° los antiguos asiáticos no divinizaron las nebulosas; 3° el único satélite que conocieran, lejos de ser *estable*, era y ha quedado como símbolo de la inestabilidad—*Luna instabilis*; 4° siendo los *indos* y los *persas*, arianos, y no semíticos como los caldeos y sirios, no hay que confundirlos, atribuyendo al medio lo que era efecto de la raza; 5° las *comarcas tropicales* como la India son tan poco *exentas de alteraciones terrestres*, que precisamente se ha atribuido á su aspecto formidable y á sus terribles cataclismos, el carácter excesivo de las religiones y civilizaciones indias (1).

Ya tenemos el procedimiento: es así cómo se puede hacer desbarrar á Wundt, Ribot, Claudio Bernard y otros maestros, y cómo, con no poner en un libro una idea propia, con sólo trocar lo que no se ha entendido, se tiene que extraer un fárrago inconexo y plagado de errores, de los autores más exactos y los más altos pensadores. Sería tarea fastidiosa é interminable poner reparo en las innumerables trocatintas de un libro que no es sino un tejido de inconsistencias, hasta en esa primera parte histórica que sólo requería un poco de circunspección. Citaré algunas de las lindes de las primeras lecciones: «El politeísmo griego ha sido pobre en conceptos metafísicos» (2). Atribuye á Tales «la famosa máxima» que es como el *trade-mark* de la filosofía socrática: *gnóthi seautón*; el «monoteísmo» socrático de la página 17, se vuelve en la 18 un «determinismo panteísta»; allí mismo, habla del «filósofo del *Academo*», tomando, como decimos en Francia, al Pireo por un hom-

(1) BUCKLEY, *Civilization in England*, chap. II: *Comparison between Hindostan and Grecia*.

(2) FOUILLÉE, *Histoire de la Philosophie*, 31: «Les philosophes grecs nous étonnent encore par la profondeur de leurs conceptions métaphysiques».

bre; entre «los trabajos más trascendentales del filósofo de Estagira, figura su *Dialéctica*»; y no debéis ignorar que el mismo Aristóteles «formula» en veinte pasajes de las *Lecciones* «su máxima clásica: *nihil est in intellectu...*» (1) Por supuesto que no hay patraña legendaria, cien veces refutada, que no se recoja allí piadosamente: Carneades «pretendió lucir su habilidad en Roma, en tiempos que ejercía la censura el austero Catón, quien ordenó la expulsión inmediata del escéptico griego. Figúrense ustedes (sic) que, después de probar la necesidad de la justicia, comenzó Carneades un segundo discurso, *tendente á demostrar la inutilidad de ser justo!*» Figúrense ustedes! No hay una palabra de verdad en el relato: Carneades vino como embajador y salió airoso de su misión, en el año 155; en dicho año hacía 30 que Catón no era censor, y la doble conferencia del filósofo fué lo que llama Martha «una muestra de buena fe» que tuvo un éxito de entusiasmo. Todo lo demás es cierto.

Á propósito del estoicismo romano (pág. 24), después de mencionar «las obras de Epicteto», nos dice el autor con cierta solemnidad: «El estoicismo no tuvo en Roma célebres filósofos, pero tuvo grandes mártires: Lucrecia, *haciendo seguir á su vida la suerte de su virtud*; Junio Bruto, ahogando los instintos—*que ni los animales son capaces de sacrificar*—solamente (sic) por salvar á su patria; Virgino, hundiendo el puñal en el seno de su hija; Catón de Utica etc. etc.» No detallaremos todos los requisitos necesarios para escribir los renglones citados, desde su forma churrigueresca hasta su cronología fantástica (2), y daremos fin á esta desagradable tarea, trayendo, sin salir de esta misma lección, algunas referencias que se prestan á consideraciones de otro orden.

(1) Para probarnos victoriosamente que ha leído realmente á Aristóteles, debe el señor Weigel Muñoz señalarnos el lugar de sus obras donde se encuentra la fórmula empírica, renovada por Løcke y refutada por Leibniz.

(2) Prescindiendo de las teorías modernas que rechazan como fabulosas esas tradiciones, recordemos que, según la cronología corriente, los ejemplos citados (salvo Catón de Utica que era platónico) son anteriores (509-449 A. C.) por dos ó más siglos á la fundación (300) del estoicismo, el cual no fué introducido en Roma hasta el año 80 I

Después de retozar con esa gentileza bajo los pórticos de Grecia y Roma, el autor llega á la filosofía moderna y, desde luego, al cristianismo, cuyo advenimiento, según él, «coincidió» con el neoplatonismo alejandrino, y cuyo fundador «dedujo el dogma de la Trinidad del panteísmo indio, siguiendo las huellas de San Clemente»! En este punto, prorrumpen el señor Weigel Muñoz en estas exclamaciones: «¿Fué Cristo un cínico? ¿Fué Cristo un estóico?... ¿Fué Cristo un neo-platónico?...» (1) Aunque es justo decir que él se contesta negativamente—dando por cierto razones estupendas, no es posible dejar de criticar el desenfado muy poco científico con que un profesor manosea, sin necesidad ni competencia, nombres augustos y creencias seculares, que de ningún modo pertenecen al debate didáctico. Ya se trate de la historia, ya de la psicología, ya de la moral, el profesor se revela incapaz de aplicar el criterio científico—reverente y sereno—de un Renan ó un Taine á las ideas que se apartan del materialismo de trastienda. — No puede tratarse en estas páginas de defender la intolerancia religiosa; pero existe una intolerancia mucho más displicente que la católica, y es la que sólo se funda en la fatuidad y en la inconsciencia: la intolerancia del boticario Homais. Por otra parte, un profesor no se sienta en la cátedra para defender ó atacar creencias, sino para demostrar verdades y exponer métodos.

Sin ir más allá, en esta ligera revista histórica, de las *cuatro primeras lecciones*, hemos demostrado sobradamente que dicho libro carece de las condiciones más elementales y necesarias para una obra didáctica (2). No es, no puede ser eso, lo que la Facultad se ha propuesto enseñar; no admitimos que se obligue á nuestros hijos á torturarse el cerebro para introducir en él vulgaridades y false-

(1) La escuela del neo-platonismo alejandrino no fué constituida sino en el tercer siglo después de Jesucristo.

(2) Por falta de espacio, no hemos analizado las apreciaciones de los sistemas filosóficos, ni los capítulos dedicados á la lógica y á la moral, que, naturalmente, obedecen á la índole que hemos criticado y revelan la misma insuficiencia.

dades. — Y, sin duda, con motivo de esta crítica convencida y sincera, oiremos rebotar una vez más en nuestra coraza de indiferencia el *telum imbelle* de las vanidades heridas; se clamará contra la severidad excesiva de la apreciación. No se trata de saber si la crítica es severa, sino si es justa; y agregamos que, al juzgar á quien teniendo encargo de almas falta á su noble misión, la severidad no se distingue del deber. ¡Conmuévanse en buen hora las entrañas fariseas, pero que sea por esta juventud á quien, como el mal padre del Evangelio, damos una piedra cuando nos pide pan, enseñándole, en lugar del respeto de la ciencia y el culto de la verdad austera, las prácticas funestas que desmedran el presente argentino y retardan, si no comprometen, el glorioso porvenir !

P. G.

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

TOMO SEGUNDO

NICOLÁS AVELLANEDA (NOTAS Y FRAGMENTOS INÉDITOS).

Nació en Tucumán, el 1° de octubre de 1837; murió en alta mar, el 24 de noviembre de 1885. De antigua familia colonial, era nieto del primer gobernador de Catamarca é hijo de aquel Marco Avellaneda, ungido de la epopeya unitaria, cuya bárbara inmolación consagró la resistencia á Rosas, imprimiéndole sello nacional. Estudió en Córdoba, pero se graduó y estableció en Buenos Aires. Pobre, desvalido, ignorado, sin más apoyo que su talento virtual y su voluntad de acero, — flexible y elástica, — emprendió á los veinte años la conquista de la « gran aldea », á la sazón divorciada de la Confederación, más que por accidentes políticos, por contrastes sociales y económicos. Eran los tiempos crepusculares de Cepeda, y más que nunca parecía insalvable el abismo separatista. Entonces Avellaneda tomó la redacción del *Nacional*, y, desde su primer artículo, con su resolución tranquila, — el *suaviter in modo* que fué el secreto de su fuerza, porque los Catilinas de parroquia lo achacaron á timidez, — echó un puente sobre el Arroyo del Medio. El éxito del escritor fué inmediato y ruidoso como un triunfo oratorio. El estilo abillantado y sonoro ostentaba ya sus excelencias definitivas, con exuberancias juveniles de que más tarde se despojó. Junto al período ciceroniano, flotante como vistoso laticlavio, resaltaba el concepto lapidario, que, entre los prosistas argentinos, es su rasgo personal. Buscaba el aplauso y lo consiguió. El vulgo admiró la pompa rutilante; el grupo reducido saboreó la nitidez cincelada y rítmica de los pasajes más sobrios, el vuelo de la idea, la trama resistente de la argumentación. To-

dos sintieron el vigor secreto: el acero de Harmodio, oculto bajo el ramo de mirto. Los Ajax escapados de la Troya cisplatina, que obstruían la prensa y la tribuna, afectaron desdén por este Ulises retórico y sutil que les salía al paso. Modificaron su táctica, al ver rajadas por la bruñida espada sus corazas de cartón. El éxito del recién venido los exasperó: era la lucha por la vida! Inicióse luego la ruda campaña de negación y escarnio que, recrudesciendo con cada nueva victoria en la política y el parlamento, había de prolongarse hasta el fin. La mala fe no abdicó ante la evidencia: el odio se gasta; la envidia, jamás. Crecía el mérito á par de la fortuna; sólo el ataque quedó en su primer nivel — el nivel de esos famosos « tacones », que la caricatura hizo tan célebres como el mechón romántico de Disraeli! — Profesor concienzudo y abogado eminente, orador vibrante y eficaz, ministro dirigente de Alsina y Sarmiento, estadista, por fin, tan amplio como sagaz, cuya prudencia envolvió siempre en terciopelo su oportuna energía, y, con rara economía de gestos violentos, realizó los actos más graves de la historia contemporánea: — Avellaneda se impuso. No basta decir que dejó su rastro en cada peldaño de la subida: ensanchó con ocuparlos todos los puestos públicos. Muerto á los 48 años, nadie creerá que él recorriera su órbita total. Las facés múltiples de tan breve cuanto excesiva actividad, más que aplicación, parecen derroche de fuerzas. No conoció el reposo fecundo de la mente, el generoso fructidor otoñal, en que el sol declinante clarifica la atmósfera y dilata los horizontes: cuando el combatiente de ayer, hoy juez del campo, vierte el raudal de su sabiduría. Aquí, el hombre superior necesitaría dos vidas: una para abrir el sendero virgen,

otra para guiarnos en él. Monos feliz que otros, éste se doblegó al medio día. De su figura de pensador, sólo nos queda el perfil. Orador en la prensa y literato furtivo en la tribuna, tuvo que engañar su sed artística mojado sus labios en el hueco de la mano, al pasar el río, como el guerrero bíblico. — Con todo, muchas piedras labradas por él entrarán en el futuro edificio argentino, y será suya la más alta de todas: la clave del arco nacional. — La integración de la nacionalidad es el pensamiento que da unidad grandiosa á su vida pública. En 1882, ante la Exposición que encarnaba el programa de su juventud realizado por su edad madura, pudiera entonar el *Nunc dimittis*, repitiendo la frase que, cual grabada en letras unciales, se destacó de su primer mensaje: *NADA HABRÁ DENTRO DE LA NACIÓN QUE SEA SUPERIOR Á LA NACIÓN MISMA!* Desde temprano, supo de experiencia que el único mal argentino es la anarquía, que se alimenta, abajo, de ignorancia, y arriba, de indisciplina: é impuso el doble remedio, con la fría decisión de la ciencia. Su presidencia climática, día nublado entre dos tempestades, fecundó el desierto y esterilizó el espíritu de rebelión. Las revoluciones intentadas después han nacido muertas: hasta la única popular, que resultó vencida en el Parque porque era sediciosa, y vencedora en el Congreso porque era legítima. Como el facón y el poncho del gaucho, el desacreditado alzamiento contra la autoridad queda de hoy más anticuado y caduco. Avellaneda ha sido el hombre de esa gran transición. Provinciano en Buenos Aires y porteño en el Interior, estaba predestinado á consumir la amalgama definitiva. Y fué la Capital! No á manera de la antigua estatua de Babilonia que tenía cabeza de oro sobre pies de arcilla, sino como el centro director y solidario de un organismo normal. La ley se limitó á sancionar lo existente: la evolución profunda por la cual Buenos Aires vino á ser la ciudad de los Argentinos, que todos conocen y aman por igual, como que la han transformado al transformarse, y tienen parte en la herencia indivisa. Y entonces, si es innegable que sea Avellaneda el gran factor, el demiurgo de esa obra magna esbozada en Pavón ¿quién

atacará su título más auténtico y valeroso ante la posteridad? Ella dirá, podemos preverlo, que, por sus talentos y servicios, por su alto concepto del gobierno, que levantó á las regiones serenas y respetó como una aplicación del espíritu; por sus actos fecundos y sus palabras luminosas, Avellaneda es una gloria argentina y, entre los muertos contemporáneos, uno de los mayores obreros de su civilización. Llegará el día de la justicia plena; acaso esté cercano. Pero, será un triste testimonio del presente, el que nuestra incuria hiciera necesaria esa reparación tardía del porvenir!

MATIAS CALANDRELLI (FILOLOGÍA AMERICANA).

Nació en 1845, en la provincia de Salerno (Italia), y siguió el curso de filosofía y letras en la Universidad de Nápoles; estudió después lingüística y literaturas orientales con los profesores Lignana y Kerbaker. Se dedicó á la enseñanza en su país hasta 1871, en que vino á la Argentina. Aquí ha ocupado sucesivamente los siguientes puestos (1872-1884): profesor de historia antigua, humanidades y filología clásica en la Universidad (Facultad de humanidades, de que fué académico y delegado); profesor de historia en el colegio nacional de la Capital; rector y profesor del colegio nacional de La Plata, hasta 1888. Además de un *Diccionario filológico comparado de la lengua castellana*, en publicación, es autor de varias obras didácticas y textos escolares relativos á las lenguas clásicas. Actualmente, es profesor en el Instituto libre.

LUIS M. DRAGO (ANTECEDENTES INSTITUCIONALES).

Nació en Buenos-Aires, el 6 de mayo de 1859. Se recibió de abogado en esta Facultad, en 1882. Hasta 1893, ha ocupado importantes puestos judiciales en la provincia de Buenos-Aires: juez de lo civil, juez del crimen, camarista, fiscal de Estado. Además de su colaboración en el *Diario* y la *Nación*, ha publicado varias obras de carácter jurídico y antropológico; *Colección de fallos en materia civil*; *Los Hombres de presa*, etc. Esta última ha tenido dos ediciones argentinas y sido traducida al italiano. Entre otros juicios favorables, ha merecido los de Lacassagne (*Archives de*

l'Anthropologie) y del eminente Tardo. Dicta actualmente una de las cátedras de derecho civil de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales. Dedicado á los estudios de antropología criminal, el doctor Drago tiene varios trabajos en preparación que saldrán á luz en la *Biblioteca*.

MARTÍN GARCÍA MÉROU (SARMIENTO POLEMISTA).

Nos llega de Washington, esta nueva producción del joven escritor (nació en Buenos-Aires, el 14 de octubre de 1862) cuyo nombre resuena en la América latina. Este fragmento es anuncio de un *Sarmiento* que será digno del *Alberdi* y del *Echeverría* tan aplaudidos; y con éste, serán ya 13 volúmenes de poesía, crítica, novela, historia y viajes, dados á luz antes de contar su autor treinta y cuatro años cumplidos. Es una producción enorme, dada, sobre todo, su excelente calidad, y sólo explicable por lo precoz del talento. — Sabido es que ha abrazado la carrera diplomática, recorriendo su jerarquía desde el puesto de secretario en Caracas y Bogotá, hasta los de ministro plenipotenciario en el Paraguay, Perú, Brasil y Estados-Unidos, donde reside actualmente. Todo el mundo celebra al poeta fluido é inspirado, al crítico sagaz en su benevolencia, al galano prosista de las *Impresiones*, al pensador de los ensayos históricos: es menos conocida la labor paralela del diplomático. Además de las cualidades personales de tacto y prudencia que le recomiendan, y no han influido poco para estrechar nuestros vínculos internacionales, García Mérou ha estudiado á fondo los países en que residiera, condensando sus observaciones en informes que, para provecho y enseñanza de todos, alguna vez se exhumarán. Fuera del *Sarmiento*, de que forma parte el fragmento publicado, tiene en preparación un cuadro de la literatura brasilera contemporánea, con cuyas primicias favorecerá la *Biblioteca*.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ («RECUERDOS DE LA TIERRA»)

Nació en la Rioja; estudió y se doctoró en Córdoba con una importante tesis sobre derecho político. Diputado al Congreso, desde 1886, fué elegido gobernador de su provincia en 1889.

Renunció en 1891, y volvió á la Cámara, hasta el año presente. Ha sido profesor en la escuela normal de Córdoba y en la Facultad de Buenos Aires, donde, actualmente, dicta el curso de legislación de minas. Para concluir con lo didáctico, digamos que tiene en preparación un *Manual de la Constitución*, y es académico de la Facultad de letras. Como literato, Joaquín González ha publicado: *La Tradición Nacional* (1888), *Mis montañas* (1892), y, más recientemente, un volumen de *Cuentos*, obras todas que han merecido excelente acogida. Talento sincero y espontáneo, en su región deliberadamente circumscripta, el autor de *Mis montañas* es uno de los escritores más francamente argentinos de su generación. Con mayor abundancia y menos preocupación de la forma, González casi representa en prosa lo que Obligado en poesía. Es un gran elogio para ambos.

BERNARDO DE IRIGOYEN (CANTA SOBRE POLÍTICA ELECTORAL).

Nació en Buenos-Aires el 18 de diciembre de 1823. En 1844, ya doctor en derecho, fué á Chile como oficial de la Legación dirigida por D. Baldomero García. En 1852, el general Urquiza le confió una misión política al Interior, ingresando después en el Consejo de Estado que se creó por disposición del acuerdo de 1852. Abrió entonces su estudio de abogado que pronto alcanzó gran crédito y fama. En 1870, fué nombrado Procurador del Tesoro y vicepresidente del Crédito público. Senador de Buenos Aires en 1872, fué elegido vicepresidente de ese cuerpo, y convencional para la reforma de la Constitución. Desde 1874, ha sido sucesivamente: diputado nacional y presidente de la Cámara; ministro de Relaciones exteriores (1876) y del Interior (1877-78); nuevamente ministro de Relaciones exteriores (1881: tratado con Chile) y del Interior, durante la administración del general Roca, hasta 1885. Ha sido dos veces candidato á la presidencia de la República. Actualmente es senador (reelecto) por la Capital. Sería imposible analizar en breve espacio una vida tan llena. Limitémonos á consignar que el doctor Irigoyen, espíritu elevado y culto, es uno de los estadistas más

respetados de la América latina. Hábil diplomático y administrador irreprochable, orador elocuente y espontáneo, alma sin pasiones ni amarguras, vive rodeado del aprecio público sin contar un solo enemigo entre sus adversarios. Es una honra nacional.

ENRIQUE KUBLY (PROCESO HISTÓRICO DE LA MORAL).

Nos llegan muy tarde los datos biográficos relativos á este distinguido escritor oriental, autor de varias obras apreciadas; el fragmento publicado pertenece á un libro en preparación: *El espíritu de rebelión*, de que tendremos que ocuparnos oportunamente.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA (EL SOCIALISMO Y EL DERECHO CIVIL).

Es hermano mayor — ha nacido el 22 de marzo de 1868 — del joven colaborador de la *Biblioteca* que ya conocen nuestros lectores. Después de cursar estudios preparatorios en el Colegio nacional de Buenos-Aires, ingresó en la Facultad de derecho en 1887. Coronó su carrera universitaria obteniendo las más altas clasificaciones de su curso y, además de pronunciar el discurso de colación, recibió las dos medallas de oro acordadas al mejor estudiante y á la mejor tesis inaugural (Tema: *Derechos hereditarios de la mujer casada*). El doctor Rodríguez Larreta ha colaborado en varias publicaciones políticas y especiales, dedicando con preferencia su clara inteligencia y su real talento de exposición á materias jurídicas y sociales. Actualmente es catedrático suplente (en ejercicio) de derecho civil en la Facultad.

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA (ARTÉMIN).

Tiene veintitres años — habiendo nacido en Buenos-Aires, de padres orientales, el 4 de marzo de 1873. Ha sido un estudiante sobresaliente, así en el Colegio como en la Facultad de derecho. Ha terminado sus estudios profesionales, faltándole sólo la tesis inaugural. Desde niño ha leído y escrito de cosas literarias, ha hecho versos y pronunciado discursos: todo ello, con gracia elegante, fácil asimilación, y un discernimiento precoz — casi diríamos innato — de la belleza. Si no tiene pasado, el vasto porvenir es suyo. Será escritor;

ya posee el instrumento, y, en la fantasía griega que hoy publica, hay algo más que una promesa. Príncipe de la generación entrante, con Estrada y algún otro ¿tendrá esa energía persistente del esfuerzo, que retribuye y valoriza el dón gratuito del talento? Sigue estudiando contra la pendiente peligrosa de la fortuna y el medio frívolo: es un gran signo. Otro vemos en él, no menos presagioso: desdeña las hipérbolos de la camaradería que, semejantes á las tinturas para el cabello, sólo engañan á sus poseedores... El tiempo dirá; entretanto, le damos nuestro voto.

LUCIO VICENTE LÓPEZ (EL SALTO DE AZCOCHINGA).

Nació en Montevideo el 13 de diciembre de 1848; murió en un duelo el 28 de diciembre de 1894. Después de educarse en un colegio inglés de su ciudad natal, vino á Buenos-Aires en 1868 y cursó derecho en esta Universidad, graduándose en 1872 con una tesis sobre *Obligaciones divisibles é indivisibles*. Hijo y nieto de escritores, alumno predilecto del distinguido crítico D. Juan M. Gutiérrez, íntimo amigo de Cané: todas las influencias atávicas y ambientes le destinaban á la literatura, — más, quizá, que su idiosincrasia. Escribió, pues, en verso y prosa desde su juventud, á la sombra paterna; y, nombrado profesor de historia en la Universidad, quisieron las circunstancias que fuera su primer trabajo de aliento un texto de *Historia Argentina* (1878). Rasgo característico: la obra no reflejaba las cualidades ni los defectos del autor de *La Revolución*. Pero, dadas la ausencia de crítica y la analogía de la materia, la presunción era inevitable, y se atribuyó al padre, en dicho trabajo, una participación que nunca tuvo: era otro espíritu — exacto, informado, correcto, á manera de un Domínguez elegante. Un viaje á Europa (1880) completó la iniciación: sus *Recuerdos de viaje* afirmaron mercedamente su fama literaria y tuvieron en volumen el mismo éxito que las cartas al Nacional. Es su mejor libro, y, al tiempo de salir á luz *En Viaje*, de Cané, pudimos comparar las dos obras sin desfavor para una ni otra.

Entre tanto, López abría su estudio de abogado, que, con el tiempo — con

la actividad intoligente y el saber unidos á la probidad — había de ser uno de los más importantes del foro bonaerense. En 1884, ocupó la cátedra de Derecho constitucional en la Facultad, sucediendo á Estrada, y precediendo, no menos dignamente, á Del Valle en tan alta enseñanza. El mismo año fundó el diario *Sud-América* con Pellegrini, Gallo, Saenz Peña y algún otro; allí publicó *La Gran Aldea*, que tuvo en volumen mucho éxito de lectura, si bien fué diversamente apreciada. Es, en gran parte, una novela « de clave », llena de alusiones personales y croquis tomados del natural, como las de Disraeli, obediendo, por tanto, á un concepto « fotográfico » del arte, que juzgamos subalterno. No obstante, el libro quedará por algunos fragmentos excelentes: la conmovida introducción, los retratos rebosantes de vida, algunas escenas sociales con sus picantes diálogos — ese dón, por fin, el dón terrible del epigrama arpadado que López disparaba con gracia infinita y que fué, sin duda, la gran delicia y la gran amargura de su vida. El sarcasmo es esa flecha fatídica que, aun lanzada á las nubes, volvía á su punto de partida, teñida en sangre. — López no fué querido sino de un grupo selecto; era bueno, y su aguda ironía le hizo más enemigos que la maldad. ¡ Irritante injusticia! Con ser quien era, personal y socialmente, entró tarde en la vida pública y por la brecha de una comisión ejecutiva. No conoció la sensación violenta pero indeciblemente sabrosa del triunfo popular: la ruda caricia del león, en que trasciende el zarpazo. Al fin, los ojos se abrieron á la evidencia: su actitud ejemplar en las difíciles funciones de Interventor en la Provincia, fundió el hielo de la inicua impopularidad; la juventud universitaria calentaba el ambiente á su alrededor y su candidatura se venía imponiendo como un desagravio. Entonces cayó fulminado en plena madurez, en el umbral del vasto escenario donde iba á dar su medida. Sólo ese día supimos cuánto le habíamos amado!... No perturbemos otra vez con palabras violentas sus tranquilas cenizas... Ya que se vió morir, pudo templar la amargura suprema el espectáculo de todo Buenos-Ai-

res que, ante la tremenda noticia, rodeaba ansioso su hogar; y, más feliz que Agricola, no tuvo que desear para su tumba lágrimas más abundantes ni sinceras: *et novissima in luce desiderare aliquid...*

BARTOLOMÉ NOVARO (INACCIÓN Y EJERCICIO).

Nació en Buenos-Aires el 4 de noviembre de 1846. Tomó parte en la guerra del Paraguay como subteniente del 3º de línea hasta después de Curupaítí. A su vuelta ingresó en la Facultad de medicina, graduándose en 1875. El doctor Novaro ha desempeñado numerosos cargos profesionales y sido diputado nacional; ha dictado en la Facultad las cátedras de histología y anatomía, como suplente, y de medicina operatoria como titular (1885-1890). Ha representado con brillo y autoridad á su país en varios congresos europeos y es miembro de importantes corporaciones científicas. Además de su tesis y numerosos estudios publicados en los periódicos ó en folletos, es autor de un *Tratado de patología quirúrgica*, muy apreciado por su primer tomo — único salido á luz. Preocupado de higiene y regeneración física, el doctor Novaro es gran propagandista de los ejercicios corporales, cuya causa defiende en este mismo número con saber y elocuencia.

CARLOS PELLEGRINI (TREINTA AÑOS DESPUÉS).

Nació en Buenos-Aires, el 11 de octubre de 1846, de madre inglesa y padre francés. Desde el colegio, imponiéndose á los unos, atrayendo á los otros, se destaca del grupo su exuberante personalidad: valiente, cordial, impresionable — con relámpagos de intransigencia autoritaria sobre un fondo de lealtad *nativa* (como se dice del mineral puro) y de franqueza jovial. Ha nacido *leader*; y, lo que fuera el estudiante ó el soldado del Paraguay — el alegre alférez de « treinta años antes », — seguirá siéndolo el abogado, el orador parlamentario, el ministro y el jefe de Estado: ojo sereno guiando un arrojado ademán. *Qualis ab incepto*. Un piloto de tormenta, acaso descuidado en la bonanza, que recobra toda su sangre fría cuando la pierden los demás. Es rasgo de Avellaneda haber descubierto el *substratum* de

prudencia previsora y sagaz en que se asienta tanto atropello temerario. Por lo demás, su perfil leonino no revela sino la mitad de su alma: por bajo de la energía viril, corre el raudal de humana simpatía, y ello explica — como en Gambetta — su atracción personal, independiente del talento. *He is a man! take him for all in all*: con sus defectos, proporcionados á sus cualidades — como que son los huecos de sus relieves. Es intermitente, como todos los apasionados. Cuando joven, su pesar era que la « yela » no tuviera sino dos puntas para encenderlas á la vez. La madurez le ha calmado — un poco. Pródigo de su fuerza nerviosa, el enorme desgaste orgánico produce remitencias vecinas de la postración: entonces sube la oleada de desencanto y escepticismo: *omnia fui, nihil prodest*. Pero la tregua es breve; el arco vuelve á tenderse y se yergue de nuevo el luchador. Byron se comparaba al tigre, que no tiene sino el primer brinco. Así, Pellegrini: es espontáneo, es decir, repentista; la improvisación es su facultad suprema y su defecto mayor. Su percepción del conjunto es instantánea y casi siempre certera; cuando yerra, por haber descuidado un factor del problema, pasa *outré*, atropellando el obstáculo, para derribarlo, casi siempre. Byron se estrallaba en él: es la diferencia entre un poeta y un político. Sin duda que acentúan sus deficiencias, las complacencias del medio agitado y superficial, las mil absorciones parasitarias de la vida pública, que imposibilitan el largo meditar, la elaboración del pensamiento propio. Pero lo que daña al pensador que hubiera sido, aprovecha al estadista que ha querido ser. Entre tantos sopladores de frases huecas y enfermos de *aboulia*, vacilantes en el umbral de la acción, éste es varón de obra y voluntad. Cada discurso suyo es un acto; su oratoria trae oleada de fondo; su palabra vibrante tiene gestos visibles que amasan el hecho próximo. Así, en sus *in promptu* más azarosos, cuando parece, según el dicho vulgar, que sólo « pega en la herradura », tened por seguro que tal ha de dar en el clavo alguna vez, que lo incruste hasta la cabeza. — En suma, un hombre superior; con este precioso indicio de la superioridad, —

más rara en idiosincrasias meridionales, — que sigue creciendo después de la juventud. Como la vid, los seres elegidos no están en sazón sino entrado el otoño. Son los días de la madurez satisfecha y fecunda, en que toda la savia se transmuta en pulpa sabrosa y nutricia. Tal es, para él, la hora presente, que para otros marca ya el descenso. Está en su plenitud; trasuda talento por cada poro; después del estadista eficaz, se ha revelado y confirmado día á día el orador completo, cuyo verbo varonil, henchido de sentido y experiencia, llena sin esfuerzo el molde nuevo de cada cuestión. ¿No habremos de añadir, ahora, á la vista de las páginas arrancadas á su « indolencia febril » por nuestra insistencia, que ha dejado dormir en él á un escritor de raza, desigual y potente, — á la Sarmiento, — que el descuidado periodista de otros años dejaba apenas entrever? Lástima grande que prefiera ser orador. El orador vive de la improvisación, el escritor muere de ella.

ABEL J. PÉREZ (« LOURDES » Y « ROME »).

Nació este publicista y abogado oriental en Montevideo, el 16 de marzo de 1857. Estudió jurisprudencia en esa Universidad, doctorándose en 1882. Después de publicar poesías en periódicos locales, redactó el *Día* con los señores Campisteguy y Batlle. Tomó parte activa en la lucha presidencial de 1890, en favor de la candidatura del doctor Julio Herrera. Elegido diputado por el departamento del Salto, en 1887, ha seguido representando en la Cámara al distrito electoral de su nacimiento; ha sido miembro de las comisiones de presupuesto y legislación, ocupando algún tiempo la vice-presidencia. Se dedica con preferencia á los estudios de hacienda, en cuya discusión revela sólida preparación.

MATÍAS ROMERO (FILOSOFÍA DE LAS REVOLUCIONES MEXICANAS).

Nació en Oajaca (México) el 24 de febrero de 1837. Después de estudiar derecho en México, desempeñó en Washington el cargo de secretario de legación y volvió á su país para tomar las armas contra el imperio. Llegó al grado de coronel y fué jefe de Estado ma-

yor del general Porfirio Díaz. Nombrado ministro en Washington, durante la presidencia de Juárez, tuvo que abandonar su puesto por motivos de salud. En 1876, siendo senador, el presidente Díaz le confió la cartera de hacienda; volvió á la legación de Washington durante la administración del general González, y allí ha permanecido hasta el presente. El señor Romero es uno de los hombres más importantes de su país y goza de gran consideración en los Estados- Unidos. Ha publicado varias obras de carácter descriptivo y político: entre otras, la *Correspondencia de la legación mexicana durante la intervención francesa*, en 9 volúmenes.

DOMINGO F. SARRIENTO (MERDOZA EN 1829).

[Para no repetirse, después de diez artículos ó discursos consagrados al autor del *Facundo*, no cabe sino escribir un libro — ó una frase. La siguiente ha « salido » en francés — la lengua de la concisión — y tiene cien líneas ! Es su única originalidad.]

Un homme s'est rencontré dans l'Amérique espagnole, qui, né et poussé au hasard dans un village perdu au pied des Andes, à vingt journées de voyage de Buenos-Aires ou de Valparaiso, les seules portes alors ouvertes à l'Europe civilisatrice, n'avait pu recevoir, d'éducation première, que les rudiments d'annonés á genoux devant de pauvres frères franciscains : distribuant de la même main nonchalante la soupe boba du couvent, les médailles bénites et les taloches disciplinaires ; qui n'avait eu sous les yeux, á cet âge des impressions indélébiles, d'autres exemples que le despotisme brutal des plus hardis, auxquels tous les attentats étaient loisibles, que la soumission des plus faibles et la veule complaisance du plus grand nombre ne demandant qu'à vivre á tout prix ; qui avait connu trop jeune la pauvreté, mauvaise conseillère, l'indépendance de tout frein modérateur, — alors que l'appel du désir et du rêve monte du cœur houleux comme un chant de sirène ; qui, pour sa soif inextinguible de culture et de savoir, ne trouvait sous sa main que des tomes dépareillés de vieilles histoires ou des récits de voyage ; qui s'est vu emprisonné parce qu'il était honnête, poursuivi parce qu'il ne mentait pas, menacé de mort

parce qu'il ne voulait pas applaudir au pillage et au meurtre ; qui a dû franchir la Cordillère et s'exiler, emportant avec lui son pauvre bagage d'émigrant ; qui a connu au Chili les dédaigneux refus d'une oligarchie vaniteuse, et, comme Dante, appris d'expérience combien l'escalier du riche est dur á monter et quel goût de sel laisse á la bouche le pain de l'étranger ; qui, alors, préféra aux lassitudes de l'âme humiliée les saines fatigues du corps, compagnes fidèles du bon sommeil et de l'oubli, et se fit capitaine d'une mine á Copiapo, vivant á l'air libre, parmi les rudes compagnons d'aventure qui le traitaient en égal ; — jusqu'au jour ou, tout d'un coup, poussé á écrire, il lança de premier jet le tableau le plus franc, le plus vivant, le plus neuf de ce chaos sanglant qu'était sa patrie, publia le meilleur livre sud-américain, et se trouva, á l'heure voulue, un journaliste lumineux et puissant, un éducateur á idées neuves et fécondes, un observateur du monde civilisé, plein d'originalité et de savoir, un diplomate improvisé, jeté par bonheur dans un pays fort, entreprenant et hasardeux comme lui, où il avait tout á apprendre et rien á oublier ; qui, plus tard, arraché de son poste, par un coup de fortune unique dans l'histoire des envieuses démocraties, et porté sans le savoir á la première magistrature de son pays, put y déployer, á travers les résistances de l'esprit anarchique et les inerties plus fortes encore de laisser aller créole, ses facultés autoritaires et ses violences de bon gouvernant ; qui, descendu du pouvoir aussi pauvre qu'il y était monté, redevint journaliste, cultivateur, homme á projets et entreprises ; heurtant ses amis, décourageant ses ennemis, bataillant envers et contre tous, sans reconnaître les siens dans la mêlée ; ignorant l'envie, la réserve, les égards, le ridicule ; oubliant les injures subies autant que les bienfaits reçus, — s'oubliait lui-même pour ne songer qu'au bien et á la grandeur de son pays, — qu'il voyait souvent, du reste, lá où ils n'étaient pas ; toujours excessif, outrageux, indomptable ; plein de l'instinct de sa supériorité et supportant en écolier les observations et les critiques justes ; galopant á travers son hallucination incohérente de génie mal dégrossi ; n'étudiant rien et devinant tout ; plein d'obscurités, de

broussailles, d'admiration puériles, d'incorrections, de mauvais goût — avec des éclairs de génie qui, soudain, partaient sous ses pas, comme les étincelles sous le sabot d'un centaure : un être énorme et étrange, parfois sublime, critiqué, raillé, conspué pendant sa vie, et dont la mort lointaine arracha un long cri de douleur à tout son peuple, — cri si poignant, si vrai, si profond que l'écho s'en prolonge après des années, et qu'il reste le seul Argentin illustre dont l'oubli n'ait pas rouillé la mémoire et terni le nom glorieux!

FRANCISCO SEEBER (SUPERSESIÓN DE LAS ADUANAS).

Nació en Buenos-Aires, el 15 de noviembre de 1841. Dedicado al comercio, pasó en Europa (especialmente en Hamburgo) parte de su juventud. En 1865, se incorporó al ejército del Paraguay, asistiendo al asalto de Curupaití con el grado de capitán. Después de su regreso, fué sucesivamente diputado á la Legislatura, vice-presidente de la Municipalidad, director y presidente de Ferrocarril del oeste, redactor de la *Libertad*, etc., etc. Nombrado Intendente de la capital en 1884, ha sido el iniciador de notables mejoras materiales y administrativas. Fundador de las empresas de las « Catalinas » y del *Bon Marché*, su incansable actividad no se ha limitado á estas gestiones esencialmente prácticas : ha escrito varios libros sobre materias económicas, administración, viajes. Ha conservado de su paso por el ejército, una marcada preocupación de los asuntos militares, que trata con información y competencia.

JOSÉ A. TERRY (TRATADOS DE COMERCIO).

Este publicista argentino nació en

Bagé (Brasil), el 31 de octubre de 1846, de padres argentinos emigrados. Estudió derecho en la universidad de Buenos-Aires, recibiendo el grado de doctor en 1869. Fué redactor de la *Prensa* desde su fundación, con los doctores Delfin Gallo, José C. Paz y Pellegrini; después redactó la *Nación* con el doctor Lastra. Ha sido diputado y senador á la Legislatura de Buenos-Aires, diputado al congreso y, recientemente, ministro de Hacienda, durante la administración Saenz Peña. Estudioso y activo, dedicado especialmente á las materias económicas que domina como muy pocos argentinos, el doctor Terry es autor de un libro titulado : *La crisis y organización bancaria*, juzgado favorablemente en Europa. Con su *Memoria sobre enseñanza de sordo-mudos* ha contribuido á mejorarla en este país, reorganizando el Instituto con el doctor Rawson y otros.

ALBERTO WILLIAMS (ESTÉTICA MUSICAL Y CONCIERTOS SINFÓNICOS).

Nació en Buenos-Aires, el 23 de noviembre de 1863. Comenzó aquí sus estudios musicales y los continuó en París, como pensionado del gobierno, cursando en aquel Conservatorio las clases de piano, armonía y composición. Dos veces laureado, volvió á su patria con los más halagüeños testimonios de sus maestros Mathias, Frank, Guiraud, Godard. Compositor elegante y maestro excelente, el señor Williams es director del Conservatorio de Buenos-Aires y organizador de los conciertos sinfónicos que tanto han de influir en el desarrollo del gusto musical.

ÍNDICE DEL SEGUNDO TOMO

(SETIEMBRE - DICIEMBRE)

ENTREGA DE SETIEMBRE

CARLOS PELLEGRINI.....	Treinta años después.....	5
MARTÍN GARCÍA MÉROU...	Sarmiento polemista.....	20
FRANCISCO SEEBER.....	Supresión de las aduanas.....	39
BARTOLOMÉ MITRE.....	Orígenes de la imprenta argentina.....	52
EDUARDO SCHIAFFINO.....	El arte en Buenos-Aires.....	78
JOSÉ A. TERRY.....	Tratados de comercio.....	94
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos.....	111
ENRIQUE KUBLY.....	Proceso histórico de la moral.....	119
***	Documentos históricos.....	134
PAUL GROUSSAC.....	El litigio anglo-venezolano.....	144
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE OCTUBRE

DOMINGO F. SARMIENTO...	Mendoza en 1829.....	161
MARTÍN GARCÍA MÉROU...	El Brasil intelectual.....	168
ULRIC COURTOIS.....	El Acetileno.....	201
BARTOLOMÉ MITRE.....	El Libro de Bernal Diaz del Castillo.....	216
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y Paisajes Americanos.....	233
MATIÁS CALANDRELLI.....	Filología Americana. — Lule y Tonocoté.....	261
ADEL PÉREZ.....	Alrededor de <i>Lourdes y Rome</i>	277
LUIS MARÍA DRAGO.....	Antecedentes institucionales.....	299
P. G.....	La Paradoja de las « Ciencias Sociales ».....	309
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE NOVIEMBRE

NICOLÁS AVELLANEDA.....	Notas y fragmentos inéditos.....	321
BARTOLOMÉ MITRE.....	Lenguas americanas.....	349
E. RODRIGUEZ LARRETA.....	Artémis.....	365
J. V. GONZALEZ.....	« Recuerdos de la tierra ».....	384
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	El Brasil intelectual.....	401
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y paisajes americanos.....	431
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos (<i>continuación</i>).....	456
SANTIAGO LINIERS.....	Documentos históricos.....	466
***	Boletín bibliográfico.....	474
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE DICIEMBRE

LUCIO V. LÓPEZ.....	El Salto de Azcochinga.....	481
MATIÁS ROMERO.....	Filosofía de las revoluciones mexicanas.....	493
MIGUEL CANÉ.....	Sarmiento en París.....	517
BARTOLOMÉ NOVARO.....	Inacción y Ejercicio.....	543
CARLOS RODRIGUEZ LARRETA	El socialismo y el derecho civil.....	559
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y paisajes americanos.....	584
BERNARDO DE IRIGÓYEN.....	Documentos históricos. — Un problema de política electoral.....	604
BARTOLOMÉ MITRE.....		
***	Boletín bibliográfico.....	618
***	Redactores de la Biblioteca y tabla de materias del cuatrimestre.....	631